

UN BESO BAJO LA LLUVIA

VIOLETA BOYD



Nova Casa Editorial

Publicado por:

NovaCasa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, **Violeta Boyd**

© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Noelia Navarro

Corrección

Noelia Navarro

Diseño de cubierta

Valentina García y Vasco Lopes

Maquetación

Vasco Lopes

Primera edición en libro electrónico: Marzo 2020

ISBN: 978-84-18013-32-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).



VIOLETA BOYD

UN BESO BAJO LA LLUVIA


Nova Casa Editorial

Índice

[Inminente](#)

[Cofre](#)

[Batman](#)

[Sonrisa](#)

[Venganza](#)

[Club](#)

[Silencio](#)

[Pizzas](#)

[Cine](#)

[Infiltración](#)

[Explosiva](#)

[Nuevos](#)

[Intenciones](#)

[Incepción](#)

[Regalo](#)

[Synapses](#)

[Ancianos](#)

[Historia](#)

[Contención](#)

[Carlotte](#)

[Festival](#)

[Cerrados](#)

[Abeja](#)

[Helados](#)

[Descubierto](#)

[Chiste](#)

[Fangirl](#)

[Declaración](#)

[Estrellas](#)

[Preguntas](#)

[C](#)

[Dolor](#)

[Caída](#)

[Hipo](#)

[Complicidad](#)

[Chocolate](#)

[Oscuridad](#)

[Tormenta](#)

[Reemplazo](#)

[Graduados](#)

[Discurso](#)

[Colados](#)

[Consecuencia](#)

[Viaje](#)

[Visita](#)

[Actuación](#)

[Verdad](#)

[Regreso](#)

[Petición](#)

[Lluvia](#)

Inminente



La lluvia se intensificaba a cada segundo. Lo que en la mañana era una simple llovizna se había convertido en una lluvia casi torrencial propia del invierno. Las copiosas gotas se estrellaban contra el suelo del parque y los charcos comenzaban a agrandarse entre las baldosas mal colocadas del camino. Los árboles se despedían de sus hojas que caían de lleno por la intensidad y la fuerza del clima. El aroma a tierra mojada se acentuaba. Cada tanto, algunas parejas pasaban por el sendero esquivando las pozas de agua y las ramas crecientes de los árboles con paraguas en mano, mientras se acurrucaban del frío. También aparecía algún que otro perro que buscaba refugio.

La lluvia provocaba un efecto de huida en todos, pero para mí era el escenario digno de una nueva decepción amorosa.

Hacia cuatro minutos y treinta segundos que Wladimir Huff había decidido terminar con nuestra relación, lo que conllevó la pérdida inmediata de todo impulso motivacional en mí. El clima no importó mucho, ni lo empapada que estaba dentro de ese tiempo perfectamente calculado. Todo lo que transitaba por mi cabeza eran las frías palabras con las que acuchilló mi corazón. Bastó una simple oración para que me quedara inmóvil.

Una linda imagen que representaba con detalle a una chica desahuciada.

Podría atribuir a Wladimir mi devastadora situación, pero no tenía la culpa del todo. Claro que no. Si bien él sentenció a muerte nuestra relación, mi maldición para enamorarme con facilidad condujo mi vida al desastre con diversos resultados fatales, no solo bajo la lluvia, sino de otras formas particulares que al recordar me dejaban un sabor muy amargo.

Creo que algunos tenemos la habilidad de fijarnos en las personas menos indicadas. Ese fue mi caso: sola, sin paraguas, lágrimas que se mezclaban con la lluvia, con principio de hipotermia y el corazón hecho añicos, mientras comparaba las gotas con puñaladas, hasta que llegó ese momento en que no sentí más que el lejano sonido de la lluvia adormeciéndome.

De pronto, un ángel guardián se apiadó de mí y me cedió su paraguas.

Se marchó sin mirar atrás.

En mi asombro pude ver su abrigo de un singular color marrón que se perdía en la profundidad del camino, pero su gesto quedó tallado en mis retinas y bien preservado en mi corazón.

Entonces, como por arte de magia, una luz divina se vislumbró entre las oscuras nubes del cielo, lo que me dio un ápice tibio de esperanza y me hizo consciente de la realidad: la vida continuaba.

La lluvia cesó.

Nunca fui supersticiosa, todo lo contrario, pero bastó esa maravillosa coincidencia para que creyera en las tretas del inminente destino que se avecinaba.

Y con esa idea me marché a mi trabajo.

Crucé la puerta de la florería provocando que sonase la campanilla que colgaba de ella. Sarah, la hermana de mamá, se asomó por detrás del cajero despeinada, con el pintalabios corrido que dejaba entrever sus labios hinchados, la camisa blanca (con la que se la acostumbraba a ver) algo

desabrochada y los ojos bien abiertos. A su lado, Mark, su novio, estaba igual de desaliñado. Hice una mueca de espanto cuando deduje —dentro de mi ingenua mente— que se encontraban haciendo cochinas en plena tienda. Tras volver del *shock* adopté la expresión seria.

—Buenos días —saludé tajante, tal cual lo haría papá en mi situación.

—¡Floyd! —exclamó mi tía, procediendo a abrochar su camisa y arreglarse el cabello—. Creí que estarías en una cita con Waldi... Waldo... eh..., tu novio de nombre raro. ¿Qué te pasó? ¡Estás empapada!

—Es una larga historia —hablé con un trago amargo de realidad y el paraguas mojado en mis manos.

Si bien me había propuesto no estancarme en una relación, que me acabaran de dejar no me daba muchos ánimos, menos cuando había sido en la mismísima florería donde Wladimir me había propuesto ser novios. Mis pensamientos de buena fortuna se hicieron añicos con cada paso que daba al interior de la tienda. La esperanza de verlo entrar por la puerta se convirtió tontamente en un deseo que murmuré con los ojos cerrados una vez me encerré en el baño y encendí el secador. Al abrirlos, me di cuenta de lo ridícula que me veía deseando algo que no llegaría. Los ojos de Wladimir eran tan seguros, acorde a sus palabras pronunciadas, que me marchité al instante.

Gruñí apagando el secador y salí en dirección a la tienda para ocuparme de los clientes o lo que fuese necesario para distraerme. Existían cosas más importantes, como retener mis estornudos a causa del polen, por ejemplo.

Afuera, divisé un sol radiante y el novio de Sarah se percató de ello.

—Adiós a la última lluvia —dijo en un tono nostálgico—. Dicen que no lloverá hasta el próximo año, pero veo que tú la gozaste al máximo, Flo.

—¿Todavía crees a los sujetos del tiempo, Mark? —interrogó mi tía con algo de mofa. Una leve risa burlona se me contagió, a la que su novio respondió con un mal gesto de dedos.

Entre el reclamo que Mark le hacía a tía Sarah, escuché tintinear la campanilla de la puerta. Me volteé en esa dirección para encontrar a un chico de cabello oscuro, cejas gruesas, piel aceitunada y llena de lunares, una sonrisa feliz y un abrigo de color marrón.

Pegué un grito imaginario.

Mi yo interior se hizo una maraña incontrolable de sensaciones físicas y emocionales, pensamientos incongruentes e hipótesis rebuscadas, entre otras cosas. ¿Realmente era el chico del paraguas? ¿Cuál era la probabilidad de que lo fuese? Palidecí al ver que le hablaba a Mark y seguí sus movimientos con los ojos sin parpadear los dos minutos y trece segundos que estuvo allí. Compró un ramo de lirios rosados y rosas rojas, luego se marchó.

En medio de la tienda me recriminé mi incredulidad.

Había estado en presencia de una persona con un extraño abrigo marrón ¡y no hice más que estar inmóvil como las plantas que tanto cuidaba en la florería! De hecho, hasta esas plantas bien cuidadas tenían más movimiento que una petrificada Floyd. Pude haberle preguntado si el paraguas que había dejado bien guardado en el baño era suyo, pero todo lo que hice fue la imitación perfecta de una estatua.

Estornudé a causa de las flores, llamando la atención de Sarah.

—Flo, querida, ¿por qué no vas a casa a cambiarte de ropa y vuelves mañana? No queremos que pilles un resfriado.

Entrecerré los ojos sospechando que su sugerencia contenía un mensaje con doble sentido bien resguardado dentro de su tono amable. A pesar de ello, asentí como respuesta.

Volví a casa poniendo la mejor de mis caras. Cutro, el gato que papá había traído a casa hacía unos años, se apresuró en llegar a mi encuentro para pasearse entre mis piernas; gesto por el cual siempre lo reprendí, pero no le importaba en absoluto escucharme decir que no me gustaban los gatos, sino los perros.

Se paseó de lado a lado hasta que me animé a correrlo con el pie.

—¡Ya llegué!

Completo silencio.

Siempre tuve la manía de anunciar mi llegada y encontrar a alguno de mis padres recibéndome con su «Hola, Hurón» de siempre. No obstante, aquel día desastroso no obtuve respuesta, lo que conllevó una búsqueda de mamá o papá por la casa, seguida por el gato más masoquista que hubiera conocido.

—¡Mamá!

Grité de nuevo al no encontrarla en el primer piso. Subía las escaleras cuando la voz lejana de mi santa madre emergió de forma terrorífica. Estornudé por el pasillo largo con las puertas de las habitaciones y en unos segundos encontré a mamá barriendo la habitación de invitados.

«Extraño...»

—¿Por qué barres?

—Los Frederick se quedarán aquí hasta que arreglen el techo y la inundación en su casa. ¿Los recuerdas? —Asentí de mala gana.

Recordaba a la familia, bastante bien para ser sincera. Mamá, papá y los Frederick iban al mismo colegio, Jackson de Hazentown, hasta que mis padres decidieron formar una vida en Los Ángeles, ciudad en la que pronto fueron a vivir ellos. Habiendo sido amigos en la adolescencia, todos los fines de semana ambas familias se reunían para comidas, celebraciones y charlas de adultos, así que tuve la oportunidad de conocer a los Frederick y también de fastidiar a su hijo, a quien siempre inmiscuía en mis problemas. Pero esta unión familiar solo duró unos años, papá decidió armar una editorial y volver a Hazentown, mamá estuvo de acuerdo y yo... siendo una niña, no tuve mucha importancia en la decisión. A mis casi nueve años empecé una nueva vida aquí. ¿Quién diría que, después de tanto tiempo, ambas familias se volverían a unir? Pues yo no, menos en tan importante año.

Mamá dejó de barrer y me recorrió de pies a cabeza.

—¿Qué te pasó, Huroncito?

Sentí un nudo en la garganta.

—Es una larga historia, ma. —Decidí desviar el tema—. ¡Rayos! Si los Frederick se quedarán aquí, significa que tendré que andar decente por la casa.

Mamá se echó a reír negando con la cabeza.

—Hazlo, así nos haces un favor a todos.

—Ja, ja. No eres graciosa. —Le saqué la lengua en un gesto infantil—. Iré a cambiarme.

En cuanto terminé de hablar, tres leves golpes se escucharon en la puerta principal. Nos miramos con mamá, armábamos una disputa silenciosa para decidir quién de las dos bajaba a abrir la puerta. Sin embargo, nuestra batalla quedó inconclusa cuando papá salió de su despacho y pasó por fuera de mi habitación.

—Yo iré a abrir, debe ser Chase.

Mi sentido curioso llevó a la necesidad de pronunciarme con el fin de ver el reencuentro. Pero

las cosas no podían darse de forma tan simple. Antes de atreverme a asomar un pelo por la escalera, me cambié de ropa y amarré mi cabello para verme un poco más «normal». Jugué con mis dedos antes de poner el pie en el primer peldaño dispuesta a bajar la escalera. Una divertida discusión entre el amigo de papá y su mujer se escuchó desde la sala.

Bajé las escaleras y caminé con paso temeroso hasta la entrada de la sala de estar, donde estaban papá y sus amigos. Asomé mi cabeza por el umbral para visualizarlos; ambos estaban igual a como los recordaba, con la excepción de que les había crecido un poco la panza; más a ella, que se encontraba a la espera de un nuevo miembro en su familia.

Fue entonces cuando sentí una inquietante presencia a mi espalda. Pegué un grito ahogado y me giré; me encontré mi más ni menos que a Felix Frederick con un singular abrigo marrón.

«No. Puede. Ser.»

Admiré las magníficas dotes físicas que se presentaron ante mis curiosos ojos, deleitándome con cada curvatura de aquel rostro serio que plasmó. Bueno, creí que me veía en la necesidad de calmar un tanto los aires, puesto que el mal humor venidero que traería consigo esa sombra llamada «Felix» dejaría de lado su físico para centrarme en su aparente personalidad. Siendo sincera, primero me vi envuelta en la inmensidad de posibilidades para confirmar que él era el chico del paraguas gracias a su abrigo. Sin embargo, me sentí tentada a ver más allá de aquel icónico gesto para hipnotizarme con su fría expresión.

Mi susto de muerte provocó el silencio total en la sala donde hablaban nuestros padres. Y la curiosidad se hizo un hueco dentro de mi cabeza para situarse allí durante el resto del día.

—Allí están. ¡Qué maravilloso reencuentro!, ¿no? —habló tía Michi, dando un respingo en su lado del sofá.

Su aviso hizo que los demás giraran en nuestra dirección para prestarnos atención. Sentí una necesidad incontrolable de hacer ese gesto (no tan) inconsciente de mecarme hacia los lados cuando me vi observada por los mayores, pero controlé mis impulsos.

—¿Hace cuánto que no se veían? —curioseó mamá y buscó una respuesta en papá. Él achicó los ojos, calculando el tiempo y respondió dirigiéndose a su amigo:

—¿Unos diez años tal vez? —preguntó.

—No llevo la cuenta, solo recuerdo que solían jugar todo el tiempo cuando vivíamos en Los Ángeles.

—Sí, sí —añadió su esposa—. Tengo muchas fotos de ellos. —Miró a su hijo a la espera de una respuesta. Felix caminó hacia el sofá con el rostro serio y sin ningún ápice de amabilidad para sentarse junto a su padre. Se encogió de hombros ante el silencio que surgió mientras lo observábamos e inspiró.

—No lo sé —respondió—, no recuerdo.

Y yo que esperaba una respuesta más interesante. Un nefasto reencuentro, la verdad, sobre todo porque nuestros padres hablaban como cotorras y nosotros estábamos de compañía nada más. Hice un esfuerzo para lograr obtener un hueco en el sofá, pero todo lo que conseguí fue sentarme en el apoyabrazos del sillón donde estaba papá. Desde el rincón donde nos encontrábamos pude examinar con detalle la fisonomía de Felix. Observé primero su cabello castaño oscuro y desordenado, mucho más largo de arriba que por los lados; bajé hasta sus ojos marrones y redondos, luego a su nariz respingona; me emboqué mirando el movimiento de sus labios ni muy gruesos ni muy finos, pero que parecían bailar con cada gesto que formaban; lo siguiente en llamar mi atención fueron sus dientes blancos y las dos paletas frontales que se asomaban como si fuese un conejo, las cuales ya tenía antes de mudarnos; me detuve para observar los hoyuelos que se

marcaban cada vez que decía algo con «M» al responderle a su madre; bajé hasta su quijada bien marcada; y por último, me detuve en la parte de su tatuaje en el cuello que ocultaba una camisa a cuadros roja. No valía la pena analizar el tatuaje tan a fondo cuando las comparaciones serían mínimas conforme a la borrosa imagen del chico con el paraguas.

De todas formas, la curiosidad y la esperanza de que fuese él no la perdí.

Coloqué mis dedos en la barbilla para ver los puntos fuertes que confirmaran mi hipótesis, pero todo fue en vano; en ese momento sus ojos se posaron en mí. Y yo, como adolescente que no sabe reaccionar frente a diversas situaciones de la vida que involucran a un chico, giré la cabeza en otra dirección sintiendo todo mi cuerpo consumirse en calor. Quise morir de vergüenza allí mismo por no tener la mínima decencia de... no sé, ¿quizás examinarlo con más disimulo?

Qué desdicha e infortunio el mío por sacar ese lado de mi madre, porque, de lo contrario, seguro que no habría apartado la mirada ni hubiese sido la viva imagen de un tomate respirando.

Decidí volver a mirarlo y para mi buena fortuna, él miraba a papá prestándole suma atención.

—Por cierto, Felix irá a Jackson también —comentó su madre—. ¿Qué tal las clases? ¿Cómo está Jackson?

—Están bien, muchas pruebas, trabajos innecesarios... lo de siempre —me apronté a responder—. Oh, y la verdad no ha cambiado mucho.

—Tiene muchas cosas nuevas —agregó mamá.

Me perdí de la charla tras caer en cuenta de la fatídica realidad: tendría que encontrarme con Wladimir.

Ya lo digo yo. El amor es como una función de fuegos artificiales. Comienza con un sentimiento de ansiedad que te hace querer apreciarlos, te dan curiosidad. Se dispara de forma impredecible, sube y estalla. Enseña sus formas y colores, te transmite una inquietud casi adictiva, luego, se va apagando lentamente. Supongo que así pasó con Wladimir y con los otros dos chicos con los que salí.

—Por cierto, Hurón. —Volví a la realidad. Papá se giró en mi dirección con expresión interrogante—. ¿No habías salido con esa comadreja de tu curso? —inquirió con tono despectivo.

¡Bam! Directo al corazón. No bastaba con recordar por mis medios a quien hacía unas horas me había roto en mil pedazos, sino que también debía hacerlo papá. Eso no era lo peor, puesto que, si le contaba que me había terminado bajo la lluvia en pleno parque, seguro que Wladimir tenía los minutos contados. No quería que la casi demanda por amenaza y la orden de alejamiento que mi antiguo ex le colocó a papá se repitiera, así que preferí mentir.

—Se murió su tatarabuela, pa.

Hipé.

—¿Su tatarabuela? —curioseó mamá.

—Sí, tenía un problema en el testículo izquierdo. —Volví a hipar.

—Las mujeres no tienen testículos. Y dudo mucho que su tatarabuela viviese tanto —espetó Felix.

Me atreví a mirarlo dos segundos recelosa y volví a hipar. Él estaba con una expresión de seriedad, cruzado de brazos. Sus ojos estaban puestos sobre una de las fotografías que mamá había enmarcado. En ella una niña sin los dientes delanteros le sonreía a la cámara.

Hipé otra vez, así como para enfatizar más mi tonta mentira.

—Luego hablaremos de eso —sentenció papá señalándome con su dedo. Tragué saliva y del puro susto dejé de hipar—. Eres tan mala mentirosa como lo fue ella. —Apuntó a la madre de Felix. Al darse cuenta de su ofensa, colocó su mano con dramatismo sobre su pecho y abrió sus

labios con sorpresa, formando una enorme «O». A su lado, tío Chase le dio la razón con una carcajada y asintiendo con la cabeza. Su mujer lo hizo callar dándole un codazo en la costilla y él empezó a jadear del dolor.

—Ups, se me fue el brazo.

La conversación se convirtió en una rememoración de vivencias en su juventud y luego en el ofrecimiento para ver sus habitaciones. Todos tuvimos que ayudar a la embarazada a subir las empinadas escaleras cuando insistió en conocer el nuevo cuarto provisorio para su hijo, mientras el padre de este nos comentaba a todos que su mujer había heredado la hipocondría de su suegra. Claro, eso lo dijo cuando ella estaba distraída con mamá mirando por la ventana hacia el patio.

Felix por su parte no demostró muchos ánimos por el cuarto. Ni por nada. El chico parecía una estatua —y no lo digo por lo pálido—, inexpresiva e inmóvil. Ni siquiera se unió a las conversaciones o hizo algún comentario sobre algo, sino que parecía observarlo todo en completo silencio. Supuse que estaba en ese periodo de la adolescencia donde todos actuamos como si guardásemos misterios y apegados al enrevesado mundo creado por nuestras cabezas —el cual, por cierto, yo no pasé porque estar callada no es lo mío—, pero él no actuaba pensativo ni mucho menos como un idiota. Se comportaba como un analista profesional.

O eso creí, hasta que preguntó lo que yo y muchos preguntaríamos:

—¿Cuál es la clave de su Internet?

El resto de la tarde me la pasé mirando mi celular a la espera de alguna llamada o mensaje de Wladimir diciendo que estaba arrepentido y que quería volver, a lo que gustosamente respondería que sí. No obstante, cuando el sol comenzó a esconderse y el crepúsculo se alzó, desistí de observar la pantalla del celular para hacerlo a un lado. Estaba tan aburrida como un chicle pegado bajo la mesa, con la diferencia de que yo estaba bajo las mantas dentro de la cama, oculta del mundo. De pronto, un estado depresivo se avecinó, quise empezar un concierto de sollozos y... escuché la voz autoritaria de Felix.

Me levanté de la pura curiosidad, me asomé por el umbral de la puerta hacia el pasillo y vi a un asustado Felix contra la pared, con los brazos que buscaban dónde aferrarse, sostenido de un pie y levantando el otro para que el pequeño Cutro no lograra tocarlo con sus patas.

—Sal de aquí, feo animal.

Cutro se sentó frente a un asustado Felix, que comenzó a buscar una forma de escapar hasta que sus ojos dieron conmigo. Algo mágico ocurrió entonces, pues toda pose de chico asustado cambió a la de un ser lleno de seguridad. Se llevó un puño a la boca y tosió.

—¿Podrías sacar al gato del camino?

—¿Por qué? —interrogué, saliendo de la habitación.

—Soy alérgico.

Caminé por el pasillo y tomé la bola de pelos. Este se revolvió entre mis brazos provocando que Felix se pegara otra vez contra la pared y pestañeara con nerviosismo. Sonreí cuando una brillante idea se cruzó por mi cabeza. Agarré al gato por debajo de sus patas delanteras y lo acerqué al asustado chico esperando alguna reacción alérgica. En vez de estornudar él, lo hice yo.

—No le tienes alergia, ¡le tienes miedo!

—¿Tú qué sabes?

Dejé al gato en el piso, Felix de nuevo se espantó y buscó consuelo en la pared; suerte para él

que Cutro ya no tenía interés. Felix, al ver que el gato se marchaba corriendo hacia las escaleras, pasó por mi lado cambiando drásticamente su expresión a la desinteresada y seria de antes, sin esperar una respuesta a cambio. Pensé en exigirle un agradecimiento por su parte, pero dudé de que me hiciera caso, así que decidí abrir mi bocota para resolver el interrogante principal.

—¿Eres el chico del paraguas? —Y se hizo el silencio. Se volvió en mi dirección sin ninguna expresión. Capté que necesitaba especificar más mi pregunta para que entendiera—. En el parque un chico con el mismo abrigo que tú me cedió su paraguas cuando llovía, ¿eras tú? Si lo eres, de verdad necesito decirte que...

—¿Por qué darle el paraguas a alguien que apenas recuerdo? ¿Y en qué momento? Lo siento, McFly, no estoy para acciones caritativas. Por la única persona que siento compasión es por mí en esta nueva ciudad.

Su respuesta me pareció demasiado a la defensiva, pero su expresión... su expresión fue como una advertencia que me sugería no hablarle más. Aunque se me hizo agua la boca por preguntar más, decidí buscar respuestas por mis medios. Bien denominada «curiosa por naturaleza» cuando algo queda tan misteriosamente expuesto, no puedo dejarlo escapar. Quizás debí ofenderme por la pronta respuesta, pero me coloqué unos segundos en sus zapatos e intenté empatizar con el recién llegado; de todas formas, yo también había sido nueva en la ciudad.

—Oh, bien, yo solo quería agradecerse. Hoy en día faltan personas que hagan pequeños gestos que devuelvan la esperanza en la humanidad.

—Yo no me adelantaría a decir eso, ni siquiera lo conoces —dijo—. Un gesto amable no define a una persona.

Directo y frío, dos palabras que definían bien a Felix Frederick.

Cofre



Al día siguiente de ser pateada¹ por Wladimir y recibir la excelente noticia de que los Frederick se quedarían por un tiempo en casa, desperté con la esperanza de ver el mundo con otros ojos. Quizás desde una perspectiva más animosa, pero claramente una decepción amorosa no se supera con facilidad, mucho menos el término de una relación.

Todavía somnolienta, busqué bajo mi almohadón el celular y deslicé la pantalla para ver el motivo de mi desvelada cuando me percaté de la hora: faltaban cinco minutos para ir al colegio. Me giré y quedé bocarriba, con el celular en mis manos y comprobé que un nuevo capítulo de la historia que tanto ansiaba leer, de mi autor favorito, había sido publicado.

Dentro de Wattpad, hay una variedad inmensa de novelas y escritores, pero ninguno me hacía querer arrancarme los pelos de la cabeza por la espera como Synapses. Tenía una habilidad casi celestial para captar la atención del lector; sus historias siempre tenían ese toque de humor, buena ortografía, giros inesperados, personajes sobresalientes y memorables. Como admiradora, siempre leía todo lo que escribía y comentaba siempre que podía.

Synapses fue mi inspiración para pasar de una lectora fantasma a escribir mis propias novelas.

—¡El desayuno está listo!

El llamado fue dado.

Me aventuré a salir por la puerta, pero recordé que mi pijama de polar rosa con dibujos de osos sería tan humillante como la pregunta que le había hecho a Felix el día anterior, así que tuve que buscar ropa y vestirme. No obstante, cuando puse un pie fuera del cuarto, me vi a mí misma con las horribles ojeras por llorar a moco tendido bajo las sábanas. Como un fantasma, busqué entre mis cosas algún corrector de ojeras y ¡no había nada! Opté por hacer el ridículo de todas formas; me coloqué unos lentes de sol.

Con toda la personalidad que un McFly puede tener, bajé las escaleras y me dirigí a la cocina, donde mamá y los Frederick estaban ya sentados. Los dos puestos vacíos eran de papá y Felix, que todavía no habían llegado.

—¿Olvidé decirle a su padre que apagara la luz solar de la casa? —preguntó mamá con mofa. Blanquéé los ojos detrás de mis lentes de sol y me senté junto a ella.

—Buenos días.

Saludé a los dos Frederick y ellos me saludaron con expresiones confusas, como si dudaran de mi salud mental, cosa que, siendo sincera, debía hacerlo yo por ellos. Nunca había visto una pareja que tuviese tantas discusiones y se contentara tan rápido como ambos. Además, no me explicaba de dónde habían sacado a su primogénito cuando no tenía la personalidad de ninguno de los dos.

Dejé mis dudas para otra ocasión, mis tripas rugían por el hambre y no quería crear una banda sonora. Además, tenía que inventar alguna excusa buena para faltar a clases; quizás atrasar mi encuentro con Wladimir.

Fue fácil decirle a mamá que no me sentía bien; ella captó, con ese instinto de madre

espectacular, que algo había pasado, problemas amorosos, y me permitió faltar a clase. Ya cuando mi boca estaba demasiado llena como para que mis padres cambiaran mi apodo de «hurón» a «ardilla», papá apareció en compañía de Felix. Ambos parecían estar charlando, lo que me fue de extrema sospecha. Achiqué los ojos y visualicé a mi posible enemigo. Papá nunca fue amante de los niños o adolescentes; por eso siempre me sentí privilegiada. ¡Pero entonces aparece eso y me aloca la única neurona funcional que tengo por la mañana!

Tragué con fuerza siguiendo cada movimiento que papá hacía hasta sentarse, luego miré a Felix, quien ni siquiera saludó. Sentado frente a mi nariz, masticaba pan como si nada le importase y bebía café ignorando por completo mi presencia. Desistí de mi batalla interna para clavar mis ojos en su tatuaje. Vestía una camiseta azul desteñida, por lo que su tatuaje misterioso ya podía verse casi completo. Era la figura de un cuervo negro sobre un corazón rojo.

Continué comiendo y, entonces, la peor sugerencia que alguien podía proponer sobre la mesa provocó que tragara todo de golpe.

—Floyd podría enseñarle la ciudad a Felix —habló mamá—, en vista de que faltará a clase.

Golpeé la mesa —mentalmente— al escucharlo. Seis ojos se pusieron sobre mí y luego se sumaron dos más.

«No, no, definitiva y rotundamente no», chillé internamente en lo que digería la propuesta. Finalmente, tras cinco segundos eternos, asentí con una sonrisa cínica.

Mi dichosa tarde ya había sido arruinada. Después del almuerzo, Felix y yo nos preparamos para salir a dar un paseo por la ciudad. Resultó que, de estudiante y ayudante en la florería, pasé a guía turística. Los giros que daba la vida...

Juro que intenté verle el lado positivo a nuestra salida mientras nos colocábamos el abrigo. Prometo que intenté pensar positivo y actuar lo más amable posible con Felix. Sin embargo, cuanto más hablaba, más loca parecía. Hablarle a Felix era como hablar con la pared... o con un poste de luz con patas.

Como buena guía turística, fui señalando cada uno de los lugares memorables, mientras contaba historias y anécdotas, le nombraba datos curiosos para hacer de la ciudad un lugar más interesante. Pero fue en vano.

—...y en ese sitio hubo un incendio, pero no fue nada grave. ¿Ya te estás ubicando?

¿Qué te parece la ciudad?

Ladeé la cabeza y lo miré esperando su respuesta. Mi boca estaba casi seca de tanto hablar, como un loro bien entrenado, y esbocé la mejor de mis sonrisas para observar su apacible expresión. Él captó que lo observaba y acentuó su rostro en mi dirección, llevó las manos hacia los oídos y se sacó los audífonos bien ocultos bajo la capucha del polerón² que vestía bajo su abrigo marrón.

—¿Decías algo? —preguntó serio.

Me eché a reír por sí fuera una broma. Lamentablemente no lo era.

—He estado todo el camino hablándote y enseñándote la ciudad, ¿es en serio? —espeté, deteniéndome.

Él se detuvo a pasos de mí y volteó. Hizo un gesto desinteresando y se colocó los audífonos otra vez.

—Creo que es más interesante observar que escuchar.

Dicho y hecho, se giró para luego continuar su travesía por la húmeda vereda de la ciudad. Ya casi llegábamos al centro, donde la aglomeración de personas se metía en sus asuntos sin

importarle mucho lo que sucedía alrededor. Todos siempre andaban con las narices puestas en sus celulares sin notar al resto y viendo lo que les convenía.

Apresuré el paso y llegué a su lado para volver a hablar.

—¿Pero así cómo vas a conocer la ciudad, guiarte o algo? —pregunté, esquivando a las personas que caminaban de lado contrario.

—No te escucho —entonó al notar que seguía hablando.

Gruñí como un perro rabioso y apreté los puños despojándome de la idea atrevida de quitarle los audífonos y lanzarlos a la basura.

¿Felix siempre había sido así? Podía no recordarme, pero yo tenía vagos recuerdos sobre él cuando vivíamos en Los Ángeles. De niño lo recordaba más animoso, algo introvertido y callado, pero dispuesto a jugar o ayudar, solía correr por todos lados y escuchar con atención mis peticiones para investigar «sectores oscuros», llenos de «supuestos espíritus malignos» y, sobre todo, odiaba escuchar mis sobrenombres. La ampolleta invisible sobre mi cabeza se iluminó.

—¿Por qué me ignoras? —insistí—. Eres un *infelix*... «*In-Felix*», ¿entiendes?

Resoplé al obtener como respuesta un gesto interrogante de su parte. Mis mejillas se inflaron de la rabia y sentí una comezón en el cuello, como si se tratase de un bichito que me impulsaba a clavarle las garras en toda la cara.

—Olvidalo, de nada sirve esforzarme cuando eres un poste, alto y muy callado. Hablar conmigo misma es la mejor opción, aunque las personas que caminan crean que soy una loca. ¿Qué más da? Mejor hablar con una misma que ser ignorada...

—Hija del escritor —me llamó—, ¿quiénes son ellos?

De la pura sorpresa volví a exaltarme. Todavía no entiendo si fue porque me habló o porque me llamó «hija del escritor», manera tan poco familiar aun conociendo mi nombre. Un efímero pensamiento por señalarle que mi nombre era Floyd se cruzó por mis pensamientos. Preferí seguir el rastro de su mirada altiva puesta al frente. Al ver en su misma dirección me detuve. Una pareja hacía señas. Recuerdo abrir mis labios levemente, como si quisiera decir algo, pero el impacto de verlos me detuvo. Sentí temblar la barbilla y en los ojos, ese fastidioso picor.

Ya a una distancia prudente, coloqué la mejor de mis sonrisas y me predispuse a saludarlos.

—Hola, ¿cómo va todo? —Les di un vistazo rápido, mientras unas maletas envueltas en bolsas transparentes fueron lo que llamó mi atención.

—Floyd, ¡mira qué grande estás!

Miré al señor Smith y luego a la señora Smith, ambos estaban igual que hacía un tiempo.

Llegué a Hazentown sin conocer a nadie que no fuese de la familia; no obstante, tenía enormes deseos de integrarme. La mayor parte del tiempo había muchos niños con quienes jugar, ocho niños que nos juntábamos religiosamente. Entre ellos estaba Lena Smith.

Con Lena las tardes se me hacían mucho más divertidas, tomábamos helado sentadas en las veredas y nos escapábamos de vez en cuando a un *minimarket* cerca de la carretera para contar los autos; yo contaba los rojos y ella, los blancos. Se volvió mi mejor amiga, una hermana, casi familia, hasta que, un día, no despertó más. Existía un veintidós por ciento de que despertara, probabilidad que no se cumplió. Los Smith con el tiempo se mudaron y perdí contacto con ellos.

¿Quién diría que después de años coincidentemente me los toparía cuando sacaba a pasear un poste?

—¿Y esas maletas? —curioseé.

No se me daba muy bien ocultar mis dudas, ni ser alguien respetuosa con los mayores. Yo y mi curiosidad íbamos directo al punto.

—Este... nos vamos de la ciudad —respondió la señora Smith, mirando su maleta fucsia con algo de inquietud y melancolía—. Creemos que es tiempo de hacer un cambio en nuestras vidas.

—¿Se mudarán? Pero Lena...

—Lo sabemos —intervino el señor Smith—. Amamos a Lena y lo haremos siempre, pero no podemos estancarnos aquí, Floyd.

Ambos miraron a Felix, a quien por una milésima de segundo había olvidado.

—Antes de irnos queríamos pasar a dejarte algo —comentó la madre de Lena, disolviendo el silencio pretencioso que surgió.

—¿Qué cosa?

—El cofre que tenían de niñas; estoy seguro de que a ella le habría encantado que lo tuvieras.

Perder a un conocido se siente mal, perder a un ser querido se siente horrible. Tantos recuerdos, tantas charlas, tantas vivencias... Hubiese deseado fotografiarlas todas, tenerlas para siempre, pues la memoria humana a veces es vaga e impredecible.

Agradecí que los padres de Lena me dejaran su cofre, así que cuando me propusieron llevarme a su casa para buscarlo, no me negué. Arrastré al Poste con Patas conmigo. Él seguía sumido en su mundo infinito de «quién sabe qué» y escuchando música a todo volumen.

Ya con el cofre en mis manos, pude transportarme a esos días donde guardábamos cualquier cosa que nos parecía interesante. Lo examiné por fuera intentando descifrar los extraños dibujos que hacíamos por entonces, observé las calcomanías ya gastadas de la tapa y el olor a guardado que expelía.

Cerré los ojos y apretujé el cofre contra el pecho.

—¿Qué haces? —preguntó Felix.

Mantuve los ojos cerrados, abrazando con menos intensidad el cofre. El Poste con Patas había arruinado la emotividad del momento.

—Recuerdo cosas.

—¿Con los ojos cerrados? ¿Cómo vas a ver cuando llegue el bus?

Entre divagues y recuerdos ni siquiera me había percatado de que mis pies me habían guiado hacia el paradero más cercano para volver a casa. Arrugué la nariz para suprimir un estornudo y abrí los ojos. Felix me miraba de manera escalofriante.

—¿Qué tiene de especial ese cofre, McFly?

«¿Que no prestó atención? ¿Y qué pasa con ese McFly? ¡Floyd, me llamo Floyd!»

—Es el cofre que teníamos con Lena. Aquí guardábamos lo que nos parecía especial.

Lució como si meditara la respuesta, aunque su rostro impasible no me lo confirmó del todo.

«¡Si no usaras esos audífonos, probablemente lo sabrías!»

—¿Y quién es esa?

—Ah... Lena es... era... —Mi lengua se trabó, así como todo mi cerebro. Respiré hondo para centrarme; finalmente respondí—: Es mi mejor amiga.

Fue el bus que nos dejaría en casa lo que hizo ponernos en movimiento. Con mi tarjeta de transporte pagué ambos pasajes y nos sentamos en los penúltimos asientos. Puse el cofre sobre mis piernas, mientras quería arrancar cada uno de mis pelos por abrirlo. Llegar a casa iba a tomar más de una hora y mis manos locas deseaban mover la pequeña cerradura que protegía las cosas del interior. Una de mis piernas se movió con frenesí. La ansiedad se apoderó de mí y cuando menos lo esperaba, el cofre estaba abierto.

Felix lo había abierto.

—Si no puedes abrirlo, solo dilo —manifestó sin cambiar su aburrida expresión.

Omití el tener que reprochar su acción; de todas formas, nada me aseguraba ser escuchada, así que me limité a examinar las cosas del interior. Recortes de revista, fotografías sobre objetos, conchas marinas, lazos de colores, mechones de cabello envueltos en bolsas, un diente de leche y una hoja de cuaderno doblada. Miré hacia los lados antes de tomar la hoja. Por algún motivo extraño sentí que abrirla era un delito que se castigaba con cadena perpetua. Cerré el cofre para que los movimientos bruscos del bus no desparramaran los demás objetos y me preparé para desdoblar la hoja.

«Lista de deseos por cumplir antes de morir», leí sintiendo los ojos llenarse de lágrimas.

¹ . Patear: término para hacer referencia a la acción de terminar una relación unilateralmente.

² . Sudadera.

Batman



—¿Estás llorando?

Una pregunta inoportuna viniendo de Felix.

«No, baboso, me sudan los ojos», quise decirle. Me contuve.

Guardé la lista en el cofre y sequé las lágrimas que osaban escurrirse de mis ojos y viajar por mis enrojecidas mejillas. Apretaba mis labios para que mi barbilla dejara de temblar, lo que pronosticaba un mar de sollozos. No quería que el Poste con Patas me viese así de vulnerable. A decir verdad, nunca me gustó que alguien me viese lloriquear, solo lo hacía frente a personas muy queridas... o en casos muy puntuales, como cuando el papanatas de Wladimir me dejó, pero allí estaba lloviendo y prácticamente a nadie le interesó verme a la cara si huían de la lluvia.

—No, es que soy alérgica al papel, así como tú lo eres hacia los gatos.

Miré hacia la ventana una vez más consumida por mis recuerdos; por suerte debido a que en el próximo paradero bajábamos.

De pequeña tenía la manía de contar cosas, llevaba una cuenta exacta de cuantos pasos había desde la parada de autobús hasta mi casa. Solía contarlos siempre después de una aburrida tarde en la florería y, como costumbre, pensé en hacerlo dado que mi compañero no parecía interesado en continuar nuestra dinámica charla en el bus; opción denegada; cuando mis pies pisaron tierra y el bus nos envolvió en una nubecilla de humo negro que salía del tubo de escape, el cofre me fue arrebatado de las manos. Tardé unos... ¿tres segundos en percatarme de que ya no estaba en mis manos? y dos en ver al culpable.

Un sujeto con un abrigo negro corría por la calle a toda velocidad como perseguido por perros rabiosos.

—¡Eh! —grité a todo pulmón, sintiendo que mi garganta se desgarraba. Ni siquiera miré a Felix cuando salí en persecución del sujeto. Corrí lo más rápido que mi mal estado físico me permitía.

Para compensar mi mala suerte, mi afinidad por usar vestidos poco ayudó, no porque temiera que algún depravado me viese las bragas, sino porque se me enredaba en las piernas y dificultaba cada paso.

Recordé todas las películas y series donde ocurría un robo y decidí hacer caso a los hechos, volví a gritar:

—¡Ayuda, ese sujeto me robó!

No vi si alguien respondió a mi pedido, pero seguro que mi grito llamó más la atención de los transeúntes que la del mismísimo Felix. Veía ya todo difuso en el instante espectacular en que, del cielo, cayó Batman. Literalmente, Batman.

Un chico con disfraz aterrizó de la rama de un enorme árbol junto a la vereda, justo encima del ladrón, lo que provocó que este cayera al suelo y el cofre quedara a unos centímetros de sus dedos. Fue algo casi sacado de una película. El chico disfrazado se sentó sobre la espalda del ladrón y con sus manos le retuvo los brazos para que no forcejeara.

—Así que tú eres el ladrón que le roba a los que bajan del bus, ¿eh? —le habló cerca del rostro

con un tono amenazante. El ladrón, por su parte, no hacía más que forcejear intentado escaparse.

Tomé el cofre sin despegar mis ojos de la insólita escena. El chico disfrazado sacó de sus calzoncillos negros un celular y marcó a la policía, mientras yo procesaba lo que mis ojos plasmaban. En cuarenta y cinco segundos el chico terminó la llamada para dirigirse una vez más al ladrón.

—De esta no te salvas. —Con tanto forcejeo y el chico que cabalgaba sobre la espalda del ladrón, me vi envuelta en un juego de montar un toro mecánico muy bizarro, donde era una más de los espectadores. Recién asimilaba la escena en el momento en que el Chico Batman posó sus ojos en mí—. ¿Estás bien?

Me sobresalté y al mismo tiempo sentí una enorme curiosidad por saber quién era el chico tras la desteñida máscara.

—Sí. —Asentí con nerviosismo—. Muchas gracias. ¿Te debo algo?

—Claro que no —se echó a reír unos segundos—. Mi pago es haberte devuelto el cofre.

Con una radiante sonrisa finalizó su frase.

¿Cuántas personas eran ayudadas por un chico disfrazado de Batman? Supuse que pocas; quizás formaba parte del uno por ciento que tenía ese extraño privilegio. Me prometí no olvidar nunca aquel gesto, ni la sonrisa de aquel intento de Batman.

Y así, después de mi extraño día —y algunos días de relax—, llegó el apodado «Lunes Desastroso», con Historia como primera clase.

Odiaba esta materia desde el fondo de mi corazón, porque, aunque amaba contar, memorizar nombres raros y fechas era un reto igual de grande que aprender chino mandarín. Si bien mis notas no eran un fiasco, siempre estaba bajo del promedio en Historia. Además, parecía que la profesora Mittler gozaba de verme sufrir preguntándome siempre cosas que no entendía. Quiero creer que su interés por hostigarme se debía a que el gran Mika había asistido al colegio y no le tenía mucho aprecio, pero decidí comprobar mi teoría ahora que Felix Frederick asistiría también.

Como buen Lunes Desastroso, aquella mañana resultó un caos total. Parecía que alguien había ocultado las cosas convenientemente ese día para que todos los habitantes de la casa se desesperaran y el malhumor religioso de los lunes se potenciara por mil. Gritos de un lado a otro, consultas sobre la hora, tía Michi que quería tomarnos una fotografía para recordar el primer día en que su hijo asistiría a Jackson, yo que posaba sin darme cuenta de que la parte trasera de mi vestido estaba dentro de mis calzones, papá que me obligaba a cambiarme de ropa, más consultas sobre la hora, el tío Chase que se atoraba con el pan, papá que manchaba sus hojas con café, entre otras cosas. No hubo un minuto de silencio hasta que mi nuevo compañero de clase y yo salimos de la casa.

Con sus audífonos puestos y su inexpresivo rostro, Felix me siguió hasta la parada del autobús. Él vestía su abrigo marrón característico y en sus manos unos guantes rojos. Su nariz estaba roja, lo que me hizo dudar sobre mi apodo hacia su persona. Poste con Patas no le pegaba mucho, sino que Rodolfo, el reno, le pegaba a la perfección, después de todo hasta su abrigo combinaba.

—¿Siempre has tenido la extraña manía de quedarte observando a las personas sin disimulo alguno o solo ocurre conmigo?

—Pasa con todos. —Hipé.

La maldición del hipo no me dejaba mentir. Desde niña pasaba que cada vez que mentía me daba hipo, así que el gusto por decir mentiras no era lo mío. Sabía a la perfección que siempre era mejor decir la verdad, pero había veces donde lo conveniente era no hacerlo, pero Floyd McFly no podía mentirle ni a un niño pequeño, porque su diafragma lo arruinaba todo. ¡Genial!

Felix alzó una ceja y luego miró por sobre mi hombro.

—¿Siempre hipeas cuando mientes? De todas formas, eres pésima haciéndolo. Es fácil leerte, eres una persona predecible.

—¿En serio?

—Sí. Por ejemplo, justo ahora tienes unas enormes ganas de preguntar sobre mi tatuaje.

No había pensado en el tatuaje, pero sí que me moría de ganas por saber sobre él.

—¿Qué significa tu tatuaje?

No me resistí.

Felix frunció el ceño. Sí, lo frunció. Después de todo este tiempo no me lo creo, hacer un gesto tan natural no parecía ser obra de su rostro, pero lo hizo. Creo que haberlo visto hacer eso fue mucho más emocionante que saber el significado de su tatuaje.

—Te daré una pista —pronunció, tornando sus ojos en mi dirección—: Edgar Allan Poe.

Abrí mis labios para responder aquella pista, pero mi frase se quedó en la punta de la lengua. El nombre me parecía extremadamente familiar, tanto así que, por un vano esfuerzo para que mi cerebro recordara quién era el tal Edgar Allan Poe, el autobús escolar casi no paró. Fue el mismo Felix quien pasó de mi inexistente respuesta a extender su brazo y parar el bus. El Poste con Patas, siempre tan amable y respetuoso, no hizo ni ánimos de saludar al chofer, simplemente pasó de él y se sentó en el tercer asiento junto a una chica gótica.

Ni siquiera tuve tiempo de despotricar su indiferencia cuando mi nombre se alzó dentro del bus; al fondo, cuatro chicas se encontraban sentadas charlando sobre la vida. Con cierta gracia, papá las había apodado «las gallinas de Jackson», pero yo prefería llamarlas por sus nombres.

—Hola, hermosa —saludó Nora—. ¿Qué hace una niña tan divina como tú tan solita en este pasillo?

—Ven con nosotras, te estábamos reservando este caliente asiento —le siguió Fabiola, palpando el asiento junto a ella.

Miré a las dos gemelas con horror; solía olvidar que ambas eran unas pervertidas sin ton ni son, siempre diciendo frases con doble sentido y aconsejando sobre sexualidad, tema que tanto a mí como a Eli nos espantaba escuchar.

—Eso es demasiado perturbador para un lunes por la mañana —comenté, sentándome en el asiento del medio, entre las dos gemelas.

—No tanto como el Poste con Patas del que nos hablaste —pronunció Sherlyn sin quitar la vista de su celular.

Suspiré mirando en dirección a Felix.

—Suspiraste... —habló Eli con una mueca en formación, llena de sospecha— ¿Será este el inicio de un nuevo romance juvenil para nuestra querida Hurón? Solo piénsenlo: una linda chica que vive bajo el mismo techo con un chico que ni siquiera la toma en cuenta y que, además, parece un experimento alienígena sin expresión. Su madre fue abducida por los extraterrestres una tarde que colgaba ropa en Los Ángeles y tuvo a su primogénito, pero este tiene la misión de destruir la Tierra; sin embargo, no contaba con enamorarse de un tierno Hurón, por lo que su plan es frustrado. —Tomó aire y se echó sobre el asiento—. Eso sería genial.

—Creo que alguien está viendo *The Xfiles*.

El autobús se detuvo para subir a otros estudiantes más con dirección a Jackson. Mientras el gallinero armaba sus teorías sobre lo que posiblemente ocurriría entre Felix y yo, vi en cámara lenta cómo mi lunes se partía en pequeños trozos con la llegada de Wladimir. La noche anterior había practicado mil formas para reaccionar cuando lo viese, pero todas quedaron en el olvido al

ver que no subía solo, que ya tenía una novia nueva. Un silencio se alzó en el gallinero y los ojos de mis cuatro amigas se posaron sobre mí. Apreté con fuerza mi falda sin quitarle la vista al patán que me había dejado una mañana de lluvia y tragué saliva, escuchando a Sherlyn susurrar:

—Floyd: a setenta y cinco por ciento de estallar. —La miré de reojo y negué con la cabeza.

Al llegar a Jackson, Felix se perdió de la faz de la Tierra apenas bajamos del bus; el gallinero y yo intentamos dar con su paradero sin resultados.

En la sala de Historia la arrugada profesora Mittler nos esperaba sentada en su respectivo escritorio frente a toda la clase. En el primer banco, sentado con su cabeza apoyada sobre sus brazos en la mesa, estaba Felix. Un enorme peso de responsabilidad se apoderó de mí; después de todo nos conocíamos y mi lado empático no permitiría que el inexpresivo chico anduviese solo, sin amigos en su primer día de colegio. Les hice una seña a las chicas para que se fuesen a sentar y así yo me sentaría junto a Felix, pero Martha Pratt se adelantó a mis movimientos y tomó el lugar.

Desde el fondo de la sala pude escuchar las carcajadas burlonas de mis amigas. Les saqué la lengua en cuanto vi sus caras y procedí a sentarme en el último asiento en las mesas del medio. Un pasillo largo me separaba del gallinero. Junto a mí no tardó en llegar mi nuevo compañero de banco, un chico despeinado con muchos lunares y un abrigo marrón, al que pude reconocer enseguida de la florería.

Verlo a mi lado fue de espanto, pero no tanto cuando sus pardos ojos fueron iluminados por una luz casi celestial y una familiar sonrisa trazó su rostro.

—¡Eres la chica del cofre! —exclamó con sorpresa—. ¡Soy yo! ¡Batman!

Sonrisa



De todas las presentaciones que alguien me había hecho, ninguna fue como la de Batman. Una sonrisa radiante y acompañada enseguida de su extraño apodo.

—Como el futuro héroe de la ciudad, no sé si debería revelarte mi identidad supersecreta, pero supongo que la sabrás después de todo. —Se sentó sobre la silla y dejó sus cosas sobre la mesa —. Soy Joseff Martin.

—Floyd McFly.

Su expresivo rostro se asombró.

—¿Te das cuenta de que nuestros apellidos forman «Martin McFly», como el de la película?

Joseff presentaba todos los rasgos de alguien anormal. Su forma de hablar y expresarse era todo lo contrario al Poste con Patas. Sus ojos estaban llenos de vida, sus cejas parecían gusanos peludos que se movían sin cesar con cada expresión que dibujaba en su rostro. Era un frasco de bebida batida que, al abrirla, llenaba a todos de su hilarante actitud, positivismo y buena voluntad. Esto me hizo sentir como una persona con una moneda; por un lado, el rostro inexpresivo de Felix y, por el otro, a mi compañero de banco.

Mientras la profesora Mittler hablaba sobre los próximos exámenes, Joseff aprovechó el privilegio de sentarnos en el último asiento para charlar el resto de la clase sobre su fascinación por los superhéroes.

—...es por eso por lo que los superhéroes prefieren mantener su identidad bajo secreto.

—Interesante, interesante.

No tenía la menor idea de lo que decía, pero bueno, así se callaba un rato...

—Lo es, McFly.

—Nunca te vi por el colegio. ¿Por qué entraste recién? —pregunté sin pensar. En realidad, lo que ansiaba averiguar era sobre el paraguas, aunque teniendo en cuenta el afán que había demostrado en ayudar a las personas y algunas de sus anécdotas que contó tras su presentación, dudé de si lo recordaría.

—Bueno... —Llevó su mano detrás de su cabeza y se revolvió el cabello trazando una sonrisa igual a la de un niño pequeño al que descubrieron haciendo algo realmente malo—. Me gusta ayudar a las personas.

La profesora Mittler carraspeó y provocó que ambos mirásemos hacia la pizarra blanca con anotaciones sobre los temas próximos a tratar en Historia. El ceño fruncido de Mittler nos decía todo y, como todo profesor al que le gusta ser escuchado, no aprobaba que Joseff y yo estuviésemos distraídos. Tomé mi lápiz para anotar lo de la pizarra y, al mirar de reojo a mi compañero, descubrí que hacía lo mismo, pero en lugar de escribir, movía su lapicera sin anotar ninguna palabra en la hoja. Deduje que era probable que fuera de esos estudiantes a los que les iba horriblemente mal, pero esa idea quedó atrás cuando retomamos la plática.

—¿Entonces...? —Nuestras narices casi rozaban las hojas de nuestros respectivos cuadernos—. ¿Por ser «buena persona» estás aquí?

—Se podría decir que sí. Mi idea de ayudar a las personas a toda costa conllevó tener demasiadas citaciones de apoderado, encuentros en la oficina del director y auxiliar al conserje del colegio. Al final, el director no aguantó mis «acciones osadas» y me expulsó del colegio a una semana de las vacaciones de invierno. Después de una incesable búsqueda, este colegio fue el único que me aceptó.

—Eso es malo; debes de extrañar a tus antiguos compañeros.

—Sí... —suspiró con algo de melancolía—, pero puedo hacer nuevos, ¿verdad?

Respondí a la flamante sonrisa con otra, hasta que una bola de papel cayó justo en mi espalda como si recibiera una bala. Sin temor a equivocarme deduje que el cuarteto de gallinas parlanchinas se habían convertido en expertas de proyectiles lanzando bolas de papel a todos los que pudiesen sin que Mittler las notase y, en cuestión de segundos, toda la clase, a espaldas de la profesora, armó un juego macabro lanzándose papeles. Los únicos fuera del juego eran Felix, la chica gótica (de la que no recordaba el nombre) y yo.

—Nuestro Hurón hizo un amigo nuevo. —El tono insinuante de Sherlyn no me gustó para nada.

Le pegué un codazo con el que casi tira su celular al suelo por el movimiento y recibí una mirada austera de su parte. Nos sentamos en nuestra banca preferida del patio. Desde nuestra ubicación teníamos una vista privilegiada hacia todo el patio y, por supuesto, a los chicos del club de deportes que practicaban en sus ratos libres.

—No quiero tener nada que ver con chicos ni romance por ahora. —Me crucé de brazos, amurrada cual niño pequeño. Eli estaba del otro lado comiendo papas fritas.

—Eso dijiste el año pasado, en esta misma banca cuando Sander terminó saliendo con Nancy y no contigo —me reprochó. Las dos gemelas le dieron la aprobación asintiendo, al tanto extendían sus manos para que Eli les diese un poco de papas—. Dijiste: «no quiero más chicos, me volveré monja» y aquí estás.

—Era alguien inmadura; ahora sí me volveré monja.

Nora pegó una enorme carcajada al cielo.

—Las monjas son blancas palomas y tú, querida, no eres ni la mitad de eso.

A su lado, Fabiola se incorporó a la conversación.

—Creo que Floyd es demasiado buena. Si yo hubiese estado en sus zapatos hoy y hubiese visto al estúpido de mi ex con otra chica en tan poco tiempo, probablemente le estarían colocando prótesis nuevas como dientes.

Sherlyn alzó su pulgar y asintió aprobando su comentario. Por otro lado, una exaltada Eli se levantó de golpe del banco y se puso frente a nosotras, con sus ojos abiertos como platos y una sonrisa maliciosa en sus labios.

—Se me ocurrió una siniestra conspiración contra Wladimir.

Si bien por un segundo la idea de volverme una monja se cruzó por mi cabeza y pensé declinar su conspiración contra el chico que había roto mi corazón, decidí escuchar lo que la revoltosa cabeza de mi imaginativa amiga tenía.

Me enseñaron que la venganza no era buena, sino un camino errado para recomponer algo roto, que algo divino se encargaría de devolver todo el mal que me habían hecho. Justicia divina o justicia por cuenta propia... compleja elección, pero la tentación estaba a flor de piel y terminé arrastrada al lado oscuro. Siendo clara, no iba a dejarlo sin piernas o hacer de su vida una

miseria, sino que una simple broma para saciar ese vacío que me había hecho parecer una tonta cuando me dejó y así demostrarle que «mojigata» no era el apodo que una McFly debía llevar.

Llevábamos más de dos meses saliendo y sus insistencias para «pasar a un grado candente» llegaron a un punto horrible. Yo siempre le dije que no estaba preparada. Su tozudez me estaba hartando y, por su parte, el que no accediera no le gustó, así que, después de quedar para una supuesta cita el Día de los Enamorados, recitó con desdén: «No aguanto más estar con una mojigata como tú. Morirás virgen y con cien gatos. Adiós».

La lluvia comenzó y así volvimos al principio de esta historia.

Tengo que aclarar que las enseñanzas contra la venganza siempre fueron de parte de mamá, porque papá es otro cuento... Uno muy turbio. Más que una cuestión de apellido se trata de la familia y, como siempre me dijo, con su familia nadie puede meterse.

Cuando sonó el timbre para volver a clases y con el gallinero nos dirigíamos hacia la sala de electivo de Biología, Felix se presentó como por arte de magia en el pasillo principal. Entre los demás estudiantes lo vi intentando abrir su casillero. Inexpresivo; no obstante, noté que estaba forcejeando con la cerradura.

Las cinco, que habíamos puesto los ojos sobre él, nos paramos a una distancia prudente a observarlo con más detalle.

—Me sorprende que no evoque ninguna expresión aun estando en apuros —confesó Fabiola. Achicó sus ojos y se inclinó un tanto hacia adelante—. ¿Creen que sus padres lo golpeaban de niño?

—No creo que sus padres hicieran eso. Su madre es un tanto impulsiva, sí, más con su marido. Y él es muy simpático. No se ven como alguien que maltrate a su hijo. Felix es... retraído por naturaleza, así desde niño.

Fabiola me golpeó en plena costilla con su codo.

—Uy, los defiendes...

—Claro —habló su hermana—, tiene que defender a sus futuros suegros.

Resoplé hacia arriba moviendo los escasos cabellos cortos que tenía para entonces colgando por mi frente. Las cuatro, al parecer, ya se hacían una idea bien planificada sobre mi futuro con el Poste Inexpresivo. Giré mi cabeza cuando sus ojos se posaron sobre mí y un leve sonrojo comenzó a decorar mis mejillas. Agarré la poca cordura que me quedaba y tomé aire.

—Déjenme en paz, gallinero —refunfuñé, para luego posar mis ojos sobre un frustrado Felix—. Iré a ayudarlo; las alcanzo luego.

Dando zancadas, me dirigí hacia Felix y me posicioné a su lado dispuesta a ofrecerle mi ayuda, pero en cuanto me acerqué, algo frío azotó. ¡Había abierto el bendito casillero y, para colmo, me había golpeado! Sentí cómo todo el diseño de la puerta se moldeaba en mi mejilla y provocaba que enrojeciera al instante. Mi mala suerte no terminó allí, no, señor, el choque de la puerta había llamado la atención de unos cuantos que ahora reían por mi incidente. Quise que la tierra me tragara allí mismo o que un robot gigante destruyese el colegio y así no tuviese que padecer más humillación.

—¿Estás bien? —Felix pestañeó un par de veces y cerró la puerta de su casillero para observarme. Me froté con lentitud la mejilla sintiéndola similar a una taza con té ardiente.

—¿Tú qué crees?

—Que eres realmente boba al ponerte allí, pero pregunté si estás bien.

«Paciencia, Floyd, paciencia...»

—Estoy bien y veo que tú también. Ahora, me voy...

Levanté un poco mi pie para emprender mi camino hacia la sala de Biología y lo habría hecho si no me hubiese petrificado en cuanto un extraño sonido emanó de Felix Frederick. Fue algo rasposo y corto, pero bastó para que mis ojos bien abiertos, sin poder creer lo que había escuchado, fuesen puestos otra vez sobre él, y en cuanto lo hice, miró en otra dirección cubriendo su rostro con una mano para que no lo viese. Inspiré hondo y busqué una vía factible para ver, escéptica, lo que parecía ser un cambio drástico en ese inexpresivo chico, hasta que por fin pude colocarme de frente y notar, atónita, cómo torcía sus labios de tal forma que parecía una sonrisa.

¡Sí, una sonrisa!

—¡Oh, por Dios, has sonreído! —exclamé olvidando por completo el dolor. Porque sí, al parecer los cambios de Felix poseían poderes curativos—. Espera... te estabas riendo de mí... Ah, qué más da, ¿eso quiere decir que no eres un inexpresivo después de todo!

—¿Estás emocionada por algo así? —Asentí animosa. Felix había vuelto a ser el de siempre. Habría deseado poder fotografiar lo que mis ojos habían capturado y lo medité durante unos segundos, hasta que caí en la cuenta de lo que la emoción e ingenuidad no me habían dejado ver: una cercanía demasiado íntima para dos chicos que se habían reencontrado hacía unos días. Mis brazos que cubrían todo lo que se llama cara fueron la mejor forma de ocultar mi repentino sonrojo. Di dos pasos hacia el costado y emprendí mi marcha para dejar al Poste con Patas en el ya casi desolado pasillo.

Como costumbre, al finalizar las clases, las chicas y yo partimos camino a casa. Llegamos al inmenso parque que quedaba cerca y las cinco, al llegar allí, tomábamos caminos diferentes: Nora y Fabi se marchaban a su casa; Eli, a su trabajo en la librería del centro; Sherlyn, al trabajo de su madre.

Cruzar el parque siempre me pareció divertido, mas ese día fue algo reflexivo. Todo fue visto por mis ojos con otra perspectiva y cierta melancolía. Los árboles, los niños que jugaban, las personas que paseaban a sus mascotas... Y entonces... ¡paf! Recordé el haberme sonrojado frente a Felix. Me lamenté en alto con un gutural grito que emergió de mi garganta.

—Idiota, idiota, idiota. ¿Puedo ser más obvia al sonrojarme por una estupidez? ¡Claro que no! Suerte para mí que él se marchó en autobús o...

—¿Siempre dices lo que piensas en voz alta?

Me petrifiqué. *Sep*, me volví una adolescente de hielo —y no lo digo porque andaba con vestido en pleno invierno— que intentó actuar normal ante aquella situación. Giré de manera mecánica solo para encontrar a mi viejo amigo de la infancia dos pasos más atrás que yo.

—Felix —canturreé, esbozando la mejor de mis sonrisas. A juzgar por su movimiento de cabeza, poco bien lo hice—. ¿Escuchaste todo lo que dije?

—Podría decir que no para dejar tu orgullo intacto, pero no se me da bien ser buena persona. Sí, te escuché y, viendo tu preocupación, creo que hablabas sobre ese momento en el que te sonrojaste cuando creíste verme sonreír.

—No, no era eso. Me sorprendí al verte felix... «Felix», ¿entiendes? —Hipé tres veces seguidas.

—Haré como que te creo, bastante mal te haces sola.

Me alcanzó y ambos volvimos a caminar. Mis gimoteos por ser lo suficientemente tonta como para pensar en voz alta eran los de un cachorro que busca consuelo en su madre. Mis pies eran arrastrados por el pavimento mientras el peso de la indignación estaba bien puesto sobre mis

hombros. Felix no soportó más mis lamentos y se colocó sus audífonos. La distancia entre ambos se notó; un distanciamiento que no dio para más al escuchar mi nombre pronunciarse en la lejanía. Era Joseff.

—¡Eh! —Alzó su mano saludando a ambos—. Yo también voy en esa dirección. No había lugar en el bus así que desde hoy los tres iremos felices de vuelta a casa.

Venganza



De vuelta en casa, nuestros padres nos saturaron con preguntas sobre el colegio. Felix respondió con monosílabos, sin dar mucho detalle. Tampoco había mucho que decir de su parte; todas las veces que lo vi estaba acompañado de sus audífonos del diablo. Yo, a diferencia de él, claramente estaba en otra posición, pero el peso del día se acentuó en mis hombros y todo lo que anhelaba era leer la actualización de Wattpad y prepararme de forma mental para lo que sería una conspiración bien planeada contra Wladimir.

La mente malvada de Eli lo había planeado todo en un par de segundos. No tengo la menor idea de cómo; sin embargo, un plan fríamente calculado nos fue recitado paso por paso en el recreo de aquel lunes. Los siguientes cuatro días de la semana mi ex pagaría por todos sus pecados (y quizás el resto de ellos) con un par de travesuras.

El martes por la mañana tuvo un poco de calma en comparación al día anterior. Ya más coordinados con el horario, gozamos de un rico desayuno sin manchas y ahogos, excepto porque la madre de Felix nos asustó a todos diciendo que tenía contracciones. Su marido palideció y agarró nervioso a su hijo por el pecho. Felix tenía los ojos puestos sobre su mamá, expectante a cada uno de sus movimientos. Mi madre dio un salto en su silla y papá maldijo entre dientes. Yo por un segundo creí ver un parto en vivo y en directo, experiencia que solo conocía por televisión o imágenes de libros. Nos mantuvimos en alerta durante unos... ¿dos minutos? Sí, atentos a los movimientos de tía Michi, quien se arrugó más de lo normal. Entonces, abrió los ojos y suspiró.

Nos mantuvimos en alerta durante unos... ¿dos minutos? Sí, expectantes a los movimientos de tía Michi, quien se arrugó más de lo normal. Entonces, abrió los ojos y suspiró.

—Era un gas ninja, lo siento —comentó, sonriendo con culpabilidad.

—Cielos, gorda —le dijo su marido—, esos son los peores.

Por suerte su gas no fue letal. No sentimos nada más allá del olor del pan caliente que reposaba sobre la mesa.

Una vez escuché que las embarazadas suelen tener gases y deben tirárselos por obligación, pero no puedo confirmar aquello. Quizás fue una estrategia astuta de una embarazada para excusarse. De todas formas, el desayuno fue normal dentro de su anomalía.

Siendo la primera en terminar el desayuno, me dirigí a la cocina con bolso en mano para guardar, con extremo cuidado, huevos en esta.

El primer día de la conspiración consistía en dejarle un pequeño «presente» a Wladimir durante la clase de Matemáticas. Simplemente debíamos sentarnos de manera tal que nos permitiera pasarnos su mochila con disimulo hasta Fabiola, quien haría el trabajo de meter los huevos dentro.

—Con esto Wladimir no querrá comer huevos revueltos en su vida. —Eli se frotó las manos ansiando llegar a Jackson. Todas nosotras parecíamos estar en un espeluznante aquelarre dentro del bus. No faltaron las miradas prejuiciosas de los demás, que nos oían reír como brujas.

—Recuerden las posiciones —advirtió Fabi—. No dejen que nadie que no seamos alguna de nosotras se sienta tras él. Y que Floyd se mantenga alejada; no vaya a ser que sospeche de ella.

Al llegar a Jackson la ansiedad se apoderó de mí. Estaba temerosa de provocarle mal a alguien que me había hecho mal, ¡qué absurdo! Pero era justificado, la verdadera Floyd estaba bien resguardada dentro de un cofre con una estampa que rezaba «Paciencia». Cuando esa caja fuese abierta y de paciencia no me quedase nada, la verdadera Floyd aparecería. Mis amigas decían que tenía una especie de *alter ego*, y quizás tenían razón.

Dejé mis cosas sobre la mesa y me senté en el asiento vacío junto al Chico Batman.

—Buenos días, Joseff.

Él volteó a verme como si no supiese de quién se tratase y sonrió con complicidad, agitando su mano para que me acercase a él. Sus ojos recorrieron todo el salón de clases, el cual comenzaba a llenarse. Llevó sus manos al abrigo marrón y con lentitud bajó el cierre. Allí estaba, entre las sombras, el reconocible logo de Batman—. Sé que no puedo llevar disfraz aquí, pero no pude resistirme. Por cierto, oí que hay un club de voluntarios, de esos que ayudan a otros estudiantes. Quiero entrar. Espero que allí sí me dejen vestir así.

—Estás completamente loco.

—La locura es parte de todo ser humano, pero hay que saber domarla. —Me guiñó el ojo entretanto ocultaba la evidencia.

Le brindé una sonrisa extraña que reprimí cuando noté que Wladimir entraba a la sala y se sentaba en el segundo asiento de la ventana. Mis piernas gozaron de vida propia; no pude evitar moverlas con nerviosismo.

—¿Quieres ir al baño? —preguntó Joseff con inocencia.

—¿Ah? No, no. Estoy bien.

Le resté interés a su pregunta y me obligué a quedarme quieta. Los ojos curiosos de Joseff estaban puestos en mí y temí que se enterara de nuestra conspiración. El falso Batman, sin un tornillo y hablador, quizás frustraría nuestro plan si se enteraba, después de todo su lema era ayudar a las personas y nosotras, a sus ojos, seríamos las villanas. Claro, el trasfondo de la historia me hacía a mí la víctima, pero no estaba con deseos de narrarle mi penosa historia a alguien más.

Dos minutos y catorce segundos fueron los que se demoró el gallinero en completar la primera fase del plan. La mochila de Wladimir estaba llena de huevos gracias a la habilidad de Fabi. De reojo vi cómo la pisoteaba y saboreé junto con ella el crujir de las cáscaras. Pero la siguiente fase del plan se complicó. Una mochila que goteaba fue un problema al pasarla arrastrando por el suelo, parecía más pesada y el ruido comenzó a llamar la atención del profesor Mars. Debía hacer algo para distraer los ojos curiosos de los demás. Preguntar sobre matemáticas sería muy aburrido, preguntar si podía ir al baño no llamaría mucho la atención. Solo tenía una oportunidad y la aprovecharía, aunque todos se rieran de mí. De todas formas, ¿qué más daba? Suficiente con que todos me llamasen Hurón gracias a las malas voces de mis compañeros y papá, así que tomé aire y me levanté de la silla causando un gran estruendo. Entonces exclamé lo primero que se me vino a la cabeza al momento de levantarme: el tatuaje de Felix.

—¡Un cuervo y un corazón por Edgar Allan Poe! ¡Por eso el tatuaje!

Adiós a conseguir pareja para el Baile de Graduación.

—¿De qué rayos estás hablando, McFly? —preguntó el profesor, volteando en mi dirección.

Los ojos de los demás chicos en la sala estaban puestos en mí. Me sentí tan observada que los movimientos involuntarios por mecarme iban a comenzar.

Ante mi silencio, el profesor negó con la cabeza.

—Aunque admiro su interés por Poe, esto no es Literatura, McFly. Preste más atención.

Dicho y hecho, no hice más que volver a sentarme queriendo ser absorbida por una fuerza sobrenatural. A mi lado Joseff reía cubriéndose la boca. Resoplé y gimoteé cual cachorro abandonado mientras fingía una vez más escribir las fórmulas raras de la pizarra.

Por humillarme así, por poco olvido los motivos. Me enderecé y busqué al gallinero. Las cuatro chicas asintieron levemente en cuanto mis ojos dieron con ellas.

Estaba hecho.

Habría pagado por ver la reacción de Wladimir, quien apenas notó algo extraño que salía de su mochila se fue corriendo de la sala.

La conspiración continuó:

1. El miércoles tres bailarines eróticos llegaron a la puerta de los Huff buscando a su hijo.
2. El jueves unas asquerosas cucarachas habitaron su taquilla.
3. Día de infiltración.

Las cinco nos quedamos en Jackson por la tarde para concluir nuestra conspiración. Ese fue el último día de mi venganza y, por consiguiente, debía ser el mejor de todos. La idea inicial era meternos al baño de chicos mientras se bañaban después del entrenamiento, robarle toda la ropa a Wladimir, para luego lanzarla al bote de basura. Simple. Pese a ello, lo típico no le agradó a Sherlyn y quiso pasar a un grado más malvado. Sacó de su mochila un frasco parecido al champú que mamá usaba y nos lo enseñó cuando estábamos bien ocultas tras las gradas.

—Esto, amigas mías, es una crema de depilación instantánea. Es muy parecida al champú común, pero cumple la función de quitar hasta el último cabello. Fue retirado del mercado hace unos años por las constantes bromas y las denuncias. Muchos se confundían, lo usaban para bañarse y conseguían una reluciente cabeza calva. —Todas aplaudimos con la presentación. Sherlyn era callada y vivía por su celular, pero tenía una mente muy siniestra cuando lo requería —. Ahora, ¿quién entrará al baño y lo pondrá en su casillero?

Nora alzó la mano.

—Yo lo haré.

—¡Alto ahí, locas! —Las frené antes de que todas se armaran de valor para finalizar la conspiración—. Le escribiré una pequeña nota para que me recuerde.

—No creo que sea una buena idea, Hurón —advirtió Fabiola.

—No importa, quiero que, a pesar de las consecuencias, sepa que nadie humilla a un McFly.

Y así fue. El grito que pegó Wladimir dentro del baño pudo escucharse por todos los rincones de Jackson, incluso donde estábamos riendo a voz alzada nosotras, tras las gradas. Aún puedo imaginarme cómo fue su expresión pasmada cuando su cabello se escurría como agua por su cuerpo. Fantástico. Degusté cada uno de los minutos.

Pero no todo pudo salir perfecto.

En Historia la secretaria del director Manson golpeó la puerta y le informó a la profesora Mittler que me requerían en el despacho. Tragué saliva y lo primero que hice antes de levantarme, casi temblando del pavor, fue mirar a mis cuatro amigas. Todas ellas lucían atónitas, con ojos que podrían haberse salido de sus cuencas, rostros pálidos, la boca entreabierta de la sorpresa.

Cual prisionero de camino a su recta final, seguí los pasos de la secretaria hasta la oficina del director. Afuera encontré a un molesto Wladimir, que llevaba un gorro de lana puesto para cubrir su calvicie. Sus puños bien apretados y rojos, y sus ojos achinados me informaron que estaba perdida. No había marcha atrás.

Entré a la oficina del director donde me vi envuelta en una carnicería y todo podía ser usado en

mi contra, más aún cuando sentado en una de las cómodas sillas frente al director papá esperaba mi llegada.

—¿Me llamó?

«No, idiota, fue una broma», ironicé para mis adentros.

—Señorita McFly, siéntese. —El director me indicó la silla acolchada junto a papá—. Hay cosas que explicar. —Se aclaró la garganta y extendió su mano para dejar sobre su mesa de madera oscura y perfectamente ordenada la arrugada nota que le había escrito de forma anónima a Wladimir—. Huff dijo que usted le tendió una broma y que esta nota es la prueba de ello. La comparó con las cartas de amor que solía escribirle. Dijo que se está vengando por terminar su relación.

Quise hablar para excusarme. En un intento por decir algo solo balbuceé mirando a papá, quien lucía sombrío y distante.

—Su padre y yo ya conversamos sobre esto y llegamos a un acuerdo —continúo el director. Mientras mis ojos estaban puestos sobre papá, no podía hacer nada más que repetirme una y otra vez que era probable que estuviera decepcionado—. Huff y su madre, la señora Huff, querían que la suspendiera o que la expulsara, pero su padre dio otra opción.

El corazón dejó de latir un momento hasta que volvió a hablar. Los labios secos del director se movieron en cámara lenta al momento de pronunciar mi sentencia.

—¿C-cómo?

Coloqué mis manos sobre la mesa y me arrimé para volver a escuchar lo que parecía dicho por un mismísimo ángel.

—Eso, McFly, tendrá que entrar a un club.

Quise esbozar una sonrisa, mas la reprimí en cuanto vi a papá. Sin más que decir, nos despedimos del director y ambos salimos del despacho. Crucé una mirada hostil con Wladimir y me acaricié el cabello como burla, luego me dirigí a papá.

—¿Estás...?

—¿Molesto? —interrumpió. Asentí con lentitud preparándome mentalmente para recibir sus regaños ¡y sorpresa! Todo lo que conseguí fue una sonrisa rebosante de satisfacción—. ¿Cómo podría? Esa comadreja pelona recibió su merecido y no tuve que mover un dedo. —Posó su mano sobre mi cabeza—. Estás aprendiendo, Huroncito.

La abuela decía que todos tenemos un animal dentro que nos representa y se lo dijo a papá muchas veces antes de que falleciera, por eso papá agarró la manía de apodarar a todos con nombre de animales. Viendo lo curiosa e inquieta que era su hija, decidió apodarme «Hurón». A pesar de no gustarme al comienzo, porque quería el renombre de algún animal más genial, siempre me pareció una buena forma de saber cuándo estaba enfadado; que me llamara Huroncito me llenó de alivio.

—Ahora solo debes fingir que eres buena persona y ya —concluyó.

—Soy una buena persona, papá. Un cincuenta de cien, al menos.

—Cierto, lo heredaste de tu madre, quien será la que te regañe por esto. De ella sí no te salvarás.

—Ya lo sé...

Con el problema arreglado, necesitaba buscar un buen club, uno donde no tuviese que hacer mucho, donde pasase desapercibida, donde no hubiera muchas personas y encontré el indicado: el Club de Voluntarios.

Club



—Quiero tener un papá así de influyente.

Miré hacia el grupo de deportistas reunidos alrededor de Wladimir. Todos, como buenos amigos, lo estaban consolando por quedarse calvo, mientras para mis adentros le restaba importancia al asunto diciéndome que el cabello crecía y que él exageraba demasiado. Las miradas hostiles y amenazantes no faltaron entre sus más cercanos, pero de mi lado tenía al gallinero para devolvérselas y a un papá mucho más atemorizante que el director. La balanza estaba a mi favor.

—Yo también. —Nora se limaba las uñas. El sonido me tenía con una sensación extraña que me recorría toda la médula. A su lado, Fabiola, que también tenía los pelos en punta por el sonido, le dio una palmada en sus manos para que se detuviese—. Sherlyn, defiéndeme —gimoteó mirando a una Sherlyn Belou con un nuevo corte de cabello.

—Estoy ocupada. —Los dedos de mi amiga bailaban sobre la pantalla táctil de su celular—. Dile a Eli.

—No merezco ayuda de nadie después de lo que hice. —Eli se apretó las mejillas entre sus manos y torció sus cejas en son de lamento—. Por mi culpa nuestro Hurón se metió en problemas.

—Me metí en problemas con la nota que le escribí a Wladimir, lo de la venganza estuvo bien, Eli. —Palmeé su espalda para reconfortarla.

Eli había estado callada toda la clase desde que volví del despacho del director, ni siquiera había comprado el almuerzo en el casino, ni probado el sándwich de queso y jamón que siempre robaba a Sherlyn. El peso de la culpa estaba sobre sus hombros, aunque desde mi punto de vista nadie más que yo tenía la culpa de haber sido castigada. Si mi ambición para ser reconocida por la trágica calva de Wladimir no me hubiese llevado a escribirle, sino a conservar el anonimato de nuestras fechorías, tal vez nada hubiera ocurrido y hoy no habría historia.

Tras despedirme de mis amigas al salir de clases, Felix, Joseff y yo emprendimos nuestra vuelta a casa. Como ya se estaba haciendo costumbre, el hijo de los Frederick iba escuchando música sin decir palabra, ni siquiera para advertirle a un enérgico Chico Batman que escalar árboles podía ser peligroso. Yo intentaba hacerlo entrar en razón sin conseguirlo. Mi compañero de asiento tenía, además del complejo de héroe, las habilidades de Tarzán. Subía a los árboles sin problema y desde allí nos hacía señas como saludo. Yo era la única que respondía a ellas, temiendo que en cualquier momento se estampara en el suelo.

Al bajar volvió a mi lado.

—¿Por qué tu amigo no habla?

—Me hago la misma pregunta. Supongo que somos demasiado idiotas para entablar una charla con él. —Me encogí de hombros y observé el perfil del Poste con Patas de reojo; como siempre, no volteó a verme ni por sentirse observado—. Tú eres un chico, deberías preguntarle cosas, hablar sobre temas de chicos... No sé.

El rostro de Joseff se deformó del asombro. Podría haber jurado que sus ojos se salían de sus

cuencas.

—¿Yo? —Se señaló el pecho con el pulgar. Asentí como respuesta—. La vez que me dejaste con él ni siquiera me miró o se despidió. Además, nunca me había sentido tan intimidado por alguien. No hablamos nada de nada.

Pobre, con lo que le encanta hablar. Debió estar desesperado.

—En casa es igual, casi pasa desapercibido.

—¿En casa?

Entreabrí mis labios atontada por mi torpeza. Nadie, además de mis amigas, sabía que Felix y yo vivíamos bajo el mismo techo, en el mismo piso, a dos cuartos más allá, que compartíamos el baño y que soportábamos cada mañana el espectáculo circense barato del desayuno. Esos temas siempre eran demasiado controvertidos entre los estudiantes. Suerte que Joseff no era la clase de chico que abría la boca para cotorrear con otros; era nuevo después de todo.

—Se está quedando en mi casa con sus padres. Hace poco llegó de Los Ángeles y la casa que tienen aquí se inundó.

—Eso es tan triste...

«No tanto como vivir con él, créeme», soltaba con desdén, al mismo tiempo que Felix dijo:

—No tanto como vivir con ella, créeme.

Su expresión era seria y pendenciera, como si buscara alguna respuesta a sus palabras.

—¿No será al revés? —pregunté ofuscada.

Desde el otro lado, Joseff se echó a reír, lo que hizo surcar leve, de forma casi inapreciable, una sonrisa por parte del recién cuestionado. Sus ojos volvieron a plantarse en el camino del parque y agregó:

—Es muy parlanchina cuando entra en confianza; por eso uso esto. —Enseñó sus audífonos al Chico Batman y luego se los colocó—. Siempre ha sido así.

—Creí que no me recordabas.

—No te escucho —moduló con la voz alzada.

¡Prometí que cortaría los cables de esos estúpidos audífonos! Lamentablemente eso nunca llegó a ocurrir; Felix los guardaba muy bien.

En casa esperaba algún regaño o charla sobre mi citación con el director, pero no pasó nada. Todos los que nos encontrábamos allí seguimos con nuestras vidas por su cuenta. Yo, como costumbre, llegué a estirarme en mi cama esperando la actualización de Wattpad. No había mucho qué hacer en el segundo semestre. En cuanto a mis estudios jamás sería algo relacionado con arte. Mi apreciación de las artistas tenía ciertos altibajos en los cuales mis padres influyeron lo suficiente para no querer relacionarme con ello: papá escritor y mamá fotógrafa, ambos con tornillos sueltos. Ni con las Matemáticas, aunque tuviera la manía de contarlos todo.

Ya en la noche, después de ser sermoneada por mamá en su regreso del trabajo, llamó a mi habitación para decirme que la cena estaba lista.

Conté los escalones cuando bajaba y me dispuse a salir, dejando mi celular bajo la almohada.

En el largo pasillo, escuché murmuraciones desde el despacho de papá. Eran él y el Poste con Patas. Papá cerró la puerta de su oficina con llave y, al pasar junto a mí, me revolvió el cabello. Mi frente se tensó y mis cejas estaban tan juntas que hubieran podido hacerse una. ¡No lo podía creer! Para mí estaba estrictamente prohibido entrar al despacho a observar los libros, hojear los escritos, curiosar los correos electrónicos, pero papá osaba invitar a Felix dentro de forma descarada. ¿Qué faltaba? ¿Una charla entre padre e hijo? Gruñí como un perro furioso y rogué que mis ojos disparasen rayos láser justo en la nuca del Poste. Ese niño inexpresivo tenía más

privilegios que yo.

«Ja —lancé de manera mental—, si así están las cosas...»

Al llegar a la cocina mi instinto receloso vio como nuevo objetivo al padre de Felix.

—¿Tío Chase, quiere más pan? ¿O café?

Una sonrisa plácida era todo lo que podía hacer para ocultar mis instintos asesinos. Apenas me senté en mi correspondiente asiento, hice todo lo posible para que papá me prestase atención, mas estaba hipnotizado en su café cargado. A Felix no parecía interesarle mi intento de buena hija hacia su padre, pues veía con aburrimiento la televisión pequeña al costado de la mesa, sobre una encimera.

—No le ofrezcas más pan a Chase —habló tía Michi luego de darle un sorbo a su té—, el embarazado parecerá él.

Mamá y yo nos echamos a reír. Tío Chase le lanzó una mirada de pocos amigos y me recibió el pan.

—Por cierto, hoy llamaron. —Mamá alzó las cejas de manera sugerente. Supongo que su expresión estaba expectante a mi respuesta quejumbrosa y la hice—. Tienes hora para la próxima semana. Ya sabes, los *brackets*.

Por poco olvido ese gran detalle en mí.

Mi mandíbula era como la de un pitufo (diminuta) y por desgracia de la vida no tenía espacio para que mis colmillos bajaran, así que decidieron abrirse paso a toda costa y montarse sobre mis dientes. Lindo, muy lindo. No era algo que me importase; de hecho, casi no se notaba y me reía siempre cubriéndome la boca como una señorita, pero mis padres tuvieron la brillante idea — nótese el sarcasmo— de llevarme a un dentista. Me chantajearon con comprarme un nuevo celular si le hacía una visita al odontólogo, no pude negarme.

Los tratos se cumplen y mi celular estaba bien acostado debajo de mi almohada; ahora yo debía seguir cumpliendo. Aun así, lo encontraba inaceptable, porque mi visión acerca de los *nerds* en los ochenta calaba hondo dentro de mi cabeza. Lentes gruesos y feos de lectura que no usaba — pero que tenía que utilizar— y *brackets* para completar el pack.

Hay setenta y ocho pasos desde la sala de Matemáticas a la del Club de Voluntarios. Los conté una y otra vez desde que empecé a asistir los martes.

El Club de Voluntarios era, entre todos, el club menos afamado y más aburrido que se había creado en Jackson. Nadie quería ser partícipe de él, puesto que los otros resultaban más llamativos, más entretenidos, más activos y ninguno era igual de «especial» que este. De los casi quinientos estudiantes en el colegio, solo cuatro asistían al club: su creadora, Megura Anderson; su novio, Josh Matters; su mejor amigo, Sam Julliard; y, por último, estaba la incorregible y temible Loo Wills.

Respiré hondo para calmar mis nervios. Ser nueva donde fuese a serlo nunca me resultó fácil. Necesitaba tiempo para afrontar mi nueva suerte en un club que se dedicaba a sobrevivir haciendo ¿qué? ¿De verdad había personas que ayudaban a los demás, les hacían favores y tenían tan buen corazón? ¿Realmente existían chicos que pedían ayuda a cuatro integrantes que apenas conocían?

Estaba cuestionando mi decisión. Quizás debería haber entrado a uno mejor. ¡Rayos! El de Astronomía no estaba nada mal, hasta salían de excursión, o el de Química, con sus experimentos raros.

No importaba; mi solicitud ya estaba firmada y aceptada por la líder del club y el director.

—Rayos...

Apoyé mi cabeza sobre la puerta gimoteando. El peso del arrepentimiento me llevaba cuesta abajo y, cuando menos lo esperaba, la puerta se abrió y mi cabeza se estrelló contra algo acolchado. ¡Eran los enormes pechos de Megura! Enderecé la espalda, contuve la respiración, intenté no sonrojarme. Me quedé estática, como un soldado frente a su coronel.

La sala permaneció en silencio, ni siquiera quise voltear para ver a los demás integrantes. Mis ojos estaban en el fierro de la cortina frente a mi nariz.

—Tú... Tú debes ser la nueva, ¿verdad? —habló Megura entre quejidos—. Floyd McFly.

—¡Sí! —Mi voz salió demasiado entusiasta.

«Empezamos bien, Floyd, empezamos muy bien».

—Bienvenida al club, siéntate donde quieras. Esperaré a que lleguen los otros nuevos para explicar de qué va todo esto.

¿Otros nuevos? ¿Quién más querría entrar? Joseff quería entrar, pero nadie más. De hecho, nadie en su sano juicio querría entrar.

Recorrí la sala en busca de un asiento. Había tantas sillas libres que no lo pensé dos veces y me senté en una mesa delante de Loo, quien al notar que la observaba me lanzó una advertencia con sus furiosos ojos. Tragué saliva e intenté esbozar mi mejor sonrisa. Me eché sobre la silla y esperé a los otros nuevos.

El silencio en la sala era una tortura que quizás me habría seguido durante el resto de mi vida. Ninguno de los presentes hablaba, era muy incómodo estar allí. Habría preferido ir a la sala de detención, porque al menos ahí los más revoltosos de Jackson hablaban y lanzaban chistes o hacían travesuras; lo sé porque el gallinero y yo estuvimos un par de veces. ¡Pero el club era lo peor! Era como ser exiliados de la sociedad, porque solo asistían los raritos... y Loo... y yo.

Apoyé mi cabeza sobre la mesa y miré unos bancos más allá a quien parecía dibujar con mucho entusiasmo algo que no logré apreciar en ese momento. Me incorporé y observé a Megura; se mordía las uñas con nerviosismo, apoyada en la mesa donde su novio dormía. Me giré sobre la silla, apoyé mi espalda en la pared y por el rabillo del ojo vi a Loo unos segundos; ella rayaba la mesa con la punta de un compás. Resoplé como lo haría un caballo y me eché sobre la mesa otra vez. Conté los «tic, toc» del reloj sobre la pizarra y cerré mis ojos un momento. Supuse que ese día sería eterno, pues ni siquiera habían pasado cinco minutos.

Cuando mis ánimos decaían aún más, la puerta se abrió.

Un ajetreo pareció entusiasmarlos. Todos prestamos atención. Ya me hacía una idea de que Joseff haría una entrada igual de impredecible que el día en que nos conocimos, con su traje de Batman y haciendo una pose ridícula. Esperé y esperamos, expectantes. Todo en mí se desmoronó, como un edificio, al ver a Wladimir y su mejor amigo entrar portando una enorme sonrisa que me heló hasta la médula. ¡Santa madre de la papaya! Estaba perdida. ¿Y a quién miraron luego de entrar? Cualquier idiota con dos dedos de frente podría suponerlo.

Sí, a mí. Pude ver el odio que salía de sus ojos y su sonrisa maléfica que serpenteaba sus labios. Quise volverme invisible, pero después de años la evolución humana estaba estancada y nadie tenía las habilidades que hacía siglos todos creían que tendríamos (y eso incluye los edificios llenos de tecnología, robots, etc.), así que todo lo que me quedó hacer fue rezar para que nada malo me pasara. O que Joseff apareciera a rescatarme. Era un hecho que Wladimir no tenía nada que hacer en el club, la castigada era yo, por lo que supe que una contravenganza hacia mí aguardaba a la salida.

—¡Perfecto! —Megura lucía contenta, después de todo el club tenía tres miembros nuevos. Pero ¿dónde rayos estaba Joseff? Necesitaba tenerlo cerca, porque con él tendría que irme de vuelta, como de costumbre. Ah, claro, la mala suerte me fue heredada de mamá y nada podría salirme bien—. Pasen a sentarse, así todos nos presentaremos. —Mantuve la vista en el asiento libre frente al mío. Wladimir y su amigo Thomas se sentaron junto a mí; era obvio que lo hacían para que me sintiera amenazada—. Bien, me presento: Soy Megura Anderson, la creadora de este club.

Nadie dijo nada, mas la sonrisa de Megura estaba intacta. Le hizo un movimiento con los ojos a su novio, quien se levantó con pesadumbre de su asiento, corriendo la silla con su trasero, la cual emitió un ruido bastante molesto que originó una maldición por parte de Loo.

—Soy Josh Matters, tercer año. —Josh suspiró alzando sus hombros; no parecía nada feliz de estar en el club, pero su novia podría haberlo besado allí mismo.

Josh volvió a sentarse y Megura carraspeó. Su atención fue captada por el chico extraño de mesas más allá, quien dejó el lápiz grafito sobre la hoja y se levantó de su asiento estrepitosamente. Con la torpeza de sus movimientos sus lentes por poco caen, pero los logró acomodar en su tabique justo a tiempo.

—Y-yo soy S-Sam Julliard, tercer año t-también.

—Y y-yo s-s-soy Loo —escuché a mis espaldas. Ninguno de los de delante quiso girar a verla—. Habla bien, idiota; tus titubeos son desesperantes. —Sam asintió con entusiasmo y se sentó sin más, muerto de miedo. Quise ver si debajo de la mesa había alguna poza de pis, porque yo me habría hecho encima.

Megura posó sus ojos en mí; no necesité que hablara para captar lo que quería. Me puse de pie y acomodé mi vestido. Un revoltijo en el estómago acaparó mi atención un segundo y rogué para mis adentros que no padeciera el mismo mal que la tía Michi.

—Soy Floyd McFly, último año.

—¿Y por qué estás aquí? —interrogó Wladimir, quien me miró con recelo y su amigo también.

—Podría preguntarte lo mismo —le dije en voz baja para que solo lo escuchara él.

Su rostro se transformó en uno serio, lleno de odio. Le devolví la misma mirada. Mala idea, estaba en una evidente desventaja. Volví a sentarme más tensa.

—Tengo una amiga que ansía cortar cabello —susurró cerca de mi oreja—; uno laaaaargo, con lindos rulos y de una linda chica con el corazón roto.

Todo se detuvo. Eso era una amenaza evidente y los motivos reales por los que estaba en el club, pero nada podría hacer hasta que saliéramos. Me helé de pies a cabeza y agarré mi cabello en tanto unas risillas horribles emergían de Wladimir y su amigo. Debía encontrar a alguien que me dejara en casa, en la puerta de mi casa específicamente, para que no logaran su cometido. Wladimir siempre cumplió con sus travesuras; cuando salíamos, un tipo lo retó a una pelea a mano limpia y accedió. Cielos, ¿en qué diarreas de mono pensaba cuando acepté salir con alguien como él?

—Solo faltan presentarse ustedes, chicos —les llamó la atención Megura.

—Ah, sí. Yo soy Wladimir Huff y él es Thomas, último año también.

Ni siquiera se levantó obviando que el club le interesaba un pepino.

—Ahora que todos nos conocemos quiero explicarles de qué va el club. De pequeña me gustó resolver los dramas y problemas de las personas...

La apacible voz de la rubia se perdió mientras intentaba buscar alguna solución a mi inminente problema. Quedarme más tiempo no serviría; me esperaría todo lo que quisiera hasta lograr su cometido. Tampoco pedirle a alguno de los presentes su ayuda. Solicitarle a alguna persona que

viniese a buscarme era una posibilidad, pero papá y mamá estaban trabajando y no tenía idea del número de sus amigos Frederick y, según habían dicho en la mañana, debían ir al hospital. Le mandé un mensaje al gallinero, sin obtener respuesta. Joseff nunca me dio su número; de hecho, comentó en más de una ocasión que su celular se había hecho añicos al caer de su bolsillo cuando escalaba árboles. Todo conspiraba para que su contravenganza se hiciera realidad. Wladimir seguro que saboreaba el metal de la tijera con la que me cortaría el cabello.

Volví a ver mi celular con un ápice de esperanza por ver una respuesta del gallinero o que mis padres, por alguna razón divina, avisaran que irían a buscarme, pero nada. Nada de nada de las nadas. Excepto el mensaje de un número desconocido con muy buena ortografía que tenía a un cuervo por foto de perfil. Felix «Poste con Patas» Frederick.

¿Dónde guardan el abrelatas?

Nunca pensé que tener que leer algo tan absurdo me iba hacer tan feliz.

Tomé el celular con disimulo y, mirando al frente, sin siquiera ver la pantalla, le respondí.

Yo: *Np 'prefubtes pr qué ben a jaclson es d cida o miertw*

Sí, lo sé, no fue el mejor mensaje del mundo, ¡pero lo hice sin ver la pantalla! En unos cuantos segundos, envié:

¿Por qué debería ir? Además, ¿qué pasa con esa ortografía, hija del escritor?

A lo que respondí:

Dolp ven!!!

Felix: *No iré hasta que te dignes a «escribir», McFly.*

¡Estúpido e inexpresivo Poste con Patas!

Silencio



Golpeé mi cabeza contra la mesa y Megura quedó un momento en silencio. Al percatarme de mi acción y de sus ojos puestos en mí como si fuese una loca —creo que ya me estaba acostumbrando a sentirme así—, no pude más que sonreír y usar mis dotes (no) actorales heredados de mis padres.

—Oh, cielos. No puedo con este dolor de cabeza. —Froté mi frente con la mano izquierda; mi celular estaba bien resguardado en la otra, bajo la mesa—. Creo que seré la próxima Miss Unicornio si no me voy a echar... eh, agua.

Sé que mis actuaciones no son lo mejor de lo mejor y que mi voz siempre sale como la de un robot cuando intento hacerlo, pero necesitaba una vía de escape, una que me salvara la vida... o específicamente mi linda cabellera. Corrí hacia el baño de chicas más cercano y me encerré en un cubículo, bajé la tapa del trono y me senté para escribirle con lujo de detalles en qué apuro estaba metida, hasta que caí en la cuenta de algo bastante obvio:

¡Era libre! Podía largarme al infinito y más allá junto a Buzz.

—¡Toma eso, idiota calvo!

Entonces, ese pequeño, pero muy influyente detalle, me golpeó en pleno pecho. Había salido tan rápido del club que solo tenía mi celular; la mochila estaba en la sala y era probable que Wladimir ya la hubiera hecho añicos como venganza.

Yo: *Bien, escucha.*

Felix: *Te leo.*

Gruñí como un toro enfurecido en plena arena y quise ser una bruja para poder torturar de una y otra forma a Felix. ¿Era así o lo hacía para fastidiarme?

Yo: *Okey, LÉEME. Estoy en un problema muy grande y no tengo a nadie más que pueda ayudarme, necesito que vengas. Por favor.*

Felix: *Lo pensaré.*

Yo: *No pienses, solo ven.*

Un enorme «visto» me apuñaló el pecho. La incertidumbre sobre si iba a ir o no me acosó la nuca en todo momento, o tal vez fue la tenebrosa aura de Loo a mi espalda. Sea como sea, el resto de la hora me la pasé moviendo mi pierna con inquietud y comiéndome las uñas.

Al llegar el momento de irnos, Wladimir me guiñó uno de sus ojos y, enseñando su tijera, fue la forma silenciosa en la que me dijo: «despídete de tu cabello». Agarré mis cosas y me apresuré a salir de Jackson, pero los dos pelmazos me seguían. Afuera, respirando un aire gélido, me congelé, no porque como toda tarde-noche de invierno fuese un golpe bajo en plena médula, sino porque tenía un ápice de esperanza por encontrar a Felix esperándome. Pero no estaba, ni siquiera había rastro de su persona, solo sus gemelos, los postes que encendían las luces para iluminar la calle.

Escuché los silbidos de Wladimir por el pasillo; no lo pensé más y empecé a correr. Corrí y corrí, hasta que un impulso me detuvo y tiró de mí al suelo, azotando mi trasero en el pavimento

frío del parque.

—Este sitio me trae algunos recuerdos, ¿y a ti?

Thomas rio a su lado. Intenté levantarme, me detuvieron y aunque luché por liberarme no lo logré. Pude sentir su respiración en mi cuello. Wladimir se reía también. El filo de la tijera estaba junto a mi oreja. Cerré mis ojos con fuerza y me rendí.

—¿Qué hacen?

Parecía que todo el mundo se detenía un segundo, uno que en realidad fue eterno. Abrí mis ojos lentamente y miré a la figura difusa que tenía enfrente. Era el Poste con Patas, con ese semblante desinteresado que siempre lo acompañaba. Su voz fue un cántico celestial y ver su rostro nunca podría haberme hecho tan feliz.

—Ah, vino tu nuevo noviecito a buscarte.

Wladimir me soltó y Thomas lo imitó. Ahora el foco de su atención no era yo, sino Felix, quien ni siquiera se inmutó cuando los dos idiotas se le acercaron. Wladimir fue el primero en empujarlo y Thomas el siguiente en darle un puñetazo en plena nariz. Y eso fue todo. No hubo más pelea, ni golpe, ni corte de cabello. Los dos se marcharon entre risas dejándonos solos en pleno parque.

Mi corazón latía con frenesí y un mar de respuestas que podrían haberlos dejado fuera de combate. vino a mi cabeza. Claro, era demasiado tarde. ¿Por qué siempre lo más rudo y que podría callarle la boca a cualquiera se me ocurría después de las discusiones?

Lo primero que hice fue tomar mi cabello y sentirlo extraño; mi lado izquierdo estaba corto, mucho más corto. Solo me llegaba al hombro.

—Mier... —Me mordí la lengua para no decir una grosería. Entonces, Felix terminó la palabra:

—...da. —Pude notar la aflicción en su voz y me sentí una pésima persona por pensar en mi pelo y no en el pobre e inexpresivo chico golpeado.

Me levanté del suelo y lo miré con preocupación; él se sostenía la nariz y tenía sus cejas torcidas, expresando sufrimiento.

Con sus dedos cubrió una de sus fosas nasales y comprobó la leve sospecha que comenzaba a crearse en mi cabeza: Estaba sangrando. Me apresuré en buscar algún pañuelo o papel higiénico dentro de mi bolso. Al dar con uno muy arrugado se lo extendí para que lo recibiera.

—¿Duele mucho?

—Tanto como verte por la mañana —habló, recibiendo el papel—. ¿Para eso me querías, McFly? —Moví mi cabeza hacia los lados sin saber qué responder. Finalmente, me encogí de hombros en medio de un resoplido y asentí—. ¿Ese era tu exnovio?

—Sí, lamentablemente. Por favor, no le digas a papá; si se llega a enterar se volverá loco.

Felix arrugó su nariz y lanzó el papel con sangre a un bote de basura. Empezó su caminata en dirección a casa en silencio.

—¿Eso es un sí? —curioseé alcanzando sus pasos.

Me miró de reojo y dibujó una minúscula sonrisa.

—Es un tal vez. Me golpearon la nariz, McFly, y solo por complacer tu petición.

Deduje el porqué de su expresión.

—¿Quieres algo a cambio de tu silencio?

—Vaya, eres inteligente después de todo. —Su sarcasmo era otra puñalada en mi pecho. Odiaba su sarcasmo—. Hay una pizzería a dos cuadras de tu casa, no me vendría mal que alguien me invitara a comer.

Me eché a reír en pleno camino. ¡No lo podía creer! Después de dos semanas teniendo a un (no

tan) desconocido «amigo de la infancia» y a un chico que todo el tiempo actuaba como si detestara el mundo y a los adolescentes, me pedía a cambio algo tan simple como comer una *pizza*. Sé que ese manjar de dioses de procedencia italiana es un alimento irresistible, pero jamás creí que hasta el más inexpresivo chico raro podría caer en sus pegajosos y tentadores sabores.

—No hay problema —canturrié sonriente—. Si quieres, hoy mismo podemos ir. Pero antes de todo, necesito pedirte otro favor.

—¿Resultaré golpeado otra vez? —Negué con la cabeza, divertida—. Bien, ¿qué quieres ahora?

—Necesito que me acompañes a la peluquería, no puedo ir así a casa.

—¿Necesitas a alguien con quien hablar de chicos y moda? Paso.

Continuó caminando, pero lo detuve del brazo y coloqué mi mejor expresión para que sintiese lástima.

—Por favor, juro que pagaré todas las *pizzas*, de cualquier tamaño y cualquier ingrediente.

El inexpresivo chico lo meditó unos momentos, ni siquiera pestañeó cuando observaba un punto fijo como si frente a él su vida pasara en un instante. Luego de doce segundos como una estatua, me miró y asintió.

Tía Ashley desde la adolescencia fue una seguidora inquebrantable de la moda. Además, desde que tengo memoria, ha tenido un don para la peluquería, siempre se preocupó de que vistiera la mejor ropa y fue la que me contagió el amor por usar vestidos. Su boutique no quedaba muy lejos de casa y a menudo iba a casa con regalos de todo tipo; le fascinaba que mamá la fotografiara con sus extravagantes atuendos.

—Hola, hermosa —me saludó con una sonrisa enorme, acompañada de sus vivaces ojos, luego los abrió con sorpresa al ver a Felix—. Oh, cariño, no me dijiste que traías a tu novio. ¿Vienes a presentármelo?

Por un instante me sentí minúscula y todo mi rostro se tornó color tomate. Tragué saliva y negué con entusiasmo.

—No es mi novio... y... no vengo a eso. —Me giré y le enseñé mi disparejo cabello. Su dramática expresión fue la definición perfecta de exageración.

—¿Qué le pasó a tu cabello, sobrinita?

—Digamos que tuve un pequeño problema con goma de mascar, ¿verdad, Felix? —El Poste con Patas me dio una mirada de pocos amigos y movió su cabeza con lentitud. Para ser sincera, no esperaba mucho de él, aunque verlo en el parque después de dejarme en la incertidumbre con su «visto» bastó para sentirlo más... empático—. Necesito un nuevo estilo.

Tía Ashley se hizo un espacio para poder arreglar a la niña con la mitad de su cabello hasta los hombros y el otro lado largo. Supongo que si de modas raras habláramos, sería mejor dejárselo a las personas del Capitolio, en la ciudad no era muy bien visto lucir así de rara y, aunque nunca faltaban los extravagantes que buscaban destacar de alguna u otra forma, mi vida siempre había sido buena siendo normal, así que, después de media hora armando mi nuevo estilo, tía Ashley finalizó mi nuevo corte y, besando su mejilla como agradecimiento, Felix y yo volvimos a nuestra andanza por el parque de vuelta a casa.

—¡Cierto! —Golpeé su brazo y él pareció asustarse por mi repentina exclamación—. ¡Mi pago por tu silencio!

—Ah, eso... Mejor dejémoslo para mañana, tengo sueño.

—¿Estás seguro? —Aché mis ojos; él blanqueó los suyos con fastidio para luego asentir—.
¿Y si mañana amaneces muerto?
—Entonces llevas cinco *pizzas* familiares a mi funeral.
—¡Cinco *pizzas*! ¿Eso no es mucho?
—Mi silencio cuesta caro, McFly.
Sonreí y continuamos caminando.
—Por cierto, gracias por ir a ayudarme cuando te lo pedí.
—¿Qué dices? No te escucho.
—Dije que gracias por ayudar... Un segundo... ¡Estás sin audífonos!
Sep, definitivamente Felix no era un robot.

Pizzas



El profesor Manz estaba de pie junto a la pista de carrera, con el ceño fruncido y su malhumor que salía por sus poros. Odiaba dar clases un miércoles por la mañana tanto como nosotros tenerlas. Siempre se quejaba de lo perezosos que éramos, pero, como todo profesor que imparte la materia de Educación Física, nunca lo vimos hacer algún ejercicio. Entre las chicas siempre tuvo una mala fama por no dejarnos descansar cuando «Andrés» nos visitaba y, entre los chicos, porque si uno andaba con jueguitos o fastidiando, lo mandaba a ducharse con agua fría. Era de esos profesores que gozaba molestando a sus estudiantes, descargando sus enojos sobre nosotros, pobres víctimas del establecimiento. Si hubiese existido un *ranking* de los profesores más odiados, probablemente Manz se habría llevado el primer lugar.

Yo lo veía como alguien estricto con un complejo de instructor militar frustrado. Joseff me dio la razón, hasta que gritó a todo pulmón su nombre para que fuese el siguiente en correr.

—¡Martin, quiero ver tu trasero contra la pista antes de que pestañee! —El Chico Batman agrandó sus ojos con cierto temor. Bajó de las gradas y se plantó junto a los otros dos chicos, se agachó colocando sus manos en el suelo y miró el largo camino por correr—. En sus marcas... ¿Listos...?

Fue cuando abrí mi bocota para animarlo o más bien distraerlo. Mi «tú puedes, Jo» hizo que mirara hacia las gradas y me regresara el saludo con una enorme sonrisa, justo cuando el silbato sonó. Fueron tres segundos de retraso hasta que se percató de la distancia entre los otros dos chicos y él. El grito de Manz ordenándole que dejara de coquetear podría haberse oído hasta en la Luna.

—Vaya, no viene su noviecito y le coquetea a otro.

Blanqueé mis ojos con fastidio al escuchar a Wladimir. Subía las gradas para sentarse con Allison, la rubia con la que para entonces salía.

—Cállate, Huff —le ordenaron Nora y Fabi al unísono; al lado Eli meneó su mano para que me acercara a ellas.

El gallinero en clases de gimnasia hacía un expediente mental sobre el trasero de nuestros compañeros masculinos, así pasaban las horas. Si alguna persona tenía la errónea idea de que solo los chicos ojeaban al sexo opuesto en estas clases, pues estaban equivocados. El gallinero era la prueba de ello. Corromper mentes inocentes formaba parte de sus profesiones y yo era una de ellas. Pero como Joseff había aparecido en mi camino —y vaya de qué forma lo había hecho— y aún no conseguía hacer muchos amigos, opté por hacerle algo de compañía.

—¿Te cortaste el pelo? —preguntó Sherlyn cuando me hice un espacio entre ella y Eli.

—No, verás, le creció la cabeza —le corrigió Eli—. Esa es una de las consecuencias que provoca el ser abducida por los extraterrestres.

—¿Con extraterrestres te refieres a Felix? Porque eso explicaría muchas cosas. —Nora colocó su dedo índice pensativa; su gemela la golpeó con fuerza en el brazo.

—Felix le abdujo el corazón —exclamó como si hubiese descubierto petróleo.

Mi cara se tornó roja y caliente. Tan evidente no podía ser y tuve que cubrirme el rostro con los brazos.

—¡Ya déjenme en paz!

«Rutina de cada día: Emparejarme con el Poste.»

Por suerte ese miércoles no estaba, él y sus padres habían salido temprano en la mañana. Le pregunté a papá dónde estaban, pero esquivó la pregunta o, mejor dicho, la ignoró comentando lo elevadas que estaban las entradas del cine. Mamá, sin embargo, explicó que tuvieron que ver algo sobre la casa. No pregunté más con la esperanza de enterarme luego y que no fuese nada sobre el bebé. Cielos, el vientre de tía Michi cada día era más enorme. No quería desesperarme otra vez durante el desayuno pensando que ya era hora para que el bebé saliera.

Cuando volvimos a casa después de mi corte de cabello, Felix cumplió su palabra y no dijo ni pío sobre el asunto. Yo, con un Oscar en actuación —nótese el sarcasmo—, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para convencerme a mí misma de la mentira que les diría a mis padres sobre mi nuevo corte de cabello. También omití contarle al gallinero sobre lo que había pasado con Wladimir; si quería ponerle un punto final a todo el drama, no podía encender más las llamas y hacer que mis cuatro amigas quemaran Troya otra vez como venganza contra mi exnovio.

Como decía el dicho: «todo cae por su propio peso». Con lo malicioso que era el destino, pronto le llegaría su patada de mala suerte al calvo que había destrozado mi corazón.

«En la complicidad de sus versos todo era perfecto y, por un segundo, pensaron que podrían ser uno. Cedieron a sus brazos, se miraron y, después de tanto tiempo, se besaron».

Pegué un grito que me salió del alma. El final del capítulo de Synapses había sido tan perfecto que mi corazón de lectora no pudo evitarlo. Probablemente tenía una cara de idiotizada que nadie, en absoluto nadie, podría quitármela. No me importaba, una rica lectura y un esperado beso de los personajes principales era todo lo que quería. Y por fin lo leía. Abracé a Cutro de la pura emoción y me revolqué en la cama de la felicidad, chillando como si las vivencias del libro me hubiesen ocurrido a mí, cosa que jamás podría pasarme. Primero, porque los hombres lobos eran inexistentes. Segundo, porque los romances así de perfectos solo existían en los libros; la vida real me lo había demostrado una y otra vez.

Salí de mi cuarto espantando al gato y me encontré en el pasillo dando pequeños saltos como una loca solo para contarle a alguien lo feliz que estaba, hasta que unos ojos inexpresivos dieron conmigo para recalcar lo ridícula que era mi reacción. Mi sonrisa se desvaneció con lentitud e hice una mueca como saludo.

—Preguntaría los motivos de tus gritos, pero no me interesa.

Siempre tan agradable y expresivo. Estornudé como si fuese alérgica a su inexpresividad y me froté la nariz con el dedo índice, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasó contigo en la mañana?

«¡Oh, sí! Nada de divagues. Vamos directo al grano, Doña Curiosidad.»

—Es una larga y nada interesante historia, pequeño Hurón. —Pasó de mí hacia las escaleras.

—Creo que mi curiosidad y yo tenemos tiempo de escucharla... Pero antes escúchame, me desahogaré contigo. —Puse una mano sobre mi pecho intentado regular la adrenalina que mi cuerpo producía por el solo hecho de recordar lo ocurrido en *Las fauces del lobo*—. No sé si la conozcas, pero hay una aplicación donde puedes subir libros, historias y demás, donde estoy

leyendo una novela sobre hombres lobo que escribe Synapses y... es perfecta. —Tomé una bocanada de aire—. Después de tanto tiempo los protagonistas por fin admitieron lo que sienten el uno por el otro y lo demostraron dándose un lindo y apasionado beso... Fue tan perfecto que no sé qué hacer... ¡Estoy tan feliz!

Lo dije tan rápido y sin parar que la respuesta de Felix fue mejor de la que esperaba. No, no me ignoró.

—Suenas interesante.

Pegué otro grito al aire y lo agarré de la ropa para zamarrearlo.

—Lo es, realmente lo es. Synapses es... perfecto, puede hacer magia con sus palabras.

¡Debes leerlo!

—Fantástico. Ahora que te has desahogado, ¿puedes dejarme en paz? —Bajó el perfil hacia mis manos bien agarradas de su ropa.

Chasqué la lengua y lo vi perderse en la cocina. En el momento en que volvía a mi habitación una fuerza casi antinatural me retuvo sosteniendo mi vestido desde la espalda.

—Alto ahí. —Agrandé mis ojos y me giré con sorpresa. Felix me soltó y me miró de manera fija —. Creo que me debes algo.

—¿Un «gracias» por lo de ayer? —pregunté alzando mis cejas con inocencia; no quería que mis bolsillos sufrieran.

—Creo que es algo más apetitoso que eso. —Extendió su mano esperando recibir algo a cambio, movió sus dedos para que me apresurara, pero mi cerebro, todavía conmocionado por el capítulo de la novela, no lograba entenderlo—. El dinero para las *pizzas*, dámelo.

Lancé una carcajada al cielo y me crucé de brazos luciendo ruda... o intentando parecerlo. ¿De qué se trataba eso? Parecía la escena típica de un matón exigiéndole el dinero del almuerzo al *nerd*.

—No te daré nada, las *pizzas* las pagaré. ¿Quién sabe qué harás tú con mi santo dinero?

—¿Crees que compraré revistas porno?

Escuchar la palabra «porno» hizo que la quijada se me descolocara.

«Mi inocencia, estúpido.»

—N-no, pero uno nunca sabe... ¿Co-cómo sé si no eres un drogadicto? ¿Eh?

—¿Quieres acompañarme a la pizzería? ¿Es eso? No estoy interesado en citas contigo, lo siento.

—¡Yo tampoco! No lo hago por ti, lo hago por las *pizzas*. —Odiaba tener que discutir por algo tan obvio.

—¿Quién dijo que te compartiría? —Eché humo por las narices, molesta. Felix hizo una mueca y me miró con altivez, cual jefe que escuchara a un suplicante empleado pidiendo que le suba el sueldo—. Bien —accedió—, acompáñame, pero tú mirarás desde afuera.

Entré al cuarto para buscar el dinero y luego pasé al baño para arreglarme. Al salir, Felix estaba apoyado junto a la pared, fuera de mi cuarto, con los brazos cruzados y su mala expresión.

«Debe ser una broma...», pensé cuando la puerta de vidrio casi me golpea la nariz. Por suerte, y gracias a mis reflejos gatunos, pude sostenerla con las manos justo a unos cinco centímetros de convertirme en la hija de Voldemort. Mi nariz estaba intacta, pero mi orgullo podía haber caído por los suelos; un grupo de estudiantes se reía de mí dentro de la pizzería. Felix no escatimó en permitirme entrar, sino que abrió la puerta y dejó que se regresara para que causara mi

desasosiego. Refunfuñando, lo observé con mi dinero en su mano y su infaltable expresión de «me importa un moco todo el mundo». Caminó hacia la caja y le causó más de un mar de nervios a la cajera universitaria que lo atendió; lo sé porque su cara se puso de todas las tonalidades del rojo. Me sentí bien al saber que no era la única que pasaba por lo mismo.

Hice un esfuerzo por empujar la enorme puerta de vidrio y me apronté a entrar. Un fuerte golpe se escuchó cuando la puerta chocó con el umbral; entonces más ojos curiosos se posaron sobre mí. Desplegué una sonrisa culposa al tiempo que imploraba misericordia.

Felix renegó con desaprobación y se volvió hacia la cajera, quien le entregaba el vuelto.

¿De verdad el muy... inexpresivo pretendía dejarme afuera? ¡Qué desdicha! Ese dinero había salido de mis bolsillos, lo había ganado trabajando en las vacaciones de invierno en la florería con tía Sarah y su novio; sudor y sangre habían colmado las horas de trabajo para merecerlo.

—¿No te dije que mirarías desde afuera? —espetó el Poste al verme llegar junto a él.

Lancé un extraño sonido con mi boca, uno muy indignado. No podía creer que de verdad Felix hablara en serio o quizás su humor era demasiado agudo para mí. Era difícil entenderlo. De hecho, hasta ese momento mi interés por descifrar qué pasaba por su cabeza era casi nulo. Un dos de cien constaba mi interés en él.

Pero eso cambió aquella misma tarde.

Con el dinero en mano, pretendió guardarlo en su bolsillo como si mi mano alzada esperando a que me lo entregase no existiera. La miró de reojo, sacó el dinero de sus bolsillos y lo colocó sobre mi piel. Sus dedos estaban fríos, lo que fue una corriente contrastante con mi tibia piel.

Caminó hacia una mesa cuadrada junto a la ventana, puesto con solo dos sillas. Colocó su enorme mochila negra sobre una y se sentó en la otra, mirándome con suficiencia.

«Respira hondo. Inhala, exhala... inhala, exhala...», me repetía yo.

Dicho y hecho, contuve mis enormes ganas de explotar y lanzarle la mochila encima, así que hice lo que cualquier persona civilizada podía hacer. Tomé prestada una silla de otra mesa y la puse junto a la de Felix, por lo que quedé frente a la ventana.

—Entonces...

Enmudecí; sacar algún tema de conversación con Felix se me hacía extraño, por no decir inexistente. Todo movimiento que pretendía hacer resultaba muy calculado y ridículo. Se alzó un silencio fúnebre que envolvía nuestra mesa, lo que arrastraba la situación a un lugar mucho más perturbador. Si existiera un top de los momentos más perturbadores por los que había pasado, definitivamente ese momento estaría dentro del ranking. Tal silencio permaneció hasta que tres enormes *pizzas* familiares llegaron a nuestra mesa. Una caja sobre la otra, cada una con un mejor olor.

—¿Tres? —exclamé con incredulidad—. ¿Perdiste la cabeza? ¿Cómo pretendes comer todo esto?

Señalé las cajas con desacierto. Las *pizzas* eran, en realidad, enormes, como para alimentar a todo el colegio. Con toda la tranquilidad del mundo, Felix abrió la primera caja saboreando con magnificencia el olor. Viendo cómo se relamía los labios en cámara lenta, tuve que tragar saliva y darme un golpe mortal. Ese gesto lo hizo ver muy atractivo. Con sus manos sacó una rebanada y la degustó, oliéndola, como quien huele un exquisito perfume. Luego, le dio el primer mordisco.

—Novata —sentenció con la boca llena.

—¡Ja! Mira y aprende, niño.

Saqué la rebanada junto al espacio que había dejado la suya y le di un enorme mordisco que ensució mis comisuras.

—Pareces una ardilla —comentó, picando su mejilla con el índice. Le dio otro mordisco a la rebanada de *pizza* y abrió los ojos de manera dramática. Le enseñaba mis dos dientes para simular la fachada de una ardilla. Felix comenzó a toser, estaba todo rojo, sus intentos por conservar la calma eran fallidos—. No vuelvas a hacer eso —objetó con voz rasposa.

¿Acaso se estaba riendo? Vaya avance.

—¿Qué cosa? —pregunté con ingenuidad, aunque bien sabía a qué se refería. Hice el gesto de nuevo y él miró hacia otro lado.

—Estás enseñando todo lo que tienes en la boca. Matas mi apetito.

—Bueno... *esh to* —señalé mi boca— *esh* lo que tú *tienez* en la *tusha*.

Creí que lanzaría uno más de sus comentarios diciendo con voz alzada lo desagradable que me veía o que su apetito se había ido. En lugar de eso, me sorprendí de que tomara dos servilletas y me las acercara. Me encogí por un momento, sin poder creer que tal gesto saliese de él. Después todo se tornó en un silencio otra vez.

Resoplé queriendo enterrarme viva y busqué distraerme observando hacia la ventana también. El sitio donde estábamos sentados y el lugar hacia donde la ventana apuntaba se me hacía familiar. Ya había estado allí, sentada en el mismo sitio.

Antes de comenzar a salir Wladimir se había animado a invitarme a comer *pizza*. Recuerdo cómo di saltos por toda la casa al leer el mensaje y acepté. Desordené todo mi cuarto para arreglarme. Mi *closet* quedó vacío, toda la ropa sobre la cama. Estuve una hora mirándome al espejo. Ese mismo día había dicho que le gustaba.

Estúpidas hormonas, dopamina y todo lo que conllevaba sentirse en las nubes por un par de... de palabras.

Wladimir podía ser un idiota, sí, pero esto no impedía que los buenos momentos entre ambos pasaran vívidos por mi cabeza.

—¿Qué pasa contigo?

Pestañeeé dos veces seguidas para salir del trance de los recuerdos. Felix continuaba comiendo otra rebanada de *pizza* y yo apenas respiraba con la primera.

—¿Ah? Nada —le respondí con una sonrisa, de esas que se entorpecen porque nada pueden aparentar.

—Mientes —sentenció—, eres muy evidente.

Mis comisuras decayeron al instante. Felix no hablaba mucho, era más bien callado, pero no por ello alguien observador. Amasé las palabras en mi boca, oscilando en decirle que no.

—Pasa que... este lugar... no me trae buenos recuerdos.

—¿Ahora es cuando pregunto si ese «no me trae buenos recuerdos» trata sobre tu exnovio?

¿Por qué todo lo que salía de su boca resultaba como una espinilla en el trasero?

Le reproché con la mirada diciendo con esta que su comentario era acertado, pero muy desagradable. Él dejó la rebanada de *pizza* sobre la caja y se incorporó.

—Si te sirve de consuelo, escucha esto: Él no fue el primero en quererte y tampoco será el último.

Sonreí como una tonta repitiendo sus palabras dentro de mi cabeza.

—¿Sacaste eso de alguna película?

—De una serie de televisión.

«Bah, y yo que por un segundo lo creí poeta.»

Tras la segunda *pizza* mi estómago ya no daba para más. Admitía que el estómago de Felix debía ser enorme como para continuar comiendo con el mismo entusiasmo del inicio. Yo podía reventar

en el mismo asiento, así que decidí darme un respiro. Además, la soda hacía su trabajo en mi vejiga y estaba al borde de estallar cual bomba explosiva. Corrí al baño y me encerré en el primer cubículo con el que di.

Al salir divisé la mesa donde Felix se encontraba. Una macabra idea se cruzó por mi cabeza y pretendí darle un susto. La verdad es que ya me estaba preguntando si los milagros existían y si asustarlo, sería uno de ellos. La decisión estaba tomada, así que avancé con lentitud, como un gato dispuesto a cazar un pájaro. Con cada paso que daba, más la idea de un Felix exaltado y gritando se armaba en mi cabeza.

Lástima que la idea de asustarlo quedó en la nada misma.

Lo que me detuvo no fue el que me descubriera, el que tontamente resbalara, me regañaran, o que por esas extrañas coincidencias alguien descubriese mis intenciones y frustrase mi ataque. No, lo que me detuvo fue una hoja arrugada que Felix sostenía. No había título, ni la materia aburrida de la profesora Sproge, solo frases escritas. Era una lista, eso lo daba por hecho, hasta había rayones, como los habíamos hecho Lena y yo en la lista de «deseos por cumplir antes de morir».

Apenas logré leer antes de que él se girara y dejara la hoja de un golpe sobre la mesa.

—Así que tienes manía de espiar a las personas, McFly —denunció.

—Desearía haberlo hecho, pero sin lentes poco puedo ver.

Mi respuesta no lo tuvo conforme. Se levantó de la mesa, agarró su mochila y de paso puso la caja con la tercera *pizza* dentro. Lo noté algo molesto, cosa que me fue difícil de precisar, dado a que su rostro siempre lucía igual.

—Bien.

—¿A dónde vas? —interrogué.

—A tu casa, se me acabó el apetito.

«Bipolar». Sí, esa era la palabra más adecuada para describirlo. Felix parecía una montaña rusa.

Nada más cogí la hoja emprendí su seguimiento hasta alcanzarlo en uno de los semáforos, luego comencé mi interrogatorio. Era alguien curiosa, cuando algo me inquietaba o saltaba la duda, debía obtener respuesta, fuese como fuese.

—¿Y esta lista? —Se la enseñé, sin sonar ruda—. ¿Por qué la tienes?

Me miró con detenimiento por el rabillo del ojo como si fuese un perro de la calle que lo seguía. Odiaba y siempre odiaré la forma en que lo hacía. Las ganas de moldear con mis propias manos su rostro a una expresión agradable era una idea que debía aclarar mejor, pero que estaba allí de todas formas.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber por qué la tienes.

La luz dio verde y cruzamos la calle. Cada paso que daba era más alargado, lo que me hacía más complicado seguirlo. Tuve que casi trotar en cierto punto para mantenerme a su lado. Felix lucía ofuscado, inquieto, queriendo esconderse en un principio; sin embargo, su semblante se fue tranquilizando con cada paso. Ni siquiera pude contar cuánto avanzó en su transición a su respuesta.

—Es una tonta lista que hice de niño, nada interesante.

—¿Si es tan tonta, por qué la traes contigo?

—Todos moriremos algún día, ¿no? De niño quizás tuve la misma idea que tú y tu amiga. —Me quitó la hoja arrugada y la guardó en su bolsillo—. De niño quería comer tres *pizzas* familiares, esto es todo. Ahora es algo absurdo e infantil.

—Sí, pero la idea de eso es que cuando llegue ese día no te digas «quisiera haber hecho esto» o «quisiera haber hecho esto otro», ¿no? Sea repentino o premeditado, saber que lo intentaste, que diste lo mejor de ti y cumpliste tus deseos no será en vano. Yo no quiero morir arrepintiéndome de no haber hecho cosas que deseaba, porque no dejaré que nada ni nadie se oponga a lo que deseo. ¿Y tú?

Guardó silencio, acción que esperaba.

—¿Quieres que tache lo de las *pizzas*? —Alcé mis cejas y asentí animosa, ya me estaba dando la razón, eso era bueno—. ¿Y quieres que haga lo de la lista?

Estaba saliendo mejor de lo que esperaba. Si cumplir la lista lograba animarlo y cambiar su rígida expresión, quizás era una buena idea.

—Solo es una sugerencia...

Felix aplanó sus labios y guardó la lista en su bolsillo, asintiendo lentamente.

—Bien, como quieras.

Lo siguiente que pasó no me dio tiempo alguno de reaccionar, ni siquiera cuando ya había ocurrido. Fue tan corto y rápido que solo la sensación quedó por encima del entendimiento. Apenas procesaba su aceptación en el instante en que noté el acercamiento, percibí el aire tibio y sentí sus labios sobre los míos.

Mi rostro podría haber sido un tomate, pero no. Palidecí entera, como si hubiese visto un fantasma. Me llené de terror un segundo y no pude decir más. Lo extremadamente extraño que me hizo reaccionar fue el gestor de aquel acto. Esperaba que él me propinara un comentario desagradable antes que un beso, porque la mayor parte del tiempo lo que salían de sus labios solo servía para hacerme sentir mal. Hasta creía que me odiaba por el simple hecho de ser yo.

Un beso puede significar mucho. ¿Acaso era el «beso de la muerte»? ¿Acaso era su forma de desearme la muerte, como lo hacía la *Cosa Nostra*? No, no. Felix no tenía aspecto de mafioso.

Tuve que pestañear un par de veces para volver a pisar tierra, ya que mi cerebro —y su parte racional— decidió hacer un largo viaje lejos del entendimiento al ser consciente. Asombrada, pegué un grito ahogado y me cubrí la boca con las manos, mis hombros se subieron para cubrir mi cuello.

Felix frunció los labios.

—Cuando llegue a tu casa podré tachar los dos deseos de la lista —anunció, reafirmando el agarre de la enorme *pizza*—. Gracias por tu colaboración.

—¿Gracias por...? Me besaste... —chillé siguiéndole una vez más el paso.

—Oh, ¿de veras?

Decidí no pensar demasiado en un beso, porque ¿para qué quebrajarme la cabeza en ello? Nada más se trataba de un beso. Actuar normal era la vía más factible que veía. De todas formas, a Felix no parecía importarle en absoluto.

Cine



Subí al bus escolar como si fuese un lunes por la mañana y no un viernes. En general, los viernes eran mis días favoritos; mi estado de ánimo era el que más desesperaba a todos cuando planeaba qué haría el fin de semana. No obstante, no tenía nada planeado. Últimamente, con los Frederick en casa, no podía tomarme tantas libertades, como ver la televisión semidesnuda en el sofá, asaltar la nevera, poner música a todo volumen, bailar en medio de la sala... También salía con Wladimir, pero esa costumbre ya estaba desechada y después de que me dejara, el gallinero se ocupó de mantenerme al margen de pensamientos sobre el papanatas calvo.

—¿Por qué no hacemos algo este fin de semana? —les sugerí a las cuatro gallinas.

—Lo siento, tengo planes con la Asociación de Creyentes en Extraterrestres. —Eli soltó una sonrisa culposa.

¿Realmente existía una asociación así?

—Nosotras tenemos que ir a visitar a la abuela de la tía de una prima —habló Nora, quien trenzaba el cabello de su gemela—. Ya sabes, esos viajes innecesarios que son necesarios para «unir la familia» —agregó con tono burlón. Fabi se echó a reír y provocó que Nora soltase la extensa trenza que casi acababa.

Chasqué la lengua y solté un bufido desanimado. A mi lado, una callada Sherlyn tecleaba sin cesar la pantalla de su inseparable mejor amigo, su celular. Masticaba chicle y después de que un enorme globo rosa estallara, suspiró y volteó a verme.

—Salgamos el sábado.

Aplaudí con entusiasmo y la abracé a pesar de que gestos así siempre solía rechazarlos.

Quedamos en juntarnos en el parque de siempre a las 4:30. Fui la primera en llegar y decidí sentarme en una de las bancas cercanas cuando un mensaje de Sherlyn me informó que se retrasaría porque su almuerzo se había quemado. No me quedó más que esperarla. Volver a casa sería un gasto de energías y no estaba dispuesta a caminar otra vez.

¡Viva el sedentarismo!

Como todo fin de semana, el parque lucía lleno de vida y el rastro del frío invierno ya era inexistente. No podía ocultar la sonrisa mientras contemplaba a los niños que jugaban, corrían y tropezaban con una torpeza propia de su edad. Las parejas y los grupos de adolescentes no faltaron, parecía una rutina tener que verlos revolcándose en el pasto y riéndose. Ancianos alimentaban a los pájaros, leían el periódico, observaban a las personas pasar y charlaban entre ellos. Algunas personas pasaban pegados a sus celulares y otras que leían libros sentados en las bancas. Los grupos de personas también encontraban que el parque era ideal para practicar sus pasos de baile o hacer ejercicio.

Sherlyn llegó a mi lado y me saludó sin demostrar muchas emociones. Yo, por el contrario, di un salto para levantarme y la tomé del gancho.

—¿Vemos una película en el cine?

Sherlyn solía ser alguien reservada, callada y que hablaba a través de su celular. En todo

momento daba la impresión de que le saldrían antenas y se transformaría en un robot. Nunca fue alguien que demostrara sus sentimientos de manera abierta, prefería hacerlo con personas de extrema confianza. Ella y Lena también eran amigas, así que cuando mi mejor amiga falleció, fue la única que pudo comprender, en cierta parte, mi dolor. Decidimos no separarnos incluso con nuestras diferentes personalidades y, de alguna forma muy peculiar, ambas logramos congeniar. Pero ser llamada y amante de Internet no impedía que los chicos lograsen poner sus ojos en ella. Una gran parte de nuestros compañeros decía que era la más bonita del curso. Al saber esto, Sherlyn lo pasó como algo que le daba igual; su interés por el sexo opuesto se limitaba a sus cantantes e ídolos de Internet, triunfadores de YouTube, nada más. Muchas veces me pregunté si ella en realidad era demasiado humilde para admitir que un *fanclub* de chicos la seguía. Fuese como fuese, su romanticismo lo demostraba con un enorme «no» incluso si le pedían ver una película de amor.

—Por favor, Lyn de mi corazón, di que sí. —Junté las palmas de mis manos e incliné mis cejas hacia arriba, observándola con súplica. En definitiva, *Tormenta de amor* era un título demasiado empalagoso como para que mi amiga gastase dinero en ella.

—¿Tienes cinco películas con efectos especiales estupendos y tú quieres ver una película romántica en el cine? No pretendo gastar mi dinero en eso. —Volvió sus ojos a la pantalla del celular—. Mejor veamos *Terror siniestro*.

—Me niego rotundamente a ver una película de terror —sentencié solemne y con el pecho muy inflado.

Ya no era un hurón, sino una paloma.

—Entonces veamos una de acción —sugirió. Alzó sus pardos ojos y le dio un recorrido a los carteles con las portadas de las películas para detenerse en uno donde una mujer con un traje de aspecto espacial salía posando en medio de unos androides de mal aspecto—. Veamos esa: *Anonimatrix, la mujer que viajó en el tiempo*.

Fruncí el ceño e intenté ver de qué rayos trataba, pero mis lentes estaban reposando en casa y mis ojos apenas podían leer la «A» mayúscula.

—¿De qué trata?

—De una mujer que viajó en el tiempo, Floyd —contestó con obviedad. Le di un golpe en el hombro, al que respondió con un gemido—. *Auch*, qué agresiva —chistó—. Déjame buscarla en la página del cine.

Me mecí de un lado al otro esperando que Sherlyn buscase en su celular la trama de la película. Entonces, una tercera mano me hizo creer que Sherlyn había adoptado una nueva habilidad y por eso solía teclear tan rápido en el celular —cosa que me resultaba de lo peor—, pero cuando este desapareció de sus manos y Sherlyn palideció mientras alzaba su cabeza, supe que mi amiga no formaba parte de los *X-Men*, sino que un tarado le había robado.

Tuve un pequeño *déjà vu* y agarré a mi amiga para emprender una persecución al ladrón del celular por toda la calle. Todo se complicó, pues ya no estábamos en mi barrio, sino en pleno centro y las personas transitaban sin darle importancia a lo que ocurría a su alrededor.

—¡Detente, idiota! —grité con una cansada Sherlyn siguiendo mis pasos.

Era demasiado tarde, el ladrón se había hecho humo, perdiéndose entre una multitud aglomerada frente a una tienda de televisores que transmitían un partido. Mi amiga no podía lucir más desmoronada. Fue como haber perdido una pierna.

Ya, lo admito, estoy exagerando.

—No importa, le diré a mamá que me compre otro... o puedo hacerlo con mis ahorros. —

Resopló con desánimo.

—¿Se le perdió algo a la señorita?

Una resplandeciente sonrisa se dibujó en Sherlyn en cuanto vio una mano con su celular. Lo tomó con sus ojos brillando. Observé al rescatista del celular, un orgulloso Joseff esta vez sin su disfraz.

—Gracias, eres mi héroe.

Ambos se quedaron mirando por un momento, que seguro que les pareció eterno. Entonces, por un instante me sentí una experta violinista.

Infiltración



Después de ver la película sentía mi trasero aplastado y las piernas adormecidas. Siempre tuve la mala costumbre de flexionar mis piernas y encorvarme cual anciana de noventa años. Sherlyn tuvo que dejar de lado su amado celular para ayudarme a caminar hasta la puerta de la sala y salir. Fue un desastre, sobre todo porque la lentitud de mis pasos causó una aglomeración de personas tras nosotras y claro está que a ninguno le cayó en gracia que dos adolescentes anduvieran a paso de tortuga. Ya a cinco tortuosos pasos de la puerta el hormigueo en mis piernas disminuyó hasta quedar en nada, así que volvieron a la normalidad.

Afuera nos colocamos nuestros abrigos, preparadas para marcharnos a nuestros hogares. Miré la hora en mi celular y comprobé que ya eran casi las ocho de la noche.

—¿Por qué ves la hora en tu celular si puedes preguntarme a mí? —espetó Sherlyn.

—Supongo que es la costumbre.

Me aferré al brazo de Sherlyn luego de responderle. Ella hizo una mueca ante mi gesto, pero no me apartó. Muy en el fondo sabía que ella era tolerante a mis demostraciones de amistad, aunque siempre fue esquiva con los demás. Quizás debía sentirme privilegiada de poder hacerlo sin morir en el intento.

En medio de la fría noche, ambas íbamos hacia el paradero; nuestros caminos se dividían en el parque, así que el bus que debíamos tomar era el mismo. Agradecí que fuese así, porque tener amistades que vivan al otro extremo de la ciudad podía resultar un caos, tanto para las salidas como para hacer trabajos. Además, papá a veces tenía unos arranques de protección y no dejaba que anduviese sola por la calle, incluso si era con amigas. Esa aprensiva idea creció después de que un sujeto ebrio nos asaltase a tía Sarah y a mí al volver del trabajo.

—Tengo que admitir que la película estuvo interesante —le comenté a Sherlyn mientras veía mis pasos—, aunque el final me decepcionó un poco.

—¿Qué te decepcionó? —curioseó mi amiga sin quitar la vista del celular. Tuve que mirar el camino con más precaución, pues si ninguna de las dos veía por dónde avanza, nuestras narices no tardarían en dar de lleno contra el suelo.

—No sé... —bufé— Creí que la protagonista lograría salvar al chico. Ya sabes, esperaba un final feliz.

—Fue un final realista, Floyd —espetó Sherlyn, ladeando su cabeza para verme—. Pero también esperaba lo mismo. Es decir, que te den un final amargo donde la pareja de enamorados no termina junta y para rematar que la protagonista hiciese todos esos desastres en vano, parece muy... trágico. Los Romeo y Julieta del futuro.

Dio justo en el clavo.

Una sonrisa maliciosa se apoderó de mi rostro y recordé ese peculiar momento donde Sherlyn y Joseff se quedaron viendo como si en la galaxia entera no existiese vida además de ellos. Ah, claro... y en la que yo fui dotada de habilidades para tocar el violín como nadie. Diría que fue una situación un tanto incómoda, y lo habría sido más de no ser porque un hombre alto, con el cabello

grisáceo y una playera de Deadshot llamó a mi compañero de asiento. Al lado del hombre, una niña de cabello azabache y que cargaba un peluche de oso le hacía señas con una sonrisa resplandeciente. Joseff volteó a verlos y asintió para decirnos luego que el «Escuadrón Suicida» lo esperaba.

—Oye, Lyn —intenté sonar indiferente para que no leyese mis intenciones—, ¿qué opinas de Joseff?

—¿Quién es ese? —preguntó volviendo a su celular.

—Joseff Martin, nuestro compañero de curso. ¿El Chico Batman?

Sherlyn frunció el ceño sin entender.

—No me suena.

—Uy... ¡Te gusta! —Mis dedos inquietos abarcaron su cintura, mientras sonreía como una boba haciéndole cosquillas que ni siquiera surtieron efecto. Sherlyn me miró seria unos instantes y continuó caminando con su celular de acompañante. Achiqué mis ojos viéndola alejarse y luego le seguí el paso hasta posicionarme a su lado y engancharme de su brazo otra vez—. ¿No lo admitirás, Lyn? Si quieres, puedo guardar el secreto.

—Se te llenó de queso el cerebro, Hurón —espetó, negando con la cabeza como si hubiese dicho algo sumamente malo.

Un *pff* como el de un caballo se escapó de mis labios. No había forma de que lo admitiese, Sherlyn era un hueso duro de roer.

Volví a casa saltando en un pie. Bueno... no tan literal. Lo que intento decir es que después de mi alocada tarde, donde fui testigo de un supuesto enamoramiento juvenil, casi me da epilepsia viendo una película, tenía mis pompas aplastadas y los pies dormidos, regresé con la inspiración a flor de piel. Podía sentir fluyendo por mis poros la dopamina, y no lo decía porque hubiera comido una barra de chocolate, sino porque la percepción de un nuevo romance ante mí era todo lo que necesitaba para darme ánimos y continuar mi historia.

Escribía a escondidas de mi familia, porque me avergonzaba saber que, siendo hija de un escritor, mi historia no era una de las mejores dentro de Wattpad. En realidad, mi forma de narración y gramática tenían muchos fallos. Me avergonzaba tener una opinión crítica del gran Mika McFly, por lo que prefería tenerlas de mis pocos lectores. Y tal vez, si alguna vez me lograba tomar en cuenta, de Synapses.

Mi historia era simple. Iba sobre Blue Odyr, mi creación, adolescente de personalidad despampanante, optimista, alocada, impulsiva, con mucha imaginación y sin temor a lo que los demás opinasen de ella. Una chica aparentemente no muy diferente a mí, quien conciliaba una amistad con un chico imaginario que, de la noche a la mañana, se volvía real.

Creo que ese era el sueño frustrado de muchos. ¿A quién no le gustaría que los inventos de nuestra imaginación fuesen reales? Independiente de lo *freak* que parece, la idea me pareció interesante. La creé cuando fantaseaba leyendo *En las fauces del lobo* y deseaba fervientemente que el protagonista fuese de carne y hueso. Así que, con la inspiración en mis venas y las ideas fluyendo en mi cabeza, decidí subir las escaleras, encerrarme en mi habitación, tomar mi *laptop* y poner manos a la obra.

Ese sábado por la noche parecía ideal para escribir... o eso parecía.

—¡Ya llegué! —grité una vez cerré la puerta de la casa. Cutro fue el primero en recibirme

paseándose entre mis piernas.

Papá adoptó a Cutro un día que lo encontró en la calle, muy pequeño, maullando bajo una desgarradora lluvia. Muy dramático todo, lo sé. A mamá le encantó el minino, sobre todo cuando este saltaba como loco siguiendo una pequeña pelota de plástico. En resumen, el apestoso gato se quedó con nosotros con el consentimiento de mis padres.

¡Qué irónico! En su mayoría, son los hijos los que quieren mascotas y les piden a sus padres quedárselas. Aquí fue al revés, no deseaba ningún tipo de mascota entonces, suficiente tenía con que me llamasen como una.

Hurón. ¡Cómo odiaba ese apodo!

Una vez que Cutro comprendió mi rechazo, se marchó corriendo por las escaleras hacia el segundo piso. Negué con la cabeza al escuchar sus maullidos como si pidiese que alguien fuera a verlo dar saltos por toda la planta.

—¿Mamá? —volví a llamar ante la silenciosa respuesta de la casa. Nada.

No sabía que iban a salir, ni siquiera lo habían mencionado.

Me encogí de hombros asumiendo que tendría la casa bajo mis dominios, que podría hacer lo que deseara. Oh, sí... hacía mucho tiempo no estaba en sola en casa. Ya lograba ver a una alocada Floyd escribiendo, haciendo desastres por las paredes, poniendo música a todo volumen, desafinar cantando, comiendo como ermitaño frente al televisor y maquillándose como nunca lo había hecho.

La libertad que me daba la soledad era irresistible... entonces subí las escaleras y escuché el particular sonido de las gotas a toda velocidad que chocaban con la bañera. Mis grandes proezas de desastres se vieron fracturadas por la presencia de alguien más en la casa.

Golpeé la puerta del baño; una voz emanó del interior:

—Está ocupado.

Era Felix. Escucharlo fue como ver a un fantasma. Di un paso hacia atrás mirando la puerta blanca frente a mis ojos. Era la primera vez que ambos nos quedábamos solos en casa.

—Uhm... ¿y los demás? —pregunté alzando un tanto la voz para que lograra escucharme.

—Salieron.

—No me digas —musité con sarcasmo.

Resoplé a sabiendas de que preguntarle más cosas a Felix sería un desperdicio de saliva, ni el policía más experimentado podría sacarle información de golpe en un interrogatorio. Apoyé mi cabeza en la puerta disipando todas mis energías por hacer locuras.

Gimoteaba en la soledad del pasillo, entonces una brillante idea se alzó en mi cabeza. Era algo siniestra y arriesgada, pero valía la pena para resolver algún que otro interrogante. Volteé hacia la habitación de Felix con una sonrisa traviesa dibujada en toda mi cara. Ese momento era el más oportuno para averiguar sobre la lista.

El lado bueno de mi conciencia me decía que no lo hiciera, me enseñó las posibles consecuencias que mi acto podría traer. Pero el otro lado de mi conciencia, ese que siempre se veía tan tentador, me incitaba a cometer un atraco a la habitación del Poste con Patas.

Y como curiosidad era mi segundo nombre, ni siquiera lo medité demasiado. Solo necesitaba ser precavida y tener una buena coartada en caso de que me descubriese.

—Cutro... Ven aquí, felino del demonio...

Las pisadas del gato no tardaron en oírse. Cuanto más odiara a esa cosa peluda, más cariño me tenía. Llegó para pasearse entre mis piernas otra vez, pero lo agarré antes de que pudiera tocar mis piernas con su esponjosa cola. Ya en mis brazos, respiré hondo, expulsé el aire, miré hacia la

puerta del baño para comprobar que el Poste aún estuviese bañándose, observé la puerta de la habitación y, sin más preámbulo, me adentré.

Lo primero que noté dentro fue la pila de libros gigantescos al costado del escritorio. Una agenda en el centro, junto con una pluma negra. Todo el cuarto se encontraba perfectamente ordenado, nada estaba fuera de su lugar. La cama en un rincón estaba hecha, el velador a su lado relucía de limpio. Creí que tendría la ventana cubierta por alguna manta negra que le diese al cuarto un ambiente oscuro y terrorífico. Me equivoqué, la habitación estaba bien iluminada y hasta tenía un singular aroma a bambú.

«Despierta y busca la lista», me dije.

Asentí dándole la razón a mi conciencia y emprendí la búsqueda de la arrugada hoja con Cutro en uno de mis brazos. Busqué entre los libros, las hojas de la agenda, dentro del velador, en el armario, bajo la almohada, la cama. Para mi mala fortuna, no encontré nada. ¿Acaso la lista la tenía él? ¿La llevaba siempre consigo? Negué ante esa idea; Felix no parecía ser el tipo de persona tan arraigada a un simple trozo de papel (que según él era insignificante) que hasta se lo llevaba al baño.

Lancé un bufido y me senté en la silla del escritorio con Cutro en mi regazo. Volví a repasar desde mi puesto la habitación y me detuve en la cama. Mamá siempre guardaba sus papeles importantes debajo del colchón, era un buen escondite.

Dejé al peludo gato sobre la silla para levantar el pesado colchón con ambas manos. Allí, en un rincón, encontré una foto de Felix que sonreía con una inocencia poco usual, a su lado se encontraba una chica que le depositaba un beso en la mejilla, más atrás logré divisar a un chico que le sacaba la lengua a la cámara. Junto a la fotografía, la hoja con la lista:



Había partes tachadas, otras a medio escribir. También observé que su caligrafía iba mejorando cuanto más leía; se notaba que al comienzo lo había escrito un niño, pero luego los trazos eran más

seguros y circulares. Puse total cuidado al buscar lo de las *pizzas* y el beso, pero entre todos los deseos tachados no estuve segura cuál sería o si en realidad estaba en la lista.

—¿Te diviertes?

Mecánicamente, con mis huesos como las partes de un robot, giré hacia la entrada. Felix estaba de pie, con su cabello mojado, cruzado de brazos y apoyado en el umbral de la puerta. Gotas caían por su frente, recorrían su mejilla hasta la barbilla y terminaban cayendo hasta dar con su torso desnudo. Solo traía un oscuro pantalón puesto.

Al percatarme de ello me volví hacia la cama, dejé la lista encima, tomé a Cutro y retrocedí hacia la puerta en silencio. Era un alma en pena de color rojo vivo. O quizás sería mejor decir un tractor, porque mi cuerpo era pesado, estaba roja como un tomate y con cada paso que daba podía escuchar en mi cabeza el «pi» que hacen los autos al retroceder. De reojo vi al Poste hacerse a un lado. Una vez en el pasillo, no dudé ni un segundo en encerrarme en mi habitación.

Fueron los cuarenta y cinco segundos más martirizantes de mi vida.

Explosiva



Mi habitación solamente estaba iluminada por una lamparilla sobre mi escritorio. La ventana estaba cerrada, pero el frío del exterior se colaba; por ello no dudé en colocarme mi pijama polar más grueso. En toda la casa reinaba un silencio que se veía interrumpido cuando presionaba las teclas del *laptop*.

Me gustaba escribir sin ningún ruido, inclusive rechazaba la idea de tener que escuchar música mientras lo hacía, pues siempre terminaba cantando e ignorando mis escritos. Por ello, pensaba que la música, tanto como los libros, eran un medio influyente muy eficaz.

Tras dar clic en publicar, me quité las gafas. Había tardado una hora, cuatro minutos y treinta segundos en escribir el nuevo capítulo de mi historia, cosa que fue una hazaña, ya que siempre tardaba más. Supongo que después de ser pillada *in fraganti* por el Poste necesitaba distraerme para olvidar mi infortunado encuentro. Estiré los brazos al cielo y enderecé mi rígida espalda; necesitaba acomodar los músculos.

Comprobé que todo estuviera en orden y me levanté de la silla de un salto. Antes de bajar en busca de comida, me asomé por el oscuro pasillo para no tener la divina suerte de toparme con Felix. Estaba demasiado avergonzada para verle incluso la punta del zapato. Avergonzada conmigo misma y con él por hallarme de intrusa dentro de su cuarto.

Una vez que me encontré con el solitario pasillo, me apresuré a bajar y correr hasta la cocina.

De uno de los muebles saqué una caja con cereales y de la nevera un yogur de frutilla. La disyuntiva de meter todo mezclado dentro de una taza y subir se resolvió cuando opté por volver a mi habitación con el yogur y la caja de cereales.

Estaba leyendo los ingredientes del cereal sin tener una idea de lo que me encontraría una vez en mi habitación.

La oscuridad ayudó para darle un aspecto terrorífico que me hizo pegar un grito ahogado apenas trasasé el umbral. Sentado en mi silla de escritorio, apoyado en el respaldo, con las piernas cruzadas, tocándose las yemas de sus dedos y observándome con su inexpresivo rostro, Felix aguardaba a la espera de mi entrada.

—¿Qué haces? —pregunté con pasmo dejando las cosas en la cómoda, junto a mi maquillaje y el cofre de Lena.

Mi cuerpo se tensó. Deslicé la mirada hacia mi *laptop*, lo que provocó un esbozo terriblemente espeluznante por parte de mi compañero, para al final darle un rápido vistazo y levantarse de la silla. Tragué saliva con dificultad al verlo frente a mí.

—Así que escribes en Wattpad... ¿Acaso quieres igualar a tu padre? Tienes mucho camino por recorrer, pequeño Hurón. —Cada una de sus palabras la pronunciaba más marcada que la otra. Su voz me pareció siniestra, muy golpeada, llena de veneno. Vaya forma de vengarse por entrometerme en sus cosas—. Por otro lado, no creo que nadie te tome en serio con esa historia y ese nombre de usuario tan penoso. ¿Neurona Anónima? Al menos ponle un nombre agraciado a la única neurona funcional que tienes, McFly.

Mi mandíbula estaba tan apretada que comenzó a dolerme la quijada. Mis manos eran puños de carne a mis costados. Ni siquiera torcí las cejas, sino que estaban lineales. Quería calmarme, dejar pasar los comentarios de alguien que solo abría la boca para fastidiarme, que no merecía una respuesta.

No pude. No quería que quedara así.

—¿Tú qué sabes?

El Poste se inclinó hasta quedar relativamente a mi altura. Me hubiera punzado un ojo con su puntiaguda nariz de no ser porque di medio paso atrás.

—Sé mucho sobre estos temas, sobre todo los que involucran aquella plataforma. Si quieres seguir humillándote por escribir algo tan... —Lo meditó ladeando la cabeza. Buscaba la palabra ideal para describir mi historia, pero terminó haciendo una mueca y volviendo a enderezarse— patético, sí, eso, es aceptable. Es decir, hay que ver quién lo escribe. Como consejo, diría que lo mejor es no seguirte involucrando. Créeme, novelas así no llegan a ningún sitio, y menos con una trama tan superficial. Tómalo como un consejo de Synapses.

Ni siquiera tomé en cuenta lo último cuando estampé mi mano en su mejilla, tampoco me interesó haber golpeado a alguien del que no me hacía una idea de cómo reaccionaría. Me encontraba llena de rabia... Quería y necesitaba descargarla. Tal impulso me devolvió una satisfacción después de hacerlo, deseaba más de esa extraña energía que me había envuelto. Floyd McFly había llegado a su máximo de paciencia y, sin importar contra quien fuese, ella siempre descargaba la acumulación de ira contra alguien.

—Eres un niño mimado que cree tener a todo el mundo bajo sus pies, ¿es eso? Apuesto que tienes la autoestima tan baja que para subirla necesitas decir todas estas estupideces a mí y a los demás. Con tu genio no me sorprende que todavía no tengas amigos por la ciudad. Soy la única misericordiosa que te habla en todo Jackson, ¿sabes por qué? Por lástima. Deberías agradecerme que siga siendo benevolente con personas tan... detestables como tú. Haznos un favor y esfúmate de la existencia, en el mundo hay demasiados amargados para tener que aguantar a uno más.

Resoplé exasperada, esperando su inmediata respuesta; quizás algún gesto desdeñoso, una rotación de ojos, una mueca o solo que se marchase. Sin embargo, Felix no se marchó como creí que lo haría cuando pasó a mi lado. No. Caminó lento a mi alrededor hasta quedar otra vez frente a mí.

—¿Terminaste tu berrinche? Porque yo también tengo mucho que decir de ti, McFly. —Que hubiese pronunciado de forma tan articulada mi nombre hizo despertar algo en mí. Fue un cosquilleo en la nuca muy incómodo.

—No me interesa lo que tengas que opinar o decir de mí. Lár-ga-te.

Señalé la puerta, pero Felix no hizo más que un movimiento con sus ojos para ver hacia dónde señalaba y volvió a mirarme.

—Oblígame —ordenó, para luego hacer otra mueca y sentarse, esta vez, sobre mi cama—. Tienes tanto derecho sobre mí como lo tienes con... ¿cómo es su nombre? ¿Wladimir? —Entreabrí mis labios al escuchar el nombre. El contacto visual que ambos teníamos lo quebré al bajar la mirada al suelo una centésima de segundos, entonces, Felix continuó hablando—: Dime, ¿qué se siente haber sido reemplazada tan fácilmente? Debe ser terrible saber que nadie puede tomarte en serio. Acostúmbrate, tampoco lo harán tus lectores.

Y con eso abofeteé su otra mejilla, lo que causó que sangrara una de sus fosas nasales. La hebra de sangre, al llegar a su labio, cayó a su playera. Fue desconcertante verlo sangrar con tanta facilidad, pero a él no pareció importarle mucho; se pasó el dorso de la mano y se marchó de mi

habitación cerrando la puerta de un portazo.

Me quedé de pie sintiéndome fatal por haber usado la violencia, por dejarme llevar por esa bestialidad y también por decirle todas esas cosas. Quizás lo mejor era haber ignorado sus comentarios, porque bien sabía que esa había sido su forma de venganza a cambio de haber entrado a su habitación, haber revisado sus cosas.

En silencio, aplané mis labios sintiendo un nudo en la garganta y consumida por la culpa. No obstante, era cierto que no debí recibir sus palabras llenas de veneno.

Inspiré hondo y salí de mi cuarto. Felix estaba en el baño, con la puerta junta, lo que dejaba que un halo de luz iluminara el pasillo. Encogiéndome de hombros a la espera de recibir algún rechazo, entré al baño y miré al Poste a través del espejo. Estaba con sus mejillas rojas, mi mano marcada en ellas. Su nariz todavía sangraba; al caer la sangre, se mezclaba con el agua que corría.

Inspiré y me preparé para hablar. Felix se adelantó.

—No te disculpes —pronunció, apoyado en el lavamanos—, solo ve por algo frío.

Tras unos minutos buscando entre la comida del congelador, logré dar con la bolsa de gel térmico ultra frío, que hacía un tiempo mamá había comprado. El gel estaba igual de frío que el hielo, así que tuve que envolverlo en un mantel para que Felix pudiese colocarlo en sus mejillas. Subí las escaleras, pero ya no estaba en el baño, había vuelto a su habitación.

Golpeé.

—¿Por qué golpeas? Ya entraste sin permiso antes.

Siempre tan amigable. Era probable que no se hiciera una idea de lo frío que se estaban poniendo mis dedos por el gel. Oh, no, claro que no. Felix no veía lo benevolente que era yo al hacerle ese favor. Chasquéé la lengua y le entregué el gel. Me senté en la cama frente a él queriendo arreglar las cosas, pero los ánimos no me dieron, así que terminé observándolo con el gel en su mejilla.

—Ten —Lo extendió en mi dirección—. Tú eres la que debería enfriarse las manos haciendo esto.

—No pensé que el frío pudiese dañar al rey de hielo.

Recibí el gel y lo coloqué en su mejilla; lo cambié a la otra tras veinte segundos que se me hicieron interminables. El frío en mis dedos comenzaba a adormecerlos y el dolor se acentuaba, pero no dije nada, quizás como una forma de castigo por haberlo golpeado.

Todo estaba en sumo silencio en la casa, no había nadie más, lo que me hizo intuir que dos adolescentes en una habitación, solos, podría traer problemas, sobre todo si nuestros padres llegaban de improviso.

—Dar mi primer beso.

Lo miré ceñuda, sin comprender. Blanqueó los ojos y se quedó un momento mirando hacia el techo, como contando los segundos hasta que volviera su paciencia. Al mirarme de nuevo, abrió sus labios enseñando sus dos dientes delanteros. Lo noté algo dudoso.

—Dar mi primer beso, eso decía la lista. Eso querías saber, ¿no?

Enrojecí y luego asentí nerviosa.

—¿Nunca has besado a nadie? —cuestioné con cierta mofa. Mi expresión de burla se fracturó al sentir su mano sobre la mía. Quería de vuelta la bolsa de gel, la cual dejé libre apenas sentí su tacto.

—Nunca había besado a alguien. Fuiste la privilegiada, Hurón.

Dejé de respirar o quizás morí y volví de entre los muertos en una centésima de segundo. Me paralicé frente a sus ojos, era muy evidente lo incómoda que me resultaba la situación, tenerlo

frente a mis ojos y, por encima de todo, hablar de aquel beso.

¿Qué podía decir? No me sentía privilegiada, me sentía muy confundida y molesta, fastidiada por su cambiante estado.

Iba a reclamarle justo en ese mágico momento en que Felix pronunciaría un agónico y muy sorpresivo «lo siento» que no logró puntualizar. El cerrojo de la puerta lo salvó de la situación que comenzaba a tornarse embarazosa y agradecí que nuestros padres estuviesen de vuelta en un momento tan oportuno. Volvería a mi habitación como si nada pasara, fingiría que en todo momento había estado leyendo o viendo alguna película y... nada, tendría que explicar por qué el hijo de nuestros huéspedes tenía sus mejillas tan rojas.

Rayos.

«Ay, Hurón, no sales de un problema y ya estás metida en otro», reclamaba mi yo interno.

Al bajar las escaleras, mamá y papá me recibieron con un beso en la frente.

—¿Cómo estás, Huroncito? —preguntó mamá estrujando una de mis mejillas. Traté de sonar normal.

—Bien. ¿Dónde estaban?

—Fuimos al casino —respondió papá de camino a la cocina—. Tuvimos que venirnos porque cierta persona perdió todo el dinero que llevábamos en las máquinas.

Mamá se rio entre dientes.

—Lamento decirte que perdí todos tus ahorros, Floyd —bromeó.

Iba a responder hasta que la escalera crujió. Felix bajó hasta el primer piso, sin el gel, pero con sus mejillas relativamente rojas. Mamá desplegó una sonrisa ladina, acarició mi barbilla y se marchó a la cocina llamando a papá. En la sala solo quedamos los Frederick y yo. Inspiré hondo preparándome para dar una buena explicación del porqué de las mejillas rojas de Felix.

—¿Te encuentras bien, Chami? —preguntó la madre del Poste una vez que él bajó.

—¿Chami? —repetí, girando en su dirección. Ella alzó las cejas y sonrió con entusiasmo, examinando las mejillas de su hijo. Una parte del remordimiento volvió a mí.

—Es el apodo que Chase y yo tenemos —respondió divertida mirando a su marido, quien se quedó dormido apenas se había sentado en el sofá—. Es la mezcla de nuestros nombres.

Reí cubriendo mi boca con la mano para disimularla ante Felix; ya podía sentir que él destrozaba cada parte de mí con su fría mirada. Otra vez me vino a la cabeza el sentimiento de culpabilidad. Me callé al instante.

—Sí, fue un problema con el gato —le respondió a su madre—. Iré a dormir. Buenas noches.

Tía Michelle revolvió el cabello antes de que su hijo se marchara por las escaleras hasta perderse en el segundo piso. Respiró hondo y se sentó junto a tío Chase que dormitaba.

—Felix teme a los gatos desde que uno lo arañó en la mejilla. Cuando hace mucho frío o sus mejillas se ponen rojas, se puede ver la cicatriz —habló entre la confidencia y la burla—. Adoro a los gatos, pero por él no puedo tener ninguno. Esperemos que con Cutro pueda tolerarlos. —Terminó y acarició su vientre, observándolo con ternura y, de repente, le dio un codazo a su marido, lo que hizo que este despertara desorientado y muy adolorido.

—¿Qué pasa, terroncito de azúcar?

Tosí omitiendo la carcajada que quería escaparse de mi interior. Volví a toser hasta causarme un ataque.

—L-lo... siento —pronuncié con dificultad.

Aproveché esa instancia para subir a mi cuarto y encerrarme para nunca más querer salir de allí.

¿«Terroncito de azúcar»? Ese apodo se lleva el premio empalagoso del año.

Al día siguiente Felix y yo ni siquiera nos dirigimos la palabra; nunca se dio la ocasión. En general, los fines de semana él se la pasaba encerrado en su cuarto leyendo, escuchando música y, después de decir que él era Synapses, creí que estaba escribiendo.

Dios..., quería que la tierra me tragara por una y mil razones. Había hablado maravillas de Synapses y su novela, y al conocerlo planté una cachetada que casi hizo que se le salieran los sesos por la nariz. ¡Y lo peor era que no había sido una mejilla, sino dos! Me envolví entre las sábanas suplicando que, si realmente existían, los extraterrestres se apiadaran de mi situación y me abdujeran. No había nada que hacer, ni nadie que pudiera controlarme en ese instante. Mi paciencia llegó al grado más alto del termómetro y, cuando eso pasaba, ya nada se podía hacer. Era consciente de que guardarme tantas cosas para mí era el catalizador de ello, mas siempre preferí callarme las cosas, no armar dramas y dejar la paciencia por encima de la ira.

El lunes, después del rutinario desayuno de locos, Felix y yo salimos de la casa una fría mañana hacia el paradero. Esperaba con ansias que ya llegara la primavera, aunque siempre me daba alergia para aquellas fechas y terminaba estornudando por todo.

Odioso polen.

Caminaba a dos pasos del Poste cuando nos reunimos en el paradero. Nadie más vivía lo suficientemente cerca como para que llegara a interrumpir el silencio entre ambos. Joseff podía ser candidato perfecto, pero nunca coincidíamos en el bus escolar. Ni en el paradero.

Si la rutina iba a ser así, con Felix y yo solos esperando el bus, entonces debía asumirlo. Ya no soportaba tener que estar callada un segundo más. Iba a hacerlo hablar de alguna u otra forma.

—Gracias.

Tragué saliva con dificultad esperando su respuesta. ¿Era una buena forma de iniciar una conversación con él?

Lo comprobé al instante.

—¿Por qué? —preguntó mirando hacia la calle en busca del mínimo avistamiento del autobús.

—Pues... —Jugueteé con mis dedos, nerviosa— *Uhm...* ¿no decir que te golpeé?

—No soy un soplón, Hurón. —Se balanceó encogiéndose de hombros. El vaho salía de su boca y un escalofrío hizo que se sacudiera. Estaba vistiendo el abrigo marrón y una bufanda roja con negro que hacía ver su nariz mucho más rosada de lo normal—. ¿Tienes algo más que decir? —husmeó—. Cualquiera persona que te viera creería que te gusto.

Negué con la cabeza. Era un pretencioso después de todo.

—Entonces, las personas son muy malas para interpretar cosas. Pero sí, tengo algo más que decir. Lamento haber entrado a tu habitación, ver la fotografía y leer la lista, me ganó la curiosidad.

—También lamento que hayas entrado a mi habitación, buscado entre mis cosas y leído la lista... Y también lamento haberte dicho todas esas cosas.

Reaccioné como una Miss Universo al enterarse de que era la ganadora, ya que desde mi perspectiva había ganado algo que jamás creí poder escuchar. Felix Frederick se había disculpado. ¿Acaso tenía fiebre? Alcé una ceja y lo examiné. *Nop*, no se veía enfermo, solo muerto de frío.

Terminó por apartarme del frente con su mano y volvió a mirar la calle.

—Aún no creo que haya golpeado a Synapses... —me agarré el cabello para no saltar de la impresión— o haberlo conocido... ¿Es eso posible?

—No realmente. —Hizo una mueca y giró en mi dirección hasta quedar frente a mí—. No soy Synapses, soy su mero seguidor —confesó.

Adiós a mi repentino entusiasmo.

—¿Es decir, que no escribes? ¿Eres algo así como un lector fantasma?

—Ninguno de los dos; sí escribo.

Agrandé mis ojos con sorpresa. Hizo una mueca extraña y un gesto para que me apartara. No lo hice, en su lugar lo agarré de los brazos para que me mirara y así no esquivara el tema.

—¿Cómo se llama tu historia? ¿Es famosa? ¿Cuál es tu usuario? ¿Hace cuánto la tienes? ¿Tienes muchos seguidores? ¿Actualizas seguido?

Su barbilla tembló y sus ojos dieron con los míos, pero no me miraba, se encontraba ido, como si el real Felix hubiera tomado un viaje dejando un cuerpo sin fuerzas. Lo único que balbuceó fue:

—Eso es... ah, es...

Y se desplomó sobre mí, como un peso muerto.

Todos los días aprendemos algo nuevo, directa o indirectamente. El aprender y tener conocimiento es algo innato del ser humano y, a lo largo de la vida, nos vamos colmando de más y más cosas. Nunca había meditado sobre ello hasta que, sentada en un frío pasillo del hospital, a mi vocabulario llegó un nuevo concepto: cardiomiopatía dilatada.

Nuevos



Observé el asiento vacío donde Felix todas las mañanas se sentaba a desayunar. Desde el primer día en casa me percaté de su hábito sobre el desayuno. Primero se servía media taza de té y le echaba leche, lo revolvía y agregaba cinco gotas de endulzante, revolvía otra vez, golpeaba con delicadeza la cuchara contra la taza y luego la dejaba en el plato. Posteriormente, buscaba el pan más blando, lo partía por la mitad, sacaba la miga del interior y, finalmente, le esparcía con un cuchillo mermelada de durazno. No era hasta tener consigo una servilleta que comenzaba a comer; un sorbo del té con leche, luego un mordisco al pan.

Odiaba que fuese tan rutinario y pulcro para desayunar; no lo soportaba. Sin embargo, ese lunes, estando todos en la mesa después de llegar del hospital, pude notar su ausencia. Incluso cuando sus gestos amargos y su expresión de odio hacia todo el mundo siempre me fastidiaron, comprendí que me había acostumbrado a su presencia.

Solo reinaba un absorto silencio. Fue muy extraño, no había risas, comentarios sobre el deporte, no había plática... Silencio y expresiones abatidas.

—¿Por qué nadie me lo dijo?

Repasé las expresiones de cada uno esperando una respuesta a mi pregunta. Ninguno de los adultos presentes parecía tener intenciones o los ánimos de contestar. Mamá, quien estaba a mi derecha, posó su mano sobre mi hombro como un gesto de consuelo. No necesitaba que alguien me consolara, precisaba explicaciones. Me moví para que me dejara en paz. La tensión en mi frente se acentuó más que antes.

—A Felix no le gusta hablar de eso, no quiere tratos especiales ni que se lo mencione, quiere ser alguien normal dentro de lo que se requiere. Quiere tener su año normal.

Fue lo único que el tío Chase respondió. Creo que nunca lo había visto tan serio desde que llegó, hasta podría decir que su expresión apagada me dio escalofríos. Lo mismo con su mujer; la madre de Felix siempre traía una expresión distraída y alegre, riéndose de todo; sentada junto a su marido, quien acariciaba su mano como consuelo, todos esos colores en su rostro se habían esfumado. Pálida, con los labios rectos y sus ojos caídos.

Me mordí los labios rememorando, para mi mala fortuna, las palabras que le había dicho después de pegarle la primera bofetada. Casi le pedí que muriera, le sugerí que se esfumara de la Tierra. Si hubiese sabido lo de su enfermedad, antes no lo habría dicho. Jamás.

Investigué en Internet sobre la enfermedad, cuando estaba sola en el hospital, esperando a que sus padres y los míos llegaran, pude unir piezas y deducir muchas cosas. Felix no podía hacer ejercicio, correr o agitarse; eso explicaba por qué el profesor Manz nunca lo llamaba a competir con otros chicos. Felix se pasaba toda la hora de Gimnasia leyendo o durmiendo recostado en las gradas mientras escuchaba música a todo volumen. También pude comprender los motivos por los que no corrió tras el ladrón aquella vez que el cofre de Lena me fue arrebatado de las manos, literalmente. Sus desapariciones repentinas en el colegio, su visión amarga de la vida, su sarcasmo tan punzante...

Antes de que mis hinchados ojos comenzaran a botar fluidos y mis sollozos triunfaran ante el silencio, decidí levantarme de la mesa y subir a mi habitación. Felix dormía en su cuarto.

No vi hora, no vi días, no vi nada; solo me lancé a mi cama y me acosté bajo las sábanas pensando en todo. Por todos los cielos, necesitaba un descanso mental.

Algo me pedía no quedarme de brazos cruzados, hacer algo sin importar que fuese simple.

La puerta sonó dos veces. Cubierta por las sábanas ya me hacía una idea de quién llamaba, le diese permiso de entrar o no, él iba a hacerlo de todas formas. Opté por no decir nada, sino que me senté en la cama y esperé a que papá también lo hiciera.

—¿Se va a morir?

Fue lo primero que le pregunté. Era lo que más me preocupaba de todo ello, lógico.

—No digas eso, Hurón.

Papá me abrazó, pero no le regresé el abrazo. Me sentía molesta, él y mamá ya sabían lo de la enfermedad y nunca planearon decírmelo. De no ser porque Felix se desmayó, quizás nunca lo hubiese sabido. Pero ¿en qué cambiaría la situación ahora? Bueno, el impacto de saber qué le ocurría a Felix no habría sido tan abrupto.

—Todos recorreremos un camino con el mismo final.

—Sabes que no me refiero a eso, *pa* —hablé con obviedad. No quería una charla sobre la vida; sabía que todos tendríamos que morir algún día (muy bien, de hecho), pero intentaba no pensar cuándo sería... hasta entonces—. ¿No hay alguna forma en que se recupere? —Apreté las sábanas, llena de esperanza.

—Tiene tratamiento y controles médicos, pero si queremos que su enfermedad desaparezca por completo, se podrá con un trasplante de corazón.

—Eso es...

—No es tan sencillo —interrumpió—. La medicina y la tecnología han avanzado, pero recuerda que una operación así nunca es simple. No depende solo del cirujano, sino también del paciente y si puede acostumbrarse a su nuevo corazón. —Y no dijo más.

Tras varios minutos encerrada en mi habitación, decidí que era tiempo de tomar aire fresco. Ya casi era la hora de almuerzo en Jackson y el gallinero no paraba de enviarme mensajes preguntando el motivo de mi ausencia. A las cuatro no les agradó que les dejara el «visto» y, cuando decidieron hacerme una visita, no me quedó otra que responder que un dolor de estómago me había atacado de camino al paradero. No me gustaba tener que ocultarles cosas y agradecí que mi mentira no fuese dicha frente al cuarteto, porque mi ataque de hipo me habría delatado.

Al salir al pasillo caminé hacia el baño; no hubo tiempo de agarrar la manilla de la puerta cuando esta se abrió. Felix, quien pretendía salir del baño, ni siquiera se inmutó al verme. Yo estaba sorprendida, coloqué mis manos en su pecho y lo arrastré de vuelta al baño.

—¿Qué haces de pie? —le pregunté con pasmo, cerrando la puerta a mis espaldas.

—¿Quieres que te cuente que hacía en el baño? ¿Qué clase de fetiche raro es ese?

¿Debería haberme enojado? No podía hacerlo; en lugar de un ceño fruncido, tenía una sonrisa gigante. Felix seguía siendo el mismo pedante de siempre y lo aprecié, porque dentro de su conjunto de expresiones y personalidades latosas, demostraba estar bien.

—Supongo que debes saber lo demente que te ves sonriendo así, ¿verdad?

—¿Por qué no me lo dijiste? —repliqué, volviendo a tornarme seria.

Debería ganar un premio a la perseverancia... o mejor, a ser insistente. Como buena McFly, no podía quedarme con la duda.

—¿Si te lo hubiera dicho, no me hubieras golpeado o el trato hubiese sido diferente? —

inquirió, cruzándose de brazos—. No quiero tener privilegios porque esto —señaló mi pecho— pueda dejar de funcionar en cualquier momento.

—¡Calla! No digas eso tan... así como así.

Y calló. No porque mis palabras le llegaron al corazón y se quedó desvariando sobre ello, sino porque un impulso me hizo colocar mis manos sobre su boca para que no continuara escupiendo tantas cosas. Fue cuando su mirada afilada de aburrimiento punzó en mis manos que las aparté.

—¿Por qué no? Es algo que vengo asumiendo hace años, *McFlonald's*.

¡Grandioso! ¡Maravilloso! Felix había planeado otro lindo apodo para mí.

—Entonces... —omití rebatir su apodo o combatir bautizándolo con uno mejor—, ¿qué pretendes hacer ahora?

—Seguir con la vida, como antes. Que lo sepas ahora no cambia en nada mi situación —respondió restando importancia—. Ahora, déjame volver a la habitación. —Reafirmé mi posición y extendí mis brazos hacia los lados para asegurarle que no iba a ceder—. No vas a dejarme pasar, ¿verdad? —Resopló con impaciencia—. Vas a darme un sermón sobre la vida, mi huella a través de ella y esos cuentos para consolarme. Ya pasé por esas cosas, McFly, tengo diecisiete y soy consciente de ello.

—Haz lo de la lista. Puedes morir un día deseando haber hecho miles de cosas, o bien, puedes morir un día sabiendo que las hiciste... o al menos que lo intestaste. No te reprimas solo porque estás enfermo o tienes miedo a fallar. Atrévete a vivir.

—¡Qué sermón más emotivo! —dijo con sarcasmo—. Si digo que sí, ¿me dejarás en paz? —Asentí, recobrando en mi memoria la peculiar plática que habíamos tenido aquel día después de comer *pizza*—. Bien, lo intentaré.

Al día siguiente, el martes por la tarde, el club de voluntarios recibió a dos nuevos miembros.

Megura no paraba de parlotear que ayudar era una buena forma de marcar a las personas y dar un paso en la vida, que no solo le hacíamos un bien a la persona ayudada, sino también a nosotros mismos. Me estaba quedando dormida, cabeceaba sentada en mi silla, y Loo, la niña de tercer año a quienes todos temían, no dejaba de reírse de mí. Entredormida escuché que golpeaban la puerta; no puse mucha atención, comenzaba a adentrarme al mundo de Morfeo. Sentí una sensación apacible, como si estuviese en medio de un lago mecida por sus ondas y... ¡puf!, el estrépito de una silla que era arrastrada me jaló al mundo real. Levanté la cabeza y voltéé a mi derecha esperando que no fuesen Wladimir y su amigo de nuevo.

Y por suerte no eran.

Felix se cruzó de brazos, con su expresión de anciano amargado y enemigo de la vida.

—No digas nada o me uniré al Club de Ajedrez, tengo suficiente con que tu amigo no dejara de hablar.

Los ojos del Poste dieron con el otro nuevo miembro del club. Joseff dejó su mochila sobre el banco frente a mi mesa. Al sentarse se giró en nuestra dirección con una enorme sonrisa.

Intenciones



La sonrisa alargada de Megura era tan despampanante como un árbol en Navidad, mientras los pocos chicos que incluía el club éramos como los Grinch no declarados, en especial el Poste con Patas. El único que tenía una sonrisa similar era Joseff, que se acomodó en la silla con el respaldar contra la pared y así tenía una vista panorámica de toda la sala.

—Los nuevos deberían presentarse, ¿no creen? —nos sugirió Megura.

Nadie respondió, a excepción de Sam, el chico con gafas que siempre lucía muy asustado. Joseff dio un respingo en su asiento y enderezó su espalda. Su pecho se infló con orgullo, como si recitara el himno del país. Antes de hablar carraspeó.

—Soy Joseff Martin, último año y recién transferido a esta escuela. —Como si no supiera si debía seguir hablando o no (cosa que seguro haría de todas formas) continuó con su presentación —. Me uní al club porque me gusta ayudar; hacer el bien es mi pequeño grano de arena.

—Eso es genial —dijo Megura con asombro y asintiendo mientras aplaudía. Me recordó a la profesora de Filosofía que antes enseñaba en Jackson, siempre contestaba con expresiones así—, muy admirable.

Joseff sonrió con orgullo, como un niño pequeño que ha respondido una pregunta matemática compleja. Se veía bastante tierno e ingenuo, dos rasgos propios de él. Todo muy diferente al chico inexpresivo sentado a mi lado, de brazos cruzados, apoyado en el respaldo de la silla y con una pierna sobre la otra. Por algún motivo esa pose de mafioso ya me era familiar. Sí, era muy parecida a la que me había encontrado al entrar a mi habitación y hallarlo sentado en mi silla después de haber leído la lista y visto la fotografía. Oh, sí, ahí estaba el inexpresivo, con sus ojos sobre la mesa y su expresión de odio universal.

—¿Y tú?

Megura no parecía diferente a todas las chicas cuando le preguntó esas dos palabras a Felix, lo que por un momento me hizo sentir normal; no era la singular chica que se sentía intimidada con su intransigente mirada.

El Poste hizo una mueca de disgusto. El silencio reinó un instante y parecía que no había nada más interesante que hacer, ya que todos le prestaron atención, incluso la temible Loo.

—Soy Felix Frederick, último año.

Y no dijo más.

Tampoco esperaba que dejara mucho sobre él. El riguroso Felix, ¿tenía color favorito?, ¿quién era el ídolo que quería conocer?, ¿le había gustado alguien?, ¿quién era su mejor amigo?; además de amar la *pizza*, ¿qué otra comida le gustaba?, ¿cuál era su libro favorito? ¿y la película preferida?

Antes de colapsar, Joseff me despertó de un coma de preguntas inagotables.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Por qué era que estás aquí?

Wladimir y su resplandeciente cabeza se me vinieron a la mente.

—Problemas con la ley —respondí.

Joseff lució sorprendido, agrandó su boca en una enorme *O* mayúscula y sus ojos como platos.

—¿En serio? Mi tío tuvo problemas con la ley, una vez casi se lo llevan preso; su vecino creía que portaba un arma y amenazaba a Spoty con ella. Resultó que solo era una pistola de agua.

—No me gustaría tener un vecino así, pero ¿quién es Spoty?

—El perro de mi tío. Es un labrador muy bonito —respondió, luego se tornó serio y, mirando de reojo a Felix, se acercó a mi mesa y, en confidencia, me preguntó—: ¿Sabes por qué él está aquí?

Sí que lo sabía. Ya lo decía la lista: «unirse a un club». Me alegré al pensar que, de todos los clubs entretenidos y disponibles, Felix Frederick había elegido el más aburrido y extraño. Y en el que yo estaba.

—Porque no tengo nada mejor con qué perder el tiempo —contestó tajante el Poste.

Comenzaba a pensar que su audición estaba mucho más desarrollada que la nuestra; siempre escuchaba todo lo que nosotros platicábamos.

—Siempre tan radiante y tierno, ¿verdad, Felix? —comenté con sarcasmo ante su respuesta. Me dio una mirada austera y volvió al frente, en la misma posición de mafioso de antes.

—Empatía es su segundo nombre —bromeó Joseff con una sonrisa traviesa; golpeé su hombro riendo entre dientes. Ambos miramos a Felix, quien solo se limitó a resoplar negando con la cabeza.

Éramos los únicos que estábamos haciendo algo relativamente normal: riendo. Los demás lucían tan deprimentes y distantes que hasta la sala lucía gris. Por las ventanas ni siquiera entraba el sol y justo ese día el sol lucía enorme y digno de un día de verano, no de invierno.

¿Acaso una barrera de amargura rodeaba la vieja sala?

Comenzaba a creer que sí en tanto Megura volvió a hablar.

—Los dos chicos de antes, Wladimir y Thomas ya no estarán con nosotros —dijo con melancolía, como si hablara en un funeral. Sentí un amargo sabor en la boca al escuchar el primer nombre y de manera inevitable tomé mi cabello recordando el largo que mantenía antes de que lo cortara.

—Es una enorme y desgarradora pena.

El punzante tono sarcástico de Loo hizo que Felix esbozara una sonrisa ladina. Conservé la cordura que me quedaba y me acerqué a él con incredulidad para ver su sonrisa con más detalle, sin poder creer que una así pudiera ser formada por alguien como él. El Poste colocó su mano en mi frente y me apartó sin mover ninguna de sus otras extremidades.

Justo en ese instante dos golpes tímidos se oyeron en la puerta.

Una chica llamada Caroline, de primer año, requería la ayuda del club. Un acosador la seguía desde hacía ya tiempo y cada día se asustaba más de sus desconocidas intenciones, de su rostro, de su forma de caminar, de la forma en que la miraba... de todo. Muchas veces intentó decirle que se alejara, pero nunca lo hizo. Por el contrario, parecía que eso lo hacía acercar más. Estaba avergonzada de contárselo a otros, así que decidió pedirle ayuda al Club de Voluntarios: siete chicos que ni siquiera se miraban la cara.

Claro, la chica no sabía eso. Para ella seguro éramos un club común y corriente. Todos amigos.

—Por favor... —suplicó después de su pequeño relato sobre los hechos—, no se lo digan a ninguna persona. No quiero preocupar a nadie, mucho menos a mamá. Por eso recurrí a ustedes.

De verdad lucía asustada. Megura la consoló posando una mano sobre su hombro y sonriéndole como lo haría una madre de algún comercial.

—Tranquila, la regla es que lo que sucede aquí se queda aquí. Nadie le dirá tu problema a otra persona, te lo aseguro.

«¿Regla? ¿Desde cuándo existe esa regla y por qué nadie me la dijo?», cuestioné. Loo fue la primera persona (que no fuera Megura) en hablar.

—Una buena golpiza lo hará apretar el culo y salir corriendo —comentó luego de un gruñido. Se tronó los dedos, lo que me causó un escalofrío y las arrugas de una anciana en la frente—. Yo me ofrezco como voluntaria.

—Agredir a alguien no es una opción —recriminó Joseff, volteando en su dirección. Me espanté, porque nadie en su sano juicio le respondería a Loo de esa forma—. No en este caso. Quizás el chico tenga buenos motivos y lo recriminan como si fuera un delincuente.

—¿Entonces quieres que le regale flores y le diga: «continúa siguiéndome hasta el baño, no me enojaré»? —espetó la rubia con sarcasmo. Jo rodó los ojos, disgustado—. No seas ingenuo, seguro tiene fotos de ella que usa para...

—¿Y si no es así? —la interrumpió. Ya estaba planeando qué flores comprar para su funeral, sin chistes—. ¿Por qué juzgar a un libro por su portada? No, no. No saquemos conclusiones apresuradas, quizás tiene buenas intenciones.

—No puedes verle el lado bueno a todo, Martin. —A mi lado, Felix por fin dejó su posición mafiosa para apoyarse sobre la mesa frente a él.

Los ojos de todos se posaron en él, quien no parecía ser el tipo de chico que hablara en situaciones así. De hecho, creí que su interés por el club era diminuto.

—Si ese tipejo anda detrás de ella sin decirle nada, mirándola de lejos y siguiéndola... entonces es puro morbo. Si tuviera buenas intenciones o inocentes, se habría acercado cuando le pidió que la dejara en paz. No puedes fiarte de todos o creer que todo el mundo es tan humanitario como tú. Lamento decirte que la realidad es muy diferente; hoy en día las buenas acciones están en extinción.

El silencio colmó la sala. Esa era la habilidad secreta de Felix. Pero yo pensaba diferente: sabía que en el mundo todavía quedaba algo de humanidad y bondad, no todo era maldad. Lo sabía, porque yo misma había tenido el privilegio de verlo.

—Tampoco puedes verle el lado feo a todo. Es muy deprimente vivir sabiendo que todo el mundo tiene malas intenciones o dividir a las personas como si fuéramos categorías. No existen personas buenas o malas, solo existen personas. Tampoco puedes ir por la vida sacando conclusiones apresuradas; somos impredecibles en muchos ámbitos y juzgar de manera anticipada es un error que todos hemos hecho, pero que deberíamos enmendar.

La reluciente yema del dedo pulgar de Joseff fue lo primero que vi después de mi discurso, luego su sonrisa.

—En-entonces descubramos cuáles son sus intenciones —propuso el callado Sam, a varias mesas de distancia.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Josh recién saliendo de su letargo. Se frotó uno de sus ojos y bostezó, lo que provocó que yo también lo hiciera.

—Enfrentémoslo —respondió su amigo—. Un día de estos lo pillamos desprevenido usando a Caroline como señuelo y lo encaramos.

Joseff, Megura, Josh y yo asentimos por inercia. Nos pareció una buena idea a la mayoría.

—Puede ser en el metro —habló Caroline—. Allí siempre lo encuentro y hay muchos lugares donde interceptarlo.

—Me parece bien —accedió Loo— y si no quiere cooperar... ¡*Crach!* Puñetazo en la nariz.

Josh se echó a reír y fue la misma Loo quien lo hizo callar.

Acordamos entre todos que el miércoles —es decir, al día siguiente— llevaríamos a cabo la

Operación *Incepción*. El nombre no tenía nada que ver con lo que haríamos, pero Josh le halló un parecido a «intercepción». Lo repitió tantas veces que al final todos decidimos llamarlo así.

El plan consistía en interceptar al chico en las escaleras del metro temprano por la mañana, así que todos tendríamos que madrugar para ubicarnos en nuestras posiciones. Caroline sería el señuelo, como propuso Sam. Se bajaría del metro y subiría por las escaleras norte de la estación, donde existía una puerta al costado. Loo y Sam serían los encargados de comprobar antes que la puerta estuviera abierta. Para ello, Josh tendría que hacer un escándalo que distrajera a los guardias. Megura estaría al pendiente con un *walkie talkie* para avisarles a Loo y Sam sobre el sujeto. Cuando el objetivo estuviera subiendo las escaleras, Joseff, Felix y yo nos encargaríamos de que no escapara; seríamos quienes lo retuviéramos en caso de que algo saliera mal y lo meteríamos a la fuerza por la puerta.

Con el plan hecho y habiendo acordado reunirnos en la estación de metro *Price of Valor* antes de la hora pico, todos volvimos a casa.

Al salir del club, un viento helado me pegó en la nariz. Todavía el invierno estaba presente en la ciudad, cosa que me fue totalmente de improviso, puesto que en la tarde el sol resplandecía con todas sus fuerzas (aunque eso no pudiera apreciarse dentro de la lúgubre sala del club). Me abracé y encogí de hombros, esperando que de esa forma el frío disminuyera.

—Ponte mi chaqueta —ofreció Joseff, quitándose su abrigo mientras caminábamos de vuelta a nuestras casas—. Soy alguien de cuerpo caliente.

—Tss... —chistó Felix al oír lo último.

Alcé una ceja, ladeando la cabeza para verlo. El Poste se estaba colocando sus audífonos del demonio otra vez. Decidí fastidiarlo un poco, antes de que la música le llegara al cerebro y dejase de prestarnos atención.

—Las buenas acciones están en extinción, ¿eh?

Me miró altivo por el rabillo del ojo y volvió a mirar al frente.

—El parlanchín de tu amigo es una excepción —se defendió.

Joseff colocó una mano sobre su pecho fingiendo sorpresa. Avanzó unos pasos más y comenzó a caminar en reversa, dándole la espalda al camino.

—Soy Joseff, amigo. J-O-S-E-F-F.

Por un instante me lo imaginé vestido de porrista, con pompones diciendo las letras de su nombre en tono cantarín. Realmente quise quitarme esa peculiar imagen de la cabeza por amor a mi sueño nocturno. No quería tener pesadillas.

—Como digas, J-o-s-e-f-f—espetó Felix con voz soporífera. Blanqueé los ojos al escucharlo.

—Quiero estar en primera fila cuando escuches a ese sujeto que sigue a Caroline. Si lo hace por una buena razón, me reiré en tu cara —lo desafié, acomodando el abrigo de Jo en mis hombros—. Tal vez sea alguien enamorado de ella con temor a declararse.

—Te demostraré que te equivocas —pronunció muy locuaz el Poste—, Neurona Anónima.

Torcí los labios al escuchar mi nombre de usuario en Wattpad.

—No pretendo sacar conclusiones apresuradas, pero si crees tener razón...

—¿Quieres apostar? —interrumpió, deteniendo el paso; por consiguiente, Jo y yo también nos detuvimos—. Que el parlante humano sea nuestro testigo.

Extendió su mano a fin de estrecharla como sello de nuestra apuesta. Antes de que Jo pudiese recriminarle por el apodo, acepté la apuesta.

Incepción



El martes por la noche programé la alarma para que sonara una hora antes de lo acostumbrado. Nuestro encuentro en la estación *Price of Valor* sería a las 7:30, cuestión que resultaba un fastidio, porque tendría que madrugar y mi humor era horrible. Para asumirlo, me dormí repitiendo que despertar temprano sería para una buena causa. Además, estaba ansiosa por saber quién rayos ganaría la apuesta.

Soñaba con la película que Sherlyn y yo fuimos a ver al cine, cuando me sentí mecida por una fuerza ajena a mí. En el mundo de mi sueño una voz distorsionada decía mi nombre... O así parecía, aunque no era parte del sueño. Abrí mis ojos algo descolocada del mundo real hasta que me hallé tendida en la cama, en mi habitación, rodeada de mis cosas y con la expresión desganada tan característica del primogénito de los Frederick.

Felix se cruzó de brazos al verme despertar —en estado de *shock*— de mi letargo y alzó una ceja como si ante sus ojos estuviera un bicho raro y hórrido. Apenas lo vi en mi habitación, agarré la sábana y me cubrí el pecho, cuestión que resultó muy devastadora para alguien que llevaba un pijama que, prácticamente, le cubría hasta las orejas.

Lanzó un bufido displicente y negó con la cabeza.

—No estoy interesado en verte con un pijama tan ridículo, McFly. Créeme que es lo último que me gustaría ver.

—¿Dime qué haces aquí? —exigí saber.

—Vine a despertarte. Tu despertador sonó hace media hora.

Busqué la hora en mi celular. Eran las 6:35, lo que significaba que la alarma había sonado y una Floyd con ganas de seguir durmiendo la detuvo para volver a sumirse en el mundo de los sueños.

Nuestros padres dormían. Todo estaba en completo silencio. La casa estaba muy oscura y afuera también. Me asomé por el pasillo detrás de Felix; parecía la típica casa del terror que está en el parque de entreteniciones. Tragué saliva sintiendo un temor poco común, después de todo era mi casa, nada extraño pasaba, exceptuando a veces el comportamiento de mis padres; cuando les bajaba el «amor», se ponían muy empalagosos, cosa que pocos podían tener el «privilegio» de ver, hablando de manera inocente.

Bajé a la cocina y encendí el hervidor. Felix había puesto cuatro rebanadas de pan de molde en el tostador y su té con leche ya estaba servido en la mesa redonda donde todos nos sentábamos a desayunar. Su pan tostado no tardó en estar listo, lo sacó rápido del horno y puso las rebanadas sobre la mesa. Alargué mi mano para sacar una, pero las tomó y las corrió lejos de mí para denegar mi acción.

—Estas son mías —advirtió—, tuesta las tuyas.

Me lo esperaba. Que Felix se preocupara de mí en el desayuno sería una cosa demasiada fantasiosa, tanto como lo fue mi sueño, o digno de un milagro al que enmarcaría como las fotografías de mamá y lo tendría para toda la vida.

Blanqueé los ojos y busqué el pan de molde, saqué dos rebanadas y las metí en el horno. En unos

minutos, ambos estábamos sentados en nuestros usuales puestos, desayunando.

—Luces más molesto que de costumbre —le comenté al mirarlo dar un sorbo al café.

—Tu bestia peluda no dejaba de dar arañazos a mi puerta anoche —respondió dejando la taza de café sobre el plato.

—No es mía, es de papá —aclaré con fastidio—. Yo también lo detesto, pero ¿no crees que ya sea tiempo de superar tu trauma con los gatos, Chami?

Cargué la voz más de lo normal en el flamante apodo por el que su madre lo llamaba. Quería lanzar una carcajada al cielo al ver su expresión desdeñosa con la intención de hacerme pedazos con la mirada, pero omití hacerlo y dejé que mi memoria visual la recordase para futuras travesuras con su nombre.

—No seas así. ¿Sabías que sonreír hace bien para el alma?

Otro gesto austero sucumbió en su rostro.

—Ajá, así como el sol es bueno para «levantar los ánimos».

—Bueno, eso es lo que dicen los expertos. Aunque también dicen que da cáncer —hablé con la boca llena y tragué con dificultad la masa de pan. Me encogí de hombros al ver su mirada desaprobadora—. Eso explica por qué estás tan pálido.

—Omitiré tu intento de chiste; tengo suficiente con verte tan temprano por la mañana —espetó, negando con la cabeza y las cejas muy alzadas.

—Fuiste tú el que me despertó, no yo a ti. —Meneé las cejas y esbocé una sonrisa ladina; finalmente, terminé sonrojándome como una cereza—. Ah, *uhm*... —Bebí un poco de té y carraspeé—. ¿Qué vas a pedir si ganas la apuesta?

—Es un secreto.

Respondió tres palabras nada más y no parecía dispuesto a decir más. Las preguntas volvieron a mi cabeza. A decir verdad, tenía demasiadas cosas, como saber también qué iba a solicitarle a cambio si es que ganaba la apuesta.

Demasiadas cosas que deseaba pedirle.

La estación se encontraba fría, muy iluminada, con personas caminando de lado a lado metidos en sus celulares y sin preocuparse de su entorno (cosa que vi a nuestro favor, ya que, si íbamos a hacer un «secuestro exprés», debíamos tener a los menos testigos posibles). Para llegar a lo último del subterráneo debíamos bajar una tanda de enormes escaleras. De vez en cuando, miraba de reojo a Felix para saber qué tal iba, aunque no se mostraba con problemas.

Al llegar abajo, las personas esperaban el metro, solitarias, por lo que nos resultó fácil hallar a un grupo de chiflados, reunidos esperando por nosotros.

Me retrasé bastante después de tomar el desayuno y era que no quería ir al metro en pijama o sin haberme bañado.

—¡Hola! Perdón por la demora.

Megura y Sam fueron los únicos que me saludaron relativamente felices. Josh estaba de brazos cruzados, con su cabello rojo muy alborotado, unas enormes ojeras y con la expresión de un niño pequeño al que no le compraron caramelos. Y Loo... Bueno, ella se alejó del grupo despotricando contra todo aquel que pasara junto a ella. Está de más decir que su humor estaba peor que de costumbre; preferí no mirarla más, quería salir viva de la Operación *Incepción*.

La líder del club leyó un mensaje en su celular y luego nos lo enseñó.

—Caroline viene en camino y el objetivo, también. —Una fotografía algo borrosa nos enseñaba quién era el sujeto que la seguía. Parecía un ermitaño, con dientes de ardilla y una joroba en creación. Al instante, con miedo a quedar iguales, todos enderezamos la espalda al ver lo encorvado que era.

Loo agarró a Sam por la ropa desde su espalda. Los ojos del tímido Sam se abrieron a la par y dio un salto en su lugar, sin querer girarse.

—Iremos a abrir la puerta —informó la rubia, arrastrando a su compañero. Y se perdieron entre las personas.

—¿Dónde está el otro chico? —me preguntó Megura, frunciendo las cejas. Le dio un vistazo a Felix, quien permanecía al margen del grupo— ¿Cómo era...? ¿Joseff?

Decir su nombre fue una clase de invocación, porque con la última *F* apareció en lo alto de las últimas escaleras, mirando hacia una luz que colgaba del techo del metro, con el pecho muy inflado, las manos en la cintura y su traje de Batman. Su capa negra ondeaba como una bandera en su espalda gracias a Dios sabe qué, y un halo de luz lo iluminaba desde la espalda como si él y el encargado de la electricidad de la estación se hubieran puesto de acuerdo para su destellante presentación.

La impresión creció en nuestra boca como una bocanada de asombro, entonces Josh, quien vestía un abrigo alargado como el de los detectives en los ochenta, se despojó de los trapos con los que andaba encima y sacó un tejido que colocó en su cabeza.

—Se lo tejó su abuela —comentó Megura, con una sonrisa despampanante tras verlo agachar la cabeza.

Cuando Josh alzó su cabeza hacia donde Jo estaba —todavía con su pose de superhéroe—, enseñó que el tejido era una clase de máscara. Era Bane, uno de los villanos de Batman.

—¿No se suponía que solo uno de nosotros iba a llamar la atención del guardia?

—Dos son mejor que uno, ¿no? —me respondió Megura y se encogió de hombros.

Supuse que sí, lo era. Si de llamar la atención se trataba, Jo era el experto en el tema, sobre todo con la magnífica presentación de película que había demostrado el día que nos conocimos. Lo siguiente constaba en llamar la atención de las personas y los guardias, cosa que tendría un grado de dificultad si los guardias decidían darles una patada en el trasero y correrlos de *Price of Valor*.

Joseff bajó las escaleras. Debajo de su antifaz, la mirada desafiante se intensificó al ver a su villano en el grupo y (el malhechor) Bane le regresó la mirada de odio. Parecía que en el enorme sitio solo existiesen ambos personajes ficticios listos para comenzar una batalla que definiría todo.

—Bane —habló mi compañero de asiento.

—Batman —respondió el villano, acomodando la máscara en su rostro—. ¿O debería decir Joseff Wayne?

El choque eléctrico entre ambos era ridículamente intrigante. Pero viéndolo desde un punto de vista más lejano, la situación era muy penosa. Supongo que Felix tenía esa visión, pues cada vez se alejaba más de nosotros para no impregnarse del ambiente anómalo que nos envolvía.

—Creí haberte matado —recriminó el enmascarado.

—¡Te dije que no podía morir! —Una risa maléfica inundó la estación, Josh había sido su dramático causante.

Las miradas de muchos se posaron en nuestra dirección. Me fui alejando con lentitud sin quitarles los ojos de encima y terminé chocando de espalda contra el Poste con Patas, quien me sostuvo por los hombros.

—Ten cuidado, Michael Jackson —me dijo al soltarme y comenzó a caminar.

—¿A dónde vas?

—A decirle al guardia que unos locos están peleando en la estación, así los chicos que se fueron podrán abrir la puerta sin problemas.

Con tal espectáculo montado, ni me acordé.

Llegué a su lado hasta que me enfrenté a las enormes escaleras. Antes existían escaleras mecánicas, pero la tasa de obesidad llevó a cambiarlas por escaleras normales. Las personas con alguna discapacidad podían subir por ascensores, lo mismo pasaba con personas que cargaban muchas cosas. Escalón tras escalón, llegamos junto a la bendita puerta; Loo y Sam estaban de pie junto a esta, apoyados en la pared charlando sobre no sé qué. Ante la puerta, el guardia de seguridad miraba de lado a lado por si presenciaba algo sospechoso.

Pretendía decirle al guardia sobre Jo y Josh, Felix se adelantó, lo que agradecí dado mi problema con las mentiras. No alcancé a escuchar qué le dijo cuando el guardia salió cuesta abajo.

Loo y Sam no esperaron indicaciones, ni nosotros tampoco. La temible rubia se acercó a la puerta y giró la manilla.

—¡Mierda...! —exclamó—Está cerrada.

Sam palideció.

—¿Có-có-cómo que está cerrada? —le preguntó.

—Que no abre, niño rico —respondió ella con obviedad, negando con la cabeza. Metió la mano en sus bolsillos y sacó un clip que desdobló sin problemas, luego nos dio un vistazo a Felix y a mí —. Ustedes dos, cúbranme.

Asentí sin reprochar lo que por deducción concluí que haría. Sam y Felix se colocaron a cada lado de la rubia, y me coloqué tras ella, esperando que por arte de magia (y con la súper ayuda del alambre) la puerta se abriera.

Pasaron aproximadamente dieciocho personas cuando la puerta hizo crac y terminó abriéndose.

—¡Eres asombrosa, Loo! —exclamó Sam con los ojos brillantes como si ante sus ojos estuviera un ángel. Sin embargo, no tardó en agachar la cabeza y enrojecer hasta las orejas—. Lo siento —dijo en voz baja.

Su compañera chasqueó la lengua. Miré a Felix, quien, para mi sorpresa, también miraba a la temible Loo. Era una mirada seria y algo misteriosa. De no ser porque mi don por mirarlo sin disimulo lo alarmó, quizás habría continuado mirándola.

Ladeé la cabeza, interrogante.

¿Acaso a Felix le interesaba Loo? ¿Qué pasaba por su cabeza al mirarla?

Me encontré mordiendo mi labio inferior ante la duda. Sacudí mi cabeza y subí los escalones restantes para interceptar al sujeto que seguía a Caroline. El Poste no tardó en llegar arriba también, apoyó su espalda en la pared frente a mí y se cruzó de brazos. Yo no podía dejar de mirarlo, como si de esa forma desenmarañara sus pensamientos y él tampoco pretendió hacerlo. Era una lucha interna de miradas. O así lo sentí yo.

El momento en que Caroline cruzó enfrente, despegué mi mirada de Felix y la posé sobre el sujeto que la seguía: estaba unos escalones más abajo, con una chaqueta impermeable roja, los dientes de ardilla y la espalda encorvada. Parecía muy contrariado con las personas que pasaban y lo estuvo más cuando el imponente Poste se colocó delante.

Antes de poder reclamarnos o decir siquiera «permiso», Loo lo agarró del abrigo y lo metió a la sala de electricidad. En unos diez segundos, estábamos encerrados. Loo protegía la puerta, Sam

hablaba con Megura por teléfono, Felix estaba cruzado de brazos y yo me mecía de lado a lado con nerviosismo.

—Si por foto eres horrible, en persona eres peor.

La expresión de Loo podría describirse con una palabra: devastadora. Quería despedazar al sujeto como fuese. Lo miraba asqueada, como si el tipo fuera el peor adefesio creado sobre la tierra. Tenía las cejas muy arrugadas, al igual que su frente, las manos sobre la cintura y su semblante de querer golpear a quien fuese.

—¿Quié... quié... quiénes son? —preguntó el sujeto, pálido como la hoja de un papel.

—Soy el policía malo, jorobado —le respondió Loo— y con unas enormes ganas de que conozcas a mis amigas. —Besó sus puños y le dio una siniestra sonrisa ladina al sujeto. Todo muy teatral.

Unos golpes apresurados hicieron que la rubia se girara y abriera la puerta. Megura no tardó en entrar al cuarto en compañía de Caroline y esta última no escatimó en poner una expresión de horror al tener a su «acosador» más cerca que antes. El sujeto encorvado tampoco omitió hacerlo; de hecho, comenzó a lucir más desesperado que antes.

—Vaya... —Megura no podía formular una oración; comenzó a caminar alrededor del sujeto, examinándolo.

—¿Dónde están Jo y Josh? —le pregunté. Me hice la idea de verla entrar en compañía de los chicos. Al no verlos, en mi cabeza se formó la imagen de dónde podrían estar los dos: en la oficina de los guardias recibiendo la golpiza de sus vidas.

—Se quedaron discutiendo afuera; resulta que el guardia es un fanático más del Universo DC —respondió, deteniéndose frente al sujeto, quien estaba más encorvado que antes—. ¿Cómo te llamas?

—So... so... —siseó—. Soy Nickolai —respondió. Megura asintió y luego señaló a Caroline.

—¿La conoces? —Nickolai miró a Caroline un instante, y terminó agachando la cabeza y encogiéndose de hombros como si así lograra ocultarse de ella. Asintió en respuesta—. ¿Puedes decirnos por qué la sigues?

La voz de Megura no era cortante o acusadora, sino muy apacible y relajada. Comprendí por qué se había ofrecido a interrogarlo; si el sujeto se sentía amenazado, no respondería o actuaría bien y el plan habría sido un fiasco.

—Yo... —comenzó a hablar Nickolai, pero le faltaron ánimos para terminar su frase; ninguno de los presentes pudo escucharlo.

—Contesta, alto y firme —le ordenó con impaciencia Loo desde la puerta—. Confiesa que eres un acosador y punto.

—¡N-no! —replicó Nickolai, levantando la cabeza. Una interrogante surgió en mi cabeza al notar que le costaba decir las consonantes—. No soy un... un acosador. —Además, tartamudeaba mucho.

Para probarlo, metió una mano en el bolsillo de su abrigo y, lentamente, sacó una fotografía que extendió hacia Caroline. Ella frunció el ceño y terminó recibiendo la foto. Ya en sus manos, guardó silencio sin apartar sus ojos de la fotografía.

—¿Qué es? —curioseó Loo, acercándose a la chica. Ella permaneció quieta, observando la fotografía con una sonrisa fracturada.

—Es la última fotografía que me tomé con papá... —respondió en tono bajo, quebrantándose.

Mi pecho se infló y terminé despegando mis labios de la impresión.

—L-la en... la encontré en el metro —tartamudeó Nickolai, acariciando uno de sus brazos— y...

pensaba en devolverla, pe-pero... no me atrevía a hablar... hablarte — continuó con dificultad—. In... intenté hacerlo mu-muchas veces. Si... siento si t-te causé problemas.

Megura miraba a Nickolai como si fuera un oso de peluche que pretendía abrazar y Caroline no se quedaba atrás.

—No, no... —Sacudió sus manos la última—. Yo soy la que debe sentirlo —le dijo—. Malinterpreté todo; lo siento mucho. —Abrazó la fotografía y cerró los ojos con fuerza—. Creí que la había perdido para siempre. Muchas gracias... —le sonrió. Nickolai también intentó hacerlo, pero fue un completo desastre—. A todos, gracias.

Había salido mejor de lo esperado; no solo porque la apuesta había ganado, sino porque Joseff y Josh llegaron con dinero que recaudaron haciendo un improvisado espectáculo en la estación. Resultó que su discusión llamó la atención de las personas. Después de hacer las paces, todos los aplaudieron (incluido el guardia) y compensaron su rutina improvisada con el dinero. Los dos llegaron corriendo con su recompensa sonriendo de oreja a oreja.

Sus sonrisas ni siquiera se apagaron de camino a Jackson. Megura iba de la mano con Josh y hablaba animosamente con Caroline; detrás la seguían Sam y Loo, y a unos cuatro pasos de ellos, estábamos Joseff sin su traje —quien, para nuestra suerte, llevaba ropa para cambiarse en los baños del metro—, Felix con las manos dentro de sus bolsillos y los audífonos en sus orejas, y yo.

—Así da gusto empezar el día —empezó a decir Joseff—: Vestido de Batman, haciendo un espectáculo improvisado, ganando dinero y descubriendo que no todos tienen malas intenciones.

Asentí dándole la razón.

—Ahora podemos confirmar que el Poste con Patas sí se equivocó. Fuiste testigo de nuestra apuesta, ¿eh?

—Sí, sí. Ambos decidieron apostar y sellaron eso con un apretón de manos. —Se acercó confidente mirando a Felix un momento—. ¿Crees que ya digirió su derrota?

Ladeé mi cabeza en busca del Poste, luego volví a mirar a Joseff. Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—Creo que haber perdido le dio justo en el orgullo. Solo míralo... no luce para nada *felix*.

Joseff se echó a reír.

Repito: Joseff se echó a reír. Fue la única persona que se rio de mi nefasto chiste con el nombre de Felix. Y eso no fue todo, mi compañero de asiento tuvo la brillante idea de seguirme el juego.

—Oye —lo llamó. Felix se sacó uno de los audífonos y nos miró—, ¿no vas a *felixcitar* a Floyd por haber ganado la apuesta?

El Poste se limitó a blanquear los ojos y volver la vista al frente colocándose el audífono y advirtió con la voz alzada:

—Mejor será que se apresure o la apuesta ya no correrá.

Chisté con incredulidad y desdén. No pensé que mi petición a cambio de haber ganado tuviera un límite.

—¡Qué bribón! —lo acusé.

—Ahora que lo pienso —intervino Jo, antes de continuar insultando a Felix— tiene nombre de gato.

Papá, con su afán de apodarar a las personas como animales, decía ser un gato y, teniendo presente esto con el comentario de Jo, llegué a la conclusión de que la personalidad de Felix me recordaba a la de papá.

Comenzaba a entender por qué lucían tan cercanos.

Pedirle ayuda al gallinero sobre cualquier cosa era una sentencia de muerte. Realmente lo era, pero necesitaba ideas para compensar mi victoria mañanera. No sabía si lo de apresurarme era una broma y no iba a perder tiempo pensando sobre ello, tal vez el inexpresivo Poste lo decía de verdad. De ser así, de nada me habría servido la victoria, quitando la satisfacción inmensa de haberle ganado, claro. Por eso, cuando salimos al primer recreo del mismo día de la Operación *Incepción* y en la misma banca de siempre, decidí preguntarle al gallinero qué le pedirían a una persona si llegaban a ganarle una apuesta.

—Lo haría mi esclavo —respondió Nora—. Que me haga todos los deberes, que haga el aseo en casa... ya sabes, que sea una clase de sirviente por un tiempo.

—Nada mal, ¿eh? —habló Fabi, asintiendo pensativa—. Yo le pediría que por un mes me invitara a comer lo que se me antoje. Papas fritas, *pizza*, tacos... —Pasó su lengua por sus labios como saboreando cada una de las comidas que había dicho. Al instante, mi tripa gruñó.

Eli alzó la mano con nerviosismo y con una sonrisa enorme dijo:

—Yo le pediría que se infiltrara en la sala de profesores y sacara las respuestas de los exámenes. Todos los exámenes —aclaró—. Así, nunca más tendría que estudiar.

Asentí viéndome tentada a hacerlo. Vamos, no estudiar para los exámenes y sacar el mejor promedio sonaba muy tentador, pero dudaba de que Felix pudiera hacer tal cosa. Parecía más el tipo de chico recto y que nunca haría trampa.

Las cuatro miramos en silencio a Sherlyn, esperando su respuesta.

—Si esa persona fuese alguien lleno de misterios o alguien por quien me intereso, le pediría que responda a mis preguntas, sean cuales sean, sin poder negarse durante cierto tiempo. Es una buena forma de conocer a alguien que rechaza la idea de ser conocido. —Fue como si una pelota me golpeará la cabeza. Eso parecía una mejor idea, sin duda; si el Poste llegaba a acceder, podría resolver todos los interrogantes que mi cabeza y yo teníamos sobre él—. Por cierto, Hurón —agregó, apartó sus ojos del celular de una manera lenta y me miró—, creo que tu alocado compañero de piso se sintió mal. Está en la enfermería.

Mi corazón dio un vuelco. Me levanté de la banca sin pensarlo dos veces y emprendí camino hacia la enfermería.

Regalo



Si tuviera que elegir entre la enfermería en mi colegio de Los Ángeles y la de Jackson, respondería que prefiero la última. Tengo malos recuerdos de la primera, sobre todo cuando por culpa de esos proyectos sobre la salud de los niños provocaban que todos (o la mayoría) saliésemos chillando y acariciando nuestros brazos con los ojos rojos al soportar el dolor de las vacunas. Además, el olor a hospital me resultaba fatal. Jackson no se quedaba atrás en cuanto al olor tan característico de los utensilios médicos, tampoco en la decoración. Ambas enfermerías eran similares; paredes blancas, camillas cubiertas por sábanas del mismo color de las paredes, biombos que las separaban, una enfermera que no lo parecía, botiquines de color verde que colgaban en la pared y, por supuesto, el recuerdo a hospital.

Recordar la enfermería de Los Ángeles fue lo primero que hice al poner un pie dentro. La misma sensación inquieta que bailaba en mi estómago fue la que sentí cuando golpeé la puerta y la enfermera me hizo entrar. Había estado antes en la enfermería de Jackson, una vez que me torcí el tobillo al bajar las escaleras. Pero la incertidumbre no estuvo presente en ese momento (esa sensación tan peculiar como la que tienes cuando te van a vacunar), yo la sentí al preguntarme qué había sucedido con Felix.

Saludé a la enfermera Poff y preguntar fue lo siguiente que hice estando una vez adentro.

—¿Eres una compañera? —interrogó la enfermera mientras escribía no sé qué sentada junto al escritorio—. Dijo que no se sentía muy bien y me preguntó si le permitía descansar durante el resto del recreo.

—Y... ¿cómo lucía?

Agudicé mi vista e intenté ver qué escribía la enfermera sobre la hoja. Era una especie de expediente; solo logré divisar «Frederick» de la espantosa caligrafía de la señora Poff. Volví a incorporarme al ver que giraba su cabeza en mi dirección y dejaba de escribir.

—Cansado, pero está bien. Lo obligué a hacer un chequeo en cuanto... —miró de reojo el expediente— en cuanto llegó. Está en la última camilla, por si quieres verlo.

Asentí sin más y caminé hasta dar con el último biombo que ocultaba una cama de sábanas más oscuras que las demás con un cubrecama rojo, sobre el cual estaba Felix con sus ojos cerrados y los audífonos en los oídos. Parecía que se había dormido mirando el techo agrietado de la enfermería; una mano la tenía sobre su vientre y la otra descansaba sobre la cama. Lo examiné un par de segundos más y decidí agacharme a su lado envidiando su perfecto perfil. Estaba pálido, pero eso era muy común en él.

—Poste —lo llamé en voz baja para cerciorarme de si realmente dormía o fingía hacerlo. Volví a llamar; esta vez para saber si me escuchaba.

—Poste con Patas.

Todo indicaba que no.

—Te gané —comencé a canturrear—. Me debes una apuesta y no te salvarás.

Mi desafinado cántico no era muy alto como para que descubriera que estaba a su lado, como un

león que acecha a su presa. Sin embargo, cuando la pegajosa tonada comenzaba a inundarme el espíritu del baile, vi pasar mis diecisiete años de vida en un segundo. El Poste se giró hacia mí hasta quedar de frente. Dejé de respirar y me inmovilicé cual estatua en el parque de la ciudad. Para mi fortuna continuaba durmiendo, hasta se veía tierno. Sus pestañas eran más largas desde mi perspectiva. Podía ver la contrastante cicatriz del rasguño que había desencadenado su hilarante miedo por los gatos. También aprecié las pecas sobre su nariz y bajo los ojos. Canalicé mi respiración para que no saliera igual de agitada, como los apresurados latidos de mi corazón, y en el proceso bajé de sus mejillas hacia sus rojos labios. Lucían tan naturalmente colorados que eran envidiables; yo usaba pintalabios para que tuvieran un color rosado.

De forma inconsciente tragué saliva, lo que bastó para que cerrara mis ojos y sacudiera mi cabeza. Estaba siendo hipnotizada, por lo que decidí volver a mis sentidos y hacer lo que cualquier persona como yo haría: Puse mi peor expresión y lo desperté.

Arrugando sus cejas, Felix abrió sus ojos de manera lenta y pestañeó como si no comprendiera la clase de horror que se presentaba ante él. Me quedó viendo sin decir nada, ni siquiera sus típicas frases despreciando mi humor barato.

—¿No te asusta? —le pregunté deformando aún más mi cara.

Quitó uno de sus audífonos y se sentó sobre la camilla; permanecí agachada alzando la cabeza para mirarlo.

—¿Qué decías? —preguntó. Volví a deformar mi rostro cual máscara de terror.

—Si te asusta.

Mis palabras fueron como si lo descolocaran, trazó una pequeña y casi invisible sonrisa, entonces respondió:

—No estás muy diferente que de costumbre.

—Oh, vamos... —exclamé y me puse de pie—, sé que dentro de tu oscuro y frío corazón te agrado.

—Lo harías si no me fastidiaras todo el tiempo. —Fingí secar una lágrima rebelde del rabillo de mi ojo para luego estirarme al sentir el peso de haber estado agachada durante tanto tiempo—. ¿Qué haces aquí?

—Mi informante secreta me dijo que estabas en la enfermería y... —Bajé la cabeza y comencé a jugar con mis dedos—. Me preocupé.

—Tu preocupación sirvió para arruinar los pocos minutos de sueño que me quedaban, así que... gracias.

Sarcasmo, típico en él. Como odiaba su estúpido y agudo sarcasmo, lo hacía tan natural que no sabía si debía ofenderme o no darle importancia.

—De nada —farfullé optando por la segunda opción. Mi orgullo se estaba fracturando y me pedía a gritos que le respondiera. Apreté mis puños y conté hasta diez.

«Floyd: A noventa por ciento de explotar».

Al volver con el gallinero tuve que dar una detallada explicación sobre mi actitud al salir corriendo hacia la enfermería en cuanto Sherlyn me informó lo de Felix. Sabía que contarle al cuarteto dinámico sobre la enfermedad no le agradaría al Poste cuando se enterase, pero mis amigas lo iban a saber tarde o temprano.

Antes de hacerlo, decidimos saltarnos la clase de Música y escondernos detrás de las gradas,

donde en la clase anterior habíamos estado charlando sobre un *reality show* nuevo en la TV. Compramos algunos suministros en la cafetería y con sonrisas traviesas nos sentamos dejando en el centro las cosas que habíamos comprado. Ya bien instaladas, les hice prometer que lo que contaría sería un secreto que no podrían decirle a nadie y si íbamos a hablar sobre ello, tendría que ser únicamente cuando nadie estuviese cerca. Eli me dio la razón diciendo que hoy en día ni siquiera se podía hablar por celular, siempre alguien espiaba las conversaciones; por eso las cosas de importancia se debían hablar en persona. Después de la promesa les conté qué aquejaba al inexpresivo Felix.

Hice lo mejor que pude, pero hasta a mí me era una completa confusión la enfermedad.

Fabi dejó de lado el vaso leche que estaba tomando y metió su mano dentro del paquete con papas fritas.

—Ahora entiendo por qué se lo ve tan serio y... tranquilo —comentó muy formal, llevando una papa a su boca.

—Exacto —habló su hermana, Nora—. Nunca mueve un dedo.

—A eso lo llamo flojera —objeté—. Nos estamos desviando del tema.

—Me refiero a que no hace ejercicio, cariño —señaló la gemela para luego soltar un bufido—. Me siento mal por él. ¿Tiene tratamiento o cura?

—Algo así.

Sherlyn con sus dedos veloces buscó la enfermedad en Internet y leyó información sobre el tema con sus ojos bien puestos sobre la pantalla de su mejor amigo: su celular.

Asentí dándole la razón.

—Ahora sabemos por qué el profesor Manz no lo llama a correr o hacer ejercicio —dijo Eli, con su mano en la barbilla y achicando sus ojos al ver, entre los escalones, al viejo Manz, profesor de Gimnasia, acercarse a la cancha junto con los estudiantes de tercero—. Todos los profesores deben saberlo.

—Supongo que sí, ellos deben estar advertidos de esas cosas en caso de cualquier emergencia.

Examiné una vez más a los chicos de tercero. Megura charlaba con algunas de sus compañeras mientras su novio iba charlando con Sam. Al final del grupo, Loo caminaba ceñuda a través del campo con sus manos metidas en los bolsillos.

El gallinero y yo tuvimos que bajar la voz para continuar charlando sin que los de tercero nos vieran o correríamos el riesgo de que Manz nos pillara saltándonos las clases. Antes de pasar la hora curioseando sobre los miembros del Club de Voluntarios, volví a recalcarle al cuarteto que no dijera ninguna palabra sobre Felix. A nadie. Gruñendo por mi insistencia, las cuatro respondieron que serían una tumba. El tema sobre el nuevo *reality show* resurgió y descubrimos que espiar a los de tercero no era tan mala idea.

Loo estaba sentada unos escalones más arriba que Sam y aunque no logré ver bien qué hacía, sí pude apreciar lo que efectuaba su tímido compañero.

Sam estaba entretenido leyendo un cómic sobre un superhéroe que nunca había visto en mi vida; la portada tenía la típica tipografía gruesa y rara (con un anaranjado muy llamativo), el fondo era una ciudad a la que le salían destellos rojos y amarillos con muchos signos de exclamación y rayas, en el centro de la portada un hombre musculoso con traje muy similar al de Superman posaba con una mano al aire y el pecho muy inflado. Estaba fascinado leyendo la historieta y en ocasiones repetía en voz alta los diálogos. Después de unos minutos, Loo bajó de las gradas y le arrebató el cómic de las manos, mofándose de él.

Fue en ese instante cuando mi celular vibró dentro del bolsillo de mi abrigo. Era un mensaje del

abuelo, el padre de papá.

«Pasaré a recogerte después de clases», leí.

El abuelo McFly era un empresario de renombre que vivía todo el tiempo fuera de la ciudad. No lo conocí hasta que cumplí cuatro años; lo veía una vez cada tres meses. Describirlo... es complicado, pues cabe en el catálogo de esos sujetos que viven ocupados, hablando por teléfono desde su oficina y que les gusta tener todo bajo control. Oficio y disciplina eran sus palabras favoritas. Nunca supe muy bien qué hacía, pero quería tener a papá trabajando con él. Que papá fuera un escritor de renombre no le agradaba; mucho menos le simpatizó que se casara con una fotógrafa.

Era curioso, parecía que a la mayoría les escandalizaba cuando alguien se quería dedicar a algo que no tuviera que ver con números o Medicina.

A pesar de que parecía ser el tipo de hombre serio y estricto, nunca lo fue conmigo; supongo que le agradaba tener a una nieta inquieta que le preguntaba hasta el porqué del color de su corbata. Además, descubrí que no era el viejo cascarrabias y con mala actitud que papá decía. Siempre que lo veía esbozaba una enorme sonrisa y extendía sus brazos para que lo recibiera con caluroso abrazo. Claro, con lo diminuta que era a su lado apenas podía rodearlo, pero él me apretujaba con mucho sentimiento. Siempre me contaba anécdotas divertidas y acababa sentada en su regazo tomando helado y viendo fotos de su difunta mujer, es decir, mi abuela. Papá siempre nos miraba ceñudo, mas no decía nada; siempre creí que le preocupaba que su inflexible padre perdiese los estribos con mis insaciables preguntas.

Nunca fue así.

Ya de adolescente, la situación con el abuelo cambió un poco. Ya no podía sentarme en su regazo, pero nuestra buena relación estaba intacta; además, de vez en cuando, hablábamos por celular para ponernos al día.

Quería pensar que el trato iracundo que tenía hacia papá y tía Ashley se debía al estrés del trabajo, y a la pérdida de la abuela, la cual parecía no poder superar jamás.

Me preguntaba cómo sería la vida si ella nunca se hubiese ido.

Al sonar el timbre para volver a nuestras casas, el gallinero y yo nos dividíamos los quehaceres del nuevo trabajo del electivo de Química. Salimos de Jackson y bajamos las escaleras de la entrada principal; todos parecían sumamente animados ese miércoles. Del otro lado de la calle un Mercedes Benz negro estaba aparcado junto a la acera, tenía una de sus ventanillas bajadas y de ella se asomaba un hombre de cabello cano, muy pálido, con los ojos grisáceos y bien uniformado.

Era el abuelo.

—Me dicen qué debo hacer yo, chicas. —Me despedí del cuarteto dinámico agitando mi mano mientras procuraba no caer al bajar las escaleras—. ¡No me dejen el trabajo difícil! —les grité una vez abajo.

Se echaron a reír con malicia, cuestión que me hizo querer retroceder el tiempo y omitir lo último que había dicho. Después de mucho tiempo con ellas, todavía no aprendía que darle sugerencias al gallinero era una pésima idea, pues siempre resultaban mal para mí.

Crucé la calle ensanchando aún más la sonrisa que tenía al ver al abuelo. Él abrió la puerta del coche y se hizo a un lado para que pudiese entrar. Una vez que cerré la puerta y el chofer accionó el seguro, le di un abrazo al abuelo, que no tardó en responder.

—Mira qué grande estás —me dijo al separarnos; acarició mi mejilla y agregó—. Cada día te pareces más a tu abuela.

—Gracias, *abu*. ¿Cuándo llegaste a la ciudad?

El abuelo le hizo una seña al chofer y este encendió el auto.

—A la mañana —respondió luego de un suspiro—. Solo estoy de paso.

—¿Mucho trabajo? —Lo miré un instante; lucía cansado, con sus ojos muy apagados.

—Mucho. ¿Cómo estás? ¿Qué tal va el colegio?

Yo también resoplé y apoyé de lleno la espalda en el asiento. Al parecer, mi gesto exasperado le causaba gracia, pues hizo un sonido muy similar al que alguien hacía cuando pretendía carcajearse.

—Bien, todo bien. Pasa lo de siempre, tareas, problemas amorosos y... —Me detuve antes de hablar del Poste—. Bueno, lo que pasa en la adolescencia. Lo típico.

—Tu padre mencionó que tienen nuevos... huéspedes.

—Sí, se están quedando por un tiempo. —Carraspeé y me entretuve viendo por la ventana—. ¿Vamos donde siempre?

Nos bajamos frente al restaurante Vaccarotti. El abuelo siempre fue aficionado a la comida italiana y le encantaba pronunciar lo del menú detrás de la cartilla. Creo que no sabía que lo que decía en voz baja siempre era en un tono audible. Verle ese lado ingenuo era muy tierno viniendo de un hombre que imponía respeto solo con presentarse.

El anciano recepcionista saludó al abuelo apenas entramos y, como si fuésemos clientes habituales, nos llevó a una mesa que daba al patio del restaurante. Ambos pedimos pasta y en unos minutos de espera, el plato era servido en la mesa.

—¿Has pensado qué harás? —me preguntó el abuelo mientras el camarero llenaba su copa con vino tinto, junto al plato recién servido.

—¿Con qué?

—Tu futuro, lo que piensas estudiar.

Odiaba que ese tema saliera a la luz.

—No sé, no me gusta hablar de eso.

—Es tu último año, Floyd —objetó con tono serio y profundo.

Lo miré un momento deteniéndome en sus ojos. Era la misma mirada que me daba papá cuando decía alguna mala palabra en la mesa. Después de todo, en el físico no eran muy diferentes.

—Lo sé. —Fruqué el ceño—. Pero no me decido. Digamos que estoy en el dilema que todo estudiante (o la mayoría) pasa alguna vez.

Sonrió agitando con delicadeza la copa con vino y observando su color.

—Yo necesito que alguien buena con los números ayude en mi empresa. —Alzó una ceja, mirándome sugerente.

—Ay, *abu*. —Me eché a reír y descubrí, por un sutil gesto por parte del abuelo, que cubría mi boca—. Definitivamente, quieres hacer un imperio familiar con tu empresa.

—Busco dejar mi legado y qué mejor que hacerlo con la familia —se defendió—. Solo piénsalo.

Negué con la cabeza aplanando mis labios para no volver a sonreír. Enrollé los fideos en el tenedor y me los eché a la boca. Luego de tragar con dificultad, volví a hablar:

—Has insistido mucho en el tema —le dije, tomando mi vaso con jugo natural de durazno—; primero con papá, luego tía Ashley y ahora conmigo.

—Ese es mi lema: nunca renuncies. —Me guiñó un ojo y le dio un sorbo a la copa. Parecía que

el sabor del vino estaba más amargo que de costumbre, porque juntó los labios e hizo un gesto bien parecido al que hace un bebé cuando le dan a probar limón. Omití la carcajada—. Por cierto —añadió—, tengo algunos obsequios que no pude darles en Navidad.

—Eso pasó hace más de un mes.

—Soy un hombre ocupado. Están en el auto; cuando te lleve de regreso a casa, te los entrego.

Después de despedirme del abuelo, entré a casa y fui recibida por Cutro. Chillé mi tan conocido «ya llegué» y fue tía Michi quien me recibió. Me ayudó a llevar el regalo que el abuelo había comprado para mamá. Ya en la sala, cogí los regalos de mamá y papá para dejarlos en su habitación, sobre la cama.

Llevaba el mío hacia mi cuarto cuando mi celular vibró. Era una nueva actualización de Synapses.

Alcé una ceja y miré desde el largo pasillo hacia la habitación de Felix, que estaba con la puerta entreabierta, y un halo de luz desde el interior contrastaba con la del pasillo. Entré a mi habitación, me senté al pie de la cama y abrí el regalo de Navidad del abuelo.

Era un diario de vida, uno muy particular. Tenía aspecto antiguo, parecía usado. Estaba envuelto en un paño rosado de seda. Cuando lo quité, descubrí que era el diario de la abuela. Mi corazón dio un vuelco y no hice más que atesorarlo con fuerza entre mis brazos.

Fue en ese momento que otra vez vibró mi celular; esta vez era una notificación que rezaba: «Synapses dedicó *En las fauces del lobo* – Somos tú y yo contra el mundo a neurona-anónima».

Salté del suelo y me puse de pie. Apresuradamente entré al cuarto de Felix y lo encontré recostado sobre su cama, con el celular en sus manos.

Synapses



—¡Todo este tiempo fuiste tú!

La mirada de Felix se apartó de la pantalla del celular para clavarse en mí. Caminé hasta la cama y me detuve cuando mis rodillas chocaron con ella. El Poste, tan serio como de costumbre, alzó una ceja, me observó y volvió al celular.

—¿De qué hablas?

—¡De que eres Synapses! Que me mentiste antes.

—No soy Synapses.

Negó, otra vez. Lo hizo de forma pausada como si controlara su colérico estado para que no saliera a la luz. Me abalancé sobre la cama para quitarle el celular. Quizás era una acción muy impulsiva para alguien que solía mostrarse tan calmada como yo, pero debía hacerlo, era la única forma de comprobar que no mentía. Sin embargo, apenas mi pecho se arrastró sobre la cama, mi cabeza dio de frente con la almohada. Cual felino (probablemente haciendo honor a su gatuno nombre), Felix se levantó antes de poder tocarle siquiera un dedo.

—Estás demente —dijo en un tono displicente.

Alcé mi cabeza para mirarlo entre mi alborotado cabello y volví a abalanzarme en busca del celular. Un ágil Felix volvió a moverse. Comenzaba a ser una práctica muy bizarra: él era el torero y yo, el toro.

Di con la silla junto al escritorio y, antes de estrellarme, logré aferrarme al respaldo. En el momento me giré hacia el Poste, quien retrataba una sonrisa ladina mientras movía su celular a un costado, jactándose de mis inútiles intentos por obtenerlo. No sé si me ofendí porque se mofaba de mis penosos ensayos o porque lo hacía de mi aspecto de loca. No le di mucha importancia y traté nuevamente. Con mucha habilidad se hizo a un lado y fue entonces que me lancé a la vida en busca del bendito celular.

«La tercera es la vencida», eso es lo que todo el mundo dice y, para mi fortuna, funcionó. El celular estaba en mi diestra, la cual empuñaba con fuerza.

Pero la situación no podía ser tan simple. Claro que no, pues un impulso tan atolondrado y torpe tuvo su consecuencia.

Apenas descubrí que el celular estaba en mi mano, sonreí evitando un gran y victorioso «ja» en contra de mi contrincante. En ese instante, ese minúsculo momento en que mi respiración se contrajo y respiré hondo, caí en la penosa realidad. Mi pecho chocó con el de Felix. Mis piernas estaban a su costado, acorralándolo. Estaba encima de él, los roles se habían invertido y todo indicaba que jugaba a montar al toro mecánico. Sentí el olor a champú —el mismo que debíamos compartir— que se mezclaba con un extraño, pero muy agradable aroma. Apoyé mi otra mano sobre la cama para levantarme un poco y verlo.

Mala idea.

Eso no hizo más que revolucionar mi sistema motor y las funciones de mi cerebro; no podía apartarme o formar palabra alguna. Debió ser por el encuentro tan íntimo que se dio en esa

centésima de segundo o tal vez, para mi enorme sorpresa, porque el inexpresivo chico estaba sonrojado.

Quise que me tragara la tierra, o bien, que un extraterrestre de los que tanto hablaba Eli apareciera y me hiciera polvo con su láser.

Pensé en lo más razonable.

De algo me servía Cutro, y es que ver al minino y espantarlo de vez en cuando me hizo adoptar su habilidad para dar saltos inspirados gracias al susto del momento. Eso mismo hice yo. Cabe decir que, a esas alturas, ver a Felix sonrojado hizo que yo también lo hiciera; ambos seríamos los próximos tomates parlantes. Digno de una película.

—Lo s-siento —balbuceé, encogiéndome como una flor que se marchita con lentitud.

El hijo de los Frederick blanqueó los ojos como respuesta y se sentó en la cama. Rápido volví en mí y giré la cabeza hacia el celular, mas este terminó en el alfombrado piso de lo inquieta que estaba. Felix lo recogió. De pie, junto a mí, colocó el celular en su espalda y permaneció recto.

—No soy Synapses —repitió más calmado y sin ese dejo pedante.

—¿Entonces cómo sabe de mi existencia? No fue hasta ahora que me dedicó un capítulo en tanto todo el tiempo en que lo seguí nunca pareció notar mis comentarios... ¡Ni siquiera los respondía!

Terminé mi argumento dando un exasperado bufido. Felix hizo una mueca, tecleó algo en la pantalla del celular y me enseñó una conversación por mensajes de la página. Ni siquiera me interesé en los mensajes anteriores; mis ojos y mi cerebro lo único que captaron fueron las penúltimas palabras enviadas.

Felix

¿Podrías dedicarle un capítulo a una persona? Su usuario es neurona-anonima.

Sin

Okey. ¡Pero tú me tendrás que dedicar uno también!

Bloqueó la pantalla antes de poder leer más y tiró el celular a la cama.

—Solo influí en tu dedicatoria, pequeño Hurón.

Mi reacción tardía me permitió sobresaltarme y chillar del gozo en ese instante. Synapses me había dedicado un capítulo después de mucho tiempo acechándolo en la página y siguiendo todo lo que escribía. De la pura emoción me abalancé sobre Felix, esta vez para apretujarlo como a uno de mis peluches.

—Gracias, gracias, ¡gracias!

Lo miré con una sonrisa que iba de una oreja a la otra, contraria a la expresión que llevaba el Poste. Zafó uno de mis brazos y con su dedo índice, como si tocara algo pegajosamente asqueroso, tocó mi frente y presionó, lo que generó que todo mi cuerpo se apartara y, al final, lo soltara.

—Ahora que eres una persona consciente y sabes que no soy tu «ídolo» —hizo comillas—, ¿puedes dejarme leer la actualización? —preguntó. Me desinflé cual globo; por un instante había me había olvidado de la reacia personalidad de Felix—. En paz y soledad —añadió.

—No. —Mi cortante respuesta pareció sorprenderlo—. Tú y yo tenemos algo pendiente, ¿recuerdas? Me debes algo. Ni hagas tal de creer que te dejaré salir invicto de mi flamante victoria.

Masticó mis palabras.

—Te escucho.

¡Vaya yo creí que pondría más resistencia. Me comenzaba a agradar ese Felix sumiso.

—Esto será algo así como un juego de preguntas; yo pregunto y tú respondes. Responderás con la verdad y a todo lo que te pregunte.

—Si quieres conocerme mejor, puedes hacerme un cuestionario escrito, McFly; no me molestaré.

Enrojecí.

—Es curiosidad —amonesté.

—Bien, señorita Curiosidad —imitó mi tono cantarín tan serio como una piedra. Se volvió a recostar en la cama y tomó su celular—. Pero antes una cosa: el número de preguntas será de dieciocho.

—¿Solo dieciocho?! —exclamé—. ¡De ser así mejor te pedía decirme las respuestas en los exámenes!

—Te quedan diecisiete.

Me mostré muy indignada. Debía suponer que Felix saldría con algo así para arruinar mis maliciosos planes que constaban en preguntas para conocer los oscuros secretos que el inexpresivo guardaba.

—No, no, no. Que sean veinte y la que hice por el asombro no cuenta.

El Poste gruñó en medio de lo que parecía ser un impaciente suspiro, luego asintió con lentitud con sus ojos cerrados para asimilar el mar de preguntas que pretendía hacerle. En contra de lo que probablemente pensaba, yo todavía no sabía qué preguntas le haría. Sabía que con veinte preguntas tenía que ponerme seria y sacar información confidencial de su parte.

—Primera pregunta: ¿Cuál es tu usuario de Wattpad?

—Mi usuario es *BrainStorm*, la *o* reemplázala por una *x*. Te quedan dieciséis.

Antes de recriminarle, la curiosidad se apoderó de mí y las ansias hicieron que regresara a mi habitación y tomara mi celular para buscar el usuario de Felix.

No tardé en encontrarlo; fue el primer usuario que apareció en las «opciones de búsqueda». Además, tenía una particular imagen caricaturesca de Edgar Allan Poe. Sin poner reparos, entré a su perfil y me encontré con una enorme sorpresa: Felix tenía más de doscientos mil seguidores. Mi asombro no se quedó allí. Es evidente que alguien de esa fama dentro de la comunidad naranja necesitaba tener una novela conocida y el Poste inexpresivo la tenía. Su novela se llamaba *Cómo enamorar a Emily*; tenía más de cincuenta y cuatro millones de lecturas, más de un millón de votos y comentarios, con lo que podría armar una casa.

No podía entenderlo, ni siquiera podía asimilar cómo un sujeto como él podía escribir sobre romance y tener tantas lecturas. ¿Cómo?! Era inconcebible. ¿Acaso había usado *hacks*? Debía ser eso, porque de otro modo no me cabía en la cabeza que ese ser alto, callado y que vivía bajo el mismo techo que yo pudiera escribir algo incluso más famoso que Synapses.

Inspiré hondo e intenté calmar mis pensamientos arrebatados y faltos de cordura. Entonces, como si se tratara de un delito garrafal, miré hacia los lados y seguí su cuenta. Minutos después, un mensaje de WhatsApp me llegó. Era Felix, me había enviado un pantallazo con la notificación que decía: «neurona-anonima te siguió».

Realmente era él.

Yo

Voy a leer tu novela.

Felix

¡Oh, cielos! Neurona Anónima leerá mi historia. ¡Es todo un honor! Me siento halagado.

Allí estaba otra vez, el sarcasmo tan afilado.

Yo

¿Te estás burlando de mí? Ya perdiste a un lector, Chami. ☹

Felix

Te quedan quince preguntas.

Sonreí de manera inconsciente. En realidad, él no iba a mostrarse ante mí como alguien «normal», porque su forma de humor era demasiado ingeniosa o eso pensé en ese instante. Antes de disponerme a trasnochar leyendo la novela de *BrainStxrm* (ya conocido como Felix «Poste con Patas» Frederick) decidí retomar la lectura del diario de la abuela.

La portada era de un género rosado y tenía pegada una planta marchita con cinta adhesiva blanca. En el interior, las hojas no eran blancas; sus bordes comenzaban a teñirse de un color marrón; estaban tiesas, junto con todo el diario en sí. Era difícil mantenerlo abierto y desprendía ese particular aroma a libro antiguo. La primera página tenía una fotografía pegada de la abuela cuando era una adolescente. La segunda hoja tenía escrita una dedicatoria.

Hola, nieta.

Es probable que creas que este diario debería pertenecerle a mi hija y no haberle pedido a Tim que se lo entregara a mi primera nieta. Puede sonar egoísta, pero mi hija, Ashley, ya me conoce y mientras tengo las fuerzas y no me falte la voz, le inculcaré todos los valores que pueda. Confío en que los practique en el futuro. Pero a ti no podré conocerte, por lo que decidí que este precioso diario de vida sea de tu pertenencia. Estoy enferma y moriré pronto, tendré que dejar a mis seres queridos y mi recuerdo permanecerá solo en la memoria de mis conocidos y en fotografías. Nunca podremos hablar, ni tener contacto, tampoco podré aconsejarte o cocinarte mi exquisita comida (sin sonar arrogante, eh). La realidad es dura.

Con este diario espero dejarte una pequeña enseñanza y, además, lograr que me conozcas. Quiero ser tu aliada, aunque no esté a tu lado.

Soy Jessica McFly, tu abuela

Mi corazón se estrujó. La función del diario no era solo que yo escribiera y leyera situaciones que la abuela había atravesado; cada tanta página había un consejo o desafío que tomar. Nunca hablé con la abuela, tampoco escuché su voz, pero de manera inexplicable era como si la oyera a través del diario.

Al día siguiente (además de recibir la fatídica noticia de que mi parte del trabajo para el electivo de Química sería la peor), mamá me informó que la próxima semana sería el Día D. O algo así. Resulta que el ortodoncista consiguió apartar una hora para mí, lo que se resumía en Floyd McFly con *brackets*, encías inflamadas y dientes apretados.

Aún recuerdo a la perfección ese instante en que el dentista me miró y dijo que ya estaba todo listo. ¡Qué pesadilla!

—¿Por qué no vas a verte en el espejo? —me sugirió aquella vez la asistente del dentista con una sonrisa luego de quitarse la mascarilla.

Asentí a regañadientes caminando hacia el espejo de cuerpo entero a un costado de la habitación. Mi boca era plana, no quería abrirla siquiera. Pasé mi lengua sobre mis dientes, y descubrí los intervalos y el delgado fierro que iba de muela a muela.

—Ay, Dios... —musité viendo el fierro oscuro bajo mis labios.

Finalmente, frente al espejo, desplegué una sonrisa tan falsa como la de los protagonistas de

comerciales de Coca-Cola. Allí estaban los frenillos del demonio que le decían adiós a la goma de mascar y hola a los múltiples cepillos dentales que se requerían para limpiar mis dientes enlatados. Tener que acostumbrarme a ellos resultó un fastidio enorme.

De regreso al presente, con mis dientes que me dolían por la sesión, mi estado anímico era tan depresivo que ni siquiera me motivaba leer la historia de Felix. Ese fin de semana me parecía el más gris de todos, incluso peor que cuando Wladimir rompió conmigo.

Estaba tirada en el sofá dejando que Cutro jugara con mis dedos cuando el serio rostro de Felix se mostró ante mis ojos.

—Necesito tu ayuda —dijo sin más y eso bastó para que mis ánimos volvieran.

Ancianos



Felix me arrastró sin decir nada más hacia el paradero, mientras yo, a mis espaldas, dejaba un rastro de «¿a dónde vamos?», «¿en qué tendré que ayudarte?», «¿piensas estar callado todo el camino?». No sé cuál de los dos era más persistente, si yo con mi tan reconocida curiosidad, o él con su expresión de «no te diré nada hasta que lleguemos». Como era de esperar de mi inexpresivo compañero, no dijo nada. Además de ser alguien muy callado, no sucumbía a la tentación de contarme nada. Era una tumba. Mis chantajes y sobornos eran tan inservibles como el patito de hule en la bañera.

Al acercarse el bus, Felix lo hizo parar y, con un movimiento de cabeza, me sugirió que subiera. Arrugué toda mi cara antes de acceder. Podía haberme detenido por un momento a meditar qué clase de ayuda requería el Poste. No pude, la curiosidad corría por mis venas, así también como la adrenalina, por lo que no lo pensé demasiado y me subí.

—¿A dónde vamos? —le pregunté por última vez. Suponía que me ignoraría como las anteriores veces, pero no lo hizo. Me miró altivo; su cabeza estaba relativamente inclinada hacia atrás, pues la apoyaba sobre el asiento. Su marcada barbilla se podía apreciar con más detalle, incluso lograba ver su tatuaje que se estiraba desde un extremo por su posición.

—A un lugar —respondió cerrando los ojos y cruzándose de brazos.

—Oh, eso responde todas mis dudas existenciales.

Ignoró mi sarcástico comentario y cerró sus ojos, se removió dentro de su asiento, luego se cruzó de brazos. Apreté mis dientes ¡y me dolió horrible! Omití hablar, el dolor me superaba. Ah, pero esto no impidió despotricar de forma mental.

«Me piden ayuda y no sé en qué ayudaré. Quizás el inexpresivo a mi lado intenta hacer un ritual y me quiere usar como sacrificio... Esto me pasa por andar de curiosa. Claro, si el Poste no hubiera pedido mi ayuda seguiría en el sofá mirando el techo con Cutro lamiendo mis dedos». Reflexioné un segundo y olí mis dedos; un olor a sardinas se había impregnado en ellos y me provocó una arcada. «Espero que antes del ritual me laven porque no quiero morir oliendo así».

Suspiré, apoyando mi cabeza en la ventana. Afuera la calle lucía normal, los autos transitaban, por lo que decidí jugar a contarlos, como solía hacer con Lena.

Luego de setenta y ocho autos rojos, y cuarenta y cinco blancos, Felix se levantó de su asiento y prosiguió a tocar el timbre para que el bus parara.

—Aquí nos bajamos —me informó.

Entre la duda y la tentación, bajé los escalones hasta que me estiré una vez en tierra. Felix se metió las manos en los bolsillos de su abrigo marrón y comenzó a caminar por la acera. No tardé en hacer lo mismo hasta posicionarme a su lado.

La calle estaba poblada de árboles a los costados que hacían del camino una especie de sendero mágico, sacado de alguna fantasía. Una brisa agradable corría e inspiré hondo para oler el sutil aroma a pasto mojado que llegaba. Ya casi no andaban autos, las personas que caminaban desde nuestra acera y la otra tenían un aspecto tranquilo.

Al llegar al final de la calle, Felix dobló hacia la izquierda. Por consiguiente, hice lo mismo y descubrí por fin hacia dónde nos dirigíamos.

Una estructura blanca de dos pisos se presentó ante nosotros, tenía un enorme jardín lleno de flores. En el centro del antejardín, un camino de cemento guiaba hasta la entrada de la estructura; una puerta de vidrio corrediza electrónica; por encima un cartel blanco rezaba «Hogar Greenburns». Más abajo, una frase decía: «La familia nunca envejece».

Era un asilo de ancianos.

Mi ampolleta invisible se iluminó; entonces dentro de todos mis recuerdos, hice un esfuerzo para buscar en la sección donde mi curiosidad había causado más desasosiegos. Di con la lista. En ella estaba inscrito «visitar un hogar de ancianos».

Mi corazón se estrujó. Como él lo había dicho, estaba intentando cumplir la lista y me sentí sumamente feliz de que me escogiera a mí como su ayuda. Después de todo, era nuevo en la ciudad y no conocía a muchas personas como para pedirle su ayuda.

Se detuvo justo frente a la puerta y esperó que se abriera. Entramos sin más preámbulos y nos dirigimos a la recepción (que era como una especie de caseta o boletería). Una mujer pelirroja le sonrió al Poste cuando nos vio de pie desde el otro lado de la barra.

—Al fin llegaste —le dijo y, con la misma sonrisa, me miró—. Trajiste a alguien más.

¡Genial!

Como ya podía imaginarlo, Felix solo respondía con ademanes. La mujer se levantó de la silla y abrió la puerta, noté que vestía un traje de enfermera. Se acomodó el uniforme y cerró la puerta de la recepción con una llave que guardó dentro de su bolsillo.

—Vengan —nos animó con su sonrisa, sacudiendo su mano—. Los ancianos ahora están comiendo, luego jugarán a la lotería. Pueden ayudar a la otra visita a ordenar las cosas.

—¿Alguien más vino? —pregunté en lugar de Felix, pues él también lucía algo desorientado.

—Siempre viene. A los ancianos les encanta y disfrutan mucho de su compañía.

La seguimos por la sala principal que lucía igual al cuarto de estar de nana, mi abuela materna. Había dos sofás que miraban hacia una pequeña mesa rectangular de madera que se encontraba en el centro; un mantel tejido a mano de color blanco reposaba bajo un florero con lirios rosas. El piso era de cerámico oscuro y despedía ese particular aroma a cera. La pared estaba llena de cuadros con fotografías de los ancianos en blanco y negro; sus nombres impresos estaban al final de la fotografía puestos en la esquina derecha.

«Los años pasan, pero algunas cosas siempre guardan ese toque antiguo», pensé.

Cruzamos una puerta doble de color marrón que nos enseñó un pasillo largo y lleno de habitaciones. Una música muy relajante se escuchaba de fondo. Cuanto más nos adentrábamos por el pasillo, más se intensificaban las risas y los acordes de una guitarra. Ya al final dimos con otra sala; era más amplia que la anterior, llena de sillas plásticas, sofás enormes, una televisión de plasma que colgaba de un pilar y una alfombra. El calor se acentuaba mucho más; la calefacción debía ser más alta para los ancianos.

—Es por acá —señaló la enfermera, entrando por un arco hacia una habitación pintada de verde que lucía como el comedor de Jackson, pues estaba llena largas mesas con asientos plásticos. Al final de la sala, una pizarra con la palabra *bingo* escrita en mayúscula. En una de las mesas, los cartones con números estaban desordenados. Había una bolsa llena de porotos y otra bolsa estaba llena de fichas—. Qué extraño... —susurró la enfermera—. ¿Dónde se habrá metido?

—¿Quién es la otra persona que vino, señorita...?

La enfermera se echó a reír antes de que acabara mi pregunta.

—Llámenme Jollie. Dejé de ser una «señorita» hace mucho —agregó, enseñando su anillo de matrimonio en su dedo.

Tras la respuesta, una pegajosa melodía fue tarareada. Felix lanzó un suspiro exasperado y apartó sus ojos de la entrada.

—¡Floyd, Felix! —exclamó Joseff al finalizar la canción de Batman—. ¿Qué hacen aquí?

—Larga historia —se aprontó a decir el recién nombrado, cargando más de lo habitual sus palabras.

—Ya veo... ¡Bueno!, más es mejor.

Se acercó a Jollie y ambos se colocaron a platicar en un tono algo confidente. No pude saber de qué hablaban; mis sentidos se escondieron al notar que el Poste con Patas me cubría los labios con su mano. Tensé mis hombros y me quedé estática hasta que la apartó, probablemente para que no mencionara lo de la lista.

—Los dejo; tengo que ocuparme de la entrada —dijo la enfermera, haciendo una seña como despedida.

Un «adiós» muy alargado salió de Joseff, quien, cual niño pequeño, le regresó la seña con su mano alzada y moviéndola de un lado a otro.

—¿Vienes seguido? —le pregunté a mi compañero de asiento—. No me lo habías dicho.

—Cuando puedo —respondió—. Lo hago desde mucho tiempo; ya soy toda una celebridad acá.

Ambos nos echamos a reír. Felix no hizo más que sentarse en una de las sillas. Lucía como un supervisor, observando y estudiando cada uno de nuestros movimientos para culparnos de algún error. Colocar los cartones en las mesas no era muy complicado, a decir verdad, pero su señoría arrogante e inexpresiva no tenía intenciones de ayudarnos. O hacer algo.

Cuando casi terminábamos de colocar los cartones, los ancianos comenzaron a llegar. Respiré hondo y exhalé el aire con algo de nerviosismo. Creo que nunca vi a tantos ancianos en mi vida, ni siquiera en la iglesia. Todos ellos eran de alturas diferentes; algunos mucho más arrugados que otros. Eran treinta y cuatro ancianos; diecinueve mujeres y quince hombres. Dos de ellos usaban sillas de ruedas; otros andaban con bastones.

No miento al decir que al ver a Joseff sus rostros se iluminaban y lo saludaban. Más de un beso en la mejilla y un apretón de manos se llevó el Chico Batman. Él los saludaba a cada uno por su nombre.

Una vez que todos estuvieron sentados, se percataron de una niña de cabello castaño y un chico sentado como si fuera uno más de ellos. Me sentí como una boba saludando con mi mano.

—Ella es Floyd y él es Felix, son amigos de colegio —nos presentó Joseff, una vez que estuvo frente a la pizarra.

Comencé a mecarme. Uno de los profesores en primaria dijo que ese gesto consistía en una forma de relajarme, pues simulaba el movimiento de la cuna cuando era bebé. Entendí que me tornaba nerviosa en ese momento y que necesitaba expulsar todo ese drama para ayudar a Joseff. Me envolví en su misma misión: hacer que aquellos ancianos tuvieran una buena e inolvidable tarde.

Jugar al bingo con los ancianos fue más extenso de lo que esperaba. Debíamos repetir más de cinco veces los números de las fichas que salían al azar desde la bolsa. No faltaba el anciano que no lograba escuchar bien, y con su voz áspera y entrecortada nos pedía repetirlo. Una vez que lo repetíamos, otro saltaba preguntando si habíamos dicho otro número o era el mismo.

Nunca ansié tanto una botella con agua en la vida (claro, exceptuando las veces que tenía que correr en Gimnasia) como aquella tarde. Mi boca estaba seca, pero las enormes sonrisas de los

mayores compensaban el trabajo. Muchos lanzaban chistes que competían con los míos. Todos se reían. Incluso noté que el Poste mantuvo esa casi imperceptible sonrisa ladina. No obstante, casi al final de la última ronda, se retiró de la sala a no sé dónde. Supuse que la anciana a su lado, quien parecía tener mucho interés en él, había matado su paciencia. Ella era mucho peor que yo; le hablaba un montón, no paraba de agarrarle las mejillas, sonreír como una adolescente enamorada y preguntarle qué número habíamos dictado.

Tras el bingo, llegó la hora del baile. Nos contagiaron el espíritu animal interior de todos los ancianos. Una música rocanrolera los sedujo y todos se encaminaron como pudieron hacia un sitio más grande donde el sonido resonaba mucho más fuerte, aunque no lo suficiente como para ser molesto.

Entre risas, todos los ancianos —incluso los que estaban en silla de ruedas— se pusieron a bailar. Joseff también bailaba; una señora regordeta le intentaba seguir los extraños pasos de baile.

Felix no tardó en llegar al sitio donde nos encontrábamos, tomó una silla y se sentó al otro extremo de la sala. Enseguida la anciana que tanto le hablaba en el bingo se acercó para sacarlo a bailar. No pude evitar carcajearme internamente al verlo arrastrar sus pies siguiendo a su compañera de baile. Está de más decir que tanto Felix como Joseff no tenían idea de cómo se bailaba la música que resonaba por los parlantes, pero a los ancianos les daba tanta gracia como a mí verlos seguir el ritmo.

Me fue muy intrigante saber de dónde sacaban tanto espíritu aquellas personas mayores. Ellos eran conscientes de que en cualquier momento podrían dejar el mundo o que sus familias se olvidarían de ellos. Sabían que, en cierto grado, sus problemas eran irrelevantes para sus propias familias... sin embargo, allí estaban, canturreando y bailando, disfrutando de la vida. Tenían sus propios problemas y sabían sobrellevarlos; los enfrentaban con una sonrisa muy dulce. Los años no pasaban en vano para ellos, sino que gozaban de cada segundo.

«¿De qué sirve vivir quejándose todo el tiempo?», pensé.

Yo había pasado todo el día en un estado paupérrimo por unos insignificantes frenillos cuando otras personas estaban peor que yo; muchos en ese momento estaban venciendo sus miedos, poniendo la otra mejilla, diciéndole al mundo que podían levantarse. Debía ser agradecida por lo que tenía y por lo que aprendería.

Una mano que esperaba ser atendida interrumpió mi reflexión. Un anciano con una boina marrón y los pantalones que le empezaban casi en el pecho se presentó ante mis ojos.

—¿Me permite esta pieza de baile? —preguntó.

Era obvio que no iba a rechazar su petición, así que en un par de segundos me vi bailando tan ridículamente como Joseff y Felix.

Era similar al baile de graduación.

En ocasiones, los chicos y yo nos topábamos. Joseff, como buen cómplice, cada vez que nos encontrábamos me señalaba al progenitor de mis malos chistes para que nos riéramos de su amarga expresión. El amigo de Synapses estaba al borde del colapso mental mientras la anciana con quien bailaba lo llevaba de un lado al otro haciendo movimientos y carcajeándose con sus amigas.

No podía librarse de ella y no lo hizo hasta que paró la música.

Llegó el momento en que el baile tenía agotada a la mayoría, incluso a la regordeta mujer que había bailado con Joseff. Tudor, el anciano que me había sacado a bailar, también me dijo que estaba cansado, así que volví a mi asiento. Pero Felix y su enérgica pareja todavía estaban en la

pista, desparramando pasos tan extravagantes como los nuevos géneros musicales. Jollie les indicó que era la hora de tomar sus medicamentos, lo que pareció ilusionar más a los abuelos. La canción que sonaba se fue apagando cada vez más hasta quedar en nada. Felix y la anciana quedaron solos en la pista y cuando menos lo esperaba el Cuervo inexpresivo, ella lo agarró por las mejillas y plantó un beso muy rápido sobre sus labios. O así pareció desde mi perspectiva y la de Joseff, quien chilló de la impresión para luego echarse a reír a voz alzada, como si el pobre Felix no estuviese presente.

—¡Lorraine! —exclamó Jollie, después de que la anciana (y muy astuta mujer) le robara el beso.

Lorraine no hizo más que imitar a Joseff y luego limpió los labios de un petrificado Felix. La carcajada de la mujer se me pegó y no pude evitar reírme de la situación. Pero una mirada fulminante por parte de la mismísima víctima hizo que aplanara mis labios y fingiera demencia.

Al terminar la tarde, los ancianos volvieron a sus habitaciones. Eran las 20:34 de la noche. Bajamos en la parada más próxima a nuestra casa, la que nos dejó recorrer nuestro tan rutinario camino por el parque. Joseff iba tarareando la canción de Batman, Felix escuchaba música con sus manos en los bolsillos y yo caminaba intentando no pisar las rayas del pavimento.

—La próxima semana será tarde de karaoke, ¿van a ir?

El Chico Batman estaba muy animado, quizás más que de costumbre. Miró a Felix. Al no obtener respuesta de su parte, me miró a mí. Me encogí de hombros sin saber qué contestar. Yo había ido al asilo arrastrada por el mismo e inexpresivo Poste.

—No sé... podría ser —respondí.

—¡Genial! —gritó. Se volvió de nuevo hacia el Poste, esperando su respuesta. Nada. Felix estaba metido en su mundo. Joseff optó por chasquear la lengua y mirar el camino restante. No quedaba mucho para que nos despidiéramos—. El beso que le dio Lorraine lo dejó loquito, en el sentido romántico de la palabra.

Me reí con mofa y con muchas ganas. Golpeé el brazo del fanático de los héroes y hablé:

—Jamás permitas que olvide eso.

—Lo anotaré apenas llegue a mi casa. —Guiñó su ojo—. Hubiera sido genial fotografiarlo.

—Apuesto a que él haría todo lo posible para conseguir esa fotografía y eliminarla de la tierra. —Lo medité unos segundos y noté que estaba en un completo y desastroso error al decir eso—. No —decliné—, de la galaxia entera.

—Fue mucho mejor que el primero.

La voz de mi conciencia no era tan profunda y tampoco diría algo así. Felix habló por sí solo y, para colmo, diciendo que su primer beso había sido malo. Con solo recordar ese instante, tan corto y decisivo, mis mejillas se encendieron. La tensión en mi cuerpo se alzó como una marejada.

—O-oye, no hagas comparaciones —le sugerí, esquivando la mirada de ambos chicos. Me encogí de hombros, como una forma de ocultar mi cabeza (o, mejor dicho, ocultarme del mundo), pero fue en vano—. Además... ese beso lo diste tú.

—¿Ustedes dos se besaron? —preguntó Joseff, con una mano en la barbilla—. Eso no me lo esperaba.

—No. —Negué rotundamente con mi cabeza—. A «eso» no se lo puede llamar beso. Un beso real es como el de las telenovelas.

Joseff alzó sus cejas con sorpresa y esbozó una sonrisa ladeada.

—Habló la voz de la experiencia —bromeó. Se detuvo dos pasos más adelante y nos hizo una seña militar—. Bueno, aquí los dejo. Nos vemos en Jackson.

—Adiós, Jo —me despedí, calmando los aires para que mi rostro no fuese una cereza—.

Cuidado en el camino.

—Cuidado, ustedes —advirtió colocando la expresión más insinuante que vi jamás—. Si no me invitan a la boda, me enojaré y no querrán verme molesto.

Cubrí mis mejillas de manera instintiva y luego le enseñé en todo su esplendor el dedo corazón.

Felix y yo continuamos nuestro camino de regreso a casa. Ya no faltaba mucho cuando decidí abrir su boca y escupir más desaires que me pondrían los pelos de punta. No era para más, siempre hacia lo mismo. Yo iba caminando tranquila y cuando menos lo esperaba, comenzaba a hablar. Esos sustos repentinos hacían mi corazón más susceptible a que lanzara algún grito.

Fue sorprendente que, a pesar de casi haberme hecho encima, no grité.

—¿Estás diciendo que no di mi primer beso?

Su pregunta hizo que se me descolocara la quijada.

—Ese tema quedó muchos pasos atrás y, técnicamente, fue «un beso de patitos». —Felix alzó una ceja sin comprender a qué me refería. Estiré mis labios y lo miré—. Ya sabes, uno así: solo estirar los labios y tocarlos.

—Entonces taché lo de la lista en vano —musitó más para sí mismo.

Asentí dándole la razón mientras divisaba mi casa a la distancia. Ya no quedaba mucho, mas no quería llegar. Era una noche perfecta.

—Hurón —me llamó Felix. Giré mi cabeza esperando oírlo, pero todo lo que obtuve fue un repentino acercamiento que me hizo detener el paso. Su mano estaba sobre mi hombro y sus ojos hacían contacto con los míos y sus labios... casi rozándome. Contuve la respiración de la impresión y estuve expectante a cualquiera de sus movimientos—. El segundo beso fue mejor.

La sangre me hirvió y de la ira contenida emergieron deseos garrafales por abofetearlo. Me detuve a pocos centímetros de hacerlo.

Si el muchacho quería fastidiar con el beso, también podía fastidiarlo con uno.

Lo agarré por el abrigo con ambas manos, ya que Felix se había inclinado hacia atrás al notar que pretendía abofetearlo, así que, con rudeza pura, volví a acercarlo a mí. Mi intención no era besarle, sino fingir que lo haría.

Pero el tiro salió por la culata. Una figura autoritaria y muy familiar apareció fugazmente por el rabillo de mi ojo. De forma lenta, Felix y yo volvimos nuestras cabezas en dirección a la figura que nos observaba.

—Hola, papá.

Estábamos perdidos.

Historia



Existía una palabra para describir las sonrisas de papá cuando estaba molesto: tétrica. Tuve la oportunidad de verla en varias ocasiones, como cuando le presenté a Wladimir (posiblemente, esta fue la causante para que nunca más quisiera visitar mi casa). Me recordaba mucho a las sonrisas de los payasos en el circo, aunque claro, sin el maquillaje tan característico, razón por la que les perdí el interés a las entretenciones. Pero ninguna de sus tan macabras sonrisas se comparaba con la que hizo aquella noche.

Encontrar a papá, el Gran Mika, de pie y que observaba cómo su hija osaba agarrar al hijo de su mejor amigo, no podía ser la mejor de las imágenes. Siempre parecía molestarle y la idea de que su única heredera tuviera ojos para otros no le era grato. Jamás confesó que fuesen esos tan característicos celos paternos, aunque lo fuesen. O eso decía mamá.

El enorme problema de este asunto era que él no podía hacer más que sonreír y tratar de forma despectiva a todos mis pretendientes; sin embargo, la situación se complicaba con Felix, un chico que vivía bajo nuestro mismo techo. Podía ser muy extremista en ocasiones, quizás hasta correrlos de nuestra casa si era necesario y, como su característica era ser impredecible, creí que esa sería su opción óptima si de mantener a su hija «pura» se trataba.

Me negué a que eso tuviese una mínima posibilidad de ocurrir:

1. Porque sería demasiado cruel.
2. Porque yo tendría la culpa. Cargar con la culpa no era nada agradable.

Decidí hacer lo correcto; también usar un poco de mi ingenio y talento innato para la actuación.

Para excusar mi cercanía con el Poste inexpresivo comencé a soplar su rostro, con toda la fuerza que mis pulmones me permitieron en ese instante, acentuando el aire en su ojo izquierdo, que era el más visible desde la perspectiva de papá.

—Tiene una pestaña —le dije, liberando de manera lenta al chico de mi agarre; en cuestión de segundos (alrededor de unos dos) la sinfonía de mis inigualables «hip» terminaron delatándome de la tan simplona mentira.

La mueca de papá se anchó.

Me fui todo el camino restante a la casa suplicando que no corriera a los Frederick, ya que era mi culpa el habernos pillado así, por querer fastidiar a Felix. El susodicho inexpresivo, al que tenía no solo como compañero de piso sino también como compañero de colegio, no dijo nada. Tampoco parecía estar asustado o preocupado. En verdad, no sabía qué pensaba y su rostro no delataba ningún signo de importarle el asunto.

Su gesto de desinterés total hacia la existencia humana no se vio fracturado ni siquiera cuando mi querido (y celoso) padre tuvo la descabellada idea de reunir a las dos familias en el comedor; cada uno estaba sentado en las sillas y reposando sus brazos sobre la enorme mesa de color caoba.

«Invoco a todos los extraterrestres y hombres topos para que me saquen de aquí», pensé en el

fatídico momento en que se revelaron los motivos de la improvisada reunión.

Aunque papá tiene su prestigio como escritor y siempre gozó de una analítica envidiable, su conclusión fue tal cual había temido: creía que Felix y yo éramos algo.

—Nuestros hijos están saliendo —informó a los demás, en un tono tan serio que los demás no dudaron de sus palabras.

Tía Michi fue la primera en abrir su boca y exclamar un «oh».

—Vaya... fue más pronto de lo que esperaba —comentó mamá, dibujando una sonrisa traviesa y guiñándome uno de sus verdosos ojos.

—Es un malentendido —aclaré.

En verdad, parecía que cuanto más me defendía, más empeoraba las cosas. Deseaba poder tener la personalidad necesaria y bromear al respecto, pero dada la persona con la que creían que estaba saliendo, era nada más que un Poste inexpresivo del cual no tenía idea si la situación le molestaba o agradaba, pues... todo se fue por la borda, sobre todo con mis movimientos de cejas y sugerencias silenciosas para alentar a Felix a que aclarara el problema.

—Oh... —volvió a exclamar tía Michi— hasta se hacen gestos. ¡Qué lindos!

—¿Crees que deberíamos darle la misma charla que nos dio tu madre para mi cumpleaños? —le preguntó tío Chase; ambos comenzaron a partirse de la risa.

Me hice una explícita idea sobre a qué se refería con «charla». Enrojecí entre la rabia y la vergüenza de mi penosa situación.

—No estamos saliendo —insistí.

La controversia continuó con comentarios entre nuestros padres por un rato y hubiera durado más de no ser por ese silencioso involucrado que finalmente decidió hablar.

—No estoy interesando en ella —confesó, mirando hacia un punto fijo de la mesa— y ella tampoco en mí.

Alzó su cabeza y me miró por un momento. La discusión que trazaban nuestros padres cesó con sus serias palabras. Lo agradecí desde el fondo de mi alma; aun así mi Floyd explosiva no podía dejar pasar toda la paciencia que tuvo que aguantar. Estaba a un pelo de querer masacrar a la mitad del planeta.

Subí a mi cuarto y ahogué un grito en mi almohada. Esto bastó para volver a mis cabales; después de todo, la tarde no había resultado nada mal.

Decidí meterme a navegar por Wattpad y leer nuevos comentarios sobre mi historia. No tardé en dar, en las noticias de la plataforma, con una nueva actualización de BrainStxrm, es decir, Felix.

Busqué el índice de capítulos y comencé a leer desde el inicio.

Cómo enamorar a Emily relataba la peculiar historia de amor de Malak Ivanok, un hombre que era juzgado por haber matado a más de veinte personas, todas a petición de su amada Emily, con la inocente idea de poder enamorarla si hacía lo que ella pedía. Desde su primer capítulo dejaba entrever las intenciones de la chica y el ciego amor del protagonista, quien estaba dispuesto a todo por su amada. Todo. De hecho, creía que la categoría de romance era errónea para la temática y narrativa que se leía. De una complejidad muy intrigante y por el oscuro ambiente en que te sumergía, todo indicaba que estaba leyendo los expedientes de un maniático asesino, obsesionado con una chica.

Me pregunté en qué se había inspirado Felix para escribirla, pero decidí preguntárselo a él mismo.

—En nuestra relación —me respondió con su tono monótono. Como quedé descolocada y no le vi sentido, insistí en que saciara mi duda. Suspiró con desgano y continuó explicando—. De niño

tenía que hacer todo lo que me pedías, sin importar lo peligroso o ridículo que fuese. La diferencia es que nunca me pediste matar y que yo no cumplía lo que pedías por amor, sino para que me dejaras en paz.

Pobre, así de traumatizado lo tenía.

Nuestro querido y muy estimable lunes llegó inesperado y revolviendo en mi estómago la amargura que todos sienten tras escuchar la melodía del despertador. Siempre la odié, por lo que, para no darle el gusto a los variados tonos que mi celular traía para hacer más armonioso mi despertar, continuaba durmiendo hasta que mamá o papá golpeaban mi puerta. A veces gozaba de unos cuantos minutos más, aunque la locura del lunes siempre me los arruinaba.

Esperamos el bus escolar como de costumbre; el Poste y yo no intercambiamos muchas palabras, tampoco salió el tema sobre nuestro pequeño percance de vuelta a casa. Solo hablamos de los motivos por los que mi malhumor estaba latente. Y era que, además de ser lunes, me había quedado leyendo la historia de Felix hasta la madrugada, todo para quedar al día.

Mis ojeras de mapache no quedaron indiferentes para nadie, mucho menos para el gallinero. Nora, Fabiola y Eli insistieron en preguntar qué rayos había hecho, porque no bastaba con verme desdeñosa, sino que mi maquillaje era un desastre. Después de muchos «cuéntanos» que decían entre amenazas, no quedó otra que relatarles la causa de mi desvelada.

Decidimos escondernos bajo las gradas en la hora del almuerzo. Allí les conté sobre la cuenta de Felix procurando ser una lectora más.

—Parece una novela de misterio y crimen, no de romance —comentó Sherlyn.

—Le gusta Poe —comentó Eli—, ¿qué esperaban? ¿Que tratara sobre *Teletubbies*?

«Los artistas están locos, Felix no es la excepción al parecer», pensé en ese dicho que tanto usaba para mis padres.

—Escuchen esto —habló Fabi con sus ojos sobre la pantalla de su celular y agitando su mano libre para llamar nuestra atención. Nos acercamos a ella e intentamos leer; entonces citó una de las frases más memorables de la historia—: «Quizás besarte se convierta en una de mis adicciones».

—¡Tan ardiente...! —exclamó su gemela, Nora; luego se dirigió a mí—. ¿Estás segura de que él lo escribe?

Me encogí de hombros y le di una cucharada al postre comprado en el casino del colegio.

—Supongo.

Era extraño, muy extraño. ¿Cómo Felix podía escribir de forma tan maravillosa si no había experimentado el amor? Ni siquiera había dado su primer beso. Era todo un novato en aquellos temas; sin embargo, lograba hacer revolotear millones de corazones con unas palabras por parte de su protagonista, Malak. Hablando de él, todo lo que sufría por obtener al menos una sonrisa de su amada me provocaba querer entrar a la historia y decirle: «¡Ella no te merece; yo estoy aquí!». Lastimosamente para mi corazón y deseo, solo venía de una lectora más y a menos que el gobierno hubiera aprobado la descabellada idea de la científica loca que salió en los noticieros hacía un par de años, no podía entrar al mundo de las historias.

—¿Habrás tenido un romance como la historia? Sin tanta sangre y problemas, claro.

Mi pregunta salió disparada de mis labios, sin percatarme. Agrandé mis ojos con sorpresa apenas terminé la frase y cubrí mis labios. Las miradas suspicaces de las cuatro chicas causaron

el vivaz color rojo de mis mejillas. Sus coordinadas cejas comenzaron un baile en sus frentes y no bastó excusa alguna para que dejaran de fastidiarme, así que cedí a sus suposiciones y emparejamientos con el inexpresivo Felix.

—¿Celosa, Hurón? —preguntó Nora.

—No, solo es una pregunta curiosa, nada más.

—¿Por qué niegas lo inevitable? —le siguió Eli—. Pronto él y tú tendrán algo; está escrito en los sacramentos aztecas.

Fruncí el ceño; hacía mucho tiempo que Eli no creaba comentarios así.

—¿Querías ser la primera en su corazón? —Fue el turno de Sherlyn, quien había dejado a su mejor amigo a un costado para beber de la botella con agua que a todas nos habían dado en el casino de Jackson.

—¿Tú también, Lyn? —dramaticé—. Me pierdes...

—Tranquila, Hurón. —Fabiola me dio dos palmadas en el hombro. Apenas quise girarme a verla; debía de tener la misma expresión pícara de su hermana—. Recuerda que ustedes están predestinados. Tú eres el chocolate y él la menta.

—¿Qué quieren que les diga? —les pregunté al borde del histerismo—. ¿Que él y yo fuimos hechos para estar juntos desde mucho tiempo atrás?

Resoplé con aspereza arrugando las cejas y toda mi frente. Estaba molesta, pero no duró mucho mi enojo. Joseff apareció detrás de las gradas con una tímida sonrisa que no le pertenecía, pues resultaba poco auténtica y forzada. Todo indicaba que algo no iba bien.

No mentiré al decir que mi primer pensamiento tuvo como protagonista al Poste; una parte de mí se sentía responsable de él tras enterarme de su enfermedad.

No estaba muy equivocada.

—¿Podemos hablar unos minutos? —me preguntó. Le hizo una seña a Sherlyn cuando me ponía de pie. Una de las gallinas acomodó la parte de atrás de mi vestido, acción que agradecí sin girarme.

Al llegar junto a Jo, me vi arrastrada hacia un rincón mucho más apartado del campo de entrenamiento.

—¿Qué pasó? Jo, me asustas.

—No sé si ya lo sabías... o algo, pero... —Se agarró la cabeza—. Necesito que seas mi compañera.

—¿Compañera de qué?

La sonrisa tímida de Joseff se amplió hasta el punto de enseñar todos sus dientes.

—¿Travesuras?

—Ya me metí en problemas antes; estar en el club es consecuencia de ello.

El Chico Batman hizo un puchero.

—Por favor...

No tenía idea de que Joseff pudiera arrugar su frente hasta el extremo de crear cinco líneas; tampoco que sus cejas se torcieran tanto. No había dudas, ponía su mejor cara para solicitar mi ayuda, así que no me quedó otra que ablandar más mi corazón y aceptar.

Contención



Nunca fui alguien problemática, sino todo lo contrario... Bueno, de niña solía meterme en algún que otro problema en compañía de Felix o con otros niños. O en la escuela. ¡Pero porque, de alguna manera extraña, los problemas venían a mí! Así es, señores, ellos me buscaban, no yo a ellos. Algunos lo llaman mala suerte; creo que es el karma que quería vengarse de mi padre, pues en su tiempo no fue la mejor de las personas, más bien un adolescente caprichoso que miraba desdeñosamente a todos. Eso explicaría muchas cosas que me ocurrían: como mi mala suerte con los chicos, soportar todos los emparejamientos que mis amigas me hacían, alucinar con un escritor famoso de Internet que casi no conocía de mi existencia a pesar de ser su fiel seguidora, tener que ver a mi ex devorarse con otra chica en mis narices todas las mañanas en el bus escolar y ser arrastrada por mi compañero de asiento con complejo de Batman hacia no sé dónde.

Debí haberme imaginado que Joseff Martin no tenía buenas intenciones una vez que se presentó detrás de las gradas, por lo nervioso que se mostró.

Caminaba de regreso a los pasillos de Jackson con el paso apresurado y mirando la hora en su celular. Yo lo seguía detrás sin poder imaginar qué tramaba. Era Jo después de todo; sus pensamientos y palabras traspasaban la frontera de lo inimaginable. Luego de unos metros, por fin pude seguirle el paso y posicionarme a su lado. Noté que continuaba nervioso, algo distante de pensamiento, ensimismado en llevar a cabo su «travesura». Ya cuando el pasillo comenzó a serme familiar, reuní fuerza y lo detuve, agarrándolo de su abrigo marrón.

—¿Vas a decirme en qué te metiste... o nos meterás?

Logré divisar a unos doce pasos la puerta del director.

—No es nada grave —confesó con indiferencia, volviéndose en dirección a la puerta—. Además, ¿qué es la vida sin riesgos?

Me vi desinstalando una bomba en la oficina del director. Sí, quizás pensar en «riesgos» fue exagerado en ese sentido, pero insisto: se trataba de Joseff, el adolescente al que echaron de su colegio por ayudar al prójimo.

—Espera, espera. —Mis manos se movieron hacia todos lados, intentado disipar mis absurdos pensamientos sobre bombas, rescates en avión y directores robotizados—. ¿Qué pretendes hacer?

—Perdí algo importante y lo tiene el director en su oficina.

Reí solo con escuchar su respuesta.

—Y quieres que yo entre. Dios, Joseff, ¿tan importante es?

—Sí, demasiado.

Sus ojos pardos y su cara llena de lunares lo hacían ver extremadamente tierno, como un cachorro callejero que gime pidiendo un hogar. Aunque no me fue difícil ver a Joseff con orejas de perro y gimoteando, sí lo fue lanzar un resoplido cargado de resignación, accediendo a su descabellado plan.

—¿Cómo pretendes que entre?

Sus cejas se alzaron y sus comisuras se elevaron de una manera magistral, dibujando una

sonrisa. Entonces, respondió:

—Ya pensé en eso.

Metió su mano en el bolsillo derecho de su abrigo y sacó una llave dorada.

—¿La robaste? —Me espanté.

—Se le llama «tomar prestado» y es una copia —aclaró, enfatizando las dos últimas palabras—. La regresaré al terminar esto.

Debí haber perdido un tornillo para aceptar la locura que Joseff había planeado, supongo que logró contagiarme de su espíritu aventurero y carisma inigualable. Además, lo había dicho en un principio: ¿qué era la vida sin riesgos? Vivir todo el tiempo bajo la comodidad nos volvía personas conformistas, que se rendían con facilidad y sin méritos. Si quería tener una gran historia para contarles a mis nietos, debía ser esta.

—Bien. ¿Cuál es el plan? ¿Qué debo recuperar exactamente?

Señaló hacia la puerta de madera pintada con barniz oscuro y con una enorme placa con la inscripción «Oficina del director» en letras gruesas y negras. El aspecto me recordó a la «clínica» de un viejo dentista al que visitaba de niña. Irónico, ambos sitios despedían un escalofrío terrorífico. El rostro solemne de Joseff me causó inquietud; estaba firme, serio y no mostraba una pizca de arrepentimiento. Sabía lo que hacía. Eso me inspiró confianza y enderecé mi espalda apretando los puños para calmar lo agitado que se encontraba mi corazón.

—Debes recuperar una hoja. Está arrugada y doblada en dos, tiene la forma de un cuadrado. No es difícil distinguirla. —¿Una hoja? La lista de Felix se me vino a la cabeza—. Para eso, me aseguraré de que nadie esté cerca del perímetro. —Ya hablaba como un soldado—. Seré la distracción.

—¿Harás lo que estoy pensando? —pregunté bajando mi cabeza hacia sus piernas. En efecto, Joseff Martin traía puesto su disfraz—. Van a suspenderte, castigarte y serás...

Me señaló con su índice, lo que provocó que ahogara mis palabras.

—Entonces haz que valga la pena. Recupera la hoja por mí.

—Lo haré.

Joseff Martin murió de indignación.

Bien, no bromearé con ese tipo de cosas. En mi defensa debo confesar que creí que ese sería su resultado al verlo marcharse con su traje de Batman, corriendo por el pasillo sin ninguna clase de pudor, metido en el papel del Caballero de la Noche. Antes de su partida (muy escandalosa, por cierto) se quitó el abrigo marrón y me lo entregó para que lo cuidase. Luego de prepararse, tanto de manera física como mental, se dirigió a la oficina del director, abrió la puerta, escupió un par de palabras incomprensibles para mi estado anonadado y salió hecho un cohete humano hacia el casino del colegio.

Después de que todo el espectáculo acabó, oí rumores de que se había subido a una mesa a bailar y, aunque eran rumores, siempre los creí ciertos.

Me coloqué el abrigo de Jo. Estaba tibio y tenía un sutil aroma a perfume que no lograba percibirse a mayor distancia. De acuerdo con lo planeado, el director saldría a buscar a Joseff; entonces yo entraría a la oficina a buscar la hoja.

Todo era una locura. ¿Qué iba a pasar si confundía la hoja con otra? ¿Y si la había guardado bajo llave? ¿Qué pasaría si me pillaban *infraganti*? Iba a meterme en la oficina del director; algo así no iba a castigarse yendo a otro club o ayudando a los auxiliares. No. Si me descubrían, tendría que decirle adiós a Jackson.

Me derrumbé mentalmente.

El director Manson salió de su oficina a las 15:00. Cerró la puerta con pestillo y se marchó por el pasillo hacia el casino. A las 15:01 ni su secretaria, ni ningún profesor o estudiante merodeaban por el sector. Era mi momento. Cubrí mi cabeza con la capucha del abrigo marrón del Chico Batman y supliqué al cielo que mis acciones venideras no trajeran una repercusión grave para mi vida.

Entonces entré.

Recordaba a la perfección el interior desde aquel lunes por la mañana cuando mi garrafal error al escribirle una nota a Wladimir como venganza conllevó una citación, en la que creí que había ganado la expulsión de mi vida, hecho que no fue así gracias a las influencias de papá y su labia para convencer a las personas.

Me vi envuelta en la rara sensación de adrenalina de hacer algo incorrecto, pero gustoso, que se balanceaba en el límite de la culpabilidad. Amasé mis manos sin saber por dónde comenzar a buscar. Resoplé dando vueltas, temerosa de tocar algún objeto y que se rompiera. Traté de tranquilizarme y di el primer paso hacia el escritorio. Estaba hecho un desorden, con hojas desparramadas por doquier y el *laptop* encima de ellas.

Revolví las hojas procurando no dejarlas con algún pliegue que me delatase o culpabilizara al director; en su mayoría, los papeles importantes suelen estar, por norma moral, estirados y sin ninguna doblez.

Nada. No encontré nada.

Según la precaria descripción de mi compañero, el papel estaba arrugado y doblado en dos. Era inevitable que mi mente creara la imagen de la lista del Poste una vez más, así que, teniéndola como ejemplo, buscaba la hoja, pero era complicado con tantos papeles y bajo la presión de que en cualquier momento mi intromisión sería descubierta.

«¿Qué va a pasar si mis huellas dactilares quedan impresas y el director Manson nota que alguien estuvo allí, entonces nos pide a todos dejar una muestra y soy descubierta?», pensaba.

Mi imaginación viajaba más allá de la Vía Láctea, sin mencionar mi temor.

—Vamos, Hurón, presta atención.

Darme ánimos en una situación así fue lo más provechoso. Levanté el teclado del computador para ver qué papeles ocultaba. Aquella acción salvó minutos de mi existencia. La hoja doblada estaba allí. La agarré y procuré dejar todo en completo orden. Di tres cortos y rápidos saltos con la hoja enseñándola al cielo como triunfo previo y me volví hacia la puerta.

Cantar victoria en terreno enemigo no quería decir que salieras vivo de ahí; eso lo entendí al ver cómo se giraba el pomo de la puerta.

Mi pecho se comprimió hasta el dolor. Dejé de contaminar el oxígeno por una milésima de segundo. No entiendo cómo pasó, pero la adrenalina hizo que no meditara acciones previas o posibles formas de escape. Todo lo que hice fue ocultarme bajo el escritorio de director.

El corazón me andaba a mil latidos por segundo, era una locomotora desenfrenada. Metí mi cabeza entre el hueco de mi pecho y mis piernas. Quise desaparecer, escapar del mundo, convertirme en una hormiga si era posible. Yo, Floyd McFly, quería dejar de lado mi inconfundible apodo de Hurón por Célula, para no ser descubierta.

Lamentablemente, la suerte no siempre podía estar de mi lado, ni siquiera haciendo un enorme favor. El silencio delató la estadía de alguien más a mi lado. Elevé mi cabeza y la giré al notar de reojo una figura difusa. Al instante, sofoqué un grito y una fría mano ayudó para ello.

—No respires. No grites. No hables. Y no hagas preguntas.

Felix Frederick se encontraba a mi lado, agachado y tan serio como de costumbre. Una vez

seguro de que no gritaría, bajó su mano.

—¿Qué haces aquí?

No hubo respuesta más que un movimiento con su mano. Asimilé qué era lo que quería cuando desde mis ojos bajó su vista hacia el abrigo marrón de Joseff y luego a mis manos con la hoja. Como lo había sospechado desde el comienzo: la hoja era de Felix.

Insistió una vez más para que le entregara la hoja, mas la acción fue interrumpida por el singular sonido de la puerta que se abría de par en par. La voz gruesa y áspera del director resonó en la oficina y se vio opacada por la de Joseff. Me petrifiqué una vez más a sabiendas de que ya nada podría salvarme. O mejor dicho salvarnos. Felix también se escondió bajo el escritorio, rodeándome con sus largas piernas, mientras yo estaba encogida en mi sitio, abrazando las mías. El pálido chico hizo un gesto para que guardara silencio, al que respondí asintiendo.

No presté atención a la discusión entre Manson y Joseff; tampoco volví a hacer surgir la idea de qué pasaría si nos descubrían. Rompiendo una vez más la distancia con el Poste, pensé en su historia y en todas las cosas que el protagonista hacía por Emily, poniéndose en riesgo para ayudarla y enamorarla.

«¿Se puso en riesgo para salvar la lista o para salvarme a mí?», cuestioné.

Descarté lo segundo. Felix no habría arriesgado su trasero por la causante de que blanqueara sus ojos todas las mañanas esperando el autobús a Jackson. Definitivamente, no.

En la intimidad de nuestro encuentro silencioso bajo un estrecho escritorio, nuestros ojos volvieron a encontrarse. Él esperaba no ser descubierto y yo me preocupaba por no bajar mis ojos, como si se tratara de una competencia.

Felix fue el primero en romper el contacto visual, apartando la mirada de regreso al abrigo de Joseff. Torció su sonrisa a un lado detonando una arrogancia tan vasta que me recordó a todos esos chicos malos en los libros y películas que volvían locas a las chicas. Enamorarte del chico malo era peligroso, pero enamorarte de un escritor... Eso era suicidio y yo iba camino a mi muerte si continuaba observándolo. Sacudí la cabeza y le hice entrega de la hoja.

Una nueva huida por parte del Chico Batman hizo que el director saliera en su búsqueda y nos dejara en libertad para salir de nuestro sitio. Agradecí al cielo al no ver a nadie dentro de la oficina.

—Vámonos antes de que entre alguien —sugerí, cuestión que estaba de más. Sin embargo, aún estaba inquieta. Caminé hacia la puerta y agarré el pomo.

—McFly —pronunció Felix.

Me giré hacia el hijo de los Frederick y me sonrojé imaginando el espectáculo que debía estarle enseñando gracias a la manía de mi vestido por levantarse.

—N-no mires —chillé, acomodando la parte trasera de mi vestido.

—McFly —insistió cargando la voz. Guardó silencio y negó con la cabeza—. Olvidalo...

Jo se ganó una hermosa citación a su apoderado. Mientras todos los demás chicos se marchaban a sus casas, Felix y yo estuvimos a su lado esperando la llegada de su padre. Me explicó qué había sucedido para cometer tal estupidez. A Felix, en la hora de almuerzo se le había caído la lista y él la había recogido, pero cuando lo hizo, el director lo descubrió en actitud sospechosa. De forma errónea, creyó que aquella lista era algo así como una carta suicida y la requisó. Como su deber moral era devolverla, hizo todo ese absurdo plan que salió relativamente bien. También

contó por qué llevaba su traje a todos lados. Felix solo era un apoyo moral que escuchaba música sin prestarnos atención, así que aproveché la instancia para hablar con más seriedad.

—¿Todo este tiempo lo supiste? ¿Lo de Felix?

—Puedo reconocer a una persona enferma con verla. Mi madre siempre fue alguien enfermiza, hasta que un día no pudo seguir con su lucha. Todos los domingos por la mañana vamos a dejarle flores a su tumba.

—Joseff... Yo no sabía, lo siento mucho.

Eso explicaba los motivos de su compra en la florería.

—¿Por qué lo sientes? —interrogó—. ¿Por perderla? Es un tema complicado, pero superado. Además de ser un superhéroe no declarado (y reconocido), soy de los que tienen la convicción de que las personas nunca nos dejan, ellas mueren cuando se las olvida y yo nunca podría olvidarla.

Sonreí con ternura; oírlo era un deleite a veces, incluso cuando traía su traje de Batman.

—Eso es muy lindo.

—Lo sé. —Asintió,ladeó un tanto su cabeza hacia el final del pasillo. Su padre se dirigía hacia nosotros—. Ahora, si me lo permites, debo prepararme mentalmente para la regañada del año. —Joseff se acomodó en su puesto—. Aquí entre nosotros —continuó confidente—, antes de dejar este mundo, mamá le dejó como herencia a papá su chancla. Si mañana no aparezco, es porque mi trasero será como el de un mandril.

Dándole una sonrisa culposa, nos despedimos.

Felix y yo volvíamos a casa como de costumbre, él escuchando música, y yo divagando y observando a las personas del parque. A veces daba saltos de los que luego me arrepentía al sucumbir ante la mirada burlona del Cuervo. Fue en uno de mis tantos tropiezos que necesité ayuda extra para no dar de lleno contra las baldosas.

—Gracias —le dije en tono bajo, acompañándolo con un ademán.

Pero Felix no me soltó, tampoco parecía dispuesto a hacerlo. Su mirada fría se posó en mí y no supe qué hacer.

—¿Ocurre algo? —Mi voz salió algo quebrada, temerosa. Y vaya que sí ocurría...

—Creo que me gustas —pronunció.

El mundo se volvió mudo. No, el mundo se había vuelto loco y, como una buena demente más, me eché a reír esperando que fuese una tonta broma en la que debía caer, pero no ocurrió. Poco a poco me callé.

—¿Qué?

—Lo que oíste.

Continuó caminando. Lo seguí un paso más atrás.

—¿Cómo es posible eso? ¿Cómo podría gustarte? ¿Yo? ¿La niña a la que llamas loca y miras feo en el desayuno? —Me detuve como si hubiese chocado con algo—. Ya entiendo... ¡Es una cámara oculta! ¿Dónde está? ¿Para qué programa es? ¿Volvieron las bromas por YouTube?

Mi mar de preguntas se vio afectada por el tono de llamada del celular de Felix.

—¿Es el director del programa?

No lo era. Su madre iba camino al hospital; un nuevo y chillón miembro de la familia estaba por llegar.

Carlotte



Un golpe en mi frente hizo que despertara sobresaltada, sin discernir dónde me encontraba y con un dolor parecido a quemarse los dedos en la cocina. Froté la zona dolorida mientras la cabeza me volteaba en todas las direcciones para encontrar consuelo de mi inconsciencia y vergüenza ante aquel golpe. Por un breve instante el corazón me dio un vuelco; creí que estaba en la sala de clases y que me había dormido escuchando a la profesora Mittler.

Otro segundo: juré que era arrastrada hacia ningún sitio por sujetos desconocidos, pues la ventana a mi lado estaba empañada y no lograba ver el exterior con claridad. Finalmente, cuando mis pensamientos buscaron otra alternativa menos fantásica y más central, me percaté de que, sentado a mi lado, Felix Frederick me observaba cual psiquiatra a su trastornado paciente. No era la sala de clases, no era un auto con secuestradores, íbamos de camino al hospital por el nacimiento de su hermanita.

Noté que Felix elevaba una ceja para luego negar con su cabeza. Seguro mi reacción le había parecido de lo más ridícula. Existía una enorme probabilidad de que me sentenciara como una demente o esquizofrénica. Eso último tenía más coherencia, porque es una enfermedad sin cura, como la estupidez. O la torpeza. Solo había caído en las tentadoras redes de Morfeo y desperté porque cabeceaba con el vaivén del bus. Nada más.

Inspiré hondo y lento, sintiendo la maraña de ansiedades alojada en mi estómago por la conmoción del parto. Aquel día podría haber sido el más agitado de mi existencia. Exhalé con pesadez el aire de mis pulmones tras siete segundos de contenerlo. El sonoro resoplido contrastó con el difuso ruido del motor del bus y los casi inaudibles murmullos de pasajeros.

Jugué con mis dedos, escribí mi nombre y dibujé un corazón en la ventana; minutos después, borré todo rastro de mi existencia al pasar el antebrazo para que el vaho me dejase ver el exterior sin problemas. Me moví en mi asiento unas diez veces, zapateé al ritmo de una pegajosa canción que se oía por los parlantes del bus. Volví a mirar por la ventana. Comencé a palpar con la yema de mi índice mis *brackets*. Estaba más aburrida que un moco en una pared. El Poste con Patas no hablaba la mayor parte del tiempo; escuchaba música e ignoraba a la vida.

Comencé a examinar cada curvatura de su envidiable perfil recordando lo bueno que era para descubrirme observándolo. No exhibía ningún síntoma de nerviosismo o ansiedad. Estaba como de costumbre. Tan serio. Tan él.

Se giró para mirarme con altivez.

—¿Qué es lo que sientes? —le pregunté anchando una sonrisa. Luego recordé lo que había dicho antes de que nos enterásemos de todo y tuve la enorme necesidad de aclararme—. So-sobre tu hermanita.

Arrugó su barbilla y ladeó un tanto su cabeza con desinterés.

—Espero que no sea chillona.

—Vas a tener que aprender a cambiar pañales, preparar biberones, cantarle cuando esté estrenando sus pulmones...

Imaginarlo como hermano mayor era digno de una fotografía que debía ser enmarcada y colgada en la sala. Ya podía imaginarme a la pequeña tomando sus cosas sin permiso o tironeándole el cabello. Todo eso de Felix como niño se vislumbraba muy cómico. Al menos en mi cabeza.

—No te creas con el derecho de imaginarme haciendo de hermano mayor.

—Demasiado tarde.

Rodó sus ojos en otra dirección con impaciencia. Sus gestos bordes ya me eran todos familiares; mis charlas matutinas lo aburrían. De hecho, todo lo que hacía le aburría o parecía absurdo, inmaduro y de mal gusto. ¿Cómo podía gustarle? Debía ser parte de un juego, o bien, la lista. Yo fui la primera en ofrecerse para ayudarlo con ella. Fui yo la que, de alguna manera, lo obligó a continuarla. No era que le gustara en realidad, sino que seguía al pie de la letra lo que en ella decía. Era relativamente nuevo en la ciudad, nunca lo vi hablando con chicas, solo hablaba con un par de chicos y Joseff, la candidata más eficiente para consumir su «Declarar mis sentimientos» era yo. No existía motivo alguno para desesperarse por una confesión sin trasfondo. Pero ¿y si en verdad le gustaba? No podía quedarme con la duda.

Al bajar frente a la parada del hospital, corrimos hacia la recepción esperando que alguien atendiera a un par de adolescentes que, ante los ojos de muchos, no tenían razón o motivo para estar allí. Muchas de las personas se colaron para hacer sus preguntas, mientras yo intentaba consultar dónde rayos la madre de Felix estaba dando a luz. El Poste no hacía muchos méritos, estaba más pálido que de costumbre y con los labios aplanados. Pensé que vomitaría en un milisegundo; sin embargo, la aparición de una mujer rubia, algo regordeta y ofuscada, provocó un cambio tan radical en el Poste que me asusté aún más. La mujer andaba con un vestido floreado que le llegaba a las rodillas y un enorme bolso; caminaba con las piernas algo abiertas y tenía una leve cojera; un singular parecido a tía Michi permitió sacar mis propias conclusiones.

Conclusiones que confirmé cuando, desde la entrada, chilló a todo pulmón.

—¡Cariño, *Felixcito*!

Era la abuela. No sé cómo lo hizo, bastó un parpadeo para que estuviera abrazando con sus gelatinosos brazos al inexpresivo Felix, quien estaba demasiado conmocionado para regresárselo.

—¿Qué haces solo? ¿Por qué no estás presenciando el nacimiento de Carlote?

«¿Solo? ¿Hola? Yo también estoy robando oxígeno».

Avasallando todo a su paso, la mujer arremetió contra la barra y comenzó a darle palmadas que llamaron la atención del personal. Sorpresivamente ella logró lo que yo no había podido hacer durante nueve minutos y treinta y cuatro segundos.

—¡Nancy! —la llamó un hombre calvo de chaleco a cuadros que caminaba hacia nosotros—. Nancy, contrólate. Baja la voz. Estamos en el hospital, mujer.

El hombre saludó a Felix con un apretón de manos muy exagerado.

—¡Cállate, este tipo de cosas no se pueden perder! —La mujer estaba al borde del histerismo. Una de las recepcionistas la atendió con la mirada temerosa—. Mi hija está teniendo a mi segundo nieto... ¡Rápido!

—¿Puede decirme su nombre?

—Michelle Wallas... Oh, no, no. Frederick, Michelle Frederick.

La joven recepcionista tecleó sin despegar los ojos de la pantalla del computador. Le informó en qué parte la atendían y dónde debería esperar. Enseguida, comenzamos una extraña persecución

siguiendo a la histérica señora que le gritaba a todo aquel que osaba cruzarse en su camino.

—¿No puedo creer que tengan otro bebé y ni siquiera estén casados por la iglesia!

Exclamó con pasmo dando rápidos pasos. Detrás la seguíamos su marido, y más atrás Felix y yo.

—¿No lo están? —interrogué.

—No —respondió con voz grave el abuelo—. Siempre ocurría algo inesperado y fueron aplazando la boda durante años, hasta que se conformaron con estar casados por el civil.

Me volví hacia Felix. Estaba varios pasos atrás, caminando con lentitud. Nunca me había dicho cómo se sentía respecto al nuevo integrante, mas a juzgar por su rostro contrariado, deduje que estaba nervioso.

A las 19:14 nació una bebé bien parecida a la marca de neumáticos Michelin. A las 19:30 tío Chase la enseñó a través de un vidrio. La pequeña llamada Carlote no paraba de llorar; por suerte, nosotros la mirábamos hacer sus primeras pataletas desde el otro lado, sin escuchar más que los alaridos eufóricos de Nancy, su abuela, que decía: «¡Qué bebé más bonita!» o el típico «Tiene la misma nariz que mi mamá». La situación se puso aún más escandalosa cuando una mujer gorda llamada Molly, la hermana de la abuela de Felix, llegó junto a su hija. Todo era un escándalo con aquellas mujeres hablando de Carlote.

Papá se tomó el tiempo para acompañar a mamá y ver a su nueva «sobrina». Más tarde, tío Jax, amigo de la familia, llamó desde el extranjero exigiendo fotos de la recién nacida e hizo un efusivo comentario sobre lo orgulloso que estaba de que sus «amores» — refiriéndose a papá y tío Chase— crecieran tan rápido, como si no tuviera idea de los cuarenta y pico que llevaban encima, a él incluido.

Antes de que a tía Michi la trasladaran a un cuarto para que durmiera junto a Carlote, tuvimos que estar otro tiempo más en el pasillo. El papá del Poste salió para informarnos sobre el estado de su mujer y la bebita. Todos nos asombramos con el peso de la pequeña y la descripción explícita del parto. Los dos abuelos fueron los primeros en entrar al cuarto. Mientras tanto, nosotros debíamos aguardar.

Fue idea de la abuela que Felix y yo les hiciéramos el favor de comprar algo para alimentar las tripas.

—¿El sentimiento es recíproco?

Una sacudida interna fue lo que sentí al escuchar la inesperada pregunta de Felix.

—¿Cómo?

—¿También te gusto? —aclaró sin pelos en la lengua. No entendía cómo podía actuar tan normal. Ni mucho menos comprender el momento en que evocaba tal pregunta.

—No te pongas arrogante.

Me reí como si estuviera congestionada. Íbamos de regreso al lúgubre pasillo de espera.

—¿Entonces cuál es el motivo por el que te quedas mirándome?

Eso lo hacía seguido. Solo con él. Era extraño y no porque sintiese algo por él, sino que, de alguna forma, mirarlo me llevaba a pensar, divagar y, a veces, cuestionar. Su enigmático aspecto, su tatuaje, su forma de no mostrarme lo que pensaba me tenían con ganas de saber más.

—Curiosidad —respondí esquiva. Recordé su enigmática confesión y mi incógnita sin respuesta —. ¿Lo que dijiste es cierto? ¡No te niegues a responder! ¡Es parte del trato!

—He de preguntar a qué te refieres, pero sé perfectamente a qué. Teniendo en cuenta todas las

preguntas que me hiciste con anterioridad, dimito respuestas.

Mi cara se volvió tan arrugada como la de un anciano.

—¿Te tragaste una obra literaria de la biblioteca o qué?

—Omitiré responder de nuevo; mi pago por la apuesta no corre ya.

Me eché a reír adelantándome unos pasos más y comencé a caminar de espaldas al camino que restaba.

—Las preguntas de asombro no cuentan —objeté—. No respondiste a ninguna, así que la apuesta sigue en pie.

Lució como si amasara mis palabras.

—Bien, pregunta.

Tragué saliva sintiendo una gastritis muy severa. Mi cara se calentó como el café que el mismo Poste traía en sus manos. Lo miré con las cejas bajas queriendo sacar el lado directo e irreverente tan característico de papá.

—¿Realmente fuiste sincero al decir que te gusto?

—Sí.

Seco y sin titubeos.

—¿Cómo es posible? Hace menos de una semana dijiste que no te interesaba.

—Eso era lo que tú esperabas que dijera. Y así lo hice: dije que no me interesas.

Bajé la mirada y le di la espalda, volviendo a caminar como una persona con sus sentidos cuerdos. Indagué dentro de mis recuerdos, me cuestioné su actuar y palabras. Recordé lo cruel que había sido en ocasiones, sus extrañas palabras, su evidente sarcasmo.

—No entiendo... Ya no te creo nada. Todo lo que sale de tu boca es un misterio para mí. No sé si hablas en broma, si lo dices de verdad o si tu sarcasmo es demasiado agudo para alguien como yo. Dices una cosa, pero tus acciones son otras y... tú... ¡Me desesperas! No puedo creerte.

—Nadie está obligándote a que lo hagas. Es difícil para mí explicarte cómo sucedió y lo que sucede. Puede que sea solo un capricho, un enamoramiento fugaz, una confusión de mi sistema. Puede que esté confundiendo amistad con romance. Lo único que puedo describir es cómo me sentí. Fue como el estallido de los fuegos artificiales darme cuenta de lo que estoy sintiendo. Y dejaré algo claro: no quiero que los correspondas; es probable que pronto esto —se señaló el pecho— no valga nada.

—Cállate, no digas esas cosas.

—Solo es una advertencia.

Festival



Una semana después del parto, tía Michi y Carlote volvieron a casa.

Para la mala fortuna de Felix, su pequeña hermana fue todo lo contrario a lo que quería. Las noches se volvieron torturas de chillidos rabiosos por parte de la recién llegada a la familia. Una rutina muy escandalosa. Me preguntaba cuánta paciencia tenían los padres de la pequeña, pues siempre estaban predispuestos a socorrerla. Muchas veces me levantaba al baño y me encontraba a tío Chase paseando a la bebita en pijama o a tía Michi limpiándose el vómito de la ropa. Al día siguiente de traspasar, gracias a Carlote, sus dos padres parecían zombis que apenas lograban agarrar de manera correcta sus tazas sin que se resbalaran. Las ojeras tuvieron un proceso de crecimiento que todos los demás pudimos contemplar con asombro y algo de compasión. El que más sufría con todo ese rollo de padre por la noche (porque de día la bebé dormía sin escándalos) era tío Chase, quien debía partir a trabajar todos los días. Tía Michi tomó licencia; sus días como guía en el Museo de Astronomía en la ciudad tuvieron que esperar.

En resumen: nuestras descabelladas mañanas pasaron a ser muy somnolientas.

Lo feo de vivir en el mismo piso que Carlote y oír religiosamente sus llantos era que mi hilarante compañero de curso estaba más cortante que los días anteriores. Su ceño siempre estaba fruncido. Yo le decía, teniendo la oportunidad, que si pasaba mucho tiempo arrugando su frente, las marcas le quedarían para toda la vida. Como contrataque, Felix lanzaba una hartada de motivos por los que no le interesaba mi advertencia. Yo no me limitaba a refutar sus argumentos, porque ¿quién puede contrarrestar un «nada dura para siempre», o «no duraremos toda la vida», o «es mi problema, no el tuyo»? Porque yo no.

Una mañana a inicios de primavera, las advertencias hacia Felix sobre su ceño fruncido se vieron interrumpidas por un sonoro estornudo. Fue cuestión de suerte que las secreciones nasales no salieron disparadas a mis manos.

—Ten.

Felix me extendió papel para que me limpiara. Ante la sorpresa de su amable gesto no pude siquiera musitar un agradecimiento. Me limité a mover la cabeza.

—Una comezón en la nariz es la mejor forma de darse cuenta de que ya es primavera —dije tirando la bola de papel aguada en el tarro de basura.

La continuidad del espantoso inicio de conversación que intenté hacer con el Poste quedó allí. En nada. Mi acompañante no era de muchas palabras y parecía que yo siempre lo olvidaba.

—Está bien, hablar sobre las estaciones y el clima es un tema muy aburrido. ¿Qué tal un chiste?

Un largo suspiro fue todo lo que obtuve al comienzo por parte del inexpresivo chico.

—Si escucho tu mal chiste, porque es obvio que será más aburrido que una charla sobre el clima, ¿me dejarás en paz?

—Claro. Bueno... solo por unos minutos. —Hizo un gesto con la mano para que me apresurara en hablar—. ¿Cuál sería tu colmo si fueses mujer?

—No sé —respondió sin siquiera detenerse a pensarlo.

—¡Llamarte Felicity!

Silencio absoluto.

—Oye, no está tan mal.

Se metió las manos en los bolsillos; negando con la cabeza, contempló el final de la calle esperando el bus.

—¿No puedes pasar un día sin humillarte sola con esos chistes?

—No tienes que ser tan pesado; es mi esencia.

«Floyd sin sus chistes malos no es Floyd», pensé. Y en cuanto terminé de pensarlo, Felix musitó lo mismo. Entonces, lanzó uno más de sus inesperados comentarios.

—A veces me pregunto qué es lo que me gusta de ti.

Era impresionante cómo mi organismo se ponía de acuerdo para actuar de forma incorrecta cada vez que Felix decía o hacía algo con el fin de ayudarme o «halagarme» (a su manera, claro). No había día en que no me preguntara qué pasaba por su mente cuando confesó sus sentimientos y, al igual que él, las mismas preguntas navegaban por mi cabeza durante horas. Mi sistema motor era entorpecido con la mínima muestra de aprecio de Felix. Meditaba sus sentimientos, los míos y la pequeña posibilidad de gustarle cuando éramos pequeños. Al no encontrar argumento que consolidara mis teorías, desistía y me proponía no pensar más en ello. Sin embargo, lo volvía hacer una y otra vez, hasta llegar a ese porcentaje que causaba una sobrecarga en mi corazón, que especulaba llegar a tener sentimientos hacia él. Luego, descartaba la idea al recordar sus palabras en el hospital.

Cielos, ¿por qué debe ser tan extremista?

—Si tú no lo sabes, menos lo sabré yo —recriminé roja hasta las orejas.

—No tienes necesidad de sonrojarte por eso.

—¡Shh...! —siseé— Es... es por la primavera.

Un hipeo terminó por delatarme. La pobre niña llamada Floyd estaba condenada a decir la verdad toda su vida.

El bus llegó en el momento en que Felix pretendía ver la hora en su celular. Saludé al conductor apenas subí detrás del Poste y luego al gallinero con un escuálido y poco entusiasta movimiento con la mano. Como de costumbre, mis queridas (y a veces malvadas) amigas tenían un asiento reservado para mí. El resto del camino a Jackson fue historia; me la pasé durmiendo todo el transcurso hasta el colegio apoyada en Sherlyn. No era consciente de dónde estaba o qué hora era en el momento en que mi corazón se sobresaltó con la exclamación de Eli.

—¡Por los santos testigos de ovnis, Jackson se ha vuelto loco!

Todos los inquietos chicos en el interior del autobús escolar acapararon las ventanas para mirar el exterior, incluyéndonos. Un enorme manto que rezaba «Festival de primavera» colgaba del segundo piso encima de la entrada principal al colegio; todo estaba lleno de flores dibujadas con pintura, en las paredes y el mural al costado de la entrada; afiches sobre el festival cubrían los avisos más insignificantes, colores por donde mirásemos.

No sé desde cuándo se había decidido celebrar el inicio de las estaciones en Jackson, pero según le había oído decir a papá, esos eventos «distractores» no se llevaban a cabo en sus años de estudio en el lugar. Quizás, desde cierto punto, el evento de las estaciones resultaba una distracción para los de último año (como nosotros), pero era muy divertido perder el tiempo. Una semana duraban los festivales que comenzaban después de la hora para comer. Todos los cursos debían participar, aunque los de último año no se inmiscuían como los otros, pues estaban ocupados con los estudios y su futuro. Decidir qué haría cada curso era lo más complicado,

siempre las ideas saltaban como pez fuera del agua y nunca llegábamos a un acuerdo. Los clubs también participaban, y ahora que yo pertenecía a uno...

Mi último año sería bastante agitado. Corrección: era muy agitado.

Para colmo, el destino, sin compasión, decidió que necesitaba darle un poco más de locura a mis intranquilos días.

Dormitar en clases puede ser penalizado de las formas más espantosas dependiendo del profesor que esté impartiendo la clase. Lamentablemente, Historia tocaba un lunes a primera hora, momento de fragilidad cerebral. No descansar como una persona normal y escuchar a la profesora Mittler fue un detonador para que mis párpados se hicieran pesados, la vista se me nublara y buscara dónde apoyar la cabeza. Mi huesuda almohada, Sherlyn, estaba a unos dos metros, con el celular escondido bajo la mesa mientras tecleaba sin cesar. Intenté hacer un esfuerzo casi sobrehumano para concentrarme en la clase y no dormirme, tanto así que le pedí a Joseff que hablara sobre algún tema. La vieja de Mittler debía tener sensores o una audición muy aguda, porque no dejó que el Chico Batman terminara una frase. Los regaños iban hacia los dos. ¿Qué podía hacer entonces para no caer en los brazos de Morfeo? Prestar atención no servía. Escribir lo de la pizarra o apuntes era un fiasco, en un descuido terminé haciendo una larga línea en la hoja del cuaderno. Distraerme en el celular no era una opción para mí; Sherlyn estaba en el rincón más afortunado de la sala; yo, en la columna del centro.

Al final, terminé rindiéndome. Me entregué al mundo intangible sin que lo notase y comencé a soñar cosas al azar: con flores primaverales, muchos Felix que reían, dúPLICAS de Mittler y bebés que lloraban. Entonces, las Mittlers del sueño se unieron hasta convertirse en una.

—¿Está cómoda, McFly?

El fastidioso tono intransigente tan característico de Mittler me hizo palidecer. De pie, junto a mi mesa, tenía las cejas muy alzadas esperando que respondiera. Apenas pude esclarecer la mente, me vi siendo el centro de atención de todos mis compañeros, incluyendo a Felix y su desinteresada compañera de asiento. Enderecé la espalda y quité los brazos de la mesa, los cuales había usado como almohada.

—Lo estaba —respondí.

Algunos se echaron a reír por mi descaro... o tal vez valentía. Ya me había descubierto durmiendo, ¿qué más daba? Mittler siempre me odió por un motivo aparente. Lo peor del asunto es que siempre era conmigo, por lo que mis sospechas anteriores sobre ser tratada diferente a causa de papá sí eran correctas.

—Veo que estás de buen humor.

No lo estaba, necesitaba dormir. Me prometí correr a la enfermería para dormir en el recreo.

La molesta mirada de la profesora se acentuó al no obtener por respuesta más que un inoportuno bostezo. Si quería salir invicta de aquella situación, debía mejorar la actitud...

¡Pero bostezar me ganaba la batalla!

—Lo siento —le dije encogiéndome de hombros con una descarada lágrima que quería escaparse de uno de mis ojos—. Prestaré más atención desde ahora.

—Y yo esperaré a que tus lindos ronquidos no vuelvan a interrumpir mi clase —masculó con los dientes muy apretados fingiendo una sonrisa condescendiente.

¿Había roncado? ¿Tan cansada estaba? Al parecer sí, mas no hasta el extremo de terminar roncando como tío Chase al llegar del trabajo. Eso era un hecho.

Asentí con una torcida sonrisa que aplanaba mis labios. La profesora Mittler se dio media vuelta hacia la pizarra y dio dos pasos antes de decidir que la interrupción no podía acabar con una

simple advertencia. No, señor. Lo que más gozaba aquella señora sacada del cuarto infierno era verme sufrir por cualquier motivo. Hacer mi vida miserable era un deleite para su estado. Qué mejor que empezar tu día fastidiando a la hija de tu antiguo estudiante, ¿verdad?

Con la misma sonrisa falsa, se volvió y ladeó un tanto la cabeza.

—Gracias por ofrecerte como protagonista para la obra primaveral.

Un ahogado «¿qué?» se alojó en mi garganta, lo que provocó que comenzará a toser. No pude formular palabra alguna; la conmoción del aviso me lo impedía. Joseff me agarró de los brazos para que los levantara y así detuviera el ataque de tos. Mittler ignoró con descaro mi casi muerte para situarse frente a todos los demás.

—Sé que te encantará ser la carismática protagonista de *Derechos de amar*; de todas formas, tu padre escribió la obra.

Ser hija de un escritor no quería decir que leyese todas sus obras. Esa, en particular, la había dejado de lado por tratarse de un romance tan antiguo como la teoría del Big Bang.

Trataba sobre una maldición familiar donde solo vivían las mujeres; la protagonista, Diana, se iba a vivir con su tío y su esposa (quien la odiaba) tras un incendio en su casa. Allí conocía a Andrew Baptiste, quien, por supuesto, le ponía los pelos de punta por su irreverencia y arrogancia. Siendo ambos de carácter fuerte, era un problema para ambos.

—¿N-no puede ser otra la protagonista? —pregunté con deseos suicidas taladrándome la cabeza. Miré a mi alrededor—. ¿Alguien se ofrece?

Todas las chicas, incluyendo al infame gallinero, bajaron la cabeza. Ninguna se quería mojar el trasero por mi desdichada fortuna. No las culpaba del todo, la actuación no era la afición del cuarteto.

Jadeé con desesperación.

—Creo que será la protagonista, McFly. ¿Algún chico quiere ser Andrew Baptiste?

Dudé mucho de que alguno de los hombres presentes conociera quién rayos era Andrew Baptiste. Yo lo sabía por la sinopsis del libro, nada más. Un silencio de ultratumba se alojó en la sala. Nadie, absolutamente nadie hizo un sonido. Sin embargo, entre las cabezas de los estudiantes, una mano se alzó al cielo como ofrecimiento para el papel protagonista: Felix.

Mi deseo por completar mi horario de sueño en la enfermería no pudo cumplirse; estaba demasiado conmocionada como para pestañear. Aún no me lo creía. ¿Yo? ¿Actuando?

¡Iba a ser el hazmerreír del espectador! No podía decir una palabra memorizada sin actuar como un robot recién programado. O peor, hasta un robot impartía más emociones que una estática Floyd frente al público. Y eso no era el meollo del asunto: debía interpretar a la protagonista de un libro. ¿Cuánto duraría la obra? ¿Podría memorizarlo todo? Eso sería fantástico, en el sentido de «poco realista», porque con suerte memorizaba el cumpleaños de mamá.

—Estoy hundida... No, ojalá lo estuviera, así no tendría que actuar.

Mi clamor al cielo (o mejor dicho al techo de la biblioteca) se vio afectado con la aparición de cuatro rostros ya familiares —Fabiola, Nora, Sherlyn y Eli—. Como yo, el cuarteto no lucía feliz, sino que compartía mi desdicha.

—Vele el lado positivo, Floyd —comenzó a decir Nora—. Vas a representar un libro que ya te es familiar. De forma literal.

—¡Y el protagonista es Felix! —exclamó Fabi para luego recibir un siseo intenso por parte de

los demás lectores en la biblioteca—. Tu futuro amor.

Ese era el otro problema: Felix haría de Andrew Baptiste y yo no podía hacerme una idea clara de cómo actuaría siendo... bueno, el inexpresivo de siempre. Un punto a favor corría desde su extremo y es que, siendo lector del querido gran Mika McFly, ya poseía un conocimiento previo de la trama y personajes.

—Voy a morir de indignación. Lo haré. Recuérdeme como alguien generosa, positiva y carismática, no como una adolescente que no sabía actuar.

—¿Por qué no buscas a otra persona que te reemplace? —sugirió Eli—. Puede ser una chica de otro curso, apuesto a que morirían por hacerlo con la fama que tiene Felix.

—¿Felix gustándoles a otras personas? —curioseé sentándome como las personas normales sobre la silla.

Eli sacudió su cabeza afirmando a mi pregunta. Las demás chicas solo esbozaron sonrisas traviesas.

—Lo he visto un par de veces rechazándolas. Es todo un drama verlas dar media vuelta, rojas como un tomate, al ser rechazadas. Casi siento lástima por ellas, alguien necesita decirles que él tiene ojos solo para ti.

Bajé la cabeza apenada. El calor comenzaba a subirme desde las piernas hacia mi cabeza. De pronto un estornudo hizo que todos se volvieran en nuestra dirección con sus ceños fruncidos. La bibliotecaria estaba al borde de corcernos. Me hundí en mi silla entre la vergüenza y la resignación.

—No es necesario buscar a alguien para que te reemplace —habló Sherlyn, quitando sus ojos del celular—; ya tengo a la persona indicada.

Se giró hacia la entrada de la biblioteca donde la aparición del Chico Batman nos dejó con la mandíbula por el suelo. Joseff anchó su sonrisa y nos saludó mientras caminaba hacia nosotras.

Eso no podía ser cierto.

Cerrados



«Una locura». Eso fue lo primero que se cruzó por mi mente. Digerí como un disparate de magnitudes monumentales la idea del reemplazo, no porque el que otro actuase por mí estuviese mal, sino porque lo haría un hombre, un chico, alguien con aparato reproductor masculino, plátanos y duraznos —porque sí, los tenía, su traje no dejaba nada a la imaginación—. No solo eso, su barbilla, sus facciones, su manera de caminar... Todo evidenciaba su masculinidad. ¿Qué iba a pasar en las escenas románticas? ¿Cómo actuarían Felix y Jo de dulces enamorados? ¿Y la voz? Vamos, la de Joseff era como la de cualquier adolescente, no era grave o profunda, pero como la de un chico. Imitar la mía sería como un depravado en mis zapatos.

Insistí, no podía ser cierta la idea del reemplazo. Continué creyendo que la aparición del Chico Batman en la biblioteca había sido una casualidad hasta que llegó junto a la mesa donde había desparrramado mis lamentos y jadeos. Entonces, con su característica sonrisa y buena vibra, nos enumeró con la mirada a cada una de las presentes y la detuvo sobre mí.

—Llegó tu salvación.

Un silencio se alzó, ni siquiera se oían murmullos, ni alaridos eufóricos de los estudiantes haciendo locuras en el patio. Fue una pausa prudente y desconcertante, que finalmente murió entre las carcajadas del gallinero (exceptuando a Sherlyn). Los siseos hicieron que se callaran.

—¿Cómo piensas salvarle el trasero, cariño?

Nora fue la primera en comenzar el interrogatorio, dándose el privilegio de preguntar como quien le habla a un infante. O, a un demente. Creo que lo último encajaba mejor en la deschavetada situación.

—Me haré pasar por ella —respondió Joseff, omitiendo de una manera solemne la sutil burla de la gemela.

—¿En el acto final? —continuó Eli—. Mittler no dejará que alguien reemplace al Hurón ahora; nadie quiso estar en sus futuros zapatos cuando le preguntó al curso si alguno quería.

—Esa es la idea, fingir ser ella en el día del...

Una interrupción lo dejó sin habla. La otra gemela, Fabiola, con su mano en la barbilla y los ojos achicados, emprendió un análisis exhaustivo y minucioso del pobre (y ahora acosado) Joseff. La cercanía de la gemela provocó que el Chico Batman guardara silencio y escondiera todos los lunares de su cuello entre sus hombros mientras era examinado. De forma inconsciente, tras unos segundos no pudo aguantarlo más y se escondió detrás de Sherlyn.

—Tienes mucho vello facial y lunares que me recuerdan al helado de crema con chispas de chocolate de la esquina —concluyó Fabi, cruzándose de brazos—. Sin embargo, con un poco de maquillaje puedes pasar como una chica. ¿Alguna vez te has maquillado o depilado? Porque si es una historia sobre el siglo XVIII tendrás que usar vestido.

La información adicional a la pregunta hizo que Joseff se espantara.

—No lo asusten o se arrepentirá —regañó Lyn. Guardando el celular en su bolsillo, cargó sus brazos sobre la mesa y se dirigió hacia mí—. ¿Vas a actuar en esa obra o dejarás que lo haga

Joseff?

Hice un puchero sin saber qué responder. Elevé la cabeza y miré a Joseff; él me regresó su afable mirada con una sonrisa que decía: «no te preocupes, estoy dispuesto a sacrificarme por lo que queda de tu orgullo».

Inspiré hondo y contesté.

—Yo actuaré.

Luego le pedí al gallinero que en mi lápida no pusieran nada sobre mi masoquismo y mis decisiones absurdas. Posiblemente moriría en el mismo escenario de indignación, así que me aseguré de dejar mi testamento hecho: mi ropa y maquillaje para las gemelas, mis libros para Eli, el cofre de Lena para Sherlyn y mis peluches para caridad. Con el testamento hecho, ya solo faltaba escribirlo y enviarlo a la notaria.

Tres semanas faltaban para el nefasto día de la presentación.

El martes desperté digiriendo todo el peso de la realidad (y soportando la consecuencia de una ida al dentista). En Jackson tuve que ahorrarme estallar en enojo, Wladimir y su amigo habían creado una canción para mofarse de mí. Omitiré repetir lo que decía, aunque tengo que sincerarme y confesar que la canción era pegadiza y rimaba. Por otro lado, luchaba contra la inseguridad a cada nanosegundo que transcurría. Mittler hizo su aparición en la clase de Física para organizar los demás personajes. Volviéndome diminuta en mi asiento, me pregunté en qué momento esa señora tomó las riendas del asunto y se autoproclamó la mandamás. Estaba claro que siendo una poseía un cargo de autoridad, pero no significaba que tenía el derecho de interrumpir otras clases y decidiera qué haríamos como curso para el festival. Para todos —o bien, para aquellos a los que había elegido para participar en la obra—, Mittler se ganó un puesto en su lista negra.

Al día siguiente, caminar por los pasillos de Jackson con la única compañía del remordimiento que me repetía «tienes que actuar en una obra, tienes que actuar en una obra» no era agradable. Lo peor es que no podía escapar de los enormes afiches sobre el Festival de primavera que estaban repartidos por todo el colegio y también fuera de este. El color naranja chillón me resultaba molesto, acentuaba mi ceño fruncido y la pesadumbre de una futura mala actuación. Lo peor es que mis padres estaban enterados del certamen y ese mismo miércoles por la mañana nos preguntaron, a Felix y a mí, qué haríamos como curso. Tuve que tragarme el hipo al responderles que arrendaríamos disfraces para niños. No iba a anunciarles, como si fuera la cuarta maravilla del mundo, que saldríamos actuando como los protagonistas del libro de papá. ¡Oh, no! Con seguridad, eso los llevaría a reservar asientos en la primera fila para ver nuestra actuación.

Yo tenía mi tumba reservada en el cementerio; lo sabía mientras despotricaba, cual anciano amargado, por los afiches. Un ataque entre el pánico y la ira me llevó a sacar los afiches para callar la voz de mi cabeza. Fue una descarga satisfactoria que me dejó una sonrisa de oreja a oreja cuando tiré los papeles rasgados al basurero más cercano al club.

Frente a la puerta, advertí que no estaba cerrada. Sospechoso. Agarré el pomo y la empujé: la apacible y dulce voz de Megura con su «Bienvenida al club» hizo que el corazón se me pausara por un segundo. A su lado, Josh, Sam y la temible Loo forzaban una sonrisa. Más atrás, Joseff, sobre una mesa junto a Felix, lanzó confeti que cayó en las cabezas del cuarteto. El Poste inexpresivo, por su parte, estaba con la mano en los bolsillos, tan indiferente como de costumbre.

«¡Qué tiernos! Organizaron una fiesta para animarme», pensé. El desánimo de los seis me

informó de que me equivocaba.

—Ah, solo eres tú —habló Megura.

—Sí, solo soy yo —afirmé en el mismo tono disonante que ella—. ¿Esperaban a alguien?

El grupo volvió a sus asientos respectivos. Joseff me saludó de camino a su banco, frente al mío, y Felix no emitió ruido alguno al correr su silla junto a mí.

—A la vieja que se acuesta con el director —respondió Loo con desdén. Una mirada de reproche por parte de Megura causó la aclaración de la rubia: —Bien... —cargó la voz— a la asistente del director.

No me giré para verla, aunque conocía lo suficiente a Loo para saber que había blanqueado sus ojos.

—Lo que dijo Loo.

—¿A qué viene la asistente?

—Pasa por los clubes para preguntar qué harán —se apresuró en responderme Joseff.

Fruncí el ceño e hice un pequeño análisis de todos los presentes. Había llegado tarde, no me cruzaba por la cabeza qué podían planear para el festival.

—Uhm... ¿y qué haremos nosotros?

—Joseff tuvo la brillante idea de hacerles un *tour* a los ancianos del asilo que visita —vociferó la líder del club con una sonrisa tan brillante que por un instante creí quedar ciega. Era eso o el no uso de gafas me estaba afectando.

Al oír ancianos y asilo en la misma frase impulsivamente mi cabeza se giró hacia el chico indiferente sentado a mi lado. Rememorar ese momento efímero en que unos labios arrugados se posaron sobre los suyos me hizo querer echarme a reír como una foca esquizofrénica con epilepsia. Apreté mis labios para contener las ganas descomunales que me consumieron y agrandé mis ojos mientras enrojecía por la fuerza ejercida para opacar el estrepitoso acto. Felix, percatándose de mi descarada mirada y burla semioculta, levantó su mano, la usó como muro para que no pudiese seguir observándolo.

¿Volveríamos a ver a Lorraine? ¿Nos recordarían los ancianos? ¿Seguirían tan animosos? Mis preguntas quedaron en el aire. La planificación idealista que decía Megura en voz alta se convirtió en un mero susurro como el viento al traerme a la cabeza el problema en que Mittler y no dormir bien me habían traído.

Necesitaba ayuda para superar mi pánico escénico dentro de esas dos semanas y cinco días. Lo medité en mi asiento escuchando en la lejanía la importancia que tenía ayudar a los octogenarios, navegué por el valle de la sombra perdiéndome en los posibles sucesos que nos ocurrirían si fallábamos como curso en la obra y, finalmente, la ampollita invisible sobre mi cabeza se iluminó. Me levanté de golpe sobre mi asiento y observé el rostro sorprendido de Megura.

—¿O-ocurre algo, Floyd? —preguntó algo sorprendida.

Si pertenecíamos a un club que ayudaba a los demás con sus problemas y yo estaba en uno muy grande...

—Necesito que me ayuden.

El resto de las semanas el club se dedicó a buscar formas para ayudarme. Josh sugirió que fuese a un *spa* y Megura a una tipa amante de la naturaleza. Sam me dijo que debía beber mucha agua, mentalizarme y estudiar con detalle minucioso mi personaje, ya que el pánico escénico estaba

ligado a la ignorancia. Loo rebatió el consejo de su compañero diciendo que el miedo a enfrentarse a un público se deben al temor de vernos ridículos, que todo se limitaba al orgullo; me dijo (mirándome directo con esos ojos intimidantes) que si dejaba el temor a hacer el ridículo podría actuar sin problemas. Joseff me aconsejó guardar calma y me advirtió que su propuesta para ser mi reemplazo todavía seguía en pie.

Intentamos de todo y cada mínima posibilidad para llegar a la cumbre de mis delirios se esfumaba en el momento que un ataque de estornudos nerviosos agotaban la paciencia de todos. Hablar como mi personaje fue uno de los consejos que más funcionó durante algunos días. No quiero ni imaginar lo tonta que me veía hablando como alguien de hacía siglos. A menudo, el cuarteto de gallinas me preguntaba qué rayos decía. Era una niña que había viajado por el tiempo hacia una era más moderna y con un vocablo más simplón.

Otra de las ideas fue ver películas de la época. Mamá estuvo muy sorprendida; me encontró en la sala viendo *Orgullo y Prejuicio*, *Jane Eyre* y *Mujercitas*. Se le escapó un chillido emocionado, como el de una niña pequeña, y luego a tía Michi. Ambas terminaron viendo las películas a mi lado.

Algo que me motivaba era que mi memoria retenía todas las líneas del guion. Me costaba admitirlo, pero Mittler había hecho un buen trabajo dividiendo escenas y acortando diálogos. El texto completo me lo aprendí esa misma semana sin problemas. Luego, en esas horas extras en las que tenía que ensayar y me encontraba frente a frente con Felix, todo se iba por la borda. ¡Adiós, motivación! Él sacaba mi lado cohibido. Me intimidaba con su mirada y el ser ambos los protagonistas de una obra literaria romántica. Cada demostración de afecto de los personajes provocaba que un duende bailase en mi estómago. Mi garganta se secaba y se sentía rasposa. Me aclaraba la voz cada dos segundos y tartamudeaba cada uno. Sabía que mi agonía era para el disfrute de Mittler; ella observaba todo con una sonrisa amplia, por lo que no me quedó otra que practicar con el gallinero y en la soledad de mi habitación mientras todos dormían.

De vuelta a casa, Joseff insistía en darme consejos que ya conocía, los conseguía de Google. El Chico Batman conocía el guion completo y mientras caminábamos por el parque esquivando a las personas y los molestos bichos que traía consigo la primavera, los iba recitando con un dramatismo muy exagerado. Ocurrió una tarde en pleno crepúsculo que Felix se animó a seguirle el juego al hablador de Joseff. Los dos, Jo y yo, creímos que estábamos soñando. Nuestro serio compañero no lo había dicho con todos los ánimos necesarios; de hecho, en los ensayos no actuaba como Andrew Baptiste. Curiosamente, a las chicas del curso que para entonces la presencia del Poste les había sido nula, su papel protagónico las tenía al tanto de cada movimiento que el inexpresivo hacía.

—Oh, Andrew —comenzó a dramatizar Joseff posando su mano sobre el pecho. Sus cejas se inclinaron y el cambio de su rostro lo transformó por completo—. Oh, Andrew mío, ¿qué debo hacer para romper este delirio que me ata a la soledad eterna? ¿Cuándo nos rendimos a la incertidumbre de pasar la vida solos?

Un silencio aguardó antes de que Felix siguiera el juego.

—¿Acaso no es el mismo amor el que nos ata? Maldito yo soy por no estar a tu lado. Que estas cadenas sean un *mea culpa*, evidencia de mis desasosiegos y la desdicha de no tenerte en mis brazos.

Atónitos, nos miramos sin saber qué hacer. Los ojos de Joseff brillaron al ver el sutil movimiento que había hecho el Poste con su mano para que continuara.

—Toca mi mano y siente el flujo de mi sangre. —Joseff le agarró la mano. El inexpresivo Felix

no se lo esperó. Algo desconcertado, se recompuso y continuó—: Imagina que estoy a tu lado. Que la luna sea nuestra mensajera y las estrellas, testigos. Malditos somos, pero seguimos aquí. ¿Qué más queremos probar? La inmensidad de nuestro amor puede perdurar sobre toda potestad.

Todo era tan romántico y dramático que me sentí una masa excluida entre dos seres que demostraban de manera gráfica lo que era el amor. Otra vez fui la protagonista de un solo de violín. Mi cabeza retrocedió un par de metros al sentirme consumida por una actuación tan real que mi piel se volvió como las gallinas. Los dos actuaban tan perfectos, trasladándome a la época de la historia, que emití un susurrante *guau*.

—Así es como se debe actuar, Neurona —me reprochó Felix.

Ojalá fuese tan simple. Joseff estaba acostumbrado a hacer locuras y... y yo, con suerte, leía un texto de historia pronunciando de forma correcta los apellidos.

Entre más titubeos e intentos de prácticas, las dos semanas acabaron. Mis noches se alargaron. Practiqué en mi cuarto interactuando con mis peluches, hablándole a la nada, moviéndome como los actores en las películas y susurrando mis líneas con el sentimiento y la emoción que se requería. Dentro de la soledad que me proporcionaba mi cuarto, todo me resultaba mejor. Quizá las cosas allí eran inertes.

Susurraba la particular declaración de la protagonista, Diana, contra la madrastra de Andrew. Todo marchaba bien. Tocaba dar un giro sobre mis pies y decir la última línea que definiría el caso y... entonces, todo se me vino abajo al descubrir que alguien más observaba mi silenciosa práctica. Felix, apoyado en el umbral de la puerta y con los brazos cruzados por encima de su pecho, provocó que pensara en saltar por la ventana.

—¿Tú no sabes llamar a la puerta? —inquirí rebalsando el horror.

—Si lo hacía, despertaba a los demás y, con «demás», me refiero a Carlote.

Enrojecí hasta las orejas. ¿Hacía cuánto estaba allí? ¿Vio toda mi nefasta práctica? ¿Qué hacía despierto? Tal vez él...

—¿Qué haces aquí? —le pregunté cubriéndome el pecho con mis brazos y ladeándome levemente para ocultar mi cuerpo de él como si se tratara de un perverso.

—No se te ocurra pensar que estoy interesado en verte mientras duermes.

«¿Me está leyendo la mente?», cuestioné. Entonces agregé:

—Y no, no te leo la mente. Solo eres predecible. Estaba pasando cuando te oí susurrar.

Eso era mucho más razonable. ¿Por qué alguien tan serio como Felix querría espiar a una niña sin muchos atributos como yo? No negaré que era probable que ya me hubiera visto las bragas un par de veces, andar con vestidos y que el viento corriera de lado a lado hicieron de las suyas en más de una ocasión. Si no me compraba unas calzas, me acusarían de exhibicionismo.

—Estoy practicando.

Torcí una diminuta sonrisa.

—Lo noté.

Odiaba cuando se las daba de sabelotodo. Lancé un gruñido y blanqueé los ojos. Una pregunta se me vino a la cabeza.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Puedes —asintió—, la descontaré de las... ¿cinco que te quedan?

—¡Oye...! —chillé. Intentó hacerme callar cubriendo mi boca y yo me encogí de hombros con

una sonrisa culposa—. Oye —continué—, quedaban unas quince. Como sea... —carraspeé y comencé a estrujar el guion que tenía entre mis manos—, ¿por qué ser el protagonista de la obra? ¿Fue por la lista?

Felix no dijo nada hasta que pasaron unos siete largos segundos.

—No solo por la lista —pareció meditarlo—. El trasfondo fue por ti. Sabía que nadie iba a ofrecerse como el protagonista masculino, excepto Joseff. No quería que él lo fuera. Sentí una fuerza que me llevó a levantar la mano. Supongo que es eso a lo que todos llaman celos.

Ahora mi corazón era el que se estrujaba. Era impensable que Felix pudiese tener esos drásticos sentimientos hacia mi persona. Su forma de ser, tan directa y sin rodeos, me gustaba. Me gustaba mucho. Y no lo negaré, me hacía sentir alguien especial. Era como un privilegio, uno solo mío.

Bajé la cabeza apenada y dejé de estrujar el pobre papel.

—Volviendo al tema de la obra... —Intenté sonreír desplegando la hoja—. ¿Có-cómo haces para actuar sin sentir pudor?

—Cierro mis ojos —contestó viendo mi acción—. Me convenzo de que estoy hablando conmigo, solo y frente a un espejo. La idea es concentrarse.

—Es difícil concentrarse teniéndot... digo, teniendo estos nervios terribles.

¡Maldita bocota, deja que piense y luego hable!

—¿Yo poniéndote nerviosa? —ironizó con arrogancia— Qué novedad, eso no me lo esperaba.

—Ja, ja. Como sea... —Negué con la cabeza—. No puedo cerrar mis ojos.

No podía; hacerlo me dejaba en un estado de vulnerabilidad, el cual solo imaginarlo provocaba que me estremeciera entera.

El Poste lanzó un bramido exasperado.

—¿No puedes hacer esto, McFly? —Cerró sus ojos y alzó las cejas.

—Ay, cállate —le ordené y apreté sus mejillas.

Mala idea. El tacto de su piel suave en mis dedos fue una conmoción que me hizo alucinar peor que la droga más cara y, como toda alucinación tiene su consecuencia, la mía también se hizo presente: pausadamente, indiferente al tiempo, me acerqué más y más al chico frente a mí. Mitigué el contacto de mis manos en su rostro y las fui bajando hasta sus hombros. En el silencio de la noche, en ese macrosegundo, todo fue eterno. Era como estar inmersa en un sueño. Mis latidos eran la banda sonora perfecta para mantener la tensión. Iba a besarlo. Iba a besarlo y no sabía por qué. Estaba decidida a hacerlo sin medir las consecuencias. Y estando al borde de que mis labios se unieran a los suyos, todo volvió a la normalidad.

Felix abrió sus ojos.

—¿Buu?

Abeja



Cuando Felix abrió los ojos, se asemejaba a un balde con agua fría contra mi cuerpo en estado de *shock*. Todo fue tan inquietante y momentáneo que, para no verme arruinada dentro de la miseria de mi nefasto atrevimiento, tuve la necesidad de pronunciar un *buu* ahogado, permisible y casi inaudible. Adopté una sonrisa temblorosa esperando su respuesta.

Siendo unos niños, Felix y yo nos creíamos con la habilidad de ver fantasmas. El método era simple: uno de nosotros giraba sobre su propio eje mientras el otro contaba hasta llegar a cierto número. Luego nos colocábamos frente a frente, cubríamos nuestras cabezas y abríamos los ojos. Con un juego de luz y sombras, y emitiendo un «bu» caricaturesco, quien daba vueltas lograba ver al otro como un espectro real. Teníamos la tonta idea de que ese truco era total e irrevocablemente real; aseguramos sus buenos resultados, aunque nuestros padres sonreían ante nuestra ingenuidad y fingían asombro.

Nuestro planteamiento e incrédula valentía haciendo ese truco fue lo primero que se cruzó aleteando por mi mente para escapar sana y salva del mar juicioso por mi atrevimiento. No quería ser descubierta, incluso me planteé qué habría hecho si mi osado impulso hubiese ocurrido. Fuera como fuera, Felix tenía sus ojos abiertos, me observaba y yo, a él. Rememorar nuestro juego de niños era una forma creativa para zafarme del aprieto.

Felix no decía nada. Tuve la leve impresión de que aguardaba a que hipara como rana en pantano y delatarme sin la necesidad de hacer mayores investigaciones a cambio.

—Uhh... creo que me faltó colocar las manos a los costados.

Un hipo se atrevió a navegar por mi garganta. Alcancé a contenerlo de sopetón, tragándolo de vuelta a mi diafragma. El gimoteo que cantó mi garganta fue doloroso, mi pecho se contrajo y una punzada se acentuó cerca de mi corazón.

Felix me analizó por otros eternos segundos en los que suplicaba al cielo que cayera en mi mentira y, de paso, mi lado masoquista advertía que esto no se iba a quedar así, que pronto me golpearía el dedo chiquito del pie para que sufriera por mi impertinencia; esa sería la única forma de aprender a no dejarme llevar por la tentación.

Y vaya tentación más callada la que tenía frente a mi nariz; su silencio iba a delatarme en cualquier momento si no decía algo. Era confesarlo por mis medios o que lo hiciera mi ataque casi controlado de hipo.

—Si quieres practicar el beso, puedes decirlo con confianza.

—¿Qué escena del beso? Estaba jugando. JU-GAN-DO. Ya sabes, como en los viejos tiempos.

Me hice la desentendida, aunque parecía más un pavo histérico. Necesitaba sonar convincente. Contuve con fuerza un «hip» que se atoró en mi garganta.

—¿Esperas que me crea tu intento de mentira? En ese juego no existía la necesidad de estirar tus labios, ni agarrar a nadie de los hombros. —Como siempre, el sabelotodo del Poste hizo que mi argumento se marchara con maleta y todo por el retrete. Me derretí como helado en verano sobre mis pies—. Tus manos tienen vida propia ¿o debería decir tus labios, pequeña Hurón?

«¡Cállate, cállate, cállate!»

Antes de ser una roedora gritona y roja que planeaba escaparse, lo medité llegando a la conclusión de que no tenía ningún motivo para huir de mi habitación. Claro que no, señores. Ese era mi refugio supremo, el lugar donde podía huir del pudor que, por alguna razón aparente, Felix siempre me causaba. Ahora, al invadir él mi fortaleza antivergüenzas y de consuelo para mis penosas vivencias, no me quedó otra que echarlo.

—Ya largo de aquí —ordené. Felix opuso resistencia, por lo que no me quedó otra que obligarlo. No sé cómo, lo agarré y lo giré en dirección a la puerta, me posicioné a su espalda y comencé a arrastrarlo, lo que ocasionó que emprendiera, paso a paso, su regreso a la habitación.

—No quiero volver a mi cuarto —protestó, rehusándose a caminar cuando faltaban cinco pasos para cruzar el umbral de su puerta.

Existían pocos motivos por los que Felix Frederick levantaba su trasero y salía de la habitación que le había designado mamá para que durmiera; la causa más obvia era porque su deber de estudiante lo obligaba a asistir al colegio, otras por sus necesidades básicas —comer y usar el baño—; sin embargo, ninguna de las tantas que redundaban era protagonizada por la bola de pelos que llevaba por nombre Cutro.

El gato, siempre fascinado por Felix, no dormía por la noche sin intentar visitar al sujeto que menos lo estimaba (después de mí, claro) y maullarle en la puerta. Me compadecía de él: si no era Carlote, era Cutro.

Esa noche, aprovechando que el humano víctima de sus caprichos había dejado la puerta entreabierta, decidió hacerse un espacio en la cama para darle una sorpresa cuando volviera. Más o menos así deduje tras escuchar la siniestra conspiración que Felix creyó que tenía el animal. Lo que empezó con un «iré a por un vaso de leche» terminó en un trágico «mejor dormiré en el sofá».

No me quedó otra que ser la heroína de la noche y sacar al gato del cuarto. En el oscuro pasillo, con la voz baja para no despertar a Carlote, aproveché la vulnerabilidad del chico inexpresivo para acercarle el gato y espantarlo.

—Aparta esa cosa de mí —ordenó Felix. Su cuerpo estaba pegado a la pared.

Me reí en silencio y terminé tirando a Cutro para cubrirme la boca; un estornudo se apoderó de mi sistema. Luego miré la habitación orgullosa por ser de utilidad. Felix pasó de mí haciéndome a un lado, cruzó el umbral y planeó regresar a la cama, pero lo interrumpí con un forzado carraspeo.

—¿No hay un «gracias, Floyd, por preocuparte de mi estabilidad y correr a la bola de pelos al que tanto le temo y que me hace la vida imposible y porque si no fuera por ti, estaría durmiendo en el sofá»?

Torcí las cejas, cruzándome de brazos. Por un largo segundo olvidé que invadía terreno enemigo y mi aposento yacía a varios metros.

Fui una despistada.

Felix lo pensó un momento antes de girar sobre sus talones y darme un agradecimiento. Fui lo bastante ingenua para creer que constaría solo de un «gracias». Ese solo era el inicio de un Felix Frederick impredecible que revolvía mi cuerpo entero como si quisiera hacer una cacerola con este. Su muestra de agradecimiento contrastó de golpe con todo y, literalmente, me tapó la boca con un beso.

Dio medio paso para encontrarse más cerca, dudó al agacharse. Respiró sobre mis labios y esperó una centésima de segundo como si me pidiese permiso para hacer lo que haría. La rebeldía estaba al frente y no opuse resistencia cuando sus labios se apoderaron de los míos, primero como una caricia muy suave que se fracturó por el deseo de degustarlos aún más. Me permití cerrar los

ojos una fracción de segundos, dejar que la sensibilidad de mis labios colmara de vitalidad mi cuerpo.

No duró mucho hasta que un gélido manto chocó con mis tibios labios. Quise abrir mis ojos, mas otro beso se opuso a la idea.

—Es una práctica para la escena del beso —advirtió luego, musitando sobre mis labios. Sentí cómo sus labios y aliento se estrellaban contra los míos.

Qué mala excusa: en la adaptación de Mittler no se hallaba ninguna escena de beso.

Volví a mi habitación rozando con los dedos mis labios y, con los pies, el mismísimo cielo. Olvidé el guion tirado en el piso, a Cutro que curioseaba en mis cosas, lugar y tiempo. Dejé caer mi cuerpo sobre la cama, posé mis manos sobre mi pecho y sentí los latidos de mi corazón que trabajaban a toda velocidad.

«Estúpido corazón», pensé, «¿quieres dejar de latir tan deprisa? Y tú, cerebro, acordamos que nos volveríamos monjas. Castas, puras y lejos de todo pecado carnal».

Demasiado tarde. Esa misma noche comencé a caer en las enrevesadas estrategias de un enamoramiento sin retorno y nada podía contrarrestarlo.

Nada.

Faltando cuatro días para mi muerte, ni siquiera me atrevía a mirar a Felix después de ese suceso en el oscuro pasillo a las tantas de la madrugada. Me carcomía la cabeza sabiendo que desde mis entrañas futuramente podridas lo había deseado y, con su suspicacia única, el inexpressivo lo sabía. Todo resultaba melodramático en escena, ya no actuaba, balbuceaba como un bebé aprendiendo a hablar. Me cohibía ante la presencia del hijo de los Frederick; era un diminuto e indefenso hurón que divagaba entre los lugares más recónditos del «qué está pensando» y el «concéntrate, Floyd; tienes que mentalizarte». A todo esto refutaba que, de ser otro el protagonista podría actuar sin problemas, pero mi compañero era nadie más y nadie menos que Felix. No corría chance ni puntos a favor que me motivaran a rendir como actriz y ganarme el aplauso del público.

Las escenas que necesitaban una ambientación más... íntima, esos encuentros prohibidos entre Diana y Andrew que hacían suspirar al lector, eran un río de equivocación tras equivocación. Mi humillación periódica traería consigo burlas y la desesperación de los demás participantes en la obra. Mittler, claro, se mantuvo firme todo el tiempo. Aunque muchos le pedían reemplazarme o se ofrecían para interpretar a Diana, se rehusó a que mi salvación llegase. La arrugada profesora me quería ver en el centro del escenario, debutando como comediante. Eso, señores, era un hecho vivo y que todos especulábamos después de los ensayos.

Domingo, a dos días de mi fallecimiento.

Caminaba de un lado a otro en un intento fallido por tranquilizarme. Era casi medianoche y mis soluciones se esfumaban como el humo del cigarro que el vecino fumaba siempre desde su balcón. Era indispensable hallar una solución antes de que nuestra nefasta obra llegase a ser un fiasco. Todos, absolutamente todos, estábamos convencidos del ridículo que haríamos; la idea más factible, al estar en el escenario y escuchar las carcajadas que nacerían del público, era decir al final que se trataba de una parodia a los típicos libros románticos. Pero no. No, no, no, no. Si por algún motivo papá se enteraba de la (no tan) parodia sobre su segundo libro, los mataría a todos y a mí me torturaría en una sala llena de lagartos. *Puaj*.

Así que, para omitir toda humillación, muerte y tortura, decidí volver a la solución del inicio. Llamé a Joseff pasada la medianoche, suplicando que respondiera.

—¿Floyd?

Oír su voz podría compararse al mismísimo cántico celestial. Hasta pude sentir una inusual ventisca que se metía por mi ventana y chocaba con delicadeza mi cara.

—Joseff, ¡qué bueno que contestas! —Quise abrazar mi celular y dar vueltas cual enamorada hablando con su *crush*, pero la fantasmal aparición de Felix que cruzaba frente a mi puerta hizo que la idea muriera en el acto. Reboté hacia mi cama y allí me senté—. ¿Todavía existe la posibilidad de que me reemplaces?

Silencio. Ronquidos. Mi vena paciente al borde de la erupción.

—¿Joseff, estás allí?

Miré la pantalla de mi celular con ingenuidad creyendo que lo vería durmiendo. A veces olvido que el futuro no ha cambiado mucho como todo el mundo creía que sería, porque vamos... ¿robots? ¿Plásticas con hologramas de personas? ¿Curas para enfermedades terminales? ¿No más hambruna y pobreza? Ojalá todo fuese así, la realidad era más cruda. Pensé en la enfermedad y las donaciones. Ojalá todo fuese más simple.

—Ah... sí, sí... —contestó con la voz cansina—. ¿Qué decías?

—Que si sigue en pie tu reemplazo. A mí. Reemplazarme.

Otro silencio. Iba a insistir y despertarlo; un suspiro hondo me interrumpió.

—Claro. Te reemplazaré... pero no me depilaré las piernas.

Me eché a reír.

—*Okey*, nada de depilarse las piernas.

Estábamos salvados.

Mi solución desde el comienzo era Joseff; nunca debí responder que yo actuaría.

Jackson lucía como la Academia de Arte donde había estudiado mamá. Había tomado muchas fotografías que guardaba en álbumes junto con fotos mías de bebé (sí, de esas que todas las madres toman; Floyd comiendo, Floyd jugando en la bañera, Floyd sucia hasta las orejas, Floyd llorando, entre otras tantas Floyd...). La entrada estaba cubierta por un arco de flores de papel que rezaba: «Bienvenidos al Festival de primavera» con escuálidas letras en cursiva, cortesía de los estudiantes de primer año. Las puertas se mantenían abiertas todo el tiempo y dos chicos con la voz gangosa entregaban folletos con información, horarios y una pauta detallada sobre lo que haría cada curso y sus respectivos lugares. El pasillo lucía como un sendero verdoso y floreado en el que se seguía a un grupo de abejas hechas de papel. En el techo no faltó la serpentina; largas líneas se cruzaban con todos los colores del arcoíris. Incluso macetas con plantas reales decoraban el largo pasillo. El feo mural donde se anunciaban las notas era un mapa gigante para que las personas de otros sitios no se perdieran. La enumeración cuadrada de las salas era un girasol con el número correspondiente.

Todo muy colorido, muy animoso, muy diferente al ambiente de hospital que en ocasiones nos envolvía. La música no faltó, claro. Un ritmo pegajoso se escuchaba por los parlantes; los encargados de la radio saludaban e incentivaban a los demás para que pidieran saludos y a los más atrevidos a que se armaran de valor y declararan sus sentimientos. Más al interior, las salas con canto, actuaciones, venta de jugos naturales, bailes, cortometrajes, paseos por un improvisado parque, rincón para disfraces, jardín de niños, pintura, etc., eran la atracción de los visitantes. Creí rotundamente que la idea de los disfraces no funcionaría. No obstante, al ver cuánto niño andaba corriendo y saltando con divertidos atuendos, me retracté. El parque improvisado atrajo a

parejas que no tardaron en comerse a besos. Las bandas de chicos llamaron la atención de las chicas. Los jugos naturales resultaron ser el manjar perdido de los dioses.

De no ser porque Loo y yo nos encargamos de hacerles un *tour* a los ancianos, me habría perdido de todo. Cuando los octogenarios llegaron en el bus del asilo Greenburns, Megura designó lo que haríamos cada uno. Sam y Josh fueron a complacer sus apetitos consiguiendo jugos naturales para los que podían tomar, Jo los entretuvo con un fallido acto de malabarismo (una de las pelotas dio justo en la cabeza de Wladimir y otra en el escote de una mujer). Algunos ancianos lograron reconocerme y creí que Lorraine recordaría a Felix, pero no lo hizo, el Alzheimer pudo más.

Haciendo un par de paradas por aquí y por allá, nos sentamos a escuchar el acto de unos niños pequeños disfrazados de plantas. Más de una anciana quería apretujar los cachetitos de los niños. Me compadecí de ellos.

—Mira a esa criatura, que Dios la guarde —decía una.

—Ese pequeño se parece a mi nieto —decía otra.

—Yo era igual de ágil que ese muchacho —le comentaba uno de los ancianos a su compañera de asiento.

Prestaba más atención a los ancianos —y a que Loo no me matara— en el instante en que una aparición espectral me volcó el estómago. Joseff apareció ante mí con el disfraz de abeja que había arrendado en la mañana. Se quitó la cabeza de botarga mostrándose sudoroso y jadeante.

—Creo que es la hora. —Tragó saliva nervioso y yo lo imité asintiendo.

De acuerdo con lo que acordamos para no ser descubiertos, él andaría con un traje en el que no lo reconocieran, así que optó por uno de abeja con acolchado extra y polar, así como para sobrevivir en pleno invierno.

Informamos a Megura sobre nuestra actividad por parte del curso y salimos del teatro. Les mandé un mensaje a las gallinas y ordené encontrarnos en el baño del tercer piso, en la zona restringida para los estudiantes y visitantes.

Llegamos en unos minutos muy acalorados.

—¡Tengo la cera depilatoria! —exclamó Fabi al vernos llegar. Joseff palideció y se cubrió con los brazos—. Es una broma, Chispitas.

—¿Tienes la ropa? —me preguntó Lyn.

—Sí, sí... ¿El maquillaje?

Busqué a Nora. Sacudió su bolso con cosméticos y sonrió.

—¡Genial!

La adrenalina aumentaba en mi sistema. Jo procedió a quitarse el traje. Eli sacó de su mochila una peluca castaña con un peinado extravagante.

—Cuidala con tu alma, Martin —advirtió la pelinegra, plantando la peluca sobre la cabeza del sudoroso chico.

Saqué de mi mochila el vestido que debería usar, la dejé sobre la mesa y me despedí mentalmente de él. Una vez que Jo quedó en *short* y camiseta, las cuatro gallinas comenzaron a vestirlo, maquillarlo y hacer que luciera como una Floyd McFly con testosterona. Por mi parte, hice un esfuerzo monumental para no vomitar; meter mis piernas dentro del húmedo traje fue terrible. ¿Qué rayos...? ¿Acaso Joseff de los nervios había orinado dentro? Me horroricé.

Quince minutos y cuarenta segundos fueron lo que mis queridas amigas tardaron en transformar al Chico Batman.

—¿Esa guapa soy yo? —preguntó al mirarse por el espejo.

—Sí, pero de forma indirecta le estarías diciendo guapa a Floyd, porque se supone que eres ella.

Le lancé una mirada de pocos amigos a Nora. Luego miré a Sherlyn a través de la tela negra que la abeja tenía por ojos. Me sofoqué en el interior notando que Lyn había fruncido el ceño con el comentario.

«¡Sí! ¡Joselyn es real!»

—Ahora tienes que imitar su voz —espetó Eli, canturreando la última palabra.

Joseff se aclaró la garganta y pestañeó repetidas veces.

—Hola —me imitó. Volvió a carraspear—. Hoooooaaaaa. Uh, mejor practico de camino al teatro.

Todas apoyamos la idea.

Bajamos al primer piso invictas y aunque varios conocidos se quedaron viendo a Joseff, no dijeron nada sobre mi nuevo y extraño aspecto. Yo caminaba observando todo en la oscuridad del disfraz que me sofocaba con cada paso, jadeando por un vaso con agua. Decidí apaciguar el paso e ir, con discreción, por agua al baño de chicas.

Iba de camino al teatro cuando me interceptaron.

—Oye, tú.

«¡Oh, no! ¡Me descubrieron!»

Me giré mecánicamente. Era Felix vestido de Andrew, con su castaño cabello peinado hacia atrás y su inexpresiva cara. Sonreí como una boba bajo la botarga. Alzó una ceja para observar con su mirada austera.

—¿Has visto a McFly?

Casi hablé. Casi. Recordé que debería estar en el teatro y no dentro de un caluroso disfraz. No podía delatarme.

Negué con la cabeza con mucho entusiasmo.

—¿Eso es un sí o un no?

Hice una «equis» con mis brazos.

La sospecha se acentuó entre las cejas del castaño. Torció sus labios haciendo su típica mueca de «vaya humanos más ridículos con los que trato».

Creí que nuestra rara plática llegaría hasta allí y di medio paso. Me detuvo del hombro y abrió sus labios para decir algo que murió en el momento en que un trío de chicas se acercó. Dos de ellas ocultaban a una rubia que estaba ruborizada hasta la mollera. Mi hurón interno se apoderó de mí, me quedé a curiosear.

—Eres Felix, ¿verdad? —habló una de las dos; era pelirroja y llena de pecas, masticaba chicle igual que un caballo al comer pasto.

«No, es *Tristex*», quise bromear.

El Poste con Patas se limitó a mover su cabeza en respuesta.

—Nuestra amiga aquí quiere decirte algo —siguió la otra, dejando que la tercera se mostrara.

Era una declaración... ¡Y frente a mi nariz!

—Ah, *uhm*... —balbuceó la castaña—. Y-yo... hace mucho tiempo te he estado... mirando. S-s-soy alguien del bus, todas las mañanas te veo subir y me... me pareces alguien interesante. —Felix fue paciente; yo me mordía todas las uñas en mi mente, empática al nerviosismo de la castaña—. Me preguntaba si querías salir y conocernos... un ¿poco?

Contuvo la respiración. Contuve la respiración. Contuvieron la respiración. Felix lo pensó unos segundos. Una parte de mí estaba tranquila después de escuchar —de Eli— que él siempre las

rechazaba. Sin embargo, la otra parte quería que el trío saliera huyendo perseguidas por las plagas de Moisés.

Dejé que mi parte serena escuchara la respuesta del inexpresivo chico.

—Bien, salgamos —respondió.

Los ojos de la castaña se agrandaron con sorpresa. Felix se mantuvo igual de distante. Yo no podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿E-en serio?

El promiscuo... digo, Felix hizo otro movimiento con su cabeza en respuesta. La castaña sonrió de oreja a oreja y, en ese milisegundo en que pretendía llegar a un acuerdo, mi ego (y tal vez celos) intervino. Me coloqué frente al trío de amigas y le di la espalda al promis... digo, a Felix. Hice un gesto silencioso explicándole que ella y él no saldrían. Un signo de interrogación se dibujó en sus expresiones. Volví a explicarme con mayor claridad: me ajusté la cabeza de abeja y abracé con mis gruesos brazos al Poste, en silencio y evaporándome dentro del traje. Lentamente retrocedí paso a paso hasta alejarme de las incrédulas chicas.

—Qué abeja más celosa —protestó Felix, a la vuelta de un pasillo.

Me detuve y no lo solté, como si temiera que fuera de regreso a las chicas y terminar la fallida cita. Permanecí quieta otro par de segundos, con los ojos muy cerrados. Opté por bajar los brazos y huir, moría de vergüenza. ¿Cómo iba a verlo? Felix agarró la parte posterior del traje e intentó sacarla, pero me negué. Mis celos me delataron, pero fue una sensación extraña, una que me hizo sentir poderosa.

Felix suspiró con resignación, yo jadeé deseando otro buen sorbo de agua.

—No me importa qué tan bien o mal actúes —murmuró con seriedad—. Si voy a cumplir lo de la lista, te quiero allí.

Guardé silencio y jugueteé con mis dedos, dubitativa. Al final me quité la cabeza de abeja y lo miré.

—Bien —pronuncié por lo bajo—. Hagamos la lista juntos.

Y actué. Actué como nunca lo había hecho en mi vida, con el dramatismo latente en todo mi cuerpo y la voz emanando de mí con una pasión incontrolable. ¿Y cómo salió? Bueno, fue un desastre. Pero valió la pena ver cómo todos reían hasta las lágrimas.

Helados



—¿Sigues molesto, Jo?

Después de la obra que presentamos —donde más de un anciano mojó sus pañales de la risa—, nos cambiamos el vestuario entre ovaciones. Lo que agradecí de llevar vestido, maquillaje y peluca fue que la niña bajo aquella vestimenta no sería reconocida con facilidad.

Punto para mí: Floyd McFly seguiría teniendo un... 55 % de orgullo-dignidad dentro de los pasillos de Jackson.

Una vez que nos cambiamos, descubrí que no todo andaba bien. Además de tener que soportar la estrepitosa y fastidiosa carcajada cargada de mofa que me escupió Wladimir al salir del baño, noté que Joseff guardaba su distancia. Sin hacerme una idea clara de qué le pasaba, nos marchamos de regreso a casa.

Los buses escolares colapsaban y todos querían apropiarse de algún asiento; el cansancio era palpable. Contra todo pronóstico, el gallinero, Joseff, Felix y yo decidimos subir a un autobús para descansar unos pocos minutos (veinte, según mis cálculos) solo para enterarnos de que ya no había asientos, así que no nos quedó otra que seguir con la rutina y regresar a nuestros hogares caminando.

Nora, Fabiola y Eli iban dos pasos más atrás cacareando. Sherlyn y su mejor amigo a mi izquierda. Felix a mi derecha, y a su lado iba Joseff, sorprendentemente, sin parlotear nada.

Era la primera vez en el semestre que regresábamos juntos. De lunes a viernes siempre regresaba con el gallinero, al separarnos alcanzaba a Felix y Joseff en el camino del parque, y luego, por supuesto, solo quedábamos nosotros dos.

Oh, sí. Eso quería decir que al final del camino, el inexpresivo chico y yo nos quedaríamos solos, que tendría que enfrentar mi peculiar ataque de celos y su molestia por haberlo humillado de forma histórica con mi pésima actuación, aunque, siendo sincera, Felix molesto no era una novedad.

Mi don era hacerlo enfadar y rompí la barrera de lo imposible para enfadar al chico que siempre sonreía.

Rasqué mi mejilla con nerviosismo mientras buscaba alguna forma de argumentar mi inocencia. Era eso o mi alergia por la primavera pasó a un grado mayor.

—Oye —hablé tras pensar en algo y bajé la voz—: todo es culpa del inexpresivo que tienes al lado, él fue quien me convenció para actuar.

Joseff jadeó con asombro. Mi estrategia planificada no surtió efecto, sino todo lo contrario. ¿Tantas ganas tenía de salir actuando como Diana? Joseff cada día me sorprendía como nadie. Recordé una caja de juguete que Felix tenía de niño donde se giraba una manivela y un payaso saltaba para asustarte. Claro, ahora en vez de ser un payaso, estaba la cara de Joseff.

—Me vestí como tú en el siglo XVIII, Floyd —acusó mostrándose depresivo. Sus hombros estaban ligeramente hacia delante, encorvado. Omití decirle que, además de parecer uno de esos payasos en las cajas sorpresa, era el hermano perdido de «Pin Pon»—. Como tú... —recalcó—.

¡Y lo peor es que un chico intentó coquetear conmigo! Si no le hubiera enseñado lo que había bajo la falda...

Demasiada información.

Todos hicimos muecas de asco, excepto Felix.

—Ah, ya no importa. —Negó con la cabeza el Chico Batman—. No se lo digas a nadie, pero... me gustó esa sensación no tener nada entre las piernas. Ese libertinaje estuvo bien... Hasta que llegó ese niño de primer año.

Arrugó las cejas y cerró los ojos recordando al chico que lo había traumatizado por confundirlo con una chica. Ya veía que al correo que papá —todos los días lo revisaba— llegaría la cuenta del psicólogo de Joseff Martin.

—Ten cuidado, Chispitas —advirtió Fabi—, no queremos que vayas por la calle con vestido espantando chicas.

Todos echamos a reír, excepto Felix.

—Ahora que lo mencionas...

Me horroricé ante la meditación de Joseff. ¿En verdad pensaba en la mínima posibilidad de andar en vestido espantando chicas por la calle?

—Si se atreve a usar un disfraz en el colegio... —Eli se horrorizó aún más que yo ante la reflexión de Joseff. Lanzó un chillido que hizo eco por todo el desolado camino—. Por favor, ten un poco de compasión por los espías alienígenas que nos ven desde la exósfera.

—Y los que están en la tierra —agregó Nora.

Joseff se volteó sonriendo con incredulidad.

—¿Crees que existen los extraterrestres? —le preguntó a la *conspiranoica*.

—Obvio, ¿acaso no has visto todas las evidencias que hay? —cuestionó con vehemencia Eli—. Deberías informarte más. Hay una página... ¿Qué?

Todas la miramos de mala gana. Iba a empezar con su discurso sobre extraterrestres, comparaciones con la religión y más cosas locas que se prestaban para debates. Nos observó a cada una de nosotras y se encogió de hombros.

Lyn fue la que respondió:

—No le metas más cosas en la cabeza, se volverá más demente de lo que ya es. Además, nada prueba que haya vida más allá de la Tierra.

—¿Qué me dices de los pastizales? —cuestionaron Nora y Fabiola a la vez.

¿En qué momento Eli las había convencido para unirse a todos esos grupos extraños que defendían la existencia de algo más allá? Tarde o temprano ocurriría, Eli siempre hablaba de ellos.

—Photoshop, querida.

—No deberíamos descartarlo, el espacio está lleno de misterios —opiné para cortar el tema.

Lyn me regaló una pequeña sonrisa que correspondí aferrándome a su brazo y restregando mi cabeza por su hombro como Cutro pidiendo amor. Lyn me hizo a un lado de mala gana despreciando mi enorme cariño por su persona —malagradecida— y se volvió hacia su celular.

—Esto es interesante... —dijo y se aclaró la garganta—. ¿Cuál es la fuerza que perdura en el tiempo?

—¿La idiotez humana? —ironizó Nora—. Oh, espera... ¿dijiste perdura? Oí evoluciona.

Joseff se giró hacia Lyn. Mis ojos se abrieron a la par con el fin de detectar cualquier muestra de romance oculto o coqueteo indirecto entre los dos.

—¿Cuál es la respuesta?

—El amor —contestó mi amiga, muy seria.

«Uh, ju, ju... Ya cásenle».

—Eso es taaaan empalagoso —comentó Fabi sacando de su bolso un paquete de galletas. El sonido hizo que todos extendiéramos la mano para que nos diera. La nariz de la gemela se infló, cual toro molesto, y decidió abrir el paquete en otra ocasión.

—Pff... —se quejó su hermana—, lo dice la que llora con los finales de telenovelas.

—*Enamórame despacio* valió cada una de mis castas lágrimas.

—¿Castas? —inquirió sorprendido Joseff—. Permíteme toser para ocultar mi risa.

—Hablando de amor... —Eli me codeó y trituró, con cada golpe, mis costillas—. Solo Floyd puede hacer que una historia melosa y dramática sea una comedia romántica.

—Oye, tienes razón... ¡Qué desastre!

—Suerte para ella... no la reconocerán fácilmente.

—¿Por qué cotillean sobre mí como si no estuviera aquí?

Me quejé colocando las manos en mi cintura como las madres cuando quieren reprender a sus hijos. Insisto: con esas amigas no hace falta tener enemigos.

Nora fue la primera en responder:

—Porque existe algo que se llama libertad de expresión y confianza.

Y le siguió Fabiola:

—Decimos lo que pensamos y lo hacemos cuando estás, porque nos gusta reír sobre tus problemas.

—Así es la amistad verdadera —agregó Sherlyn en un tono solemne.

La familiar esquina donde nuestros caminos tomaban rumbos diferentes llegó en el momento menos esperado. Detuvimos el paso en medio de la acera rodeados de árboles. Una pequeña hoja hizo que a Joseff le diera un ataque de estornudos que se me contagió.

—Bueno..., aquí nos separamos.

Todos asentimos, excepto Felix.

—Nos vemos mañana.

Los chicos y yo retomamos el camino por el parque. Joseff, ya más calmado y superando el tema del estudiante de primer año que le había coqueteado, se fue parloteando sobre el festival de primavera que hacían en su antiguo colegio. Debatimos sobre si realmente era necesario sacar a una reina de la primavera y concluimos que esos concursos solo servían para fomentar la rivalidad entre las chicas; por eso aprobamos que en Jackson los concursos de ese tipo no ocurrieran, a excepción del rey y la reina en el baile de graduación.

Llegamos al punto donde su camino iba por otra dirección, así que un callado Felix Frederick —que aún conservaba su peinado de Andrew Baptiste— y una nerviosa Floyd McFly se quedaron solos en un desértico camino lleno de flores y árboles de todos colores gracias a la estación.

Como mi bocota no podía permanecer quieta y mis nervios afloraban en la soledad con el Poste, me provoqué un ataque de ansiedad. Si antes había escupido incoherencias, esa noche, después de demostrar de forma notable mis celos en la tarde y parodiar el libro de papá, vomité lo poco que me quedaba de dignidad.

—Y, je, je... ¿estás molesto?

Tanteé su respuesta, pero no llegó. Felix traía sus audífonos, lo que quería decir que estaba ajeno a todo el mundo que lo rodeaba. Refunfuñé apretando mis puños, molesta. Él captó mi berrinche de niña pequeña y se quitó los audífonos.

—¿Decías algo?

—Si estás molesto —respondí volviendo a una Floyd tímida que jugueteaba con sus manos.

—¿Tendría que estarlo?

—No has dicho nada desde que terminamos la obra; en apariencia, lo estás. —Fruncí el ceño para examinarlo con más detalle, a pesar de saber que arrugarme cual anciana no me iba a mejorar la vista—. Yo te lo advertí... Bueno, no lo hice, intenté hacerlo e intenté actuar. Hice lo mejor que pude allí, en el escenario, mientras soportaba las miradas de los espectadores y sucumbía a las carcajadas de todos... —Oh, sí... vómito verbal—. Cielos, todo fue tan rápido que casi ni lo sentí. Creo que es como una liberación dejar de lado todos mis temores. De verdad, de verdad, no quería actuar al comienzo; ¡el disfraz era un plan perfecto para no ser descubierta! Eres muy perspicaz, eh; ¿has pensado en ser detective o algo por el estilo?

Y seguí en respuesta a su silencio:

—Cuando recién me mudé aquí y no tenía mucho que hacer, salía por si alguno de los niños quería invitarme a jugar y lo hicieron... Pero costó. En mis tardes de soledad jugaba a ser una investigadora privada y observaba a los vecinos. Más de un problema me trajo y supe que me llamaron «La Todo Ojos». ¡Qué horrible sobrenombre! Suena como si mi cuerpo fuese como una papa... Pienso en eso y me da escalofríos.

Sus ojos rozaron la línea del horror. Y los míos no se quedaron atrás al caer en la cuenta de las pachotadas que dije sin siquiera respirar. Hombre, si me invitaran a rapear terminaría superando al mismísimo Eminem.

—Qué historia más interesante, lo anotaré en mi libreta para recordar cosas.

Le di un codazo como muestra de su ofensivo comentario, luego concluí que si estaba haciendo un comentario borde se debía a que estaba de buen humor. O algo así. El chico me resultaba todo un misterio, uno muy impredecible.

—¿Un chiste? —le pregunté subiendo y bajando mis cejas.

—Paso, no quiero torturarme la mente.

—Sé que te dan gracia, pero como tienes que mantener tu orgullo intacto, prefieres poner tu típica cara de póker.

—Si la mentira te hace feliz... entonces sí, tus espantosos chistes dan gracia.

«Oh, cielos, he doblegado el orgullo de Felix», pensé.

Elevé mi barbilla para mirar el cielo oscuro entre los arboles a la espera de que algún meteorito cayera o el cielo se abriera y aparecieran los cuatro jinetes del apocalipsis.

«¡El fin del mundo debe estar cerca!»

—Siempre lo supe.

Un largo silencio se mezcló con una brisa cálida que me hizo estornudar. Mi organismo no estaba satisfecho con tener un segundo de descanso y paz, así que decidió romper el silencio con un ataque de estornudos y picazón.

—Apuremos el paso —animé al Poste—; ¡ya no puedo más con tanto polen!

Di dos zancadas furiosas antes de ser detenida por Felix, quien me agarró por el hombro.

—No volvamos a casa aún; pasemos la noche afuera.

—Perverso —acusé, mirándolo por encima del hombro. Felix blanqueó la mirada.

—No en ese sentido, boba. Quiero helado.

Un *puf* inició una carcajada de mi parte.

—¿De qué sabor, Chami?

Me tocó la frente y me hizo a un lado; ni siquiera me fijé en el momento en que me había acercado para fastidiarlo.

—Eres molesta —farfulló.

Seguí riendo, hasta que mi risa se apagó con el efímero, tan pasajero y entrañable recuerdo de Lena. Esos días en que nos sentábamos a tomar helado y contar autos me formaron un hueco en el pecho. Suspiré pesadamente y contemplé el camino restante.

—Sé dónde venden unos helados que saben geniales.

Felix siempre tuvo preferencia por las cosas rojas. De niños se acaparaba todos los juguetes con tonalidades rojizas, incluso las frutas que tanto devoraba eran de color rojo: frutilla, guinda, sandía, moras, frambuesas... Por eso no me sorprendió mucho que le pidiese al vendedor un helado de sabor frutilla. Yo, en cambio, opté por gastar mi dinero en un helado doble de chocolate. La expresión ceñuda que me regaló el Poste al ver la gula latente en mi persona no se hizo esperar.

La brisa fría de la noche y el tomar helado en la calle hizo que mi cuerpo se alivianara, mi respiración profunda no fuera pesada; se sentía un libertinaje casi culposo. Mis ánimos subieron y, recordando viejos tiempos, convencí a Felix para que me acompañara al *minimarket* junto a la carretera. No estaba muy lejos después de todo. Desde la heladería se oían los motores furiosos de los autos corriendo por la carretera y el silbido del viento.

Arrastrando conmigo al hijo mayor de los Frederick, contemplé en la lejanía esa sucia acera donde Lena y yo nos sentábamos. Pude ver en un segundo mi espalda junto a mi amiga, riéndonos y contando los autos. El pecho se me comprimió y tuve que cerrar los ojos con fuerza para disipar aquellos recuerdos conjugados en ese anhelo de retroceder el tiempo.

—Vamos allí.

La voz de Felix caló profundo en mi psiquis y provocó que abriera los ojos de golpe. La imagen de una pasada Floyd junto a su mejor amiga se esfumó para capturar ahora la pasarela sobre la autopista que Felix señalaba.

Una escalera larga fue el reto que atravesamos para llegar arriba. El viento se agolpaba al cuerpo. Mi compañero inexpresivo no daba señales de disfrutar el helado, tampoco le pareció una idea brillante que mi trasero diera contra el cemento de la pasarela y dejara colgando mis piernas entre las rejas de seguridad. Los autos daban de frente con nosotros y algunos osados apretaban el claxon al vernos. Tironeé al Poste con Patas desde su abrigo y, de mala gana, terminó sentándose a mi lado degustando su helado.

—Esto es mejor que una terapia con el psicólogo —comenté, para luego lamer mi helado.

—¿Has ido al psicólogo? —curioseó sorprendido. Fotografíé mentalmente su expresión. Asentí como respuesta—. ¿Cuándo?

—Después de la muerte de Lena —contesté y, para que no volviera a preguntar, agregué—: Lena, mi mejor amiga. Solíamos venir a ese *minimarket* a contar los autos. ¡Qué buenos momentos...! ¿Y tú?

Negó con la cabeza sin decir más, pero luego lo pensó mejor y asintió.

—Sí, pero lo dejé porque empeoraba las cosas. En realidad, lo mío no era abrimme a los demás; nunca pude responderle nada en concreto.

—Siempre invaden con preguntas... —carraspeé para aclararme la voz e imitar a la psicóloga que me había atendido hacía unos años, que no hacía más que preguntar lo mismo—. ¿Dime, Floyd, qué ves al mirarte al espejo? ¿Qué es lo que más te duele de la muerte de tu amiga? ¿Tenían secretos? ¡Por Dios! Es claro que lo doloroso no era su muerte, lo doloroso eran todos sus recuerdos, los momentos que pasamos y los que no alcanzamos a pasar. —Terminé cansada, agotada de decir lo que no le había dicho a mi joven psicóloga para entonces—. ¿Oíste eso?!

¡Los recuerdos! ¡R-E-C-U-E-R-D-O-S!

Felix se echó a reír cubriendo su boca con el dorso de su mano libre. Le sonreí enseñándole mis dientes enlatados. Un sentimiento de libertad se apoderó de mi ser. Codeé a Felix para que se entusiasmara e hiciera lo mismo.

—Vamos, también deberías desahogarte.

—¿Qué quieres que grite?

—No sé, lo primero que se te venga a la cabeza.

Se incorporó dándole una lamida a su helado antes de amasar las palabras en su boca. Lo observé en medio de la precaria iluminación y vi su tatuaje.

—¡Lo primero que se te venga a la cabeza! —gritó sin mucho entusiasmo. Me carcajeé de su pésimo intento y el que no tuviera nada que gritar.

—Oh... no puedes ni compararte a un bebé, no sabes gritar.

—Andar chillando como lo solían hacer otras personas no me sienta bien...

—Andaaaa —me quejé y volví a codearlo. A este paso, sus costillas debían estar más trituradas que papas en la batidora—. Grita algo coherente, algo así como para desahogarte.

Lo pensó un segundo, mientras acababa la primera parte de mi delicioso helado.

—¡Este helado sabe a plástico!

—*Buuu...* —abucheé—. Con los autos que pasan apenas se te oye.

—¡Este helado sabe a plásticoooo! —Se giró para mirarme—. ¿Mejor? —preguntó con la voz rasposa, luego tosió.

—Mejor. Ahora me toca: ¡No tengo la menor idea de qué hacer con mi futuro, pero me vale!

Un sujeto que pasaba con su auto se asomó por la ventana para ser el próximo concertista más famoso de bocinazos. Me reí con más ganas y Felix también.

Volvió a prepararse para gritar.

—¡Nunca quise dejar Los Ángeles, mucho menos dejar a mis amigos, pero el hurón que tengo al lado compensa todo lo que dejé atrás!

Una mano divina entró por mi pecho e hizo que todo mi corazón se estrujara.

—¡Espero que eso sea cierto y no mero sarcasmooooooooo! —Solté a todo pulmón hacia la carretera, aferrando mi mano a la reja y con los ojos cerrados. Mi garganta no dio para más y mi lengua comenzó a adormecerse por el helado. Esperé la contrarrespuesta de Felix, pero decidió que su garganta y estado mental no podían ceder a la demencia. Agarró la reja rozando con sus nudillos mi mano, causa suficiente para girarme y mirarlo con las mejillas que me ardían a causa de la sorpresa.

—Es completamente cierto —musitó.

Sentada en la pasarela, me di cuenta de dos cosas:

1. Junto a Felix el sabor del chocolate era más dulce.
2. Felix tacharía dos deseos más de la lista.

Descubierto



Volvimos a casa después de que Felix respondiera una llamada de su madre diciendo que estaban todos muy preocupados por no haber llegado. Como es costumbre en tía Michi, por poco llama a la policía, el FBI, la CIA y, si es que cabía la remota idea de su existencia en estos tiempos, al mismísimo Sherlock Holmes para encontrarnos. También nos regañó por no avisar dónde estábamos; dijo que especularon sobre nuestra escapada a algún hotel o algo por el estilo y le preguntó a su hijo si necesitábamos más intimidad en la casa, tener nuestro espacio. ¡Un caos tremendo! Uno que hubiera deseado no atravesar, mucho menos escuchar desde el celular de Felix.

Cuando cortó la llamada, aburrido de tanta cháchara, se quedó otro par de segundos en silencio, mirando la carretera y el cielo oscuro de la noche.

—¿No deberíamos irnos ya?

Se aferró a la reja.

—Deberíamos —pronunció en un suspiro muy camuflado—. Y deberíamos volver aquí.

—Ya entiendo, te gustó la idea de gritarles cosas a los autos.

No lo culpé; la sensación de libertad era adictiva. Decirles adiós a todos los problemas, olvidarte de quién eras. Te sentías como una pluma que se elevaba con el viento, meciéndote lento y con delicadeza, hasta que estallaba y ¡paf! La delicadeza se convertía en un atrevimiento que hasta el más callado y tímido no podía resistir.

Una vez que cruzamos el umbral de la puerta principal en casa —a eso de las 2:00—, otro discurso para chicos rebeldes e inconscientes dilató mis ansias de lanzarme a la cama y dormir.

Subí a mi habitación arrastrando los pies, procurando no emitir ningún ruido que despertase a Charlotte. Pobre de aquel individuo despistado e inconsciente que hiciera despertar a la pequeña, pues recibiría nuestro odio y nuestras advertencias constantes sobre la importancia de ser cuidadosamente silencioso. Cosa seria, todos nos lo tomábamos muy en serio.

Una mañana del sábado, los sujetos que recogían la basura creyeron que su camión era un escenario donde tocaban *heavy metal*. El bajo de las canciones causaba que las ventanas de las casas retumbaran y se movieran como si el mismísimo T-Rex, de *Jurassic Park*, estuviese caminando por la calle. La guitarra con notas que chocaban entre sí y los gritos guturales no solo espantaron a Charlotte, sino a todos los residentes de las casas vecinas que dormían o desayunaban tranquilos. Nuestra pequeña Charlotte chillaba peor que la misma canción. Todos salimos en pijama a reclamarles, excepto papá, quien dijo que parecíamos simios junto a la camioneta esperando que nos tiraran plátanos. Tío Chase y tía Michi se volvieron locos defendiendo la pasividad de un sábado por la mañana y exigiendo que para la próxima ocasión no colocaran la música tan alta.

Pero no hubo próxima vez, después de estar una semana con las bolsas de basura acumulada, otros trabajadores comenzaron a pasar. Creo que fue la vecina a dos casas de la nuestra quien se hartó de las moscas y decidió tomar cartas en el asunto, por lo que todos conocíamos perfectamente la consecuencia de despertar a la pequeña Frederick.

Pobre Poste con Patas, quería una hermanita que no fuese chillona y le salió todo lo contrario. Estaba segura de que Carlotte sería una de las mías, que hablaría hasta por los codos, y fastidiaría a su hermano día y noche.

La semana del festival acabó en un parpadeo, lo que se resumía en volver a las extensas y tediosas clases, partiendo por Historia a primera hora del lunes. Mittler, por supuesto, comentó lo horrible y desastrosa que había sido mi actuación y se jactaba de que lo único bueno había sido el guion adaptado. Todos sabían que la mala había sido ella, que permitió que actuase cuando era claro que no era lo más razonable. Pero vamos, era Mittler, ella no era razonable si de hacerme sufrir se trataba. Aunque parte de la culpa la seguían teniendo Felix y su...

«No me importa que tan bien o mal actúes, te quiero allí, Blue».

¿Está bien utilizar las frases que dice el Poste para mi propia historia de Wattpad? Ni idea, pero si algo aprendí, es que a cualquier adolescente se le derretirían todas las hormonas al oír algo como eso, así que se justificaba con creces el usarlo.

Decidí hacer avanzar mi abandonada historia. Con cada capítulo que escribía podía escuchar en mi cabeza a Blue y a Pink quejándose de que era una mala escritora por tenerlos entre las telarañas de mis divagues y los lectores que esperaban mi actualización desistieron de sus súplicas. Mi cuenta solo era para leer a Synapses, pero él tampoco actualizaba. No publicaba cosas nuevas desde hacía bastante tiempo. Miles de corazones rotos y desesperados navegaban entre la bruma de no saber qué le había sucedido. Ni siquiera tenía actividad en su cuenta desde que había respondido a un comentario. Algunos paranoicos (incluyéndome en este selecto grupo) crearon teorías, como la típica: se quedó sin Internet. Otros decían que tenía el indeseado bloqueo de escritor. Y otros, mucho más morbosos, afirmaban que había muerto. Con esta última teoría pegué un grito al cielo.

Mamá subió a mi habitación casi a tropezones.

—¡Floyd! —exclamó entrando por la puerta como agente de SWAT. Al verme sentada en mi cama, rodeada de almohadones y con el celular en la mano, bajó los hombros y negó con la cabeza—. No me asustes así, muchachita. ¿Qué ocurre?

—¡Mamá! —chillé, arrastrándome hacia los pies de la cama—. ¡Synapses, mi escritor favorito de todos los tiempos puede estar muerto!

—¿No era tu papá el favorito?

Chisté.

—Eso se lo digo para que me dé dinero. ¡Pero no viene al caso! —Abrí mi boca para tomar una gran bocanada de aire—. Synapses no ha actualizado en un buen tiempo y... y... y todos estamos desesperados. ¿Qué será de mí sin Synapses? Mi fuente de inspiración. Mi musa...

¿Era chica o chico? ¡Ni siquiera sabía eso! Me sentí una mala seguidora, aunque ese problema podía solucionarse.

—Tranquilízate, Huroncito. —Mamá acarició mi cabeza—. Seguro que solo tiene un bloqueo, ya sabes, eso que suele pasarles a los escritores.

Asentí lentamente, esperando que solo fuese eso.

Regresé a mi historia y terminé el capítulo. Plagué el capítulo con frases que Felix me había dicho y situaciones tan alocadas como la del festival. Lo publiqué con una sonrisa de victoria y comencé a ver las lentas notificaciones que comenzaron a llegar. Tenía pocos lectores y parecía

que los más fieles seguían votando hasta que mi torrente sanguíneo se heló.

Primer impacto: «BrainStxrm votó en *Blue & Pink* – Sin pudor». Segundo impacto: «Synapses ha actualizado *En las fauces del lobo*». Poco más y me desmayo.

«Por favor, por favor, que Felix no lea mi capítulo y lea a Synapses, se golpee la cabeza y olvide que *Blue & Pink* existe», rogué al cielo con los ojos muy cerrados. Repetí la misma oración unas cien veces hasta que los Frederick golpearon la puerta de nuestra casa.

Los cuatro habían ido a visitar su querido hogar en el que dentro de poco podrían residir. Esa misma tarde le darían el visto bueno y podrían decirnos las últimas noticias sobre ello. Por fin, después de meses desde su llegada, podríamos tener la casa para nosotros solos. Que los Frederick se marcharan también querría decir que mi lado exhibicionista casual no sería cuestionado y que, por ende, podría andar en ropa interior por la casa cuando se me placiera.

Me deslicé como una serpiente hacia el umbral de mi puerta, me asomé al pasillo viendo el momento justo para enfrentar mi nefasto miedo. Las voces desde el primer piso eran de mamá que hablaba con tía Michi, preguntándole qué tal iba todo.

—Dentro de una semana podemos irnos. En estos días llevaremos las cosas de Carlote, como la cuna, la silla para comer, su baúl de juguetes... Chase se volvió loco; ¿comprarle un baúl que tiene el doble de tamaño de una niña? Es un exagerado —se quejó con su tono de reproche.

—Algo que tenemos en común, Michi —contrató su marido. Oí una risita por parte de mamá.

—Iré a dejar a Carlote.

Esa aburrida y equilibrada voz era la de Felix. Entrecerré la puerta de mi cuarto al escuchar sus pasos en la escalera. El corazón se me aceleró e intenté apaciguar los latidos colocando mi mano en el pecho. Bah, eso no ayudaba en nada. La convivencia empeoró en el momento en que Felix pasó por fuera de mi habitación tarareándole una canción a su hermanita. Me tomé la cara aplastando mis mejillas con desesperación. Habría vendido mi alma para conseguir verlo haciendo de hermano mayor, tarareando, y luego le hubiese tomado una fotografía para sacarle copias y venderlas en Jackson. Bien sabía que ese negocio no sentaba nada mal; conseguiría dinero hasta para un auto.

Nota: abrir un negocio de fotos sobre Felix (y en lo posible, otras fotos de los chicos más codiciados del colegio).

Ahora me quedaba saber si había leído el capítulo que había copiado de mi vida real y sucumbir a la demencia o si Synapses me había ayudado, inconscientemente, para que eso no ocurriera.

Busqué mi celular entre mi desordenada cama. Dentro de mi desesperación, ni siquiera había leído la actualización de Synapses.

Abrí la aplicación y busqué la notificación solo para gimotear en *mute*. No era un nuevo capítulo, era una nota:

Mis queridos lobos, lamento que esta nota no sea una actualización. También lamento haberlos dejado con la intriga sobre lo que ocurrió con el clan enemigo. Y lamento todavía más no poder responder a sus comentarios, mensajes, etc.

Quiero informarles que estoy cruzando por una difícil situación en mi vida, una que me está impidiendo poder escribir. No podré hacerlo por un tiempo prolongado, con el dolor de mi alma. Es un problema personal serio, uno que ni siquiera escribir puede compensar.

Ustedes me llenan, me alegran con sus comentarios, me colman de fuerza con todos sus ánimos, me dicen que estoy haciendo las cosas bien dentro de la comunidad, pero este peso... este problema es mayor.

Perdón.

No tengo un bloqueo, sino todo lo contrario. Quiero pensar que esto, lo que está ocurriendo, me servirá, que podré sacar provecho de todo esto, que puedo sacar lo mejor. Estoy intentando verle el lado positivo, de verdad lo intento.

Espero lo entiendan, lobitos. Los traigo justo aquí: ♡

Un frío vacío hizo eco dentro de mi corazón. Synapses no se leía como en sus notas de autor, mucho menos como siempre respondía. Estaba mal, lo estaba pasando terriblemente mal y nadie sabía el motivo. Siempre fue alguien reservado, tanto que nadie sabía si era chico o chica. Su foto de perfil era la S nada más, sin fotos o imágenes. Sus gustos iban desde novelas juveniles muy ñoñas a ciencia ficción e historias de acción. No respondía con un exceso de *emojis*, raramente los usaba. Hablaba de su persona de tal forma que no se supiera si era un chico detrás de todo, o bien, una chica. Algunos creían que sí era una chica y, otras como yo, que era un chico.

Fuese quien fuese la persona detrás de Synapses, tenía un problema y no lo leeríamos en mucho tiempo.

Abrí la puerta de mi cuarto y salí al pasillo. La puerta donde dormían los padres de Felix estaba junta; me asomé sin encontrar al Poste inexpresivo, solo a su pequeña hermana que dormía rodeada de almohadones para que no cayera de la cama. Seguí el paso con más precaución y llegué al cuarto de Felix.

Ni siquiera golpeé, solo me asomé para verlo. Lo encontré lanzando con furia sus almohadones hacia la pared. Su celular estaba en la cama, con la pantalla encendida, el fondo blanco de lectura de Wattpad.

—Felix... —musité entre la sorpresa de verlo airado.

Me buscó algo desorientado y me miró con sus cejas a punto de tocarse, los puños y su pecho agitados. La rabia que portaba se podía notar con creces.

—¿Qué? —preguntó con los dientes apretados— ¿Vienes a parlotear como un loro?

¿Vienes a decirme otra de tus idioteces? ¿Vienes a meter tu nariz donde no corresponde? ¿Vienes a desordenar mi mundo otra vez? ¿Vienes a preguntarme qué pasó con Synapses?

Sus preguntas me atropellaron; me limité a negar sin comprender absolutamente nada. La confusión hizo eco en mi persona, lo que me llevó a preguntarme qué pudo haberle pasado y por qué sacó a Synapses entre su disparo de preguntas.

—Cálmate un poco...

—No me pidas que me calme, McFly. —Me recorrió con sus ojos austeros, despreciando cada parte de mí—. Haces que todo se arruine.

Apreté mis labios con fuerza mientras todo se destruía en mi interior.

—Suerte para ti que eso ya no ocurrirá —hablé con dificultad; tenía un maldito nudo en la garganta—. Contaré los días hasta que te vayas.

Era un hecho muy real que Felix Frederick, ese poste inquebrantable con una única expresión, controló mi mundo como si fuera su títere y logró destrozarlo con unas cuantas palabras. Me llevó hasta el nirvana y me restregó en la cara que solo se había tratado de una ilusión... Todo bien poético. Pretendí verme como si nada me afectara, como si la existencia de aquella persona fuera tan nula e insignificante dentro de los parámetros de mi vida que asumí una postura cortante y

arrogante... que más bien parecía todo lo contrario. De nuevo mis malas dotes para la actuación me jugaban una mala pasada, peor fue ponerlas en práctica en mis encuentros a solas con Felix en los pasillos de la casa. Cielos, vaya encuentros más electrizantes. Éramos cables de luz que sacaban chispas, luchando en silencio por obtener un vencedor.

El destino debía estar sentado, comiendo palomitas y bebiendo soda, mientras veía nuestros tropezones. Creo que esa semana, la última en que estuvieron en casa, fue en la que más lo vi. El baño, la cocina, los pasillos, la sala, la oficina de papá (cuando me metí a curiosear), el patio, el colegio, los pasillos del colegio, el paradero... Vaya, cuántos escenarios para don Destino. Se encargaba de demandar sobre nuestras vidas cosas que ni siquiera deseábamos, provocaba desastres naturales en mi interior con cada aparición terrorífica que Felix hacía frente a mi nariz. Lo peor no era eso; siempre que aparecía ante mí, recordaba con desesperanza y decepción cada una de sus palabras.

Era algo como:

Yo: *Si «lo arruino todo», ¿entonces para qué presentarme ante él?*

Destino: *Pues para entretenerme, duh. Ahora, ¿por qué no vas a la sala a ver la televisión para que te encuentres con Felix que está leyendo sin que te percales?*

Mi subconsciente: *¡Oye, pero qué grandiosa idea! Destino: Soy fabuloso. ¡Dame esos cinco!*

El último día, justo antes de su mudanza, me limité a no pensar en la despedida, a decirme que añoraría las discusiones del matrimonio y el olor a bebé tan particular de Carlote, nada más. Nada más.

¡Nada más!

Era evidente que eso no sería así. Decirle a Felix que estaría contando los días no podía ser más cierto. Lo hice tan religiosamente como un nutricionista con las calorías de la comida. Pero no podía quedarme callada, con mi orgullo destrozado y queriendo estallar en llanto porque la persona por quien eclosionaba mi sistema nervioso me había dicho tales cosas.

¿Qué le había pasado? Tenía muchas teorías del porqué de su actitud. Felix y sus facetas impredecibles.

¿Había sido por lo que escribí en mi historia? ¿Por la mudanza? ¿Por Synapses? ¿Era en verdad por el mensaje de Synapses? ¿Fue porque quise preguntar qué le pasaba a mi escritor favorito? ¿O era por algo peor? ¿Tal vez estaba empeorando y no quería decirlo? Tantas preguntas sin respuesta no me traerían nada bueno para la salud; eso estaba claro, así que decidí omitirlas y pasar de su existencia.

Aunque eso, era obvio, no pudo ocurrir.

Al otro día, en casa solo habitaban los McFly.

No fue la mejor de las semanas, sino todo lo contrario. La partida de los Frederick fue llena de nostalgia, sobre todo porque llegaron a revolucionar nuestras vidas durante meses. Parecía que habían estado con nosotros toda una eternidad alocando nuestras mañanas. Desde que llegaron a casa, nuestros días relativamente tranquilos perdieron su monotonía con los infortunios de tía Michi, las discusiones de amigos entre papá y tío Chase, la expectante llegada de Carlote, los comentarios de Felix. ¿Cómo era posible que en solo unos meses lo revolvieran todo? ¿Cómo serían nuestros desayunos sin ellos? La casa se sentía tan vacía y fría, lejos de ese toque hogareño que incitaba a querer arrancarte los pelos porque todo iba contra reloj; sin embargo, esa adrenalina momentánea se sentía taaaan bien.

Cutro fue el primero en proclamar a los vientos que extrañaba la presencia de los Frederick. El peludo con cuatro patas maullaba por las noches en busca de alguien que, de ninguna manera,

volvería: Felix. Era su consentido, por supuesto. Cutro no tenía a quien acosar por las noches; por eso protestaba con sus prolongados maullidos, con cuales, por cierto, trajo a gatos que creían que la bola de pelos estaba en celo.

Luego fue mamá la que se quejó que nadie la ayudaría en la casa. Protesté diciendo que era una hija ejemplar, que siempre hacía los quehaceres —lavar la loza, fregar el piso, sacudir los muebles, hacer mi cama—, a lo que respondió con un simple «meh». ¿Así era como se me pagaba por ser una hija ejemplar?

Por último, estaba papá, que no demostraba mucho, pero ambas (mamá y yo) sabíamos que la ausencia de su mejor amigo de años, que ya no estaba cerca, lo entristeció, que no podría echarle en cara cosas tan absurdas como que había usado mucho champú cuando casi estaba calvo (Aclaración: tío Chase no se estaba quedando calvo, pero lo molestaban con eso porque en la universidad había aceptado el reto de raparse) o que se acababa toda la comida de la nevera por culpa de su amigo. Extrañaría a la única persona, después de mamá, que lograba fastidiarlo como si fuesen dos adolescentes y lo transportaba a aquellos años en que gozaba del complejo de dios griego.

Yo preferí guardar toda emoción, toda despedida y toda agonía por la ausencia de la familia en lo más profundo y calentito de mi cama, bajo las sábanas.

Mi estado anímico se vio opacado y el gallinero lo notó. Por supuesto, sus comentarios iban dirigidos a mi relación con Felix, hecho que despertaba mi decepción.

No sabía qué era lo que más me dolía, si su actitud o el tener que soportar la curiosidad de saber el motivo de esta.

Mi hurón curioso interior estaba convirtiéndose en piedra y solo una respuesta, aunque fuese a una de las tantas preguntas, podía salvarlo. Hacer que viera la luz.

Pero cuanto más mis deseos por descubrir la verdad se iban aferrando a la idea de enviar a algún agente secreto para resolver las interrogantes de esta historia, menos se podían cumplir.

Felix faltó a clases después de mudarse, también al club. Los profesores dijeron que había sido por la mudanza, que se estaba adaptando y ese tipo de proceso llevaba tiempo, incluso trámites con el colegio. Al comienzo creí en los motivos dichos por los profesores, luego recordé que solo faltaba para asistir a sus controles médicos.

Mi cerebro vio por fin un halo de luz divina al unir piezas y evolucionar un pelín más allá. Primero le pregunté a Joseff.

—Oye, Chico Batman... —Me esforcé a sonar casual, como quien hablaba del clima.

Joseff lucía muy concentrado anotando algo en su cuaderno. Miré la pizarra creyendo que la profesora de Lenguaje había escrito algo, pero no había nada. Volví a llamar a Joseff y descubrí que no escribía nada relacionado con la clase, sino algo que necesitaba ocultar del mundo. Cerró el cuaderno apenas vio que mis ojos casi se salían de sus órbitas en un intento por leer.

Me recompuse queriendo que el calor en mis mejillas no fuera por mi descaro.

—¿Qué ocurre? —preguntó con su sonrisa de oreja a oreja.

Jugueteé con mis dedos y encogí mis hombros. Preguntar por el Poste se sentía como invitar a un chico a salir. Experimentaba una sensación nueva únicamente por querer saber qué pasaba con la persona que había aplastado mi corazón con un simple «solo haces que todo se arruine», cuando antes me había dicho que compensaba todo lo que había dejado atrás.

Felix: experto en ilusionar.

—¿Sabes qué pasa con Felix? —Mi pregunta tuvo un exceso de eses alargadas que obtuvieron como respuesta un ceño fruncido.

—¿Cómo?

Me sonrojé aún más. Estaba doblegando mi orgullo.

—Que si sabes por qué Felix falta a clases —me expliqué, esta vez, con voz más pausada. Pero muy, muy, muuuuuuuuy baja. Hablé entre dientes.

—Uhm, no puedo entenderte.

Me agarré la cabeza clamando en un jadeo al cielo que me diera una dosis más de paciencia. Mi Floyd explosiva quería salirse de su celda para gritar a todo pulmón y destrozar todo a su paso.

—¡Si sabes qué maldiciones pasa con el inhumano de Felix!

Terminé lanzando un bufido exasperado que selló para otro momento a mi Floyd explosiva y sin remordimiento. Mi bufido se convirtió en un silencio de funeral para los que charlaban plácidamente mientras el profesor de Lenguaje arreglaba unos asuntos con las guías de no sé qué. Les regresé una mirada de «métanse en sus asuntos» que había aprendido de los líderes de bandas temerarias en la televisión.

Joseff emitió un prolongado sonido en que culminaba con la letra «A» y asintió con lentitud. Entendió por fin lo que trataba de preguntar con tanta timidez.

—No he hablado este último tiempo con él. Hace tres días le pregunté cómo era su casa y si me dejaría ir a verlo, pero no contestó y ahora... —señaló su pecho— su visto está justo aquí. Creí que tú sabrías algo, pretendía preguntarte después de terminar con... eh, el trabajo de mi hermana.

Mi ceja alzada casi llega al mismísimo Edén. Durante todo este tiempo pensé que yo era la de los malos pretextos.

—¿Bien...?

Genial, maravillosamente genial. Ahora una nueva incógnita para la señorita curiosa se le colaba en su cabeza.

Dada la mala suerte que tuve al interrogar a Joseff y obtener una nueva pregunta en mi cabeza, recurrí a preguntarle a papá.

—¿Qué pasa con Felix? Según supe está bien, nada malo pasa con él —contestó sin quitar la vista del manuscrito de su nuevo libro, del cual ni siquiera sabía su nombre—. ¿Ocurre algo con su persona? ¿Algo que no me has dicho?

Dejé mis intentos por leer las hojas impresas y me tensé. La suspicacia de papá igualaba la de mamá. Ese don de madre que se enteraba de todo lo que hacían sus hijos le fue donado, por arte de magia, al gran Mika McFly, lo que sentenciaba una tortura de preguntas pretenciosas que traían como consecuencia la revelación de problemas que no deseaba contar. Sumando a todo que la niña Floyd no puede mentir sin hipar, solo restaba decir la verdad, mentir y fingir demencia con una sonrisa culposa, o apretar las nalgas y huir cuanto antes.

Decidí responder con una cuarta opción.

—Tal vez.

Esperé hipar mientras sufría mares de gimoteos para mis adentros.

Por primera vez, sudando frío y esperando que el hipo me delatara, no lo hizo.

—¿Solo «tal vez»?

Volví a sudar como para llenar un tarro, calentarlo, evaporizarlo y convertirlo en agua.

—Tus preguntas son un poquitín abarcadoras.

Sonrió alzando sus cejas con sorpresa.

—Ah, ¿sí? —Asentí.

—Sep, porque no preguntas nada en contexto. ¿Qué pasó con él? Han pasado muchas cosas, ¿entiendes?

—Sabes a qué me refiero.

Oh, claro que sabía a qué se refería con su pregunta. Mis ánimos por subsistir se vieron opacos, grises, diminutos cual hormiga. ¿Hace cuánto tiempo no reía con fuerza, desde mi interior? Pues desde esa noche en la autopista. Mierda, todo se sentía como una patada en la espinilla. O como una nueva decepción amorosa ¡y ni siquiera estábamos saliendo!

—Si pudieras ser un poquito más claro...

—Quiero saber si el motivo de tus consternaciones lleva por nombre Felix Frederick.

Me rasqué el brazo mirando hacia el suelo, buscando alguna trampilla para esconderme allí. Lamentablemente, y con conocimiento, allí no existía ninguna. Pero no importó mucho, mi celular salvó al mundo de una posible guerra mundial.

La llamada la realizó tía Sarah, la hermana menor de mamá y con quien había trabajado para las vacaciones de invierno en su florería.

—¡Flo, querida! —exclamó con cierto tono desesperado, como si hubiera hecho miles de llamadas—. ¡Qué bueno que contestas!

—Hola, holaaaa —saludé con la voz tan monótona que no me reconocí.

—¿Ha pasado algo, pequeña? —preguntó con preocupación. Negué con la cabeza olvidando por completo que no podía verme.

—Nada de las nadas, naditas.

No hay mejor forma de decir «han pasado muchas cosas» que repitiendo la misma palabra un millón de veces.

Una risilla nerviosa se le escapó.

—Eso parece todo lo contrario, Floyd. ¿Qué pasó?

—Es una larga historia.

Sí, una que tomaría unos veinticinco capítulos.

—Siempre dices eso cuando no quieres contarme —reprochó cual niña pequeña. En la lejanía escuché la risotada de Mark mofándose de ella—, lo hiciste cuando tu exnovio te dejó.

Oye, gracias por recordarme que fui despechada por un calvo.

—Bueno, bueno, ¿para qué me necesitas ahora?

—Tss... Tan cortante, de verdad pasó algo. —Suspiré cerrando los ojos para contar los límites de mi paciencia—. Te cuento: Mark tiene que cuidar a su madre en los confines de la Tierra y necesito de alguien que me ayude, ya sabes... Es primavera y todos andan comprando flores para los festivales. La tienda es un caos.

Muy oportuno el destino; ahora quería que muriera de conjuntivitis y mi nariz se asimilará a la del reno Rodolfo con todo el polen.

—No sé... voy a estornudar más que atender y organizar flores.

—Andaaaa —rogó otra vez como si fuera una niña, y Mark volvió a reír—. ¿De qué te ríes tú, malnacido? Ah, Floyd, a ti no te lo digo, ¿eh? Mark, no te rías o no habrá despedida... ajá, a eso me refiero... Ja, eres tan simple.

Mi imaginación voló al quinto cielo para aterrizar en un crudo choque con la realidad.

—Puedes quedarte hasta que encuentre a alguien, solo serán unos días —insistió.

Mi remordimiento y el deber de ser una persona sensata que ayuda a su prójimo se presentaron. No podía decirle que no a mi tía, quien amablemente dejó que trabajara con ella la vez que no tenía dinero, que con paciencia me enseñó a hacer arreglos florales y curiosidades sobre las flores.

Volvería mi insistente comezón en la nariz, junto con la conjuntivitis, pero bueno...

—Está bien. Espero que me paguen por mis servicios —dije por último, en lo que tía Sarah chillaba de alegría.

La mejor solución que hallamos para aligerar mis estornudos fue una mascarilla como la que usaban los médicos en cirugías. Mi reforma como trabajadora en la florería no daba sensación de confianza que se necesitaba con la mitad de mi rostro cubierto, por lo que Sarah decidió dejarme el trabajo más pesado y me incentivó a limpiar los vidrios, arreglar las vitrinas y reponer flores una tarde de sábado.

De forma inesperada, me dediqué a trabajar en silencio; no quería que nadie conocido me hablase para no tener una charla donde los mocos acumulados en mis fosas nasales fuesen el causante de que hablase con gangoso «¡Hoda, ¿cómo *edtád*?... Ah, qué *bied*, yo *edtoy adquí* intentando *ludid nodmal*». ¡Horror!

Ya mis antecedentes se mancharon con la decisión de un apurado cliente para no comprar nada y sugerir, de paso, que contrataran personal capacitado. Como si fuese la primera vez que trabajaba en la florería... ¡Obvio que mi problema se debía a que el polen me resultaba intenso para la fecha y el exceso de flores era el principal causante de que tuviese que respirar solo por la boca! «Incomprendida», así me definió Sarah cuando me consoló tras horas y horas de gimoteos incansables.

Ella tenía una paciencia del porte de un buque. Siempre miraba positivo. Dulce, con un amor por la primavera que me hacía ver como una asesina de la naturaleza tras desear que su estación favorita durara tres simples días. Tía Sarah me llevaba unos cuantos años, aunque eso no era impedimento para que la confundieran con alguien de mi edad. Todas sus dotes, incluyendo un cuerpo curvilíneo y un carisma que yo no poseía, la llevaron a ser la primera persona que los clientes buscaban al entrar en la tienda. Yo, en cambio, era una estatuilla más, una que las personas miraban con extrañeza mientras me esmeraba por quitar una pegajosa mancha en el vidrio.

Después de unos días la mancha pegajosa tenía el doble de su tamaño. Crecía como bacteria en los dientes de un niño pequeño, como los estúpidos videos virales que circulaban por Internet. Una jugarreta macabra me tendía el destino, lo que me dejaba el constante interrogante de «¿qué hice para merecer esto además de haber nacido?». Omití buscar respuestas a una duda existencial tan desequilibrada que, apostándolo todo, no obtendría jamás.

Decidí dejar de lado mis desdichas y concentrarme en raspar con mis uñas la mancha pegajosa, la que insistía en propagarse cual rumor, esta vez, en mis dedos. Bajé mi mascarilla y pegué un gruñido silencioso que se vio interrumpido con la espectral aparición de Felix Frederick, quien pasaba fuera de la tienda.

Bastó ver la silueta con su abrigo marrón para que instintivamente me girara hacia el interior de la tienda, a la espera de no ser descubierta. Mis latidos se pronunciaron, reproduciendo un sonar repetitivo, lleno de sutileza, una interminable tonada que interpreté como la banda sonora de miedo más terrorífica jamás escuchada. Cerré mis ojos suplicando que no se percatara de mí, mas todo se cayó por la borda con el suave tintineo de la campanilla que colgaba sobre la puerta.

El mundo se pausó una centésima de segundo para que mi lento pestañeo interceptara al chico inexpresivo entrando a la florería.

Todo volvió a su normalidad y necesité una bocanada de aire para calmarme. Subí mi mascarilla

y giré hacia la vitrina, disimulando mi estadía en la tienda con una canción imperceptible.

«¿Qué narcisos hace acá?», cuestioné fingiendo concentrarme en mi trabajo.

«¿Viene por el anuncio de trabajo?», pregunté dándole un vistazo al papel pegado en el vidrio, que solicitaba personal.

«¿Quiere trabajar como florista cuando su empatía y carisma son mucho... no, horriblemente peores que la mía?», inquirí con incredulidad.

«¿Acaso viene solo como comprador?», pensé siendo más razonable.

«¿QUÉ HACE AQUÍ, DIOOOOOS?», me derretí de la angustia. No pasaba nada, con la máscara no podría reconocerme. ¿O sí?

Podía, claro que podía. Una cualidad de Felix era ser observador y muy suspicaz, tanto que logró reconocerme disfrazada de abeja en el festival de primavera, aunque no di (según recuerdo) ningún indicio para que me reconociera, además de mis celos. Con eso en mi contra, el chico inexpresivo, promiscuo, rompecorazones poseía todas las posibilidades de reconocerme.

El solitario punto en el mundo que contaba a mi favor trataba de que Felix viniera como comprador y solo para eso, porque estaba molesto y hacía dos semanas que no hablábamos.

La balanza indicaba cincuenta y cincuenta. Sin embargo, terminó explotando cuando salió de la florería con un ramo de margaritas y dio un par de pasos hasta posicionarse frente a la vitrina. Mis probabilidades subieron a la exósfera junto con mis pensamientos coherentes y congruentes.

Felix estaba de pie, al otro lado del vidrio, mirándome fijo. Me lo tuve que repetir, necesitaba confirmar que no había enloquecido.

Mi corazón necesitaba unas vacaciones, yo le di una patada mental y reaccioné sonrojándome bajo la mascarilla ante su gesto. Lo hacía ver como un galán de telenovela suplicando una disculpa que estaba dispuesta a darle porque las hormonas y mi cuerpo que liberaba dopamina creyeron que sería lo más justo.

No obstante, la parte razonable de mi cerebro supo que, después del Día del Juicio, donde dejamos de hablarnos, no podía caer en sus redes como lo había hecho antes. Estaba vulnerable; como el corazón era masoquista, no lo entendía.

Di dos pasos a la derecha para deleitar mi visión en otras cosas de la ciudad. Felix optó por seguirme el juego de dar dos pasos a su izquierda para volver a acaparar mi visión. Un gesto interrogante se plasmó en mi rostro. Di dos pasos a mi izquierda y él, dos pasos a su derecha.

Bramé dejando de lado la vitrina y salí con la manguera para regar las flores en las macetas afuera de la tienda, amenazando con mojar a un estático poste. El fugaz pensamiento de mojarlo no obtuvo tanta fuerza por la idea de que podría coger un resfriado.

Apagué el chorro de agua junto con mi motivación por espantarlo. Mis hombros cayeron por su propio peso y mi estatura disminuyó a la de una anciana, sin exageraciones. Me quité la mascarilla esperando a que fuese Felix el primero en hablar.

—Leí que a las chicas les gusta recibir flores de regalo y las sorprendan con apariciones inesperadas.

¿Por qué tenía que lucir tan robótico y decir cosas tan cursis? Independiente de lo primero, a mí me liquidaba lo cursi: romántica empedernida a la orden. «Concéntrate, Floyd, ¡no caigas en sus cursilerías!»

—Sí —respondí despectiva—, en la época de los setenta.

Sus labios se vieron aún más aplanados. Miró hacia las macetas y tiró el ramo con margaritas sobre las demás flores.

—Volveré —amenazó con su típico tono, en el que no sabía si creerle o no dado a su agudo

sarcasmo.

Felix se dio media vuelta y sin girarse, emprendió su camino.

El abandonado ramo con margaritas yacía entre las flores. Si no las dejaba en agua, se marchitarían más pronto de lo acostumbrado, así que las tomé y las dejé en un florero para que, al terminar mi turno de trabajo, llevarlo a casa.

Al día siguiente de nuestro encuentro, después de dos semanas sin siquiera mirarnos, desperté contemplando las margaritas sobre el florero transparente que había colocado sobre mi cómoda, junto a mi cofre, fotografías y cosméticos. La ventana abierta dejaba entrar los rayos del sol que golpeaban las florecillas en lo que les restaba de vida hasta que sus hojas fueran cayendo y se marchitaran.

En la florería, batallando otra vez con la mancha, Felix volvió a aparecer frente al cristal, esta vez con un oso de peluche de color blanco.

A la tarde siguiente, llegó con una pequeña caja con forma de corazón para guardar cosas; a la siguiente, con un paquete de chocolates que me vi tentada en recibir.

Felix no decía nada, solo se plantaba frente a la florería esperando mi rechazo una y otra vez, hasta que una tarde entendió que no quería un objeto como disculpa; entonces, una tarde, llegó sin nada en las manos.

Me puse a la defensiva, amenazándolo con lanzarle agua como las veces anteriores. Aseguré mi dedo en el seguro de la manguera, un solo movimiento y el chorro de agua saldría sin demanda.

—Hoy sí aceptaré que me mojes... —como sus deseos eran órdenes, pasé rápidamente la manguera frente a su rostro; al principio la acción me gustó, luego, al verlo secándose, sentí lástima; continuó hablando—, me empujes... —y lo hice, lo empujé; el pobre no lo esperaba—, me golpees... hagas lo que se te antoje para descargar tu ira hacia mi persona, pero con la condición de que me escuches —pronunció con el cuerpo tenso. Es probable que esperara mi ataque. El impulso se apoderó de mí otra vez; traté de dejar a un lado la idea de mojarlo por estrellar mis nudillos en su linda cara; mi puño quedó a unos dos centímetros de su boca. Al mismo tiempo, bajamos nuestros hombros; él por la tensión al creer que lo golpearía y yo como forma de descargar mi enojo.

Me bajé la mascarilla y hablé:

—Ya te golpeé muchas veces en mi imaginación —me excusé por dejar a medias mi camino a ser una matona. La sonrisa arrogante se apoderó de él—. ¿Qué quieres?

—Creo que eso es obvio.

Blanqué mis ojos. ¿Acaso no podía solo responderlo? Oh, claro... hacerlo era doblegar su orgullo, el cual ya estaba lo suficientemente magullado como el mío. Sonreí para mis adentros agradeciendo no ceder a sus encantadores gestos y regalos. Aunque la barra de chocolates...

—Escúpelo entonces, señor Obviedad.

Metió sus manos en los bolsillos del abrigo marrón y ocultó su rostro en los pliegues de la capucha que reposaba sobre sus hombros en tanto algunas gotas rebeldes caían por su barbilla. Un leve sonrojo aconteció de forma mágica y milagrosa en sus mejillas, y tuvo que mirar hacia otro lado cuando abrió sus labios para pisotear toda arrogancia.

—Vengo a disculparme por el trato que te di en tu casa, aquella vez cuando fuiste a la habitación. Creo que no usé las palabras adecuadas y es que tú no arruinas las cosas, solo desordenas mi monotonía. En mi mundo monocromático, añades tus colores. Cuando quiero hundirme, tú llegas y me sacas a flote. No tengo un argumento válido para justificar mi actitud de hacía unas semanas, pero sí tengo un argumento para lamentarlo, así que... perdón.

Silencio. Brisa. Fondo anaranjado como el atardecer. Tensión.

«¿Quién era ese chico y qué había pasado con Felix?!»

Me incliné un tanto hacia adelante, achicando mis ojos para verlo con más detalle.

—¿Tienes fiebre?

Su disculpa fue mucho más sentimental de la que esperaba en comparación con su declaración que fue más fría con el simple «creo que me gustas». No, no se podía vivir así con un chico que actuaba de formas tan particulares e impredecibles.

—No estoy con fiebre.

—*Okey, okey* —me calmé—. Yo soy la que tiene fiebre y esta es una alucinación.

El Poste volvió a ser Felix Frederick, el señor arrogante.

—Deja el dramatismo y acepta mi disculpa, boba.

—¿Y si no quiero? —cacaréé al instante; él chasqueó la lengua—. Esas cosas hay que pensarlas y con tu «boba»... Créeme que no juntas muchos puntos.

Me crucé de brazos y me di vuelta mirando en dirección a la entrada de la florería, donde Sarah observaba la escena con una sonrisa de perversión que me heló la médula con solo verla. Mi inquietud por rezar para que ese demonio lascivo dejase la florería y no preguntara nada a mi regreso no dio frutos al ser interrumpida por el Poste con Patas.

—Te contaré los motivos.

—¿Motivos?

—Te contaré el porqué de mi actitud.

Oh, hacerme la difícil obtuvo sus resultados. La mente de una mujer podía ser malvada cuando quería (insertar risa maléfica).

Accedí.

—Pero no aquí, en otro sitio.

—Estoy trabajando; no puedo darme el lujo de desaparecer por más minutos.

—Esperaré aquí.

Cerré mis ojos cediendo a la curiosidad y el deseo que siempre me llevaba a querer saber más. Lo arrastré conmigo hacia el interior de la florería, escuchando a tía Sarah decirnos que en el segundo cajón junto al sofá había preservativos. Enrojecí desde la mollera hasta la planta de mis pies, sucumbiendo en su macabro juego por ponerme nerviosa.

Sentados los dos, en sillas frente a una mesa con margaritas marchitas, me creí por un segundo una mafiosa que saldaría cuentas con uno de sus lacayos sediciosos.

—¿Y bien? —Estornudé, desvaneciéndome toda faceta de mala—. ¿Me *didás* quién *ed* mi *quedido Synadses* y qué le *ocudió*?

«Traducción: ¿Me dirás quién es mi querido Synapses y qué le ocurrió?»

Felix frunció sus labios con un gesto de asco al mirar nuestro alrededor y luego escuchar mi gangosa pregunta.

—Synapses es una chica —me corrigió. Mi mundo corrió cuesta abajo al percatarme de mi terrible error; uno de años—. Su nombre es Syna y vive en Los Ángeles. Allá la conocí.

Su forma tan nostálgica de hablar me hizo creer que Synapses y él no eran simplemente escritores amigos, sino que algo más había pasado entre ellos. Apreté los puños al suponer eso y me llené de una angustia que punzó mi pecho.

—¿Cómo se conocieron? —logré preguntar en un tono muy bajo.

—Nos conocimos en el hospital...

—¿Synapses está enfer... enferma? —Mi respiración se entrecortó, incrédula. Palidecí como las

mismas margaritas.

Felix negó con la cabeza.

—Ella no —pronunció bajo—. Syna es una universitaria fanática de la licantropía, como su hermano, Brand. —De pronto se vio muy entretenido jugando con las flores sobre la mesa—. Brand es mi amigo, compartimos una habitación en el hospital en mis recaídas. Aquel día, cuando entraste a mi cuarto, Syna me informó que él... —Guardó silencio tensando su mandíbula. Mordí mi labio, compasiva al verlo tan vulnerable. Felix alzó sus ojos y me observó unos largos segundos, entonces preguntó—: ¿Qué puedes hacer cuando sabes que la persona que ha sido tu amigo durante años va a una muerte inminente? ¿Lo aceptas y esperas a que llegue el momento? ¿Te quedas sentado sin poder hacer algo? ¿Te enfureces con el mundo? Dime, Floyd, ¿tú qué hiciste?

Chiste



La impotencia en los ojos de Felix me trasladó a esos tiempos donde mi vida se reducía a esperar. Esperar para saber qué ocurriría con la chica que me recibió siempre con una sonrisa y hablaba todos los días. Esperar sin comprender los motivos de su inesperada caída. Esperar a que todo se resolviera algún día. Esperar a que todo terminara bien.

¿Cómo debía actuar sabiendo que Felix pasaba por lo mismo?

El tiempo transitaba lento mientras esperaba silenciosamente que el desenlace fuera un «no ha pasado nada, todo está bien», cuando en realidad no era así. Las cosas no eran simples, se enredaban en una telaraña de porqués y falsas oportunidades. Antes de que una parte se fuera con la muerte de un ser querido, la incertidumbre jugaba el papel de enfermarte y hacerle a la muerte el camino más fácil. Entonces, al final, te ahogaban en el dolor.

No podía juzgar a Felix por su actitud reacia y tan insultante; yo también había actuado de la misma manera: molesta con todo y todos, odiaba las sonrisas. ¿Por qué ellos reían mientras yo esperaba que mi amiga volviese a ser la misma? ¿Por qué disfrutaban de la vida y yo no podía hacerlo? Las incógnitas se daban desde una perspectiva pesimista y así permanecieron durante un largo tiempo. Pero, enojarme con el mundo, así como Felix también lo había hecho, no traería a mi amiga de regreso; por eso dejé de lado mi egoísmo y enojo por pasar el tiempo necesario con Lena. Si su momento llegaba (lo cual pasó), sería consciente de que en su último día estuve a su lado.

Para Felix era diferente, su amigo estaba a kilómetros y kilómetros de nuestra ciudad. Entonces, volví a preguntarme qué demonios podía decir.

—No hay mucho por hacer —admití con la voz rasposa—, pero... iba a verla todos los días, incluso sin saber si me escuchaba. Le contaba mis días, le confesaba lo mucho que la extrañaba. Si Lena lograba oírme, dejó este mundo sabiendo que siempre sería mi mejor amiga. Adoraba charlar con ella, aunque... solo era un monólogo.

Lo era, siempre lo fue. Yo era la parlanchina y ella mi fiel oyente. Nunca se cansó de escucharme.

—No puedo estar con él todos los días —manifestó Felix alargando su brazo para sacar con su dedo una lágrima rebelde que pretendía escaparse de mis ojos. Ni siquiera me percaté del momento que había comenzado a llorar—. Yo estoy aquí y él, en Los Ángeles. No se puede.

Me quedé en silencio hasta que los mocos, a causa del polen, quisieron escaparse. Inspiré con fuerza para que volvieran a su sitio. Fue como una inyección asquerosa, que me llenó de entusiasmo y formuló en mi cabeza una idea que me hizo saltar del asiento y espantar al inexpresivo Felix.

—Querer es poder —hablé colmándome de un positivismo que podría haberme garantizado el pase al manicomio por mi exceso de bipolaridad.

Un ojo de Felix se achicó, como si el trauma de mis cambios de humor lo afectase.

—Y no hay mejor cosa que la fuerza de voluntad —continué.

—No necesito tus discursos motivacionales, McFly.

—No, no, no —negué con cabeza, manos... Todo—. Si quieres ir, podrás hacerlo, necesitas tener la suficiente fuerza de voluntad. Ve a visitarlo.

—¿Se te olvida que estoy enfermo? Mis padres jamás me dejaran ir, menos sin la supervisión de un adulto.

Llevé mi mano a la barbilla, dubitativa. Tenía razón, jamás lo dejarían viajar, menos a mí sin alguien con la mayoría de edad lo suficientemente maduro para que nos cuidara.

—Puedo pedirle a uno de mis tíos —hablé tras una larga pausa de silencio puro—. Tío Patrick hizo un curso de capacitación de primeros auxilios.

Felix se tornó serio.

—¡Qué interesante! —comentó con su tonada sarcástica tan palpable.

Omití su indirecta ofensa y toda desdicha de mi parte por ser la entusiasta en este caso. Caminé tras la silla paseándome de un lado a otro durante un choque divino de mis neuronas en mi cerebro que hacía su mejor esfuerzo por pensar.

—Allá podríamos arrendar la habitación de un hotel... O no sé, decirle a tío Jax que nos deje quedar en su casa.

Tío Jax, el otro amigo de la adolescencia de nuestros padres, actor de famosas películas que lo hicieron ver como el Travolta de la actualidad.

—Jax no está en Los Ángeles; según supe, está grabando en el extranjero.

—Pero su familia sí.

Me encogí de hombros. Algo es algo.

—No me gustan sus hijos. —Felix hizo una mueca de desagrado—. Están todos locos.

—Bueno, entonces arrendamos una habitación de hotel.

Me cohibí ante un fugaz pensamiento, uno que disipé al instante.

—¿Y el dinero?

Rayos.

Dos adolescentes sin dinero ni para un chicle no sonaba bien. Los problemas llegarían con los pasajes de avión y las ostentosas cuentas del hotel (si es que llegábamos a hospedarnos en uno); no tendríamos ni para comer, ni la locomoción... las flores. ¡Aaaaah! Mi cabeza se sobrecargó trayendo consigo la imagen del abuelo. Pedirle dinero al abuelo no sonaba mal, aunque papá jamás podría consentirlo.

Opté por sacar mi lado rebelde.

—Eso déjame a mí.

El inexpresivo chico que no mostraba interés en ponerse de pie, ni ánimos por concertar algo que se veía imposible, alzó su barbilla para verme con ojos fríos y llenos de sospecha.

—No quiero deberte nada —habló—; puedes usarlo en mi contra.

Lancé un bufido exasperado.

—Tómalo como un regalo.

—¿Por qué?

Lo medité.

—De cumpleaños.

Se removió en su silla para cruzarse de brazos y mirar en otra dirección.

—Paso.

Supuse que se negaría. Sonaba demasiado fantasioso encargarme de los gastos, mucho más pedirle dinero al abuelo cuando, pensando dentro de los parámetros de la cordura, jamás lo haría

o papá permitiría que lo hiciera.

—Bueno... —Volví a sentarme con el peso de la realidad sobre mis hombros—. ¿Y si lo hablamos con nuestros padres?

Eso hicimos. Cada uno habló con sus padres contándole la idea no tan alocada con el fin de que Felix pudiera ver y hablarle a su amigo una vez más.

Al comienzo, ninguno de nuestros padres se tomó la idea para bien; los cuatro, como era de esperar, concluyeron que necesitaban tiempo para conseguir dinero, comprar los pasajes y buscar un hotel donde pudiésemos hospedarnos. También hubo problemas con el adulto que nos acompañaría. Íbamos contrarreloj, con súplicas que no se resolvían o tomaban en cuenta.

Las razones eran más que convincentes y nuestras insistencias por fin dieron resultados. Logramos recaudar dinero para los pasajes y tía Ashley se ofreció como voluntaria para cuidarnos. Buscamos por Internet, en compañía de Joseff, el martes después del club, sitios donde quedarnos durante unos días y encontramos un hostel que no pedía mucho dinero para alojarnos; estaba cerca del centro.

Todo marchaba de maravillas, tanto así que por poco olvido el triste motivo de nuestro viaje.

La madrugada del jueves de la misma semana, recibí un mensaje de Felix que me informaba que su amigo Brand había fallecido media hora atrás. En la madrugada del viernes, partimos a Los Ángeles.

Felix no decía nada, cosa que comprendí. Necesitaba un momento a solas y de sumo silencio para asimilar la noticia. Todo había pasado tan rápido que no tuvimos tiempo de nada. Verlo callado no era una novedad, sino más bien algo común, pero verlo aún más distante y ausente después de la muerte de su amigo, me partía el alma. Quería abrazarlo, decirle que podía contar conmigo, no apartarme de él. Cada intento por consolarlo se frustraba con apariciones, despedidas, anuncios y asientos separados.

En el avión todos estábamos rodeados de personas desconocidas. Felix estaba cinco asientos más atrás, en diagonal. Estaba ubicado junto al pasillo; al otro lado de este, tía Ashley. De vez en cuando me giraba sobre el asiento para observarlo, comprobar si estaba bien o simplemente porque sí. Más de un reto me llegó por parte del sujeto con papada que olía a Cheetos junto a mi asiento. Ah, y también del metalero que masticaba chicle con la boca abierta.

Desde nuestra ciudad hasta Los Ángeles las horas se hicieron eternas.

Al bajar del avión nada cambió en absoluto. Los minutos me volvían impaciente, quería oír a Felix, me conformaba con sus frases sarcásticas con ese humor tan agudo de su parte. Quería preguntar cómo se encontraba, si se sentía bien de salud, si el viaje le había resultado tan largo como a mí. Necesitaba decirle que podía llorar, desahogarse.

Salimos del aeropuerto; tía Ashley se quejó del inexistente taxi y que, después de tantos años de avance, los tecnólogos todavía no hacían bien un mapa para guiarse por GPS.

Un interesado conductor se ofreció a llevarnos. Felix y yo nos sentamos en los asientos de atrás; adelante, tía Ashley le decía al conductor entre qué calles se encontraba el hostel. Nuestro momento a «solos» se limitó a eso; él y yo sentados, mirando cada uno por la ventana del auto.

Iba perdida en mis pensamientos, recordando las calles de la ciudad y su alocada gente, cuando Felix decidió hablar, por fin.

—Floyd —me llamó en un tono grueso y bajo. Me giré sorprendida en su dirección; me encontré con su perfil mirando hacia la ventana.

—¿S-sí? —Mi voz salió como la de alguien que espera recibir un milagro. Tan esperanzada e inquieta...

—Cuéntame un chiste.

No entendí qué pretendía decir con eso, creí que mis oídos fallaban y había escuchado mal, que su pedido se reducía a mi alocada mente, alejada de la realidad. ¿De verdad me había pedido algo así? ¿A mí? No solo era un chiste, sino uno de los míos, que hacían llorar a un bebé por ser tan malos. Sí, debía ser una mala pasada de mis pensamientos.

Pero no.

En cuanto Felix se giró para mirarme esperando la respuesta a su petición, supe que mi oído y sentido común seguían relativamente buenos. Lo comprendí de forma tardía; en esa fracción de segundo donde la claridad me invadió.

—Uhm... —Quise hacerme un ovillo, sonrojándome hasta las orejas—. Había una vez un pez que quería ser locutor, un día salió al aire y...

Me detuve.

Inconsciente de mí, ¿no podía hacer un chiste sobre un pez que murió cuando estaba en Los Ángeles por alguien que había muerto! Me reprendí con un mordisqueo de lengua.

Pasé al siguiente grado de la vergüenza, donde me invadieron mis deseos por abrir la puerta y tirarme del auto.

—Otro —pidió en voz baja.

Incliné mis cejas mientras me movía en mi asiento. Me puse nerviosa de pronto. Tía Ashley y el conductor ya no hablaban.

—¿Dónde vive Iron Man?

Felix, que sostenía su barbilla con su mano y miraba por la ventana, dijo en un volumen bajo «¿dónde?» que se forjó como un suspiro.

—*Ironnow*³ —respondí como un payaso tras su truco de magia. Me desinflé igual que un globo ante el silencio.

—Tus chistes siguen siendo pésimos.

—Tú los pediste.

Refunfuñé con mis mejillas infladas haciendo el berrinche de una niña pequeña; lo siguiente constó en un cruce de brazos ignorando su presencia y presentándole interés al exterior del auto. Mi esfuerzo por fingir estar ofendida quedó en la nada misma ante la tensión repentina de mi cuerpo. Felix apoyó su cabeza en mi hombro, en silencio, sin dar motivos, y yo no esperé que los diera. Por un instante creí que me derretiría por su gesto. Me quedé estática, con los ojos abiertos por la sorpresa, para luego permitirles a esos gusanitos despiadados pasearse por mi estómago. Mi corazón palpó con angustia ese minisegundo.

Tragué saliva clamando al cielo para mis adentros que me calmara. Lentamente decidí relajar mi cuerpo; dudaba si lo notaría. En realidad, temí que lo hiciera. Bajé mis manos para apoyarlas en el asiento, pero di con su mano fría que ya estaba instalada allí. El susto fue mutuo; ambos corrimos nuestras manos. Felix terminó acomodándose como antes, ignorando lo ocurrido. Tomé mi mano como si el frío de la suya doliera.

Esa misma mañana nos dirigimos a la iglesia para velar a Brand.

Nunca me gustaron los velorios, la atmósfera que reside en aquellos lugares es de lo más incómoda. Qué reacción tener allí o a quiénes saludar era el cuestionamiento previo antes de entrar al lugar. La única persona que conocía —además de Felix— era a Synapses, a nadie más.

El llanto y las conversaciones en susurros provocaron una corriente molesta en Felix que noté en su quijada. Apretó los puños llenándose de valor para entrar; entonces recién pudo poner un pie dentro del velatorio.

—Felix... —lo llamaron de pronto.

Desde el fondo de la habitación, una chica con el cabello corto, de color azabache se abalanzó contra el inexpresivo chico para abrazarlo con una necesidad contagiosa. Hundió su rostro en el hombro de Felix, sollozando y diciéndole palabras inaudibles.

Felix respondió a su abrazo sin decir más. Respondía a todo con movimientos lentos de su cabeza; sí y no.

Di un paso involuntario hacia ellos cayendo en la cuenta de que esa chica no era cualquier persona: era la hermana de Brand, Syna. Para ser más específica: Synapses, la persona que por tanto tiempo admiré y fantaseé conocer.

Tía Ashley me sacó del letargo de mi disputa interna para concluir qué hacer. Asumí que mi compañía solo estorbaría, por lo que desistí y seguí a mi tía en dirección a unos arrinconados asientos mientras perseguía con la mirada a Felix, quien daba torpes pasos hacia fêretro con el fin de ver a su amigo. Syna le murmuraba de manera cercana, confiada; no obstante, él se interesó más en ver a Brand. Supuse que lo hacía para digerir la pérdida en su totalidad, pues era bien sabido que muchos necesitaban ver para caer en las realidades más fatídicas.

El único lapso donde despegó su mirada del fêretro tuvo lugar en la presentación con los padres de su amigo.

Por un segundo regresé a aquel nefasto día, viéndome reflejada en Felix, esperando que todo fuera un sueño. Me cuestioné otra vez qué debería hacer; me sentía una inútil al no poder preguntarle cómo se sentía o atreverme a consolarlo.

Las palabras no podrían alivianar el dolor que sentía, pero, tal vez, un pequeño gesto podría animarlo.

Conociendo lo relajada y fácil de convencer que era tía Ashley, le dije que moría de hambre y buscaría un negocio cercano para comprar. Usé como un argumento barato el hecho de vivir años atrás en la ciudad y recordar algunas calles, así que partí hacia el negocio más cercano para comprar una bebida de un litro, vinagre blanco, bicarbonato de sodio y globos rojos. Claro, no todo se dio con facilidad, tuve que caminar dos cuadras más para encontrar el bicarbonato.

Ya con todos los elementos, solo necesitaba el momento adecuado.

Regresé al velorio para encontrarme con el disgusto de tía Ashley por haber tardado tanto. No escatimó el regaño de su parte. Tuve que agachar la cabeza y mi cola de hurón. Cantidad de palabras llamaron la atención de Syna, quien estaba sentada a cinco asientos de nosotras.

Mis ojos se agrandaron al verla levantarse y le hizo un gesto disimulado a tía Ash para que dejara de hablar. «¡Nos van a regañar por hacer ruido!», pensé en ese proceso de congelarme por completo.

Seguí con mis asustados ojos a Syna hasta que se detuvo entre nosotras. La observé con mis ojos de huevo entre los halos de luz de la habitación, admirando cada una de sus facciones como si se tratara de un espejismo en pleno desierto.

La vi apoyar sus manos en las caderas y ladear su cabeza. Sus ojos verdosos acompañados de dos enormes ojeras recorrieron mi figura al tiempo que su nariz se arrugaba.

—Así que eres tú la chica de la que Felix siempre nos hablaba.

Me sorprendí al no recibir un regaño. Luego quedé impactada al prestarle atención a sus palabras dichas con anterioridad.

—¿Yo? —Me señalé—. Creo que está equivocada.

Ladeó aún más su cabeza, examinándome.

—Eres Floyd, ¿no?

Escondí mi cabeza entre los pliegues de mi ropa y mis hombros.

—Uhm... sí.

—Entonces estoy en lo correcto. —Apuntó con su barbilla a Felix—. Eres la niña que lo metía en problemas de niños y quien no tiene escrúpulo alguno para hablarle a todas horas. —No supe si tomarme esto como un halago o una ofensa—. Él lo niega, pero... eso le encanta.

Sonreí con timidez echándole un rápido vistazo a Felix, que se percató de nuestro encuentro.

—Lamento mucho lo de su hermano.

Me dirigí a Syna, todavía creyendo que realmente no era posible tenerla frente a mi nariz. Habría deseado que nuestro encuentro se diera diferente y no de manera tan fatídica, pero a don Destino le encanta ser impredecible, llevar las cosas por cuenta propia.

—Sí... —Llevó una mano detrás de su cuello enseñando su lado voluble—. Es doloroso, muy doloroso, pero sabíamos que este momento llegaría. —Se dirigió a tía Ashley—. Gracias por acompañar a Felix, estoy segura de que, donde sea que esté Brand, les está agradecido por traerle a su amigo.

El funeral de Brand fue por la mañana. Un sol resplandeciente le dijo adiós en un cementerio enorme y lleno de lápidas blancas que contrastaban con el prado verdoso que parecía no tener fin. En las anchuras del terreno podían verse los cerros y más arriba el celeste del cielo. En la ceremonia, Syna le dedicó un poema a su hermano; terminó de leerlo entre sollozos que provocaron llantos. Todos iban vestidos de negro, entonaban canciones sobre la vida más allá de la muerte, le dedicaban palabras a Brand y depositaban una flor mientras el cajón bajaba. La ceremonia mantuvo nostálgicos a todos. A pesar de esto, Felix habló. Estaba tan mudo, como cuando entramos al aeropuerto. Su silencio decía mucho, sin embargo.

Pocos se quedaron después de la ceremonia; algunos hablaban sobre el cementerio o se ponían de acuerdo para juntarse en casas. Tía Ashley charló con los padres de Brand sobre no sé qué. Syna, con sus primos. Yo, por mi parte, me metí en los baños del cementerio. En mi mochila guardaba la botella vacía de bebida, el vinagre, el bicarbonato, un embudo hecho de papel de aluminio que había encontrado mientras me paseaba por el hostel durante la noche —ya que no conciliaba el sueño— y los globos rojos junto con un poco de lana blanca que le había sacado a una manta gastada que cubría la cama. Eché el vinagre en la botella; luego, procurando no derramar gracias al embudo, eché dentro el bicarbonato. Tapé la botella y corrí hacia Felix.

—¿Qué? —preguntó cuándo llegué a su lado.

—Acompáñame para enseñarte algo.

Cerró los ojos clamando por paciencia.

—Hoy no estoy de humor.

—Solo te tomará unos minutos.

Lo agarré del brazo apenas dejó su faceta defensiva. Sin preguntas y en completo silencio, nos detuvimos en la mitad de un cerro cubierto de césped y alejado de toda vida humana. Felix esperó a que sacara la botella, dos globos rojos y la lana. Yo destapaba la botella en el momento en que preguntó, con su voz cansada y rasposa, qué pretendía hacer.

Mi diminuta sonrisa se vio opacada con un recuerdo guardado.

—Verás, yo nunca conocí a mi abuela materna; murió cuando papá y tía Ashley eran pequeños. Siempre me contaban sobre ella y tenía unas enormes ganas de conocerla, hablarle. Un día me

compraron un globo rojo con helio que solté por error y se perdió entre las nubes.

—Seguro estalló con la presión.

—Quizás —admití, presionando el cuello del globo contra la boca de la botella—, pero no lo sabía. Era una niña que tuvo la convicción de que ese globo llegaría más allá del cielo, donde se encontraba la abuela, a ese sitio al que vamos tras morir. Sé que puede sonar bastante tonto o ingenuo, pero para mí significó una forma de conectarme con mi abuela, decirle todo lo que le habría dicho en este plano. Todo a través de un globo. Así que, cuando Lena murió, hice lo mismo. —Me abracé al globo rojo que se infló lo suficiente; lo saqué de la botella y me apresuré en hacerle un nudo. Después cerré la botella—. Le dediqué unas últimas palabras.

Sí, esa fue nuestra despedida.

Con el globo entre mis brazos, inspiré sintiendo un nudo en mi pecho. El dolor casi no se sentía, pero estaba.

—¿Por qué no lo intentas?

Me observó en silencio. Sonreí de mala gana, con mis ojos hinchados y picando dolorosamente. Amarré un trozo de lana en el nudo del globo y se lo extendí.

—Bien.

Tomó el globo en sus manos y se giró enseñándome su espalda. Con la cabeza gacha, estuvo un par de segundos en compañía del silencio y el viento primaveral. Se quedó abrazando el globo rojo hasta que alzó sus manos al cielo y lo soltó a la altura de su cabeza, dejando que se elevara hacia el enorme cielo que nos cubría. Permaneció estático en su lugar, de espaldas a mí, con la cabeza mirando ya un diminuto globo.

Mordí mi labio con el corazón bailándome en el pecho y di un paso acortando la distancia. Deslicé mis brazos bajo los suyos y pegué mi cabeza contra su espalda, en un escueto abrazo lleno de timidez, uno que cedió al calor del consuelo.

Fangirl



Abrazar a Felix era como estar en casa, una sensación familiar que convergía en tranquilidad. Apegada a él mi corazón latía con fuerza, como una muestra más de estar con vida y que sentía. Quería transmitirle taaantas cosas: «puedes contar conmigo», «estoy para apoyarte y consolarte» e incluso «gracias».

Lo mantuve aferrado a mí por unos minutos más, mientras la brisa de primavera hablaba por ambos. Felix no dijo nada, se mantuvo estático en su sitio, aunque por dentro, la realidad era otra. Sí, realmente era otra. Lo supe cuando todo su cuerpo sufrió un remezón. Por un momento levanté mi cabeza con el fin de mirar su rostro y comprobar si mis sospechas eran ciertas; al no dar con su rostro, sino con su tatuaje, volví a apoyar mi cabeza sobre su espalda y cerré los ojos con fuerza. El inquebrantable Poste lloraba, emitía sollozos tímidos que no querían ser escuchados. Como si me contagiara, también lo hice yo.

—Ya puedes soltarme —masculló.

Se sacudió de lado a lado.

—No quiero —objeté, inflando mis mejillas como una niña malcriada.

Los puntos suspensivos serían un diálogo compatible con la inexistente respuesta que el Poste me brindó. Comenzó a caminar conmigo pegada detrás, igual que una garrapata. Mi involución consistía en ser una humana, pasar a un hurón y ahora un arácnido chupasangre. Genial.

Conté casi quince pasos hasta oír el llamado de tía Ashley, solté a Felix al instante. El inesperado impacto nos dejó mirando hacia el otro lado, como si nada hubiese ocurrido.

—¿Dónde estaban, chicos? —nos preguntó al llegar a su lado.

Felix, claro, no se animó en responder, por lo que tuve que hacerlo yo. Floyd, la vocera personal del Poste inexpresivo que no deja ser abrazado.

—Mirábamos el terreno.

—Oh... —Una mirada indescifrable se mostró en la expresión de tía Ash, quien arrugó su puntiaguda nariz—. ¿Y tu bolso? —preguntó haciéndole un seguimiento al silencioso Poste que pasaba por su lado hacia Synapses. También seguí al chico con la mirada clavando mis ojos en su espalda manchada.

—¡Ay, no! —Sobreactué—. Iré a buscarlo.

Regresé al pequeño cerro en busca de mi solitario bolso tirado en el pasto mientras suplicaba que lo mojado de la espalda de Felix fueran lágrimas y no mocos.

Al volver con tía Ash, Syna —ya más sobrepuesta— se nos acercó en compañía de Felix. Me fijé con mucho detalle que caminaba agarrándolo del gancho y él, ni señal de despreciar aquel acercamiento. Ajá, sí...

Si la que lo agarraba fuera yo, seguro que me habría dado una patada para que lo soltara.

Chisté centrándome esta vez en la divina imagen casi celestial de Syna, que con cada paso cautivaba mi existencia, así como sus historias. El creer durante tanto tiempo que Synapses se trataba de un chico todavía no me dejaba aceptar que en realidad era una chica. Eso no era todo...

que por fin llegase a conocer a mi inspiración sonaba alucinante, cualquiera pensaría que estaba soñando.

«Estúpida bipolaridad», pensé tras volver a clavar mis ojos en sus brazos unidos.

—Le propuse a Felix que vinieran a comer con nosotros —habló Syna. Una sonrisa que decía «no estoy bien» se vislumbró en su rostro. Me sentí pésima por especular y crear una película por unos meros celos cuando ella y Felix compartían el mismo dolor. Me avergoncé hasta la mollera —. Tenemos muchos asientos extra, por si aceptan.

—Si nos dicen dónde queda, tal vez podamos ir —accedió tía Ashley, girándose en mi dirección —. ¿Qué dices, sobrinita?

—Bueno, si no es molestia...

—¡Para nada! —se apresuró a decir Synapses—. Cuantas más personas, mejor. Además, servirá para ponernos al día —agregó codeando a Felix—. Nosotros los llevamos; papá tiene una furgoneta.

Achiqué mis ojos mirando ese descarado gesto patentado por mí.

—Entonces mejor. —Tía Ashley pasó su mano sobre mi cabeza para acariciarla y la bajó hasta mi cuello para guiarme, siguiendo los pasos de Syna.

No sabía por qué todo estaba saliendo tan extraño. La aglomeración de emociones iba a hacerme estallar, sobre todo al caer en la cuenta de que iría a comer con Synapses. No, que comería en la misma mesa que ella. ¿Acaso algo muy malo ocurriría luego? Porque no hay explicación razonable para justificar el hecho de que comería gratis en la misma mesa que la persona por la que sentía absoluta devoción.

Pero mientras a mí se me apretujaba el pecho, del otro lado de la furgoneta, junto a la ventana, Felix todavía asimilaba la muerte de su amigo. Veía una divergencia gigante entre ambos hemisferios que me hizo cuestionar si debía moderar mi lado *fangirl*. Alinearme con Felix sonaba lo más razonable en este caso; quizás compartir su dolor era lo justo y necesario. Sin embargo, ese ápice de felicidad que me embargaba no podía derribarse, así que decidí moderarme y actuar como una chica normal.

Llegamos a una casona de dos pisos de aspecto antiguo. Una parte de la casa estaba cubierta por enredaderas que rodeaban una ventana de madera. La puerta doble fue abierta por una mujer longeva en compañía de un anciano que portaba un bastón. El rostro del hombre llamó mi atención; algo se me hacía raramente familiar.

—Esos son mis abuelos —explicó Syna, girándose desde el asiento de delante.

Me centré otra vez en el anciano examinando cada una de sus difusas facciones. A tanta distancia no lograba discernirlas del todo, pero algo especial tenía ese hombre. Algo muy especial.

Bajamos de la furgoneta y una chica de mi edad salió para abrazar a los padres de Syna entre sollozos, después le dio un caluroso abrazo a ella, quien, reuniendo fuerza, la levantó unos centímetros para dejarla en el suelo. Pude distinguir que su parecido con Brand era idéntico. Mellizos, eso eran.

La anciana, en compañía del hombre con bastón, saludó a los padres de Syna. Tía Ashley, Felix y yo nos quedamos de pie, viendo el cariño palpable que la familia se demostraba en forma de pésame por su reciente pérdida.

—Venimos con más personas —le informó Syna al abuelo; entonces se acercó al anciano con bastón y le comentó algo en el oído que no logré oír, incluso haciendo mi mayor esfuerzo. Solo pude hallar una peculiar mirada, partidaria del inexpresivo chico situado al otro lado de tía Ashley.

—Entremos —nos incentivó la madre de Syna.

No sé en qué momento me hallé dentro de la casona, deleitándome con todos los objetos curiosos que colgaban de las paredes, los cuadros y las fotografías. Caminamos por un pasillo que tenía una alargada mesa con un teléfono y un espejo. El pasillo acabó en la sala de estar; un enorme sofá de tres piezas se enfrentaba a una chimenea con más fotografías. El calor hogareño disolvió la inquietud que la casona me dio al entrar. Dos sillones en cada costado del sofá tenían pequeñas mesitas de café con unas lamparillas coloniales. La sensación de sentirme un puerco se coló en mi cabeza cuando nos invitaron a tomar asiento. Creí que si ponía mi trasero en uno de los sillones lo contaminaría.

Después de las insistencias por parte de la tía Ashley, me senté a su lado en el sofá, carraspeando y obligándome a enderezar la espalda. El anciano de bastón se sentó en diagonal a mí y su mirada vacía me inquietó. Sus ojos tenían una capa lechosa que cubrían el iris. No veía nada de nada. Con mi obvio descubrimiento, todavía me quedaba pendiente una duda, y es que sus expresiones, fisonomía y los gestos de su cuerpo ya los había visto antes.

—Abuelo —llamó Syna, acercándose al anciano, quien al oír la voz se guio por su audición hacia su dirección exacta. Él respondió con una sonrisa cálida—, quiero presentarte a alguien muy especial.

De no ser porque ella volteó hacia Felix y le hizo un gesto con la cabeza para que se acercara, habría jurado de estómago al suelo que se refería a mí.

—Buenas —lo saludó una vez que se posicionó junto a su amiga, quien sonreía con un dejo de mofa y vergüenza—. Soy Felix Frederick.

El anciano hizo un gesto de no entender.

—Es el chico del que te hablábamos Brand y yo, abuelo —tuvo que aclarar Syna—. Felix realmente admira tu trabajo y tenía muchos deseos de conocerte.

Una «O» se formó en los labios del anciano. Extendió su mano para saludarlo con formalidad. Felix no tardó en pasar su mano por la ropa y luego responder el saludo. Admiré con supremacía aquel gesto de limpiarse la mano antes de estrecharla con el anciano que lo hacía ver como alguien nervioso, aunque intentara no demostrarlo.

Syna hizo uso de mi estrategia y codeó al inexpresivo para que hablara.

—Señor Duhamel...

¿Duhamel?

Mis neuronas hicieron cortocircuito al volver a unos años en lo que papá seguía permitiéndome entrar a su despacho sin restringir mi curiosidad en aquel sitio lleno de escritos y libros. Recuerdo tararear canciones recorriendo con mi índice las solapas de libros. Papá siempre resguardó una colección de libros en una repisa especial, escritos por el escritor Javier Duhamel, que en su tiempo llegó a ser reconocido por sus libros sobre saltos temporales, el espacio y los problemas de cambiar la realidad para salvar a una persona. Básicamente, según lo que me había contado papá, Javier Duhamel era considerado un genio por su temática compleja y las impredecibles consecuencias que un movimiento causaba al futuro. El escritor era toda una proeza, hasta que quedó ciego y nunca más volvió a escribir.

Eso decía mucho. No, decía demasiado. Por eso Syna escribía de maravilla, como si el mismísimo Dios le hubiera cedido sus manos.

Quise pegar un salto en el sofá y reaccionar como el Poste querría haberlo hecho, pero un «pst» retuvo mis impulsos para que mi atención se enfocara en Syna. Alcé mis ojos y despegué mis labios con sorpresa cuando, con su mano, me llamó.

La extensa conversación que tuvo Felix con el anciano quedó para después, aunque la curiosidad por saber de qué hablarían y cuánto podría hablar Felix me tentó.

Me levanté del sofá y seguí a Syna, contemplando todo de ella. Tenerla ante mí se sentía mucho mejor que todas esas sensaciones vanas que había sentido, porque, vamos, Syna me sacaba muchos más suspiros, gritos, angustias y sonrisas que mis antiguos amores o el mismo Felix. Seguir sus pasos era una meta que se veía taaaan lejana, así como lograr su atención. Ahora que lo hacía, todo cambiaba. Debía estar soñando o viajando por mi imaginación. Esto cobraba más sentido, pero no, en realidad, Synapses se encontraba frente a mí. Ah... Mi sentido de respeto ni siquiera me permitió tutearla, me pareció muy maleducado.

—¿Adónde vamos? —interrogué subiendo unas interminables escaleras.

No mentiré: tenía demasiadas preguntas como para regurgitar vómito verbal... otra vez. Me contuve, bastaba con que supiera mi existencia e intercambiásemos palabras. Además, si Syna me había instado para que la siguiera, no podía permitirme espantarla.

—Quiero enseñarte algo —contestó una vez que llegamos arriba—. Te dije que Felix nos habló mucho de ti, ¿verdad?

Bajé mi cabeza encendiéndome a llama alta.

—Sí... ¿En verdad lo hacía? Cuando llegó a mi casa, dijo que no me recordaba; incluso siendo una mentira, todo este tiempo actuó como si me odiara... o no sé, como si lo fastidiara.

—Oh, lo haces —confesó. Nada sutil, directo al hueso. Me desinflé como un globo—. No de una mala forma, claro. Verás, él no habla mucho, pero observa demasiado. Tú hablas mucho, pero observas poco. Se complementan. Eres quien sacude su mundo aletargado, quien lo incentiva y, según dijo, esto siempre ocurrió desde niños. Puede que no te lo diga, pero... —bajó su cabeza y se dio la vuelta— te necesita. Mucho, en estos días mucho más.

—Lo sé...

Otro pasillo largo y lleno de puertas nos introdujo a una sala de estar, la del segundo piso. Esta sala tenía un aspecto más trivial y sin tanta decoración. Un televisor de pantalla plana colgaba de una pared y abajo, sobre un escritorio, una *laptop* estaba encendida mostrando la pantalla de inicio.

¿Sería posible?

Ahogué mis pensamientos en cuanto Syna se giró con una sonrisa que contrastaba con su rostro abatido y sus ojos tristes.

—También me dijo que eres mi más grande seguidora.

De la pura emoción di un grito ahogado y me cubrí la boca con ambas manos. Mis ojos abiertos sin poder creer las palabras que acababa de escuchar. ¿Estaba soñando? Debía estarlo, eso no podía ocurrirle a una niña tan desafortunada en un momento tan desventurado, ¿verdad?

Apreté mis dientes para que mi hurón chillón interno se calmara.

Inspiré con fuerza, pero todo fue trágicamente tarde. Mi cordura viajó al hiperespacio y mi otro yo se abrió paso para enseñarme que la Floyd normal había rebalsado su cien por cien.

Tomé aire y comencé:

—Soy una súper mega híper ultra *fan* de su historia, de su cuenta... de todo lo que hace. No sé qué tiene para crear magia con un par de palabras, pero juro que jamás conocí a alguien que pudiera transmitirme tanto. La admiro demasiado, más que a mi padre y... Cielos, jamás creí que pudiera tener la oportunidad de conocer a la persona detrás de Synapses. Me habría encantado, fascinado, habernos conocido en otra situación, y es que me encanta. Yo... —me quedé falta de aire— la amo. Amo su forma de escribir y su dedicación, siempre quise ser como usted. Es genial.

Silencio absoluto. Terminé con la respiración agitada. Un sudor osó bajar por mi frente; lo sequé de inmediato. La expresión confusa de Syna lo dijo todo. Quise desaparecer con un simple chasquido de dedos para evitar el ridículo que mi lado *fangirl* había destapado.

Floyd no es Floyd sin su bocota. Me cubrí el rostro, avergonzada.

—Lamento tanto decirle esas cosas en una situación así; no lo puedo evitar —confesé al borde de los sollozos y negando con mi cabeza.

Al sentir su mano sobre mi pecho, reaccioné cual perro maltratado que por fin recibe una muestra de caridad y amor. Bajé de manera lenta mis manos para observar a Syna; ella me sonreía con ternura.

—Entiendo ese sentimiento; yo también soy lectora —dijo—. Aprecio mucho que gustes de mi historia. Lamento no haberte prestado atención antes...

—No, no, no... —le interrumpí sacudiendo mis manos con entusiasmo—, entiendo que tiene muchos lectores y debe recibir millones de mensajes. Descuide.

—Por favor, no me trates como alguien de sesenta años —pidió con una sonrisilla—. Pero, sí... —pronunció sentándose en la silla frente al escritorio—. Ahora que ocurrió esto lamentaré no poder escribirles, pero... de verdad se me hará complicado. Con mi hermano éramos fanáticos de los hombres lobo. Él fue quien me influenció para escribir y ya no está, se ha ido.

Las comisuras de sus labios se inclinaron, su barbilla comenzó a temblar. Los ojos verdes de Syna se inyectaron en sangre para colmarse de lágrimas que no pidieron permiso para salir.

—Lo siento mucho...

Secó sus lágrimas.

—No, yo lamento andar llorando; no es mi intención —murmuró, suspirando entrecortadamente—. No te traje hasta aquí para que vieras cómo lloro.

«Hagas lo que hagas para mí es un honor verte», concluí a prontas de escupirlo sin más. Suerte que mis pensamientos avanzaron a tiempo para frustrarlo.

—Tampoco para agradecerte que seas mi fiel lectora.

Tragué saliva con dificultad ante su cambio de humor.

—¿Ah, no?

—No, Floyd. —Estaba tan seria. Su mirada se transformó a una casi irreconocible—. Los motivos por los que te traje aquí son diferentes... —Me agarró del brazo para retenerme—. Quiero que me prometas algo.

—¿Q-qué?

La retención que sentí me incomodó hasta el punto de querer salir corriendo al lado de tía Ashley.

—Por favor... prométeme que cuidarás de Felix, por favor. Prométemelo.

Miré hacia ambos lados; no sé si en busca de ayuda o para que alguien, tal vez un ser divino, me confirmara que estaba hablando en serio.

—Claro —dije por fin después unos segundos—. Lo prometo.

—Verás, el tiempo que estuvo aquí, como amigo de Brand, es algo que no solo forjó una especie de compañerismo entre ellos, también empecé a mirarlo como un hermano más. Yo sé por lo que está pasando y me preocupa saber que él... —se contuvo—. Debes saber de qué hablo.

Asentí en medio de un forcejeo para que me soltara. Su reacción incrédula, como si no se conociera, provocó que me dejara en libertad.

—Siento la rudeza. —Se mostró sofocada. Tuve que sobar mi brazo, justo en la parte de su agarre—. Yo... no quiero perder a nadie más.

—Tranquila. Puedo asegurarte de que está en buenas manos. Yo no me aparto de él jamás. De hecho, vive corriéndome con su manota, porque soy como un chicle. Ya te lo mencionó. Pobrecillo... —Me eché a reír sin percatarme del vómito verbal que había tirado sin más.

Sonrió apacible y, haciendo un movimiento con su cabeza, me agradeció.

El poder conocer a alguien que admiraba fue inesperado, pero no fui la única con ese peculiar privilegio. Si bien la muerte de Brand trajo consigo una tristeza que Felix llevaría, también significó la motivación de tachar una cosa más de la lista.

Siempre creí que tenía una admiración peculiar hacia papá, pero estaba muy equivocada. Él admiraba y deseaba conocer a Javier Duhamel. Una vez más, los hechos que nos embarcaban trajeron consecuencias y, para Felix, fue una que tuvo su lado bueno. De eso se trató el inesperado regalo de Brand.

Con ese sentimiento, regresamos a casa.

Declaración



De regreso en la ciudad, nuestros padres nos esperaban en el aeropuerto —sin pancartas ni carteles con nuestros nombres, claro—. Ellos también estaban de luto por lo que le había pasado a Felix. Un abrazo de reencuentro entre él y sus padres fue lo último que vi antes de encaminarme hacia el auto de papá.

Volví a casa con la nostalgia como una mascarilla que se hacía más y más parte de mí. Extrañaba todo de la casa a pesar de que solo me había marchado por el fin de semana.

La sensación era de años.

Recorrí mi cuarto por completo, deslizando mis manos por los muebles, la ropa, mis sencillas cosas sobre la cómoda, el cofre de Lena, mis fotografías y, al final, me recosté sobre la cama que añoraba tanto sentir.

Allí, en mi espacio personal, mi refugio, rememoré los recientes sucesos ocurridos. Era algo imposible de creer... tantas experiencias en tan poco tiempo.

Me hallaba mental y físicamente cansada, con fervientes deseos de convertirme en un oso e hibernar para toda la vida. ¿Lo malo? Aquel día que todos alguna vez hemos maldecido llegaba en tan solo unas horas.

El primer día de semana desperté odiando la vida y mi existencia. Me hice un ovillo bajo las sábanas y frazadas de la cama, oculté mi cabeza bajo el almohadón y me despojé de todos mis deberes para gozar de los minutos restantes hasta que la alarma de mi celular sonara por tercera vez.

La rutina seguía igual, aunque la sensación cambiaba desde mi punto de vista. Por una parte, todavía no me acostumbraba a la ausencia de la familia Frederick, menos a tener que esperar el bus con la única compañía de mis pasos que golpeaban la acera y mis gimoteos matutinos de querer que acabe mi año escolar. Por otro lado, me preocupaban los siguientes años y las constantes preguntas sobre qué quería estudiar.

La maldición para los indecisos como yo era eso: decidir nuestro futuro sobre la base de una carrera universitaria y yo, Floyd McFly, no lo sabía. Cada día era una constante tortura, el martirio de la nefasta pregunta y su respuesta que no dejaba satisfecho a nadie que no fuera su emisor.

Un año sabático sonaba mucho mejor. Sí, señor.

Como todo lunes aburrido y sin mucho que hacer, el receso no era muy diferente. La rutina del gallinero consistía en hablar de su fin de semana y mirarles el trasero a los chicos, función en la que mi participación se definía en nula. ¿Cómo iba a decirles a todos que mi fin de semana había sido el más raro en mis diecisiete años contaminando el aire? Vamos, pretendíamos ir a ver a Brand, resultó que no pudo ser así y terminamos encontrándonos con nuestros ídolos. De solo pensar en ello me sentía rara, con esa comezón interna en lo más profundo de mi estómago, situada allí como recordatorio de mi encuentro con Synapses y para decir que por fin no sería invisible para su persona.

Perdida en mis pensamientos sobre Synapses y sus palabras, volví a la realidad; fue mi sensor invisible el que detectó la presencia de Felix y Jo en mi radar.

A una distancia prudente decidí observarlos como una forma de perder mi insignificante tiempo: Felix se paseaba con las manos en los bolsillos y con esa inexpressión patentada que debería llevar su nombre; portaba ese aire de arrogancia y suficiencia, conocedor de todos los secretos del universo, carente de ridiculez y siempre transmitiendo esa aura de misterio y suspenso. Joseff, por su parte, lucía como un niño torpe que caminaba junto a un adulto, con los pies enredados, su carisma evidente, la sonrisa en el rostro y sus labios sin descanso sin intenciones de cerrarse.

Sin embargo, no fui la única que reparó en el dúo, ellos también entraron en el radar de mis cuatro amigas.

—Ahora que veo al amorcito del Hurón y al Chico Batman tan cercanos no puedo evitar imaginármelos como algo más —comentó Nora con sus ojos clavados en ambos chicos.

Su gemela la miró y recorrió el patio de Jackson hasta dar con los chicos.

—¿Algo más íntimo?

Su gemela respondió con un lento y leve movimiento de cabeza.

—¡Mierda! Gracias por la imagen mental —saltó Eli—. ¿Cuál de los dos creen que es el pasivo?

—Jo —respondieron ambas a la vez.

Apreté mis labios y cerré los ojos con una fuerza descomunal para volverme nada y no escuchar a nadie. Una distracción era totalmente necesaria para disolver de una vez la imagen que recreaba en mi cabeza. Era ese tipo de representación que causaba cierto repudio por sus protagonistas, siempre y cuando no fuese una persona que gozara de esas situaciones. Al ser yo una de esas personas que no lo hacía, quería rehuir de esos pensamientos lascivos.

Pegué un grito interno sintiendo mis mejillas tan rojas y calientes como el mismísimo sol.

—Lo siento, Floyd. Desde ahora le voy al Jolix —manifestó Nora con cierto dejo de culpabilidad.

La cabeza se me hizo humo.

—Yo también —se unió Fabiola alzando su brazo en apoyo.

—Y yo —siguió Eli—. Me lo tatuaré en la frente.

Lyn quedaba para apoyarlas, pero no lo hizo, lo que significaba que mi esperanza sobre el Joselyn —la unión de Joseff y Sherlyn— seguía en pie. Mi querida amiga se mostraba más interesada en su confidente especial, tecleando la pantalla con sus dedos veloces, sin mirar o prestarles interés a lo demás. A veces me preguntaba qué tanto hacía, cuál era el motivo de encerrarse y escapar del mundo para sumirse en la marea de las redes sociales. Otras, simplemente, la dejaba ser.

Ese lunes retomé la segunda opción y me dispuse a ignorar las habladurías del trío de gallinas que pretendían estampar playeras que dijeran *Team Jolix*.

«Desquiciadas fanáticas», pensé volviendo a concentrar mis ojos en los dos chicos que recorrían a paso lento el patio.

Para mi sorpresa, el dúo dinámico había contratado a un cuarteto de chicas para que le cuidara la retaguardia a una distancia prudente.

No era necesario ser un genio ni tener un doctorado en Psicología para darse cuenta de que esas gallinas, con complejo de guardias, forjaban una seguidilla a Felix y Joseff como forma estratégica para hacerse notar. Con mi vasta experiencia en compañía del gallinero, también había atravesado esa etapa del seguimiento, las risitas chillonas, las miradas que lo decían todo, los

anhelos por hacernos notar y los condenados empujones contra ese ser especial.

La situación va por etapas y, a estas alturas, la idea de hacer esa barbaridad de cosas, como un juego interno, no me causó gracia; al contrario, me avergonzaba de solo pensarlo. Mi ser enamorado y mis poco discretas amigas siempre traían una consecuencia devastadora en la que el infaltable empujón terminaba con una yo de rodillas contra el suelo o chocando con el trasero de quien para entonces me gustaba. Para rematar la función, en el momento de levantarme del suelo, las risas no se callaban; por eso durante un tiempo preferí callar mis suspiros y mis miradas se hicieron más discretas.

Como Cupido, mis queridas y chillonas gallinas morían de hambre, claramente. Y la historia se repetía conmigo mirando a la distancia.

El cuarteto de chicas —con mucha probabilidad, de segundo año— parloteaba entre sí con entusiasmo, risas escandalosas y miradas furtivas. Una de las chicas, la valiente, dio el primer paso para alcanzar al dúo que seguían sin disimulo. Otra del cuarteto, baja y con el cabello alborotado, intentó detenerla en su cometido sin resultados. Sus amigas, que estaban aferradas a sus brazos como medio de apoyo moral, le dijeron algo. La chica de antes, ya a poca distancia de los chicos, miró a sus amigas y, finalmente, extendió su brazo para tocar la espalda de Felix.

Mis dientes rechinaron entre la indignación, la ansiedad y la rabia. Oh, sí, la abeja celosa comenzaba a zumbear en mi oreja para llevarme al lado oscuro, ansiosa por despertar mi instinto.

¿Por qué Felix? ¿Por qué siempre él? Joseff era un buen partido con sus lunares y su sentido del humor. Pero no, las chicas siempre preferíamos al chico de aspecto misterioso o al chico malo.

Golpe mental.

Empezaba a actuar en el papel de loca celosa ¡y ni siquiera era algo de Felix! Era demasiado arrogante, aun consciente de su respuesta negativa para con las demás, porque, por esos hechos extraños de la vida, quien ocupaba ese corazón era yo. A pesar de todo, él y yo actuábamos como completos desconocidos dentro de Jackson, como si las cosas que vivimos y vivíamos fueran insignificantes, como si existiera una barrera con la instrucción impresa que decía: «al atravesar esta puerta, Felix y Floyd no son nada, solo compañeros de curso». La confianza estaba, los momentos íntimos, cortos y escasos entre ambos, también el cariño; sí, mas fuera del colegio.

Decidí cambiar eso: emprendí mi camino para plantarle cara al cuarteto de segundo, dejar claro que ese sujeto inexpresivo que detestaba a todo ser sobre (y fuera) la Tierra ya tenía a alguien por quien suspirar, que no iba a permitir que nadie se ilusionara con su persona en mi presencia. Iba a romper la barrera entre Felix y yo.

Avancé con paso decidido, firme y seguro. Cada pisada dejaba una huella profunda de una joven con sus convicciones claras. La música épica no se hizo esperar en mi cabeza y ese fondo con la bandera flameando en mi espalda le dieron ese toque magnífico a mi recorrido. Solo faltaba la cámara lenta para completar la escena sublime.

Pero la realidad me golpeó con fuerza. Literalmente.

El pelotazo que me llegó a la cabeza fue ese empujón que ordenaba, a la fuerza, que llegara a la escena deprisa.

La pelota del grupo de deportistas me golpeó en plena nuca y escondió todo mi orgullo de mujer decidida que caminaba con música épica y la bandera flameando de fondo. Del golpe, me mordí la lengua.

En ese lado brillante y musculoso del patio, donde los deportistas tenían su marca, las carcajadas no se hicieron esperar; tampoco los ojos curiosos de espectadores cercanos, entre ellos el cuarteto de segundo, Joseff y Felix. Quise salir corriendo para ocultarme en los baños.

—¡Oye, lánzala! —grito uno del club de deporte, a quien reconocí como compañero de Wladimir.

«¿Lánzala?», repetí en mis pensamientos.

Inhalé hondo clamando a los seres divinos de la paciencia y la integridad, pero el pelotazo y la orden desataron a esa Floyd explosiva que, en lugar de vomitar diarrea verbal a causa de su fanatismo o nervios, vomitaba diarrea enfurecida.

Recogí la pelota para sujetarla con fuerza entre mis manos a tal punto que mis dedos se tornaron blancos. Esculpí la mejor de mis sonrisas sintiendo cómo el espíritu de Medusa me poseía por completo. El brillo malicioso se cruzó en mis ojos y dio a parar ante el chico que esperaba su linda pelota.

—¿La quieres?

Mi pregunta provocó una exhalación incrédula del deportista con músculos por cerebro. La respuesta era obvia, pero necesitaba darle ese toque a la situación para verme como la chica que no pueden pasar a llevar.

—Dime, ¿la quieres? —volví a preguntar.

En silencio, alzando una ceja sin poder creer el tipo de pregunta que efectuaba, se volvió hacia sus amigos y gesticuló con sus brazos la duda evidente. Regresó para mirarme y respondió un escuálido «claro» como lo había previsto.

—Ven a por ella —le ordené anchando mi sonrisa.

El espíritu McFly recorría mi cuerpo. Entendí por qué papá solía ser la clase de persona altiva y osada que no se dejaba pasar a llevar por nadie. Esa probadita de mandato resultó adictiva.

El musculoso no puso objeciones y se acercó con la esperanza de obtener su balón, pero mi McFly interna no podía hacerle el trabajo tan simple. Claro que no, señores. Lancé la pelota con todas mis fuerzas al techo de la biblioteca que se encontraba a unos metros. Con ese tiro acertado seguro me aprobaban con nota máxima en Educación Física.

—Ups, qué lástima.

Con ese comentario que borró todas las sonrisas burlonas de los espectadores, seguí mi paso hacia ninguna dirección, porque quería enterrarme en lo más profundo de una fosa para preguntarme si realmente había desafiado a un chico del club de deporte o si se trataba de un sueño.

¿Eso lo había dicho yo? ¿Ese ser malvado emanó de mí? Caminé continuando con la actuación de una chica a la que no pueden humillar los pelotazos en la cabeza; miles de cuestionamientos y posibles frases para sellar el desenlace viajaban por mi cabeza.

Dentro de los pasillos Joseff me detuvo por el hombro.

—Eso estuvo genial, Floyd. Es la segunda mejor forma de conservar la dignidad tras un golpe en la cabeza

Me reí de mala gana pretendiendo ser invisible.

—Ni lo menciones. —Miré a ambos lados en busca de su silencioso compañero—. ¿Y Felix?

—Dijo que tenía que hacer algo.

«Algo con esas chicas, seguro», habló el orgullo para mis adentros.

Me silenció luego con la llegada del gallinero que cacareaba histérico colmando de palabrotas al musculoso.

Martes: día de club.

El Club de Voluntarios seguía estando tan tranquilo como de costumbre. Megura contaba sobre misioneros en África; Josh dormía sobre la mesa; Sam dibujaba sobre unas hojas en compañía de Loo, quien en lugar de rayar hojas lo hacía en la mesa; Felix, siempre con sus audífonos y Joseff me hablaba sobre algún tema al que poca atención presté.

La mayor parte del tiempo el club se mantenía igual, monótono, sin misiones y la ayuda que se suponía que haríamos era nula, porque ningún pobre diablo tenía las agallas suficientes para pedir auxilio respecto de algún problema en particular. La calma siempre estaba presente dentro de las cuatro paredes, aunque a veces Loo se ponía a cantar sobre las mesas y debíamos pretender que no cometía tal acto garrafal, incluso fingir que su canto no era ridículo. La única persona que era capaz de mirarla actuando como la vocalista de un grupo de metal era el Poste con Patas sentado a mi lado.

—¿Sabías que en otra línea temporal las cosas son completamente diferentes?

Allí estaba otra pregunta sin respuesta. Joseff y su imaginación a veces me perturbaban.

—No lo sabía, pero supongo que es así.

—Lo es, muchos físicos lo dicen. Ya sabes, eso del universo paralelo —continuó con ánimos envidiables—. Quizás en otra línea temporal seas un chico o podrías no existir.

—No puedo imaginarme como un chico —confesé arrastrando mis brazos recogidos sobre la mesa. Emití un largo bostezo que lo contagió.

—Eso suena como algo que diría tu yo masculino en otra línea temporal —advirtió achicando sus ojos. Una lágrima provocada por el bostezo brilló en el rabillo de su ojo—. ¿Crees que se pueda viajar en el tiempo?

Lo medité mientras me recostaba sobre mis brazos.

—Si se puede, me encantaría hacerlo —respondí observando a Sam y la temible Loo—. ¿Tú qué crees?

—Que sí, pero hacerlo tiene su consecuencia.

—Me dan miedo las consecuencias.

Di por hecha mi confesión. Por una cosa de instinto terminé guiada hacia el rostro de Felix, quien, con brazos cruzados y apoyado en su silla, mantenía sus ojos cerrados. Su expresión me pareció apacible, transmitía tranquilidad más que seriedad.

—A mí me dan miedo las decisiones —confesó luego Jo.

Mi investigación a fondo del rostro de mi compañero y amigo de la infancia tomó su curso otra vez y una sonrisa apareció al comprobar que sus audífonos inseparables estaban en sus oídos. La curiosidad se acentuó en mi cabeza una vez que fui testigo de su vulnerabilidad.

Si siempre me había preguntado qué escuchaba, podía saberlo en ese instante. Lograría ponerle fin al desenlace del titular «Felix y sus audífonos».

Me incorporé haciéndole un gesto a Jo para que guardara silencio. Volviéndome hacia el Poste firme e inquebrantable, alargué mi brazo con mis dedos que bailaban en el deseo y que pedían a gritos romper con la duda. Pero como se esperaba, algo quiso que esa duda no fuese resuelta en ese instante, sino alargar la agonía de aquella incertidumbre.

Alguien golpeó a la puerta.

La sorpresa invadió a todos los del club.

—Hola —saludó un chico desde la puerta—, ¿este es el Club de Voluntarios?

—Sí, sí —se aprontó en responder Megura, con la sonrisa formándose en sus labios—. Si tienes algún problema, nosotros te ayudaremos a resolverlo. Dime, ¿qué te acongoja?

Con un gesto la líder del club dejó pasar al desesperado chico. Me di el tiempo de examinarlo y empatizar con el rojo de su ojo, pues yo hubiera estado igual en su particular situación.

—E-eh, soy Jess de primer año —se presentó ante nosotros, acompañando las palabras con un gesto de manos—. No tengo un problema grave; todo lo contrario. No sé si me entienden... —Su frase discontinua incitó a hablar, pero nadie lo hizo—. Necesito hacer algo.

—¿Y eso sería...? —curioseó Joseff, tan entusiasmado como Megura.

Jess se meneó de lado a lado buscando las palabras correctas para explicar su problema. Después de quince segundos exactos, respondió:

—¿Cómo decir «me gustas»?

El signo de interrogación se dibujó en el rostro de todos.

—¿Quieres que seamos el bebé obeso con alas y arco? —preguntó entre risas burlonas Loo.

—No exactamente. Quiero decirle a mi mejor amiga que me gusta y ese es el problema: es mi mejor amiga. Llevamos años juntos y no sé cómo hacerlo para que crea en mis palabras, demostrarle que digo la verdad.

Loo relinchó sumergiéndose en su asiento. Muy diferente a su actitud, Megura y Joseff estaban fascinados con Jess, quien, por cierto, lucía más calmado.

—¿Quieres que sea especial? —preguntó Megura acercándose a su mesa en busca de la libreta pequeña que siempre llevaba consigo—. ¿O algo simple?

Jess se encogió de hombros.

—Díselo de forma directa.

Para sorpresa de muchos, el experto en comentarios directos y sin remordimientos futuros habló. El silencio se hizo en la sala con la propuesta de Felix que me pareció muy él. Técnicamente así lo había hecho conmigo y no había funcionado hasta que tuve que corroborarlo.

—Si lo suelto sin vacilar, ella no me creerá; soy alguien que hace bromas respecto a esos temas, así que...

—Sé detallista y romántico —habló Joseff.

Su propuesta trajo consigo un festín para mi imaginación donde lo veía arrodillado con un ramo de rosas en una mano y un paquete de bombones en la otra; todo para declararle su amor a Sherlyn.

—Creerá que estoy bromeando. —El chico desinfló la esperanza de Jo de golpe.

Una idea llegó a mi cabeza.

—Si estás dispuesto y quieres sonar convincente, haz una locura —manifesté—. Puedes decirlo por la radio del colegio para que todos lo escuchen.

—Quiero algo más prudente —objetó Jess—, así no estaré en la boca de todos si llega a rechazarme.

Tenía razón. Si la chica llegaba a rechazarlo, quedaría en ridículo.

Resoplé desanimada; me preguntaba qué haría yo en su lugar. ¿Cuál sería la forma ideal para declararme y no morir en el intento? Solo me declaré una vez con anterioridad; fue un completo desastre, traumático con todas sus letras y sinónimos.

—Hazlo con una carta y punto —propuso Josh con la voz raspándole la garganta. Recién despertaba de su siesta—. Así lo hice yo con Meg.

Una sonrisa tierna le regresó la líder del club.

—O podrías preguntarle a ella —intervino Sam con su tono tímido y la voz casi imperceptible. Como no era muy común escucharlo, todos le prestamos atención a la espera de su explicación—. Po-podrías decirle a tu amiga que quieres declararte a una chica, que no sabes cómo y necesitas su ayuda.

La sala se silenció mientras el chico de lentes se volvía una pelota en su asiento, muerto de vergüenza por la propuesta que nos había brindado.

A decir verdad, fue la más razonable.

Loo aprobó la idea despeinando el cabello azabache de Sam en tanto le decía cosas como «eres un experto en el amor, ¿eh?» o preguntaba «¿de dónde sacaste esas cosas?, ¿de las revistas de tu mami?».

—Eso... puedo intentarlo.

Encogiéndose de hombros, la preparación para la declaración del chico comenzó.

Los resultados de la confesión nos mantuvieron al borde de una espera martirizante durante toda la noche sin dar con resultados vívidos. Con esa idea, esperamos que el miércoles Jess llegara con la noticia sobre su declaración y la reacción de Nana, su enamorada.

Estaba en Educación Física cuando el director hizo acto de presencia. Se acercó al profesor Manz, le dijo algo y luego se marchó.

Manz se giró hacia las gradas.

—McFly y Frederick, a la oficina del director.

La sangre se me heló.

La repercusión que trajo defender mi orgullo y machacar el del musculoso dio lugar a una charla con el director por lanzar el balón al techo de la biblioteca y cito: «perturbar el orden público del lugar». Mi argumento en defensa no fue suficiente ya que tenía en contra el video que uno de los chicos había grabado, por lo que no podía decir nada, solo asumir la falta. Mi castigo consistiría en ayudar al conserje pintando durante una semana el viejo mural hecho por los del club de arte. La gran sorpresa del asunto me la llevé a causa del motivo por el que Felix también tuvo su encuentro con el director. Desde mi punto de vista él no tenía nada que hacer en la oficina, a menos que fuese un testigo que defendiera mi postura y contratacara a la del video. Pero no, Felix se mantuvo callado hasta que el director posó sus ojos sobre él.

—Frederick —comenzó el director—, ¿qué pasó?

La respuesta que obtuvo el director fue al puro estilo Felix: un silencio de ultratumba.

Mi curiosidad salió a la luz, así que acomodé mi trasero para escuchar la plática que a todas luces no parecía querer surgir.

El director Manson continuó:

—Sé, por fuentes confiables, que no es un mal estudiante, que tiene el mejor promedio del curso, es responsable, presta suma atención y no se inmiscuye en los problemas ajenos, pero —hizo una pausa negando con incredulidad— ¿usar la violencia? Dígame, por qué golpeó a ese muchacho.

Me volví hacia el chico inexpresivo que se cruzó de brazos. Una mueca demostró su displicencia viva e inherente de su persona. El silencio se volvió protagónico, tortuoso, lleno de escepticismo. Tardó en pasar al segundo plano con el suspiro del director.

—Entiendo que quería defender a McFly, lo entiendo. Y supongo que usted comprende que no es la forma de hacerlo. Si usted, sobre todo usted, va a usar la violencia, debe saber que tendrá consecuencias. Se sabe que...

Y el típico discurso sobre el uso de la violencia tomó lugar. Mientras tanto mi cabeza abría un hueco hacia otra dimensión al caer en la cuenta de la situación. Viajé a ese momento en que mi marcha dejó atrás la escena del crimen, ese instante en que Jo me hablaba y las gallinas

cacareaban detrás llenas de indignación. En ese momento en que deseaba huir del mundo, Felix no escuchaba la declaración del cuarteto de chicas, él estaba golpeando al musculoso. Volví al mundo real con la cara de boba pasmada, digna para una foto. El corazón bailaba con mi reciente descubrimiento.

—En resumen, dejaré pasar la suspensión por esta vez. Tendrás el mismo castigo que la señorita McFly. Pueden retirarse.

Salimos de la oficina deprisa.

Felix se puso los audífonos ignorando por completo mi miserable existencia para perderse del mundo caminando de regreso a las canchas, donde nuestros compañeros hacían los molestos ejercicios de Manz. Yo, fiel a mis instintos y la curiosidad latente, necesitaba los detalles de aquel día, quería saber si realmente me había defendido.

—¿En verdad me defendiste el lunes? —comencé—. ¿Te ensuciaste las manos por mí? Si hiciste eso, entonces... ¡Vaya!, no me lo esperaba de ti. ¿Estabas enfermo o tu orgullo se tomó unas lindas vacaciones? —Me reí de manera gangosa, como un cerdito—. Estoy bromeando, solo quiero decir que me hace muy feliz...

—No te escucho —advirtió fuerte y claro, metiendo las manos en sus bolsillos sin frenar el paso.

Me detuve con su declaración, refunfuñando para mis adentros, mientras observaba su espalda, su cabello, parte de su tatuaje, sus miserables audífonos. Me mordí los labios para regular el dolor en mi pecho y el revoltijo que se pronunciaba en mi estómago. Hurones con alas hacían de las suyas allí dentro. Admiré su perfil una vez que lo alcancé y recordé el primer día que llegó a la ciudad, cuando me descubrió espiando a nuestros padres. Recordé su declaración, sus confesiones. Aprecié sus gestos en la florería y aquellas palabras que aceleraron mi pobre corazón con complejo suicida. Recordé a Jess y su situación, sintiendo la necesidad de comprobar su problema tan similar al nuestro.

¿Era muy masoquista decirlo? ¿Era demasiado absurdo intentarlo? ¿Por qué se me hacía tan complicado expresar lo que sentía?

Inspiré hondo y se lo dije.

—Creo que me gustas.

El peso de la realidad se alojó sobre mis hombros. Me planté como una estatua al rojo vivo esperando una reacción de su parte mientras cubría mi rostro con los brazos sobre mi frente como si de pronto se quitara los audífonos y me dijera que todo este tiempo había mentido, que mi confesión la escuchó fuerte y claro.

Suerte para mí: el Poste, ajeno a todo, siguió caminando.

La tensión se esfumó de mis hombros para cederle espacio a ese bichito travieso. Le seguí el paso con una sonrisa que rebosaba en mi rostro.

—Me gustas —volví a decirle—. Se oye estúpido, insensato, quizás no existen motivos suficientes para que me gustes. Creo que estas cosas simplemente pasan, puede que esto dependa de alguna probabilidad extraña. No sé... Pasó y es posible que esto aumente, así que prepárate. Me gustas, Felix. Y me gusta tu tatuaje. Me gustan tus muecas y gestos que te muestran inconforme con el mundo. Me gusta que te guste y que, indiferente a los demás, me lo hagas saber. ¿Soy muy egoísta al decir que te quiero solo para mí? ¿Lo soy?

Mi nariz dio contra su espalda. El Poste permaneció quieto un momento y se giró en mi dirección.

Me sentí diminuta como una pulga, con deseos de secuestros alienígenas y el exterminio de la

raza humana. Estaba perdida y sola me delaté, sin vuelta atrás. Elevé mi cabeza con los ojos tan abiertos que dolían, espantada.

—McFly.

—¿S-sí? —Tragué saliva con la barbilla temblorosa.

—Ni una palabra sobre lo de hace un momento —advirtió para seguir caminando luego.

Mierda. ¿A qué se refería con eso, a mi declaración o a lo ocurrido en la oficina del director?

Estrellas



Durante esa semana intenté descifrar alguna pista que me indicara si Felix había escuchado mi declaración. Incluso en el dentista esta labor se llevó mis inquietudes. Me convertí en una psicóloga que busca algún indicio de aceptación frente a su paciente, examinando al inexpresivo chico con detalles casi sobrehumanos. Cualquier rastro, cualquier gesto, pista o lo que fuera, me servía para saber que, después de todo, mi misión había fallado rotundamente.

Mi muestra de valor había salido a la luz para arrastrarse de vuelta a las sombras y ser reemplazada por la vergüenza y el horror. Yo había dicho eso porque una parte de mí sabía que no lo oiría y me quise hacer la traviesa con eso; mi otra parte, en cambio, temía ser escuchada. Esa expectación y constante incertidumbre era lo que me tenía mordéndome las uñas como piraña a un trozo de carne, triturándolas sin piedad.

Existía un gran porcentaje de que mi declaración se hubiera perdido. Así es. Después de hostigarlo con miradas incansables, que él respondía con su típica mueca de fastidio, como si viese a la peor de sus pesadillas, deduje que el único testigo de mi confesión era el viento y el maldito polen que no permitía a mi pobre nariz descanso alguno; siempre me tenía estornudando.

Los constantes estornudos deberían considerarse una tortura nueva, porque con mi pecho adolorido y la nariz de nabo que tengo, era digna de una comedia americana muy mala. Las cosas no mejoraban con la mascarilla que usaba en la florería; el polen desarrolló una nueva estrategia para arruinarle el día a la pobre Floyd «Estornudos Locos» McFly.

Para mi fortuna, ayudar en la tienda con Sarah terminó la misma semana de la confesión —pretendía no nombrar más o perdería la cordura y la poca dignidad que mi orgullo de McFly había reunido— en compañía de una linda paga bien guardada en mi lugar secreto, ese bello espacio lleno de mis ahorros ocultos de manos atrevidas.

Junto con el término de la semana, el tiempo para finalizar las clases se acortó.

El lunes por la mañana suspendieron la clase de Historia para llevarnos al auditorio. Una charla sobre la universidad y la vocación adormeció la mente de todos los alumnos quienes, con un disimulo profesional, contagiaban bostezos que intentaban ocultar bajo sus manos. Otros más descarados dormitaban en los hombros de sus compañeros o simplemente se dejaban estar meneando la cabeza como roquero con cada sacudida.

Uno de ellos era Joseff.

El Chico Batman se sentó junto a Felix en la fila de enfrente, dos puestos más allá de donde me encontraba junto al gallinero. Cansado de no poder hablar, prefirió sumirse en una siesta y sacudir su cabeza de lado a lado. En más de una ocasión lo vi acomodar su trasero en el asiento luego de despertar desorientado y caer en la cuenta de la fatídica charla. En un momento dado, su cabeza dio a parar en el hombro de su compañero inexpresivo. Las tres locas —Nora, Fabi y Eli— chillaron en sus asientos como si vieran a su ídolo, lo que provocó un siseo lleno de enojo por parte de los profesores y gente importante de la universidad.

El descaro de Jo no dio lugar en la paciencia de Felix, que decidió levantar con rudeza su

hombro para que la cabeza del amante de los superhéroes rebotara y así despertara.

Me vi envuelta en una extraña sensación de irritación. Mi abeja interna zumbaba con una furia que solo calmaría ver lejos al dúo.

Las preguntas oscilaban en mi mente mientras un sujeto repartía folletos sobre la universidad estatal de la ciudad.

¿Por qué no podía hacer ese tipo de cosas? ¿Por qué el orgullo se oponía al deseo de estar a su lado? Lo sentía tan distante. Yo estaba a un extremo y a kilómetros se encontraba él, ni siquiera la caminata por el parque era divertida, ese espacio silencioso notorio no lo cubría nadie.

Luego, al cuestionarme todo eso, me agarraba la cabeza con una desesperación alarmante tras fraccionar aquella idea de sentir una atracción por el ser más inexpresivo de la historia, que me hacía sentir la mujer más tonta del planeta, aunque fuese de alguna forma correspondida.

Ni siquiera recordaba con exactitud qué le había dicho en mi declaración; permití a mi corazón parlanchín hablar por mi cerebro. Pura intrepidez de su parte.

Después de clases mi castigo por «perturbar el orden» empezó. Felix, por su parte, también tuvo que quedarse, sin excusas.

Para evitar preguntas, les dije a mis queridos padres que ayudaría a pintar junto con los chicos del club, cosa que en parte sería cierto, por lo que mi ataque de hipo no logró delatarme.

—Oye, Felix...

Mientras esperábamos a que el conserje arreglara una llave del baño, reuní el valor de preguntarle sobre la declaración, pero en cuanto sus ojos dieron con los míos, me derretí como un helado de frutilla.

—¿Qué les dijiste a tus padres? —terminé preguntando.

La patada mental que le di a mis pobres nalgas me llevó más allá de todo pensamiento humano.

Rezongó.

—¿Te pagan por ser curiosa?

Siempre con la amabilidad por delante, ¿no?

¿Cómo podía sentir atracción por alguien que decía tener sentimientos por mí cuando parecía todo lo contrario? Entender a Felix iba a ser un paso más allá de lo imposible.

—Y yo que pensaba agradecerte por golpear al musculoso ese por mí...

—¿Quién dijo que lo golpeé por ti? Lo hice como una advertencia para que no me sucediera lo mismo que a ti.

Lo miré ceñuda y abrí mis labios.

—No tienes que ser tan tímido y negarlo —le dije, mirándome las uñas mientras adoptaba una pose de diva arrogante.

El silencio reinó entre nosotros; de no ser por las maldiciones del conserje, el colegio entero sería un cementerio. Volví a Felix, descubriéndolo rojo como una caldera. Mis ojos brillaron ante el descubrimiento, uno tan similar al de un nuevo planeta.

Me planté frente a él para deleitarme del resultado que habían logrado mis palabras.

—No. Puede. Ser.

Giró su rostro, permitiendo ver su perfil y gruñó:

—Déjame en paz —pidió en mi acercamiento intimidante.

Su mano dio a parar en mi rostro y lo cubrió totalmente, lo que dificultó mi vista privilegiada de su fisonomía.

La macabra y muy asquerosa idea de salivar su mano fue interrumpida por la aparición del conserje, quien se secaba las manos con un sucio paño de color marrón.

Felix bajó su mano volviendo a la postura de chico desinteresado con un leve rojo que teñía sus mejillas.

Los cansados ojos del conserje recorrieron nuestros rostros.

—Entonces... ¿pintura?

Su voz rasposa pegaba de lleno con su rostro. El fastidio y la intolerancia diaria de los estudiantes y profesores hacia un simple trabajador relataban el desgaste en todas sus facciones.

—Sí, para la muralla al final de la cancha.

El hombre asintió.

—Ojalá castigaran niños más seguido, así tendría un poco más de ayuda.

Con brocha en mano y luciendo nuestra peor vestimenta, el Poste con Patas y yo empezamos nuestro castigo después de recibir un tarro gigante de pintura blanca que el conserje sacó de la bodega.

No tuve la oportunidad de contar cuántos pies de anchura teníamos por pintar, pero sí los minutos que transcurrieron entre pintadas y pinceladas sumidos en nuestros propios pensamientos. Pintar mataba el tiempo, pero algo le faltaba a esa tarde que se marchaba.

Algo que de pronto supe:

«Querida gente inexistente de la Zona Pensamientos, bienvenidos a una nueva entrega de las mejores canciones de todos los tiempos, con su locutor estelar, o sea, yo».

Era el conserje que hablaba desde el micrófono del club de radio. Podría reconocer esa voz rasposa sin lugar a duda.

El piano se oyó de fondo; la música comenzó.

No tenía idea del nombre, pero el ritmo lento se transformó en uno contagioso que provocó que mi cuerpo se meneara al son del ritmo mientras mi mano subía y bajaba con la brocha que cubría el antiguo mural.

A unos pasos, Felix, siempre tan estático y ajeno al mundo, me observaba como si fuese el típico político que hablaba sandeces incoherentes que lo dejaban en un pedestal de la ridiculez. Le saqué la lengua acercándome paso a paso a su lado, entonces le di un caderazo que lo desequilibró. Su brocha se deslizó por mi brazo y manchó parte de mi blusa.

—No empieces con tus locuras —advirtió con voz soporífera, continuando con el trabajo. Sonreí con picardía mientras lo amenazaba con mi brocha.

—¿Qué? —Alcé mis cejas detonando una inocencia que no pegaba con mi yo en ese instante—. Solo vengo a pintar por aquí.

Otra canción comenzó.

Continué pintando al compás de la música, con movimientos inconscientes que llevaban mi cuerpo, entonces me vi envuelta en la tentación de manchar la mano de Felix, que estaba a unos centímetros de la mía. Deslicé mis ojos de la muralla hacia sus nudillos marcados, donde me sorprendí de sus pequeñas heridas ya secas.

—¿Esto fue por...?

Intentó ocultar su mano, pero me adelanté a su movimiento tomándola. Como de costumbre, su frío hizo un intercambio con mi mano tibia. Sus dedos se resguardaron entre los míos. Ese contacto lo calló todo. Observé sus nudillos, examinándolos con un dejo de lástima y culpabilidad. Recordé aquellos días donde casi vivíamos para jugar juntos y yo jamás pretendía acallar los constantes interrogantes que le hacían estallar la cabeza. Recordé cuando corríamos de lado a lado sin medir consecuencias. Me acordé de que, si uno se caía, el otro besaba la herida con la falsa idea de que así ya no dolería y sanaría pronto.

De improviso, de regreso a la oscurecida tarde en Jackson, besé su mano, justo sobre sus nudillos, en un inconsciente gesto que me transportó a esos tiempos en Los Ángeles.

Permanecí con la cabeza gacha, esperando que mi cuerpo hirviera al percatarme de que ya no éramos niños, sino unos adolescentes que siempre malinterpretaban todo.

El carraspeo que emitíó Felix causó que mi cuerpo asustado se sacudiera en una muestra de resquemor, nerviosismo y vergüenza.

—Esto debería ser al revés —pronunció. Deslizó sus dedos por mi ahora tímida mano y la tomó como yo había hecho con la suya. Formó una reverencia tan perfectamente pulcra y ensayada, como su papel de Baptiste en *Derechos de amar*. En el momento en que sus labios tocaron mi temblorosa mano, la electricidad navegó por mis venas, subió hacia mi pecho y allí se expandió, dejando cierto cosquilleo adictivo que luego adormeció mi cerebro. Acarició mis dedos con el sutil roce de su pulgar. Se permitió carraspear, alarmando así a todo mi sistema y retando a mis pocas agallas para que le brindase una mirada. Lo vi dibujar una sonrisa ladina y esperé. Aguardé a que me soltara.

No lo hizo. Su gesto iba más allá; él quería invitarme a bailar. Temerosa, le regresé la reverencia.

La canción continuó en tanto Felix tomaba con su otra mano mi cintura, acortando la distancia, lo que llevó a un ambiente más íntimo, más... extraño. Coloqué mis manos sobre sus hombros y me perdí en el misterio impredecible de sus ojos.

—¿Recuerdas que, para un cumpleaños del niño sin dientes, ese que vivía al frente, nos hicieron bailar así? Nuestros padres gastaron la memoria de sus cámaras sacándonos fotos.

La sonrisa diminuta le volvió.

—Sí, también recuerdo que me pisaste un par de veces... y no por casualidad.

Me eché a reír rememorando su expresión.

—Era para romper el incómodo momento.

«Vaya excusa más mala», pensé y de pronto mi pie pisó el suyo.

—¿Cómo ahora?

Me sonrojé encogiéndome los hombros.

—Eso no estaba planeado.

Negó con la cabeza. Felix y su personificación de la tolerancia y la paciencia en persona.

Elevó su barbilla al cielo, contemplando el repentino cielo nocturno que nos envolvía. Observé cada detalle de su rostro contra la precaria luz que la cancha del colegio nos regalaba.

Tragué saliva con la garganta que me quemaba ante las ansias de pronunciar y preguntar lo que me había acongojado durante el transcurso de los días siguientes a mi declaración.

—Felix, tú...

—Mira —interrumpió, dejando de mecerse. Quitó su mano de mi cintura, pero la otra permaneció entrelazada a la mía, ya más tibia.

Imité su postura creyendo que un meteorito por fin caería en la Tierra para evitar mis desasosiegos. Sin embargo, estaba equivocada por completo.

El cielo se encontraba rebosante de estrellas que brillaban como si lo hicieran solo para nosotros. Era un espectáculo fascinante. Una de ellas cruzó el cielo dejando una estela de luz que se apagó poco a poco. Era una estrella fugaz.

—Pide un deseo —me animó Felix.

Y eso hice.

Preguntas



Un escandaloso estornudo causó eco en la desierta calle de Jackson. La noche, con su mítica luna alzada en el cielo, era testigo de una Floyd con la nariz cual Rodolfo el reno, quien recién se desocupaba de unas largas horas de pintura, música y monólogos que pretendían ser conversaciones, pero que su destinatario solo respondía con ademanes.

La primavera seguía provocando estrepitosos síntomas alérgicos a todo lo que respirara; esa noche no iba a ser la excepción, sobre todo si la mala fortuna se asentó sobre mis hombros susurrándome que sería buena idea dejar el tarro de basura en una bodega llena de polvo.

Metí las manos en mi bolsillo y adelanté dos pasos a Felix, que caminaba con toda la tranquilidad del mundo abrigado hasta el cuello con su abrigo marrón.

Me di vuelta caminando hacia atrás, dándole la espalda al largo camino que restaba.

—Deberíamos ir a algún sitio, así como para celebrar.

—¿Celebrar qué? ¿Nuestro castigo?

—Sí, eso... —dije en voz baja—. O, no sé, pasar el rato después de tanto trabajo.

—Pintar no conlleva trabajo.

¡Auch! Ese era un rechazo indirecto. Ahora entendía a las pobres chicas que buscan salir con él y recordé por qué no era yo la que tomaba la iniciativa cuando me encaprichaba con alguien. El miedo a ser rechazada siempre latía en cierta parte de mi desdichado corazón, desde la primera y desastrosa declaración que cometí, la cual parecía un testimonio jurídico, donde yo era la criminal que relataba sus terribles actos. Recuerdo la cara de impacto y desconcierto, luego la mueca de asco y la negación garrafal.

Desde ese momento, decidí dejarme llevar y esperar, aunque con la declaración hacia Felix rompí ese convenio.

¡Pero ahora volvía a pasar!

No importaba; las insistencias con Felix a veces lograban buenos resultados.

—Sí, lo hace —repliqué—, mis muñecas son testigos y mis piernas también.

Guardó silencio en meditación.

—Solo si dejas de caminar así. Mira el camino; puedes caerte en cualquier momento.

—¡Trato hecho!

Me giré sobre un pie para volver a caminar como lo haría alguien normal. A excepción de Joseff, pues caminaba de espaldas al camino todo el tiempo con una profesionalidad inexplicable.

—¿Adónde quieres ir?

Se encogió de hombros con un semblante indiferente. Algo en mis entrañas me pedía odiar su faceta de «me importa una cucaracha todo», pero la otra se alegraba de que siempre aceptara mis propuestas sabiendo lo absurdas que podrían ser.

Mi estómago gruñó y mi cerebro logró formular en mi imaginación una deliciosa *pizza*. Busqué dinero en mis bolsillos; apenas me alcanzaba para una *pizza* personal.

—¿Vamos por unos helados? —alcé mis cejas, expectante a su respuesta. Otra vez sacudió sus

hombros como respuesta—. Supongo que eso es un sí, Chami.

—¿Otra vez con ese absurdo *ship*?

—Jamás me cansaré de él —advertí sacándole la lengua con una sonrisa traviesa—. Al menos con él puedo fastidiarte un poco.

—Oh, ¿en serio? Pero si tú no fastidias a nadie; es imposible que lo hagas.

Su sarcasmo me hizo emitir una risa seca.

Retrocedí un par de pasos, me posicioné a sus espaldas, estiré mis manos y lo comencé a empujar como si se tratara de un pesado carro del supermercado.

—Ya... apresúrate o volveremos a casa tarde.

Entonces recordé que ya no vivía en mi casa, sino a varias calles.

Igual que la vez anterior, Felix no dejó de lado su preferencia por los frutos rojos y eligió un helado de sandía simple, diferente a mis preferencias. El mío era uno doble de chocolate y manjar, un deleite para el paladar de cualquier persona, excepto para el inexpresivo que pagaba por ellos.

—¿Qué? —le pregunté subiendo hacia la pasarela.

—Tú y tus chocolates.

—Tú y tus frutos rojos —bromeé para luego darle una mirada traviesa—. Eres un hombre pasional, ¿eh? Rojo, el color de la pasión.

Rezongó luego de lamer su helado.

—Sabes bien que el romanticismo y yo no somos amigos.

Sonreí porque un grado de eso —tal vez un sesenta y cinco por ciento— era acertado.

—Tampoco son enemigos; a veces puedes sonar bastante tierno.

Pegué un grito en mi interior. ¿Yo había dicho eso? ¿Podía ser más evidente?

—No digas ese tipo de cosas; te arrepentirás luego.

—Si lo hago o no, eso no es de tu incumbencia —manifesté—. Mucho menos mía, esas cosas simplemente pasan.

—Olvidaba que eres una masoquista empedernida.

El helado se escurrió hacia mi mano y tuve que flexionar la cabeza de tal forma que mi lengua lograra limpiar el chocolate mezclado con manjar.

—Iré a pedir servilletas —informó extendiendo su helado para que lo sostuviera.

Lo recibí de mala gana porque ¿qué iba a hacer yo con dos helados que se derretían a la misma velocidad que viajaba el sonido? Gimoteé deseando que se apresurara, aunque Felix no daba indicios de querer mover sus pies más rápido de lo que acostumbraba. Volví al mismo sitio donde nos sentamos a gritarle cosas a los autos y me senté sintiendo el frío que viajaba por mi mano; el helado goteaba como agua en un grifo.

—«Iré por servilletas» —repetí imitando a Felix en tono burlón—. Ajá, sí, faltó agregar: «pero iré a paso de tortuga para que al volver mi helado exista solo en tu ropa». —Bajé la cabeza presenciando un desastre inminente. Debía detenerlo antes de volverme tan dulce que las hormigas amenazaran con comerme viva—. ¡Qué desastre...! —Comencé a lamer antes de quedarme sin helado—. «Iré por servilletas a la luna». —Volví a imitar tras varios lametones.

Algo andaba mal. Mi helado no sabía tan agri dulce, sino a un relajante sabor dulce que podría dejar sin dientes a un niño pequeño.

Tragué saliva degustando con un atisbo de terror el sabor a sandía. ¡Ay, no! Había comenzado a

lamer el helado de Felix, no el mío.

Me desesperé al notar que evidentemente su helado estaba mucho más pequeño y no a causa del derretimiento, ¡sino por mi propia causa! Vi hacia todos lados en busca de una solución mientras mi cabeza ejercía una constante recreación sobre posibles excusas que no tuvieran como consecuencia mis ataques de hipo.

—¿Por qué mi helado está más pequeño?

La voz apática de Felix me heló las venas por un segundo. En el siguiente, decidí usar mis dotes para la actuación:

—El helado se derrite, por si no lo sabías.

Me apresuré a regresárselo, pero Felix no parecía con deseos de tocar mi mano pegajosa. Formó una mueca de asco en su rostro e hizo uso de una servilleta para cubrir su mano y recibirlo.

—O tú lo lamiste como esas personas enfermas que se meten en la boca hasta el cepillo de dientes de sus caprichos.

Examinó su helado desde todos los ángulos posibles; la luz no lo favoreció mucho.

—Yo no soy de esas, tampoco lamí tu helado.

Hipé.

—¿Cuál es la mentira: que no eres de las que usa el cepillo dental de su enamorado o que no lamiste mi helado?

Elevé mi flamante dedo corazón para enfatizar mi disgusto. Él disfrutaba como nadie de la situación, lo supe por su escondida sonrisa detrás del helado.

—Grosera —sentenció—. ¿Qué diría tu padre si te ve haciendo eso?

—Diría que lo tienes merecido.

Un «hum» emanó de su interior; la aceptación de su derrota fue la catarsis que destapó en mí la sonrisa victoriosa más ancha que pude hacer en mi vida. Me sentía como una tonta, pero supuse que eso se debía a que esas minidiscusiones me gustaban. Sí, bastante absurdo y patético, pero vamos, así se dan las cosas cuando a una adolescente llena de sentimientos, metas y hormonas como yo, le comenzaba a gustar alguien. Es la edad del pavo, donde todas nuestras decisiones y acciones son dignas del premio a la idiotez ante los ojos de cualquier otro que no sienta revoloteando las divinas mariposas.

—¿Sabes?, voy a cobrar las preguntas restantes que me debes.

—¿Hablas de la apuesta? Creí que eso ya estaba saldado.

—No te pases de listo, maldito *infelix*; aún quedan preguntas.

Se lamió los labios cautivadoramente. Mi Floyd interior abrió los ojos, al borde de que se salieran de sus cuencas a causa de tal gesto. Tragué saliva con dificultad para disipar un espeluznante y nada recatado deseo.

—Me niego.

—Ay, no seas así... —Iba a agarrarlo de su abrigo para zarandearlo, pero evitó todo contacto con mis dedos temiendo que lo manchara. Retraje mi cuerpo arrugando la barbilla—. Solo cinco preguntas.

Lo meditó cinco segundos y medio, contados por mi desesperación.

—Dos.

—Tres.

—Una.

Abrí mis labios ofendida.

—¡Tres!

—Bien —accedió de mala gana y luego de lamer su helado, agregó un seco—: Tres.

La primera pregunta era la que saltaba a un paso más de la curiosidad, estancada en mi cerebro durante la semana anterior, buscando cada indicio que pudiera responder a mis teorías casi fantasiosas sobre el suceso. Por mucho que lo intentara y fingiera desinterés, no podía esconder la incertidumbre por mi confesión. Tarde o temprano acabaría preguntándole. Suerte la mía que ello podría ser fácil y simple, pero no pretendía preguntar de forma directa.

—¿Realmente escuchas música o finges para oír las conversaciones ajenas?

Vale, lo segundo sonaba como algo que yo haría.

—Es bastante... irracional estar con audífonos y no escuchar música.

—Pruébalo —hablé saltando para ajustarme a su lado—, enséñame qué escuchas.

Bajó la cabeza, se quitó uno de sus audífonos. Cuando sus dedos fríos tocaron mi piel al apartar mi cabello para hacer visible mi oreja, la tensión me dejó a medio camino de darle otra lamida al helado. Apreté mis labios al percibir que sus dedos ajustaban mi cabello tras la oreja y, con disimulo, recorrían mi quijada. Deseé derretirme.

—Listo —dijo y pude oír la música clásica, su preferida.

Eso significaba que estaba impune y mi declaración era un completo secreto.

Suspiré de alivio una vez que quitó el audífono y se lo colocó.

—Segunda pregunta: ¿crees en los finales felices?

Aquella pregunta fue hecha con la intención de saber más sobre su historia *Cómo enamorar a Emily*, ya que me tenía devorando las uñas de manera constante sin saber qué me deparaba en el último capítulo. Todavía la estaba actualizando y yo seguía escribiendo apasionadamente comentarios por si alguna pista del final salía a la luz. Pero claro, siendo Felix, ninguno de mis extensos comentarios obtenía respuestas.

—Solo creo en los finales.

«¡Noooooo!», chilló mi hurón interior.

—Entonces...—por poco pierdo la tercera pregunta. Carraspeé guardando la compostura—. ¡Eso quiere decir que el final de *Cómo enamorar a Emily* será devastador!

«Una exclamación por una interrogación, nada mal, Floyd».

—Yo, que tú, no sacarías conclusiones apresuradas.

—Está bien. Tercera pregunta. Prepárate.

No lo pensé mucho. La tercera pregunta también navegaba por mis pensamientos de vez en cuando. Ya la había formulado antes obteniendo como respuesta una muestra total de su mala actitud y sombría percepción del mundo. Sin embargo, no podía negarlo ahora, no después de tanto vivido.

Tenía que responder con la verdad.

—La tercera y última pregunta es la siguiente: ¿eres tú el chico del paraguas?

En cuanto hice mi pregunta, nuestros helados salieron lejos de nuestra presencia, el mundo se llenó de risas cargadas de pitorreo. Ambos volteamos para comprobar qué ocurría y encontramos a cinco chicos que vestían la chaqueta del club de deportes, los amigos del musculoso que Felix había golpeado. Entre ellos, demostrando todo su «poderío», Fredd, el matón que repitió tercer año, conocido por sus intrincadas peleas después del colegio, nos sonreía con una arrogancia agobiadora.

—¡Hola! —saludó; primero a mí, luego se dirigió a Felix—. Hola, amigo. Supe por ahí que te pasaste de listo y golpeaste a mi amigo —dijo tras empujarlo apenas se había puesto en pie. Al tambalearse, los cinco se destaparon en carcajadas—. Una nena como tú fastidia a mis amigos; no

lo puedo creer.

Otro empujón causó que Felix cayera al suelo. Intenté ayudarlo, pero uno de ellos me agarró por la cintura con una fuerza casi sobrenatural.

—¡Déjalo en paz! —chillé con desesperación. Fredd se acercaba para agarrar a Felix del abrigo, con su puño en alto. Su enorme puño en alto. Inútilmente busqué una forma de distraerlo y solo se me ocurrió una—: Si lo golpeas, van a castigarte a ti también.

Mal, muy mal.

—Estamos a kilómetros de Jackson, bonita —habló el que me agarraba.

Tenía razón. Si golpeaban a Felix fuera del establecimiento, no ocurría nada.

—Si nadie se entera de que nosotros lo hicimos, entonces estamos libres —siguió Fredd—. Es tu palabra de niña resentida contra la nuestra.

Volvió a Felix y lo agarró de la camisa. Mi corazón latió hasta el punto del dolor, creí ser la testigo de una golpiza terrible.

Pero no. Un ser heroico hizo su oportuna aparición.

—¿Tú de nuevo? Ni te atrevas, Fredd.

Una rubia, que le llegaba al matón de Jackson a la barbilla, logró empujarlo y apartarlo de un tenso Felix, que no pretendía decir nada, porque su orgullo también era bastante enorme.

La sonrisa de galán que enseñó Fredd se ensanchó una vez que vio a su contrincante más codiciado y temido, incluso por sus propias amistades.

—Louisa.

La rubia más temida de Jackson le profirió una mueca de asco y terminó escupiendo al suelo, repudiando su nombre.

—Soy Loo, puto subnormal. ¿Qué pasa, grandullón? ¿Ahora eres niñera o el idiota de Nelson te pagó para que lo defiendas otra vez?

—¿No estás haciendo lo mismo tú? —preguntó el pelo azabache caminando tentadoramente hacia su nueva distracción. Me solté del chico y corrí hacia Felix para ayudarlo a levantarse.

La rubia rodeó a Fredd y se posicionó frente a nosotros.

—Vete, no seas payaso —ordenó como una fiera—. Que tu jodido amigo se defienda solo.

Fredd no parecía asustado como sus cuatro amigos, sino más que a gusto de verla. Dio un paso para acercarse a la rubia sin pudor ni temor.

—No me provoques, bonito; sabes que no te conviene.

El moreno lo pensó un momento, uno donde no pude contar ni los segundos. Luego, le obsequió una lasciva mirada a la rubia para terminar la batalla en un gesto hacia sus cómplices y finalmente marcharse. Pasaron junto a un cohibido Sam, que sostenía su mochila y la de Loo, empujándolo.

La rubia giró sobre sus pies y detuvo su mirada en Felix, como si yo no estuviera allí.

—Es un idiota —masculló con desagrado—. No el *nerd* de lentes, me refiero a Fredd.

Esa aclaración era innecesaria.

—Gracias.

¿Mi audición estaba fallando o realmente Felix había agradecido que le salvaran el trasero? Cielos, jamás lo había escuchado decir eso a otra persona, menos a alguien con la fama de Loo.

—Cuando quieras —dijo y golpeó de forma juguetona su hombro en un trazo amigable de su nunca esbozada sonrisa. Luego lanzó un silbido que hizo correr a Sam detrás de ella, como si fuera un cachorro siguiendo a su amo.

A una distancia prudente, me volví hacia Felix con una cuarta pregunta.

—¿Qué pasa entre Loo y tú?

—Loo y yo... —respondió para mi sorpresa, creí que no lo haría. Caminó hacia la baranda, donde apoyó sus brazos, cargando su peso—. Digamos que somos similares, en muchos sentidos.

C



La pregunta sobre a qué se refería específicamente llegó luego. No podía faltar; la curiosidad superaba siempre mi preferencia por guardar silencio. Debía hacerle honor a mi característica innata y por la que mi querido padre optó por apodarme Hurón.

Necesitaba resolver las mil y una dudas acerca de su parecido; qué pasaba entre ambos. La pregunta no estaba para nada aclarada; supuse que Felix tampoco me diría más. No es el tipo de personas que resuelve preguntas, sino alguien que las origina.

Una muestra más de lo incompatibles que éramos.

Si hablábamos de Loo... bueno, ella sí que era compatible con él, apartando el hecho de que ella era el terror de los pasillos, junto a Fredd.

Descarté la idea de una enfermedad; con los puñetazos y las persecuciones que en ocasiones la vi realizar, no podía estar enferma.

Pero entonces, ¿de dónde se conocían?

La cabeza se me hacía un tornado de preguntas y posibles respuestas, como siempre solía pasar cada vez que Felix me dejaba con la intriga. Y no solo ese tipo de intriga. La Floyd curiosa necesitaba descifrar el tipo de mirada que el inexpresivo chico había formado en su rostro cuando respondió a la tercera pregunta.

¿Qué quería decir eso?

Okey, okey. Tal vez actuaba muy paranoica, como esas parejas celosas que se alteraban hasta por los compañeros de curso de sus novios. Felix y yo no éramos nada de eso. Ni siquiera llegábamos a la condición de amistad, porque él no demostraba mucho; en ocasiones salía con cosas que estremecían mi pobre corazón de adolescente con hormonas alborotadas, pero más allá no. De hecho, la mayor parte del tiempo actuaba como si me despreciara.

¿Quién dijo que las mujeres son las bipolares? El Poste con Patas era el ejemplo perfecto para respaldar nuestro argumento en contra.

Entonces, de camino a casa, lo medité seriamente: necesitaba algo que hiciera clic en Felix para que dejase de actuar de manera desdeñosa, para confirmar que en verdad yo le gustaba, para aclarar mi dilema con Loo. Y como la creatividad no siempre fue mi fuerte, ni lo es ahora, decidí seguir el camino fácil: preguntar a mis amigas.

—¿Sacarle celos a alguien? —preguntó Eli, tamborileando su lápiz con el que pretendía responder las preguntas a un cuestionario de su electivo.

—¿A quién le quieres acelerar el corazón de rabia, Hurón? —siguió Fabiola, meneando sus cejas de arriba abajo.

«A nadie», pretendí decir.

Mal, si llegaba a responder tal mentira sería descubierta por mi flamante ataque de hipo.

—A una persona.

—A Frederick —concluyó Nora, con el mismo rostro sugerente de su gemela. Me sonrojé haciéndome un ovillo dentro de mi asiento.

—¿Eso importa? ¡Solo aconséjenme!

—¿Qué quieres saber?

Por un raro momento sentí que la biblioteca se había convertido en la oficina de Al Pacino; la mesa, su escritorio, las gemelas detrás, yo que las miraba de frente temiendo por mi vida. ¡Qué imaginación más volátil la de ese día! La paranoia y la demencia se estaban apoderando de mí, lentamente.

O solo eran nervios por la inexperiencia en el tema.

—Quiero que alguien sea más... expresivo en cuanto a sus sentimientos y los aclare, que deje sus cambios repentinos de lado... Uhm, que sea más abierto.

Ya, más evidente no podía ser; faltaba que hiciera una banda que dijera «quiero que Felix sea más claro con sus sentimientos», aunque claro, eso era demasiado.

—¿De quién estará hablando...? —interrogó la adicta al celular, Lyn, con una tonada cantarina y sarcástica.

—Entonces, mi querido Hurón, quieres llamar al señor C.

Fabiola alzó una ceja y puso la expresión como la de un jugador de póker que sí o sí confía en que ganará. Me preguntaba cómo podían hacer tal gesto cuando yo apenas podía cerrar un ojo; mis facciones no se alejaban mucho de las de Felix.

—Búscate a un chico y el señor C hará su despiadada aparición —continuó Nora, quien por un momento parecía una bruja jorobada frotándose las manos, solo le faltaba la verruga en la punta de la nariz.

—No conozco a ningún chico que cumpla con esas intenciones, solo hablo con Jo. Dudo mucho de que ponga celoso a F... *falguien*.

Tosí para disimular el descarado intento de mi cerebro por delatarme frente al gallinero pese a que el cuarteto de cotorras sabía a quién me refería. Lo supe por sus insinuantes miradas.

Rayos, y yo que creía que estaba mejorando en cuanto a actuación.

Amplíe mi mente recordando los rostros familiares y el listado de chicos que creé en mi cabeza con los posibles candidatos para que el señor C se apoderara de Felix Frederick. Mi poca creatividad no sabía qué opciones tomar.

—¡Oigan, chicas! —El siseo para que Eli bajara la voz llegó a tornar rojas sus mejillas. Se encogió de hombros, mostrándose culposa y luego volvió a acomodarse en su asiento—. El sábado junémonos.

—¿Qué hay de especial el sábado?

—Es mi cumpleaños —respondió para sacarle la lengua luego a Nora. Fabi y yo hicimos una mueca de disgusto evidente.

—Por favor, no nos hagas usar esos gorros raros de aluminio como el año pasado —se quejó la gemela, dejándose caer sobre el respaldo de la silla.

La petición no le sentó nada bien a la conspiranoica.

—Bien —accedió después de cinco segundos en silencio—. Nada de gorros extraños.

—Ni películas extrañas —agregó Sherlyn—, por favor.

—¡Bien! —gruñó haciendo caso omiso a su anterior reto—. ¡Pero ustedes me ayudarán a pagar lo que consuman! No quiero quedar en bancarota.

Accedimos con repetidos movimientos con la cabeza; no pudimos hablar más, la misma bibliotecaria llegó a nuestro lugar para callarnos.

En la tarde del martes, Felix y yo tuvimos que saltarnos el Club de Voluntarios. Ninguno de los dos se quejó por ello; la idea de pintar y mancharnos de blanco sonaba mucho mejor que estar

pegados a nuestros asientos a la espera de que alguien hiciera su aparición buscando ayuda, puesto que solo eso podía animar al club.

Megura se lamentó de nuestro castigo —la única del grupo— y dijo que haríamos falta en la sala, como si nuestra invisible existencia sirviese de algo. En aquella oscura y lúgubre sala, cada uno vivía en su mundo, excepto Jo, claro, que siempre prefirió compartirlo conmigo hablando hasta quedarse sin ideas.

Por mi parte, me entusiasmaba más la idea de repetir lo del día anterior, las canciones antiguas, el baile, el cielo estrellado... el silencio. Pero no se podía: era martes de club, el conserje no se animaba a poner canciones a esas horas con tantos alumnos en el colegio. Prefería hacerlo cuando la música pudiera apreciarse en plenitud, como habíamos tenido el privilegio de hacerlo Felix y yo el lunes.

—Me debes una respuesta.

Cuando rompí el silencio, Felix no se esmeró en voltear para contestar con su seca pregunta.

—¿De qué hablas?

—Ayer, en la noche antes de que llegaran Fredd y sus cómplices, te pregunté si eres el chico del paraguas.

—Y luego preguntaste qué pasa entre Loo y yo. Ya respondí.

Alcé mi cabeza y cerré los ojos clamando paciencia. Algo me decía que la había jodido por dejar que mi curiosidad celosa preguntara después del encuentro con Fredd.

—No respondiste la tercera pregunta. Esa cuarta estaba fuera de la apuesta.

—Ya saldé la apuesta; no puedes decir lo contrario.

Lucí ofendida y se lo hice notar. Me giré en su dirección señalándolo con la brocha cubierta de pintura blanca. Si de imitar madres se tratara, mi calificación sería un diez de diez.

—Mentiroso, estafador... ¡Reconoce de una vez que eres el chico del paraguas! —exclamé con exasperación. La impaciencia en el rostro de Felix se acentuó—. ¿Para qué ocultarlo? ¿Para qué seguir negándolo?

—Porque no fui yo —replicó de pronto, bajando todo mi entusiasmo—. Tú lo dijiste: para qué negarlo.

Me desinflé apenada y algo avergonzada por creer que tanta negación ocultaba la verdad que no quería admitir. Felix no decía mentiras; de hecho, creo que más lo escuché mentir de niño. Ese proyectil que rezaba «verdad absoluta» se alojó junto a mi pecho. Mis ánimos se apaciguaron como el fuego que se sume en las cenizas.

—¿Entonces quién fue? —pregunté en un tono quedo y decepcionado.

—¿No pensaste que pudo ser cualquier persona que pasaba por allí? Fue un gesto amable, nada más; no hace falta quebrarse la cabeza pensando en algo así.

Volví a pasar la brocha por la pared, mientras fruncía el ceño por sus palabras. Tenía razón, darle vueltas a algo así no servía, pero lo necesitaba.

—No fue un simple gesto —objeté, volviéndome hacia el tarro con pintura—, se sintió... Se sintió como algo más. Entre tantas personas que huían de la lluvia, solo uno se detuvo para socorrerme, para que guardara cobijo bajo su paraguas. No dijo nada y dijo tanto al mismo tiempo... Es... tan extraño y lindo. Fue...

Emití un grito que se estancó en mi garganta y petrificó mi cuerpo inclinado para meter la brocha en el tarro. Mis ojos se abrieron a la par al ver en la lejanía un abrigo marrón. No se trataba de Felix, ni Joseff. Era el mismo chico que me había agarrado la noche anterior, uno de los amigos de Fredd.

Otro posible candidato. Otro abrigo marrón. Otro recuerdo de aquella lluvia.

Debía ser una coincidencia. Vamos, ¿cuántas personas con abrigo marrón podían existir en la ciudad? La respuesta se me hizo obvia y argumentalmente fuerte para declinar la idea de que ese deportista con una indiferencia clara hacia el espacio personal —porque no olvidé ni por un segundo que quien me había agarrado era él— pudiese actuar como el chico del paraguas. Su lado pertenecía al de Fredd y el chico musculoso de la pelota, al que por cierto no volví a ver en toda la semana, razón para estigmatizarlo como un potencial enemigo.

—¡Chicos, venimos a echarles una mano!

La suave voz de Megura me distrajo del distante objetivo con abrigo marrón, quien parecía hablar con el profesor Manz sobre algo muy importante, pues su cercanía podía describirse como perturbadora.

Negué con la cabeza alejando todo pensamiento insano y prejuicioso para volver a mi torpe estado cotidiano.

—No deberían estar aquí; realizamos un castigo impuesto por el director —emitió Felix. Él y su comentario recto y frío.

—Pero una ayudita no le hace mal a nadie —habló Jo acercándose al tarro de pintura.

—Es mejor que estar encerrados dentro de cuatro paredes con estos idiotas —siguió Loo pateando una pequeña piedra que rebotó contra la pared y cayó hasta mi zapatilla.

Acto siguiente, la rubia más temida de Jackson pasó junto a Felix para deslizar su dedo sobre la pintura fresca y ensuciarlo. Creí por un momento que lo limpiaría en el rostro del Poste, pero no, la rubia se lo enseñó a Sam amenazando con mancharlo.

—Entonces... ¿ayudamos? —preguntó un somnoliento Josh en medio de un desagradable bostezo.

Su novia no reprimió la expresión de desaprobación y yo no oculté la mueca de asco.

—Por mí está bien.

Así era; cuanto más rápido acabáramos con el enorme muro, mejor. No quería terminar con pesadillas donde protagonizaba a una pobre adolescente con el deber de pintar la muralla china.

—Necesitamos más brochas. —Jo por un momento lució como un cachorro al ladear su cabeza mirando el tarro—. ¡Yo me ofrezco como voluntario!

—¡Yo también! —grité alzando mi mano al cielo.

En cuanto el eco de mi chillona voz se reprodujo por todo Jackson —y sabrá Dios hasta dónde más—, un silbido rompió con aquella extraña sinfonía.

—¡Eh! —gritó el chico de abrigo marrón, el responsable del silbido—. ¡Bonita!

Mi cara ardió al rojo vivo bajo un celeste cielo iluminado por el esplendoroso sol. Lo describo así, porque el día estaba tan claro que mi rostro sonrojado no podía ocultarse ni siquiera bajo mis brazos.

No me acostumbraba a los piropos tan repentinos, menos cuando lo decía alguien en el colegio y frente a tantas personas.

Con una sonrisa tan amplia como victoriosa, mi posible enemigo natural se volvió hacia el profesor Manz solo para recibir un regaño por la distracción que, en parte, yo había causado. De pronto, al ver que era reprendido por Manz, en su postura algo altanera, las manos dentro de los bolsillos y su difuso perfil, el llamado para atraer al señor C se aventuró en mi mente. Podía ser el candidato perfecto. Posiblemente, en ese mismo instante Felix debía estar celoso.

Esperando verlo de pie con una indolente expresión y los celos que salían de sus poros, me giré en dirección al Poste, solo para encontrarlo cumpliendo su castigo con sus dos audífonos como

únicos acompañantes.

Suspiré resignada.

Poner celoso a Felix sería más complicado que pintar la muralla china, cien por ciento seguro.

El viernes por la noche nuestro castigo acabó con el muro ya pintado por completo; el mismo conserje nos dio la aprobación junto a la promesa de que hablaría con el director.

Pero con un peso menos encima, llegaba otro, uno más complicado que pintar la muralla china: pedirle permiso a papá para que me dejara quedar a dormir en casa de Eli. Como el gallinero ya tenía su fama dentro de las paredes de mi querido hogar, papá no dudaba en hacerse una idea de las barbaridades que haríamos una vez solas. Típico de padre protector.

—Absolutamente no.

Como lo sospechaba.

—¿Por qué no?

El silencio reinó en la sala donde papá leía un libro con sus lentes que casi resbalaban de su tabique. Ignoraba mi pregunta, claro. Seguro le daba pereza dar explicaciones que él y yo conocíamos a la perfección.

Vamos, las chicas no eran tan mala influencia como para darme un «no» como respuesta. ¿O sí?

—Quizás a qué antro vas a ir. No y no.

Mi jadeo descompuso mi postura y mis hombros cayeron.

—Papá..., voy donde Eli para celebrar su cumpleaños, no quiere decir que vayamos a armar una fiesta con todo Jackson allí. Eli no es así, no es de fiestas y beber alcohol hasta quedar moribunda en el suelo. Además, sabes que no soy ese tipo de persona; no fumo, no bebo... sí, como, y mucho, nada más. —Me miró dubitativo—. Ja, ¿oíste? No hipé, digo la verdad.

Enarcando una ceja, volvió a su lectura.

—Es tu último año, claro que pasará —dijo con los ojos puestos en el libro.

—No esta vez, solo compraremos cosas para comer y veremos películas de terror. Nada del otro mundo.

Otro silencio que se rompió tras unos segundos.

—Pregúntale a tu madre.

—Bah..., ¿vamos a empezar ese juego de «pregúntale a tu madre» para que ella me diga «pregúntale a tu padre»?

—No; si ella está de acuerdo, irás.

Formé una mueca inconforme tras la inconclusa respuesta que me había dado. Algo en mi interior me decía que ese extraño juego de los padres por querer ver a sus hijos, cual pelota de *ping pong*, ocurriría conmigo. De todas formas, me arrastré hacia la habitación de ellos para hacerle una corta visita a mamá, quien retocaba una fotografía de su reciente sesión.

—Mamá —llamé desde el umbral golpeando la pared junto a mí.

—¿Pasa algo, Huroncito?

Su sonrisa maternal fue la invitación que me permitió entrar y sentarme sobre la cama.

—¿Puedo quedarme mañana con Eli? Está de cumpleaños.

—¿Habrá muchos chicos?

Me espanté.

—¿Qué? ¡No!

—¿Alcohol?

—Tampoooooco.

—Solo estoy bromeando —dijo cuando apretó mi nariz para moverla en un gesto juguetón—. Puedes ir, cariño; aunque creo que deberías preguntarle a tu padre.

—Él me mandó aquí.

Examinó mi rostro; pensé que esperaba que hipara para delatar mi inexistente mentira, cosa que no ocurrió.

—Ve —accedió—, pero cuídate mucho. Nada de hacer maldades y siempre con el celular a mano.

Ya con los permisos respectivos, todo se resolvió.

El sábado por la tarde, después de reunirnos en el parque, las chicas y yo fuimos al centro de la ciudad para llenar nuestras mochilas con deliciosas cosas para picar y deleitar nuestros ordinarios paladares.

Horrible fue ver que el estacionamiento del supermercado de la ciudad se encontraba lleno de autos; por consiguiente, nos hacíamos una idea de todo el tiempo que tendríamos que esperar para pagar. Decidimos separarnos y esperar qué fila se desocupaba más rápido. La espera se extendió por minutos que sentí eternos; tuve que entretenerme leyendo en Wattpad. Para mi infortunio, la situación no podía salir del todo bien y cuando repasaba mi biblioteca privada para iniciar una nueva lectura, el amigo de Fredd apareció detrás.

—Bonita, creo que estamos predestinados.

Guardé mi celular a una velocidad alucinante y reafirmé el agarre de la enorme bolsa con papas fritas y el chocolate que pretendía aportar. Una vez que me giré para descubrir a mi hablante —aunque ya me hacía una idea de quién se trataba—, solté un gruñido volviendo al frente.

—Esa frase es muy cliché; deberías cambiar de repertorio.

Se echó a reír. ¡Yo no pretendía hacerlo reír!

—¿Qué frases les gustan a las chicas como tú?

Giré sobre mis pies para contestarle. No llevaba el abrigo marrón, pero sí que iba muy arreglado y perfumado, tanto que mi nariz picó con disgusto. El estornudo llegó después.

—No nos gustan las frases, nos gusta ver cómo los intentos de galanes a la antigua se marchan con el rabo entre las piernas sin fastidiar.

Volví a estornudar en lo que soportaba su rostro colmado de confusión.

—¿Por qué la agresividad?

—Eres amigo de Fredd y él casi golpea a mi... amigo —acusé—. Tú estabas allí.

—Amigo, ¿eh? —Eso produjo un salto imaginario y la aglomeración de color rojo en mis mejillas—. Eso quiere decir que tengo el camino libre.

—El camino libre para irte y no volver jamás.

Volvió a reír y luego miró a su alrededor como si buscara a alguien. Lo imité, rogando por un momento que cualquier gallina apareciera para decirme que su caja ya casi se desocupaba.

—¿Sabías que a los chicos nos gustan los retos? Cuanto más difícil es la chica, más interés le tenemos.

Qué desagradable. ¿Un reto? Muy probablemente en eso se resumía nuestro encuentro y su interés.

—Gracias por el dato innecesario, genio.

Sin más que decir me volví hacia la caja; él tampoco dijo una palabra más.

No pasaron ni cuarenta y cinco segundos cuando Sherlyn me envió un mensaje donde decía que

en la caja dieciséis, en la que esperaba, solo quedaban dos personas antes que ella. Aligeré el paso en busca de dicha caja escuchando un ajeteo detrás, más pasos y una leve risa que colapsaba con mi paciencia.

Era el mismo chico.

Paré de golpe.

—¿Podrías dejar de seguirme? No es gracioso —lo regañé exasperada; fue cuando me percaté de que la caja dieciséis estaba del otro lado y en la lejanía podía ver la silueta de las gemelas—. Mira —señalé con mi cabeza—, allá están mis amigas, no te gustará enfrentarte a ellas.

—¿Debería cuidarme la espalda desde ahora?

Lo recorrí desde sus ojos marrones hasta sus zapatillas deportivas.

—Diría que desde la cintura para abajo. ¿Por qué no continuas haciendo lo que sea que hacías antes de toparme contigo? No sé. Creo que hay un ofertón de cloro, deberías comprar.

Ocultó su sonrisa bajo un gesto ofendido que le sentaba sumamente gracioso. Una vez que se calmó y pretendí marcharme, me detuvo. Su intención de hablarme quedó en la nada misma, la aparición imponente de su padre causó su interrupción.

—Alex —lo llamó—, vamos.

El tal Alex asintió, me guiñó uno de sus ojos y pronunció:

—Nos vemos pronto, bonita.

Tal y como lo profetizó Alex, volvimos a encontrarnos enseguida. Mucho más pronto de lo deseado: en la noche.

Tanto Eli como Sherlyn no estaban al tanto de que las gemelas hicieron de las suyas corriendo la voz sobre el cumpleaños y la casa sin padres, lista para toda persona con deseos de pasarla bien. «Repentino» y «sorprendente» son las palabras perfectas para descubrir cómo los chicos de Jackson comenzaron a llegar en masa con cervezas, los dichosos vasos rojos, comida, música y más alcohol. El horror surcó el rostro de la cumpleañera que no esperaba ver a tantos extraños pisando el cerámico reluciente que su madre le había hecho prometer que cuidaría.

Como premio de consolación, las gemelas le dijeron que cualquier desastre ellas se ocuparían de arreglarlo.

Para las once de la noche, vasos, botellas y mucha basura estaban repartidos por el piso; para la medianoche, chicos gritaban como simios dentro de un zoo, otros jugaban a las cartas o al *ping pong*, bailaban, entre otras payasadas que suelen hacer las personas en fiestas; pasada la una de la madrugada, todo se iba más al carajo.

Para colmo, las personas seguían llegando; entre ellas divisé a Fredd y su séquito, también a Loo y su amiga extraña con rostro de zombi. Las observaba hablar con uno de los amigos de Fredd cuando me pregunté si sería posible que los chicos del club asistieran o si, por esas cosas de la vida, pudiera hacerlo Felix.

¿Felix en una fiesta? Parecía tan imposible que comencé a reír sola con mi vaso rojo lleno de bebida. Mis carcajadas comenzaron a apagarse en el momento en que la figura altiva de Alex se acercaba con paso galante entre una multitud de estudiantes.

—¿Qué quieres? —interrogué sin pensarlo mucho—. ¿Eres el tipo de chico que cree que voy a tenderme a sus pies y dejar que haga lo que quiera conmigo?

Colapsé y casi se lo grité; la música a todo volumen fue culpable de ello... en cierta parte.

—Hola —saludó—. Creo que has leído muchos libros o has visto muchas películas.

—Los chicos como tú son así; el estereotipo de deportista que piensa con la entrepierna.

—¡Auch! —Se quejó e hizo el innecesario gesto de juntar sus piernas como si le hubiera dado

una patada en los genitales—. No deberías juzgarme antes de conocerme.

En cierto punto tenía razón, pero qué más daba. ¡No lo quería allí!

—Por favor, todos tus amigos son así.

—También Wladimir lo era y saliste con él.

Eso funcionó igual que un disparo en la cabeza.

—Por eso lo digo.

Fruncí el ceño al verlo que se acercaba a mi oído.

—No, bonita, no soy ese tipo de persona.

—Es bueno saberlo.

Le tendí mi vaso justo en el pecho y me marché sin esperar a que reaccionara para recibirlo. Salí al patio en busca de alguna de mis amigas para refugiarme del chico, huir de su intento de coqueteo, sus garras de deportista, de una historia que no deseaba repetir.

Me senté junto a uno de los columpios que el padre de Eli había construido para ella y su hermano menor. En el otro columpio, Sherlyn se balanceaba lentamente mirando a la muchedumbre que hacía de las suyas, ajena a nuestro aburrido mundo. Buscaba a alguien, lo supuse porque no estaba con su celular. Tampoco bailaba con ninguno de sus muchos pretendientes, prefería mantenerse distante a su popularidad, y a los chicos y chicas que la veían como una diosa, porque, aunque suene exagerado, así la habían apodado sus tantos admiradores.

Permanecimos varios minutos hablando hasta que, de la nada, mi celular comenzó a sonar. Lo saqué de mi bolsillo y descubrí con horror que papá me estaba llamando en plena fiesta, lo que quería decir que, de solo enterarse, iría a buscarme para sacarme de una oreja.

—¿Qué pasa? —preguntó Sherlyn al verme saltar repentinamente fuera del columpio.

—Me está llamando papá —respondí escondiendo el celular entre mis manos y pecho, como si de esa forma no oyera la música, la risa, los murmullos y los gritos.

—Ve al cuarto de Eli.

Accedí y me adentré en la casa. Subí las escaleras a una velocidad asombrosa, casi tropezando con todo. Recorrí el pasillo mirando con repulsión a una pareja que se comía a besos y se manoseaba sin pudor, atravesé la puerta de la habitación de Eli y la cerré. Creí que me encontraría sola, ajena al bullicio, pero me equivoqué. Mi imprevista aparición interrumpió la que parecía ser la más candente de las conversaciones entre Alex y otro chico.

El impacto se multiplicó por tres; fue el chico desconocido el que agarró su orgullo y salió de la habitación.

—Eres...

No podía pronunciar o formar más palabras. No entendía nada, tampoco podía deducir qué rayos pasaba. Mi cabeza no funcionaba entre el temor de la llamada y mi insólito descubrimiento.

—Te dije que no soy el tipo de persona como mis amigos.

Abrí mis labios para preguntar algo que ni siquiera había formulado dentro de mis pensamientos. Moví mi cabeza sin comprender. Llegué a la conclusión que el «no soy el tipo de persona como mis amigos» significaba una cosa.

No obstante, algo no calzaba.

—No entiendo... Eres gay, pero... ¿por qué tanta persecución?

Se levantó de la cama y caminó en mi dirección. Casi caigo de trasero al suelo persuadida por la confusa mirada que me tendió en su sigiloso acercamiento.

—Creí que podías devolverme un favor.

Lo detuve colocando mi mano en su pecho. El celular por fin había dejado de sonar.

—¿Qué favor? —pregunté suspicaz.

La curiosidad palpable no me fue indiferente, tampoco para Alex. Lo vi abrir sus labios en una cámara lenta de película, como si fuera a revelarme el más grande secreto del universo, uno que era de mi interés y ocultado por tanto tiempo. Quería escucharlo, saber qué favor le debía. Lo deseaba con fuerzas.

—Yo...

Pues yo nada. Una fuerza opuesta deseaba que ese secreto no se conociera aún. Escuché mi nombre desde el pasillo y luego sentí el empujón que me llevé gracias a la puerta que se abrió con tanta fuerza, como lo haría algún policía en pleno operativo. El desequilibrio me llevó a chocar con Alex, quien no puso reparos en sostenerme.

Nora llegó a mi lado; miró a Alex, luego a mí, volvió a Alex y regresó conmigo.

—¡Floyd! —llamó Nora desde la entrada; su rostro agitado decayó paulatinamente a la incredulidad. Alternó su mirada entre Alex y yo. Al percatarme de lo que se iba formando en su despiadada mente, pegué un salto que me llevó a dos metros de Alex—. Ah, uhm... ¿interrumpo algo?

Me alteré.

—¡N-no!

El rostro de alivio de Nora fue evidente. Le echó un último vistazo a Alex antes de dirigirse a mí.

—Adivina a quién arrastró Chispitas hasta aquí.

La imagen de Felix se recreó casi de forma artística en mi cabeza.

—¿Él? —pregunté con la confianza de que supiera a quién me refería.

—Sí, ven... —Me agarró de la mano y me arrastró también por el pasillo hasta las escaleras. La música volvió a hacerse presente, fuerte y molesta—. No preguntó, pero se notaba a leguas que te buscaba.

Sonreí como una tonta enamorada. El corazón bailaba al compás de una música electrónica pegajosa y saturada. Me sonrojé al descubrir que su aparición alegraba una parte de mí, que la probabilidad pequeña de verlo se había cumplido. Era imposible que alguien lo trajera; Jo tenía un enorme poder de convencimiento.

Una vez abajo, Nora me soltó, me dijo que encontraría a Felix en la sala que daba al patio y emprendí mi camino en aquella dirección con las manos sudorosas ansiosa por verlo. Sentía que no lo veía en años y ese momento era nuestro reencuentro de película.

Pero algo me detuvo: La curiosidad.

Quería saber qué cosa había hecho Alex por mí para decir que le debía un favor, qué clase de persona era, por qué me buscaba, qué deseaba de mí. Quería confirmar mi teoría, sellarla para que por fin mis más enormes sospechas indicaran a quien yo anhelaba.

Lo medité. La tentación absorbía mis sentidos y los verdaderos deseos. Al final, decidí seguir el camino a mi encuentro con Felix.

Estaba entre la multitud, con su abrigo marrón, escondiendo sus manos en los bolsillos, sin sus audífonos. Se veía tan lejano al mundo real y diferente. Muy diferente. Hasta traía un peinado distinto, pero conservaba ese semblante reservado que lo caracterizaba.

Me entró el miedo y los nervios me jugaron en contra.

Haciéndole honor a mi alma torpe, terminé tropezando enfrente de su nariz y fui a estrellar mi cabeza en su pecho. El impulso lo hizo dar medio paso atrás y a tomarme de ambos brazos para estabilizarme.

—Hola —saludé toda roja, deseando que no pensara que ya estaba borracha, pues su expresión no decía nada bueno.

«Muy bien, Floyd —me dije—. Un saludo perfecto».

—Hola.

Una vez que me regresó el saludo, no supe qué más decir. Tragué saliva y jugueteé con mis dedos.

—No pensé que vendrías.

—Yo tampoco pensé que vendría; Martin insistió y papá lo apoyó.

«Oh, no salió tan mal», pensé cuando respondió.

—Ya puedo imaginarme a tu madre, yo estaría igual. La parte buena es que estoy yo aquí y-y no lo digo porque ah... es decir, lo digo porque sé sobre eso, ¿entiendes?

—Eso trato. —Su expresión lo decía todo. No me había entendido ni un poquito. Tosí para rellenar el silencio.

—¿Vas a beber cerveza o... algo?

Mi ofrecimiento tuvo como primera respuesta una mueca.

—Prefiero rechazar lo primero.

Ah, no podía con tanta tensión. Podía sentir la gota de sudor que recorría mi frente. Nunca estuve tan nerviosa frente a Felix antes. Mi motricidad era un asco y yo, con mis nervios y la torpeza latente, no sabía qué hacer o decir, así que, como siempre solía hacerlo en tales casos, el vómito verbal no se hizo esperar.

—Yo también, el sabor amargo de la cerveza no me gusta para nada, aunque he probado algunas que son más agridulces; la sensación que dejan no está mal. Es como el vino que les gusta a todos, pero a ti no y terminas pareciendo un raro frente a los demás por tus gustos diferentes. ¿Te fijaste en todas las personas que miran raro porque no bebes alcohol? Es como una especie de pecado capital o algo por el estilo. Yo no... Lo siento.

Necesitaba darme cabezazos contra la pared hasta la muerte. Lo necesitaba en serio.

Le regalé una sonrisa fracturada y conflictiva. Me mecí de un lado a otro con su silencio atravesando mi pobre pecho. Nos quedamos quietos, mirándonos. Tenía la obligación de hacer estupideces y lo de hacía un rato había sido prueba de ello, pero, por otra parte, esperaba que él dijera algo ¡y no lo hacía!

En ese momento, quise huir y, para mi repentina suerte, encontré una excusa para hacerlo.

Alex caminaba con un vaso rojo en una mano y su celular en la otra, por el patio, indiferente a su grupo de amigos y más.

—Debo hablar con alguien —le informé a Felix. Antes de dar el siguiente paso al que ya había dado, me detuve—. Fredd anda por aquí cerca, ten cuidado.

Salí al patio encontrando a Lyn y Jo en el camino hacia Alex; aproveché para decirles sobre Felix y luego casi corrí en busca del extraño chico que me había intrigado con un par de palabras.

—¿Qué favor te debo?

Mi aparición lo sorprendió como hacía un rato. La sonrisa adornó su rostro aniñado y por un segundo pensé que era bastante guapo, para luego recordar que su personalidad no.

—¿No lo recuerdas? —preguntó en un tono juguetón—. El paraguas.

Mi cabeza retrocedió unos centímetros en los que no figuraba su respuesta.

¿Era posible acaso? ¿Existía tal coincidencia?

—¿Eres tú el chico del paraguas?

Se echó a reír con incredulidad porque no creía sus palabras. Apelaba al derecho de no hacerlo;

él actuó como un macho atrevido y con halagos terribles. Esos piropos forzados podían ser una evidencia de su oculta realidad, pero ¿para qué hacerlo?

Volviendo a mi incógnita casi resuelta, decidí volver a mis sentidos.

—¿Te suena San Valentín? ¿Lluvia? ¿El parque? ¿Una chica sin paraguas?

Cubrí mi boca de la impresión. Las piernas me temblaron. Bastó un segundo para volver a ese instante en mi vida, donde mi corazón se rompió en miles de pedazos gracias a Wladimir, cuando creí que tendría que ir al trabajo sin esperanza, cuando la indiferencia de todos fue más hiriente y palpable que nunca.

—¡No puedo creerlo! —chillé—. Yo... yo nunca pude agradecerse y mis esperanzas por encontrar a aquella persona se veían taaan lejanas. —El pecho se me comprimió, tuve que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para compensarlo, llenar mis pulmones de oxígeno—. Mejoraste mi día aquella vez con un simple gesto. Fue muy especial. Entre todas las personas nadie más que tú mostró humanidad y...y ese tipo de cosas no se pueden dejar pasar. Te marcan. No me lo creo, ¿realmente eras tú?

El aspecto de chico deportista y buenorro que Alex procuraba demostrar se transformó hasta demostrar un semblante cálido y amable.

—Sí —respondió bajo y tomó mi mano—. Y no fue nada.

Lo examiné con precaución, comprobando si decía la verdad. Recordé la altura del chico con abrigo marrón; era la misma de Alex. Recordé su quijada —algo difusa— marcada y recta, como la de Alex. Recordé su perfil y el tacto de su mano con la mía.

Ahora todo mi cuerpo temblaba.

—Pero... ¿por qué nunca dijiste algo? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Aplanó sus labios y se tornó serio.

—No tuve la oportunidad. Soy amigo de Wladimir y con todo lo que pasó... lo del cabello y eso, no pude decir nada. Además, mi problema está al borde de estallar, necesito ayuda. No sabía cómo acercarme así que...

—¿Qué problema?

Bajó su cabeza y amasó sus manos. Buscando un sitio donde hablar, me vi de nuevo sentada en uno de los columpios con Alex, en el que Sherlyn se había sentado.

—Viste al hombre que me llamó en el supermercado, ¿no?

—Era tu padre, supongo.

—Sí, es un exmilitar de la Marina, recto y el tipo de sujeto con mente cerrada. Quiere que tenga un futuro, que haga lo que él dice y que me case con una linda chica. Tengo amigas, pero ellas son conocidas y no lo convencerían, sabe que con ellas no pasa nada, pero tú eres totalmente desconocida. Y está insistiendo mucho. El problema es...

—Que eres gay —concluí.

—Y si lo sabe, estoy muerto.

Guardé silencio, pues no sabía qué decir en ese caso. Nunca me detuve a pensar que después de tantos años existían personas que no toleraban a los homosexuales, que los repudiaban sin piedad y los veían como el peor de los males. Pasaban tantas cosas en mi pequeña existencia que olvidaba la de los demás y sus problemas. Tantos años transcurridos para seguir intolerantes y discriminantes, no solo con personas homosexuales, sino con extranjeros, religiosos, personas con condiciones diferentes.

«Así se van robando las esperanzas y los sueños», pensé.

—¿Qué harás? —pregunté en un tono bajo—. ¿Qué haría yo?

—¿Presentarte como mi novia?

—Eso es...

—Será solo una vez —se apresuró en decir—, puede ser en un lugar público si quieres. Unas horas de tu tiempo, nada más. Es una cena y listo.

¿Una cena y listo? Era comida gratis, pero con alguien desconocido. Le estaría regresando un favor, pero corría muchos riesgos, él y yo a la par.

Vi su cara de aflicción, su problema que emanaba de su rostro, sus penurias, su deseo y espera a que aceptara.

Apreté mis dientes y puños, entonces emití un fuerte gruñido.

—¿Está bien si digo que...?

Mi pregunta se hundió cual Titanic en el océano. Papá volvía a marcar su territorio de padre estricto y aprensivo. Necesitaba responderle sí o sí.

—Es mi padre.

—Vamos.

Alex me agarró de la muñeca con una confianza que me dejó atónita. Lo seguí detrás, esquivando a las personas mientras mi celular canturreaba haciéndose notar. La insistencia de papá me puso los pelos en punta, incluso más cuando me encontré con Felix en el camino y Alex pasó por su lado dándole un topón en su brazo, lo que provocó que botara un poco de bebida al suelo.

Le sonreí con culpabilidad nada más; no me pude detener a dar explicaciones.

—Entra aquí —me sugirió Alex, cerrando la puerta del baño. Algo me decía que no tenía idea de que la casa ya me era familiar.

Una vez que cerró la puerta y la música se transformó en una masa de palabras difusas y guturales, contesté.

Tras una larga llamada que se resumía en papá preguntando por la bola de pelos llamada Cutro y su comida en lata, salí del baño encontrándome con Alex.

Esperaba mi respuesta.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, problemas con nuestro feo gato.

Sonrió.

—¿Qué ibas a decir antes de la llamada?

—Ah, sí... ¿Permitirías que me lo piense? Prometo responderte el lunes o no sé. No es que no quiera ayudarte o devolver el favor, solo necesito digerirlo.

Suspiró desganado.

—*Okey*, chica del parque.

Hizo el gesto de abrir un paraguas y colocarlo sobre su cabeza.

—Gracias, por eso —señalé con mi barbilla su paraguas invisible.

—Volveré con los chicos.

Me guiñó un ojo (otra vez) y se marchó.

El tiempo transcurrió tranquilo. Por algún motivo me sentía reflexiva, ni los gritos alocados de Fabi y Nora despertaron mi interés. Tampoco la mala pronunciación de Eli que parecía haber bebido todo lo de la nevera. Sherlyn iba de lado a lado siguiéndola para procurar que no cayera al suelo o hiciera una estupidez que le costara la vida el día siguiente a su cumpleaños. Por otro lado, Joseff hablaba con Josh y Megura del club; ambos llegaron solos, sin el tímido Sam.

Decidí buscar a Felix, primero desde mi solitario columpio y luego por todos los rincones de la casa, sin encontrar un rastro de su persona. «¿Se ha marchado?», me pregunté. Tal vez lo había

hecho, pero hacerlo solo no se manifestaba como la mejor de las ideas.

Le pregunté a Jo si lo había visto y quise armarme de valor para preguntarle a Loo.

Pues nada.

Opté por llamarlo y no respondió.

Salí de la casa con la certeza de encontrarlo en el momento adecuado.

Lo encontré sentado en el pórtico, mirando el oscuro cielo estrellado. Ni un alma en pena lo acompañaba, solo la soledad.

—¡Aquí estás! —exclamé capturando su atención. Flexionó su cuerpo volteando a verme.

—Eres tú.

—Sí —respondí sentándome a su lado—, soy yo.

Una barrera invisible nos separaba de la fiesta en un espacio donde solo nosotros teníamos permitido estar.

Me apoderó una inquietud particular y algo adictiva, quería hablarle de tantas cosas. Necesitaba hablarle del chico del paraguas y de su propuesta. No tenía a nadie más para contárselo.

—Necesito un consejo o un asesoramiento con una persona. Es un chico.

Recogió sus piernas y apoyó sus brazos en las rodillas.

—¿Quieres que te ayude con el tipo que te gusta? Ese, el que chocó conmigo por equivocación.

Su tono despectivo ocultaba algo, ¿ese algo que estaba buscando tal vez?

Lamentablemente, en ese momento lo que menos me importaba era ponerlo celoso. Sacarle celos con alguien fue la idea más burda que pudo ocurrírseles.

—¿Qué? ¡Lo has entendido todo mal! —exclamé con horror al pensar en Alex—. No me gusta, existe una enooooorme probabilidad que no lo haga jamás. Ni yo, a él. Solo... lo ayudaba con algo, nada más. —Se giró hacia mí y negó con la cabeza volviendo al frente—. Él también me ayudaba a mí, de forma indirecta —achiqué mis ojos al verlo receloso—. Muy indirecta.

—¿Entonces?

Detuve el mundo por un eterno segundo recordando a Jess, el chico que se quería declarar a su mejor amiga (y que lo logró hacer con éxito) y en la propuesta que Sam le dijo. No sonaba mal pedir una ayuda indirecta a Felix.

—Es otro chico, uno con el que hablo a menudo, pero... generalmente no muestra un interés romántico hacia mí. —No, era más un interés despreciativo y frustrante. Me pregunté si ya lo había captado con mi referencia clara hacia él. Su silencio fue la respuesta, por lo que decidí seguir—: Cuando estamos a solas, suele ser muy bipolar; un día me quiere, en el otro no. Es frustrante.

—Martin.

El jadeo mostró mi claro desasosiego.

—¡No! ¡Estoy hablando de ti! Rayos, Felix —al pronunciar su nombre se giró con sorpresa—, creí que eras más listo y observador. También que ibas en serio cuando dijiste que te gustaba, pero hasta ahora tus demostraciones son casi nulas. En un momento actúas tierno, lindo... Haces que el corazón se me acelere tan fuerte que duele, y luego abres la boca para decir algo malo y ¡duele más! No sé qué tipo de *gustar* sientes hacia mí, pero el que yo siento es totalmente distinto. —Mi frustración se convirtió en un pequeño sollozo—. No eres constante. No. No puedo entender, ¿sabes? Trato de ser genial contigo, ser afectuosa, pero tus filosas palabras y tu basta indiferencia lo dificultan.

Pasé el dorso de mis manos por mis ojos para secar las lágrimas. ¿Cómo en un instante todo cambiaba?

Felix dejó de mirarme y ocultó su cabeza entre sus brazos que seguían reposando sobre sus piernas.

—Te...

La frase murió en su garganta.

—¿Qué? —Mi voz tembló.

—Tengo miedo —confesó de manera casi imperceptible—. Tengo tantas cosas por hacer y cumplir... Quiero salir por la noche y cantar a todo pulmón. Quiero correr hasta que mis piernas no puedan más. Quiero decir lo que pienso, aunque sea lo más ridículo del mundo. Quiero embriagarme alguna vez, saber qué es eso a lo que llaman resaca. Quiero disfrutar las mínimas cosas... Reírme en voz alta, sin cuestionarme si tengo la risa más tonta del universo. Quiero marcar el paso y que alguien lo siga. Quiero ser ejemplo de los ejemplos y resultado de los problemas. Quiero ser indiferente a lo que siento, porque solo soy un tonto que teme entregártelo todo, decirte tantas cosas, pero no quiere que sean solo hechos vacíos o que luego nada quede de esto. Ambos sabemos que entre nosotros no habrá un *para siempre*. —Las palabras se quebraron en su boca, podía verlo inquieto en su pequeño refugio—. Quiero cumplir lo de la lista no por miedo a morir, sino porque estoy con vida y puedo hacerlo. Quiero hacer tanto y no deseo lastimar a nadie cuando ya no esté aquí. Quiero... quiero vivir, ¿entiendes? Pero estoy aterrado.

Hasta entonces creí que su seriedad y antipatía se debía al orgullo latente, no al miedo de ser alguien frente al mundo.

Dolor



—Ven, aquí. Siéntate.

Eli olía a vómito.

A causa de su falta de tornillo comenzó una disputa con Josh que terminó en una explosión de todo lo que había comido un momento antes. El olor a cerveza venía adherido a ella como si se tratara de una promoción en el supermercado. La paranoica amante de los extraterrestres, después de la fiesta quedó divagando en uno de los sofás, agarrándose la cabeza como si fuera un empleado al que le han dicho que está despedido. Se tambaleó de un lado a otro hasta rendirse a los constantes mareos que avecinaban un vómito más que asqueroso y cuando llegó, no le quedó otra más que lamentarse de todo.

Sherlyn y yo estábamos a su lado, como las amigas ejemplares que procurábamos que no volviese a vomitar la alfombra, que no bebiera otra cosa que no fuera agua y dejara de lado su creencia de que en cualquier momento sus padres llegarían para castigarla por toda la eternidad.

Lo último se me contagió. Había ido a una pijamada para ver películas, comer y hablar de consejos amorosos con las chicas, y terminé hablando con chicos reales, bebiendo de un vaso rojo y encerrándome en un baño.

«El baño», pensé.

El estómago se me revolvió.

Si no hubiera estado encerrada allí, Eli probablemente habría depositado su «pócima mágica» en el retrete. Pero como alguien —y cuando digo «alguien», me refiero de forma irónica a la hija del señor Alguien, personaje del libro de papá— no permitiría que otra persona entrara allí, porque sabía las consecuencias, prefirió hacer oídos sordos.

El hipo que emití tras la excusa de «me enfermé del estómago» fue callado por cuatro manos.

Cuatro.

—Me siento maaaaaal... —se quejó Eli agarrándose el estómago—. Es como si hubiera dado vueltas en las tacitas giratorias a la velocidad a la que anda un tren.

—No debiste comer ni beber tanto; ¿es que no sabes lo que es moderarse?

Lyn me golpeó con su mirada de desaprobación. Creo que no estaba bien reprender las locuras de una de mis amigas, al menos no cuando ella se encontraba tan deplorable.

—Mis padres me van a mataaaaaaaaaaaaaaar —volvió a decir entre sollozos—. Voy a moriiiiiiiiiiiiir.

—Todos lo haremos algún día —habló la adicta al celular—. ¿Por qué mejor no subes a tu cuarto?

—¡Eso! —exclamé—. Descansar te hará bien; nosotros nos encargamos de aquí.

Eli permaneció con sus ojos cerrados un momento, asintió con la boca abierta, resoplando como si ya cumpliera con la función de dormir. Sherlyn y yo la levantamos del sofá colocándonos a cada lado, pasamos su brazo por detrás de nuestros hombros y nos dirigimos a la escalera.

El trayecto se asimiló a subir el monte Everest. Terminamos mucho más agotadas que correr las

infernales maratones que el profesor Manz obligaba hacer. Mi espalda quedó adolorida, con una clavada en el inicio del cuello que no se me quitó en días. Una vez que la cumpleaños quedó sobre su cama, cubierta de frazadas, cerramos la puerta para estirar los músculos.

Desde abajo oímos a las gemelas despedirse del último grupo que quedaba. Eran los chicos del club deportivo, los amigos de Fredd.

Esa amistad me pareció una traición, mas no podía obligar a ese par a elegir sus amistades o dejar de hablar con otros solo porque ellos y yo tuvimos un encuentro. Aunque claro, en ese grupo de chicos Wladimir ya no estaba; él no dejó ver su poco cabello por la casa.

Pretendí bostezar al percibir esa incómoda atmósfera que sentenciaba mi pronta metida de pata. Si bien quería mantener en secreto lo que en verdad había pasado en el baño, siempre existía alguien lo suficientemente observador como para que la verdad saliera a la luz.

—¿Qué pasó en el baño?

La miré unos tres segundos mientras en mi cerebro pequeñas Floyd corrían de un lado a lado buscando qué responder.

Opté por reír con una incredulidad tan fingida como mi escepticismo.

—¿Quieres que te diga qué vomité o algo así?

—No, quiero saber por qué estabas allí adentro con Felix.

—¿En el baño?

Volví a reír de mala gana en un recuento mental.

El miedo es como la enfermedad misma, a veces no tiene cura. No sabía qué responder a lo dicho por Felix, tampoco sabía si mi consuelo serviría de algo. Él estaba asustado, yo también. Nos teníamos a los dos, en ese pórtico frío y oscuro, donde la música se escuchaba distorsionada y las voces ajenas.

Lo abracé en su soledad, usándome como su consuelo. Las palabras iban a estar de más.

Sin embargo, la interrupción no tardó. Llegó como una bomba a desorbitar nuestros pensamientos, a romper todo a su paso. Eran unos chicos de segundo que se disputaban cuál era el mejor con los golpes, una manada de simios los siguió detrás y armaron un círculo a su alrededor. Era como *El club de la pelea* en versión estudiantil.

Me levanté bufando con disgusto para agarrar a Felix e insistirle a tirones que me acompañara a un lugar donde nuestra charla silenciosa llegara a su desenlace. Y como siempre, aceptó.

La luz del baño fue como una luz celestial; su puerta abierta, como la entrada al paraíso.

Nos encerramos a la vista de nadie y allí permanecemos.

—Hablamos sobre cosas importantes —le respondí a Sherlyn sonrojándome hasta la nuca.

En silencio bajé las escaleras captando con mi olfato el aroma a vinagre. Recorrí la sala desordenada rememorando cómo estaba antes de que todos llegaran, luego me detuve para contemplar a las dos gemelas echadas sobre el sofá.

—¿Qué pasó con Eli? —preguntó Nora, quien lucía más consciente que Fabi.

—Se embriagó y vomitó.

Ambas hicieron una mueca de asco.

—¿Quién de ustedes limpiará la alfombra?

Fabi se hundió en el sofá negando la responsabilidad hasta que recibió un golpe por parte de su hermana.

—¡Exijo que lo decidamos con piedra, papel o tijera!

—No seas idiota, fuiste tú la de la idea —la culpó Nora.

—¿Yo? Fuiste tú la que lo sugirió, yo solo fui víctima de la tentación. De haber sabido que

vendría prácticamente hasta Johnny Depp, no los habría invitado.

Lyn se marchó de la sala hacia la cocina poniendo en blanco los ojos con su mejor amigo entre las manos. Desde mi lugar miré el baño.

El sitio estaba frío. Creo que era el único lugar de la casa relativamente limpio, excepto la habitación de los padres de Eli. Felix cerró la puerta a sus espaldas dejando entrever lo pequeño que era el lugar. Se tuvo que pegar a la pared quedando de lado al lavamanos. Su perfil se reflejaba en el espejo, el mío también.

Con la luz led, su rostro se veía mucho más pálido, tenía la nariz algo roja, así como sus ojos.

En ese espacio comprimido recordé un momento de niños, en el que asistíamos al jardín. Me había caído y pelado las rodillas, me dolían demasiado, pero temía decirles a las tías, porque ellas me echarían un montón de cosas a las que temía. Felix se percató de mi dolor, me agarró de la mano, siempre tan silencioso y cauteloso, entonces nos encerró en el baño.

Todavía recuerdo las tiritas que sacó del bolsillo de su pantalón y me colocó como todo un profesional.

La situación se repetía, de una forma mucho más dolorosa.

—¿Crees que soy cobarde?

La pregunta que emití me dejó marcando puntos suspensivos en el aire.

Negué con la cabeza pasando mi dedo por el rabillo de mi ojo. Deseé que hubiese pasado eso, aunque era claro que no era así.

—Creo que eres demasiado bueno al no querer lastimar a nadie —confesé—. Pero Felix, es imposible no hacerlo. No puedes cerrarte en tu mundo con el miedo de lo que ocurrirá después. Suena muy... —La barbilla me tembló—. Ah, no tengo palabras para describirlo. Entiendo tu punto, de verdad. Créeme cuando te digo que después de la muerte sí hay vida en esta Tierra... La existencia, las enseñanzas, el amor que entregas, los recuerdos... siempre estarás en el pensamiento de alguien, como lo estás ahora. —Las lágrimas me volvieron a caer—. Está bien tener miedo, yo también lo tengo, pero no te encierres, ¿sí?

—Se oye tan simple...

—El grado de dificultad lo pones tú mismo.

Pasó su mano por mis mejillas secando todo rastro de lágrimas con una delicadeza que se asimilaba a una caricia.

—No llores más.

—N-no estoy llorando...

Lo estaba, no admitirlo era parte de mi orgullo.

—Difiero en eso —manifestó. Alargó su brazo por mi lado hasta el rollo de papel higiénico; enrolló un poco en su mano y me lo entregó—. Ten.

Respiré entrecortadamente admirando su pequeño gesto en mis manos. Acaricié el papel como si se tratase de un pañuelo con su nombre bordado, que me lo obsequiaba para el recuerdo.

—Todo lo que me entregues y todo lo que tengas que entregar lo guardaré —declaré subiendo mi vista para un encuentro con sus ojos marrones—. Lo prometo. Solo... no te encierres, no te contengas. Por favor.

Una sonrisa diminuta surcó sus labios.

—Intentaré no hacerlo.

—No basta con intentarlo, Chami.

Mi regaño no pareció sentarle bien, pues hizo una más de sus tan familiares muecas de disgusto.

—Eres demasiado exigente.

Una vez que limpié mi nariz, tiré el papel al suelo.

—Ser conformista también es malo —dije dando un paso hacia el lavamanos—. Desde ya deberías comenzar a practicar tu sonrisa. —A través del espejo se notó la expresión de impaciencia. —A ver...

Le lancé agua con mis dedos, a lo que reaccionó ocultando su rostro entre sus manos, pero esbozando esa sonrisa que pocos disfrutaban de ver. Me di por satisfecha y lo demostré con un gesto de mis manos.

No obstante, ese instante liviano no tardó en tensarse como un elástico en su punto mayor.

—Entonces sí te gusto. —Esa fue la cachetada del elástico. Lo miré con horror; ese tema pensé que había quedado en el olvido con sus palabras—. No me mires así.

—¿Si lo dices así, cómo quieres que te mire?! ¡Cielos!

Golpeé mis mejillas como una forma de disimular el estallido carmesí en las que se teñían. El calor abrumador empezó a afectarme los pensamientos, más al sentir las manos de Felix en mis muñecas para detener mi incoherente acción de ocultarme tras mis brazos, gesto inconsciente. Abrí mis ojos de golpe; no me había percatado del momento en que los cerré.

Ahora era yo la asustada.

Sentí tantos nervios porque ya me hacía una idea de qué pasaría. En realidad, después de tanto tiempo, después de dos besos robados y pequeñas demostraciones, nunca ansié un beso con Felix. Mi atracción hacia él era diferente, no como mis anteriores romances.

Era extraño en su totalidad: un sentimiento diminuto que se volvía enorme. Ganas de explorar cada parte de sus labios.

Quizás porque frente a frente ambos quedábamos en los parámetros de la inexperiencia.

De manera sincronizada cerramos nuestros ojos. Lento y tomando todo el tiempo del mundo, nuestro tiempo y espacio. Nuestro guía, el choque de nuestras respiraciones.

No pensé demasiado en el sitio, menos en las circunstancias en la que estábamos. Por algún motivo la importancia anexa al mundo que creamos en ese efímero instante de necesidad me pareció nula. Quería disfrutar del momento.

Bajé mis manos acariciando con timidez la mano de Felix y luego, de manera torpe, entrelazamos nuestros dedos. Nuestros cuerpos se acercaron más y más.

Algo vibró en mi interior cuando nuestros labios por fin se encontraron. Fue similar a un saludo de dos desconocidos; luego comienzan a hablar entre sí, se van conociendo el uno al otro lentamente, disfrutando de cada segundo juntos hasta que su encuentro se vuelve familiar, rutinario y confiado.

Así sucedió por minutos que no deseé contar.

Hay un punto donde la atracción se rompe en el deseo, la ansiedad se convierte imperativa. El estar juntos, unidos en un intercambio de besos que me hacían sentir a gusto, llevó a una necesidad de encontrarnos, dar un paso más allá.

Felix, que se limitaba a tomarme por los hombros cada vez que mi torpeza salía a la luz, dejó mis manos para aventurarlas por mi cintura, apegarme a su cuerpo. Mis manos también buscaron tenerlo más cerca, buscaban un poco más del aroma tan peculiar que lo caracterizaba.

Jamás me había pasado con otro. Siempre temí querer ir más allá, pero con Felix la situación cambiaba.

Me estaba volviendo loca y no me importaba en absoluto.

Hicimos una pausa; alguien intentó abrir la puerta desde el otro lado.

Perpleja, observé al inexpresivo chico con sus labios rojos, hinchados y manchados de mi lápiz

labial rosa. Su nuevo peinado de chico correcto estaba alborotado, ¿en qué momento agarré su cabello? No lo recordaba. Tranquilizamos nuestras respiraciones permaneciendo en silencio.

—¿Hay alguien allí dentro?

Era Sherlyn.

Felix me hizo un gesto para que no dijera nada.

—Soy yo... —hablé— eh, me duele el estómago.

Antes de hipar, cubrí mi boca y Felix hizo lo mismo. Quise estallar en risas por su rostro asustado. Vamos, que nadie tuvo la dicha de conocer a un ser inexpresivo con los ojos tan abiertos que casi se salían de sus cuencas.

—¿Está muy feo? ¿Quieres algo?

Bajamos las manos.

—No..., estaré bien, solo... solo déjame aquí un rato más.

Un «hip» se me escapó.

—Está bien.

Creo que ese fue el instante en que me delaté.

Caída



Eran las 14:36 de la tarde.

Los fuertes ronquidos provenientes de Eli y su estado casi muerto causaron que fuera una de las primeras en despertar. Un reluciente rayo de sol se introducía entre el espacio de la ventana y la cortina justo en mi cara.

Con un dolor que me taladraba en la cabeza, logré levantarme para luego sentir un mareo que me desequilibró. Me afirmé frente a lo primero que encontré: la cama. Eli dormía bajo las frazadas glorificando melodías traducidas en benditos ronquidos, los causantes de mi despertar. Aun así, al colocar mis manos para apoyar mi cuerpo sobre una de sus piernas, se acomodó en medio de un gruñido.

Tararéé una canción de cuna para que continuara capturada en los brazos de Morfeo y me equilibré.

El dolor en mi sien era persistente, el mareo se apropió de mí una vez que salí al pasillo.

¿Por qué tanto mareo si ni siquiera había bebido? Omití responder dicha pregunta con otra sinfonía de ronquidos proveniente del primer piso y unas risas traviesas.

Bajar se me dificultó más de lo esperado con escalones que amenazaban desplazarse.

¿O era yo la que veía que se movían? Da igual, el dolor de cabeza me jugaba en contra.

En la sala principal, Nora y Fabi dormían con las bocas tan abiertas que parecían cuevas tenebrosas. La mejor casa para alguna araña traviesa que buscara dónde armar su nido. No descarté la idea de la araña, había leído hacía un tiempo, cuando no daba más de aburrimiento, que todos alguna vez hemos tenido encontrones con arañas y nuestras bocas. *Puaj*.

Sherlyn parecía divertirse como nunca lo había hecho antes, sacándole fotos con su celular al dúo de hermanas que ni con el chasquido de la cámara parecían dispuestas a despertar.

—¿Crees que pueda chantajearlas con este tipo de fotos? —preguntó la morena con una sonrisa maliciosa que decoraba su rostro. Me volví una vez más hacia las gemelas contemplando con magnificencia el espectáculo gratuito.

—Sí —respondí acercándome a Lyn para contemplar la pantalla de su celular.

—¿Cómo está Eli?

—Está bien, roncando igual que estas dos locas. —Me acerqué a las gemelas para acomodar la mantilla, la cual tentaba en caer por sus piernas—. ¿Hace cuánto estás despierta?

—Unas horas. Sabes que no puedo dormir en otras casas.

Me incliné hacia la mantilla, pero el peso en mi cabeza aumentó. Tuve que sostenerme del sofá mientras Sherlyn se apresuró en afirmarme bajo el brazo.

—¿Estás bien?

La pregunta era innecesaria de realizar y responder; de todas formas, lo hice una vez encontré la estabilidad mental y física para hacerlo.

—Me duele la cabeza y estoy algo mareada.

—¿Te embriagaste en el baño con Felix haciéndote compañía? —Chisté ante tal pregunta que,

por alguna razón, me sonó totalmente ofensiva. Sherlyn guardó su celular y luego alzó las manos en señal de inocencia—. Es una broma —explicó—. Sobre el mareo... Creo que los de deporte le pusieron alcohol a todas las bebidas que trajeron.

Eso explicaba por qué le había hallado un sabor extraño. No le di mucha importancia al sabor de la bebida; para ser sincera, entre mi descubrimiento con Alex y lo que ocurrió con Felix, apenas supe lo que comía. ¡No! Ni eso hice; por eso tanto mareo.

Solo esperé a que papá no tuviera algo para detectar el alcohol en la sangre, porque al día siguiente se armaría mi gran problema.

—Deberíamos empezar a limpiar después comer algo —pronuncié con voz rasposa agarrándome la cabeza de camino a la cocina.

Toda la casa era un basural con olores nada agradables. Ni hablar de la cantidad de moscas que merodeaban por todos los rincones. Había basura por doquier, pisadas de los que venían desde el patio, cerveza derramada en la nevera, condones inflados, cajas de *pizza* que los chicos usaron como escudo en una guerra de maní y papel higiénico como nueva tendencia en decoración de interiores.

—Claro —respondió Lyn—, podemos encargar comida china. Ah, y ten cuidado con pisar...

El extraño sonido chillón que oí al poner mi pie en la alfombra provocó que rebobinara hasta la noche anterior, justo donde Eli había vomitado.

—Olvídalo, ya lo pisaste.

¡Genial!, volvería a casa oliendo a vinagre y doritos.

El lunes a la mañana mamá pasó a despertarme. Era el último año de colegio y necesitaba con urgencia cambiar mi mal de aplazar el despertador una y otra vez hasta que se hacía demasiado tarde para arreglarme y desayunar con la calma.

Aquel día se apellidó «desastre mañanero», tanto por mi falta de entusiasmo al levantarme y porque arruiné unos importantes papeles de papá cuando fingía ser la hija ejemplar y me despedía de él con un beso. Además de desparramar su café, metí la punta de mi cabello en la taza, lo que provocó que goteara y manchara mi vestido. Minutos más tarde, resbalé al pisar el primer peldaño del bus, lo que desató la risa de todos los que lograron ver mi penosa acción. Avancé por el pasillo para encontrar al gallinero, quienes comentaban sobre la fiesta en casa de Eli y la ardua tarea que había resultado quitar el vómito pegado en la alfombra. El desayuno se me revolió en el estómago, no solo por recordar el asqueroso hedor que emanó de mi pie esa tarde, sino porque apenas había pensado en mi respuesta hacia Alex.

Aceptar o no aceptar, he ahí mi pequeño dilema.

Llegué a Jackson ocultándome de todo aquel chico que llevase la chaqueta del colegio y tuviese aspecto de deportista. Me mantuve tanto tiempo en las nubes que la caída dolió, sobre todo al oír ese «eh, bonita». Casi caigo al suelo con una embolia cerebral.

—Alex —canturreé de camino al pasillo—. Hola, je, je.

Me examinó un momento durante el trayecto que cruzábamos el umbral de la puerta principal.

—¿Estás bien?

—Lo estoy, lo estoy... —respondí agitando mi mano con vehemencia—. ¿Y tú? ¿Cómo estuvo el fin de semana? ¿Fuiste a la iglesia el domingo? —Me eché a reír con nerviosismo. Una cosa estaba clara: todo valía para aplazar mi respuesta.

—No me quejo y no fui a la iglesia el domingo. ¿Qué pregunta es esa?

«Una que solo yo puedo hacer», pensé.

—Es una broma, aunque si vemos, por una parte, muchas personas van a la iglesia los domingos, mi abuela materna lo hace religiosamente. Y también arrastra al abuelo.

—Eso es bueno, bonita. Mis abuelos no se quieren ni ver por fotografía. Oye y... ¿pensaste en la respuesta?

En momentos de preguntas incómodas, esas que nadie quiere responder, siempre es mejor fingir sordera y repetirla, así se retrasan algunos segundos hacia un ataque de sudor extremo, o bien, una muerte súbita.

Ya no sé qué carajo pensaba.

Bueno, la idea consistía improvisar; para ello me mostré desentendida.

—¿La respuesta? *Uhm...* ¿Puedes aclararme la memoria?, porque, ya sabes, la tengo algo mala y no recuerdo ninguna propuesta que haya aplazado por una desconfianza impartida por la persona que originó dicha pregunta.

Sudé frío esperando no hipar. Alex también; la interrogación se dibujó en todo su rostro.

—Hablo sobre la pregunta que te hice en la fiesta —aclaró tras dos segundos de confusión mental—. Si quieres ser mi «novia».

Alzó las cejas y movió la cabeza obviando la respuesta. No podía creer que mis divagues bien parecidos al vómito verbal que suelo expulsar teniendo a Felix al frente fuesen en vano. Me lo pensé unos segundos.

—Yo... —Jugué con mis dedos encendiendo mis mejillas—. Lo haré, con la condición de que sea en un sitio público y solo una cena. ¡Ah! Y permítas que vaya con alguien más fingiendo que es mi padre.

Cuarenta segundos tardó Alex en decidirse.

—Me parece —accedió—, novia.

Alguien chilló como animal apenas concluyó la frase.

—¿Qué?! —Era Jo, plantado con el rostro de horror a nuestras espaldas. Al girarnos comprobamos que realmente ese grito agudo provenía de él, pues otros estudiantes también lo miraban como a un bicho raro. Acortó el estrecho entre nosotros y me miró furioso tras darle un rápido vistazo a Alex—. ¿Por qué estás traicionando a Felix, Floyd? ¿Es que...? ¿Acaso lo de la fiesta no...?

El dramatismo encarnado en el cuerpo de Jo lo impulsaron a caminar con paso decidido hacia el interior de Jackson, como un hipopótamo molesto, sin decirme más.

«¿Qué rayos había sido eso?» quedó corta con la pregunta que formulé luego. Si mi audición no fallaba, Jo hizo referencia a lo de la fiesta, lo que quería decir que... ¿Acaso sabía qué había pasado entre Felix y yo?

¿Cómo iba a ser eso posible? ¡Felix era un cofre bajo mil llaves!

El timbre sonó en todo Jackson, lo que distrajo nuestra atención del Chico Batman para sacar los cuadernos y marcharnos a las salas correspondientes.

Como todo lunes desastroso, Mittler impartía clases con su agudo humor de perros. Entré a la sala siguiendo a las gallinas que parloteaban y me senté al final, en mi asiento, esperando saber dónde y qué rayos iba a hacer Joseff. Pero ni él, ni Felix aparecieron en la sala.

Pasé el resto de la clase mordiéndome las uñas y divagando sobre los posibles hechos que le podrían haber ocurrido al par. Mis pensamientos se pospusieron hasta la hora del recreo.

Seguí al gallinero a las gradas, cargando conmigo dos bolsas de papas fritas, una leche en caja y

chocolates. Iba sumida en mis pensamientos, como de costumbre; por eso ni me percaté de la presencia imponente de cierto poste en compañía de dos chicas de tercero. De no ser porque me llamó, seguro habría pasado de largo.

—McFly —llamó con su tonada imparcial. No di abasto lo que oía; por eso volvió a llamar. Me llamó una vez más, haciendo que me detuviera.

—Dime.

Contemplé la escena casi cotidiana que se producía una y otra vez: chicas que lo invitaban a salir. Me preguntaba qué le veían. Tal vez se imponían un reto entre ellas y ganaba quien conseguía una cita o lograba hacer que no la rechazara con sus afiladas palabras. Lo cierto es que el misterioso Felix Frederick era todo un rompecorazones.

Me hizo un gesto con su mano para que me acercara. Esa sola imagen me transportó a la fiesta, el baño, los besos, la extraña sensación de querer más. Tragué saliva con dificultad mientras mis mejillas se encendían en un fuego notorio. Una vez que estuve lo suficientemente cerca, aferré mis cosas con fuerza al sentir cómo pasaba un brazo por detrás de mis hombros para luego aferrarme contra su pecho.

—¿Qu-qu-qué haces? —formulé sofocada. Mis chucherías cayeron al suelo del impacto, solo pude tomar su brazo para que me soltara.

—Ya tengo a alguien que me gusta —habló dirigiéndose a las dos chicas de tercero—. Es esta chica y es muy celosa.

No tenía la menor idea de qué cara puso el dúo al marcharse; solo trataba de acomodar mi desastre de cabello y poder respirar con el poco aire que quedaba en mis pulmones. Ah, y claro, no desmayarme de la emoción.

Mi descontrolado corazón latía con fuerza.

Una vez libre, Felix se agachó para ayudarme con las golosinas que había tirado.

—¿Tenías que hacer eso para rechazarlas?

«No le digas nada, solo disfrútalo, cariño», decía una extraña voz en mi interior que sonaba más bien como la de las gemelas.

—¿Estuvo mal decirles la verdad?

—No, pero... —Preferí guardar silencio un instante, fomentar a que mi brillante curiosidad innata se diera su espacio—. ¿Le contaste a Jo sobre... *uhm*... lo del baño?

Recibí todo lo que había juntado temiendo sentir su tacto.

—Sí.

Uh, tan directo.

—¿Por qué?

—¿No querías que fuese abierto?

Solté un jadeo escueto y miré con desentendimiento a mi alrededor.

—Lo quiero, pero ese tipo de cosas...

Con una sonrisa socarrona acomodó mi cabello desaliñado.

—Solo fueron un par de besos, Hurón. Deberías irte acostumbrando.

—¿A qué? —Floyd McFly y su inocente percepción de los comentarios. ¿O era porque no esperaba que Felix dijera tal cosa? — ¡No, espera!

Se cruzó de brazos mostrándose arrogante.

—Estoy jugando —confesó—. Si no quieres que cuente ese tipo de cosas, dímelo y no lo haré, así evitaremos que te vuelvas un volcán a punto de hacer erupción.

Su expresión de chico malo se vino abajo en el momento en que sus mejillas se tiñeron de rojo.

Un color tan vivo como el mío.

Carraspeó volviendo a su postura de indiferente.

—Esto es por lo del tal Alex —acusó, enseñándome uno de los chocolates.

Sonreí como la tonta enamorada de película romántica y volví con el gallinero imaginando toda clase de torturas contra Joseff. Sin embargo, apenas me di la vuelta, empecé a oír gritos.

Felix se desmayó. Sufrió una caída tan dramática y dolorosa que no dejó a nadie indiferente. Solté todo lo que llevaba y corrí en su dirección, mientras tanto los del Club de Voluntarios y otro par de chicos más también.

Hipo



Ver a Felix trasladado en una camilla hacia la enfermería es una imagen que no borraré jamás de mi mente. Los chicos que se aglomeraban para saber qué sucedía, las miradas, los murmullos, el silencio que se redujo al Club de Voluntarios, los seis miembros esperando a que sus padres o una ambulancia llegaran. Ni siquiera presté mucha atención, debo admitir, todo lo que quería saber era si se encontraba bien o si, en realidad, solo era un sueño, que estaba dormida y tenía una horrible pesadilla, porque así se sentía: como una detestable pesadilla.

Hacía unos minutos estábamos charlando. Hacía unos minutos me había sonreído.

Cuando tío Chase llegó en compañía de tía Michi y Carlote, quise preguntar cómo se encontraba, ya que a nadie le permitieron la entrada, excepto a los profesores que conocían el estado de Felix. El timbre para ingresar a la última clase nos puso a todos en alerta, incluso los chicos del club que seguían esperando —al igual que yo— una respuesta. Sin embargo, apenas pudimos preguntar. Minutos más tarde se lo llevaron al hospital; allí, en un pasillo lleno de incertidumbre, nos vimos envueltos en la penosa realidad, los rápidos pasos hacia la salida, las llamadas interminables y de nuevo el silencio.

—¿Niños, no deberían estar en clases?

Esa fue la señora Poff antes de cerrar la puerta de la enfermería.

—¿Cómo está? —se apresó a preguntar Joseff.

La enfermera hizo una mueca de disgusto, no sé si porque estábamos faltando a clase o porque preferimos ignorar su pregunta. ¿Acaso valía la pena hacerlo? Claramente nuestra prioridad se trataba del chico al que acaban de llevarse. Opté por una tercera opción que justificaba su cara, pero la decliné con su respuesta.

—Estará bien. Tiene anemia. Estará bien.

Lo repitió dos veces; eso no infundía mucha confianza. Después de que nos ordenó regresar a nuestras salas, me di cuenta de que no fui la única con ese pensamiento.

—No suena como un «estará bien» —se quejó Loo—. Maldita mentirosa...

—¡Loo...! —saltó Megura horrorizada—. Estás afuera de la puerta, por Dios.

—Adivina qué, santurrona: ¡no me importa si me oye!

—No le hables así a mi novia —gruñó Josh, dando un paso hacia Loo, que estaba de brazos cruzados apoyada en la pared junto a la puerta de la enfermería.

La rubia más ruda de Jackson rio con sarcasmo dispuesta a decirle otro de sus comentarios, mientras un tímido Sam se posicionaba entre ambos antes de que se agarraran.

—No es el momento, chicos —decía forzando su tímida voz.

Permanecieron unos segundos observándose en un roce de odio y deseos de golpear al otro, pero la oposición de Sam logró su cometido. Ambos se calmaron en una inclinación de hombros y suspiros al suelo.

—Exacto, no es el momento —apoyó el Chico Batman, luego se dirigió a mí—: Floyd, ¿no tienes el número de los padres de Felix para saber cómo está o a qué hospital lo han llevado? Yo

solo tengo el número de teléfono de su casa.

Era la primera vez que Joseff estaba tan serio y descompuesto; su rostro risueño había desaparecido.

—¿Floyd, estás ahí? —Meneó su mano frente a mis ojos.

—Creo que mamá tiene sus números, puedo llamarla y...

De pronto, escuché un susurro que me alertó.

—Debe ser por lo de la enfermedad.

—¿Enfermedad? —pregunté volviéndome hacia Megura—. ¿Ustedes saben sobre eso?

Tres de los chicos asintieron; Loo fue la única que no, seguía manteniendo sus brazos cruzados.

—Sí, el encargado de la organización de los clubs creyó que era necesario por si... — Megura se cortó—. Bueno, ya sabes, en caso de que ocurriera algo como lo de hoy. Necesitamos saber de todos.

Eso sonaba cuerdo y convincente. Con el Club de Voluntarios la lista de deseos que Felix tenía por cumplir podría facilitarse, podíamos cumplirlas juntos. Esa idea me entusiasmó un minuto, así que me animé a decirles a todos que llamaría a mamá para preguntarle por los números de los Frederick.

Una vez que llamé a mamá y obtuve el número de tía Michi, la llamé. Como era de esperarse, la madre de Felix estaba asustada, aunque mencionó que todo estaba bien, nada de qué preocuparse y que se quedaría en el hospital por el resto de la semana.

—¿El resto de la semana? —pregunté alzando la voz; al instante, los chicos se acercaron.

—Sí, será para mantenerlo bajo cuidado. Es una lástima, tendrá que pasar su cumpleaños en el hospital.

«¿Qué dijo? ¿Cumpleaños?», preguntó mi conciencia o, mejor dicho, esa vocecita molesta tan inoportuna. Había olvidado eso por completo. «¿Qué clase de amiga soy?», insistí yo. Conocía a Felix de toda la vida y, aunque en los años en que nos separamos parecíamos dos desconocidos, no era como para olvidar su cumpleaños.

—¿Cuándo es?

—El sábado.

Nos permitieron entrar a la habitación de Felix en el hospital. Era un sitio frío, con un olor similar a dentífrico. Al entrar había una camilla ocupada por un anciano que tenía dos tubos puestos por la nariz; por la forma en que dormía, Joseff y yo nos preguntamos si estaba vivo o si debíamos llamar a un médico. Una enorme cortina lo separaba del inexpresivo Poste con Patas, que estaba sentado leyendo un libro cuando entornó la mirada en nuestra dirección.

—Uh, te ves fatal.

El chico hizo una mueca con la boca al oír a su compañero.

—No me digas.

—¿No tienes algo de maquillaje por ahí, Floyd? —Ahora Joseff se giraba en mi dirección—. Este sujeto necesita algo de color.

—*Zooooomlix* —pronuncié, haciendo una mala imitación de un muerto viviente. Jo se río cubriéndose la boca para acallar las molestias hacia el anciano de al lado. También me reí en un volumen más bajo.

—¿Vinieron a burlarse? Llamaré a la enfermera para que los saque de aquí.

—Oye, si estás *felix* de vernos, solo tienes que decirlo —hablé. Inspiró hondo, tanto que sus hombros se elevaron.

—Prefiero la tranquilidad de este cuarto y leer un poco. —Y regresó a la lectura.

—Oye, no fuerces demasiado la vista si te duele la cabeza.

—Gracias, doctora, lo tendré presente.

—¿Quieres que te traiga uno de mis cómics para que mates el tiempo aquí?

Creí que sería una propuesta tentadora para Felix, así probaba algo diferente, pero con su típica postura respondió a Jo:

—Tengo Internet.

—¿Entonces qué esperas para darme la maldita clave?

El siseo desde el otro lado de la cortina provocó que abriésemos los ojos a la par y colocáramos nuestra mejor cara de horror. Joseff caminó hacia el final de la cortita, tentado de correrla. Negué con entusiasmo exagerado; entonces, cuando el Chico Batman declinó la idea, me volví hacia Felix.

—¿Ya te sientes mejor? —pregunté, viéndolo pálido y con la bata del hospital.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—No respondas a mi pregunta con otra pregunta, boba —desdeñó—. Dime, ¿cómo estás?

—Eso es lo que tú acabas de hacer, Chami. Y estoy bien, preocupada, como todos.

Felix miró a Jo como esperando una respuesta.

—Amigo, cuando te desmayas en pleno patio y vienen a buscarte en una camilla, no pasas desapercibido. Los del club estaban muy preocupados. Deberías buscar otros sitios donde dormir.

—Pronto dormiré para siempre en un lugar más lúgubre.

Me abalancé sobre él para cubrirle la boca.

—No digas eso —le ordené bajando las manos, abochornada por el acto impulsivo.

—Todos lo haremos —musitó Jo—. ¿Sabes? Creo que deberías hacer lo de esa lista. Todavía tienes muchos deseos por cumplir.

—Opino igual. Y con el club...

—¿Club?

Volvió a mirar a Jo en un gesto de exigencia por obtener más información.

—Ellos ya lo saben —resumió el Chico Batman.

—Bien. Perfecto. Genial.

—Antes que continúes diciendo sinónimos llenos de sarcasmo para ocultar tu odio, te diré que nosotros no les dijimos nada.

La mirada austera de Felix se posó en mí, que trabajaba en calmar mis aires cálidos por mi atrevimiento.

—Que lo diga ella.

Me señaló con la barbilla. Muy astuto, quería que lo dijese yo para saber si Joseff mentía.

—Nosotros no les dijimos nada. —Y esperó a que hipara, pero no pasó—. ¿Ves? No hipé. Lo del club es una buena idea, ya lo has visto ayudar a otros.

—Y las cosas no han salido mal. ¿Recuerdan al chico que quería declararse a su amiga? Según supe, ahora están saliendo.

—Ellos pueden ayudar en deseos complicados, como lo del viaje o... ¡O la boda! —Otro siseo por parte del paciente de al lado. Me encogí de hombros con culpabilidad.

—¿Entonces qué esperamos? —objetó Jo, mostrando su lado más entusiasta—. Hagamos la lista

juntos.

Esa propuesta me gustó.

Joseff alzó su brazo al cielo con el puño en son de celebración, yo lo imité con una sonrisa de oreja a oreja imaginando las cosas que se nos vendrían encima, Felix se mantuvo de brazos cruzados con un semblante ajeno, como si viera el desastroso espectáculo de dos amigos sin temor al ridículo. Le di un golpe en el brazo y con una mirada muy sugerente lo motivé a unirse. El brazo ya se me estaba cansando cuando blanqueó los ojos, aplanó sus labios con disgusto y de mala gana alzó su brazo.

Entre conversaciones y contando qué había sucedido el resto del día, pude sentirme ligera y más segura sobre el mal acontecido. Estar con los chicos me subió el ánimo. A pesar de todo, un extraño sentimiento yacía en mi pecho. Lo sentía pesado, podía notar cómo se estrujaba. Estaba preocupada.

Al día siguiente de la visita, iba camino al casino con el gallinero cacareando por los pasillos tan entusiastas como de costumbre. Por supuesto, la noticia sobre Felix ya la sabían; eso había sido el encabezado por la mañana en Jackson. Para fortuna del chico inexpresivo, no todos conocían quién era de los trece chicos de nuestra clase. Casi lograba oler los *brownies* de no ser porque Alex apareció.

Mi estómago se quejó en una protesta por las falsas ilusiones.

—Bonita —me llamó con su sonrisa torcida.

Si no lo hubiese descubierto en la fiesta con otro chico, seguiría pensando que era el chico con complejo de mujeriego, típico de las escuelas.

—Alex, ahora no...

—No vengo a darte un sermón.

—Lo sé, pero me duele el estómago y quisiera estar sola con mis pensamientos.

—¿Cómo está tu amigo?

Jadeé con solo recordar el sonido de la caída y lo último que Felix había mencionado cuando me robó el chocolate.

—Espero que bien.

Lo esperaba, porque no confié en las palabras de la enfermera y tía Michi. Si me habían ocultado lo de la enfermedad, entonces podían ocultarme algo más. Y no quería eso, buscaba saber de Felix. No quería estar al margen, incluso si las cosas se ponían feas.

—Eso no se oye bien.

—No lo es. ¿Dime, Alex, qué quieres? Al parecer no tienes intenciones de marcharte, ni de querer comer.

—Salgo con los chicos de deporte, ya sabes, por el partido. —Vaya partido. De no ser porque todos se vuelven locos por los partidos y las competencias, seguro que la noticia de Felix y su desmayo hubiesen seguido comentándose—. No estaré en el colegio el resto de la semana; por eso quería decirte que la cena será el sábado en el restaurante Liberty a las 19:00 horas.

Solté un dramático «no» similar al de Luke en *Star Wars*.

—¿Tiene que ser ese día? ¿No puede ser el domingo?

—No, bonita. Papá reservó mesa para ese día. Le dije que primero consultaría contigo, pero... puedes darte cuenta de que no es el tipo de sujeto que escucha.

—No puedo el sábado. ¡Lo tengo reservado desde hace un mes! —Hipé—. Lo siento, no puedo ir. Quisiera ayudarte, de verdad...

—Por favor, por favor, Floyd, no me hagas esto. Eres una chica modesta, honesta... bonita,

perfecta para esto. Hasta le describí a papá los bellos ojos grisáceos que tienes.

—Alex, no puedo.

Vi sus ojos desesperados y angustiosos pidiendo en una súplica silenciosa para que fuera. Sus ojos de cachorro regañado los sentí como una patada en el estómago.

—Por favor...

—Está bien —accedí bajando la voz—. Iré, con mi tío por si te lo preguntas. No con papá, él no puede saber esto.

—Gracias, bonita. —A su semblante regresó la luz; una que parecía puesta como foco de escenario justo sobre su cabellera perfecta de deportista. El chico se convirtió en ese instante en la muestra viva de la felicidad. Antes de marcharse besó mi mejilla.

Iba a perderme el cumpleaños de Felix. Habíamos preparado con los chicos del club una «sorpresa»: llegar a la habitación con un pastel, globos y comida para llenarnos el estómago. Incluso Megura había convencido a las enfermeras para que nos permitieran la entrada a todos, ya que solo dejaban entrar a dos como máximo. Queríamos que el cumpleaños de Felix fuese divertido y yo, tonta como una piedra, no iba a estar. Sin embargo, estaba comprometida con Alex, no quería ni podía fallarle. Se trataba de mi honor McFly.

Me convencí de que era una cena de dos horas máximo, que podía llegar a la sorpresa. Con ese pensamiento, me adentré al comedor de Jackson donde Jo me atajó.

—¿Qué rayos hacías con Alex?

«Confidencia» no estaba en su vocablo, porque su actuar fue lo menos prudente. Ante los ojos de cualquiera, Jo se veía más que interesado en obtener una respuesta.

—¿Qué tiene que hable con él?

—Traicionera.

—¡Eh! Oye, entre Alex y yo no pasa nada. Solo lo ayudo en algo.

—Ajá, sí, siendo su novia.

—Bocazas, no tenías que decírselo a Felix. Al parecer sirves más de viejo chismoso que de superhéroe.

Lució extremadamente ofendido.

—Oye no me ofendas, sé lo que oí.

—No sabes nada; solo le regreso un favor.

Achicó sus ojos, como incursionando en mis pensamientos.

—¿Qué clase de favor?

—Es el chico del paraguas. —Me detuve un momento a pensar si ya le había contado la dichosa historia del paraguas; para asegurarme, continué—: Me dio un paraguas cuando Wladimir me dejó en pleno parque y comenzó a llover. Me dio su paraguas cuando para todos los demás yo era invisible. Apareció con su abrigo marrón y...

—¿Y si no fue así? —interrumpió serio—. ¿Y si está mintiendo?

—N-no creo. ¡Rayos!, ya le dije que sí. No puedo defraudarlo, tiene problemas con su padre.

Por fin me soltó.

—Bien —dijo—, solo no te pierdas.

Dicho esto, salió por la puerta dejándome con más dudas en la cabeza.

Esa misma tarde tomé el bus que me dejó a dos cuadras de la casa del hermano de mamá.

Tío Patrick era algo así como la oveja negra de la familia; papá no lo toleraba y mamá siempre estaba en medio de las miradas asesinas que los dos intercambiaban cada vez que se encontraban. Soy su única sobrina y consentida de toda la vida, así como con el abuelo. A veces era genial, pero los favores y los regalos siempre tenían una doble intención. Creo que tío Patrick creía en el intercambio equivalente; si él me hacía un favor, yo debía compensarlo, y lo tuve que hacer muchas veces en sus conquistas.

Golpeé la puerta y, como de costumbre, abrió la ventana y desde allí me observó.

—Floyd —saludó en compañía de un ademán.

—¿Tío Patrick, tienes tiempo para una desafortunada adolescente en problemas?

—Algo me dice que es un gran problema si viniste hasta acá. Tus padres no lo saben, ¿verdad?

No me había escuchado con todos los ladridos de perros. De sus perros.

—Uhm, no. Papá no puede enterarse.

Pegó una carcajada seca al aire. Abrió la puerta mientras gritaba a sus perros que se hicieran a un lado para dejarme entrar. Una vez dentro de la casa, los perros se alocaron. Mi amor por los perros era gracias a tío Patrick y sus cachorros. Agarré a unos cuantos y me senté en uno de sus demacrados sofás. Era como estar en mi cama rodeada de peluches.

—Nadie sabe que estoy aquí, de hecho —dije, siguiendo el hilo de la charla.

—Trataré de no contarle; sabes que no nos ocultamos nada.

Su sarcasmo evocó una sonrisa.

—Grandes amigos.

—De los mejores. Es lindo que ya no quiera matarme porque intenté coquetearle a su hermana en la cena de Navidad.

—Lo hiciste —reclamé mientras acariciaba a Chuck, su pitbull—; todos lo vimos.

—Solo le pregunté si seguía soltera. ¿Qué quieres, pequeña?

—Necesito que te hagas pasar por mi papá.

—¿Estás loca? ¿Con lo celoso que es el tuyo? No quiero más problemas, petisa.

Se desplomó, cual torre en demolición, sobre el sofá. Eso confirmaba que mi petición obtenía un rotundo no.

—Me lo debes, tío, y lo sabes. ¿Te suena el nombre Chay? ¿Una mujer alemana de buenas curvas? ¿Un viaje a la ciudad? ¿Un sujeto que fingía ser el padre ejemplar?

—¿Intentas chantajearme? —Pegó un silbido que puso en alerta a todos sus peludos animales. Buba, el único *pug*, saltó a sus piernas—. Soy un padre ejemplar.

—Tus mascotas no cuentan. Por favor, tío Patrick, solo son unas horas del sábado nada más. Necesito devolverle el favor a alguien, ya me comprometí.

—¿Por qué?

—Es una laaaarga historia.

—Mira nada más, tengo mucho tiempo para escucharla, ¿verdad, Buba?

El perro ladró moviendo su muñón por cola.

—Es por ese tipo de cosas que sigues soltero.

Acomodé mi vestido blanco con las manos temblorosas. Decir que me encontraba nerviosa hasta el punto de sudar hasta por la espalda es poco. No tenía palabras para describir mi paupérrimo estado cuando el recepcionista del restaurante nos indicó la mesa en que Alex y su padre nos

esperaban. Todo me resultó demasiado como para suplir una mentira. Una penosa farsa que era probable que me costara el cumpleaños de Felix Frederick.

Ya me odiaba por eso.

—Respira hondo, calma esos pies —me dijo tío Patrick de camino a la mesa—. Estás muy nerviosa.

—Es la primera vez que hago algo como esto.

—Pequeña, conmigo fingías ser mi hija todo el tiempo.

La boca la tenía seca y la garganta raspaba con cada palabra que decía.

—Lo sé, creo que por eso desarrollé mi mal.

—¿Qué mal?

—Cuando miento, me da un ataque de hipo.

—Mierda, eso sí que es malo. Tendré las llaves del auto a mano por si debemos correr.

Eso último sirvió para romper la tensión en un bajo porcentaje, porque en el momento en que divisé a Alex y a su padre, volví a tensarme en cada paso. Ya en la mesa, Alex se puso en pie y me saludó con un beso en la mejilla. Mi sonrisa fracturada por los nervios fue esbozada en dirección al padre de Alex en cuanto me presentó:

—Ella es Floyd McFly. Floyd, él es mi papá.

La figura imponente del padre de Alex se presentó ante mí como un edificio, como la estatua más grande del mundo. Se puso de pie y, literalmente, tuve que mirarlo hacia arriba, porque medía unos tres metros de alto y dos de ancho. Su rostro permaneció serio en todo momento, incluso en nuestra presentación.

—Un gusto, señor.

Sí, claro.

Momento incómodo. Silencio incómodo. Todo incómodo.

Nos sentamos. Un sujeto llegó a pedir nuestra orden y se marchó para llegar luego con el vaso de agua que le había pedido encarecidamente. Ni siquiera recuerdo quiénes y qué había a mi alrededor, el contexto o algo; no podía quitar los ojos de nuestra mesa.

—Así que esta muchachita es la novia de Alex. —Eso iba dirigido a mí. Alex me miró esperando a que respondiera, pero antes de mentir, tío Patrick salió en mi defensa.

—Y Alex —cargó la voz en el nombre—, novio de mi pequeña.

Agradecí que se las diera de padre celoso y sobreprotector, como una mala imitación de papá —porque él no sería tan sutil— y que se adelantara a mi ataque de hipo.

Un «je» salió disparado de la boca del padre de Alex.

—¿Ves, muchacho? No tienes por qué avergonzarte de que tu padre quiera saber más de tu vida amorosa.

Alex respondió con un fastidiado gesto, sus ojos se clavaron en mí y dijo:

—Estás muy linda hoy. Señor McFly, espero se encuentre bien.

—Igualmente —dijo tío Patrick cargando la voz a una profunda, cosa que se notaba forzada. Tuve que intervenir.

—Gr-gracias..., Alex.

—Dime, Floyd, hace cuánto se conocen.

Pregunta hecha con doble intención: quería matarme, lo sentí. Miré al padre de Alex que prestaba atención, con su rostro severo y semblante inquebrantable. ¿Y si Alex le dijo una respuesta y yo daba otra? Estaba perdida.

Sudé frío.

Cuatro pisotones por debajo de la mesa indicaron la respuesta.

—Cuatro meses. —Hipé, era una rana en medio del pantano—. Lo siento.

—¿Meses? —Tuve que beber agua, pero en medio otro hipo se me escapó, lo que provocó que salpicara agua sobre mi blanco vestido—. Alex dijo que hace cuatro años que se conocen.

—Ah, dijo «conocer» —reí con nerviosismo.

—Sí, amor. —Alex también rio. Toda su cara decía «estoy muerto»—. Es que hace cinco meses salimos.

Tío Patrick rio exageradamente para ocultar la evidente metida de pata.

—Lo siento, es que estoy nerviosa. Es la primera vez que me presentan a la familia de algún novio. No suelen hacerlo cuando se trata de romances «pasajeros» y...

—¿Novios? —curioseó de nuevo la estatua humana; digo el padre de Alex—. ¿Cuántos has tenido hasta ahora?

—Dos —respondimos Alex y yo al unísono.

—¿Dos? —preguntó tío Patrick—. Jovencita, no sabía nada de eso —reclamó con el entrecejo fruncido—. Ni tu madre me lo contó.

—¿Madre? Alex dijo que vivía solo con su padre.

—Es que... —De nuevo la garganta se me secó—. Mamá no está, ella... —Antes de hipar tuve que beber agua para forzar el dramatismo de una madre ausente. Tío Patrick posó su mano sobre mi hombro.

—Jean se marchó hace mucho; ahora está en un lugar mejor. Fue una pérdida desgarradora y siempre su espacio quedará; por eso decimos que... que hablamos con ella como si siguiera con nosotros.

—Y lo hace, señor McFly.

Oh, mi Dios. Me sentí fatal por tal mentira, tanto que mi ataque de hipo duró el resto de la charla y una vez que nos trajeron los platos. El resto de la cena se basó en pequeñas preguntas y anécdotas inventadas entre Alex y yo que tratábamos de coordinar sin resultados coherentes. Todo iba mal, incluso su padre insinuó lo de la mentira y terminó diciendo: «No creo que usted, McFly —refiriéndose a tío Patrick—, se preste para algo así». Mi hipo no se detenía; entre cada palabra un «hip» debía salir a la luz.

La sogla estaba atada al cuello de los tres chiflados. Ni hablar de la comida. Tuvimos que esperar los platos durante treinta minutos y veinticuatro segundos, porque había un problema en la cocina. Media jodida hora de pura charla incómoda. Cada vez que veía la hora en mi celular, el tiempo parecía ir más rápido. Ni siquiera disfruté de la comida.

Mi paciencia a ese punto comenzaba a saturarse, el vaso se estaba llenando demasiado.

A ese paso ya me había perdido la sorpresa de cumpleaños. Los mensajes de texto que Joseff me mandó lo confirmaban. Todavía recuerdo ese instante en que leí su «partiremos sin ti».

Quise salir corriendo y lo hice.

Cuando esperábamos el postre, me puse de pie de golpe y miré a Alex.

—Lo siento mucho... ¡hip! —Agarré el brazo de tío Patrick tirando de él para que se levantara de la silla. Alex y su padre se levantaron de la silla, confundidos por mi repentina acción. No daba para más, estaba escapando—. De verdad, Alex, lo siento, pero Felix es mi prioridad ahora. No importa cuántas veces tenga que hacerlo, siempre lo elegiré a él. Señor, no castigue a su hijo por esto, ni por las cosas que le diga. Hay cosas que se nos escapan de la razón. Yo no soy la novia de Alex, solo soy una compañera. Perdón.

Dicho esto, tío Patrick salió de su desconcierto momentos antes que el padre de Alex sacara su

cinturón para torturarnos. Recogí mis cosas, le pedí perdón a Alex —una vez más— y partimos hacia el auto.

Llegamos al hospital a las 9:32 de la noche. Ya había dejado de hipar.

—¿Quieres que te espere, pequeña?

—No, tío. Gracias por traerme y fingir que eres mi padre.

—No sabes cuánto me alegro de que te fueras; tu supuesto suegro es un borde.

—Así parecía. —Besé su mejilla y abrí la puerta—. Adiós, ¡y no le digas nada a mamá!

Una vez que cerré la puerta ahogando las carcajadas del hermano de mamá, me quedé agitando lentamente mi mano. Ya sola en la entrada del hospital, comencé a tener un ataque de nerviosismo. La hora no era apropiada para visitas, estaba muy atrasada y un hombre que sangraba del brazo sirvió para perturbarme mucho más que cualquier película de terror, incluyendo *El exorcista*.

Esquivé a unas cuantas enfermeras que me preguntaron si estaba bien y di con las escaleras de emergencia. Ya en el tercer piso, mi misión estaba hecha.

Entré al cuarto sin golpear. Esperaba encontrar a alguno de los chicos del club; no había nada. El anciano gruñón ya no compartía habitación con Felix —para mi fortuna— y su cama se encontraba armada, esperando a otro paciente.

—¿Felix?

—Aquí.

Su voz provenía desde la ventana. Espera... ¿¡ventana!/? Corrí, como esperando verlo cayendo cuesta abajo, con mi corazón al borde de salirse por mi tórax. Me arrimé al marco de la ventana, bajé la vista y se tiñó todo de un negro azulado. La luz apenas golpeó mi rostro.

—Aquí, Hurón.

Elevé la vista torciendo un poco la cintura; arriba, con los pies que colgaban de una cornisa, Felix me regaló una de sus sonrisas cortas.

—¿Quieres tentar a la muerte?

—Eso ya es un hecho, McFly.

Junto a la ventana del cuarto, un tubo provenía de la azotea del hospital. No recuerdo cómo logré aferrarme a él y escalar. Llegué al lado de Felix jadeando por cansancio y el exceso de miedo.

—¿Quién es el enfermo: tú o yo?

Le di un golpe en el brazo una vez que me senté.

—Gracias por echarme una mano —planteé con sarcasmo.

—Cuando quieras —respondió poniéndole su dosis de sarcasmo doble—. ¿Dónde estabas?

—Atendía otros asuntos. Lamento no venir antes, también no estar aquí para la sorpresa.

¿Qué tal fue?

—Ruidosa, aunque no tanto como tú.

Chasquéé la lengua.

—No soy ruidosa.

—¿No? Solo con oír cómo abrías la puerta noté que se trataba de ti. Tu segundo nombre debería ser Torpeza.

—Oye, ingrato, vine a verte ¿y así me tratas?

—No me has traído un regalo, puedo tratarte como quiera.

—Con mi presencia debería bastarte.

Rio volviéndose hacia la ciudad que se tranquilizaba bajo la sombra de la noche. Su cara se veía algo azulada, pero la luna lograba iluminarla. Miré su vestimenta; la bata del hospital nada más. Su cabello castaño revuelto... Maldición, qué ganas tenía de besarlo.

«¿Puedo besarte?» Dos palabras que parecían tan difíciles de pronunciar, las sentía atoradas en mi garganta. Me ahogaban pidiendo escapar de aquel túnel obstruido por el miedo al rechazo o quizá a lo que podría acontecer después. Apretaban mis conductos respiratorios obligándome a que se oyeran entre los susurros del aire que los envolvía hasta llegar a él: la persona por la que comenzaba a sentir una y mil sensaciones al mismo tiempo.

Era extraño, casi doloroso, aunque adictivo.

Lo besé en el silencio de la noche. Lo besé teniendo de testigo solo las estrellas. Lo besé, porque me agradaba lo que nuestros cuerpos transmitían al estar cerca. Lo besé, porque quería tenerlo así para siempre. Pero solo en mi incorrupta imaginación, porque el anhelo se veía fracturado siempre. Supongo que el orgullo o el miedo a lo que pasaría luego hundieron mis agallas. Podía tenerlo en la vida real; sin embargo, prefería tenerlo en mis pensamientos. No era muy diferente a él, que limitado por el miedo se aislaba de los demás con su indiferencia.

Las razones quedaban en nada mientras el deseo se acallaba.

—Es una noche fresca —dijo—; será mejor volver dentro.

Rezongué atajando su brazo antes de que moviera un dedo.

—Quedémonos acá un rato más... Mira, hasta parece que estuviésemos en la pasarela —le indiqué con la cabeza—. Solo faltan los helados.

Meditó un momento mi propuesta y volvió a acomodarse.

—Si la dama lo desea...

Le sonreí con disimulo. Jamás me había llamado dama. Al menos no desde que, siendo niños, me hice pasar por un chico en una fiesta solo para hombres y todos se tragaron mi flamante actuación. Una pena que esas dotes actorales no fuesen practicadas hasta la fecha.

—¿Qué te regalaron?

—No mucho, trajeron un pastel, serpentina y globos que lanzaron en mi cara. Creí que ese gesto era obra tuya.

—Lamento no estar para la sorpresa.

—¿Sorpresa? Fueron tan evidentes que ya me hacía una idea de qué planeaban al otro lado de la puerta.

Ya podía imaginarme qué escándalo harían los chicos del club en el pasillo del hospital, los susurros que en realidad sonaban como gritos, su pésima organización dado lo complicado que era ponerse de acuerdo, su formación frente a la puerta, el conteo... Suerte para todos que el gallinero no se presentó; de lo contrario, todos hubiesen sido echados del hospital.

—Supongo que fingiste sorpresa, ¿verdad? —Se encogió de hombros—. ¡Espera! Hace mucho que no veo tu cara de sorpresa, incluso una fingida.

—Ni la verás.

Me mordí los labios para juntar agallas y besé su mejilla. Se quedó quieto mirando hacia la ciudad. Ni siquiera abrió sus ojos aturdido, sino que permaneció con su (in)expresión de siempre. Llevó su mano a la zona que había besado y allí la mantuvo durante dos segundos.

—Necesitas más que eso para conseguirlo —desafió. Algo me decía que esa respuesta iba con una intención oculta. Me sonrojé hasta las orejas y agradecí que la noche ocultara mi rubor del mundo.

—De niños lograba sorprenderte siempre, no lo niegues. ¿Recuerdas aquella vez con los gusanos? ¿O la otra en que me puse la máscara de lobo y te desperté? Era *Halloween* si mal no recuerdo. Chillaste como un cerdito.

—Cualquiera se espantaría si lo primero que ve es un monstruo sobrenatural. Y solo era un niño.

Me carcajeé de su mala fortuna.

—Uno al que le atemorizaba el video *Thriller* de Michael Jackson. —Solté un suspiro—. En ocasiones extraño Los Ángeles, las calles iluminadas por la noche, los millones de personas que imitan a famosos, el museo de cera...

—Nada muy interesante, siempre era lo mismo.

—Sí, pero conseguía divertir. A los ojos de los niños aquello era espectacular. Cambiando de tema, ¿cómo está Syna?

—Extrañando a Brand, esperando que un milagro lo traiga de vuelta. Dijo que volvería a las viejas andanzas pronto.

Esa noticia alegró mi alma. Aplaudí un par de veces para demostrarlo, aunque creo que no era el momento indicado. Como siempre, la Floyd inapropiada se apoderó de mí. De pronto, un estornudo provocó un eco por todo el lugar, uno que se expandió por la ciudad... Bueno, no por tooooda la ciudad, pero sí dentro de nuestro perímetro.

—Volvamos adentro.

Antes de reprocharle, comenzó a bajar por el tubo. Lo seguí procurando no mirar abajo, porque la altura en que nos encontrábamos hacía un macabro trato con el vértigo. Solté un chillido cuando mi pie resbaló; no quería morir en una caída de no sé cuántos metros. Abracé el tubo y permanecí estática, con mi vestido blanco que se elevaba cual cometa.

—No mires abaj...

—¡¿Qué?! —pregunté alarmada.

—Nada.

Silencio. Uní los cables en mi cabeza y llegué a la desestimable conclusión de que su inconclusa frase se debía a la imagen no deseada de mi trasero cubriendo su campo visual. Entonces ya no me aferraba por completo al tubo, sino que colgaba cual simio con un brazo y con mi mano libre mantenía mi vestido pegado al cuerpo.

—No mires arriba —le ordené con voz temblorosa.

—No estoy mirando.

—¡Pero lo hiciste!

Otro momento silencioso.

—Es una linda vista —confesó mientras recreaba una imagen de lo que supuestamente él estaba viendo.

—¡Felix!

—¡McFly! —imitó mi tonada.

Entre gruñidos comencé a bajar hasta toparme con la ventana. Felix ya estaba dentro de la habitación con su rostro cargado de malicia. Me extendió una mano para ayudarme a atravesar el marco. Mi orgullo se negó, prefirió tropezar con el semimuro y obtener como resultado que mi cabeza se estrellara contra su pecho.

Sus manos en mi cintura fueron la atajada perfecta para que ninguno de los dos cayésemos.

—No me pongas las cosas difíciles, McFly —murmuró, soltándome.

La duda se alojó en mi cabeza durante todo el trayecto viendo cómo volvía a la cama.

—¿Qué cosas?

Indiferente a mi pregunta, respondió más para sí mismo:

—Me haces perder el control.

—¿De qué?

—De mis propios pensamientos.

Mordisqueé mi labio inferior tentada en decirle que me sucedía lo mismo, que junto a él mi instinto se contraponía a la razón, que despertaba sensaciones extrañas en todo mi cuerpo. Sin embargo, dos golpes en la puerta lo impidieron.

—Felix, voy a entrar —dijo una voz desde el otro lado de la habitación.

Escuché la cerradura que se abría con desesperación de ser descubierta. Me dispuse a ocultarme en el baño, pero Felix se negó señalando su cama. Abrió las sábanas para que me metiera dentro y así lo hice.

Ni siquiera conté los segundos que permanecí oculta, con mi cuerpo pegado al de Felix, oliendo su aroma y sintiendo su respiración; primero agitada, luego calmada, luego agitada otra vez. Me embale usando mis sentidos bajo esas sábanas, en un escondite, que apenas escuché a Felix decirme que la enfermera se había marchado.

—Sal de ahí —emitió asomando su cabeza.

A regañadientes me arrastré hacia el espacio que me sacaba de ese refugio tan particular y permanecí ahí, abrazada a Felix como un koala, en la misma cama que él. Entonces, sin darme cuenta, me dormí.

Despertamos a causa del bestial tono de llamada de mi celular. Era mamá preguntando dónde estaba a las diez de la noche y por qué no había avisado.

—¿Una taza?

Eli y las gemelas examinaban con precaución cada detalle inconexo del dibujo plasmado en la taza blanca que con tanto esfuerzo amanecí haciendo. No era la cosa más creativa, la verdad es que estuve toda la noche pensando qué escribirles, hasta que finalmente agarré mis marcadores y empecé a dibujar.

—No está mal.

—Gracias. ¿Se nota que olvidé poner la segunda «e»? Tuve que añadirla después.

—Hurón, no se nota para nada —añadió Lyn—. Está linda. Es para...

—¡No digas su nombre aquí! —Me apresuré a cubrir su boca antes de que todo el pasillo se enterara del meloso regalo de cumpleaños que le tenía a Felix Frederick. Era lunes por la mañana en Jackson; todos los estudiantes charlaban sobre su fin de semana.

Guardé el tazón en mi casillero y puse el seguro. Esperaba buscar el momento justo para hacerle entrega de su regalo; estaba nerviosa, porque no sabía si le gustaría o reaccionaría con sus típicas muecas de disgusto ante el dibujo y lo que había escrito: «Tú enciendes mi mundo».

Tal vez era demasiado.

Me estaba arrepintiendo de entregarlo.

Ya en Historia, haciendo un seguimiento de Felix hasta su asiento, me rehusé a regalarle algo tan jodidamente empalagoso.

—No apareciste —me recriminó el Chico Batman una vez que la clase empezó. Ambos tuvimos que traspasar la barrera de lo imposible y agacharnos para no ser descubiertos hablando; Mittler parecía un lobo feroz ese día.

—No pude hacerlo para la sorpresa; tenía cuentas pendientes. —Bien, ahora era Floyd la Mafiosa—. Pero fui más tarde, logré colarme, no preguntes cómo.

Joseff achicó sus ojos esperando, por arte de magia, leer mis pensamientos. Descubrir si mentía era pan comido; sin embargo, no tomó en cuenta que no hipé. Suspiré por el agotamiento mental;

necesitaba masajear mi sien.

—Escucha, Jo, no sé qué debe estar pasando por tu cabeza ni por qué tomaste esa postura de... de... No sé cómo describirte. Pero andas más extraño de lo normal. Por si te lo preguntas o tienes alguna sospecha: Alex y yo no somos nada, a mí... Mira, no voy a andar besando a nadie porque se me antoja y... s-si besé a Felix la noche de la fiesta, fue porque...

Los enormes ojos de Joseff se agrandaron hasta el punto de lo morboso. Erguí mi espalda hasta quedar lo suficientemente alejada de él para contemplarlo en su totalidad. Su mirada no iba dirigida a mi persona, sino a la que estaba detrás. «Mittler», pensé cayendo en la cuenta de que su voz ya no resonaba por la sala y que los ojos curiosos de mis compañeros reposaban sobre el Chico Batman y yo.

—McFly y Martin, ¿pueden contarles a todos los presentes el chisme que los hace ignorar mi clase?

—Claro, profesora —habló Jo para mi fortuna—. Le contaba a Floyd sobre la nueva colección que salió de la saga de videojuegos *Solary Girl* y las ventajas que hay si se compran por Internet. ¿Ha visto la película? Salió hace poco y se ha convertido en el *boom* de las historias. Personalmente...

Mittler tamborileó sus dedos sobre mi mesa.

—Maravilloso, hablando sobre cualquier cosa.

—¡Pero profesora! —exclamó con indignación Joseff—. *Solary Girl* es historia, la protagonista...

—No me interesa y si a ustedes dos no les interesa mi clase, entonces pueden agarrar sus cosas y marcharse. ¡Y al que no le guste la clase se puede ir también! —sentenció a los demás—. Si en la prueba tienen una nota insuficiente, no los quiero ver llorando en mi oficina.

Dicho lo último, volvió al frente. Joseff y yo agarramos nuestras pertenencias y salimos de la sala seguidos por los ojos de los demás. La puerta se cerró de golpe a nuestras espaldas, pero no pasaron ni dos minutos cuando volvieron a abrirla. Casi todos los alumnos decidieron hacerle caso a Mittler y marcharse de la clase, incluso el gallinero y Felix.

Íbamos todos juntos, el gallinero, Felix, Joseff y yo hacia el casino de Jackson en el momento en que al abrir la puerta Alex apareció con una bandeja entre sus manos. Su rostro tenía evidentes signos de haber sido golpeado. Me sentí fatal al recordar todo lo que escupí antes de marcharme del restaurante, cosas que por la tensión del momento no pude callar. Dejé abierto un camino que alojó la duda de su padre y la consecuencia de ello no fue lo que esperaba... y por lo que veía, salió al revés.

Di un paso hacia su encuentro y él respondió retrocediendo.

—No —me ordenó alzando la voz—, ya hiciste demasiado.

Antes de que las gallinas saltaran en mi defensa, negué con la cabeza para detenerlas.

—Lo siento mucho, no debí sembrar la duda entre tu padre y tú. Debí callarme y devolverte el favor que...

Joseff siseó tan fuerte que todos lo miramos, asombrados. Dio un paso hasta posicionarse junto a mí.

—Dile la verdad —le ordenó a Alex, con una expresión fría—. ¡Vamos!

—¿Qué verdad?

Joseff volteó hacia Felix, quien negó con la cabeza.

—No lo hagas, Martin —le dijo tomándolo del hombro. El Chico Batman se deshizo del agarre moviendo su hombro con brusquedad. Sus ojos dieron con los míos y me convertí en una pequeña

hormiga que no tenía donde ocultarse. Extendió su brazo hacia Alex y lo señaló.

—Él no es el chico del paraguas, ¿es Felix! Alex lo vio todo el día que pasó y chantajeó a Felix a cambio de que Fredd dejara de fastidiarlo. Escucha: Felix tuvo sus motivos para no decírtelo y no debería decírtelos yo, pero Alex te engañó. Él no es el chico del paraguas, solo pretendió serlo para su propio beneficio.

Complicidad



Todo lucía como una broma bien elaborada, sin puntos de fallo, donde la víctima era yo. La cabeza me dio vueltas, aun intacta en mi sitio, procesando lo que Joseff acababa de disparar sin dejarse nada para los curiosos. Solté un jadeo sin darme cuenta, había contenido el aire por una milésima de segundo. Todo mi cerebro volvió a la normalidad con un fuerte remezón que movió todo a mi alrededor. Contuve mis ánimos de mandar todo por la borda en mis puños.

—¿Eso es cierto? —pregunté haciendo un seguimiento desde Alex a Felix.

—Lo es —respondió Joseff acercándose más al deportista—, ¿verdad?

—Está diciendo cosas sin sentido —contrapuso quien por unos días creí que era el chico del paraguas. Ahora que todo había tomado un giro, no sabía qué creer.

Una sonrisa llena de secretos permaneció en el rostro de Alex en cuanto Joseff dio el paso a su encuentro. Altanero, se cruzó de brazos con una mirada de «no diré nada, aquí todos están locos». Evidentemente, la única persona hundida era él.

Necesitaba saciar las dudas para no verme como la tonta niña a la que podían tomar el pelo. Me pareció insensato que fuese la que permanecía al margen siempre, la que se enteraba de las noticias a lo último; decidí enfrentar mis propias preguntas y aclararlas cara a cara con el rostro vivo del cinismo presentado ante mis ojos.

—Dime la verdad —le ordené tan cerca de su rostro que su aliento chocó sobre mis labios en el momento en que soltó una carcajada ahogada.

—Bonita, ya sabes la verdad, ¿qué quieres que te diga?

—Y te atreves a mentir en su cara... —zanjó Joseff con un tono que repudiaba al chico frente a mis ojos.

Giré mi cuerpo sobre mis pies y miré a Fabi —como supuse, ansiaba clavarle las uñas a Alex —, luego a Nora. Ambas asintieron captando enseguida qué quería hacer.

En unos cinco minutos, Alex había sido arrastrado por las gemelas —con algo de ayuda de Jo— detrás de las gradas. Eli los seguía detrás quejándose de lo pesada que era la bandeja y cómo la castigarían por «tomarla prestada» del casino de Jackson. Sherlyn iba con su celular impaciente por las amenazas y acusaciones de Alex, que decía que lo estaban secuestrando, mientras yo ponía toda mi fuerza en arrastrar a Felix, quien no formaba ánimos de desenmascarar las mentiras de Alex.

—¡Mierda, no!, ahora sí moriré y no habrá nada que me saque de acá... ¡Ni siquiera una abducción! —se quejó nuestra paranoica amiga dejando la bandeja sobre una hilera de asientos.

—Tranquila, si de culpar a alguien se trata, que sea a este idiota mentiroso.

Nora se volvió al acorralado Alex. Las dos gemelas impedían su salida y el Chico Batman estaba entre ellas con las cejas tan rectas como nunca las vi.

—Habla —ordenó Fabiola.

—No hay nada que decir. —Alex sonrió y ladeó su cabeza lo suficiente como para ver a Felix —. ¿Cierto, Frederick?

—¿Seguirás manteniendo algo que cae por sí solo? —inquirió Jo con incredulidad—. Eres un obstinado.

Sherlyn se rio por lo bajo.

—Me recuerda a cierta persona que omitiré mencionar. —Instantáneamente el chico con complejo de superhéroe se giró a verla, ofendido. Mi amiga ni siquiera elevó su cabeza, permaneció entusiasmada en su celular.

—Yo no soy... bueno, a veces, ¡pero este tipo me supera con creces!

Fabi gruñó sacudiendo sus manos.

—Dejen sus discusiones maritales para otra ocasión; concentrémonos a lo que vinimos. —Se volvió hacia Alex. De pronto todo se hizo más pequeño detrás de las gradas; el ambiente tomó un cambio drástico. El día perdió su color y se convirtió en uno gris. Era la bienvenida a ese lado macabro que en ocasiones caracterizaba a las gemelas—. ¿Hablarás, niño bonito, o prefieres que hable...?

—Él no hablará —se adelantó a decir el acorralado—. No hay nada que decir.

Por supuesto tenía razón; Felix no hablaría ni siquiera por dinero. Demasiado orgullo o tal vez demasiado temor.

—Maldición. Si sigues así, no nos dejas opción —sentenció la otra gemela—. Sherlyn, querida, prepárate para grabar con tu celular. Joseff y Fabi, sostengan al chico de los brazos; Floyd y Felix, los pies. Eli, la bandeja.

Todos hicimos lo que Nora pidió, excepto Felix.

—¿Qu-qu-qué van a hacerme?

El cuerpo de Alex rebotó contra la rejilla azul que dividía la cancha de Jackson del terreno en construcción donde en un futuro se impartiría todo lo relacionado con arte. Ya no era el chico arrogante y lleno de confianza, nos enseñó su lado más vulnerable y temeroso. Sus ojos se volvieron enormes y paranoicos.

—Si logramos dejar sin cabello al ex de Floyd, puedes hacerte una idea de lo que haremos contigo —contestó Fabiola, saboreando cada una de sus palabras mientras acariciaba el cabello despeinado de Alex.

—Pero contigo lo grabaremos —añadió Eli entre risas.

—Y lo publicaremos por tooodos los sitios posibles —concluyó Nora buscando maquillaje dentro de su bolso—. ¡BINGO!

Sacó su rubor, su máscara de pestañas, el delineador, un labial rojo y su perfume.

—No te preocupes, después de unas semanas ya nadie recordará el video, pero sí los miles de apodos que nos encargaremos de difundir.

Las risas mezcladas de las gemelas espantaron más al chico acorralado, quien ni a gritos de ayuda se salvaría de la poderosa mano de Nora y su don para ridiculizar maquillando. Lo hacía siempre que podía cuando dormíamos en su casa.

—Veamos...

El lápiz labial se acercó a Alex en una cámara lenta que en mi posición logré ver con detalles alucinantes. La música apocalíptica se oyó en mi cabeza y el grito de Alex de que hablaría fue el desenlace esperado.

—Qué fácil fuiste de convencer —se lamentó Eli haciendo un puchero.

Ya en una libertad limitada, Alex se acomodó la chaqueta deportiva y el cabello.

—Habla entonces —solté impaciente, cansada de que se tomara tanto tiempo arreglándose.

Se tomó con pesadumbre mis palabras, digiriéndolas como la peor de las pastillas. Pretendiendo

tener todo el tiempo del mundo, calculó las palabras adecuadas y recompuso su postura, como si el Alex de hace un momento no existiera.

—Estuve ahí cuando Wladimir cortó contigo. Lo estaba esperando para ir a un partido y sabía lo que haría. Siempre se quejaba de lo lenta que iba su relación, de lo incólume que eres y que siempre él tomaba la iniciativa para ser rechazado por ti. Yo no le daba mucha importancia, tampoco la hubo cuando vi que eras rechazada y Wladimir propuso quedarse un momento más viendo cómo tu expresión formaba un cambio drástico. ¿Sentí lástima? Sí, no soy el insensible que parezco. Y vaya que me compadecí de ti destrozada bajo la lluvia. Pensé en ir, decirte que te movieras o no sé. Pero alguien se me adelantó.

Alex señaló a Felix, alejados de todos los oyentes, con sus manos en los bolsillos, sus labios aplanados y la expresión molesta.

—Eso ya lo sabe —pronunció Jo—; dile lo otro.

—A eso voy. Wladimir nunca superó lo de su cabello, mucho menos después de que llegaste radiante con un nuevo corte, así que decidió jugar diferente: puso los ojos en quien, según él, era tu novio. No, en verdad, tenía los ojos sobre Felix cuando le conté sobre su gesto en el parque, pero la realidad tomó un giro luego del parque.

Enrojecí entre la ira al recordar aquel día, y por la especulación barata entre Felix y yo. Lo peor del asunto es que para entonces mi relación con Felix era extraña, casi nula en comparación a aquellos tiempos en Los Ángeles.

—¿Y él nunca dijo nada? —preguntó Eli más para sus adentros.

—Al parecer no —respondí dándole una mirada de desaprobación al inmóvil Poste—. ¿Por qué?

—Mi problema, no el tuyo —declaró.

—Pero fui yo la que te metió en ese problema, yo pedí que vinieras. Pasó hace tanto... ¿acaso pretendías seguir así?

—Tenía que hacerlo —saltó en su defensa el Chico Batman—; el grupo de idiotas de élite lo amenazaron y desde entonces no paran de fastidiarlo. Y tú —de nuevo Alex se vio acorralado— dijiste que serías la solución a ese problema, ¡pero no fue así!

—Fredd es una fiera, no se lo puede controlar. Es un hijo de puta —se excusó Alex, alejando su perfil del dedo amenazante de Joseff—. Le propuse a Felix...

—¿Proponer? —saltó otra vez Jo—. ¡Di la verdad!

Alex se frotó las manos con nerviosismo.

—Bien... ¡Bien! No le propuse nada. La verdad es que le dije a Fredd que estaba en problemas con papá, que me impuso la condición de ser más ordenado y responsable, dejar de lado las aventuras, ser alguien correcto, conseguir una novia, o adiós a los beneficios y las becas, entraría a la Marina como él, así que le pedí a Fredd que fastidiara a Felix junto a Wladimir y los demás para chantajearlo, lo que daría como resultado presentarme ante ti como el chico del paraguas. Se suponía que Fredd dejaría de molestarlo...

—Pero no lo ha hecho. Eres repugnante, ¡un mentiroso, un farsante! Apuesto a que ni siquiera eres gay.

—No lo soy. En realidad, no discrimino géneros. —Su sonrisa se anchó.

—¿Deberíamos hacer contigo lo que pretendíamos hace un momento? —propuso Nora en lo que destapaba su lápiz labial otra vez.

—No lo hagan —habló Felix—, solo desatará problemas con Fredd.

—Y tendrá motivos para culparlas de algo, ya sabemos qué clase de persona es —añadí—.

Esos golpes bien merecidos los tienes. Mentiroso. ¡Y yo que sentía lástima por dejar la cena!

Sentí ganas de vomitar apenas asimilando lo que había contado. Detrás de esa persona carismática y con una sonrisa como la de los mismísimos ángeles, se encontraba un demonio disfrazado, dispuesto a hacer lo que quisiera por su propio beneficio, tal cual Joseff dijo.

Sherlyn carraspeó abriéndose paso hacia el desalmado y mentiroso deportista.

—Alex, tengo toda tu declaración grabada, incluyendo la parte en que le dices «hijo de puta» a Fredd. Si no quieres que esta grabación salga a la luz y tu mentira quede expuesta a los estudiantes, el director y tu padre, te sugiero hacer con nosotros un acuerdo de no divulgación con la encarecida condición de que esta vez Fredd y sus secuaces dejen de molestar a Felix Frederick y sus allegados tanto fuera como dentro de Jackson. El incumplimiento de estos términos será el fin del acuerdo planteado y créeme que no te convendrá.

Silencio absoluto. Cada uno de los presentes nos miramos sin comprender del todo lo que Sherlyn acababa de decir. La morena siguió hablando:

—Con la negociación planteada, solicito que levante su derecha y diga: «Yo, Alex, prometo dejar de lado cualquier problema o relación entre Felix y sus pares, así como también me propongo decirles a sus amonestadores que ya no accionen en contra de su persona». —Más silencio—. Vamos, estamos esperando.

El incentivo dejó aún más aturdido a Alex, pero de todas formas elevó su diestra y repitió con dificultad las palabras que Sherlyn acababa de pronunciar.

—Perfecto. Con esto los problemas se acaban y podemos volver a clases.

—Vale... —Pasó junto a Fabi, Nora y Jo hasta detenerse frente a Eli.

—Aquí tienes tu bandeja.

La fanática de los extraterrestres se quedó sin aire cuando Alex se mordisqueó los labios de manera seductora y luego le guiñó un ojo. A continuación, se marchó del sitio lo más pronto posible atravesando la cancha de regreso a la estructura de casino, con su bandeja entre manos.

Todos lo vimos alejarse.

—Un resumen para las lentas, por favor —pidió Fabi de camino a Jackson.

—Y una traducción a lo que Sherlyn dijo —agregó su gemela.

Lyn y Eli rieron. Jo seguía molesto, pero no escatimó en negarse a responder; al parecer estuvo mucho tiempo sin hablar.

—Alex estuvo presente el día en que Felix le entregó el paraguas a Floyd, pero no quiso decírselo. Aprovechándose de ello, Alex tomó ventaja para fingir que era el chico del paraguas a cambio de que Fredd y sus amigos (incluso Wladimir) dejaran libre a Felix, puesto que los idiotas lo molestaban desde que él había aparecido en el parque la vez que a Floyd le cortaron el pelo en contrataque a su venganza por dejarla.

Acabó la explicación suspirando con dramatismo. Poco a poco se empezó a animar. Sherlyn reproducía la declaración de Alex en su celular. El gallinero se amontonó a su lado. Felix y yo caminábamos unos pasos más atrás. Claramente retrocedí a propósito, con el fin de que las dudas fuesen completadas.

—Eres un idiota, Felix.

Empezamos de maravilla, ¿verdad, Floyd?

—No fue nada.

Una típica respuesta para un típico Felix.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Movió la comisura de su labio a un lado evidenciando un hoyuelo en su mejilla. Hacía mucho

que no lo veía temprano por la mañana, cara a cara.

—No quería, tampoco podía.

—Cuéntame.

—¿El qué?

—¡Todo! —exclamé posicionándome frente a él; comencé mi caminata hacia atrás—. Empezando por qué estabas en el parque y llegaste a casa seco... ¡no sé!

—No hay mucho que contar, la historia no es interesante. Te vi al pasar en el auto cuando íbamos a casa de la abuela. Me pareciste conocida y al ver que eras tú, decidí cederte el paraguas. Le dije a papá que parara en la esquina próxima y me bajé. En casa de la abuela me sequé. Fin de la historia.

—Si lo hubieras dicho antes, quizá te habrías evitado todo esto.

—No quería que te ilusionaras.

«Demasiado tarde», quise decirle. Me mordí la lengua para callar, estaba demasiado enojada con Alex, conmigo y con él por desatar mis sentimentalismos amorosos.

—¿Por qué Jo sabía de todo esto?

—Tuvimos un encuentro con Fredd y sus lacayos de camino a la fiesta; no me quedó opción. No quería involucrarlo. A nadie.

—Eso quiere decir que ya conocían todo de Alex. Y Jo también lo sabía.

—Sí. Aunque Martin es Martin, él estaba más indignado por lo de la cita y que tuvieras que fingir ser su novia.

Me detuve. Felix hizo lo mismo.

—¿Ibas a dejar que me hiciera pasar por su novia?

—No puedo celarte, no me pertenesces. Además... —se agachó hasta quedar a mi altura— tú y yo sabemos que esto solo se acelera por y para mí —concluyó señalando mi pecho.

Allí, a mitad de la cancha, me volví una caldera echando humos.

—Perverso —le dije cubriendo mi pecho. Felix sonrió y revolvió mi cabello al pasar junto a mí.

No quería imaginar qué clase de cosas Fredd y los demás hicieron para que Felix se callara y negara confesar con tanta vehemencia la verdadera situación; sin embargo, dejando de lado los problemas que aquel gesto había conllevado, me sentí feliz de que él fuera el chico del paraguas.

—¡Bienvenido!

El martes de la misma semana, el Club de Voluntarios celebró el regreso de Felix con globos de todos los colores, serpentina que sobró del sábado y una bolsa de papas fritas por la que muchos luchamos para comer.

—Hola —saludó de vuelta el Poste con Patas.

—Uh, tan animoso como siempre —comentó Megura borrando el dibujo obsceno que Loo había dibujado en la pizarra mientras ella no estaba.

Felix saludó a la rubia más temida de Jackson formando una pistola con sus dedos y disparándola con un corto movimiento. Ya había visto ese gesto antes, pero nunca me atreví a preguntarle de dónde había salido y por qué la confianza entre ambos. ¿Por qué conmigo no tenía ese tipo de saludos? Me negué a creerlo.

El resurgimiento de la abeja celosa se colmó en la sala de una forma exagerada.

—¡Chami, tantos años! —exclamé estirando mis brazos para abrazarlo.

—A ti te vi hace un momento —dijo tapando mi rostro con su mano—. Apártate.

Hice un puchero luego de quitar su mano.

—¿Por qué rechazas mis muestras amor?

—Tus muestras de amor a veces me saturan.

Sonreí con arrogancia.

—Pero bien que te gustan.

—A veces.

Gruñí volviendo a sentarme. Joseff me había cambiado por Sam, quien le enseñaba uno de sus tantos dibujos. Ya todos sentados, el Chico Batman preguntó:

—¿Qué haremos hoy?

La respuesta era obvia; de todas formas, Megura respondió con su cortesía característica.

—Esperar a que llegue alguien en busca de ayuda.

—Aburriiiiidoooooooooooo —emitió con voz ronca la rubia sentada en los asientos de atrás. Sam elevó su mano.

—En esta ocasión estoy de acuerdo con la expresión de Loo; siempre esperamos que llegue alguien buscando ayuda y nunca ocurre nada.

—No es necesario buscar a nadie, ya tenemos a alguien que necesita nuestra ayuda. —Para sorpresa de muchos, Felix tomó la palabra. Instantáneamente sonreí creando una idea de qué diría.

—¿Qué ocurre, Felix?

—Necesito ayuda con una lista. Es la lista de deseos antes de morir.

Chocolate



El martes de la siguiente semana, después de clases, partí al Club de Voluntarios sin muchos ánimos. En realidad, una prueba de Matemáticas nos quitó todo el entusiasmo que sentíamos al saber lo poco que ya nos quedaba para graduarnos. Salimos de la sala como soldados que apenas han sobrevivido a alguna batalla, salvando sus traseros por pura suerte. Incluso Jo se veía sin fuerzas para caminar, agotado y callado de milagro. Los gimoteos y las quejas no faltaron; muchos dijeron que tal magnitud de ejercicios hechos por el mismo diablo jamás nos los habían enseñado y es que no estaba para más. La única persona que conservaba sus ánimos quedos era el Poste con Patas, quien, satisfecho al recibir la buena nueva del profesor, sugiriendo que solo él y nadie más que él había tenido una nota sobresaliente, lucía más arrogante que de costumbre.

Ese niño del mal... Qué rabia sentí al verlo que se jactaba de nuestro crudo estado con su sonrisa ladina, creyéndose el dios de las Matemáticas.

—Buenas tardes —saludó Megura al vernos en la puerta. Su sonrisa cordial se fue en picada al ver nuestras tristes expresiones—. Oh, veo que no son muy buenas.

—Una prueba de Matemáticas nos quitó lo bueno de la vida —respondí, orgullosa de mi exageración en lo que iba a mi asiento.

—Sí, ahora pensamos seriamente en el suicidio —me siguió Jo, quien se dejó caer sobre la mesa como ropa.

El gesto compasivo de Megura quedó a medio camino cuando un altivo Felix emitió el chasquido estrepitoso que solo su boca podía emitir con tanta sonoridad. Hasta llamó la atención de Sam y la temible Loo, ambos al otro lado de la sala, que hablaban sobre no sé qué.

Hablando, sí. Mis incrédulos ojos apagados se abrieron de golpe al notar tan asombrosa situación y mi revolucionaria costumbre de emparejar a quien se cruzara por mi nariz me llevó a mirarlos como futuros novios.

—No estuvo complicado —habló Felix, como obligado por el interés que todos le prestamos de pronto—. La Matemática va de lógica y memoria.

—Y raíces, potencias, logaritmos y más cosas raras que a un cuernudo con cola en punta se le ocurrió inventar —me quejé—. Cosas que nunca usaremos en la vida diaria.

—Cosas que están en la vida diaria —recriminó el inexpresivo de manera elocuente y mostrando una faceta tan determinada que herví con fuerza. Me convertí en una caldera hirviente frente a su nariz. Como nada se le escapaba, lo notó. Su altivo estado flaqueó ante mi evidente rojez, cuestión que despertó su lado más humano y sonrojado.

Dios... una pareja de tomates, eso debíamos parecer. La buena noticia era que en caso de que a alguien por alguna razón aparente se le ocurriera hacer una fiesta de disfraces ya teníamos los nuestros.

Con un par de pestañeos y su marcada manzana de Adán que subía y bajaba, Felix volvió su perfil al frente. Sin disimulo ni recato.

—Uy... —se le escuchó emitir a Loo. Un «uy» que iba dirigido a nosotros, supuse. Suerte que

Josh entró a la sala.

—¡Miren lo que tengo! —exclamó con los ánimos robados de Jo. Al parecer ambos habían intercambiado papeles ese día. No sé qué me sorprendió: verlo despierto o que estuviera tan animado.

—Ah... —Megura lo observó sin comprender y quedó con la boca entreabierta, procesando el punto de su novio, luego habló—: ¿Un papel?

—Exacto. Pero no cualquier papel, es un folleto sobre la fábrica de chocolate, perfecto para iniciar la lista.

Mi instinto animal saltó de la silla al escuchar «chocolate». ¡Aleluya! Floyd McFly había experimentado un subidón de energía con solo una palabra.

—Déjame ver. —Me levanté de la silla y fui hacia Josh para robarle la hoja. Detrás llegaron los demás, a excepción de Felix que permaneció en su asiento—. Oh, vaya, es un *tour*.

—Ajá, se realizará este fin de semana.

—Miren —señaló Megura—, hay rebajas para las personas de otro país.

—Los turistas —corrigió Sam.

—Eso.

—El momento perfecto para hablar en mi lengua materna —comentó Jo, masajeándose las manos en un gesto travieso.

—*Tontoñol* —le dijo Loo.

—No, el italiano. —Jo la miró ceñudo—. Aunque no tengo mucha práctica. —Llevó una mano a su barbilla y lo meditó—: *Ma cosa succede, bambino* —dijo en un forzado acento italiano—. Quiero una *pizza*.

—Hablar como el estereotipo de italiano no es convincente; harás que te corran —le regañé.

—Pero...

—No, Jo.

—Estoy *molto* triste.

Como lo haría un cachorro, agachó la cabeza y se hizo a un lado.

—Entonces... —intervino Josh— ¿iremos?

—Podríamos ir a la segunda ronda, la de las 15:00 —opinó con timidez Sam, señalando en el folleto los horarios.

—Perfecto. —Ya todo estaba dicho: se cumplirían dos puntos de la lista y yo comería chocolate. ¡Sí!—. ¿Nos veremos allá?

—Ustedes vayan el sábado a la calle Joan Montt, casa 61 y me encargaré de llevarlos —dijo Loo, llevándose el folleto a su puesto—. La salida será a las 13:45. Sean puntuales, porque si no llegan a tiempo... —Hizo de la hoja una bola y se la lanzó a Sam, para luego estallar en carcajadas.

Nadie podría decirle que no a la rubia más temida de Jackson; por eso el sábado a las 13:30 todos los del club estábamos afuera de una casa en los suburbios de la ciudad. Puntuales, claro, y decidiendo quién sería el valiente que golpearía la puerta de la casa. No fue fácil, todos lucíamos demasiados alterados porque la calle aparentaba ser un antro de perdición, de esos barrios malos de las películas, con disparos que se oían a metros, gritos, sirenas de policías... En cualquier momento saldría alguien a ofrecernos droga, si es que no era la misma Loo.

—Esto es el colmo —pronunció Felix justo cuando convocábamos a una batalla campal de piedra, papel y tijera para que el perdedor fuera a golpear—. Yo iré.

Su mirada que se rotaba con fastidio fue lo último que vi antes de que me diera su espalda.

Caminó con determinación hacia la puerta y golpeó sin más. A los minutos le abrieron. Su alta figura no me dejó ver con quién intercambiaba palabras, solo vi la oscuridad del interior.

Cerraron la puerta y el Poste volvió.

—Loo no vive aquí —dijo con seriedad.

A todos nos desconcertó. A excepción de mi silencioso amigo de la infancia, todos empezamos a discutir sobre la dirección, el lugar, lo que haríamos, sobre el motivo de Loo para engañarnos, la calle, los disparos y más. Un remolino de discusión que se esfumó en cuanto una carcajada se oyó desde la otra calle.

Loo se acercaba a nosotros agarrándose el estómago, riendo con fuerza y sin disimulo alguno.

—No saben lo idiotas que se ven parados aquí —nos dijo tras secar sus hilarantes lágrimas—. Lo vi todo desde mi ventana. ¡Debieron verse! —Y continuó riendo.

—Muy graciosa, Loo —recriminó Felix, sin temor a ser amedrentado por la rubia.

—Gracias —le respondió ella con el pecho bien inflado. Nos miró a cada uno, como contando, y nos señaló su verdadera casa—. Iremos en la furgoneta de mi tía.

Sam se detuvo en la mitad de la calle.

—E-eh... ¿Nos llevará t-tu tía? —le preguntó.

—No, los llevaré yo.

—Pero no tienes licencia.

—Tranquilízate, niño rico —arguyó Loo, haciendo una mueca de burla—, tengo una licencia falsa.

Lejos de cuestionar por qué Sam sabía sobre la licencia de Loo, preferí enfocarme en los problemas garrafales que traería si descubrían a Loo conduciendo y en qué tan bien conducía la rubia.

Como nadie se atrevió a decir más, permitimos aventurarnos con la conducción de Loo hacia la fábrica de chocolate. La enorme y aromática fábrica de chocolate. Ah... un paraíso dulce de suave olor, la invención del maravilloso método para el estrés, los problemas y la mejor compañía en momentos dolorosos. ¡Ooooooh, sí!

Nos llevaron en grupos de doce personas, guiados por uno de los trabajadores. La primera parada fue en una habitación para colocarnos trajes especiales, mascarillas y gorros elásticos. Luego, ya todos vestidos, fuimos hacia una enorme sala blanca llena de máquinas blancas y sacos con cacao, leche en polvo, azúcar y otros ingredientes del chocolate. Abrieron una especie de congelador donde echaban todo y los mezclaban poco a poco.

El guía iba explicando el proceso; sin embargo, como era casi de las últimas, poco pude oírlo. Íbamos con los ánimos más y más agotados; creo que todos querían saltarse el protocolo y lanzarse a las enormes ollas de chocolate que veíamos desde las alturas del edificio.

—Creí que sería más divertido —comentó Josh, bajándose la mascarilla para hablar.

—Es una fábrica común de chocolate, no la de Willy Wonka —le dijo Felix, quien iba detrás.

—Podemos hacerlo más divertido —expresó Loo esbozando una peculiar expresión macabra. Se dirigió a Jo—. Si te desnudas aquí y te tiras a una de esas ollas gigantes de chocolate, te pago.

—Hecho. —El Chico Batman ni lo meditó; estrechó la mano de la rubia y se sacó el gorro plástico.

—No, Joseff, qué asco —habló de manera confidente Megura—. Por Dios.

—Solo bromeo —le respondió Jo, poco convencido de su respuesta.

La verdad, yo lo vi bastante decidido a lanzarse por la borda hacia una de las enormes ollas de chocolate. Sin dudas, de hacerlo, yo lo hubiera seguido detrás, aunque con ropa, claro.

Después de recorrer la fábrica llegamos a la tienda. Un enorme local lleno de chocolates de todas formas, tipos, rellenos, envoltorios y... uff, qué goce estar entre tanta maravilla terrenal y con tantos descuentos. Incluso nos dieron a probar algunos. Lástima que no contábamos con el dinero suficiente para comprar la tienda entera, porque, al menos a mí, ganas no me faltaron.

Un paraíso de calorías, sí señor.

La mayoría optó por comprar dos paquetes en oferta de bombones envueltos en un papel brillante con un grabado atractivo; nos dejamos guiar por la divina apariencia del mostrador, el cual tenía el bombón que daba vuelta dentro de un escaparate diciendo: «cómprame, cómprame, ¡cómprame!». No pudimos negarnos, todos los del club compraron las bolsas, a excepción de Felix que no compró más que un delicioso bombón de chocolate con caramelo de sabor fresa de relleno, el cual me comí casi todo yo en una mascada que lo obligué a darme.

Antes de volver a casa, decidimos pasar el rato en una plaza cercana a la fábrica, todos sentados en una pileta sin agua.

—¡Este chocolate sabe horrible! —exclamó Jo de pronto. En sus manos estaba el envoltorio de los bombones en oferta que compramos—. ¡Puaaaaj...! Con razón, viene con pasas.

Las muecas de asco no faltaron.

—¿Chocolate con pasas? —pregunté sin salir de mi incredulidad— ¿¡Qué clase de humano despiadado hace eso!?

Jo se encogió de hombros y empezó a tentar su suerte moviendo el chocolate mascado hacia Loo, quien se hizo a un lado, esquivó.

—No lo acerques a mi boca, idiota.

—Somos miles de personas a quienes nos gusta el chocolate con pasas —comentó Sam desde su lugar.

—Estás enfermo del mate —desdeñó Loo—; un golpecito y se te arreglará. Yo me ofrezco.

—No, no... —Sam se cubrió la cabeza con sus brazos y se hizo un ovillo, muerto de miedo.

—Oye, tranquilo, solo estoy bromeando.

Jo se impuso sobre la conversación de ambos.

—¿Qué haremos con todas estas bolsas de chocolate con pasas? ¡Son un asco!

—Un regalo para Sam —propuso Megura.

—Oh, no... —Loo se negó rotundamente, se levantó de la pileta y encaró a la líder del club—. No, señora pechos grandes, no gasté dinero para dármelas de caritativa con este flacucho. —Señaló con su puntiagudo dedo a Sam, que del miedo se encogió de hombros para ocultar su cabeza del mundo.

—Juguemos a las apuestas —propuse.

—O a «Yo nunca, nunca» y quien pierde se come un chocolate —dijo Loo, asintiendo con un entusiasmo raro en ella.

—Por mí está bien —aceptó Josh—. ¿Todos de acuerdo?

—Hecho.

Todos con bombones en manos, empezamos con el juego. Sam empezó.

—Yo nunca, nunca... *uhm*... he besado a alguien.

Su sonrojo llevó a que soltara un alargado «aw» lleno de ternura. No fui la única, también lo hicieron Megura y Loo. Esta última se levantó rápido, agarró a Sam de la ropa y lo besó para asombro de todos.

—Ya no —le dijo al embobado chico.

Los ojos de Sam brillaron, no sé si de asombro o porque por fin había tenido su primer beso.

Después se derritió como un helado tras caer en la cuenta de su situación ahí, en ese preciso gesto. Fui capaz de saber que el chico era tan masoquista como yo, porque lucía totalmente enamorado de Loo.

Comimos los bombones, los asquerosos bombones, y el juego continuó con Loo.

—Yo nunca he tenido sexo por despecho. —Guardamos silencio y nos miramos por si alguien lo había hecho. Ninguno comió su bombón—. Bah..., olvidé que ustedes son castos y puros.

—Yo nunca, nunca me he sacado una mala nota —dijo Megura.

Josh, Loo, Jo y yo comimos nuestros respectivos bombones. Tuve que masticar y tragar rápido para no sentir tanto asco.

Josh fue el siguiente.

—Yo nunca, nunca me he vestido de rosado.

Fue el primer bombón de Felix y no esperé ni un segundo para ver su mueca asqueada para reírme de él, claro, después de comer el bombón con pasa, porque, vamos, casi toda mi ropa lleva rosa. Sin embargo, no gesticuló nada más allá de su mandíbula que mascaba el chocolate.

—Yo nunca he creído que alguien no merece una segunda oportunidad —habló Jo.

—¿Nunca? —le preguntó Josh, incrédulo.

—Nunca —contestó con franqueza y lleno de orgullo.

Todos tuvimos que comer un chocolate. De nuevo estuve esperando ver la mueca asqueada de Felix, pero nada pasó. Al parecer también le gustaban las pasas.

—Es tu turno para hablar —me indicó con su elevado perfil.

—Yo... —No sabía qué decir—. Yo nunca, nunca me haría un tatuaje.

Mi macabra sonrisa llegó de manera instantánea en cuanto Felix desenvolvió el bombón. Mi lado malvado cobró sentido cuando hizo una mueca, diminuta y leve, de disgusto. Tragó con dificultad y lentitud, un perfecto gesto que me dejó satisfecha. Fastidiar a Felix era taaaan divertido.

Entonces se percató de mis intenciones y decidió contratacar.

—Yo nunca he hipado al decir una mentira. —Su sonrisa de victoria me supo peor que el chocolate. ¡Y fui la única que comió!

—Ya lo entendí, no lo haré más —desdeñé entre dientes. El turno regresó a Sam.

—Yo nunca, nunca tuve un interés amoroso con mi amigo de la infancia. —Felix y yo no fuimos los únicos que lo miraron con el ceño fruncido, también se unieron Megura y Josh.

Seguimos jugando hasta acabar con un paquete de esos malos bombones; el resto concluimos en venderlos en el colegio o algo por el estilo.

Nuestro punto final del día fue Jackson. Allí todos tomamos caminos diferentes. Loo se marchó en la furgoneta de su tía con Sam; Megura se marchó con Josh; Jo, Felix y yo nos fuimos por el parque. Al despedirnos de Jo en el lugar de siempre, Felix propuso ir por unos helados para matar la tarde con algún sabor que no se relacionara con el chocolate. Pedí un helado de crema y café. Felix, como siempre, un helado de algún fruto rojo. Luego nos sentamos en nuestro puente elevado de la carretera a contar algunos autos.

Suspiré satisfecha y enloqueciendo a gusto con el helado.

—Nada como estos ricos sabores. Ya casi se me va el sabor de las pasas.

—Tienes suerte; a mí no se me quitará el sabor de las pasas ni con enjuague bucal —amancilló el inexpressivo con un pensativo disgusto—. Y eso que no comí demasiado.

—Tuviste suerte. ¿Quién comió más? ¿Sam? ¿Jo?

—Fue Loo —afirmó Felix para mi nefasta sorpresa—. Le conté más de treinta.

¡Incluso contó cuántos chocolates comió! No, no. Mi abeja interna vibró en una sincronía perfecta con su mejor faceta celosa que iba revoloteando por mi pecho.

—¿Qué tienen en común Loo y tú? —Ya andaba disparando preguntas sin pensar.

Felix me miró unos nanosegundos en los que me permití reprender a la Floyd que vivía del impulso y no del razonamiento, a ver si de una vez la encerraba para que no me diera más problemas.

—Muchas cosas —dijo luego—. ¿Estás celosa?

—No —negué con vehemencia—. Bueno, un poquito.

—No tienes que estarlo, Hurón; la persona que me gusta eres tú.

—Entonces llámalo «curiosidad». Anda, dímelo, de nada sirve que me ocultes algo, porque de hacerlo, insistiré el resto de mi vida. Lo sabes a la perfección. Soy muy perseverante cuando quiero.

Se permitió dejar escapar un suspiro.

—Loo tiene pensamientos similares a los míos; digamos que ella también vela por alguien más, aunque por motivaciones diferentes. También le gusta escribir y Poe.

—¿A Loo le gusta escribir? No me lo creo.

—Es buena, impresionantemente bien —alegó a mi incredulidad—. No solo eso; tiene las mejores calificaciones en Literatura.

Vaya, vaya. Quién diría que Loo, la chica a quien ni los profesores malgastaban saliva por reprender o guiar, era una estudiante ejemplar en Literatura.

—¿Qué más?

Felix hizo una graciosa mueca mientras pensaba.

—Es una de las personas que me ha ayudado con Fredd desde hace un tiempo.

Eso explicaba varias cosas sobre la intimidación de Fredd hacia Felix aquella vez, después de golpear a su amigo.

—Ahora comprendo. Entonces... ¿entre ella y tú no hay nada más que una amistad?

Alzó sus cejas y ladeó su cabeza para mirarme perspicaz. Me estudiaba, me intimidaba, quería surcar en el fondo de mis pensamientos para ponerme los pelos en punta. Y lo logró.

—¿Quieres que te repita que me gustas?

Definitivamente eso me supo mejor que el helado.

—¿Podrías? —murmuré con timidez.

—Después del helado.

Bufé.

Tras un largo silencio pensando en pasas y más pasas, recordé ese vibrante momento en que Loo besó a Sam. Concluí por un momento que entre ambos existía algo más allá de una extraña relación de compañeros. Al menos así lo sentí por parte de Sam.

—¿Crees que a Sam le gusta Loo? —le pregunté a Felix, puesto que él solía ser mucho más observador que yo.

—Es posible.

—¿Y que a Loo le gusta Sam?

—También.

—¿Por qué crees que lo besó?

—Benevolencia.

Su respuesta fue tan rápida y directa que por poco me atraganto con el helado.

—O quizás deseo reprimido —contradije yo, porque no quería que mi bella pareja formada en

la cabeza fuese una mera mentira.

—Lo dudo.

—Quizás a ella le gusta y lo niega; por eso lo trata así... tan mal.

—Tal vez tengas razón; puede que lo trate de esa manera para reprimir sus sentimientos. No todos tienen la facilidad de exponer sus sentimientos o demostrarlos de forma abierta.

«Suenas a algo que cierta persona haría», pensé en decirle y reí para mis adentros. Volví a suspirar.

—¿Te digo algo? Yo nunca, nunca voy a olvidar esto; no importa lo que pase. No importa lo mal que lo haya pasado o lo mal que lo pasaré, tener la libertad de elegir este momento, esta paz, es lo que más me gusta, incluso cuando cumplir lo de la lista tiene como consecuencia que la boca me sepa a pasas. Es mi derecho, y me gusta hacer que cada momento y cada palabra cuenten; por eso, quiero decirte que...

—Tu helado se derrite —interrumpió el inexpresivo.

Bajé la cabeza solo para darme cuenta de que la mitad de mi helado caía por los aires y caía justo sobre la ventana de un auto. Me ganó un bocinazo como regaño, lo que me obligó a ocultar mi culpa con una sonrisa.

—¿Decías?

¿Felix permitiendo que hablase? ¡El mundo se había vuelto loco!

—Lo que trato de decir es que, pase lo que pase, no permitas que me olvide de esto —dije al fin.

—Yo, mientras pueda, nunca, nunca permitiré que lo hagas. Y...

Guardó silencio mientras se acomodaba sin recato junto a mí.

—¿Y?

—Tampoco permitiré que olvides esto.

Lentamente Felix comenzó a acercarse a mi rostro. Su perfil marcado iba a cruzarse con el mío en cualquier momento, en silencio, en medio de la noche, aventurándose a una experiencia fresca para alimentar el momento. Yo fui cerrando mis ojos poco a poco, para saborear lo que pronto sentiría. Pero nada de lo que aguardaba pasó, solo un inesperado robo —sí, robo— de mi ya casi inexistente helado.

—¡Oye! —me quejé.

—Eso es por querer que comiera chocolate con pasas.

Refunfuñando como una anciana gruñona, le recriminé su gesto hasta que logró silenciarme con un rápido beso en los labios, luego del cual fingió demencia. Aproveché la ocasión para poner mi voz más acaramelada y hablar en un tono diferente.

—¿Te digo algo más? Mis padres no están en casa.

Felix trazó una sonrisa torcida.

—¿Estás pensado lo mismo que yo? —me preguntó en un deliberado gesto lleno de lo que yo llamaría seducción.

Asentí imaginando lo que vendría...

—¡Encarguemos una *pizza* con la tarjeta de papá!

—Me has leído la mente, McFly.

Oscuridad



Solo un loco puede colocar «Pasar una noche en el cementerio», aunque ese loco de nombre lucía como una persona cuerda. Eso era lo peor. ¿Debíamos ponerle la camisa de fuerza como bien lo decía Poe? Tal vez. Omití cuestionar todo, incluso cuando los chicos estuvieron de acuerdo con cumplir ese deseo después de la fábrica de chocolate.

Fue Loo que, con el entusiasmo de una niña pequeña, lo sugirió como lo siguiente en hacer. Nadie puede decirle que no a la temible rubia, a excepción de Joseff. Sin embargo, él lo consideró divertido con la idea de hacer pruebas de valentía y contar anécdotas terroríficas. A Megura no le pareció correcto el primer juego. ¿Un asmático y un enfermo del corazón asustados en un cementerio? Absolutamente no.

Sam y yo fuimos los únicos que palidecimos e intentamos encubrir nuestro miedo frente a la enorme puerta enrejada del cementerio municipal. Justamente el cementerio con más lápidas, un sendero gigante que atravesar y un bosque que tenía toda la pinta de que pronto saldría una tropa de demonios sedientos de sangre.

Todo parecía la típica película de amigos que irían muriendo uno a uno.

Apenas entramos al cementerio y buscamos un sitio donde poner nuestras cosas, Joseff presumió su nuevo traje de Batman, con más dibujos de armas y músculos falsos. Diciendo que nada pasaría y si algo malo ocurría allí estaría él. Empezó a correr por todos lados persiguiendo a un somnoliento Josh que actuaba como el archienemigo de Batman, el Joker. Aproveché el tiempo en que discutían sobre si era sensato sentarse sobre una lápida o no y me escapé para ver a Lena.

—Hola, Lena. vengo a excusarme por tenerte tan abandonada, pero he estado algo ocupada. No entiendo en qué momento mi vida se convirtió en una locura peor que cuando llegué a la ciudad. Es extraño cómo una decisión pequeña, un pensamiento, un gesto o un hecho puede traer consigo una consecuencia tan gigante. Y tantos problemas. Como lo que ocurrió contigo. Ya, no te daré la lata con discursos emotivos y mis divagues, aunque siempre los soportas pero... ¿Lena? ¡Lena...! No, por favor...

Inspiré hondo ante el recuerdo de la última vez que vi a Lena. Después de aquel día nada fue igual.

Podía sentir el pitido que daba la bienvenida a su muerte. Me quedé estática, gritando su nombre hasta que mi garganta no pudo hablar. Una enfermera me sacó del lugar y, mirando la puerta blanca junto a los padres de Lena, esperé que todo fuera una pesadilla.

Aunque habían pasado varios años desde aquel fatídico momento, las imágenes se repetían de manera inevitable en mi cabeza cada vez que miraba su lápida. Para no perder la costumbre, continuaba hablándole con normalidad, como si no hubiese sido testigo de su muerte.

—Hola, Lena. ¿Sabes? Creo que cambiaré mi saludo, porque ese «hola» ya está demasiado trillado. ¿Qué tal un «qué onda»? O mejor un «se pronostica un enorme aluvión de saludos para Lena llamado Floyd». Eso suena mejor, ¿no crees? Ah, da igual, solo vengo a ponerte al día. Han pasado muuuuchas cosas que no creerías, tampoco mi yo de hace tres años. Últimamente, las cosas

se ponen peor y más ridículas. No me creerás, ¡pero conocí a Synapses! También tuve que fingir ser la novia de un... de alguien idiotizado. Me senté en la cornisa del hospital de noche y entendí que el gallinero jamás cambiará. No te lo he dicho, me gusta un chico. Es un chico especial, no como los otros. Tú y él se parecen un poco en la personalidad. Tiene la habilidad de revolucionar mi mundo con un par de palabras y gestos, pero es un bipolar en ocasiones. Estoy intentado entenderlo, y entenderme, porque él me hace sentir extraña, de una manera buena. Es mi cómplice y el motivo de mi idiotez. Cielos, sé que digo lo mismo siempre con todos los chicos, pero esto es diferente. Con él algo en mí me impulsa a explorar más allá, como si quisiera despojarme de mí yo. ¿Recuerdas que en las caricaturas el bien y el mal le susurraban cosas al oído al personaje? Pues es algo similar. Su nombre es Felix, mi amigo de la infancia. Suena bastante cliché, ¿verdad? Hay sucesos que se escapan de mi control, esta es una de ellas.

Un «Floyd» alargado se oyó en la distancia. Era Megura, a varios metros de donde me encontraba, agitando sus manos. Le grité que ya iba y regresé a la lápida con el nombre de quien había sido mi mejor amiga.

—Debo ir con los chicos. Hoy vinimos a pasar la noche en el cementerio. Tengo el agua bendita en mi bolso por si algo extraño y espeluznante llegase a ocurrir. —Acomodé el ramo de flores lilas en la parte baja de la lápida y la acaricié como si ella pudiese sentirlo—. Te extraño más de lo que pude imaginar que lo haría, Lena. Cada segundo no es lo mismo sin ti, amiga.

Pues nada, con esa despedida regresé con los chicos del club.

El sol ya se ponía en el momento en que regresé con ellos.

Nos colocamos en un sitio donde el césped estaba seco. Megura y Josh traían un mantel enorme que dejaron en el piso y donde nos pudimos sentar; en el centro una lámpara de gas nos cubría de la penumbra de la noche. Durante nuestra pequeña charla sobre qué le habíamos dicho a nuestros padres y qué pensarían ellos sobre nuestra noche, Loo tuvo la magnífica idea —nótese el sarcasmo— de jugar a *Jenga*: un juego donde todos los jugadores deben quitar algún bloque que componga la torre y colocarlos en la parte superior sin que esta se caiga.

—¿Han jugado esto antes? —preguntó la rubia sacando la torre. Todos asentimos algo inquietos—. ¡Bien! A los dos primeros idiotas que se le caiga la torre deberán pasar por la prueba de valor. Los demás los asustarán mientras caminan.

La prueba de valor consistía en recorrer el cementerio con una linterna aguantando los sustos de los compañeros. En definitiva, eso no me sentó nada bien.

—Yo... *uhm*, no puedo, me torcí el pie de camino aquí. —Hipé.

—Ajá, claaaaro. —Como era de esperar, mi mentira fue tan absurda como la misma situación en que nos encontrábamos—. TODOS van a participar —impuso Loo, recorriendo a cada uno con sus ojos hasta detenerse en Sam—. Sin excepciones.

—Este es un juego para dementes.

—¿Tienes miedo, niño rico? Quizá esto te sirva para que te conviertas en hombrecito.

Josh se echó a reír con un descaro que seguramente ofendió a los muertos, espíritus, cosas paranormales que adormecían el ambiente.

—¿Trajiste tus pañales?

—¡Josh! —soltó indignada su novia.

—¿Qué?

—Es tu mejor amigo —se inmiscuyó el Chico Batman, quien acomodaba su máscara.

—¿Y eso qué? Que lo fastidie una vez no quiere decir que no lo quiera.

Un chasquido de lengua se pronunció en medio de la discusión; era Felix, cruzado de brazos con

su semblante pedante.

—Volvamos al juego.

Abrí los ojos como huevos al escucharlo.

—¿Vas a jugar?

—Me tengo confianza —respondió con cierto dejo arrogante—. Y hay muchos candidatos a perder antes que yo. Tú, por ejemplo.

—No me desafíes, muchacho; no tienes idea con quién estás hablando.

—La verdad es que sí, por eso lo digo. Eres demasiado inconsciente de tus movimientos; por eso sé que ante ti no perderé.

—Una *pizza* gratis a que gano.

—Si quieres...

—¡Perfecto!

Y... perdí.

Ahora no solo debía una *pizza*, también un tortuoso recorrido por el cementerio junto al otro perdedor, Sam.

Nos dejaron a nuestra suerte en la entrada del cementerio, con una linterna que apenas encendía y el inhalador de Sam, por si entraba en pánico. La situación a simple vista era fácil: caminar entre las lápidas esquivando y sobreviviendo a los sustos de ellos.

Saltar la puerta principal del cementerio parecía la peor de las ideas estando a solo un paso de nuestra libertad, mas el enorme candado liquidaba toda esperanza. Lo único que nos libraba era llegar a nuestro minicamping, vivos y cuerdos.

—N-n-no s-sé si esto es un-una buena idea.

—Relájate, no pasará nad...

—¡Ah! —chilló Sam—. ¿¡Qué fue eso!?

—Un pájaro.

—¿No estás asustada?

Negué con la cabeza mostrándome segura. La verdad es que quería hacerme encima, sobre todo al descubrir que la linterna que nos había entregado Megura parpadeaba. Todo marchaba mal, pero teniendo en cuenta que Sam estaba peor en comparación a mí, no tuve otra opción que inflar mi pecho y ser la chica valiente que no era.

—Bueno... —Guardé mi celular en el bolsillo trasero del pantalón (ni loca iba al cementerio en vestido)—. Ya pasaron los cinco minutos. Andado.

Empezamos nuestro trayecto adentrándonos en el cementerio. El ambiente era espeso; la oscuridad, turbulenta. Existían tantos ruidos ajenos a nosotros que mi faceta de chica relajada y valiente comenzó a desvanecerse paulatinamente mientras mis pies eran guiados por la astucia de llegar a nuestro destino pronto.

Los sonidos y los gritos se hicieron notar, tanto que en una ocasión soltamos un grito similar al de Kevin, en *Mi pobre angelito*.

—Eso n-no fue... no fue un pájaro —balbuceó Sam arrimándose a mi brazo.

—Ni una persona —confesé ante el susurro espeluznante que nos rodeó de pronto—. Ay, Dios. ¿¡Por qué tuve que perder?!
Otro grito desgarrador nos heló la sangre.

—¿¡Y eso!?

—¡No sé! —grité desesperada—. ¡Cállate!

Ambos lanzamos un grito ahogado; nuestros cuerpos indefensos y temblorosos nos obligaron a

buscar refugio en el otro, abrazándonos muertos de miedo, aferrándonos a nuestras murmurantes plegarias para que nuestro trayecto acabase lo más pronto posible.

—¡Veo la luz!

—Yo también.

—Vamos.

Sam tomó mi mano apresurando el paso. Yo quería salir tan pronto como él; no obstante, las voces y los gritos se habían esfumado. Nos esperaban en nuestro destino para un susto final.

Era demasiado tarde cuando logré concluirlo y, al igual que Sam, terminé pegando un grito con la repentina aparición de todos los chicos.

—Los voy a matar —gruñí, lejos de calmar las risotadas burlonas e intimidarlos. Sam, mientras tanto, usaba su inhalador sin soltar mi mano.

—Ya, ya. No era para tanto —dijo Loo, logrando que por fin el chico de lentes me soltara—. Ni siquiera llevamos máscaras. Ah, Martin es la excepción.

Una sonrisa surcó mis mejillas. ¿Acaso el señor C hizo su flamante aparición? Traté de descifrar más miradas entre Loo y Sam, pero el temor a quedarme atrás del grupo me distrajo.

Después de varias horas en el cementerio contando historias de terror, hicimos una pausa para comer lo que habíamos llevado. Josh ya estaba durmiendo en su saco de dormir, Megura encontró un tema de conversación al gusto de Loo, Joseff y Sam hablaban sobre historietas; este último le enseñó sus dibujos, así que decidí tomarme el tiempo de acercarme a Felix, quien, en un extremo del enorme mantel, observaba las estrellas.

—Me debes una *pizza* —habló una vez que me senté a su lado.

—Ni lo menciones.

El silencio se tornó en son a nosotros. En medio de la melodía repetitiva que provocaban los insectos nocturnos, busqué un medio de entretenimiento observando las estrellas.

—¿Quieres un audífono?

Eso no me lo esperaba. ¿Qué? ¿Felix preguntando aquello?

Mis ojos brillaron como las mismísimas estrellas. Sacudí mi cabeza de manera asertiva, dejándole ver que la respuesta era un rotundo sí.

—Ten.

¡Qué honor! Felix me cedía uno de sus audífonos. Ese tipo de gestos solo se hacen a las personas realmente importantes y yo me sentía una. A pesar de que me lo había pasado antes para demostrar qué clase de música escuchaba, nunca me esperé que me lo prestara.

No obstante, mi entusiasmo correspondiente al gesto sucumbió en una decepción que resbaló por mis hombros y aplastó mis ilusiones. La sonrisa se me esfumó.

—No se escucha.

—¿Esperabas que te pasara el bueno?

—Ja, ja. Muy gracioso.

El enojo instantáneo. Golpeé su brazo y él se quejó entre risas. Un aullido nos puso en alerta. Todos volvimos a mirarnos, asustados, buscando que alguien dijera que todo estaba bien. Una vez que el silencio volvió a reinar, pregunté a Felix:

—¿Por qué un deseo tan escalofriante?

—Curiosidad, principalmente.

—Pues vaya curiosidad más espeluznante.

—Velo como algo bueno.

Casi escupo mi saliva con el «pff» que emití.

—¿Qué puedes sacar de bueno con esto?

—Perderle el miedo a quedarte encerrado en un cementerio.

Negué con la cabeza aprisionando mis piernas en mi pecho. La noche de primavera era fresca, pero aquella fue particularmente fría.

—Las probabilidades de que algo así ocurra son casi nulas.

—Existen. Ahora estás encerrada en uno.

—Pero contigo. Y-y-y los demás, claro.

No dije nada, algo de razón tenía. De todas formas, no tenía tan mala suerte como para que pudiese ocurrirme, ¿o sí? No, mi suerte estaba equilibrada y era bastante buena. Sin embargo, ahora que lo pensaba, dentro de todas las cosas, verle el lado positivo a pesar de las malas situaciones era la verdadera victoria.

Pensé en Lena, en cómo su muerte me había afectado y tuve que ir superándola. Tal vez esa era la única prueba que seguía sin poder superar.

—¿Qué deseos son los siguientes en la lista? —le pregunté a Felix para distraerme.

—No sé, pero añadiré otro.

—¿Cuál?

Saco su hoja y escribió.

—¿Qué dice? —insistí, agarrándolo del brazo.

Cuando Felix se acercó para susurrarlo, mi corazón dio un malicioso vuelco.

—Que Floyd me bese.

Mi cara de horror podría haber sido digna de un afiche de terror.

—¿Aquí? —le pregunté incrédula. Felix se limitó a responder moviendo la cabeza—. Los demás lo leerán.

—No si lo cumples ahora.

Me mordisqueé los labios a sabiendas de que era una propuesta hecha a propósito. Una tentación proveniente de alguna clase de ser malvado del Poste, pues su sonrisa torcida lo dejaba claro.

—B-bien...

Miré con disimulo al cuarteto que charlaba sobre no sé qué, esperando que no viesen lo que haría, porque por todo lo divino que estaba más que nerviosa. Una de las consecuencias que provocaba mi nuevo chico del paraguas.

Era un simple beso, sin ciencia ni problemas mayores. Uno nada más.

Me volví hacia Felix, quien tenía los ojos cerrados y me acerqué rápidamente para plantar un piquito sobre sus labios. Sentada otra vez, él abrió sus ojos.

—Dijiste que...

Sabía lo que diría, por lo que otra vez me abalancé sobre él sosteniéndome de sus hombros para plasmar un beso en sus labios. Uno que lo pillara por sorpresa.

Tras unos segundos me senté con una sonrisa triunfante.

—Eh... —soltó escueto y enseñó la lista—, todavía no escribí el deseo, así que este beso no cuenta.

Tormenta



A menos días de los que pudiese querer, la graduación nos pisaba los talones. Igual que los años anteriores, los pasillos se iban colmando de rumores, charlas y posibles votaciones para las icónicas personas que se habían caracterizado por sus personalidades y dotes: el más hablador, el más deportista, el señor y la señora Bufones, el premio al Amargo, entre muchos más. Las ventas de boletos ya causaban un dineral para sustentar los gastos del baile; muchos también hacían insinuaciones sobre a quién invitarían a ir. La banda que tocaría se convirtió en un misterio que a muchos tenía mordiendo las uñas, así también sobre los incógnitos animadores.

La entrada de Jackson lucía como una ciudad caótica. Joseff describió el colegio como Gótica en manos de Bane y Felix, sacando más de su lector interior, dijo que la revolución por la que pasaban los estudiantes se asimilaba al libro de papá, *Radioactivo*, después de que los ciudadanos se rebelaran contra el gobierno. Ambos tenían su parte de razón. Te encontrabas con la tormenta de afiches con la temática del baile: la fantasía. Sus decoraciones verdonas y brillosas muchas veces me embobaron; tantas escarchas nos tenían locos.

Mi indecisión sobre tomarme un año de relax o estudiar alguna cosa, se vio opacada ante la problemática que acongojaba a todos los adolescentes solteros, tímidos y con miedo al rechazo: con quién arrasaría la pista en el baile de graduación.

Mis ojos se enfocaban en cierta persona, pero me carcomía la mente pensando en dar el primer paso.

Una mujer hecha y derecha tomaría la iniciativa sin esperar que él fuera el primero en hacerlo, pero tratándose de una McFly sin agallas y que con el simple tacto ya se convertía en un tomate andante... las cosas no jugaban a mi favor, menos si de Felix se trataba. Esperar a que él decidiera ir sonaba tan irreal y absurdo que estallé en carcajadas dentro del baño cuando lo pensé.

Las risotadas duraron poco; el abuelo cenaría con nosotros, lo que significaba muchos minutos de tensión.

Sentados alrededor de la mesa, el sonido de los cubiertos que chocaban con los platos resaltaba menos que las miradas intensas por parte de todos los presentes. Papá se sentó a la cabeza; mamá, a su izquierda y yo, a su derecha. El abuelo al otro lado, por lo que él y papá estaban distanciados solo por la mesa. Tía Ashley se sentó junto al abuelo y apenas podía tragar sin toser. En un punto de la cena me pregunté si estaba enferma; sin embargo, cuando las insinuaciones pesadas —rutina de esta clase de encuentros— salieron a la luz y empezó a toser con más reiteración, todo quedó claro.

Empezó como una pregunta, quizá mal elaborada y sin doble sentido.

—¿Cómo va la empresa, papá? —preguntó mi tía y luego agarró la copa de vino para beberla sin dejar ni una gota.

—Bien. Llena de ocupaciones, como podrás notar —respondió sagaz el abuelo, sin apartarle los ojos de encima al trozo de carne que pinchó con el tenedor. Lo examinaba como tantas veces lo hacía con todo—. Desearía tener el apoyo de mis hijos, pero desde hace mucho tiempo que la

empresa, que por años forjé, no les importó.

—Nunca nos incentivaste a que lo hiciera —dijo papá sin siquiera mirarlo—. El que te hayas encerrado justificándote en el trabajo más que en nosotros fue el problema. El tuyo, no el nuestro.

—Sí, ese fue mi error... Debí entender que seguían siendo niños inmaduros, crédulos y sin una pizca de interés por lo realmente importante.

—Y vaya que te importaba —continuó respondiendo papá—, hasta quisiste comprometer a Ashley para expandir tus acciones. Una grandiosa forma de incentivarnos, hacernos entender y empatizar con lo que por años forjaste y tu familia.

El abuelo contrató primero con una mirada austera y suficiente dirigida a papá, luego colocó su mano sobre la de su hija. Tía Ashley parecía en *shock*, sin decir nada más con su expresión absorta.

—Ashley no tenía problemas y tú tampoco los tuviste, pues sería con tu mejor amigo. Yo les di todo para que crecieran bien...

—Excepto amor —intervino mamá.

Y con eso el silencio volvió. Por debajo de la mesa mi pierna estaba descontrolada, con el nerviosismo acumulado que me producía estar en medio de un ambiente espeso. Era claro que la situación entre los adultos se dividía y, por algún motivo, me sentía en la obligación de apoyar a mis padres conociendo la historia detrás de ellos y las actitudes de papá antes. Pero por otra parte entendía el porqué del abuelo, sus actitudes, su encierro, su distanciamiento. Él no fue un padre para papá, pero para mí su trato siempre fue lleno de amor; quizás no como el del típico abuelo amoroso que siempre estuvo allí para mí, sí el del preocupado por estarlo.

Todo lo que pude pensar fue que somos la consecuencia de nuestras decisiones. Estas son las que no van formando.

Ya no era un paso a paso, era decisión a decisión.

—¿Y cómo va tu trabajo, hermanito?

—He estado atrasado con algunas correcciones por causa de cierta persona, pero perfecto —respondió papá—. La editorial va marchando bien. Gracias por preguntar.

Ese «gracias» salió apretujado. Una mirada rápida fue dirigida al abuelo. Más tensión, tragos con la garganta apretada y carraspeos ajustados al ambiente. Debía alguien romper el hielo de la cena o terminar lo más pronto posible.

La siguiente víctima fui yo.

—¿Ya pensaste en lo que hablamos en nuestro encuentro pasado?

Por primera vez papá le puso un real interés a la pregunta del abuelo. Lo vi apoyar sus codos sobre la mesa esperando a que respondiera. Empecé a jugar con lo que quedaba en mi plato temerosa de encontrarme con sus expresiones decepcionadas.

—No quiero dejar que una carrera defina mi futuro; tampoco quiero atarme a algo que no me gusta. Quiero tomarme el tiempo de planear bien qué quiero hacer conmigo misma, no apresurarme a los hechos, porque el futuro es incierto. Sé que es bueno pensar en el futuro, tener las cosas claras y en sus posibilidades, pero prefiero vivir el presente y a través de él descubrir qué soy y en qué puedo dejar mi huella.

Después de eso esperé que la bomba estallara. Por suerte, todo lo que recibí fue un «tómalo todo el tiempo que necesites» de papá.

Mis amigas y yo decidimos echarle un vistazo a los vestidos que usaríamos en el baile. Principalmente, eran las gemelas y Eli las que estaban desesperadas diciendo que no podríamos conseguir nada lindo luego. La galería de sus celulares estaba llena de posibles modelos que se probarían y también peinados estilosos. En lo personal, ni siquiera tenía idea de qué usaría; supuse que me motivaría ese día al estar con el gallinero de compras.

Entramos a una tienda especial de indumentaria aquella tarde del sábado donde nos encontramos a más estudiantes de Jackson en la búsqueda de vestidos también, así que decidimos pasar. Fuimos a otra tienda llena de vestidos que parecían hechos para señoras y a otra donde los modelos se repetían. Después de probarnos unos cuantos que sobrepasaban nuestros presupuestos —pero que quisimos probarnos por el gusto de haber tenido algo tan caro por unos minutos—, llegamos al acuerdo de pasar a llenar nuestros estómagos con grasa excesiva.

Las cinco nos reunimos en una mesa llena de papas fritas, empanadas, hamburguesas, helados y bebidas.

—¿Por qué la comida que engorda debe saber taaan deliciosamente bien? —preguntó Eli admirando una papa frita llena de sal.

—No sé, esa es una de las cosas que me he preguntado toda la vida y nadie ha podido responder —contestó Fabi en medio de un suspiro prolongado.

—Hablando de responder, ¿qué respondieron en la hoja de vocaciones? —quise saber.

—No recuerdo, ni quiero recordar. Pensar en el futuro me da escalofríos y me quita el apetito —soltó Nora sacudiendo sus manos como si temblaran—. Cada vez que me inclino por una carrera me entero de que existe otra más interesante. Así no puedo.

Sherlyn, quien fue la única que pidió jugo, también era la única que tenía claro qué estudiaría. Siempre se había inclinado por Derecho y me lo había confirmado hacía unos días tras preguntarle sobre el cuestionario vocacional que nos repartieron en la clase de Orientación; ella respondió firme y claro:

—Voy a estudiar Derecho.

Yo le pregunté:

—¿No prefieres estudiar Izquierdo?

Omitió responder a mi intento de chiste limitándose a darme una mirada aburrida mientras para mis adentros me decía: «cada día te superas más, Floyd».

Recordando eso me perdí en mis pensamientos hasta volver a pisar tierra; el nuevo tema de conversación parecía mucho más interesante y emotivo que mis divagues sobre la inventiva de nuestros malos chistes que no hacían reír a nadie, solo a mamá, que reía por cortesía.

—Hay que prometer que no importa distancia, universidad, carrera queelijamos o situación, siempre vamos a permanecer en contacto —dijo Nora con los ojos vidriosos—. Llamadas, *webcam*... ¡cualquier cosa!

—Si llegan a tener algún problema con la justicia, aquí me tendrán —dijo Sherlyn en un tono solemne.

—¡Ay, chicas, no quiero separarme de ustedes! —chilló Eli al borde de las lágrimas.

Terminamos la comida lloriqueando como Magdalena. Debió ser una escena muy bizarra para los espectadores que se percataron de ello, pues sus expresiones eran como quien veía a un grupo de moscas alborotadas.

Volvimos a nuestra búsqueda del vestido ideal y sacamos el tema de nuestra pareja para el baile. Las gemelas irían con sus novios; Eli con un chico que no mencionó y Sherlyn dijo que había invitado a Joseff, pues era el único chico decente que no tomaría la invitación como algo más. Y

yo... bueno, terminé diciéndole al gallinero que invitaría a Felix.

Así que mi lunes desastroso empezó peor que de costumbre. ¿Motivos? Necesitaba tratar con Felix, lo que significaba que mi sistema motor sería una vergüenza, incluyendo mis balbuceos y el convertirme automáticamente en un tomate andante. Las cosas antes eran diferentes, yo siempre lo avergonzaba a él. Si iba a tratar de invitarlo, tomar las riendas, entonces tendría que sacar mi lado McFly.

Con tal determinación, decidí chantajearlo con la bella taza que le había hecho como regalo de cumpleaños.

—¿Me das una taza y a cambio tengo que ir contigo al baile?

—Esa taza es un regalo de cumpleaños, la invitación es aparte. ¿Aceptas o no?

Bien, me faltaba algo de práctica.

—¿Y la *pizza*?

—Eso todavía te lo debo. Además, teniendo en cuenta tu engaño, creo que ese asunto está resuelto.

Me esforcé por no ponerme como la tonta enamorada de siempre y lanzar corazones al aire cual caricatura solo por recordar su osada estrategia para que lo besara. Rayos, si seguía pensando en ello, me saldría la sonrisa de boba.

El Poste se lo pensó un momento examinando la taza que le había dado de regalo.

—No sé si quiero ir al baile con alguien que no cumple sus apuestas. Lancé una forzada carcajada.

—Si mal no recuerdo, fuiste bastante deshonesto con las preguntas, Frederick.

—No sé de qué hablas, McFly. —Continuó caminando por el pasillo lleno de chicos de último año. Íbamos a la práctica de nuestra graduación. Lo alcancé y lo sujeté del brazo.

—No te hagas el loco y responde —amenacé avanzando hacia él con decisión. A pesar de ser un *hobbit* a su lado, resultó bastante bien mi casual forma de acorralarlo contra los casilleros.

Intentó esquivarme y respondió:

—Sabes que la respuesta es no. —Volví a sujetarlo.

—Estás jugando conmigo; ¡no puedes negarte!

—Y si me niego, ¿qué?

El juego se había invertido. Desde hacía mucho, tal vez. Tenerlo acorralado entre los casilleros no era la mejor forma de invitar a salir a alguien. De hecho, se veía bastante extraño. Si lo hacía un chico, parecía tan autoritario, pero cuando lo hacía una chica — particularmente baja—, se veía como una escena cómica.

—Les diré a tus padres que...

—Creo que no estás en posición de amenazar a nadie, Hurón —argumentó dando un paso y disminuyendo la cercanía.

Por efecto di un paso atrás. El juego se estaba invirtiendo y yo saldría como la perdedora por perder los estribos ante su presencia. Maldije para mis adentros que la pubertad lo hubiera favorecido tanto y no solo en su altura. El duelo de miradas empezó. Ya con el pasillo casi vacío, comprendí que en aquel juego la delantera era mía, pues era él quien abiertamente me había expresado sus sentimientos con un claro «me gustas».

—Qué lástima —solté mirándome las uñas—, tendré que aceptar la invitación de Danilo.

(Danilo era un compañero de curso, con el que se podía reír fácil y una opción buena para el baile).

Dicha la insinuación, me volteé continuando el camino hacia el auditorio con el pecho en alto y

sin mirar atrás. La señora indiferencia como mi compañía y el orgullo pintado en mis uñas, las cuales admiré en mi actuación. Ni siquiera llegué al décimo paso, mi apellido pronunciado por Felix me detuvo. Me giré fingiendo inocencia, tratando de no esbozar la sonrisa de victoria.

—¿Sí?

—Iré contigo —masculló alcanzándome.

—Pensé que tardarías más en doblegar tu orgullo.

—Es que vi el cursi mensaje en la taza y no pude romperte el corazón.

—¡Te odio! Si estás despreciando mi taza, entonces regrésala.

Esgrimí mis manos en dirección a la taza para arrebatarla con todas mis fuerzas, pero logró predecir mis movimientos y la colocó a su espalda. No me importó en absoluto, quería la taza de regreso a como diera lugar. Busqué quitársela por la derecha, la izquierda y la derecha otra vez, sin conseguirla. Traté de hacerle cosquillas sin lograr mi cometido, entonces lo rodeé con mis brazos aprisionándolo con fuerza.

—Si quieres abrazarme, solo dilo y aceptaré —sugirió. Entornó sus brazos a mi alrededor para apretujarme sin medio de escape.

—McFly y Frederick.

Enrojecí al instante al escuchar mi apellido. Felix también se puso rojo como consecuencia. El mismísimo director nos pilló a mitad del pasillo, abrazados como dos enamorados. La consecuencia de nuestro acto: un discurso en la graduación.

Reemplazo



El lunes, a primera hora de la mañana en Historia, el silencio se asimilaba al cementerio de noche; sin grillos ni crujidos extraños, claro. Se sintió como estar sumergida en el agua con los oídos bien tapados, inmersa bajo toda esa presión que se vuelve desesperante con el transcurso de cada segundo.

Mittler nos entregó el resultado de la última prueba; la mayoría de los estudiantes tuvo una nota insuficiente. La materia que apareció en la prueba trató justamente sobre la clase en la que todos decidimos marcharnos. No me sorprendí cuando alguien dijo que fue a propósito. Felix fue el único con la mejor nota, a quien Mittler felicitó por tener también el mejor promedio.

Después de un largo discurso sobre responsabilidad, Mittler nos ofreció un examen que promediaria con la nota de la prueba, así nadie reprobaría en su clase.

El problema de esto consistió en hacer que Felix se animara y nos enseñara Historia. El inexpresivo chico fue perseguido durante todo el primer recreo, no solo por sus admiradoras, sino también por los chicos que buscaban subir sus promedios, incluyendo el gallinero. Y a mí; el resultado de mi última prueba me dejó pensando en la idea de Martha Pratt, la chica que se había sentado junto a Felix, de quemar la hoja para que nadie la viera.

Después de que Felix accediera a enseñarnos, invité a todos los chicos a casa para pasar la tarde estudiando mientras mis padres no estaban.

Casi la mitad del curso regresaba conmigo a casa por el largo camino del parque donde tantas cosas habían ocurrido durante el año escolar. Parecía mentira que faltara tan poco para la muerte de aquella rutina.

En medio de un suspiro me detuve a la espera de Felix, que iba acompañado de Joseff.

—¿Cómo lo hiciste? —le pregunté luego de que Joseff me pisara el talón izquierdo (sin querer, obvio). El Chico Batman estaba demasiado distraído hablando de una nueva serie.

Felix alzó una ceja.

—¿Para?

—Tener el mejor promedio de la clase y además en Historia, ¿ni hablar de la prueba!

—Es un secreto.

Siguió caminando entre los demás chicos.

—Oh —exclamó Jo con sorpresa—, ahí está de nuevo el señor Misterio.

Apreté los puños alcanzando al inexpresivo chico.

—Claro que sí. Si vas a enseñarme, debo conocer tus métodos de aprendizaje, tal vez hiciste trampa o... —me acerqué confidente— usaste las estrategias de tío Jax.

Ambos sabíamos de muy buena fuente qué tan descarado podía llegar a ser el amigo de nuestro padre, con quien tuvimos el desagrado de juntarnos en Los Ángeles. Muchas veces nos había dicho que se insinuaba a sus profesoras para obtener una buena nota, cuestión que nuestros padres desaprobaban rotundamente y terminaron reclamando a tío Jax por su mala influencia. El actor famosillo no aprendía ni perdía su toque de jovialidad.

«No me llamen tío Jax, solo díganme Jax», nos decía siempre. Yo no pude acostumbrarme a hacerlo.

—No soy como él.

—*Uhm*, no sé, no sé...

—Es simple —se atrevió a decir por fin el Poste—: me basta con leer una vez las cosas para memorizarlas. Como papá.

Mis esperanzas —y al parecer también las de Jo— se destruyeron.

—Qué envidia. ¿Puedes recordar todo con lujo de detalles? Yo no podría; en serio, siento envidia. ¿Por qué mis padres no son así? ¡Es como una clase de don!

—Creo que no es hereditaria —dijo Jo con los hombros bajos y la espalda bien encorvada. Yo terminé aún más encorvada que él, arrastrando mis pies en un actuar desanimado—. Pero sí, es una especie de superpoder. Es decir, debería entrar en esa categoría, ¿no creen?

—No es gran cosa —pronunció Felix adelantándose a nosotros, no quería que los demás voltearan para saber qué tanto exclamábamos.

—Oh, estás siendo modesto. Tú no eres así.

—Son ruidosos.

Ya estando en casa todos, nos logramos acomodar en la sala con cuaderno y lápiz en mano. Feliz estaba de pie, justo delante de fotografías mías enmarcadas, que colgaban de la pared y de las que más de alguno se rio. La clase con Felix y los chicos era más que divertida, las preguntas obtenían su respuesta por parte del «profesor suplente» —como fue apodado el inexpresivo Poste— y las bromas no se quedaron atrás. Sin Mittler y los compañeros indeseables, todo era más relajado.

Felix resultó ser más audaz sabiendo la forma de trabajo de Mittler en las pruebas y las cosas que siempre solía preguntar, como preguntas que fuesen más redacción y comprensión lectora, nada de fechas. También nos dijo que siempre dejaba pistas en la pregunta; por eso solían ser tan largas.

En cierto punto, el mismo Poste con Patas se volvió mi distracción, pero como en todas las clases de Historia, en esta también me llamaron la atención. Como castigo tuve que responder una serie de preguntas. Luego todos fueron interrogados, pues me quejé de que era imparcial.

Al llegar al punto de ebullición en la clase improvisada, con nuestra tripa que exigía comida, la apuesta que perdí en el cementerio volvió a resurgir.

—Si tienen hambre, yo conozco a alguien que me debe una *pizza*.

—Nuestra Hurón se pondrá con las *pizzas* —soltó Fabi tras un largo sonido de ternura que le fue contagiado al resto del gallinero.

—¿*Pizzas*?! —Sacudí la cabeza como si un bicho me anduviese encima—. No, no, no. Era una y para Felix. Por cierto —me dirigí al inexpresivo de brazos cruzados—, no especificaste tamaño, así que planeaba comprarte una personal de queso y tomate. Nada más.

La multitud enloqueció. Algo debía llenar nuestros estómagos. Mi cereal no alcanzaba para todos, no había sobrado comida del almuerzo, la despensa estaba casi vacía y la comida para el horroroso animal de papá no era una opción. Tuve que ser misericordiosa y ordenar una *pizza* familiar.

Al final, luego de llenar un cuarenta por ciento de nuestros estómagos, acabamos la clase con satisfacción. Todos se despidieron en la entrada agradeciendo a Felix por haberlos ayudado a entender la materia de un semestre entero; también le sugirieron ser profesor. Apoyé esa moción y si no fuera por esa mirada insinuante por parte de las gemelas, jamás hubiese entendido qué quería decir Felix cuando dijo que lo recogerían más tarde.

Gracias al doble sentido arraigado de las gemelas pude caer en la cuenta de que dos chicos que se gustaban, con una casa para ellos solos, significaba que algo ocurriría. Inevitablemente. Nosotros ya habíamos estado solos en casa y, a pesar de ello, jamás se había cruzado por mi cabeza lo que sugerían las gemelas a viva expresión.

Por supuesto, Felix, callado como siempre, no dijo mucho tras cerrar la puerta. Yo y mis nervios hicimos ese trabajo solo para llenar ese espacio incómodo que se alojó en el ambiente.

—La casa no está muy cambiada desde que se fueron.

—Así veo.

—Se siente el hueco de cuando se mudaron.

—Era de esperarse —habló con arrogancia empezando a recorrer la sala.

—Y Cutro sigue por aquí.

—Oh.

Se detuvo.

—¿Qué se siente estar de nuevo aquí?

—A veces extraño, todavía no me acostumbro a la nueva casa. Justo cuando ya me estaba acomodando aquí, tuvimos que mudarnos. Y a la cama. Y al gato.

Me eché a reír.

—Tu habitación está igual a como la dejaste antes de irte.

—Ordenada. ¿Puedo...?

—¿Verla? —concluí—. Claro.

«Siempre y cuando sea esa habitación y no el basural que está hecha la mía», pensé para mis adentros mientras subía las escaleras.

En su antigua habitación, Felix se paseó por los rincones, deslizando sus dedos por algunos muebles, para luego plantarse a los pies de la cama con admiración. Me es difícil explicar e incluso recordar cómo un tonto desafío sobre quién salta a la cama y cae mejor acabó en una lucha de almohadas, y esa lucha en un encuentro lleno de sensaciones.

—Yo gano —manifesté desafiante reteniendo a Felix con las manos sobre la cama a sus costados y las piernas flexionadas—. Llevo años de entrenamiento en este arte, puedes preguntarle al gallinero.

—¿Ah, sí? —desafío sentándose, sin importarle que yo estuviese reteniéndolo.

Como consecuencia de su acto, tuve que hacerme hacia atrás viendo su desfachatez como una insolencia, hasta que me percaté de un hecho más importante: estaba sentada sobre él, con mis piernas rodeándolo y mis manos en sus hombros. Él me tomaba por la cintura.

Juntos y solos. La consecuencia de todo se redujo a un beso. Luego, todo se volvió en un instante.

Un instante en el que todo se volvía adictivo. Un pequeño instante donde la mezcla de deseo y culpabilidad rozaban la demencia. El momento exacto en que el mundo entero dejaba de existir, porque eras mundo, fuego, tierra, aire y agua al mismo tiempo. La definición de impaciencia, el sinónimo de necesidad. El instante exacto donde te despojabas del pudor y el «qué dirán». Ese instante en que todo se cambia a algo más.

Me quité la blusa y quedé solo con el sujetador y mi falda. Felix se deshizo de su jersey y camisa. Nos examinamos volviendo a sentirnos ahogados de más.

Antes me sofocaba en un trago de miedo, pero ya no lo sentía, todo resultaba como estar en el paraíso. Los besos, las caricias, su olor, su aliento, sus ojos que me admiraban.

¿Realmente tenía delante al niño que hacía años le jugaba bromas pesadas? No, ya era todo un

hombre; sin embargo, me resultaba tan familiar. Y me sentía tan bien...

Cada beso encendía mi cuerpo, cada beso llenaba mi pecho de un sentimiento extraño. Sus labios hinchados y rojos llamaban a los míos; en su encuentro los recompensaba con suaves caricias que dejaban escapar suaves jadeos y, en una fracción de segundo, me encontré gimiendo ante un nuevo beso en mi cuello. Lo imité posando mis labios justo sobre el tatuaje, lo que provocó que soltara una extraña risilla.

—Es mi punto débil —informó para luego estampar un beso en mi mejilla. Sus manos acariciaban mi piel al descubierto.

—Lo sé —pronuncié apoyando mi barbilla en su hombro. Estaba temblando, él también—. Así te hacía reír, ¿recuerdas?

—Sí. Siempre sí.

Guardé silencio; entonces, sintiendo su barbilla en mi hombro, murmuré:

—En algún momento tiene que pasar.

Sentí su barbilla que se clavaba en mi hombro con la pronunciación de cada palabra de su «ya está pasando».

—¿Y tu corazón?

Recordé ese problema que lo había empezado todo.

—Mientras siga latiendo, es tuyo.

Me incliné para mirarlo a los ojos; su expresión franca lo decía todo. Quise ahuyentar las lágrimas, pero me fue imposible.

—Y si deja de hacerlo, el mío latirá por él.

Sus labios formaron una curva desnivelada que acabó con un suave «bésame ya» al que no negué sus privilegios. Su mano buscó la mía y en su encuentro enlazamos nuestros dedos mientras se dejaba caer sobre la cama. Lo examiné una vez más y mordí mi labio inferior, dudosa. Mierda. De niños nos hacían bañar juntos, pero se trataba de algo completamente diferente, con otro sentido y en otra situación.

Sin dejar de temblar, llevé una mano al primer bretel y lo bajé. Después seguí con el otro. Flexioné mis manos hacia atrás para despojarme de la prenda, pero una vez más golpes en la puerta interrumpieron nuestro encuentro.

Horrorizados, volvimos a colocarnos la ropa y arreglarnos, fingir que nada estaba pasando. Bajé primero, acomodé mi cabello, abaniqué mi cara con ambas manos. Tragué saliva, carraspeé y abrí.

La tía Michi cargaba a Carlote en sus brazos.

—¡Hola, tía! —saludé con un gesto—. Tanto tiempo.

—¡Floyd! —exclamó con una sonrisa—. ¿Cómo estás?

«Algo conmovida y otra vez con el fuego encendido apagándose, pero perfectamente», no sería la respuesta más adecuada, pero ganas de decírsela no me faltaron.

—No me quejo; Mittler nos tiene con la soga al cuello. ¿Y ustedes?

—Bien, bien, ganándome el premio a la Mejor Madre del Año —respondió cambiando la postura de la pequeña bebé. Me incliné para verla; seguía regordeta y roja como un tomate, igual que yo.

Alzó su vista por encima de mí, buscando a su primogénito.

—Ah, Fe-Felix está en el baño, ya viene. —Sonrió frunciendo las cejas, como si sospechara algo. Quise desfallecer en ese mismo momento—. Creo que la *pizza* le sentó mal.

Silencio incómodo. Floyd taladrada por los ojos de tía Michi. Un hipo retenido.

—¿Quiere pasar? —pregunté al fin.

—No, gracias. Y siento la tardanza. Murph no ha dejado de llamarme en un estado histérico diciendo Sharick sale a escondidas con uno de sus profesores y que Jax lo aprueba. Ese hombre...

Murph era la novia de tío Jax. Ambos se conocieron en la universidad y resultó ser una fanática de papá y amiga de tía Michi gracias a una saga de libros. Aunque pocas veces pude hablar con ella y sus hijos, parecía alguien agradable. Además de ser la voz de la razón para tío Jax, fue quien llevó al teatro algunas obras de papá.

—¿Sharick con uno de sus profesores?

Por un motivo, que logré descifrar una vez que Felix llegó a mi lado, me identifiqué con la hija de tío Jax. Felix, la especie de profesor suplente de Mittler, también era algo... tentador.

—¿Por qué te impresionas? Eso suele ocurrir en la universidad —recreminó el chico inexpresivo actuando como si nada hubiese ocurrido en su antigua habitación. De forma inevitable, me volví caliente y roja hasta la nuca, abochornada por tantas cosas y de manera evidente, Felix también lo hizo. Carraspeó y avanzó sin despedirse.

—Chami, no te despediste de... ¡Qué niño! —exclamó indignada la madre de Felix—. Nos vemos luego. Saludos a tus padres.

Una vez que se marcharon y la casa quedó sola para mí, subí corriendo las escaleras, entré a la antigua habitación de Felix y me estiré en la cama, reviviendo todas las nuevas sensaciones que había explorado con él.

Graduados



El martes por la mañana subí al autobús, tiesa y recta, como un cadáver. Me encontraría con Felix después de lo que casi había ocurrido el día anterior y no me hacía una idea de qué expresión poner al verlo. El peor acompañamiento a mi duda trató en teorizar la reacción que él tendría hacia mí. Felix solía ser demasiado... inestable e impredecible, como la tarde anterior; al comienzo me decía tantas cosas lindas y luego me ignoró completamente. Aunque sé que su actitud indiferente se debía a una actuación para ocultar lo que realmente estábamos haciendo, la suspicacia de una madre no tenía que pasarse por alto.

Con eso comprendía a la perfección por qué algunos adultos llamaban a la adolescencia «La edad del pavo». En lo personal, entraba a esa categoría sin debate.

Muchos chicos no tomaban tan en serio el sexo y ese paso a ser una persona «sexualmente activa», como el par de gemelas que se encontraban sentadas al final del bus y a las que saludé con una tímida sonrisa. Yo, en cambio, quería que fuese algo especial, con una persona especial... aunque lo primero se dificultaba con creces.

Sentada en medio del gallinero, igual de tiesa a como caminé hasta ellas, me quedé mirando la entrada del bus a la espera de que el motivo de mis cosquillas en el estómago apareciera.

—¿Qué pasa, Floyd? —preguntó Fabi reclinándose sobre el asiento para mirar mi pálido perfil.

—Nada, ¿por qué?

Su gemela llevó una mano a la barbilla en tanto achicaba sus ojos para examinarme con la sospecha latente. Tan evidente era que ni siquiera podía actuar con naturalidad, ni hablar de mis intentos de actuación pésimos. Decir «nada» quería decir «muchas cosas» y mis amigas lo sabían bien.

—Nos estás ocultando algo —manifestó la gemela.

—No.

Hipé.

—¿Se trata de Felix? —curioseó Eli, uniéndose al chisme.

—Absolutamente negativo.

Otro «hip» delator. Poe escribió *El corazón delator*, yo escribiría *El hipo delator*. Maldije de forma interna; después de tanto tiempo seguía con aquella tragedia que no me permitía mentir a nadie. ¡Nada!

—Tuvieron relaciones —sentenció Fabi con seguridad.

—¡No! —Todas esperamos el «hip» que no se oyó. Punto para mí, pues técnicamente no habíamos tenido sexo, solo besos y caricias que iban a encaminarse a ello—. No hemos...

—¿Casi? —interrumpió Nora.

Guarde silencio aplanando mis labios mientras me dedicaba en forma mental a buscar una ventana abierta y lanzarme a la calle sin medir consecuencia alguna.

La conspiranoica de Eli chilló de asombro; por poco se ponía de pie a saltar.

—¡Dioooooooooooooos! ¡Cuenta todo, con lujo de detalles!

—¿Qué? ¡Claro que no! E-esas cosas... Es decir, no hicimos nada.

Me sonrojé. Ya no había forma de escapar de las supuestas avalanchas de preguntas que me harían. Si yo estaba en ese aprieto, ¿también lo iba a estar Felix? ¿Se lo habría contado a Joseff? Supuse que la respuesta era un rotundo sí. Ya no tenía a nadie cercano a quien mirar a los ojos, el bochornoso tema me lo impedía.

Fabiola me abdujo de mis divagues.

—Pequeña Hurón, ¿usaste preservativo?

—Ten, aquí, yo te paso uno. —Nora sacó un pequeño paquete cuadrado y de un llamativo color rosa—. O espera, ¡el tamaño!

Me incendié.

—No me pasas esto aquí. —Decliné su «amable gesto» agitando las manos, justo cuando el autobús se detenía.

—Oh, no seas tímida —empezó a decir—. Recíbelo. Sé que los dan gratis, pero quiero ser la persona que tenga el privilegio de salvar a un niño de ustedes dos.

—Estás demente —solté entre risas por el giro inesperado del comentario.

De pronto, el preservativo dejó de ver la luz; los ojos del gallinero se situaron sobre la figura alta de Felix Frederick. Llevaba puesto su abrigo marrón, una camisa a cuadros roja, el cabello despeinado y su semblante desdeñoso. En una fracción de segundo, el mundo entero se detuvo permitiendo que solo él y yo habitásemos en él. Medio segundo bastó para desordenarlo todo con una mirada. Medio segundo.

Ya estaba perdida.

Lo estuve el resto de las clases hasta acabar en el Club de Voluntarios, pretendiendo oír a Megura sobre la investigación que estaba haciendo para infiltrarnos en una boda. De no ser porque llamó mi atención, probablemente habría pasado de todo.

—¿Floyd, estás aquí?

—Sí, sí.

La tensión me volvió; el Poste estaba a sentado a mi lado.

—Genial —habló la líder del club—. Como les decía, consulté con papá su horario y algunas de las bodas en las que tiene que tocar; me dio algunos informes interesantes. Muchas bodas millonarias son supervisadas por guardias y la entrada es permitida solo con invitaciones. En resumen: bodas de millonarios con platos excéntricos, descartado.

—Olvidas un hecho importante —manifestó Joseff. Su semblante distraído adoptó una faceta seria—. Y es que tienes a dos personas que fácilmente sirven de distracción. Josh y yo. Imagina que...

Allí me distraje; la mano de Felix se arrastró hasta mi mesa, resguardando bajo ella un papel doblado en dos. Giré la cabeza con sorpresa, dando un respingo al verlo. Me ignoró por completo, fingía prestar atención a su amigo. Ya podía oír el «*pam, pum*» de mi alocado corazón imaginando qué podría haberme escrito en la nota. La desdoblé con las ansias paseándose por mi cuerpo.

«Deja de pensar en lo de ayer, perversa».

Me atraganté con mi propia saliva. Escribí con su lápiz:

«¿Quién lo hacía? Parece que el perverso es otro...»

Al parecer mentir por escrito resultó; ningún ataque de hipo salió de mí.

«Ajá, sí, mira cómo me haces poner, baby. ¡Uf!»

Su sarcasmo literalmente era palpable; se transmitía a través de la arrugada hoja, que regresé sin

responder nada. Arrastré la hoja oculta en la palma de mi mano en dirección a su mesa. Allí me detuve y no la pude apartar. Felix colocó su mano sobre la mía, sus dedos se acomodaron y sostuvo mi mano. ¡Estaba en el cielo! Apremié su gesto con una sonrisa, coordinados bajamos las manos unidas. Nadie podía ver que detrás de esas mesas, mientras Megura parloteaba sobre no sé qué, Felix y yo grabábamos en nuestra memoria táctil qué tan bien se sentía la mano del otro.

—Jodidos cursis.

Excepto Loo, la rubia cascarrabias sentada detrás.

Retrajimos nuestras manos antes de que pronunciara la última s. Éramos la representación viva del color rojo y también de la vergüenza. Disimular que algo ocurría entre nosotros se convertía en un trabajo pesado e, irónicamente, una de las pocas cosas en la que coincidíamos. ¿Lo peor de ser tan distintos? Preparar el discurso para la graduación.

El jueves por la mañana recibimos el boletín de Historia; aprobé con un suficiente, así también los demás chicos que dieron el examen también. Con esa buena noticia ya podía llamarme graduada, aunque para ese hecho faltaban días. Quería tener mi diploma de egresada, enmarcarlo y colgarlo en la sala.

El mismo día después de clases, Felix y yo nos quedamos unas horas en la desolada biblioteca de Jackson para preparar las dichas palabras que colmarían de risas, reflexiones, llantos y recuerdos del colegio.

Buscamos una mesa apartada, escondida entre los estantes.

—¿Podrías madurar y dejar de hacer eso?

—¿Qué cosa?

—Hacer caras graciosas —hizo énfasis en la palabra en lugar de comillas— jugando con ese libro. Mejor dedícate a lo que vinimos.

Mis caras y expresiones feas no eran buenas como de pequeños, subir el libro y poner una cara arrugada, bajarlo y poner una expresión angelical, había perdido su toque. Lanzando un bufido con el peso de la derrota, dejé el libro a un lado. Felix tamborileaba su lápiz en los dedos, pensando cómo empezar.

—Deberías empezar tú —dijo reflexivo—; tienes más cercanía con las personas.

—Prefiero ser la segunda en hablar, así los nervios no me juegan en contra.

—¿Tienes miedo? —indagó viéndose interesado. Apoyó su barbilla en su mano a fin de prestar atención. Asentí con vehemencia, imaginándome en la tarima y a los demás observándome—. ¿Qué pasó con lo de atreverse, vivir y ese discurso?

—Esto es una especie de pánico escénico, te lo presento, a muchas personas les pasa.

Hizo una mueca volviendo al cuaderno; entonces, como si lo imaginara, comentó:

—Lo sé, a mamá le pasaba con frecuencia.

—¿No te da nervios presentarte frente a taaantas personas? —curioseé esta vez yo.

—En absoluto. Mis nervios van dirigidos a otro tipo de cosas.

—¿Cuáles?

Hizo su respectiva mueca, pensando. Entonces miró el cuaderno y todo en mí se derrumbó con su respuesta.

—Podría responderte esa pregunta o podría dejar de perder el tiempo y avanzar con el discurso. Estuve cerca. Felix es un hueso duro de roer.

—Tú y yo somos como el sol y la lluvia —articulé—, en algún momento lograremos coincidir.

—Aunque el sol tiende a ser el que ilumina y da calor, la lluvia vendría ideal para describirte.

—¿Por qué?

—En esta ciudad la lluvia es repentina y querible. El sol es normal, pero la lluvia... Hay algo diferente en ella que vuelve diferente a las personas. Como tú.

Esa misma tarde desperté sobre la mesa de la biblioteca casi babeando el libro con el que anteriormente jugaba. A unos centímetros de mí, Felix también dormía. Lucía igual a un bebé, con sus largas pestañas y expresión serena. Sonreí, me acomodé en el asiento, busqué mi bolso y saqué mi celular. Una fotografía de Felix durmiendo podía ser el inicio de mi macabro negocio, vendérsela a sus admiradoras iba a ser divino.

Preferí reservarla para mí.

El *flash* de la cámara me encandiló unos segundos. Tuve que cerrar los ojos con fuerza para que no lagrimeasen; no quería estropear las dos horas que había tardado para colocarme el maquillaje.

La fiesta de graduación ya debía haber empezado, en una semana más recibiría mi diploma y le diría adiós al colegio y hola a mi año de vacaciones. Todo el mundo se sentía ansioso. Esa misma mañana Jackson tenía una decoración alucinante, a nadie le pasó desapercibida. El gimnasio ya estaba listo, solo faltaba que llegara la noche y sus alocados estudiantes.

—Listo, quedó perfecta. Ya quiero colgarla en la pared.

Me senté en el sofá porque un extraño dolor de estómago me decía que los nervios ya se estaban manifestando con rebeldía y una osadía peligrosa. No quería que eso ocurriera; por eso preferí canalizar mis nervios moviendo mi pierna con inquietud.

—Ya llegaron —anunció papá asomado en el arco de la sala. Miré a mamá con los ojos tan abiertos como los de ella.

—Anda —me animó—, no seas tímida.

Me levanté del sofá y, acomodando mi vestido, me dirigí a la entrada principal de la casa. Papá saludaba a tío Chase con un apretón de manos y lo hacía pasar. A su lado, tía Michi cargaba a Carlote hablando por encima de su hombro con Felix.

Cuando la puerta se abrió por completo y vi al chico que me acompañaría a la fiesta, descubrí que el sol y la lluvia sí tenían cosas en común; Felix vestía un esmoquin negro, camisa blanca y una corbata celeste del mismo color de mi vestido.

Lo saludé con un tímido gesto con la mano. Él movió su cabeza, examinándose.

—Huroncito, ¿por qué no vas afuera? —sugirió mamá tomándose por la espalda.

Al comienzo no entendí por qué mi santa madre parecía más ansiosa que yo, tampoco los motivos de esos empujoncitos que me llevaron hasta la entrada; todo quedó claro cuando, aparcada al costado de la acera, nos aguardaba una limusina.

Felix se cruzó de brazos con una sonrisa torcida.

—¿Tú...? ¿Realmente mis ojos no me engañan?

—No estás loca —dijo.

—¡Esto es genial! —chillé dando un salto de camino al coche—. Siempre quise subirme a una. Gracias, gracias, ¡gracias!

—No me lo agradezcas; fue gracias a ellos. —Señaló a nuestros padres—. Sube o llegaremos tarde.

—Esperen —salió mamá a la calle; portaba su cámara—. Dejen que les saque una foto y podrán irse en paz.

Los demás rieron al ver nuestras cansadas expresiones. Felix lucía igual de agotado que yo con

todo el tema de las fotografías y eso que ni siquiera habíamos llegado a Jackson con todos los fotógrafos que la directiva tanto se jactaba de haber contratado.

—Se ven adorables —dijo con ternura la madre de Felix, como si quisiera apretujar nuestras mejillas.

Felix y yo nos colocamos juntos, rozando nuestros brazos, ladeé mi cabeza en su dirección y sonreí de manera forzada. Él no hizo muchos méritos por verse radiante en la fotografía. La luz volvió a encandilarme multiplicada por diez, casi quedé ciega.

—Así están perfectos.

Una última foto y listo.

—Que disfruten de la fiesta —dijo el tío Chase agitando su mano.

Papá, muy diferente a su amigo, se veía serio, con los brazos cruzados y renegando de todo. Lo miré esperando que dijera algo, entonces abrió sus labios y dijo:

—Nada de...

—Mika —lo retuvo mamá.

—No porque vayan a una fiesta permitiré el libertinaje —se excusó—, aún es una niña.

—Ya sueñas como mi suegro.

El chofer de la limusina nos abrió la puerta. Era un sujeto de traje, moreno, muy alto y recto. Se presentó como Julian.

La limusina por dentro era más alucinante de lo que imaginaba; llena de asientos curvilíneos, tan cómodos como una cama. Todo tenía su espacio. Una televisión LED estaba frente a nosotros y enseñaba los respectivos videos de las canciones que se escuchaban. Un bar se encontraba a mano izquierda y al otro lado, más asientos. Las luces de neón rojas nos iluminaban en ese sitio que de pronto se convirtió de ensueño. Había un pequeño teléfono, por donde el chofer nos habló.

—¿Quieren dar un paseo por la ciudad antes de la fiesta? —interrogó.

—¡Sí! —exclamé antes de que Felix se negara.

La fiesta de graduación podía esperar; dar una vuelta en una limusina tendría que valer la pena, sobre todo porque nos asomamos desde la ventanilla del techo a gritarle al mundo. Se sintió como estar en la pasarela, con una gota más de adrenalina, claro.

Por algunos minutos en los que el tiempo corrió por su cuenta, todo fue mágico. Luego vino el problema.

Nos quedamos parados al costado de una desolada carretera para salir de la ciudad, la misma que daba hacia la pasarela donde Felix y yo ya habíamos estado. Tuvimos que bajarnos para hablar con el chofer, quien revisaba la limusina con aspecto alterado.

—¿No funciona?

—Algo le ha pasado.

¡Pésimas noticias! Vi la hora en el reloj.

—No...

—Llamaré a la agencia para solucionarlo —informó el chofer al escucharme; mi voz salió quebrada, como si quisiera llorar. ¡Cielos!, vaya que quería hacerlo, mi fiesta de graduación se veía lejana y muy arruinada—. No se preocupen.

—Bien.

Me apoyé a un costado del coche buscando qué hacer con la injusticia de la vida. Tal vez encontrar un medio para retroceder el tiempo, declinar la sugerencia del chofer e irnos directamente a Jackson.

—¿Y esa foto?

Mi borrosa visión se esclareció al encontrarse con la foto que le había tomado a Felix aquella tarde del jueves en la biblioteca. Bloquéé el celular al instante.

—Ah... —Me eché a reír—. Te la saqué en la biblioteca.

Creí que se molestaría por mi atrevimiento, mas en su lugar, metió la mano en su bolsillo, sacó su celular y en unos segundos me enseñó una especie de persona con la cabeza echada hacia atrás, los ojos entrecerrados y blancos, la boca abierta como paciente en consulta de dentista y un extraño brillo en la comisura. Ese adefesio antinatural resultó ser yo.

—Borra eso —le ordené tratando de quitarle el celular, pero, como siempre, la altura no estaba a mi favor, ni siquiera en tacones.

—Me gusta.

—¡Es terrible!

—¿La fotografía o el que quiera chantajearte en el futuro con ella?

Mi boca se convirtió en un hoyo negro de ofensas contenidas. La sonrisa torcida de Felix delataba sus malas intenciones, el juego sucio que planeaba con su chantaje. Antes de proceder a una negociación para que la fotografía no viese más la luz —o continuara ocupando memoria—, el chofer regresó a nuestro lado.

—No responden.

—¿Cómo que no responden? —cuestioné volviendo a la Floyd histérica—. Tienen que hacerlo.

—Llame otra vez —manifestó Felix.

—Lo hice unas cinco veces.

—Vamos a llegar tarde, nos perderemos todo. Y estamos... ¿dónde rayos estamos? ¡Sí, a kilómetros de Jackson!

—Hagamos algo —propuso el chofer mostrándose sereno—: ustedes empujan y yo lo pongo a andar.

Para mí era un «no» seguro, para Felix todo lo contrario. Siempre tan testarudo.

—Bien.

—¡No! Felix eso no...

—Tranquila. —Me guiñó uno de sus ojos como forma de tranquilizarme. Eso no me tranquilizó ni un uno por ciento.

—Mejor llamamos a papá, que nos vengán a buscar —propuse esta vez yo, casi en un ruego por que el Poste me hiciera caso.

—¿Eso es lo que sugieres? —preguntó con desdén; su sonrisa fue llena de burla.

—Eso es lo que hay que hacer; no pienso perderme la fiesta de graduación.

—Solo es una fiesta como todas, McFly.

—Llamen a sus madres, niños; yo intentaré hacer que esto funcione.

Eso hicimos. Ninguno respondió a nuestras llamadas. Cada segundo que pasaba en la carretera se convertía en una eternidad amarga. Mi lado exagerado quiso comparar la vivencia con la película *Carrie*, pero concluí que no había nada peor que esa fiesta, excepto tener que empujar un auto en tacones y con vestido.

—¡A la cuenta de tres! ¡Uno...! ¡Dos...! ¡Tres!

Nada. La enorme limusina —que con suerte movíamos— no funcionaba. Estaba muerta. Ya estaba sudando como universitario recibiendo las notas de una prueba.

—Uno... dos... ¡Tres!

Empujamos otra vez y nada. Papá tampoco respondía a mis llamadas. A Felix le ocurría lo mismo. Estábamos perdidos, abandonados en la carretera con la mala suerte. De no ser porque una

universitaria y su pareja se apiadaron de nosotros, probablemente hubiésemos regresado a casa a pie.

La universitaria nos llevó a Jackson gratis, mientras nos contaba que hacía cinco años ella se había graduado allí junto con su gemela.

Felix y yo llegamos al gimnasio justo en la entrega de premios, cuando anunciaban el nombre de Joseff como «el más hablador». Merecido el premio lo tenía, ya todos en el curso sabían que solo los profesores podían hacerlo callar. Y aunque no fue la fiesta de graduación perfecta que esperaba, valió la pena tener el privilegio de divertirme una última vez con todos los estudiantes de Jackson, desde los más callados hasta con los que no quería ver ni en pintura.

El sábado, papá, exagerándolo todo, fue a poner un reclamo a la agencia y les ordenó que nos devolvieran el dinero. Una devolución del dinero no estaba en el reglamento de la agencia, por lo que el dueño propuso hacer la devolución costeadando cualquier cosa que le pidiésemos Felix y yo. Así, el domingo por la mañana, Felix y yo disfrutamos del centro de *spa* más caro de la ciudad, todo costeadado por el dueño de la agencia de limusina.

Algo bueno salió de nuestra mala suerte.

Discurso



Era el día de la graduación. Por fin recibiría mi diploma de egresada; lo malo sería tener que decir la mitad de un discurso sin que la lengua se me trabara.

Mis recuerdos sobre qué pasó antes de sentarme entre las personas para escuchar el discurso del director eran completamente difusos. Llegué con mis padres al colegio para la ceremonia, vestida con la toga y guardando en uno de los bolsillos mi parte del discurso. Me encontré con las gemelas en la entrada de Jackson, luego con Eli. Los padres de Felix estaban en el interior del colegio recorriendo los pasillos con entusiasmo mientras rememoraban vivencias de su adolescencia. Detrás los seguía Felix, con una expresión de querer que la tierra lo tragase y, a su lado, Joseff lucía tan entusiasmado como su padre, hablando Dios sabría de qué.

Después de eso, llegué a la formación y me senté junto a mis compañeros.

—¿Estás nerviosa, bonita?

Lo olvidé. La formación era de acuerdo con el apellido y a Alex le tocó sentarse a mi lado. A dos sillas de mí, Jo se giró al escuchar el «bonita». Ya podía imaginar el escándalo que haría solo por verme charlando con quien seguía considerando un enemigo potencial.

—¿Tú no?

—Yo no soy el que dirá un discurso frente a todos. —Se acercó confidente—. Aunque, aquí entre nosotros, tengo un miedo terrible a tropezarme y caer cuando suba al escenario.

No había pensado en ese hecho terrible. Di un grito ahogado que se elevó por sobre el discurso del director. Por suerte, entre tantas personas, nadie sospechó de quién se trataba.

Guardé la compostura. Mi orgullo de McFly no quería verse vulnerable frente a Alex. Enderecé la espalda y fingí un interés inexistente en el escenario.

—Pues con esas piernas largas que tienes, dudo de que caigas. Y con los bailes extraños que hiciste para la fiesta de graduación, no puedes hacer más el ridículo.

—Yo le seguía el juego a mi acompañante.

La última palabra la pronunció de manera alargada y cantarina, tomando todo el tiempo del mundo como la más despiadada de las torturas. Bien sabía yo que lo había hecho para provocarnos. Para todos fue una enorme sorpresa que Alex llegara con Eli. A mí casi se me cayó la cara al notar que cierta pareja era el hazmerreír de todos los presentes en la pista.

Durante la premiación, el dúo estuvo ocultándose. Fueron las gemelas las que me dieron esa descabellada noticia. ¿Qué pasó después de eso? Era una pregunta sin respuesta.

—Cierto, eres un experto en «seguirle el juego» a las personas.

Alex tuvo que cubrirse la boca para no reír más fuerte.

—Eres fascinante, bonita. ¿Te lo había dicho antes?

—Ni idea. Tus halagos me tienen sin cuidado.

—Lo digo en serio. —Su cambio en el tono de voz me hicieron volver a mirarlo, escéptica de sus palabras—. La persona que se gane tu corazón será un afortunado. —Recorrí las cabezas de mis compañeros hasta lograr ver a Felix a unos metros más adelante. Alex soltó una risa seca—.

Hay que ser muy valiente para enamorarte aun sabiendo que acabarás con el corazón roto.

Me quedé en silencio; sabía exactamente a qué se refería.

—O muy idiota —admití.

—Tal vez. Me inclino por lo primero. Ahora dime, ¿crees que tenga alguna oportunidad con tu amiguita?

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué?

El momento de su cuestionamiento quedó en segundo plano en cuanto escuché al director terminar su discurso para invitarnos a Felix y a mí al escenario. El instante de la verdad había llegado. Todo se presentó en una difusa cámara lenta, mientras mis oídos eran colapsados por los aplausos, tanto de padres como estudiantes.

Subí al escenario apretando con fuerza la hoja del discurso. En el otro bolsillo estaban mis horribles lentes. Los saqué temblando; por poco me punzo un ojo al ponerlos. Miré a los chicos, a las personas que esperaban que todo terminara pronto. Todos estaban igual de ansiosos que yo.

Felix tapó el micrófono con su mano, entonces tironeó de mi toga por detrás de la tarima.

—No estés nerviosa —pronunció, ignorando a todos—, piensa que a estas personas no las volverás a ver en años.

—Eso no me reconforta mucho —espeté.

—Solo debes leer.

Quitó su mano del micrófono, procedió a empezar el discurso.

«Director, sostenedores, profesores, compañeros, familia, eso es lo que encontramos aquí y sé que muchos...»

De alguna forma lo convencí para empezar, lo que por un momento me salvó el pellejo. Ni siquiera recuerdo su parte del discurso. Me perdí de la Tierra un momento, hasta que el codazo de Felix me hizo aterrizar. Con su dedo señaló la parte en que debía seguir, puesto que mi despertar desorientó más que mis sentidos.

Inspiré hondo y comencé:

«Cuando escuchamos la palabra «futuro», nuestra cabeza empieza a dar vueltas. No es algo que queramos oír siempre. Todo lo contrario, la evitamos. De niños vivimos con la típica pregunta de «¿qué quieres ser cuando seas grande?» y con el paso de los años nuestra respuesta fue cambiando. Nos inquietamos porque queremos darles una respuesta concreta a nuestros padres, o sea quien sea la persona que formó la pregunta. Pero, detengámonos un momento y dejemos de complacer a los demás, miremos nuestro yo interior y preguntémonos qué es lo que realmente queremos y esperamos de nuestro futuro. Ya basta de querer complacer a los demás; hagámoslo nosotros mismos, porque el futuro es nuestro. A nadie más le pertenecerá. Por eso, estimados compañeros, ahora que hemos dado un paso más allá, no se desanimen si cometen errores, si nada es como pensábamos. Disfrutemos y aprendamos cada segundo, porque no importan cuántos años de estudios tengas, ni cuántas veces has reprobado el ramo, lo que vale son las experiencias de vida, y estas no se ganan ni con cinco años de estudio en la más cara universidad o en la mejor de las carreras.

Recordemos que todos aquí fuimos una familia, quizás un tanto disfuncional, pero fundamos lazos, construimos personalidades, experimentamos logros y derrotas. Hoy saldremos al mundo con la esperanza de ver un mejor mañana, por siempre y sin importar lo que nos depare. Caigamos cuantas veces sea necesario, caigamos hasta aprender. Sin remordimientos, porque solo así aprenderemos».

Una vez que nuestro discurso terminó, los aplausos fueron oyéndose poco a poco. Les sonreí a mis padres con nerviosismo. Me reí luego de los silbidos del gallinero, tan escandaloso como siempre.

Vaya que extrañaría todo eso. A pesar de decir que el colegio era un asco y levantarme de lunes a viernes queriendo que el año terminase, puedo decir que crecí como persona en Jackson y conocí a tantas personas maravillosas que se ganaron un espacio en mi corazón, sin importar su procedencia o condición.

Con el diploma en mi poder y un par de súplicas a papá por parte del gallinero para que me dejara ir a la celebración en casa de Danilo, la ceremonia de graduación pasó a una fiesta improvisada en la que todos tuvimos que aportar algo de dinero. Allí volví a encontrarme con los terrores de mi pasado, Wladimir en compañía de su novia y Thomas, también con Alex que al verme no dudó en guiñarme un ojo, como de costumbre. El grupo de deportistas se ganó el patio de la casa y allí armaron un juego que terminó con más de uno vomitando hasta las entrañas.

Por otro lado, los más tranquilos hablaban sobre vivencias en el colegio y en su niñez. Joseff y Sherlyn charlaban en un rincón con un secretismo intrigante. Las gemelas querían que Eli bebiese otra vez y ella se negaba rotundamente, hasta que apareció Alex, puso de mal humor a las dos chicas y salvó a Eli como todo un galán.

Me descubrí sonriendo como una boba en medio de la sala, bailando guiada por la música. Giré para dirigirme a la puerta en el momento justo en que todo mi cuerpo se tensó. Mi nariz dio con el pecho de Felix y del susto terminé golpeándolo con la cabeza en la barbilla.

—Lo siento, es que...

—Da igual —dijo frotando su mentón con la mano—. Mi culpa.

Abrí mis ojos con sorpresa.

—¿Felix Frederick admitiendo un error? Esto es nuevo.

—No me agradas.

Cubrió toda mi cara con su mano y la desplazó hacia adelante. Tuve que sostenerme de su abrigo. Una vez estable, quité su mano, sofocada.

—Puedo afirmar que estoy en un plano más arriba de tu «no me agradas». —Quise menear mis cejas, pero todo lo que conseguí fue arrugar mi frente e inflar la nariz en su intento.

—Arrogante.

¿Realmente me había llamado él arrogante?

—¿Discuuuuulpa?

—Estás disculpada, pero solo si nos vamos de aquí.

Me quedé con la palabra en la boca. No supe qué responder. Miré a mis amigas, el entorno, el ambiente. Escuché con detalle la música, las risas.

—¿Por qué quieres irte?

—Estas cosas no me gustan, no hay mucho que hacer. Y quiero un helado. ¿Vienes?

Mi respuesta fue una sacudida de cabeza. Felix tomó mi mano y me guio hacia la salida.

Llegamos a la tienda junto a la carretera. Felix compró un helado de menta y tuvo que comprarme uno de chocolate —mi dinero lo había puesto como cuota para la fiesta—. Caminamos hacia la pasarela y buscamos el mismo sitio de antes.

—Me gusta mucho esto —comenté mirando la desolada carretera que se encontraba a metros

más abajo. El silencio, contrario a la fiesta, le daba un toque relajante a nuestro encuentro en aquel lugar. Tomar helado de noche podía convertirse en un placer adictivo.

—A mí también.

—¿Qué harás ahora? —quise saber.

—Tomar helado.

Mis hombros y todo mi entusiasmo decayeron con tal respuesta. Después de tanto tiempo todavía no lograba acostumbrarme a las contestaciones por parte del chico inexpresivo sentado a mi lado. Siempre con su sarcasmo y respuestas cortantes sublimizando lo obvio.

—Sabes a qué me refiero.

Le dio una lamida a su helado antes de responder:

—Voy a dar una entrevista en la universidad.

—¿Qué quieres estudiar?

—Literatura, como tu papá.

—Ya lo suponía. —Esa respuesta produjo una sonrisa de satisfacción al comprobar mis especulaciones sobre él. Después de todo, ya lo iba conociendo más—. Todavía estoy esperando que actualices tu historia; quiero ver hasta dónde puede llegar el amor del protagonista hacia Emily. Por cierto, ¿por qué la pusiste en la categoría de romance? ¿No le queda mejor misterio y suspenso?

—Porque Malak está enamorado —aclaró mirándome directamente a los ojos. Una maraña de preguntas se introdujo en mi cabeza al escuchar «está enamorado»—. Amor es el sentimiento inicial y lo que impulsa las acciones del protagonista.

—Pero comete actos crueles.

—Lo hace por amor.

Guardé silencio reflexionando el tipo de amor sobre el que había escrito Felix; era un amor torcido y enfermizo, pero de alguna forma, lo hacía sentir como algo bueno. Ese foco, la posición en la que el lector se introducía, dejaba un rastro de adicción y culpabilidad.

—¿Me dirías cómo terminará? ¿Eh? —insistí moviendo su brazo antes de que pudiera dar otra lamida— ¿Por favor?

—No, nada de *spoilers*.

Lancé un jadeo que hizo eco por toda la carretera. Quise convencerlo, pero sabiendo que trataba con un Poste incorregible y siempre tan reservado, entendí que poco conseguiría. Me rendí continuando con la charla sobre la historia de Felix.

—Si lo ves desde un punto más... No sé, quitando el hecho de que es un asesino, Malak es un romántico. A su manera, por supuesto. —Busqué, entre la oscuridad de la noche y la poca iluminación que las luces de la pasarela nos regalaban, su tatuaje. Subí hacia sus labios, luego sus ojos—. Nunca te lo había dicho, pero su primer beso fue un poco traumático, romántico si se apela a la oscura trama. O a tu forma de pensar.

—¿Mi manera? —preguntó.

—Sí, fue algo... turbio.

Sus labios se torcieron. Hubo un microsegundo donde me sentí como una *fan* pidiéndole un autógrafo a su escritor favorito. Felix Frederick no era mi escritor favorito; sí el que más quería.

—¿Cómo te gustaría que hubiese sido?

Me encogí de hombros.

La verdad, no imaginaba la forma en que Felix narraba aquellos besos entre los protagonistas en una situación tan turbia, le daba el toque romántico suficiente, pero siempre estaba la sensación de

culpa o decepción cuando lo hacían, porque Emily no amaba a Malak, solo lo usaba para su propio beneficio.

—¿Sabes qué es verdaderamente romántico? Un beso bajo la lluvia. Con Lena siempre soñábamos con una escena de ese estilo, con el día gris, amantes que se dicen lo mucho que se quieren en medio de la lluvia; dando a saber que no importa el mal presagio, el clima o el tiempo, su amor prevalece entre ellos. Aaah... eso es amor: un beso bajo la lluvia.

—Cliché. —Cortante y sin remordimiento.

—¡Pero romántico! En la mayoría de las películas románticas y en las series, hay un beso bajo la lluvia. Yo también quiero uno; me gustaría saber qué se siente. Deberías anotarlo en la lista. Anda, hazlo. —Comencé a codearlo, insistente como solo Floyd McFly sabía.

La expresión de Felix rozó el fastidio. De manera pausada, dijo como en un mugido:

—Lo pensaré. Pides cosas muy difíciles teniendo en cuenta que lloverá dentro de meses.

—Si ocurre contigo, entonces valdrá la espera —murmuré para mí misma, pero todo indicaba que Felix lo había escuchado.

Colados



¿Quién dijo que organizar una boda era sencillo?

No, debo hacer la pregunta correctamente: ¿Quién dijo que infiltrarse en una boda era sencillo?

Tal vez lo sea para un adulto especialista en mentiras o de esos sujetos que tienen un don para el convencimiento; para un grupo de adolescentes que apenas conocen de la vida... creo que no. Y para una chica que no puede mentir sin hipar, menos.

Por fin, después de muchas búsquedas, nos colaríamos en una boda y no una boda cualquiera, una de millonarios. Insistimos tanto que Megura por fin aceptó. Con un plan hecho para nuestra infiltración, solo nos quedaba reunirnos en su casa. Yo, por otro lado, necesitaba decirles a mis padres que esa tarde la pasaría con los chicos del club, suplicando que no preguntasen por qué, dónde y qué haríamos. Si se daba el caso, el sábado por la mañana estuve entrenando frente al espejo mi poco elaborada mentira sin que mi diafragma del mal me delatase.

De milagro, la fortuna estuvo a mi favor. Creo que estaban demasiado ocupados en sus propios asuntos, por lo que un interrogatorio como el de las series y películas —en que mamá vendría siendo el policía bueno y papá el malo— no ocurrió.

Arreglé mis cosas y salí de casa con una sonrisa radiante. En el parque, Felix y Joseff me esperaban. Eso me trajo recuerdos.

Las paredes de la casa de la familia Anderson estaban repletas de discos de vinilo y afiches sobre bandas de *rock* antiguas. También algunas fotografías en blanco y negro. No lucía como la sala común, más bien parecía la habitación de un adolescente. Megura explicó que sus padres eran amantes de la música y que pertenecían a una banda llamada Warrixr. Nos enseñó una foto del grupo, también algunas canciones de su propiedad. Todo indicaba que lo liberal de sus padres contradecía a su hija, siempre recta y moralista.

Nos cambiamos de ropa en el baño, uno a uno. Llevé el mismo vestido que había usado para la graduación. Si lográbamos colarnos en la boda predestinada, entonces debíamos vernos a la misma altura que los invitados.

—¡Miren!

Jo apareció en la sala posando, con la camisa desabotonada y sus manos que la abrían para enseñar su disfraz de Batman, mientras elevaba el pecho con la mítica mirada al horizonte.

—¡Payaso!, no eres Clark Kent y ese es el traje de Batman —recriminó Josh, muy ofendido—. Además, te faltan los lentes.

—¡Tienes razón! —exclamó conmovido el chico de lunares; luego, dirigiéndose a Sam, canturreó—: Sam, qué bien te ves en traje... ¿Me prestas tus lentes?

Los ojos de Sam se abrieron de par en par, como si la pregunta de Joseff fuese insólita.

—Sin ellos no veo nada.

—Ahh, tranquilo, yo puedo ser tu guía. —La persuasión de Loo para que Sam accediera no pareció funcionar, sino que desató la expresión de horror más alucinante jamás vista.

—¿Qué? No, no, no. —Sam se aferró a sus lentes sosteniéndolos con sus manos—. Sé a dónde

va esto.

—Ya, chicos —habló la voz de la razón y dueña de la casa, Megura—. Concentrémonos en lo que haremos. —La líder del club nos enseñó la hoja doblada con los nombres de todas las personas invitadas a la boda, que se realizaría en un recinto privado—. Anoche hice el trabajo de buscar a los invitados —continuó jadeante; de solo recordarlo se la notaba cansada— uno por uno y descubrí que la boda pertenece a la nieta del socio mayoritario de MAN, Terrius Kauffman.

Todos nos miramos, confundidos.

—Y eso significa que...

—Terrius Kauffman es un anciano con el mal de Alzheimer y, en su tiempo como socio del mejor bufete de abogados, gozó de mucha fama con las mujeres, lo que significa que tiene una enooooorme familia, hijos y nietos repartidos por Dios sabe dónde —explicó Megura—. Es nuestro justificativo, nuestro pase gratis a la boda.

—Justificarnos en un anciano no es muy honesto —opinó Joseff antes de que yo lo hiciera—. Prefiero el Plan A.

—Lo sé, pero es necesario, al menos cuando nos pregunten por las invitaciones o con quién vamos.

—¡Da igual! —soltó con exasperación la rubia Loo, quien estuvo tratando de quitarle las gafas a Sam mientras Megura hablaba—. Solo será un momento, antes de que el par de dramáticos encienda la fiesta.

Examiné a Felix en busca de su aprobación, pero poco pude deducir de su rostro serio. Si no se opuso, supuse que estaba de acuerdo.

Para llegar al recinto donde se celebraría la boda, tuvimos que viajar dos horas y media en bus. Un largo viaje para una infiltración con un treinta por ciento de éxito; el porcentaje restante correspondía a nuestro infame fin.

—No puedo creer que vayamos a colarnos en una boda... ¡y de millonarios! —solté con impaciencia, removiéndome en mi asiento—. Quiero comer las delicias de postres que deben tener, si es que no nos corren antes.

—No te ilusiones —me regresó a tierra Felix—, ni siquiera sabemos si podremos entrar.

—Ya, Chami, no seas pesimista. Gózalo.

Su mueca de disgusto se notó. Sonreí con victoria.

—Quisiera hacerlo, pero tengo a un deficiente con complejo de superhéroe que me usa de almohada.

Me incliné sobre el asiento. Joseff iba durmiendo al otro lado de Felix, apoyando la cabeza en su hombro. Qué novedad, Jo tranquilo y sin hablar.

—Entonces no te molestará si yo también lo hago.

Riendo para mis adentros, apoyé mi cabeza en el otro hombro de Felix. Mala idea, fue como dormir sobre un pedazo de madera. El inexpresivo era un esqueleto andante. Necesitaba comer más. A pesar de lo incómodo que fue, acabé rendida en los brazos de Morfeo.

El *flash* de la cámara de Loo, en compañía de unas risas traviesas, nos despertó. Nos tomaron una fotografía en nuestro estado más vulnerable. Antes de reclamar, Megura anunció:

—Ya casi llegamos.

—Es bueno saberlo —comentó Felix moviendo sus hombros con rudeza. Su malhumor se acentuó entre sus pobladas cejas, dejando entrever que usarlo como almohada no le había parecido bien.

—¡Mira eso! —Josh codeó a Sam. Ambos amigos estaban asomados por la ventana del bus,

viendo los lujosos autos aparcados en un estacionamiento frente a la playa—. Son hermosos...

Desde el otro lado, donde yo me encontraba, la vista daba hacia las cabañas para turistas, hoteles y sitios de eventos. Nos encontrábamos en la parte más lujosa y alejada de la ciudad, donde las personas lucían cual famosos de Hollywood.

Megura hizo parar el bus frente a la parada más limpia que jamás vi en la vida, sin grafitis, basura repartida, luces rotas, olor a orina. Nos encontrábamos en un lado irreconocible de la ciudad. Incluso Loo lucía sorprendida y deleitada con todo lo que veíamos a cada paso que dábamos.

Seguimos nuestro camino a la boda; cosa que no fue difícil de hallar. La líder del club reconoció a muchos de los rostros que charlaban entre ellos mientras formaban una larga fila para entrar. Instantáneamente mis manos comenzaron a sudar de los nervios. Por si era necesario, busqué una vía de escape factible en caso de tener que ocultarnos o correr.

—Recuerden: hablen con los ancianos que se vean con memoria frágil —habló Josh en cuanto nos acercamos a la fila—. Le preguntan: «Eh, ¿me recuerda?», y les responderán:

«No, lo siento». Entonces ustedes le dicen: «soy la sobrina de bla, bla» y dirá: «Oh, es que con la edad me está fallando la memoria. Pero mírate, ¡qué grande estás!». Por último, le dicen: «Se me perdió la invitación, ¿podría entrar con usted?». Listo, entrada asegurada. Esos pobres viejos no recuerdan ni lo que...

—Eso es muy cruel —interrumpí negando con la cabeza.

—Nada de eso —me apoyó Megura—; iremos acorde al plan.

Jo y Josh se alejaron de la fila para hacer de las suyas. No sé qué clase de artimaña hacían, pero siempre conseguían entablar conversación con desconocidos. Sam guardó distancia, entretanto Loo, Megura, Felix y yo esperamos llegar a la puerta del recinto, donde un guardia —que parecía una versión más humana de King Kong— recibía las invitaciones.

Pasaron diez minutos y ocho segundos hasta nuestro turno. La tensión navegó en el aire.

—Somos nietos de Terrius Kauffman —declaró Megura en cuanto el gigante nos pidió las invitaciones—. El abuelo ya debe estar adentro, ¿te dijeron algo a ti? —Me miró como suplicando apoyo.

—A-ah, no. —Contuve el aire en mis pulmones. Mi rostro hervía conteniendo ese mal que acechaba mis mentiras, el martirio que no había pedido: mi hipo—. Es... es decir, me dijeron que podía pasar sin problemas.

El sujeto de la entrada no quería ceder. Extendió su mano para recibir algo, cosa que los chicos del club y yo sabíamos de qué se trataba. Obvio, un par de adolescentes no podían engañar a un adulto tan fácilmente.

—Invitaciones o nada —reclamó.

—¿Sabes qué? Llamaré a la asistente del abuelo —sentenció Loo señalando el pecho del guardia— y verás en qué jodido problema te has metido.

Loo se giró dándole la espalda al guardia. Bastó una señal con la mano para que el tímido Sam captara qué ocurría. Alertó a Joseff y Josh, quienes estaban hablando con una rubia esbelta. Los dos chicos se despidieron de la rubia, entonces empezó la función que solo aquel par podía dar: una discusión. No obstante, ajustándose a la realidad y al público presente, los dos chicos dejaron de lado los cómics para enfrentarse en una batalla a muerte sobre el mejor lugar para vacacionar.

Sí, batalla a muerte, porque las palabras ya no bastaban, necesitaban una estrategia más eficiente. Nunca fui amante de la violencia, mas admito que en ese crucial momento se necesitó. La conmoción de los golpes hizo que el guardia se distrajera y los separara, mientras nosotros

aprovechábamos la entrada.

Traspassar esa puerta era la brecha que separaba el mundo común a uno en que jamás creí poder estar. Al otro lado todo brillaba, olía bien, se veía bien. Alucinante no alcanza para describir tantas cosas asombrosas.

Me embobé, cual polilla hacia la luz, por cuanto maravilla se cruzaba por mi campo visual. Yo era la Cenicienta moderna, sin una invitación y en compañía de su príncipe azul.

—¿Quieres un pañuelo? —ofreció mi príncipe—. Estás babeando.

Aunque de príncipe poco tenía.

Arrastré mis ojos con pesadumbre hacia Felix; él estaba tan serio como aburrido. ¿Acaso yo era la única vuelta loca con tantas excentricidades? Al parecer no, Megura y Loo también babeaban por la hermosura del lugar.

—Hay que colarnos a bodas más seguido —comentó Loo, por primera vez con una sonrisa de oreja a oreja.

—No nos ilusionemos; cuando Felix se oponga, nos echarán a patadas.

«Adiós a la comida», pensé con desgano. Podía engañar a mis amigos y padres, pero no a mí misma, porque siempre que iba a la celebración de cumpleaños de alguien, mi motivación principal era la comida. Quizá este también era el caso.

Alejados de la puerta, indiferente hacia los demás, fuimos a buscar asientos para pasar desapercibidos del guardia, en caso de que entrara a buscarnos. Nuestra preocupación se hizo mayor con la espera de Jo, Josh y Sam. Los asientos se estaban llenando, las personas entraban y el novio ya estaba en el altar, a la espera de su novia, frente al arco decorado con cintas y rosas. Comenzaba a fantasear cómo sería mi boda en el momento en que los chicos aparecieron. La mujer rubia con la que hablaban los dejó pasar.

Con el inicio de la ceremonia, el discurso sobre el valor del matrimonio, un par de lecturas de la Biblia y más discursos, finalmente, el padre llegó a la circunstancia que nos había

llevado a cometer la locura de estar sentados junto a desconocidos en una boda ajena a nosotros.

El padre se dirigió a todos los presentes, con tono solemne y Biblia en mano.

—Si en este momento hay una persona que tenga una razón para oponerse a esta boda, que hable ahora o calle para siempre.

Felix no se movió. Ni siquiera daba luces de querer hacerlo. Con mis ojos le exigí ponerse de pie, gritar el «yo me opongo» dejando de lado su orgullo. Pero no, seguía estático en su puesto. ¿Tenía miedo? ¿Acaso no se atrevía? Si de eso se trataba, entonces yo tenía que hacer algo.

Me puse de pie para sorpresa de todos los presentes —incluyendo los novios— y con la voz alzada dije:

—Yo me opongo.

El silencio absoluto colmó el lugar después de murmuraciones. No supe qué más decir. Creí que mi hora había llegado, ya me estaba despidiendo de la comida, pero más murmullos se produjeron en la enorme sala de eventos.

—Yo también me opongo.

Felix se puso de pie, al fin. Al instante la sonrisa de boba surcó mis labios. Maldita desdicha la de una enamorada que no medía descaro y consecuencia, porque siempre la idiotez del amor sobrepasaba todo, así que ahí estaba yo, de pie con Felix.

El peligro llegó cuando el novio le hizo un ademán al guardia para que nos sacara del lugar. Me espanté.

—No, ¡no! —Alcé mis manos en señal de rendición—. Escúchenme y ustedes también estarán

de acuerdo conmigo. —Ya venía mi querido y poco agraciado vómito verbal—. Una boda tan maravillosa, llena de gastos por montones no vale nada sin unas palabras entre los novios. Véanlo en las películas, ¡es una tradición! Una hermosa tradición. Es decir, mírense... tomados de la mano, demostrando su amor con gestos, pero todos sabemos que las palabras guardan magia, son poderosas, capaces de herir y sanar. Muchas veces las palabras valen más que los gestos y cuando se está enamorado, estas no pueden faltar. Los motivos son una parte crucial, son causa y efecto. No nos estamos oponiendo para arruinar una hermosa boda, nos estamos oponiendo porque creemos que una boda inolvidable debe estar llena de motivos por los que se aman.

Más silencio. Conteniendo el aire, volví a sentarme.

—Creo que tiene razón —dijo con voz gruesa el padre de la ceremonia—. Si los novios gustan, pueden decirse unas palabras frente a todos nosotros, sus testigos.

Resumen de lo que pasó después: nos corrieron.

Terminamos despechados, sin probar nada de comida. Avanzamos hasta la playa con paso derrotado, sin ánimos de más. Felix podía tachar los deseos de la lista, pero sin quedarnos a la celebración, poco valía la pena el esfuerzo.

—Bonito discurso, Floyd —habló Loo—, aunque olvidaste que la boda de toooodos los ricos no es por amor, es por dinero.

—No siempre —desdeñó Megura con un tono aninado.

—Ay, por favor, apuesto a que la pareja de recién no dura un año —refutó la rubia—. Encontrar a alguien que se case por amor y no por interés es como buscar una aguja en un pajar.

—Pues si tienes ese pensamiento...

Un siseo cargado provocó el silencio de las chicas. Jo nos sonreía como un demente.

—Sientan eso... —nos dijo, cerrando los ojos e inspirando con fuerza. Yo lo imité—. El olor a mar.

—Es asqueroso —manifestó Felix, cruzándose de brazos en un gesto de desaprobación.

—Todo lo encuentras detestable o asqueroso, Felix. ¡Anímate! —Moví su brazo—. Nos corrieron de la boda, pero lograste tachar dos deseos de la lista. No salió tan mal, ¿verdad?

—Y podría tachar una más...

Joseff Martin, el Chico Batman, se estaba desnudando sin ninguna clase de pudor frente a todos nosotros.

—¿¿Qué estás haciendo?! —increpó Megura dándose media vuelta. Mientras tanto, Josh observaba horrorizado a su compañero de rutina cómica. Tras unos segundos cayó en la cuenta de que un chico se desnudaba frente a su novia, así que la abrazó como si la consolara.

Loo lanzó una carcajada que me obligó a detenerme en ella.

—Este chico está loco. —Y como si no le importara nada, ni siquiera que apenas estaba oscureciendo, empezó a quitarse el vestido.

Los ojos de Sam no daban credibilidad a lo que veía. Sonrojado imitó a su amiga, para no ver a la chica más temida de Jackson desnudarse.

Antes de poder refregarme los ojos y creer que tenía un sueño muy extraño, todo lo vi negro. No me desmayé, ni la liberación presentada ante mí me había dejado ciega; Felix me había cubierto los ojos justo en el momento preciso en que Joseff se despojaba de su bóxer.

—¡Al agua pato! —gritó a todo pulmón el Chico Batman; detrás le siguió un grito de guerra, luego un grito de angustia—. ¡Ah, maldición! ¡Está fría!

Con el Chico Batman en el agua, Felix bajo sus manos, justo cuando Loo salía a la superficie, con su cabello mojado pegado al cuerpo.

—¡No seas llorón! —le recriminó la rubia, lanzándole agua—. ¡Vengan, idiotas, estas cosas la harán una vez en sus miserables vidas!

Vaya forma de incentivarnos.

—Ella tiene razón.

Josh fue el siguiente en comenzar a desvestirse; su novia lo siguió a regañadientes.

—Así se hace —los alentaba la rubia entre risas—, los quiero tal cual vinimos al mundo.

La idea empezaba a entusiasmarme. No lo niego, era muy impactante ver cómo personas que se veían normales enseñaban su lado independiente sin temor a ser repudiados o juzgados. Hacían una locura sin miedo, como si toda máscara, toda pantalla se fuese rompiendo. Ellos se mostraban con franqueza y una confianza que yo no poseía.

Totalmente envidiables. Siempre fui pudorosa en dichos términos, pero tal vez, solo tal vez, podía hacer una excepción. ¿Por qué ver el cuerpo humano como una vergüenza? Loo lo dijo: así todos llegamos al mundo.

Primero, me quité los zapatos de tacón. Luego busqué la cremallera de mi vestido, empezando a bajarlo lentamente. Iba por la mitad hasta que caí en la cuenta del chico inexpresivo que aguardaba detrás.

—Esta es tu oportunidad —dije—: o la tomas o la pierdes.

Felix, que no lucía muy entusiasmado con la idea de darse un chapuzón desnudo y con los demás chicos, meditó los cinco segundos que tardé en bajar el cierre por completo.

—La tomo —contestó.

Sam fue el último en animarse y lanzarse el agua. Después de salpicar, reírnos, jugar al «Tiburón» e intentar no morir de hipotermia, salimos temblando de frío por la noche. Las cartas estuvieron a nuestro favor, pues la playa era un desierto. Solo nuestras voces se oían por la costa.

Megura nos invitó a su casa para pasar la noche, dijo que ella se pondría con la comida aprovechando que sus padres no estarían. Antes de dar mi «sí» llamé a mamá para decirle que dormiría en casa de las gemelas, ya que no me dejaría quedar en casa de alguien que no conociera. Después de un esfuerzo sobrenatural, el haber hablado por celular ayudó en la veracidad de mi mentira.

Al día siguiente, después de pasar la noche en vela, Felix, Jo y yo regresamos a nuestras casas oliendo a mar.

—Quiero llegar a mi casa y darme un baño —comenté dando pesadas zancadas por el cansancio; mis párpados caían y mis ojos, a veces, picaban. Necesitaba dormir.

—Por favor, haznos ese favor —habló Jo cubriéndose la nariz.

—Oye, no soy la única que huele mal, debes oler peor por revolcarte en la arena como un cerdo en el barro.

Joseff arrugó el ceño y empezó a rasquetearse por todos lados.

—No me hables de la arena, ahora me pica todo el cuerpo. —Por instinto, Felix y yo nos alejamos—. Eso es discriminación, me hacen ver como si tuviese alguna enfermedad.

—En tal caso, prefiero no correr el riesgo de contagiarme —dictaminó el Poste con Patas con la mirada al frente. De pronto, su expresión inquebrantable fue atraída por el tono de llamada de su celular—. Es mamá —informó con extrañeza.

Respondía a su celular cuando sonó el mío. Lo saqué de mi mochila y vi de quién se trataba.

—Es papá —dije ya saboreando los problemas.

Al contestar la voz emanó de mí con una inocencia poco usual, digna de una grabación para enseñar en los videos cómicos del programa de TV que daban los viernes por la noche. Bien sabía

yo que ese tono llevaba por título «estoy en problemas», pero mi lado lleno de positivismo quería creer lo contrario. Todo adolescente sabe que una llamada de sus padres, después de haberle dicho una mentira, significaba problemas.

—Floyd, ¿dónde estás?

—Voy camino a casa, por el parque.

—Perfecto. —Fue tan seco que instantáneamente empecé a sudar frío. Agrandé mis ojos como si viese una película de terror, expresión que sumó a Jo en la intriga de saber qué decía—. No pares en ningún sitio; ven a casa; hay cosas serias por hablar.

Así como sus palabras, cortó de la nada. Nada de despedidas, nada de tener cuidado en el camino.

Tras cinco segundos de la confirmación de mi pronta muerte —porque vaya que tenía la soga en el cuello—, Felix guardó su celular, metió sus manos en los bolsillos y continuó caminando.

—¿Para qué te llamaban? —quise saber siguiéndole el paso con Joseff.

—Quieren que vaya a tu casa —se dirigió a mí— para hablar.

—¡Ay, no! —exclamé apretando mis mejillas—. ¡Estamos muertos!

Joseff fue el único que se echó a reír tan fuerte que su risa despertó la curiosidad de algunos transeúntes de la plaza.

—Creo que sí —comentó al final—. ¿Necesitan ayuda con algo?

—Ayudarías si no tuvieses esa sonrisa burlona —objeté con desdén. Mis drásticos cambios de humor tenían muchos factores, uno de ellos era que la arena y el olor a mar me estaban matando.

—Lo digo en serio.

—No hay nada que puedas hacer, Jo —asumí con el sabor amargo de la resignación haciéndose notar en mi boca. De pronto, una idea de lo que había podido pasar llegó a mi cabeza como un chispazo de horror—. ¿Y si alguien nos fotografió en la playa? O... no sé. ¿Y si había un conocido de nuestros padres en la boda y nos reconoció, vio cuando montamos el espectáculo y les dijo?

—¿«Nos»? —espetó sagaz el Poste—. Yo solo dije que me oponía; tú hiciste el resto. Tenía razón, el vómito verbal corría por mi cuenta.

—Chicos, chicos —llamó Jo agitando sus brazos—. Primero, nadie andaba por la playa y segundo, si eso llega a ser cierto, entonces sí están fritos.

Felix resopló.

—Gracias por confirmarlo, no lo había supuesto.

—Tengamos la esperanza de que nos reuniremos para otra cosa.

Quería tener esa esperanza, pero a medida que avanzaba hacia casa, todo indicaba lo contrario. La maraña de pensamientos pesimistas y posibles castigos por emitir tantas mentiras no saldría barato. Cada paso se asemejaba al proceso donde la guillotina me aguardaba. Oh, sí, ya veía lo que ocurriría luego. Una reunión, sentados en la mesa, aguantando las miradas acusadoras de todos.

Ya a unos metros de casa, me detuve de golpe.

—Espera, Felix. —A varios pasos, el chico inexpresivo se detuvo viéndose tan calmado que lo envidié—. Si llegamos juntos, lo sospecharán.

—¿Y?

—Que estaremos en más problemas.

—Tenemos la soga en el cuello, McFly. Pero si insistes...

Una sonrisa surcó mis labios sin preverlo. Jamás creí que aceptaría.

—Ve tu primero —le indiqué, señalando el camino restante—; en unos minutos llegaré yo.

Felix blanqueó los ojos accediendo. Dio media vuelta y en un par de segundos, desapareció adentrándose en mi casa, el lugar donde alguna vez había residido. Ya pasados algunos minutos, decidí retomar el paso para luego golpear la puerta. El padre de Felix fue quien me abrió; cargaba a Carlote mientras la arrullaba.

—Están en el comedor —me informó.

Asentí entrando en la casa. Los latidos de mi corazón resonaban dentro de mi cabeza, mis oídos se taparon. Sentí que alguien taladraba mi sien. Cutro, el gato malcriado, no llegó a darme la acostumbrada bienvenida; estaba embobado, meciendo su cola de lado a lado, sentado junto a la silla donde Felix se encontraba.

—Hola —saludé a la audiencia que vio mi llegada. Mamá indicó dónde sentarme con su mano, tan seria como nunca la había visto. La sangre se me heló hasta cosquillear mi nuca—. ¿Qué pasa?

Papá, a la cabeza de la mesa, esperó a que estuviese sentada para hablar.

—La confianza es frágil y las mentiras ayudan para que esto así sea —comenzó diciendo—. Ayer te dimos permiso para reunirte con los chicos del club, hasta ahí no hay ningún problema. Sin embargo, llamaste más tarde a tu madre diciéndole que te quedarías en casa de las gemelas. Hoy por la mañana, ellas y dos de tus amigas vinieron a buscarte para salir a comer cuando se suponía que tú estabas con ellas.

—Puedo explicarlo...

Me calló alzando su mano. Al instante, volví a cerrar mi boca haciéndome una bolita en mi asiento.

—Aún no termino con este festín de mentiras, Floyd. Resulta que Felix —arrastré mis ojos por sobre la mesa hacia el chico sentado frente a mí, quien lucía más preocupado por el felino a su lado que por el enfrentamiento de nuestros padres— les dijo a sus padres que pasaría en casa de un amigo, pero cuando llamaron, el padre del chico dijo que estaba en casa de Felix.

Con lo último, Felix por fin alzó la vista denotando preocupación. Tía Michi entrecerró los ojos al notar el gesto de su hijo, como si buscara, de alguna forma, entrar en su cabeza y sacarle toda la información.

—¿Qué es lo que quieren saber? —preguntó Felix con una indiferencia mal lograda.

—Resulta que de alguna u otra forma las mentiras logran salir a la luz —manifestó ella—, así también las travesuras.

La madre de Felix nos enseñó un video de YouTube, uno en el que una chica de vestido celeste salía parloteando, cual loro con caféina, sobre la tradición en la boda y lo emotivo que la vuelve escuchar a los novios dar motivos por los que se aman. Era yo. Yo divagando para que no me corrieran de la boda. A unos metros de mí, Felix estaba de pie.

—Es tendencia —añadió—. Y salió en el noticiero del mediodía en la sección de videos virales.

Ponerle pausa fue un alivio para mi sistema.

—¿Por qué, además de mentirnos descaradamente, van a la boda de alguien desconocido para arruinarla? —interrogó esta vez mamá, la única que no tenía ese semblante de querer despellejarnos vivos.

Felix y yo nos miramos cuestionándonos si era correcto explicarles los verdaderos motivos o quedar como unos revoltosos arruinabodas.

—También explíquen por qué huelen a mar —ordenó papá, olfateando con disgusto el ambiente.

Recordé el entrenamiento previo del día anterior, en caso de que tuviese que mentirles hacia

dónde iba y qué haría, pero Felix se adelantó a mis intenciones.

—Yo se lo pedí —confesó sin remordimiento—. Quería hacerlo y la convencí, también a los otros. Quería colarme en la boda de un desconocido y oponerme. Experimentar la adrenalina. Así que les pedí que me acompañaran a esa boda para ayudarme, pero terminaron corriéndonos.

La alarma sonó en mi cabeza; se estaba tornando muy, pero muuuuuuuuy peligroso el camino de la explicación. Si mis padres se enteraban de que me había metido a una playa desnuda, no habría libertad de expresión que me salvara.

—¿Y esto? —insistió mamá, sacando de mi cabello un seco trozo de alga.

—Nos metimos a la playa —respondió Felix, el portavoz.

—¿Ustedes dos? —Su madre arrugó tanto el ceño que llegó a parecerse a su madre, la mujer que había visto cuando Carlote nació.

—Sí —respondí con la voz baja.

Agaché la cabeza ocultando la vergüenza de un encuentro con la libertad que tuvimos el día anterior, ese instante en que la existencia de los demás no bastó para dejarme en la arena, sino que impulsó a desnudarme sin pudor. Estando consciente de mi acción —a todas luces no lo haría otra vez si la consecuencia se reducía a una charla parental—, solo quería volverme invisible, disipar cada una de las imágenes anteriores. Vaya curso de anatomía que cursé.

—¿Pasaron la noche juntos? —Ese interrogante lo emitió el padre de Felix, quien apareció en escena.

—Te-te-técnicamente en la misma habitación —aclaré formulando una risa llena de nervios.

—Yo quiero saber algo —se pronunció papá—. Será lo último que pregunte: ¿Qué pasa entre ustedes dos?

Un choque de miradas entre Felix y yo desencadenó una turba de colores rojizos en nuestras mejillas. Por un momento ambos nos cohibimos de nuestro encuentro en la distancia, sabiendo todo lo que hasta ahora había acontecido, sobre todo en los mismos terrenos de la casa.

—Te lo dije, ¡están saliendo! —señaló tío Chase a papá, con una sonrisa torcida y arrogante—. ¿Dónde está mi dinero?

—Bien, tú ganas —dijo de pronto papá, con rendición en su tono de voz.

De manera inexplicable el ambiente tenso tuvo una fractura que permitió la llegada de otro confusamente relajado. El espectáculo serio se había vuelto un escenario opuesto al anterior, donde mamá hablaba con tía Michi y papá sacaba billetes para entregárselo a su

amigo que, a duras penas, cargaba a su pequeña hija. Un signo de interrogación se me estampó en plena cabeza. ¿Acaso no estaban enfadados hacía un momento? ¿Por qué sentía como si nos hubiesen engañado?

—¿Qué está pasando? —necesité saber, así borraba la vana idea de haberme vuelto loca.

—Eso deben saberlo ustedes mejor que nosotros —se aventuró en anunciar mamá con una sonrisa que surcaba su rostro.

Escéptica, busqué los medios para saciar mi confusión, entonces pregunté:

—¿No están molestos?

Pero Felix no permitió que la respuesta fuera dicha. En su lugar, aclaró la clase de relación que él y yo teníamos, lo que dejó a nuestros padres en silencio.

—Ella y yo no estamos saliendo —dijo en el mismo tono y con la misma seriedad que el viejo malentendido de hacía un tiempo atrás, cuando seguían viviendo con nosotros.

—Así es, solo...

—Hay que ser un tonto para fijarse en la niña inquieta y traviesa que no dejaba de hacer bromas

pesadas, de mal gusto y se destapaba riendo hasta las lágrimas con las tragedias de otros. Hay que ser un idiota para sentir aprecio por una chica tozuda con pésimos chistes, que vive tropezando al caminar; a la que siempre se le pillaba el vestido y enseña sus bragas sin percatarse. Hay que ser muy estúpido para interesarte en una chica que no puede mentir sin hipar ni guardarse los nervios sin desparramar palabras incoherentes. Pero sería un imbécil si negara que, a pesar de todos sus defectos, son sus virtudes lo que la hacen especial; que tiene una forma inexplicable de alegrar la existencia de otros; que es su dramático optimismo lo que destaca por sobre todas las cosas; que siempre se repone a las tragedias y que me encantaría ser algo más para ella. No una «salida», quiero ser la entrada a una aventura en su vida, así como ella lo es en la mía.

El silencio fue rotundo. ¡Esa era la declaración más osada que había escuchado en mi vida! Felix Frederick, el inexpresivo hijo del mejor amigo de papá, había profesado su amor hacia mí, de una forma muy particular, ¡pero así fue!

—Eso ya es un hecho —pronuncié esculpiendo una sonrisa.

—Un momento. —Papá rompió la extraña atmósfera que se había formado, así también con los divagues ya formados en mi cabeza sobre mi futuro con Felix. Vamos, que mi lado soñador seguía presente y ante cualquier gesto me ilusionaba con facilidad, más con tooodo lo que él y yo habíamos atravesado—. ¿Acaso esto es una especie de propuesta de matrimonio o algo por el estilo? —La sola idea de un matrimonio con su única hija provocó que los celos paternos del gran Mika McFly salieran a flote.

—Estoy diciendo que quiero tener una relación con ella —puntualizó Felix— como pareja. Oficialmente y delante de ustedes.

Su madre lo examinó con la mirada en un tierno gesto de admiración hacia su primogénito. Colocó la mano sobre la cabeza de su hijo y dijo:

—Creo que eso deberías decírselo a ella.

El señalamiento cayó sobre mí junto con el resto de las miradas. Una de ellas, de Felix. Delante de nuestros padres me propuso ser novios. Mi respuesta fue clara.

Consecuencia



Existe un suceso en mi vida que pocos saben. Siempre me pareció poco adecuado contarlo y nunca fue algo que hubiese deseado contar. La única que supo de esto fue Lena.

Creo firmemente que cada acto acarrea una consecuencia y esta puede ser buena o mala, genial o devastadora. Luego, esta secuela influencia en nuestras decisiones, que también tienen como repercusión más consecuencias. Es todo un círculo vicioso. Infinito.

¿Por qué lo digo? Porque así se me demostró.

Me encontré con quien pensé que ya estaba extinto y, como es costumbre, siempre que algo o alguien vuelve a tu vida, recuerdas.

Había un motivo por el que jamás se me dio «mostrarme» con los novios que he tenido; jamás quise pasar a un siguiente grado. Además de que no existió la suficiente confianza, mi miedo a que «eso» volviese a ocurrir tuvo mucho que ver. Pero no pretendía explayarme demasiado —aunque el detalle en este caso era importante—, preferiría contar sobre qué ocurrió aquel día en que comprendí sobre el círculo infinito de decisiones y consecuencias.

Fui de compras con Lyn la semana siguiente a nuestra graduación. Quería unos *jeans*, ponerme algo diferente, tener algo que guardar en el armario para el ya especulativo otoño, sería muy frío y corría la mínima posibilidad de que lloviera. Genial, no tendríamos que esperar el invierno, la lluvia sería más pronto. Tal vez sería un nuevo comienzo para mí, una mejor experiencia después de ese fatídico momento en que Wladimir me cortó.

Después de ver mis posibles compras, fuimos a comer. Estuvimos un buen rato en la fila esperando ser atendidas, recibí la llamada de mis padres para cerciorarse de que estuviera bien, hablé un par de cosas con Lyn y, de la nada, ella recibió una llamada justo en el momento en que recibíamos las bandejas. Tuvo que marcharse urgentemente. Me dejó con dos bandejas sobre una mesa y el estómago que me crujía.

Decidí llamar a papá para que fuera a buscarme y aproveché a comer en lo que aguardaba.

Pero la consecuencia de mi decisión llegó. Archie Bollet se sentó en el asiento disponible frente a mí, en la misma mesa. Al instante recuerdos de aquel momento volvieron a mí, corriendo, amargos y vivos.

—Floyd McFly —pronunció con una sonrisa surcando sus labios—. ¿Te acuerdas de mí?

Cómo no hacerlo. Todas las personas que marcan un antes y un después son recordadas. Archie era una de ellas.

Le respondí que no lo recordaba y cuando hice un gesto para levantarme con la bandeja de comida, él me detuvo.

—Soy Archie Bollet. Nos conocimos...

No lo oí. Miré a mi alrededor como en busca de ayuda o algún medio de escape. A veces desearía que mi lado McFly dominase un noventa por ciento de mí, pero en general parecía que había sacado los genes de mamá, así también su personalidad. Por eso volví a acomodarme.

Sin quitar su sonrisa de mi frente, empezó una tanda de palabras buscando que lo recordase.

Cuando mi paciencia empezaba a colapsar, mi apetito se volvió fatiga y mi pierna no dejaba de moverse, le dije que empezaba a recordarlo. Quise que se marchara pronto, que me dejara en paz, pero Archie Bollet tenía mucho por decir.

Siempre fue hablador, un chico encantador, con la mejor sonrisa y un núcleo de amigos. Era el tipo de chicos que siempre destacaba, no importaba lo que hiciera, sin interesar su estado. Un poco como el prototipo de chico perfecto, aunque con una arrogancia que pocos lograban ver. Él la ocultaba bajo su máscara de carisma y buena voluntad. Y yo, la tonta niña que siempre lograba fijarse en los peores chicos, también lo creía...

Tuvimos la oportunidad de juntarnos como dos conocidos que empiezan a entablar una amistad. Todo iba bien, no entiendo cómo el tema cambió de medicina a romances. Creo que solía ser muy ingenua en esos ámbitos, no me percataba de cuándo las cosas sufrían un cambio. No sé si era malo; quizás en aquella ocasión lo fue.

Me invitó a su cuarto para enseñarme algunas cosas. Nos sentamos en la cama, charlando con normalidad, entonces guardamos silencio. Él me miró y yo le regresé la mirada un momento. Luego en una fracción de segundo, me vi tendida en la cama, casi en *shock*, con Archie que me besaba a la fuerza, con una pasión irracional. Me forzaba a besarlo reteniendo mis manos, sus piernas sobre las mías eran un impedimento para que pudiese moverlas. Intenté preguntarle qué hacía, pero me respondía una y otra vez que me relajara. ¿Relajarme? ¿Cómo podía?

Los forcejeos y los besos continuaron; yo, tendida en la cama con su peso sobre mí, empecé a asustarme cuando sus manos comenzaron a tocar mi cuerpo. Lloré del miedo, lloré encerrada en mi cuarto después de fingir que todo estaba bien.

No quería que algo así me ocurriera jamás, rechacé la idea de llamar a ese suceso mi «primer beso» y hui de todas aquellas insinuaciones que se expresaban en las sugerentes miradas de los chicos que me gustaban.

Supongo que Felix, al ser más frío y no tan demostrativo, me daba seguridad. Lo conocía de hacía siglos y, aunque parecía un desconocido en nuestro reencuentro, nunca se mostró como ellos. Todo lo contrario. Su indiferencia resultaba ser su punto a favor. No hizo nada conmigo que yo no quisiera, siempre fuimos los dos. No caminaba por delante de mí, avanzaba conmigo.

Claro, hablando de «relación amorosa», porque bien sabía que, si hablamos de caminar, él siempre andaba como si Jo y yo no existiéramos. Era parte de su encanto.

Teniendo a Archie enfrente otra vez, ese momento en el cuarto volvió a mí de forma muy asquerosa.

—¿Cómo has estado? —continuó. Lo miré detenidamente: sus cambios, su vestimenta, sus ojos. Buscaba saber qué tramaba.

Le respondí un «bien» cortante.

El desenlace que tuve con él no fue el mejor; después de lo ocurrido, actuamos como completos desconocidos. Yo huía de su lado, no me gustaba tenerlo cerca, ni verlo, ni escucharlo, ni escuchar sobre él. Nada.

—¿Qué has estado haciendo? —me preguntó ladeando su cabeza. Bajó la mirada hacia la bandeja con comida y regresó a mí—. Además de estar comiendo comida chatarra—. Entonces rio, como si fuese consciente del incómodo encuentro y su terrible broma.

Le respondí que nada, cortante, desde luego. Supuse que Archie esperaba una respuesta más empática o lo típico de las carreras universitarias. Quería decirle que se fuera, pero no podía.

—Ah... he estado algo ocupado desde que dejamos la escuela —dijo. Era evidente que su sentido de «estorbo» no funcionaba—. Me he ocupado de algunos centros para animales. De

hecho, ahora estamos buscando fondos para una campaña sobre el abuso contra estas indefensas criaturas.

Sonaba muy irónico.

—Interesante.

Una palabra bastante particular; fue lo mejor que pude decirle.

—¡Así es! Estamos buscando personas que apoyen la campaña con dinero. También trajimos algunos cachorros para dar en adopción. Todos vacunados y esterilizados, nada de qué preocupar a los demás —explicó empezando a entusiasmarse—. Si quieres, puedes ir a verlos.

Dudaba mucho de que pudiera adoptar a un perro —aunque si servía para espantar a Cutro, perfecto—, pero acepté. Sabía que cualquier persona, probablemente, querría ahorcarme por ser tan tonta, pero créeme que, si mi respuesta hubiese sido un no, ahora estaría arrepentida.

Guardé la comida chatarra y me fui caminando con Archie hasta la otra entrada del centro comercial, donde muchas personas se quedaban mirando y acariciando a los indefensos cachorros. Al llegar con ellos, un sujeto me empezó hablar sobre la importancia y el cuidado de los animales, la integridad moral de todos ellos, cómo pueden llegar a ser la esencia más pura del mundo. Un discurso que Archie aceptaba con gusto.

Di mi aporte y empecé a jugar con algunos de los cachorros, comencé a gozar del cariño que regalaban los pequeños animales. Incluso terminé encariñándome de uno que había sido encontrado en la calle por uno de los socios de la campaña, con una de sus piernas destrozadas. Lo llamé Latte, por su color, pero mi disfrute no era mucho. Algo seguía marcándome al punto de la inquietud. Me molestaba tener que ver a Archie tan feliz. Me molestaba que viese mi sonrisa.

Tuve curiosidad por saber si él lo recordaba, si en su memoria todavía guardaba ese terrible momento.

Lo encaré. Esperé el instante adecuado para hacerlo, uno donde solo los cachorros con los que jugábamos fuesen nuestros testigos.

—¿Te acuerdas? —pregunté sin quitarle los ojos de encima a Latte. No respondió. Lo miré con propiedad, de forma directa. Archie me enseñó su rostro con horror; sabía a qué me refería.

Insistí.

—Sí —me respondió agachando la cabeza como un perro al que su dueño está reprendiendo—. Me acuerdo de ese momento. No tienes idea de cuánto lo siento. Me... me acerqué a ti hoy porque quería decírtelo. Desde hace mucho, de verdad, pero no tuve las agallas.

Guardé silencio, intentando no alterarme. Le reproché su acto y cómo todas las veces que tuve que cerrarme a otros por miedo a que ocurriera y por qué, desde ese fatídico momento, repercutió en mi forma de ver las relaciones. Le dije todo.

Archie dijo una vez más que estaba arrepentido, que no comprendía los motivos para actuar así, que en su arrogancia había creído que yo aceptaría. También explicó que esa carga de conciencia caló tan profundo en su arrepentimiento que decidió buscar una forma de disiparla, que de alguna manera deseaba compensar su acto con alguien más, con el mundo, así se unió a las campañas contra el maltrato animal.

¿No lo dije ya? Cada acto tenía una consecuencia y esta influía en nuestra decisión. Nuestra decisión desencadenaba más consecuencias y, finalmente, nos formamos.

Archie me pidió perdón por todo lo que pudo traer su acto, me aseguró que nunca más lo hizo, que la persona que veía no era la misma desde hacía años atrás. Sabía que su acto no tenía excusas, pero sí se arrepintió de corazón y trató de cambiarlo, ¿debía decirle que no aceptaba su disculpa? No quería darle más vueltas al asunto, quería ponerle un punto final a todo eso.

Mis padres llegaron minutos más tarde de la seria conversación entre Archie y yo. Regresé a casa con un cachorro nuevo, mis *jeans* y una nueva percepción de la persona que había cometido el nefasto hecho que me había ocurrido hacía años.

Ya era un tema superado, una vuelta de página que sirvió para discernir quién, en verdad, me merecía.

Entender que todo ocurría por algo.

Viaje



Verano.

No llevaba bien la cuenta de los días; situación que a más de una persona le ha ocurrido para las vacaciones de verano. Sin embargo, sabía muy bien que mi nombre dicho a gritos por papá no era para ir a clases.

El nuevo integrante McFly sacaba de quicio a papá todo el tiempo, porque a diferencia de la bola con pelos de Cutro, Latte no tenía la disciplina de hacer sus necesidades dentro de una caja con arena o pedir para hacerlas en el patio. De su obediencia debía encargarse su dueña, es decir, yo, así que, como rutina por la mañana, interrumpía mi sueño para recoger y limpiar el desastre maloliente de mi nueva mascota.

Llegué con el cachorro en mis brazos, saludé a mis padres con naturalidad, como si portara un peluche. Las explicaciones vinieron luego, peticiones en masa de lo que pasaba por mi mente. Como hija única y la suspicacia de convencer a mis padres con facilidad, les dije que el cachorro se había ganado mi amor, cosa que no se alejaba de la realidad. Desde luego, no solo se ganó mi amor, también el de mamá. Papá y Cutro, en lo que se refería al perro, lo querían a varios metros.

Latte se acostumbró a la casa en un par de horas, tanto así que marcaba su territorio donde fuese. «Cualquier desastre que haga el perro, Floyd se hace cargo», se convirtió en una especie de lema familiar. Al día siguiente de su llegada, fuimos a comprarle una cama para que pudiera recostarse; Latte no podía subir las escaleras, era demasiado pequeño y el que le faltara la mitad de una pierna dificultaba mucho más. Por las noches, solía aullar a los pies de la escalera suplicando que lo subiera a mi habitación.

—Hola, Latte, ¿cómo estás, cariño? —lo saludaba. Cutro reclamaba amor por su lado; mi rechazo no le causaba cuidado al parecer. Entre el felino y el perro la amistad no daba luces.

—Sigo creyendo que Latte no le queda —reclamaba papá. Cierta recelo hacia mi aprecio por los canes se presenciaba en su tono.

—Es mejor que Cutro —me apoyó mamá, para sorpresa del gran Mika McFly. La sonrisa cómplice que nos dimos le causó más celos a papá que, con indiferencia de su épica derrota, le daba un sorbo a su café.

Tras unos veinte minutos procurando que la alfombra de la sala no oliera a orina, llamaron a la puerta.

—Yo iré.

Me levanté del suelo con los guantes para limpiar puestos. Tuve que sacarme uno para girar el pomo y abrir la puerta. Felix se presentó ante mí, serio como de costumbre. Pero traía algo más que capturó mi atención: un pequeño ramo de margaritas.

—¿Sabes lo tentador que es tomarte una fotografía así? —le pregunté viendo cómo extendía el ramo en mi dirección.

—No digas más y recibe las flores —desdeñó tras una mueca de amargura. Definitivamente, no le parecía buena idea esperarme con un ramo de flores, condición que papá le había impuesto para

salir con su única y apreciada hija.

Procurando no reír, recibí las margaritas con mi mano libre de pis, luego besé su mejilla. Felix no emitió palabra alguna ni gesticuló, después de aquel inocente beso se limitó a mirarme de pies a cabeza.

—¿Por qué estás vestida así? —quiso saber.

—Latte —respondí y eso bastó para que se hiciera una idea de qué se trataba. Por supuesto, el canino no escatimó en mostrarle todo su amor y adoración a Felix, quien, al entrar, se agachó para acariciarlo. No duró mucho, se levantó de golpe en cuanto Cutro hizo su aparición.

Tuve que agarrar al felino y alejarlo de él, cosa que no le gustó a la bola de pelos. Lo llevé hacia la cocina —en un brazo Cutro y en el otro sostenía las flores— donde mis padres desayunaban.

—Papá, tienes que hacer algo con esta cosa —espeté fastidiada. Cuando el felino tocó el suelo, quiso salir huyendo por la puerta, pero logré cerrarla a tiempo.

Papá no dijo nada sobre Cutro, en su lugar prefirió enfocarse en el ramo de margaritas.

—¿Es Felix?

—Sí, vino a buscarme.

Los celos paternos querían mantenerse bajo perfil, cosa que le costaba. A papá siempre se le dificultó asumir que su pequeña Hurón tenía novio y ahora que se trataba del hijo de su mejor amigo, quizá debía mantenerse calmado. Es claro que no era así. Como Mika McFly, eso no podía ocurrir. De forma paulatina iba asumiendo que nuestra relación era seria. Y yo también. Ese cambio drástico de «amigo de la infancia» a «novio», al comienzo, podía ser intimidante.

Subí las escaleras y busqué los materiales que ambientarían nuestra misión del día, me despedí de mis padres y de Latte, le dije a Felix que todo estaba listo y salimos de casa. Tomamos un bus hacia la casa de Megura.

Habíamos planeado cumplir uno de los deseos más complicados de la lista: viajar por el mundo. La situación en su posición se complicaba demasiado, no podíamos viajar. Primero, porque no teníamos dinero y, segundo, porque era arriesgado, así que decidimos tomar el lado sencillo: si no podíamos viajar, fingiríamos hacerlo.

¡Viajaríamos al Caribe! (A nuestra manera).

La travesía debía ser casi real; es decir, tendríamos que tomar un avión, alojarnos en un hotel, tomar sol en una playa del Caribe, disfrutar de jugos naturales y un sol radiante.

Llegamos a la casa de la familia Anderson.

Hacia días dibujamos y pintamos el interior de un avión en papeles enormes. Fue sencillo, solo tuvimos que hacer ventanas y pegarlas en las paredes. Las sillas del comedor en fila. Teniendo de cabecera un sillón en el lugar del piloto, Martin ya se encontraba sentado. Tuvo que arrendar un disfraz de piloto, con gorra y todo. Para eso y los demás gastos, reunimos dinero vendiendo los chocolates con pasas.

Megura, vistiendo un traje formal y con un pañuelo que hacía juego agarrado a su cuello, nos abrió la puerta e indicó el número de nuestros supuestos asientos. Todo muy profesional. Cuando Jo... Digo..., cuando el piloto anunció el despegue, la azafata (Megura) se presentó entre los asientos ofreciendo cosas para matar el hambre con el carrito de las verduras. Un asiento más adelante iba Josh que dormitaba.

—Buenas —nos saludó la azafata con la mejor de sus sonrisas—. ¿Gustan servirse algo?

Había que admitir lo cómico de toda esa actuación, que se asemejaba mucho al disparate de obra teatral que actuamos para el festival de primavera. Me sentía cómoda fingiendo que

realmente iba en un avión a República Dominicana para pasar la tarde en Punta Cana. Felix, por otro lado...

—Esto es ridículo —masculló.

Lo era, pero mantenía su cuota de diversión que él no deseaba notar. Megura sobreactuó sorpresa, pues sabía bien con qué clase de chico se toparía.

—Disculpe a mi novio, les teme a los aviones —le expliqué—. Quiero... —medité viendo una carta de menú dibujada por Sam— un refresco de durazno, por favor.

Felix, que había cubierto su cara con ambas manos, se giró en mi dirección como pidiendo una explicación a lo que había dicho. Megura continuó:

—¿Y el señor?

—Uno de frutilla —me adelanté a la negación del impaciente chico a mi lado—. Gracias.

Por supuesto que no teníamos jugos naturales y tal era agua de la llave y jugo en polvo del supermercado. No esperamos mucho para que la azafata llegara con ellos. Me bebí los dos; el día estaba demasiado caluroso.

Megura iba de regreso cuando Jo, de espaldas a nosotros, vociferó gangoso:

—Pasajeros, les habla el piloto. En breve aterrizaremos, gracias por preferir la aerolínea Gatham.

—¿Aerolínea Gatham? —repitió Felix.

—Adivina de quiénes fue la idea.

Soltó una carcajada seca y se cruzó de brazos y piernas.

—Puedo imaginármelo —formuló tan serio y malhumorado como de costumbre. Chasqueé la lengua inclinándome hacia él para observar sus gruesas cejas arrugadas y el entrecejo aún más.

—No estés molesto, todo esto es por lo de la lista, ¿recuerdas?

—Imaginaba un viaje diferente —soltó arrastrándose hasta que su cabeza quedó apoyada en el respaldo de la silla. Abrí mis labios para darle una explicación de por qué no se podía, pero cubrió mis labios con su mano—. Ya sé que dirás, puedes ahorrar el exceso de dióxido de carbono y el fluido de reacción alcalina.

«Oh, qué tierno, se preocupa por el planeta», ironicé para mis adentros. En lugar de eso saqué mi lengua y la pasé por su mano; tuvo que quitarla formando una mueca de asco.

—No veas esto como una mala actuación o como niños pequeños que juegan a lo que pretenden ser de grandes, ve esto como el esfuerzo y la realización de uno de los deseos. No será el Caribe, México, China... ¡o qué sé yo!, pero es el empeño de todos nosotros para que así sea. Además, no tienes que salir del país para viajar por el mundo, para eso está Internet y los videos de YouTube.

Sus ojos tallaron los míos un segundo que se hicieron eternos.

—Tus discursos motivacionales cada vez son peores —confesó desnivelando mi inconsciente cercanía con su dedo índice en mi frente—. Voy a esforzarme para no escuchar otro de ellos. —Sonreí sabiendo que no lo decía en serio, porque muy en el fondo le encantaban mis discursos *no-motivacionales*.

Decidí cambiar el tema.

—Cada vez que pienso en el Caribe, Jack Sparrow viene a mi cabeza. ¿Alguna vez viste las películas de *Piratas del Caribe*? Me las vi todas, incluso en las que Jack Sparrow no era protagonista. —Felix se mostró impaciente, incluso sacó su celular para ver la hora—. Ah... Esas playas son divinas, ¿verdad? —No parecía interesado en darme una respuesta. No le di mucha importancia; me gustaba rememorar la saga completa. De pronto, pegué un salto que aturdió al inexpresivo por un segundo—. ¿Para qué Jack Sparrow necesita tanta harina?

Felix miró hacia los lados y luego se encogió de hombros.

—Para pan-pan, para pan-pan, para pan-pan, para p-

—Ya entendí —me interrumpió—. Qué chiste más viejo.

—Ah, pues tengo uno mejor.

Un nuevo aviso sobre el aterrizaje dejó mi malogrado chiste para la siguiente ocasión. Tuvimos que «bajarnos» del avión, lo que en el lado correcto significaba «salir de la casa». Megura nos abrió la puerta.

—Gracias —nos dijo—, que tengan buen viaje.

Asentimos y recorrimos el antejardín hasta llegar a la acera.

—Un taxi nos estará esperando para ir al hotel —le informé a Felix con tanta seguridad que él se echó a reír con una naturalidad insana, porque cada vez que empezaba hacerlo (las cuales eran pocas) sentía que mi mundo daba vueltas y mi pecho se comprimía. Mis mejillas ardieron, tuve que cubrirlas con mis manos frías—. No te rías y actúa —recriminé, cual niña amurrada.

A dos casas de la familia Anderson, una rubia con ganas de golpear al mundo nos esperaba en la furgoneta de su tía.

—¿Frederick y McFly? —preguntó Loo, con la voz tiesa y desanimada.

—Somos nosotros. —Abrimos la puerta del auto y subimos en el asiento de atrás.

—Hola, un placer. —Se notaba a leguas que no lo era. Todo indicaba que su paciencia colapsaba al tener que actuar como una taxista. La sonrisa que surcó sus labios superaba todas las películas de terror que se habían estrenado en los últimos tiempos—. Vámonos de aquí, antes de que se me contagie la idiotez.

—Al fin alguien que piensa como yo —escupió el viejo amargado de Felix. Me lo quedé mirando amenazante, una advertencia silenciosa sobre otro de mis sermones—. Bien, retiro lo dicho —pronunció cargando la voz.

—¿Sabes qué? Cada vez que pongas mala cara o hagas un comentario pesado, me veré en la obligación de hacerte reír con uno de mis grandiosos chistes.

—Tortuosos chistes querrás decir —intervino Loo, negando con la cabeza mientras conducía—. Lo peor de todo este cuento del viaje ha sido tener que soportarlos.

Llevé una mano a mi pecho, dramáticamente ofendida por el comentario. Felix formó una sonrisa ladina, muestra de una insolente burla hacia la persona que decía gustarle.

—¡El de Harry Potter y Jack Sparrow fue bueno! —me excusé. Se hizo un repentino silencio que vi oportuno para enmendar mi estigma—. ¿Saben de qué murió Jack Sparrow? —Más silencio—. ¡De un *disparrow*!

Loo dejó el manubrio para agarrarse la cabeza con desesperación.

—¡Ay, Dioooooos! —gritó—. ¡Llévame contigo para no padecer esta tortura!

—Tú maneja —le ordenó Felix ante la despreocupación de la chica al volante.

Guardé silencio. Defender lo indefendible no era lo mío, en definitiva. Fui todo el camino restante como una anciana amargada, como un Poste cualquiera. Y hablando de ese ingrato, parecía disfrutar de la compañía de Loo, charlando sobre no sé qué. Busqué perderme en los divagues de mi cabeza, pero mi celular vibró.

Una nueva sorpresa: ¡Synapses por fin había retomado *En las fauces del lobo*! Chillé de la emoción abrazando a un estático Felix que pretendía saber de qué trataba la nueva notificación en su celular. Mi enojo se lo llevó el viento.

Llegamos a una zona alta de la ciudad, donde los autos contrastaban de lleno con el de Loo, así también las casas acaparaban terrenos más grandes. Pasamos residencias con diferentes diseños

arquitectónicos que me dejaron encantada, los jardines llenos de decoraciones exóticas.

Nos detuvimos afuera de un condominio, donde un sujeto custodiaba una cabina. Loo le gritó algo por la ventana y nos dejaron entrar. Siguió andando y se detuvo frente a una enorme casa estilo minimalista, llena de ventanas. Se bajó del auto y abrió mi puerta. Habíamos llegado a nuestro elegante hotel.

—Gracias por el...

—Adiós.

Al bajarnos, la rubia más temida de Jackson cerró la puerta del auto con un golpe que casi rompe mis tímpanos. Miré a Felix; traía la misma expresión de aburrimiento que Loo. Le estaba costando escapar de la realidad y usar su imaginación más allá. En la acera, la chica salió como una bala con el motor del auto rugiendo.

Una vez que desapareció, nos giramos hacia la casa de Sam, nuestro hotel de lujo.

—Bu-buenos días —nos saludó el chico de lentes una vez que abrió la puerta. A sabiendas de que mi acompañante no hablaría, tomé yo la iniciativa.

—Hola, tenemos una reservación aquí.

—¿A nombre de quién?

—Felix Frederick —respondí. Sam buscó el nombre en su *tablet*. Todo muy profesional también.

—Efectivamente —dijo serio, como si en realidad el nombre estuviese escrito en una reservación—. Por favor, llene esto con sus datos, ahí su firma.

Para sorpresa mía —y de Felix—, Sam tenía un cuadro donde poner nuestros nombres, dirección, fecha de nacimiento y nuestra firma. No pregunté con qué lo había hecho; de todas formas, me resultó alucinante.

Se lo regresé anchando mi sonrisa.

—Aquí tiene. —Nos hizo entrega de una achatada llave. Era la llave de su casa al parecer, porque colocó una expresión de susto cuando intenté meterla en mi bolso. Con una sonrisa me la quitó de las manos y, a continuación, dijo—: Que tengan una estupenda estadía.

Arqué una ceja.

—Uhm... Gracias.

Sam nos guio hacia el patio. Salimos a una terraza de madera con sillones acomodados en torno a una pequeña mesa con dos revistas y un diario. Avanzando más, dos sillas para tomar sol estaban puestas mirando en dirección a la enorme piscina. Junto a la enorme piscina la tienda de campaña, montada especialmente para que pasáramos la noche.

No se trataba de Punta Cana, pero sí de una buena adaptación.

El resto de la tarde nos la pasamos en la piscina, tomando sol junto a los otros chicos del club, robándoles gaseosas a los padres de Sam, hablando sobre cuál sería nuestro siguiente lugar por visitar y sobre el festival de verano.

Después de acomodarnos, llegaron los demás chicos para pasar el tiempo en la piscina. Aprovechamos la frescura de la tarde para encender el fuego en la hoguera y tostar algunos malvaviscos. Relatamos anécdotas al filo del calor hasta que oscureció por completo. Dos deseos más tachados.

Con la caída de la noche tuvimos que dormir en la enorme tienda de campaña de los padres de Sam.

Eran las dos de la mañana y no podía pegar un ojo. Debía estar durmiendo, porque sería un día agitado, yendo de un lado al otro, organizando los «viajes» restantes por el Caribe. Se suponía que nos encontrábamos en un hotel, disfrutando de una noche acalorada. Y lo era, el problema es

que dentro de la tienda de campaña no solo se alzaban suspiros y ronquidos; también se escondían mis agallas.

Por la trifulca no lo supe bien, pero estaba cien por ciento segura de que tenía a Felix durmiendo a mi lado. ¿Cómo iba a poder dormir viendo su rostro tan cerca? Ya de por sí mi imaginación navegó más allá de lo terrenal cuando lo vi acomodarse a mi lado. Ahora que en un descuido se había girado sobre el escuálido colchón inflable, quedando cara a cara conmigo, no pude ni respirar. Lucía como un niño pequeño, ni siquiera denotaba esa expresión tensa y amargada. Era un Felix diferente.

Cerré mis ojos y empecé a contar ovejas; un inútil intento por conciliar el sueño que se resumió en Felix que se acomodaba otra vez. Dándome por vencida, una vez que supe que el mundo de Morfeo no me abriría las puertas otra vez, me giré hacia el rincón para encontrarme con la tela impermeable y fría de la tienda. Para mi horror, una especie de cucaracha mutante avanzaba desde el otro lado, haciendo un extraño sonido que me produjo escalofríos. Del susto terminé mirando el techo de la carpa. Cubrí mis oídos con el cubrecama que Sam había sacado del entretecho. Entonces, para colmar la noche, una voz rasposa habló:

—Deja de moverte; te golpearé si vuelves hacerlo.

El descubrimiento fue fatal. Felix no estaba a mi lado, ¡era Loo que usaba una gorra negra que parecía cabello! Me sentí fatal, avergonzada y acongojada.

—L-lo siento —murmuré en medio de la oscuridad. La luz no estaba a mi favor y estar despierta en medio de la noche tampoco—. Es que hay un bicho horrible de este lado.

—¿Solo uno? —musitó Megura desde el otro extremo de la tienda de campaña—. Aquí hay una convención de insectos asquerosos. Uno tiene alas.

Hice una mueca de asco imaginando qué podría ser.

—No sabía que el patio albergara tantas cosas endemoniadas.

Las tres suspiramos al mismo tiempo, solo para contraer el aire en nuestros pulmones y retenerlos por el miedo a lo desconocido. Sentimos que algo saltaba por encima de la carpa, estremeciéndola.

—¿Qué fue eso? —preguntó Sam, con la voz temblorosa.

—*Shh...* —lo hizo callar Loo. Todo, por una fracción de segundos, quedó en completo silencio, hasta que un ruido recorrió el pavor de nuestras entrañas, arrastrándose por la curvatura de la tienda hasta el piso—. ¡Ay!

—¿Qué pasa?! —Jo se había despertado, inquieto.

—Hay algo allá afuera —contestó Felix, que estaba entre Sam y el Chico Batman. Todos nos quedamos esperando algún indicio de la criatura que merodeaba en el patio, hasta que un golpe al costado de la tienda volvió a alarmarnos. La impaciencia del chico con complejo de superhéroe salió a la superficie y se movilizó hacia la puerta curva de la tienda.

—¿Qué haces, Jo? No vayas, puede ser peligroso.

Lo detuve del brazo, todos (excepto Josh que todavía dormía) nos sentamos sobre el colchón, dentro de esa fría tienda.

—Voy a descubrir qué anda allá afuera —nos dijo, tan serio que daba miedo. Entre las cosas buscó una linterna y la encendió. Esa acción provocó otro golpe desde el exterior de la carpa, un movimiento brusco y algo sobre nosotros.

Insistí, no quería que dejara la tienda. Parecía el típico escenario de películas sobre el grupo de chicos que van muriendo uno a uno. Felix me tomó el hombro como diciendo: «deja que se vaya». Jo bajó el cierre lentamente; primero fue cayendo la malla contra insectos, luego la tela

impermeable. En cuanto la mitad de su cuerpo se vio en el exterior, escuchamos un gruñido.

—¿Qué es? —preguntó Megura.

—Es...

Entonces Jo salió de la tienda, dejándonos con la intriga que moldeaba nuestras cerradas y dolorosas gargantas. Mi pecho se contrajo, busqué mi celular en caso de tener que llamar a la policía. Ni siquiera disponíamos de los padres de Sam, pues estaban de viaje.

Cuando la preocupación llegaba a su punto de ebullición y todos nos coordinábamos para salir de la tienda en busca de Joseff, apareció en la entrada, con un gato en sus brazos.

—Era él —nos dijo con una sonrisa. La apestosa bola de pelos maulló. De reojo pude ver cómo Felix se hacía a un lado, evitando todo contacto con el felino.

El «aw» por parte de los demás fue instantáneo. Solo Felix y yo rechazamos al gato invasor. Lo dejaron recostado a nuestros pies, así no molestaría más. Cerramos la tienda, tranquilos y sabiendo que ya nada interrumpiría nuestro sueño. Empecé a cerrar los ojos, a quedarme dormida en el rincón que me había tocado.

Qué equivocada estaba, la noche continuaba...

—Chicos —habló Megura—, no quiero interrumpir su sueño, pero... ¿recuerdan el bicho asqueroso con alas que les mencioné? Bueno, creo que entró.

Así, la noche se resumió en buscar la cucaracha con alas y sacarla de la tienda; entonces, después de una noche eterna, pudimos dormir.

Al día siguiente tuvimos que volver a casa; la organización de los demás viajes tendría que esperar. Los deseos tachados en la lista cada vez eran menos. Siempre llegábamos a una meta, con un desenlace intrigante. Felix evitaba hablar de ello, no parecía entusiasmarlo demasiado. Yo quería saber más sobre lo que pensaba, más sobre la lista. Paseábamos por nuestra pasarela, matando el tiempo tomando helado y contando autos antes de volver a nuestras casas. Allí, en las alturas de la carretera, vi la oportunidad de sacar a la luz el tema.

—¿Te gustó el viaje al Caribe? Bueno, una parte de allá.

—Pudo ser mejor.

Gruñí, blanqueando mis ojos.

—Eres taaaan exigente, Chami... Guardó silencio un momento.

—Yo solo quiero verte feliz —dijo de pronto.

—Yo soy *felix* —expresé—, incluso si salgo con un inexpresivo como tú.

Creí que sonreiría, pero no fue así. Sus ojos cautivaron los míos una fracción de segundos en los que murmuró un suave: «sabes que no es así». Creyó que yo no lo había oído, quizá fingí no hacerlo. Mordisqueé mi labio en cuanto se dio vuelta y se apoyó en la baranda.

—Dejemos de fingir que todo está bien, Floyd. —Molesto, lanzó su helado a la carretera, sin importarle los autos que transitaban. Me espanté de su reacción, me mantuve estática, sosteniendo mi helado—. No está bien. Tú no estás bien.

No dije nada.

Era mi culpa. Yo... yo había olvidado cuál era la verdadera actuación.

El helado se derretía por mis dedos temblorosos. Ese instante tan corto en que la felicidad merodeaba se marchó para darle paso a la colisión de realidad no deseada. A todos nos gustaba escapar de la realidad, en mi caso también sucedía. ¿Por qué debía recordarlo ahora? Entendía

que, mientras más alto el vuelo, más dolorosa la caída, pero yo quería seguir volando incluso si la caída no dolía, mataba.

—Finjamos que todo está bien una vez más —supliqué, apretando con fuerza el cono de mi helado hasta el punto de romperlo—. Sigamos olvidando el problema, al menos hasta que la lista esté hecha. Hemos avanzado tanto; por favor, no seamos realistas ahora. Por favor, Felix... Por favor.

El chico ante mis ojos me miró como un animal lastimado, compasivo de mis palabras y meditativo sabiendo el costo de su decisión. Gesticuló un «bien» que no se oyó, volvió a hacer de la baranda su sustento y, por unos cinco segundos, se quedó contemplando la carretera.

—Bien —dijo esta vez en voz alta, más audible.

—¡Gracias, eres el mejor! —exclamé queriendo abrazarlo, pero huyó de mis manos pegajosas haciéndose a un lado—. Tal vez no viajaremos físicamente al Caribe, pero podemos hacer un mejor trabajo —lo animé con la barbilla temblando—. No sé... podemos ir a la playa o... o llevar cócteles caros y hacer como que tomamos en un bar. No vas a arrepentirte.

Apoyó la cabeza en su mano, una sonrisa surcó sus labios. Yo quería llorar, eso él lo sabía bien.

—Ven aquí. —Extendió sus brazos permitiendo ahogar mis penas en él, reconfortándome indiferente a su anterior rechazo, pero arrepentido por haberlo hecho.

Estallando en sollozos imposibles de contener, me abalancé hacia Felix. Mi garganta obstruida no dejaba que formulara alguna palabra sin que doliera.

—Eres tan sensible, pero no puedo verte así. ¿Cómo puedo negarme a ti?

No podía, Felix nunca lo hacía.

Visita



Un caluroso fin de semana se presentó con el siguiente deseo por cumplir. Como el mejor de los cameos, quienes nos acompañarían sería el gallinero y los chicos del club, todos con un mismo propósito: visitar el hospital municipal. Cielo celeste, nubes blancas, el sol que pegaba más fuerte que ningún otro verano.

Oh, sí, el día perfecto para la buena acción que haríamos.

Inevitablemente, y a pesar de tener que salir con protector solar y verme igual que un mimo, mis ánimos se compusieron de sonrisas, saltos y preguntas incesables que el querido Poste con Patas debió responder. Haciendo una sutil referencia a nuestra charla en la pasarela sobre él como el sol y yo, la lluvia, le comenté que se había levantado con muchas ganas de hacer sudar a las personas, que si tendría compasión este año en la ciudad, que si ser sol lo dijo porque es cálido y muchas preguntas de ese tipo. Claro, a él no le pareció nada cómodo tener que responderlas; al parecer ni siquiera su comparación se acercaba a las palabras, pues no dejaba de agitar el cuello de su playera mostrándose más que inconforme con el reluciente día.

Al llegar a casa de las gemelas la situación fue similar. Todos peleaban por estar cerca del ventilador, una escena más que cómica.

—¿Han estado todo el día así? —pregunté a Lyn, quien era la única sentada en un sofá sin desperdigar palabrotas sobre el calor.

—Sí. Aunque también pelearon por quién se servía más hielos en el jugo.

«Como simios», saltó un pensamiento que portaba la voz de papá. No sabía si reírme o compadecerme del apodo animal que mi papá les pondría.

—Bueno, bueno —llamé aplaudiendo—. Ya es hora de ir al hospital, ¿no?

Con un gesto cansino las gallinas se fueron a cambiar de ropa. Las seguí detrás con mi mochila. Dentro tenía mi disfraz de hada, uno que siempre quise ponerme.

—¿A quién se le ocurre vestirse de oso con este calor terrible?! —exclamó Fabi al cielo, como si buscara una explicación celestial en el techo.

—¿Quieres cambiarlo? —le preguntó su hermana, Nora, que vestía un traje de sirena.

—Paso; lo arrendé, me lo quedaré. Sufiré por mi cuenta para aprender a no ser tan idiota.

Eli, que llevaba puesto un traje de extraterrestre o algo así, se carcajeó agarrándose el estómago y echándose sobre la cama.

Cuando estar en el cuarto de las gemelas ya se hizo insoportable por el desorden y el ambiente pesado a causa del calor, salimos casi corriendo al ventilador. Derecha a izquierda, izquierda a derecha; nos mecíamos de lado a lado siguiendo la suave brisa del aparato. ¡Fue terrible!, pero todo sería para cumplir la lista. Eso me lo repetí varias veces.

Felix salió del baño minutos más tarde que nosotras. Mi suspiro y cara de tonta enamorada no se hizo esperar al verlo vestido de Peter Pan. ¿Acaso sería yo su Campanita? La evidente sonrisa en mi cara proponía que así fuera, pero el encontrarme con su seria expresión que decía: «no me mires así, no es lo que piensas», arrastraron mi esperanza por completo, sobre todo después de

recordar que, según la película, a Peter Pan le gustaba Wendy.

—No te deprimas—dijo Sherlyn, mientras se arreglaba su sombrero de vaquera—, hay muchos *fanfics* de Peter Pan y Campanita.

—N-no pensaba en eso —balbuceé, avergonzada de su perspicacia.

Ya todos con sus disfraces puestos, partimos al hospital.

A una cuadra de la enorme estructura nos encontramos con los chicos del club, también vistiendo sus respectivos disfraces. Jo iba de Batman, como era de esperar; Megura y Josh se vistieron de mimos, montaron un mini espectáculo haciendo muecas a las personas que pasaban; Loo llevaba un estilo de motoquera, chaqueta de cuero y cara de querer derretirse incluida; Sam estaba disfrazado de genio. El último de los chicos llevaba una enorme bolsa con diversos juguetes para regalar a los niños, los cuales repartimos entre todos antes de entrar al hospital.

La entrada al hospital podría describirse como triunfal; todas las miradas se posaron sobre nosotros. Sin dar muchas explicaciones, más que saludos y ademanes, nos encaminamos por los pasillos metidos en nuestra representación del disfraz. Más de uno tuvo que dar explicaciones de lo que hacíamos, pero siendo la hora de las visitas, muchos problemas no nos dieron. Las habitaciones, no solo de niños, sino también de algunos pacientes adultos que no gozaban de compañía constante según algunas enfermeras, fueron visitadas por mis amigas y los chicos del club. No existió límite de edad, tampoco excusas para no poder sacarle, al menos, una sonrisa a quienes en los peores momentos la necesitan.

En un punto del hospital decidimos separarnos para poder visitar la mayor cantidad de habitaciones, puesto que eran bastantes. Nos dividimos en grupos de dos y uno de tres: Megura y Josh; Sam y Loo; Sherlyn y Joseff; Nora, Fabi y Eli; Felix y yo. De esta forma, me pude dar cuenta de lo bien que se me daba tratar conversaciones con las personas, en vista de que mi compañero no era muy bueno para iniciarlas. También descubrí mi singular don para hacer reír a los niños con mis particulares chistes. ¡Por fin alguien se reía de ellos! Fue lo mejor. Me sentí tan bien.

El recorrido de los pasillos evocó muchísimos pensamientos, tanto sobre la actitud de las personas como de la mía frente a ellos. ¿Y si estar con ellos era mi vocación? ¿Y si tenía aptitudes para tratar con ellos? Después de tanto tiempo sin saber bien qué deseaba hacer con mi futuro (uno, tal vez, improbable) nació en mí una llama que se inflaba poco a poco. Era un entusiasmo, alguna especie de despertar. Una señal de lo que la Floyd indecisa, esa que esquivaba preguntas sobre su futuro, quería para su vida. Ayudar a los demás me llenaba; ver sus sonrisas era mi pago.

La última habitación que visité fue la de Carrie Dylan, una niña con una sonrisa similar a la de Lena. Sus ojos redondos destellaban cierto brillo nostálgico que contrastaba con el oscuro de sus iris. De aspecto cansado, las ojeras no se quedaban atrás en su discernimiento para demostrarlo. Tampoco su palidez. Mucho menos lo delgada que se encontraba. Su poco cabello era de un opaco castaño, pajoso, desaliñado, descuidado. Cuando me ofrecí a peinarla, me dijo que no lo cuidaba demasiado desde que se había enterado de las consecuencias de la quimioterapia; dijo que al principio se aferró a su larga melena, luego no le vio sentido hacerlo. Insistí de todas formas, pero le di la razón.

Seguimos hablando por un buen rato tratando de incluir en la charla a Felix, quien se inmiscuyó en sus propios asuntos una vez comencé mi tanda de chistes.

—Un último chiste —me pidió—. Por favor...

Casi se me agotaba el repertorio de chistes.

—Un chiste, un chiste... Déjame hojear mentalmente... ¡Ya sé! —Carraspeé para aclararme la voz y me levanté de la camilla. Con sus cansados ojos, Carrie siguió mis movimientos; en sus

manos aferró con fuerza el peluche que le había dado como regalo—. Una novia le pregunta a su novio: «¿Amor, sabes cómo es el tiempo sin ti?». Él le responde: «No, ¿cómo?». A lo que la chica dice: «¡Empo!»

Carrie no lo captó en un principio, pero poco a poco le volvió ese singular brillo y la mirada feliz junto con las carcajadas alocadas sobre la cama. Felix, desde la silla, blanqueaba los ojos, porque el chiste no le había hecho ninguna gracia. Es probable que no lo hiciera, porque hacía alrededor de una semana, le había hecho esa pregunta en una de nuestras pocas instancias románticas.

Carrie soltó un suspiro para tranquilizar los ánimos.

—Bien, es hora de irnos.

Formó un puchero y ladeó su cabeza para enfatizar lo mal que le sentaba el enunciado.

—¿Vendrás otra vez? —preguntó, a lo que respondí con una sonrisa al instante.

—Puede que me veas por aquí más pronto de lo que piensas.

Nos despedimos con un abrazo que duró más de veinte segundos.

Salir de la habitación no me produjo nada bueno, sentí una tristeza terrible que intenté ocultar a los ojos de un cauteloso Peter Pan que seguía mis acelerados y torpes pasos.

Pasos que descontinué.

Me detuve en la habitación ochenta y uno; observé su interior, su ambiente, su desolada cama, la luz que se proyectaba desde la ventana. Allí me quedé durante incontables segundos atraída por una extraña fuerza. De no ser por la intervención de Felix, me habría quedado durante muchos segundos más.

—¿Estás bien?

Mi respuesta fue lenta.

—Sí.

Felix tomó mi mano provocando un cosquilleo que arrebató toda mi atención de la habitación.

—Vamos.

—¿Y los demás?

—Jo me envió un mensaje mientras estabas despidiéndote. Están esperando afuera, quieren cambiarse el disfraz cuanto antes. O quitárselo.

—Ya puedo imaginarme lo horrible que será estar con todos ellos en el karaoke.

—Con tal de que no se desnuden otra vez, por mí está bien.

Después de cambiarnos ropa en un local donde encargamos *pizza*, arrendamos entre todos un cuarto de karaoke en el centro de la ciudad, que a esas alturas de la tarde comenzaba a enfriarse. Claro que con once personas encerradas dentro de una habitación el ambiente se congestionó; no de calor —gracias al cielo había aire acondicionado—, sino por los alaridos eufóricos de la temible Loo. No, no. Temible nada, la chica estaba tan desatada que no infundía temor, más bien risa. Y su tímido compañero no se quedaba muy atrás, le celebraba todo lo que podía, incluso cuando derramó su vaso sobre la mesa.

—¡Vamos a alocaaaaarnooooos! —gritaba la rubia acompañando una canción «*Man! I Feel Like A Woman*» en una versión roquera.

Lyn portaba un gesto cansino, con el cual regresó a nuestro grupo de renegados. Bajó los hombros en un suspiro y, con una intimidante mirada, se dirigió a las dos gemelas que actuaban

demasiado tranquilas para ser ellas.

—¿Le pusieron algo a la bebida? —les preguntó.

—No.

—¿Los manís?

—¡No!

—¿Entonces qué le pasa a esta chica? —Sherlyn señaló a Loo, quien justo se percató de ello. La rubia trazó una sonrisa, caminó sobre la mesa y nos mostró su mejor semblante.

—Abrieron la caja de Pandora, nenas. —Sin más, regresó con Sam a quien le extendió su mano —. Ven a bailar conmigo.

Sam miró hacia los lados, lleno de confusión, no creía que la chica lo estuviese invitando a bailar.

—Vamos, niño rico —insistió Loo—. Es simple.

Con su ya conocido temor, sostuvo la mano de Loo y se levantó para acompañarla en un baile descoordinado, lento y que no pegaba para nada con la canción que comenzaba a sonar. Megura, quien miraba algo desorientada, buscó el micrófono para ponerse a cantar en compañía de su somnoliento novio. Sonaron más pitidos que voces, porque la líder del Club de Voluntarios cantaba terrible.

Fabi se levantó de su silla para quitarle el micrófono y ponerse a cantar dedicándole la canción en compañía de sus sensuales gestos a Joseff. De pronto, Jo sonreía como si se tratara de un payaso, Lyn se cruzó de brazos e ignoró todo metiéndose en su celular, Nora le arrebató el micrófono a Josh en vista de que el muchacho no daba más de sueño (o ebriedad, pues no puso reparos en beber unas cuantas cervezas), Loo y Sam continuaban bailando un lento inexistente, Megura luchaba por obtener su parte del micrófono, Felix comía manís y yo observaba a todos sin dejar de reírme como una desquiciada.

El momento menos pensado llegó con «Hello» de Lionel Richie. Reconponiendo todos mis ánimos, agarré el micrófono y me dispuse a cantar. Hice un gesto rápido con el fin de que le cedieran el otro micrófono a Felix.

Mala idea. Felix podía ser inteligente, apuesto, intrigante, pero no un buen cantante. De él no salió canto alguno. No, señor. Ese muchacho inexpresivo de fisonomía también lo era de voz; quedó muy claro cuando recitó la canción como quien dice las tablas de multiplicar en voz alta. ¡Qué horror! Lo peor es que de verdad intentaba ponerle ganas, con gestos y su rostro que se desvanecía de vergüenza.

Lo bueno que salió de la nefasta situación fue que, en lugar de reírse, todos decidieron cantar en un coro que iba de lado a lado, pasional, emotivo y lleno de fuerza. Una grabación hecha por Lyn dejó para futuros recuerdos el momento de unión.

A las 9:30 recibí la llamada de mis padres para preguntar dónde estaba, con quién estaba y a qué hora regresaría a casa. Esto bastó para despedirme del grupo y marcharme en compañía del silencioso Poste.

De camino al metro yo no podía dejar de comentar el día.

—No puedo creer lo bien que salió la canción. Fue como... ¡como «We Are The World»!

—Exageras, Hurón.

—No lo hago, fue así de épico. No solo la canción. Todo. El día de hoy fue uno de mis mejores días.

—Lo que digas.

—¿Acaso no crees lo mismo? Además, podrás tachar dos deseos de la lista.

Felix se sentó en mi lado del vagón, junto a un sujeto que leía un libro, con audífonos y una playera marrón. La versión adulta de Felix, pensé y me eché a reír mentalmente. Volviendo a Felix, captó sin problemas lo que intentaba decirle con mis vivaces ojos dirigiéndose hacia el adulto y hacia él. Trazando una diminuta sonrisa, los dedos cálidos de mi chico del paraguas acariciaron uno de mis pómulos para sacar el rastro de brillo que me quedaba del disfraz.

—Dime algo —dijo mientras lo hacía—. ¿Esa habitación era...?

Me torné seria. Él lo notó y retrajo su mano, como si tocarme en dicho momento fuese lo que había provocado mi reacción. Yo, dentro de la conmoción, ni siquiera me percaté de la distancia que había tomado. Bajé la cabeza y busqué descargarme en mi mochila con el disfraz.

—Sí. La habitación ochenta y uno. Esa misma.

—Tú...

Negué.

—No quiero hablar de eso.

—¿Te haces la difícil? —objetó en un alce de sarcasmo—. Creo que ese es mi papel.

Sonreí regresando a posar mis ojos sobre los suyos, su linda nariz, sus pecas, sus labios rojos...

—Cantaste pésimo hoy —comenté.

—Fue a propósito; no quería que los demás se burlaran de tu desafinada voz.

—Qué caballero eres, ¿eh? Todo un Romeo moderno.

—Esa comparación no me gusta mucho.

—¿Por qué?

—Si yo soy Romeo, tú eres Julieta. Ya sabes cómo acaban.

Sabía bien a qué se refería, pero preferí darle la dosis de Floyd.

—Con una historia de amor que perdura hasta hoy.

Actuación



Con el verano llegó su festival. Por todas las calles se veían carros alegóricos que comenzaban a tener formas de playas y castillos de arena, figuras de personas en traje de baño, películas, series, y referencias al mar y el sol. Era un simulacro del verano y a todos en la ciudad les encantaba pasar la semana del festival cerca de la playa, con sus bailes, canciones, bandas invitadas, vestidos de blanco viendo la función de fuegos artificiales al final de la semana. Hazentown era símbolo de buena vida, por lo que muchos turistas venían a pasarla bien durante el festival.

Cuando llegó el día de la inauguración, no nos sorprendió encontrar a extranjeros viendo el desfile de los carros alegóricos. Dentro de toda la conmoción y la música que salía por los parlantes gigantes instalados por todo el sector del desfile, el sentimiento de estar perdida se alojó en mi cabeza. Por suerte, entre todo el gentío, logré divisar al gallinero.

—Hola, ingrata —me saludó Nora, achicando sus ojos con recelo.

—Oye, no me llames así; he estado ocupada —me defendí, abrazándola a la fuerza.

—La vida de enamorada te está pasando la cuenta al parecer —desdeñó la otra gemela, Fabiola. También tuve que abrazarla para demostrarle que no las había olvidado.

La verdad es que Felix y yo no actuábamos como una pareja de enamorados que vivían intercambiando besos y caricias; él era un tanto reacio al tacto y con lo de la lista poco podíamos hacer. Además, estaba el *Ojoquetodolove*: mi papá, que no permitía que Felix y yo estuviésemos mucho tiempo cerca; cualquier muestra de afecto entre ambos le hacía hervir la sangre. Mamá dijo que esos celos paternos jamás se irían.

Hablando de celos, ¿dónde estaba el causante de estos?

Busqué entre el gallinero y las personas aglomeradas en torno a la cerca que separaba la calle de la acera, así ningún niño o adulto descuidado terminaba pisoteado por el desfile. No lo vi por ningún lado.

—¿Han visto a Felix?

Las gemelas negaron con la cabeza. Eli estaba demasiado entusiasmada viendo los globos aerostáticos con formas y diseños de películas infantiles como para prestarme atención, y Lyn estaba en su propio mundo cibernético.

—¿Y a Jo?

—Chispitas —me corrigió Fabi en un tono solemne—. Dijo que estaría con los chicos del club ayudándolos con el carro.

Me horroricé acorde a la música de intriga que empezaba a oírse en los parlantes por la aparición de la cabeza aerostática de Darth Vader.

—Ay, Dios... —Agarré mis mejillas con fuerza—. No creo que vaya a hacerlo.

—¿El qué?

—Vestirse de Batman con este calor.

Nora se echó a reír y, colocando una mano sobre su mentón, dijo:

—Quizá solo use una tanga con el símbolo.

—¡Eso es bizarro! —Al instante se me formó una mueca.

—Uy, yo conozco a alguien a quien le gustaría verlo sin esa tanga. —Con el comentario de Fabi, Sherlyn levantó sus ojos de la pantalla de su mejor amigo, sin hacer ninguna expresión—. Floyd ya lo hizo, ¿cuándo lo harás tú, Sherlyn?

—¿No les trae recuerdos la playa? —Nora me codeó las costillas.

—¡No! —grité jadeante por el dolor.

—Tu roja cara opina lo contrario —manifestó Fabi, con sus labios torcidos.

Había olvidado que en ese momento en la playa todos estuvimos desnudos, jugando como pajaritos en un charco. Lo peor de todo era que había un vídeo circulando por Internet. Un minúsculo detalle que creí no recordaba nadie, por supuesto, mis buenas amigas lo harían para toda la vida.

—Vele el lado positivo —se unió Eli—: les censuraron la cara y sus partes. Eso no ayudaba mucho.

—Iré por un jugo —avisé perdiéndome entre la multitud. Sherlyn me agarró del gancho para acompañarme.

—¿Cómo estás? —me preguntó de camino al puesto de jugos naturales.

—No me quejo. ¿Y tú?

—Bien... —respondió en un suspiro—, dentro de una semana recibiré los resultados de la entrevista.

—¡Sherlyn, eso es genial!

—Lo sé.

Sherlyn nunca demostraba sus sentimientos; la mayor parte del tiempo, cuando le ocurría algo malo o no se sentía bien, debíamos sacárselo a la fuerza, porque no se animaba a decirlo por astucia propia. Con el tiempo descubrí que cuando ocultaba algo, había un intervalo de silencio y su mirada caía, no podía mirar a los ojos a nadie. El primer día del festival fue igual.

—¿Por qué no estás feliz? —Busqué sus ojos.

—No quiero dejar esta ciudad, me gusta aquí.

—Piensa en grande y positivo, Lyn; la ciudad siempre estará aquí, no se moverá.

—Pero las personas no. —Sabía a qué se refería. Bajé la mirada a mis pies—. Tengo tantas cosas pendientes que hacer y el tiempo es tan limitado... ¿Y si no vuelvo a verte más? ¿Ni a las chicas?

—Oh, tú sabes que no puedes deshacerte de mí tan fácilmente. Guardó silencio, luego emitió de manera gastada y poco clara:

—Lo sé, Floyd.

«Damas y caballeros, les rogamos mantener la calma y buscar un puesto adecuado para dar comienzo a la semana del ¡Gran Festival de Verano!», anunció el animador del evento.

Unos gritos llenos de emoción cautivaron nuestra atención. Olvidando los jugos naturales, volvimos a colarnos entre las personas para observar con deleite el desfile de carros alegóricos. Todos más grandes que el anterior, personas disfrazadas saludaban a la audiencia y muchos niños gritaban de asombro. Después de que una banda de adolescentes marchara tras el carro alegórico oficial, nosotros dimos por terminado el desfile. Nos equivocamos. Jo y los chicos del club nos sorprendieron a todos con la aparición de su carro con la forma de Gótica y un Batman con traje de baño.

—Jo realmente lo hizo... —comentó Lyn al aire, viendo cómo el Chico Batman se asomaba por

el carro saludando a todos entre carcajadas con su disfraz puesto.

—¡Hola, chicas! —nos saludó al pasar, provocando más de alguna mirada que nos hizo sonrojar. Le regresamos el saludo con un ademán y vimos en silencio cómo se marchaban.

—No está nada mal ese carro.

—Cómico —confesó mi amiga, viendo los carros siguientes—, aunque exagerado.

—*Och*, ¡pon una sonrisa en ese rostro alguna vez!... —la regañé apretando sus mejillas—. A ver... así... —y la obligué a formar una sonrisa— así está mejor.

De pronto, sentí una presencia que se unía a nuestro encuentro. Felix había llegado en compañía de sus padres.

—Belou, McFly —saludó sin mover un músculo en su rostro.

Antes de poder regañarlo por usar mi apellido como si fuésemos completos extraños, la aparición flamante de su madre que cargaba a Carlote me distrajo.

—Hola...

—Puedes empezar a llamarme suegra —soltó la madre de Felix junto con una risa traviesa que yo acompañé. Me sentí como si hablara con las gemelas sobre chicos. Su hijo, por otro lado, rodó los ojos colmándose de paciencia.

—Hola, Carlote —saludé a la pequeña, acariciando sus cachetes—. ¿Cómo estás, bebé preciosa? —Acomodé su pequeño sombrero amarillo y me sonrió. —Eso me causó más alegría que tu declaración —le comenté en voz baja a Felix. Lyn sonrió al escucharme.

—Chami, ¡Chami! —llamó tía Michi—. Toma, carga a tu hermana unos segundos. —La madre de Felix le entregó a la bebé en sus brazos. Era una de las pocas veces que lo veía cargarla. Me pareció una escena adorable—. Les tomaré una fotografía —nos dijo y con su mano me hizo un movimiento para que me acercara a sus hijos. Me acerqué ladeando la cabeza hacia el hombro de Felix y permanecí ahí bosquejando una sonrisa incómoda—. Así... bien... ¡Felix, sonríe un poco! —El clic de la cámara apenas logró percibirse con todas las personas que estaban a nuestro alrededor admirando el desfile—. ¡Perfecto!

Omití ver cómo habíamos salido en la foto; la curiosidad por saber con quién más andaban los Frederick despertó.

—¿Mis padres están aquí también?

—Sí. Arrastramos a tu padre; no quería ni asomarse.

—Demasiadas personas, seguro.

Felix susurraba a Carlote e indicaba dónde mirar —aunque la pequeña no le prestaba mucha atención— en el momento en que mis padres y el padre de Felix llegaron a la escena. Papá estaba igual de conmovido que Carlote por el gentío, aunque en ella no se acentuaba tanto el ceño fruncido.

—¿A qué hora termina esto? —preguntaba papá a mamá de vez en cuando.

Ella le contestaba un suave:

—Mika, no seas amargado y disfruta.

La semana del festival fue más agotadora de lo esperado, con funciones y bailes de adultos y niños, concursos de talento, competencias absurdas y más. Los chicos y yo tuvimos que toparnos con compañeros de la escuela y más personas indeseables —como Wladimir y Fredd— en más de una ocasión. Agradecí que esas personas ya no aparecieran en mi vida. El festival terminaba esa noche con una función de fuegos artificiales y lámparas de papel enviadas al cielo nocturno.

Sin embargo, a dos horas del término, en el momento en que convencía a Felix de bailar, un sujeto borracho me chocó, derramando ponche sobre mi vestido blanco. El color era resaltable,

incluso en el cielo colorado que nos presentaba la puesta de sol, de un color azul arriba que descendía a un rosado. Era hermoso.

—¿Qué demonios haré ahora? —le pregunté a Felix buscando una solución. Parecía que una olla de ponche entera me había caído encima.

—Puedes quedarte así —me dijo con indiferencia, pero en cuanto vio cómo se me traslucía todo, continuó de brazos cruzados—: O puedes volver a tu casa para cambiarte y vuelves luego.

Entre las dos opciones que me dijo, opté por la segunda.

Nos marchamos del festival diciéndoles a los chicos del club que volveríamos pronto. Buscamos un lugar apartado y tomamos un taxi a casa; no encontramos a nuestros padres para pedirles que nos llevaran.

En media hora, llegamos a casa.

Latte me recibió meneando su cola de lado a lado, oliendo mi nuevo aroma. Por otro lado, Cutro no tardó en darle una amistosa bienvenida a Felix, quien voló prácticamente por las escaleras hasta encerrarse en mi cuarto. Yo lo seguí detrás, recogiendo mi vestido manchado para no tropezar.

Mientras Felix se sentaba sobre el puf junto a mi escritorio, yo buscaba algún vestido que pudiese usar en el festival y ropa interior para cambiarme. Di con un vestido que tenía un estampado de flores hawaianas. Fui a quitarme el vestido y recordé que no estaba sola en la habitación, que después de todo, continuaba teniendo un lado tímido hasta con quien decía llamar «novio».

Felix percibió mi gesto involuntario y cerró los ojos volteando la cabeza en otra dirección.

—No miraré.

Me encogí de hombros con las orejas calientes. Ni hablar de mis mejillas. Me quité el vestido sucio y me coloqué el limpio a una velocidad galáctica. Luego cambié mi ropa interior.

—Listo —le avisé, girándome en su dirección.

Parpadeó unos segundos y captó su atención en otras cosas.

—¿Qué es esto?

Arrugando sus cejas, dejó el puf y se agachó a los pies de mi cama. Metió su mano debajo para sacar el diario de vida que la abuela me había dejado como recuerdo. El diario que todas las noches, religiosamente, escribía contándole mis vivencias desde el 14 de febrero hasta la fecha.

—Es mi diario —hablé lanzándome sobre la cama y quedando a la altura de Felix, quien se sentó en el piso—, regalo que me dejó la abuela. Aquí dentro está mi vida —expliqué—, todo lo que soy desde aquel 14 de febrero cuando me cediste tu paraguas... ¡Oye no lo abras! —regañé al Poste que osaba leer su interior—. Es privado —gimoteé haciendo un puchero.

—¿Dónde está la confianza...?

Hay un momento que todo ser humano puede percibir. Un cambio que resulta ser como una marea inquieta de cuestionamientos e incertidumbre, que despierta preguntas sobre el propio actuar. Ese instante nos envolvió justo en ese preciso instante en que Felix apartó la vista del diario y se encontró conmigo. Ese momento en que se vio en la necesidad de refrescar su garganta tragando saliva.

Es un segundo en que todo cambia.

Rayos, era mi momento con él. Me armé de valor observando su fisonomía, tragando saliva también, aclarándome la garganta, buscando dónde mis inquietos ojos pudieran posarse. Pude entrar en un colapso nervioso, porque después de mucho tiempo, la necesidad que exponía en tan cercana situación me llevó a planear confesarle todo lo que sentía por él, de manera directa, sin

tapujos.

—Felix..., yo quería decirte que... todo este tiempo...

—¿Soy muy egoísta al decirte que te quiero solo para mí? —interrumpió, trazando una diminuta, pero muy astuta sonrisa—. Algo así era, ¿no?

Quedé atónita.

—¡Me oíste!

—Siempre lo hago, Hurón.

Sus delgados dedos se deslizaron por mi mejilla hasta mi frente, buscando poner en su lugar un mechón rebelde que osaba escaparse. En silencio sentí su gesto, entonces el amargo impulso de no poder callarme más me invadió.

—Te quiero —musité—. Te amo tanto que duele. Te amo tanto que ya no me pertenezco. Y... no sé qué más debería hacer para compensarte todo lo que has hecho por mí y sé que seguirás haciendo. Quizá es demasiado pronto, tal vez es un sentimiento apresurado, pero así me siento... De verdad. Sin importar lo que pase...

—Lo sé —dijo tras brindarme un suave beso sobre mi boca.

Mordí mis labios en busca de su calor. Terminé abrazándolo con fuerza, añorándolo.

—Tengo miedo.

—También yo —confesó, regresándome el abrazo.

Se levantó del suelo sin dejarme, levantándose con él como si no pesara nada. Permanecí de rodillas sobre la cama, con mis brazos alzados rodeando su cuello, sintiendo su aroma que se mezclaba sutilmente con el olor a ropa limpia de mi vestido. Nuestros cuerpos juntos, degustando su cercanía, eran como luces. Eran fuegos artificiales. Todos brillando para mí y para él.

—¿Vamos a actuar hoy? —me preguntó depositando el aire de sus pulmones en el hueco entre mi hombro y mi cuello.

Sonreí para mis adentros y me alejé para verlo.

—No, nada de actuaciones.

Debo confesar que el teatro jamás me sentó mal, porque fingir que todo estaba bien formaba parte de cada ser humano. Era una perfecta mentirosa y este es el porqué:

«El amor es como una función de fuegos artificiales, luces que contrastan con el oscuro cielo, conmueven a todos, enternecen tu corazón y claman a tu espíritu, llenándolo de tantos sentimientos inimaginables. Amar es descubrir un mundo; te conviertes en un explorador de nuevas facetas, nuevos cambios, nuevas decisiones. Tiene tanta influencia que cualquier persona enamorada está dispuesta a todo por conservar su amor».

Si tuviese que hacer una comparativa entre mi vida y una historia, diría que *Cómo enamorar a Emily* era perfecta. Inspirada en nuestra historia, en la realidad que nos había envuelto. Felix era Malak, su personaje principal, dispuesto a fingir todo por el amor de Emily. Ella era yo, la mujer que quería conseguir algo con fuerza. Tanto fue su amor, que Malak mató por Emily y Felix, inmiscuido en su papel, vivió una enfermedad que no le pertenecía, solo para que yo fuese feliz.

Esa era nuestra actuación.

Verdad



Vivir la vida que has añorado parece difícil. Te llenas de dudas. «¿Por cuánto tiempo podremos hacer esto?, ¿cuánto va a tardar?, ¿cuánto tiempo puede sostenerse una mentira?, ¿será esta mi última vez?», eran preguntas recurrentes que formulaba en mi habitación. Bueno, mi mentira duró alrededor de un año. Todo un récord.

A mediados de diciembre mi estado de niña traviesa decayó de manera terrible tras fuertes dolores en el pecho, lo que llevó a derivados exámenes con respuestas nada agradables. Mis padres me mantuvieron al margen de la gravedad que el asunto presentaba diciendo que solo estaba enferma, que podía hacer todo lo que quisiera, pero ya no como antes. Esto no me afectó demasiado; mi espíritu curioso permaneció conmigo durante un buen tiempo... hasta que los adultos y sus murmuraciones me llevaron a entender que los consuelos de mis padres no eran más que una careta para ocultarme la realidad.

Darme cuenta de esto me desanimó como nunca. Sin embargo, mientras los adultos murmuraban procurando encubrir la verdad, un serio Felix me recibía con su apática expresión de niño sin comprender muy bien qué rayos me pasaba.

—Estoy enferma —le dije.

En su inocencia de niño, preguntó:

—¿De resfrío?

Negué y señalé mi pecho.

Hubo silencio. Al igual que yo, poco entendía a qué me refería.

Para animarme me propuso escapar para ver el árbol navideño, el Gran Árbol, sitio al que solíamos ir todos los años y que, para infortuna nuestra, no estaría hasta el próximo año. Pensé que ese día sería la excepción, pues ninguno de los adultos lucía con deseos de hacer algo, así que él, robando la tarjeta de transporte a su padre y yo cogiendo algunos ahorros de los míos, partimos a escondidas hacia el centro de la ciudad. El plan nos trajo más de un problema: bajamos en la parada errónea, llegamos a los suburbios, Felix perdió la tarjeta, mis ahorros se los llevó un sujeto, hablamos con extraños de sospechoso aspecto y, finalmente, después de una huida magistral donde casi parto en dos la espalda de Felix, llegamos a un lado de la carretera.

Allí, entre los muchos autos que transitaban, mi sorpresa fue enorme al ver que Santa Claus andaba en una carroza. Bien, no el Santa Claus más armónico para nuestros ojos, su disfraz era corriente —según el malhumorado niño Felix— y sus renos en realidad eran caballos con cuernos de cartón. Pero no importó mucho; aquel falso Santa nos llevó al Gran Árbol gratis y nos permitió que recorriéramos las calles de la ciudad y disfrutáramos del viaje. Una experiencia maravillosa, inigualable. Lo mejor llegó después, cuando iluminados por las luces del Gran Árbol, Felix pronunció esculpiendo una sonrisilla que dejaba a la vista su falta de dientes:

—¿Ves todo lo que te hubieras perdido? No dejes que nada ni nadie impida hacer lo que tú deseas; te perderás de mucho si te desanimas todo el tiempo.

Me aferré con fuerza a sus palabras, las llevé como un lema de fortaleza para levantar mi

cabeza, una contraposición a mi desánimo y afección. Un mantra que usaría años después para crear con Lena nuestra lista de deseos.

Mi historia en el hospital era interesante y algo conflictiva. Pasaba más tiempo allí que en casa, a veces durante largas noches y largos días. Aburrida, inquieta, paseando en busca de algo. Con el tiempo, lo que para muchos era un horrible lugar, se convirtió poco a poco en mi barrio. La habitación ochenta y uno, mi casa.

Sí, los pasillos del hospital fueron calles y cada habitación, una casa. Ni siquiera recuerdo bien cómo fue, tampoco el día exacto, pero lo que antes había despreciado se me hacía tan familiar... Extraño era que lo dijera, porque dentro de un hospital no pasaban muchas experiencias buenas, porque desde mis inicios supe que una amistad allá puede ser pasajera. Algunos se marchaban para nunca volver, otros volvían en ocasiones. Pocos fueron los que se quedaron.

Conocer a Lena en el solitario y aburrido patio del hospital podría ser lo mejor que me había ocurrido al llegar a Hazentown. Dos niñas soñadoras, curiosas y con ganas de enseñarles a todos los dientes, porque nuestras sonrisas eran la mejor prueba de que no estábamos enfermas nada más, que vivíamos y mientras lo hiciéramos, seríamos imparables.

Escapadas nocturnas, charlas con los doctores de turno, juegos en el patio, regaños, propósitos del año... Disfrutábamos de los sucesos simples, nos armábamos con todas nuestras sonrisas como una burla a la muerte, porque queríamos ser normales, hacer cosas como cualquier otro. Nos arraigamos a esa idea junto con la lista para que nadie dijese que no pudimos disfrutar de nuestros días.

Entonces, de un día para el otro, Lena se fue. Estar en el hospital, tratamiento tras tratamiento, espera tras espera, no me sentó muy bien. Nada bien. Aceptar su muerte dejó inconclusas tantas cosas... Y estar en una solitaria habitación de hospital sin nadie a quien decirle mis malos chistes me hizo pensar en lo vacía que sería mi vida.

Me negué a aceptarlo. Yo viviría como una persona normal, iría al colegio, me enamoraría, tendría amigos que no serían del hospital.

Dicen que una idea es peor que un virus. Puede que sí, porque lo que en mí surgió como una idea, el simple deseo de una chica de dieciséis años, logró convencer a los que me rodeaban. Vamos, ¿quién puede negarse a la petición de una tierna Floyd? Muchos al comienzo, pero cuanto más me aferraba a la frase de Felix, más quería convertirme en lo que Lena y yo alguna vez quisimos.

Después de mucho trabajo —y la condición de hacerme chequeos médicos de vez en cuando—, Floyd McFly tendría un año como el de cualquier adolescente. Durante un año, estaría lejos de mi habitación de hospital para vivir. Un año y volvería a ser encerrada en una habitación, con chequeos médicos diarios, pitidos de la máquina, la muerte merodeando por los pasillos, esperando una mejora que no llegaría.

A veces se me hacía difícil amasar la realidad de la situación, saber que el conteo de los días iba en retroceso; no obstante, haría que cada día contara más que el anterior.

Llegar a Jackson se resume en: desastre.

Si bien hablar con las personas nunca me fue complicado, ser la chica nueva en un curso lleno de caras nuevas, todas ya conocidas entre sí, no resultó en la planificación idealista de mis primeros días. Para mi fortuna un trabajo grupal con Sherlyn Belou —la reservada chica del celular— me llevó a conocer a las demás. El gallinero, mis fieles y locas amigas. Tardé en confesarles lo que me sucedía, mi complejo, mis deseos de vivir con normalidad; ellas, con sus ánimos bien puestos, actuaron con discreción y respeto manteniendo al margen mi enfermedad, así

también mis profesores. Al comienzo eran los únicos que conocían mi problema, luego las chicas y así se mantuvo durante un semestre.

Una semana más tarde llegaron los Frederick. Su llegada significó un cambio. Para mí y para todos.

Conscientes de la pretensión que acometía mi familia en general, actuar como si no me ocurriera nada era un trabajo fácil para los padres de Felix, pero para él... Digamos que se negaba a entender mi manera de actuar, porque para él era más fácil aceptar lo que me ocurría y no hacer nada. Sus positivas palabras el día del Gran Árbol quedaron en un cofre bien sellado de su adversa personalidad, el claro ejemplo: su pesimista actitud. Supongo que él no entendía que mi positivismo había empezado gracias a su causa; tampoco se lo quise decir. Su antipatía no me lo permitió.

Si de niña no entendía muy bien a Felix y simplemente lo arrastraba conmigo a todos lados, aquella inercia estuvo presente la tarde en que lo pillé leyendo la lista en la pizzería. La lista que Lena y yo habíamos hecho. Felix la había robado del cofre y así dio el inicio de nuestra actuación, al juego de niños ahora hecho por adolescentes, a intercambiar las realidades. Quizás lo hizo para disculparse por tomar la lista sin mi permiso, tal vez solo se compadecía de la elaborada mentira, puede que mi desesperada forma de cubrir la realidad lo alentó a seguirme el juego. O quizás fue ese mal de no poder negarse a las peticiones de alguien enfermo. No lo sé; solo le exigí saber sobre la lista y él respondió como si fuese suya.

Así, sin muchas explicaciones, podría cumplir todos mis deseos de niña. Por eso estuve involucrada en todos ellos.

Por eso siempre estuve ahí.

Es extrañamente conveniente como se dieron las cosas, sobre todo después de saber que a Felix en verdad lo acongojaba una afección que mantenía su salud en un sube y baja continuo. Felix sufría de anemia, lo que le trajo más de algún problema, incluyendo su familiaridad a hospitales, poder dormir en la enfermería cuando quisiera, el cansancio y los desmayos.

La justificación perfecta.

Sin embargo, tener que lidiar con la lista no le resultó nada fácil, menos cuando Joseff la descubrió. De alguna forma, tuvo que darse el momento, pero él jamás le dijo a quién realmente pertenecía. Mantuvo su papel hasta que no pudo sostenerse más. Y, aun sabiendo esto, nuestra actuación continuó, ahora incluyendo a Jo y el club.

Tapábamos el sol con un dedo. Todo iba bien.

Entonces llegó la graduación y con ella el fin de mi año.

¿Cuánto tiempo se sostiene una mentira? Para mí, un año con algunos días. Para Felix, alrededor de ciento sesenta y ocho días.

Nuestra actuación acabó la noche del festival de verano.

Es verdad, no estaba bien. Tenía una enfermedad, tenía que aprender a aceptarla de una vez, debía lidiar con ella y despertar, pero no por ello me conformaría a su dependencia. Yo no dependía de una enfermedad, dependía de la vida misma y me aferraría a ella con fuerza hasta el último segundo de su disfrute.

Decidí aceptarla y empezar a vivir sin pretender más. Me alegré de que así fuera.

Regreso



Se suponía que mi año viviendo como lo haría una adolescente «convencional» terminaba después de graduarme. No obstante, estuve casi todo un mes en casa. Me pareció genial la idea de juntarme con mis amigos para ir a la playa, salir al karaoke, ir a la casa de las gemelas, ver películas, tomar helado, planear locuras. Podía seguir haciendo las mismas cosas que antes, siempre y cuando no interfirieran en mi tratamiento. Un año de chequeos y medicamento nada más podían ser de peligro para mi salud; por eso, el siguiente mes de verano me lo pasé más en el hospital que en casa debido a unas venideras malas noticias sobre la reaparición de un «invasor indeseable» en mi cuerpo.

Mi regreso al hospital fue, por sobre el promedio, extraño; dormir en una camilla, mucho más. Ya nada sería lo mismo teniendo los privilegios del exterior. Como cuando me levantaba, miraba por la ventana y veía la calle, al molesto gato merodear el antejardín, los árboles que formaban una especie de sendero, los postes de luz que se encendían en la tarde, los múltiples olores. No había autos, no más Cutro, no más vecinos, no más bullicio. Todo lo que quedaba de ese añorado exterior era el patio del hospital, una zona de pasto, caminos cementados, algunas flores, una pileta donde los pájaros se bañaban por las mañanas y bancas. Todo esto dentro de unas enormes murallas de color blanco que se asimilaban a estar encerrado en la habitación. No tenía mucho que apreciar.

En verdad, no quería volver a la habitación de siempre, la que mis padres religiosamente pagaban para mantenerme allí, la misma que se había convertido en casa alguna vez. Esos recuerdos parecían lejanos cuando se oponían a mi año fuera del hospital.

Supuse que adaptarme sería cuestión de días; volver a los intensivos tratamientos, meses. Empecé a recorrer el hospital como solía hacerlo antes, pasar de habitación en habitación despertando mi sentido curioso y confianza para empezar una conversación. Dejaba mi cuarto seguido para hacerles visitas a los pacientes; varios me reconocieron de la visita con el disfraz. Pero no era la única que se animó a hacer esto, Carrie, la niña que tenía un aire a Lena, me acompañaba; los chicos del club y el gallinero también.

Nos hicimos buenas amigas.

Ilusamente los médicos y mis padres seguían creyendo que pasaba las noches en el hospital, leyendo a Syna, quien había regresado a las «viejas andanzas» o viendo algún vídeo en YouTube. Claro que este pasatiempo era demasiado monótono para una chica inquieta como yo; por eso, pasada la madrugada, cuando una tranquilidad relativa reinaba en el pasillo fuera de mi cuarto, salía por la ventana para encontrarme con Felix fuera del hospital. La rebelde salida consistía en ver la ciudad desde la azotea del hospital, pasear como almas en pena por el patio, escaparnos a la pasarela para tomar helados, visitar algún local de comida chatarra. En ocasiones cambiábamos la rutina: en lugar de comida chatarra podía ser comida china o, no sé, ¿una pizzería? Dios... cómo añoraba la *pizza*. Una lástima que solo podía hacerlo por las noches, cuando nadie se percataba.

Tendría que aclarar que la idea de escaparme por las noches pertenecía a las gemelas, quienes lo comentaron en una de sus visitas.

A pesar de tener mil razones para mantenerme en el hospital, un sentimiento de extrañeza no me abandonó. Muchas cosas me faltaban, necesitaba algo diferente. ¿Qué podía ser? Una vez que despertaba en mi habitación, me iba a la ventana para observar el exterior y... nada, seguía sintiendo un extraño vacío que me inquietaba durante el resto del día. Nada, la misma respuesta que les daba a mis padres cuando me perdía en mis propios pensamientos, fingía leer o simplemente me quedaba contemplando el vacío.

Una tarde que Felix y Jo fueron a visitarme descubrí de qué se trataba.

—¿Necesidad de llenar algo importante? —preguntó Jo, sin entender muy bien de qué hablaba.

—Sí, muy importante. —Sin darme cuenta tenía mis manos en el pecho, expresando con el gesto la conmoción—. Es... es como si hubiese perdido el camino, ¿saben?

—Dejaste muchas cosas atrás, muchas cosas inconclusas —habló con seguridad el Poste, quien dejaba de lado su libro para prestar atención.

—Pues si hablamos de la lista... —Jo pareció meditarlo—, ella cumplió todos sus deseos.

—Faltan dos. Ah, espera, tres —corrigió—: escribir un libro, plantar un árbol y dar un beso bajo la lluvia.

Con tal respuesta por parte de Felix, adopté un semblante ofendido que le recriminé con una mirada austera.

—¿Por qué asumes que «enamorarme» lo cumplí?

El inexpresivo chico alzó las cejas en una sorpresa peor que mi actuación en la obra del festival del colegio. Su falsa incompreensión tuvo que ser acompañada de su respectivo comentario, porque, al parecer, Felix necesitaba llenar su dosis de «Fastidiemos a Floyd».

—¿Tengo que dar prueba de ello? —espetó sin bajar las cejas—. Hasta Jo lo ha notado.

Le lancé una almohada antes de que Jo pudiera responderle. Le dio justo en la cara: el tiro perfecto.

—No te pases de listillo —agregué.

—¿Es necesario que te recuerde lo que me dijiste la otra noche? —atacó con su afilada lengua el *infelix*.

Jo se puso a tararear de pronto como si no quisiese oír la pregunta con trampa de Felix. Lo cierto era que el desplante de novio que tenía no llevaba razón, porque la noche de la que hablaba yo, Floyd McFly, había proclamado mi profundo amor hacia la *pizza* con salame. Sí, señor.

La verdad era que, por mucho que lo negara frente a los demás, ese deseo ya estaba más que cumplido. Por supuesto, mi orgullo debía seguir haciéndose el loco con tal de no admitirlo, ja.

—No nos desviemos del tema —alentó por fin Felix, después de presenciar mi espectáculo de cara roja, con una sonrisa que oscilaba por sus comisuras. Digerí de mala gana su gesto y toda la soberbia que repartía en él—. Hablemos de la lista.

Guardó silencio y con ello Jo también. Ambos esperaban que dijera qué sería lo siguiente en hacer, dar forma a aquello que me hacía sentir vacía dentro del hospital. Lo que había dejado pendiente: la lista.

—Para escribir un libro necesito tiempo y para «enamorarme» —enfaticé lo último lanzando las palabras hacia Felix— también. Lo que podríamos hacer es plantar un árbol. Aquí, en el patio.

Por instinto busqué la ventana y observé a través de ella el patio del hospital. En efecto, al patio le faltaba un enorme árbol que perdurara durante años. ¿Y por qué no? Seguir plantando muchos más para hacer del patio un lugar más ameno, un campo, como un retiro. Sí, sí, empezaba a

gustarme la idea. ¡Hasta podíamos armar un columpio con las ramas! ¡O crear una casita para pájaros!

Jo se acercó a la ventana también y dijo con convicción:

—Está dicho: ¡plantaremos un árbol!

Ya nos poníamos a celebrar en el momento en que Felix carraspeó desde su lugar, enseñó su perfil y sin hacer ademán de mirarnos, soltó uno de sus pesimistas comentarios.

—Imposible. El mejor periodo para plantar un árbol es en invierno o primavera. Si lo plantas en esta fecha, se secará. Tendrás suerte si llueve en otoño, pero se sabe bien que no se pronostican lluvias hasta invierno.

Jo y yo bajamos los hombros con un peso sumamente enorme de realidad.

—¿Eres jardinero y meteorólogo en tus tiempos libres? —interrogó el Chico Batman—. Pesado, necesitas más esperanza.

—Ajá —le seguí yo—. Si me ocupo de cuidar la semilla, no habrá problemas. Ya verás. La regaré todas las tardes sin falta. Será un árbol que crecerá fuerte y saludable.

—¡Así se habla! —Apoyó Jo levantando su mano para chocar los cinco—. ¡Sí!

Con Felix, la idea de plantar un árbol en el patio del hospital pareció tan descabellada teniendo en cuenta los calurosos días que azotaban la ciudad. Pero para nadie fue indiferente mi convicción, así que, como petición especial, mi médico se adjudicó la promesa de hablar con la decana del hospital. Carrie llamó la causa como «Un árbol por cada sueño», ya que decía que en cada árbol crecería el sueño de quien lo había plantado. Solo quedaba aguardar una respuesta.

Pasaron cinco días sin ninguna. Días en los que pude quedarme en casa para hacer más amena mi impaciencia en compañía de Latte y la familiaridad de mi habitación. Sin embargo, el nerviosismo persistía.

—Deja de morderte las uñas, niña —se quejaba papá siempre que sus ojos grises se posaban en mí desde el otro lado de la sala—. Mejor ve a bañar a ese perro tuyo. Y no me refiero a tu novio, sino al can que tienes de mascota.

—Mika —le reprendió mamá—, no puedo creer que hables así del hijo de tu amigo.

—Ese «hijo de mi amigo» es el novio de mi hija; creo que tengo todo el derecho.

Mientras le rascaba la tripa a Latte, solté un gruñido que lo espantó.

—¿De nuevo con tus celos paternos, papá? ¿No te basta con que me visite con un ramo de flores?

La altivez de papá se notó en su barbilla alzada permitiendo ver todo su cuello. Sin bajar el perfil dobló el periódico que con tanto entusiasmo leía y habló con firmeza.

—No; no cuando los he pillado intercambiando saliva ayer.

—Besos, papá, son besos. Tú te los das con mamá.

—Y siempre pones muecas de asco —añadió la recién nombrada en un puchero aninado.

—Ay, sí, porque es asqueroso ver cuando tus padres se besan. Oigan, no tengo nada en contra de las muestras de amor, ¡pero eso sobrepasa mis límites!

—Lo mismo digo contigo y ese... cuervo, Hurón —zanjó papá—. Si vuelvo a verlos así, lo obligaré a que me pida tu mano.

Agarré a Latte y me levanté del suelo.

—¡No, qué horror! Ya estás diciendo locuras. Me marchó. Todavía soy joven para compromisos.

Pobre Felix, todavía no ganaba la completa aceptación de papá.

—Hurón —llamó papá—. Sabes que solo estoy bromeando, ¿verdad?

No dije nada.

—Entre todos los chicos de la ciudad, me enorgullece que sea él a quien hayas elegido.

Hubo una pausa.

—¿De verdad lo dices? ¿Qué pasa? ¿Estás en un delirio paterno o algo así? ¡Vaya sorpresa! Podrías decírselo a él cuando lo veas, ¿eh?

Meneé mis cejas, como un incentivo juguetón que no le sentó muy bien.

—Me lo pensaré —dijo y volvió al periódico.

Mamá se echó a reír y yo la imité entre burlas hacia papá y su vivo orgullo, lo similar que era con Felix y su similitud con un gato. Después de unos minutos, las risas quedaron en meros suspiros.

Subí a mi habitación. La habitación de la Floyd McFly que pudo tener en una vida más allá del hospital y las visitas de seres queridos. Ah... no puedo describir lo mucho que extrañaba mi cuarto. Siempre se sentía bien recostarme en la cama a observar las cosas: mi escritorio, los peluches, el computador, la cómoda, mi maquillaje, mis preciados tesoros.

Mientras Latte se revolcaba a mi lado, pude rememorar mis vivencias en esa habitación. Todas pasaban en una película momentánea que, de manera brusca, comenzaron a agitar mi sistema. De repente, todo se distorsionó, mi cuerpo pesó, mi alrededor dio vueltas, mi pecho se contrajo con más y más fuerza hasta que en un grito pidiendo ayuda me perdí.

Petición



Sufrió un preinfarto. Una extrañeza para mi enfermedad, la cual no daba segundas oportunidades.

Me sometieron a más exámenes y me diagnosticaron una nueva enfermedad. Una mala noticia que me dejó en un trance de pensamientos y cuestionamientos, todos empezados por un «¿por qué a mí?». Por primera vez en mucho tiempo sentí lástima de mi deplorable estado, de lo irreconocible que me veía en el espejo, de la falta de ganas que tenía por levantarme, de la fragilidad con la que todos me miraban en sus visitas, de las cosas que me perdería sin poder marcharme del hospital. No hubo casa, no hubo salidas a la playa, no hubo nada, solo la espera de recibir tratamiento y esperar un donante de médula ósea.

La mala noticia no quedó ahí. Carrie no pudo seguir luchando. Se fue, sin despedidas ni mensajes, dejando solo su recuerdo.

Una mañana en el hospital desperté con deseos de mirar por la ventana. Me levanté con cautela, procurando no despertar a mamá que dormía a un lado de la cama. Allí, con un apacible sol de verano, el patio estaba igual que siempre.

—¿Qué sucede, Huroncito?

Mamá había despertado.

—Nada, es solo que... Nada.

Hipé.

—Nada, nada, nada. Llevas respondiendo eso desde hace mucho, pero no hay que ser un genio para saber que quieres decir lo contrario, amor. Anda, dime qué sucede. Pretender que nada pasa no hará que nada pase.

Me quedé alrededor de un minuto pretendiendo mirar el exterior cuando todo lo que hacía era intentar no quebrarme. Lo cierto es que, en ese punto, ya estaba rota. Giré en su dirección esquivando la mirada expectante por una respuesta. No podía mirarla, no quería hacerlo, pero allí estaba ella, esperando a que me abriera emocionalmente.

—Yo...

Tragué saliva para aplacar el nudo que se agrandaba en mi garganta. Poco funcionó en el momento en que mis comisuras bajaron arrugando mi barbilla y desatando así un llanto.

—Yo no quiero morir. Temo hacerlo, aunque pretenda todo el tiempo que no. Pretendo hacerme la fuerte, fingir que estoy bien con esto, pero me supera... Siento que me estoy perdiendo cada vez más, que soy la siguiente en irme. No quiero morir, mamá, porque soy una ambiciosa de la vida y siento que todavía no he hecho lo suficiente en ella.

Mamá debió creer que me caería ahí mismo, porque corrió a abrazarme con tanta fuerza...

—Floyd —pronunció—. Si lo más triste de tu vida es estar enferma, que lo más satisfactorio sea que, a pesar de estarlo, vivas hasta tu último día junto a personas que te aman, esbozando una sonrisa y haciendo todo lo que quisiste.

—Ni siquiera he podido completar la lista, ma. El libro... plantar un árbol... Mamá secó sus lágrimas y me tomó la mano.

—Ven conmigo.

—¿A dónde vamos?

—Iré a hablar con esa decana que todavía no los deja plantar un árbol.

Con determinación, mamá fue a la oficina de la decana Katherine Miller para exigirle que pacientes, médicos, enfermeros y personal del aseo pudiesen plantar un árbol en el patio del hospital. Todos los que quisiéramos y pudiésemos.

Al día siguiente, por la tarde, un grupo de personas sembraban pequeños árboles bajo un cálido sol veraniego. Yo también estuve allí. Primero planté un pequeño cerezo por Carrie, luego planté el mío. Mientras cubría las raíces con tierra pedía mi sueño para que creciera junto con el árbol.

«Que mi familia se encuentre bien cuando ya no esté con ellos», pronuncié para mis adentros y esboqué una sonrisa llena de convicción.

Ya solo quedaba un deseo de la lista.

Pasaron los meses, y para mi último deseo no tenía nada escrito. Mi historia, la que publicaba en Wattpad, estaba abandonada y sin indicios de querer retomarla. ¿Qué? Esa historia no se dejaba desear y, con todo lo que había ocurrido en los últimos días, poco me animaba a escribir. Lo único que religiosamente escribía —además de chistes por redes sociales para fastidiar a Felix— eran mis días anotados con detalle en el diario que me había dejado la abuela. Desde el 14 de febrero hasta la fecha, cada uno de los hechos importantes estaba narrado en las hojas del diario. Mi mayor confidente.

Una maravillosa idea aconteció.

Aproveché la visita de Felix para hacerle una laboriosa petición.

—McFlonald's.

Su distinguible voz llegó a mí en un sobresalto que agitó mi corazón más de lo anunciado. Yo, que tan apacible estaba regando los árboles, casi suelto la manguera para llevar mis manos al pecho.

—¡No me asustes así! —chillé en tono de regaño. Lo examiné con la mirada y caí en el ramo de margaritas inexistente—. ¿Y el ramo de margaritas?

—Hoy te traje algo diferente. —Sacó de su bolsillo una pequeña caja roja. Mi corazón volvió a agitarse. ¿Sería acaso lo que estaba pensando? No pude cuestionar mucho; de la impresión ni me percaté de que mojaba las huesudas piernas del pobre Poste.

—¡Lo siento, lo siento! —volví a chillar—. Es que tú... Ah, pero ¿ya ves? Dije que regaría el árbol todos los días y es lo que vengo haciendo. ¿Dónde está mi dinero?

Alzó una ceja sin comprender bien en tanto se secaba las pantorrillas.

—Según recuerdo, tú y yo nunca apostamos sobre eso.

—Ajá, sí, porque de hacerlo, saldrías perdiendo, como con todas las apuestas que hicimos. —Regresé a la cajita—. ¿Me vas a pedir...?

—No es lo que estás pensando, Hurón; es decir, no en el sentido que le estás dando. —La abrió permitiendo apreciar un anillo de oro con el dije de una margarita—. Pensé que te gustaría tener uno.

Lo sacó y buscó mi mano para ponerlo con el cuidado que tanto lo caracterizaba. Nunca fui de usar anillos o collares, pero me comprometí a usar el anillo todos los días.

—Pensaste bien —musité.

No pude aguantar más, me abalancé sobre él con manguera y todo.

Mojados tras una batalla con la manguera, terminamos en el cuarto ochenta y uno viendo una película a la que prestábamos poca atención. Al parecer nuestra sesión de chismes era más que interesante, sobre todo al enterarme de que mi manía por emparejar amistades estaba rindiendo frutos entre Jo y Lyn, quienes —según Felix— tenían algunos secretillos que el Chico Batman se negaba a contar.

—Era evidente que terminarían juntos —dije yo—; se notaba a leguas que ese par tenían algo. Como nosotros dos. —Mi ataque de codos desenfrenados puso a Felix en alerta—. Lo lindo de todo esto es que fuiste tú el primero en caer, tontuelo enamorado.

Me miró ceñudo.

—¿Qué?

—Estás extraña.

—¿Yo?

—No veo a nadie más a quien decírselo. ¿Qué es?

—Nada.

¡Oh, no! La palabra prohibida.

Ladeó su cabeza, mantuvo sus párpados caídos aguardando que mi evidente actitud por cubrir la verdad me delatara. Y, de repente, hipé.

—Me da cosita decírtelo. —Empecé a jugar con mis dedos—. Sé que eres mi amigo de la infancia, novio, enamorado...

—¿Enamorado?

Su cinismo me sentó como un pelotazo en el estómago. Ni hablar de su falsa condescendencia. Mastiqué sus palabras y las tragué en medio de un sabor amargo.

—Sí, enamorado.

—Creí que ese deseo aún no se cumplía.

Mordí mi labio en un rechazo a mi orgullo y engullí mis propias palabras.

—Estaba bromeando, ¿okey?

—Bien. Prosigue.

Mierda. ¿Cómo era posible que amara y odiara a alguien al mismo tiempo?

—Lo que sucede es que... hay un deseo en la lista que todavía no se cumple... (además de darme un beso bajo la lluvia). —Busqué mi diario—. Ese deseo es... escribir un libro. Podría escribir *Blue & Pink*, pero... no sé. No siento que me llene, ¿sabes? Me gusta la idea... —Lo hallé debajo del colchón, ese escondite universal—. Pero no es lo que quiero. Por eso pensé en hacer, de mi diario, un libro.

—¿Lo llamarás *Ego*?

—Mira quién lo dice. No es por eso —hablé de forma pausada y marcando la obviedad—. Es porque pase lo que pase, aquí estoy yo. Aquí tengo escrita parte de mi vida y es lo que me gustaría enseñar. Si algo me pasara, si dejo de estar aquí, este diario, mi vida, será lo que me mantenga viva. Aquí, ¿entiendes?

Lo meditó un momento.

—¿Cuál sería mi participación en esto?

—Pues... en caso de que no pueda concluirlo, térmalo por mí. O mejor, haz tú el libro. Escribes mucho mejor que yo.

Su mirada se tornó melosa, un cambio impropio en él.

—Me halagas, McFly.

—¿Entonces aceptas? —Todavía no lo decidía. Le parecía, claramente, una burrada de tamaño familiar o una idea tentadora—. Por favor, ¿sí? Hazme este último favor.

Suspiró y asintió.

—Bien, compartamos el deseo de publicar un libro.

Lo abracé con fuerza como un pago por su aceptación. Sé que esto no bastaba para compensar todo lo que Felix Frederick, mi chico del paraguas, había hecho por mí. Ni lo que seguiría haciendo. Lo admiraba muchísimo y lo amé aún más. Esperé que no me considerara una loca enamorada por eso. Pero si lo hizo, nunca lo noté.

Era sábado. Noche fría. El viento corría.

En mi cama del hospital, luego de escribir en mi diario la pequeña reflexión sobre lo que había dejado atrás y lo que había ganado en estos años, me senté sobre la cama y llamé a mis padres para que se acercaran. Mamá se sentó a mi diestra, dejando de lado el libro que leía. Papá se sentó a mi siniestra, acomodando sus lentes.

Inspiré hondo y comencé a hablar:

—¿Saben? Ya he hecho todo lo que alguna vez quise hacer con Lena. Cumplí los deseos de nuestra lista y muchos más, conocí a personas geniales, viví experiencias inimaginables. He cumplido todo lo que he deseado, he vivido como alguien normal, como siempre quise. Ya lo he dado todo y puedo decir firmemente que soy feliz. Siento que no hay nada que obstruya mi camino. Siento que vivo en paz conmigo y los demás. Me siento genial.

—Lo sabemos, cariño. —Mamá tomó mi mano entre las suyas, intercambiando calor, un calor que solo una madre puede dar.

—No hay padres que se sientan más orgullosos de verte así —añadió papá—. Siendo feliz.

—Si llega a ocurrir... —Mamá chistó para que no continuara. Frunció el ceño en cuanto la miré—. Entréguele a Felix mi diario, él sabe para qué. Y tú, pa, no vayas con tu ceño fruncido a negárselo.

Mamá se echó a reír, pero el gran Mika McFly solo ladeó su cabeza y apretó mi mejilla.

—Depende de qué petición pretenda hacer, Huroncito.

Agrandé mis ojos hacia mamá; ella hizo la misma mueca. Las cejas de papá se volvieron rectas en cuanto me volví hacia él.

—¿No era que querías ver un anillo en mi dedo?

—Lo medité y no quiero —respondió, negando con la cabeza—. Tenías razón, eres demasiado joven.

—Mika, no hay edad para el amor.

—Exacto —le di la razón a mamá—. Pero no hablo de esa petición, sino de una diferente.

Papá dibujó una tierna sonrisa que detalló las arrugas en su rostro.

—No voy a negarme. De hecho, intentaré ayudarlo en lo que pueda.

—Eso espero, ¿eh?

Y con esa última charla, me dormí.

Esa misma noche la muerte me visitó en la madrugada. Fue una noche fría que le dio la bienvenida a un día gris.

Lluvia



Cuando se habla de un fallecimiento, la mayoría se imagina un funeral lleno de lamentos, lágrimas y mocos. Muchos mocos. Pero yo no permitiría que esto pasara. No, señor. Había vivido lo bastante bien como para que las personas me despidieran como a una mártir.

Sí, la muerte de un ser querido es un hecho doloroso y con todos esos recuerdos aglomerándose en tu cabeza, peor. Ceñirte a una nueva realidad es más letal de lo que parece. Algunos necesitan días para adaptarse a la partida de una persona; otros, meses o incluso años. También está ese porcentaje que nunca puede superarlo. Por eso, cuando planté mi árbol, mi deseo fue que mis seres queridos estuvieran bien cuando ya no estuviera con ellos. Donde quiera que me fuera, de ser posible, no quería saber que a quienes había amado estaban tristes, porque yo me marché feliz y en paz.

Lo llevaba pensando desde mi preinfarto. Lo anuncié en mi diario muchas veces. Algo en mí musitaba que mi partida estaba cerca, que mi tiempo en la Tierra se estaba agotando. Cuando llevaba mi mano al pecho y sentía el remezón de sensaciones que salvaban allí, presentí que las cosas no andarían bien; cuando apoyaba mi mano sobre la ventana, mi calor ya no permanecía. Aunque en silencio deseaba que esto no pasara tan pronto, porque el miedo me frustraba, bastaba recordar las palabras de mamá para consolarme. «Si lo más triste de tu vida es estar enferma, que lo más satisfactorio sea que, a pesar de estarlo, vivas hasta tu último día junto a personas que te aman, con una sonrisa esbozando tus labios y haciendo todo lo que quisiste». La última noche que escribí en mi diario le di la razón. Se vence a la muerte cuando la aceptas siendo feliz y yo lo hice.

Esa fue la última de mis reflexiones; después simplemente emprendí un nuevo viaje.

El primer día les resultó difícil. Cuando una persona se marcha de manera inesperada, se necesita tiempo, digerir en un trago lento la mala noticia para asimilarlo. Y con todo esto llegaron muchos cuestionamientos y necesidad de obtener una explicación de lo que me había sucedido. Qué pasó, cómo pasó, por qué pasó, a qué hora pasó, dónde estaban los médicos cuando ocurrió... Cientos de preguntas que buscaban culpar a alguien de mi partida, porque es más fácil que aceptar la realidad.

Nadie se enojó con el gallinero cuando dispararon las preguntas quebradas de incompreensión. Ellas todavía no asimilaban lo que pasaba, fueron las portavoces de los confundidos, al contrario de mis padres, quienes lucieron tranquilos en todo momento. Supongo que ellos al igual que yo presentían que ocurriría. Pero más allá de ese presentimiento nefasto que se alojaba en los pechos como un virus que va carcomiendo poco a poco, más allá de la sumisión que llevaban durante años, mis padres sabían que yo seguiría con ellos: en las muchas fotografías de mamá, en las hojas manchadas de café de papá, en mi habitación, en mis peluches, en mis muchos vestidos, en los dibujos con marcador del baño, en los videos de niña, en las preguntas insistentes por una respuesta, en mi perro, Latte; en el árbol del hospital...

Yo estaría allí para todos en un recuerdo permanente que significaría mi existencia, porque como

bien lo dijo Jo, las personas no mueren hasta que se les olvida.

Por eso, si iba a despedirme de todos los que habían caminado conmigo, lo haría como solo Floyd McFly podría hacerlo.

La ceremonia para mi funeral empezó a las 11:30 del lunes. El día gozaba de más nubes grises que del cielo radiante del día anterior, en una sutil sincronía con el negro de los presentes. Con un ramo de margaritas entre sus manos, mis familiares y amigos permanecieron de pie oyendo al padre que recitaba unas palabras. No pasó mucho tiempo cuando les cedió la palabra a los demás.

El primero en salir adelante fue papá.

Hubo un extenso silencio antes de que se dirigiera a mí.

—Fue una tarde en plena sesión fotográfica en la que nos enteramos de que seríamos padres. Llegaste en el momento menos esperado. No pude asimilarlo, ni siquiera cuando los antojos llevaron a tu madre a bajar para comer papas fritas con pollo a las tres de la madrugada. Fue un proceso lento, lleno de preguntas. No pude quedar indiferente como bien quise hacerlo, porque no estuve preparado ni mucho menos gocé de un buen ejemplo. Estaba asustado y lo estuve más el día en que naciste. Agarré la mano de tu madre con fuerza... No podía creer lo que presenciaba: una bebida que gritaba con fuerza. Tuve que tomarte en mis brazos para que te acostumbraras a mí, a mi olor, a mi presencia, a mi respiración. No tenía idea de que en ese momento era yo el que se acostumbraba a ti. Puedo asegurar que nada se puede comparar a ese instante, ese especial momento en que apretaste mi dedo con tanta fuerza... con tanta vida... con la misma intensidad que lo hiciste la noche del sábado. Puedo asegurarte, pequeña, que llegaste siendo amada y ahora lo eres el doble. Eres el regalo más especial que la vida pudo darnos, Huroncito, y por eso te amamos.

La siguiente en hablar fue Megura, quien salió como vocera del club y mis amigas.

—Aunque no compartimos lo suficiente, puedo asegurar que Floyd se lleva parte de nuestros corazones con ella. De sonrisa fácil, malos chistes y un optimismo característico, Floyd destacó tanto en el colegio como en el club... —Se detuvo un momento—. Estará presente entre todos como parte fundamental de los voluntarios. Gracias a su lista pudimos afianzar relaciones y hacer cosas que jamás nos hubiésemos atrevido. Si hay algo que aprenderemos de ella, será mantener el optimismo y vivir cumpliendo lo que nos proponemos.

Sin poder pronunciar más, se acercó a su novio en busca de consuelo.

—¿Alguien más quiere pasar a hablar? —preguntó el padre.

Felix apretó los puños en su lugar y soltó un suspiro brusco, armándose de valor para pasar adelante.

—No soy alguien de muchas palabras y eso lo sabes bien —se dirigió a mí—. No hay mucho de lo que pueda decir que ya no te lo haya dicho antes. O quizás sí... Jamás me atreví a decirte lo mucho que te admiraba... que te admiro. Al comienzo mi actitud seria y reacia a todo fue porque veía a una niña de diecisiete años que se forzaba en ser feliz. Intenté serte indiferente, no quería entender, pero como siempre, lograste encariñar a todos con tu rara percepción de la vida. Incluyéndome a mí. Volví a admirarte como siempre lo hice de niño, a creer en tus palabras. Tu deseo de existir y ser normal se me contagió. Es inevitable, ese debería ser tu superpoder; por eso me comprometí a ayudarte y ser la compañía de tu travesía cumpliendo la lista. Solo debo decir que te equivocaste en algo: no tuviste tu año normal, este fue un año extraordinario y estoy convencido de que lo disfrutaste al máximo. Ya te estoy extrañando, Floyd.

Regresando con sus padres, Felix asintió hacia donde se encontraban los chicos del club y el gallinero. El grupo había llevado dos balones de helio y unos cuantos globos para usarlos con la

misma convicción que tenía yo: enviar un mensaje. Uno, dos, tres, cuatro... más de veinte globos blancos fueron inflados y elevados al cielo. Fue un espectáculo hermoso, algo que ninguno de los que asistieron olvidarían. Un acto de fe que sacó más de alguna sonrisa.

Tras la despedida de los globos, la ceremonia ya llegaba a su final.

Entonces, así como la lluvia se había marchado, llegó. Repentina lluvia que tomó por sorpresa a todos, con la caída de unas suaves gotas que se asimilaban a la caída de una pluma, gotas que se estrellaban en las cabezas de los presentes que conmocionados miraron al cielo. La lluvia se llevó lágrimas y lamentos, no hubo más tristezas, sino el velo del consuelo pronunciado como una caricia, una última despedida de mi parte.

Yo era lluvia, porque llegaba de manera impredecible y así me fui, porque la lluvia en la ciudad era querida y así también lo fui.

Cada gota significó un recuerdo.

Un recuerdo para los chicos del club.

Un recuerdo para Joseff, el Chico Batman.

Un recuerdo para el gallinero, mis locas amigas.

Un recuerdo para mis padres: mis seguidores, mis protectores, mis instructores.

Y un recuerdo para Felix: mi amigo, mi aliado y mi chico del paraguas.

Bajo la lluvia, Felix cerró sus ojos y alzó la cabeza hacia el cielo gris, permitiendo que las traviesas gotas lo empaparan en todo su contexto y tiempo. Él supo de quién se trataba. Caí sobre su cabeza, resbalé por su frente, recorrí su fisonomía y me deslicé lento por sus labios. Sonrió por la familiaridad, el simbolismo y la forma de sentirme cerca una vez más.

Una caricia y un beso.

Ese fue nuestro último beso. Nuestro beso bajo la lluvia.

Mi sincera despedida y el penúltimo deseo de la lista en ser tachado.

Ahora conoces la historia de Floyd McFly, la chica curiosa, intrépida y preguntona. Ahora sabes de mi existencia, de mi paso por la tierra, del lugar que ocupó en cada una de las personas que me conocieron, de quienes compartí, con quienes reí y lloré. Ahora sabes que vivo y que lo seguiré haciendo mientras mi historia sea contada.

*Felicidades, Hurón, todos los deseos de la lista han sido tachados.
Con amor, Felix Frederick.*



NovaCasaEditorial



novacasaeditorial



Nova Casa Editorial



NovaCasaEditors



NovaCasaEditorial

#novacasaeditorial #leyendoaNova